

PREMIO PULITZER 2003

PROBLEMA INFERNAL

**ESTADOS UNIDOS EN LA
ERA DEL GENOCIDIO**

SAMANTHA POWER





Samantha Power es profesora de Política Exterior Norteamericana y Derechos Humanos en la John F. Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard. Nació en Irlanda, pero vive en Estados Unidos desde los nueve años de edad. Fue corresponsal de *The Economist* durante el conflicto armado en la antigua Yugoslavia, de 1993 a 1996. Fundó el Carr Center for Human Rights Policy en Harvard, institución que dirigió de 1998 a 2002. Ha editado, en colaboración con Graham Allison, *Realizing Human Rights: Moving from Inspiration to Impact*.

PROBLEMA INFERNAL

Traducción de
ALASDAIR LEAN

SAMANTHA POWER

PROBLEMA INFERNAL

Estados Unidos en la era del genocidio



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2005
Primera edición electrónica, 2016

Diseño de portada: Mauricio Gómez Morin

Título original: *A Problem from Hell. America and the Age of Genocide* © 2002, Samantha Power

D. R. © 2005, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-3669-0 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

A mamá y Eddie

Nosotros —los que aquí estamos—
detentamos el poder y cargamos con
la responsabilidad.

ABRAHAM LINCOLN

ÍNDICE

Prefacio

- I. *Asesinato racial*
 - Prueba de fuego
 - Reconocimiento
 - Respuesta
 - Secuela
- II. *“Un crimen sin nombre*
“Barbarie”
 - Huida
 - Un nuevo comienzo, una vieja cruzada
- III. *El crimen con nombre*
 - “Creer lo increíble”
 - En sus propias palabras
 - Una palabra es una palabra es una palabra
- IV. *La Ley de Lemkin*
 - El comienzo en Nuremberg
 - El cierre de la puerta de escape: de la palabra a la declaración
 - El cierre de la puerta de escape: de la resolución a la ley
- V. *Los dos enemigos más mortales*
 - El “lobby” de Lemkin
 - Los críticos
 - La escena local
 - Buscando pelea
 - Sucesores
- VI. *Camboya: “un gigante desvalido”*
 - Advertencia
 - Lo desconocido incognoscible
 - Deseos irreales
 - ¿Baño de sangre?

Reconocimiento

Inteligencia oficial de Estados Unidos, escepticismo extraoficial Negación
admisible: “propaganda, miedo a la propaganda y la excusa de la
propaganda”

“Esto no es 1942”

Respuesta

Analogía y patrocinio

¿Una qué militar? ¿Cuál George?

La primera visita

Consecuencias

Calaveras, huesos y fotos

La política estadounidense: elegir el mal menor

¿Un régimen menos hediondo?

VII. *Hablar fuerte y buscar un garrote*

“Una mano atada”

Bitburg

Salvedades

VIII. *Irak: “Al margen de los derechos humanos y el uso de armas químicas”*

Advertencia

El prisma estadounidense: el enemigo de mi enemigo

Un amigo allende las montañas

Conocimiento oficial, silencio oficial

Reconocimiento

Escepticismo oficial

Ejecuciones en masa

Un par de victorias iraquíes

Genocidio

Respuesta

Una reorganización de la situación urbana

En busca de “pruebas”

Analogía y patrocinio

Intereses especiales, interés nacional

En contra de “términos inexactos”

Derrota

Secuela
Quemar Israel, quemar puentes
La sublevación kurda
¿Justicia?

IX. *Bosnia: “sólo testigos en un entierro”*

“Limpieza étnica”
Advertencia
Deseos poco realistas
Una política de desaprobación estadounidense
Reconocimiento
Respuesta (Bush padre)
Analogía y patrocinio
“No descansaremos hasta que...”
La política estadounidense: diplomacia, caridad, futilidad, perversidad, peligro
¿Genocidio?
Respuesta (Clinton)
Disenso abierto
Un intercambio saludable
“Lejos de casa”
Atrocidades “de todos los bandos”
“Ningún interés nacional”
La partida
Derrota en todos los frentes

X. *Ruanda: “Más que nada en actitud de escucha”*

“Nunca más será tutsi”
Advertencia
Los actores en el proceso de paz
Reconocimiento
La intervención que nunca fue
¿Cuánto sabía Estados Unidos?
La “palabra con g”
Respuesta
El retiro de la ONU

El “golpe” del Pentágono
Una sociedad completamente silenciosa
El PDD-25 en acción
“Intervenciones”
Los cuentos que contamos
Secuela

XI. *Srebrenica: “hechos polvo”*

Advertencia
Reconocimiento
Respuesta
Librar la última guerra
Asesinato
Tumbas
Secuela
Presión del Congreso
Presión de los medios y las ONG
Presión europea
Final del juego

XII. *Kosovo: un perro y una riña*

El camino al enfrentamiento
Respuesta
La “última guerra”: fantasías
La consigna: nada de bajas
¿Victoria?
Secuela

XIII. *El legado judicial de Lemkin*

Dramas en la corte
Antecedentes: el camino a la puesta en vigor
El resultado
Llamado de atención
La verdad sea dicha

XIV. *Conclusión*

Conocimiento

Influencia
Voluntad
Rendición de cuentas
El futuro

Bibliografía
Reconocimientos

PREFACIO

Un domingo de junio de 1995 conocí por casualidad a Sidbela Zimic, una niña de nueve años de edad residente de Sarajevo. Varias horas después de oír el familiar silbido, seguido del estallido de un proyectil, caminé unas cuadas hacia lo que había sido uno de los otrora formidables edificios de departamentos del barrio. Su estropeada fachada ostentaba las huellas de los típicos hoyos de tres años de lluvia de metralla y balazos. El edificio carecía de ventanas, electricidad, gas y agua. No era habitable, salvo para los orgullosos habitantes de Sarajevo, quienes no tenían otro lugar a donde ir.

La hermana adolescente de Sidbela estaba parada —aturdida— no lejos de la entrada del edificio. Había un delgado charco rojo a su lado, en el patio, donde estaban tiradas una zapatilla azul, dos rojas, y una cuerda para saltar con mangos tipo cucurucho. La policía bosnia había cubierto la parte enrojecida de la losa con un plástico con el alegre emblema celeste y blanco de las Naciones Unidas.

A Sidbela se le conocía en el vecindario como estudiosa, y por sus muchas participaciones en competencias de belleza y talento. Ella y sus compañeras de juego se las ingeniaban para aprovechar al máximo una niñez en que el movimiento estaba muy restringido, y coronaban así a la “Reina del Edificio”, a “Miss Esquina” y “Miss Vecindario”. Esa mañana tranquila Sidbela le había rogado a su madre cinco minutos al aire libre.

La señora Zimic estaba desolada. Un año y medio antes, en febrero de 1994, una bomba cayó en el mercado principal en el centro de la ciudad, y despedazó a 68 compradores y puesteros. Las imágenes de esta masacre generaron amplia compasión en Estados Unidos, e impulsaron al presidente Bill Clinton y a sus aliados de la OTAN a hacer algo. Mandaron un ultimátum sin precedentes, en el que amenazaban con realizar bombardeos masivos contra los serbios de Bosnia si reanudaban sus ataques a Sarajevo o continuaban con lo que Clinton describió como “matanza de inocentes”.

“Nadie debe dudar de la decisión de la OTAN”, advirtió Clinton. “Cualquiera —dijo, y repitió la palabra para hacer hincapié—, cualquiera que bombardee

Sarajevo debe [...] estar dispuesto a atenerse a las consecuencias.”¹ En respuesta a lo que sintieron como un compromiso de Estados Unidos, los 280 000 habitantes de Sarajevo poco a poco se adaptaron a la vida bajo la imperfecta, pero protectora, cobertura de la OTAN. Después de algunos cautelosos meses empezaron a mostrar los rostros paseando por el río Miliacka y reconstruyendo los cafés con mesas en las banquetas. Niños y niñas brincaron de sus lóbregos sótanos y de la vista de sus mayores para redescubrir los juegos al aire libre. Saboreando la niñez, se volvieron golosos del sol y de los juegos. Sus padres agradecían a Estados Unidos y trataban muy bien a los estadounidenses que visitaban Sarajevo.

La resolución estadounidense, sin embargo, se marchitó en breve. No se consideró que valiera la pena arriesgar a soldados estadounidenses ni antagonizar con los aliados europeos que deseaban mantenerse neutrales para salvar vidas bosnias. Clinton y su equipo bajaron su tono retórico de genocidio a “tragedia” y “guerra civil”, menoscabando las expectativas de que hubiera algo que Estados Unidos pudiera hacer. El secretario de Estado, Warren Christopher, nunca mostró mucho entusiasmo porque intervinieran en los Balcanes. Hablaba una y otra vez de un “contexto” para aquietar la incomodidad moral que generaba que su país no interviniera. “Es un problema realmente trágico”, dijo Christopher. “El odio entre estos tres grupos —bosnios, serbios y croatas— es de no creerse. Casi aterra, y data de siglos. En realidad es un problema infernal.”² Tras unos meses de la masacre en el mercado, Clinton adoptó esa actitud, y trató a Bosnia como su problema infernal, un problema que esperaba se consumiese solo, desapareciera de las primeras planas y dejara tranquila su presidencia.

Los nacionalistas serbios actuaron en consecuencia. Entendieron que tenían la libertad de reanudar su bombardeo sobre Sarajevo y otras ciudades bosnias atestadas de civiles. Los padres luchaban con sus hijos y buscaban incentivos que los indujeran a quedarse en casa. El padre de Sidbela recordó: “Convertí el lavadero en un lugar de juegos. Les compré a los chicos muñecas Barbie, autos Barbie, todo, sólo por mantenerlos adentro”. Pero su precoz hijita se salió con la suya: “Papi, por favor, déjame vivir mi vida. No puedo quedarme en casa todo el tiempo”.

Las promesas estadounidenses, que los artilleros serbios tomaron en serio al principio, ofrecieron a los habitantes de Sarajevo un breve respiro, pero también alentaron esperanzas entre los bosnios de que de nuevo podían vivir seguros. El

caso fue que la brutalidad de los líderes políticos, militares y paramilitares serbios se haría merecedora de repudio, pero no de la prometida intervención militar.

El 25 de junio de 1995, minutos después de que Sidbela le diera un beso en la mejilla a su madre y le sonriera con expresión triunfante, un proyectil serbio cayó en el patio donde ella, junto con Amina Pajevic de 11 años, Liljiana Janjic de 12, y Maja Skoric de 5, saltaban la cuerda. Todas murieron, y elevaron así el número de niños asesinados en la guerra en territorio bosnio de 16 767 a 16 771.

Si algún hecho puede predisponer a una persona a imaginar la iniquidad, tiene que ser éste. Yo tenía casi dos años de reportear desde Bosnia en el momento de la masacre en el patio. Hacía mucho que había abandonado toda esperanza de que los aviones de la OTAN, que a diario pasaban rugiendo, llegaran a bombardear a los serbios para que detuviesen su ataque de artillería a la capital sitiada. Y llegué a esperar lo peor para los civiles musulmanes dispersos en la campiña.

Sin embargo, cuando los serbios de Bosnia comenzaron a atacar la llamada “zona de seguridad” de Srebrenica el 6 de julio de 1995, 10 días después de mi visita a la entristecida familia Zimic, no sentí mayor temor. Supuse que ni siquiera los serbios de Bosnia se atreverían a apoderarse de un pedazo de tierra bajo control de las Naciones Unidas. La noche del 10 de julio pasé por casualidad por el edificio de la Associated Press, que se había convertido en mi hogar adoptivo durante el verano debido a sus entusiastas periodistas y a su funcional generador. Al llegar esa noche recibí una sacudida. Cundía total caos alrededor de los teléfonos. El ataque serbio a Srebrenica, ciudad que había estado “deteriorándose” durante días, de pronto se había “ido al demonio”. Los serbios estaban dispuestos a tomar la ciudad, y pusieron un ultimátum para que las fuerzas de paz de la ONU entregaran armas y equipo, o serían objeto de un bombardeo. Unos 40 000 musulmanes, entre hombres, mujeres, y niños, estaban en serio peligro.

Aunque me tardé un poco en apreciar la magnitud de la ofensiva, no era demasiado tarde para cumplir con mi plazo de envío a Estados Unidos. Un artículo matutino en el *Washington Post* aún podía avergonzar a los líderes políticos de ese país para que respondieran. Tan frenéticos estaban los demás corresponsales que tardé 15 minutos en conseguir una línea telefónica. Cuando pude, di con Ed Cody, el subdirector de noticias del exterior del *Post*. Sabía que los lectores estadounidenses estaban cansados de las malas noticias de los Balcanes, pero lo que estaba en juego por este ataque en particular era colosal. El

general serbio de Bosnia, Ratko Mladic, no estaba bromeando ni planeaba una insignificante toma de territorio para mandar un mensaje político: quería apoderarse de un enorme trozo de territorio con “protección” internacional y desafiaba al mundo a que lo impidiera. Empecé a relatar los hechos a Cody tal como los conocía: “Los serbios están sobre Srebrenica. Según la ONU, decenas de miles de refugiados musulmanes ya se amontonaron en su base en el centro de la ciudad. Es cuestión de horas antes de que los serbios tomen todo el reducto. Ésta es una catástrofe en ciernes. Una zona de seguridad de la ONU está por caer”.

Como nueva colaboradora del *Washington Post*, me advirtieron que Cody, veterano de carnicerías en Medio Oriente, no se impresionaba con facilidad. En esta ocasión me dejó terminar y después planteó algunas preguntas incisivas, preguntas que me hicieron pensar que entendía la gravedad de la crisis. Después me dejó atónita: “Bueno, por lo que me cuenta, aunque las cosas siguen su curso, los serbios no van a tomar la ciudad esta noche”. Me preparé para lo siguiente, que no se hizo esperar: “Cuando caiga Srebrenica, parece que vamos a tener material interesante”.

Protesté, pero no mucho. Sospechaba más o menos que los serbios quizá cederían, y no quería gritar “¡Ahí viene el lobo!” Pero para la tarde siguiente Srebrenica había caído, y los aterrorizados habitantes del enclave estaban en manos del general Mladic, un supuesto criminal de guerra de quien se sabía que había organizado el salvaje sitio de Sarajevo.

Yo trabajé en Sarajevo, donde los francotiradores serbios hacían práctica de tiro con arropadas ancianas que cargaban bidones de agua sucia a través de la ciudad, y donde los pintorescos parques se transformaron en cementerios para recibir el diluvio de jóvenes muertos. Entrevisté a hombres demacrados que habían perdido 20 o 25 kilos y llevaban cicatrices permanentes, producto de los campos de concentración serbios. Y no hacía mucho que había cubierto la masacre de cuatro colegialas. Sin embargo, a pesar de mis experiencias, o quizás a consecuencia de ellas, sólo podía imaginar lo que ya había presenciado. Jamás se me ocurrió que el general Mladic podría o querría ejecutar hasta el último hombre o niño musulmán en su poder.

Unos días después de la caída de Srebrenica, un colega me llamó desde Nueva York para informarme que el embajador bosnio en la ONU afirmaba que los serbios de Bosnia aniquilaron a más de 1 000 musulmanes de Srebrenica en un estadio de fútbol. ¡No era posible! “No”, respondí, atónita. Mi amigo repitió sus

palabras. “No”, dije de nuevo, con decisión.

Yo tenía razón. Mladic no ejecutó a 1 000 hombres: mató a más de 7 000.

Cuando volví a Estados Unidos, Sidbela y Srebrenica no se apartaron de mi mente. Me quedé helada ante una promesa que logró que una niña saliera de un sótano a un patio en Sarajevo. Me obsesionaba el asesinato de los hombres y niños musulmanes de Srebrenica, mi propio fracaso en advertirlo a tiempo, y la negativa del mundo externo a intervenir incluso cuando el peligro que corrían esos hombres era ya evidente. No podía evitar el recuerdo de las muchas conversaciones que sostuve con mis colegas respecto de la intervención. En nuestras discusiones, en reuniones de trabajo, durante viajes y en entrevistas con altos oficiales bosnios y estadounidenses nos preguntábamos cómo habrían respondido Estados Unidos y sus aliados si los mismos crímenes se hubiesen cometido en otro lugar (los Balcanes evocan animosidades ancestrales y polvorines inflamables), contra distintas víctimas (la mayoría de las atrocidades se perpetraron contra individuos de fe musulmana), o en una época distinta (la Unión Soviética acababa de desmoronarse, ninguna nueva visión mundial remplazaba aún el viejo orden mundial, y la ONU no había aceitado sus goznes herrumbrados ni se libraba todavía de sus anacrónicas prácticas y suposiciones). En 1996, ya a alguna distancia del campo, comencé a explorar las reacciones de Estados Unidos a casos anteriores de matanzas a mansalva. No me llevó mucho tiempo descubrir que la respuesta estadounidense al genocidio bosnio fue la más vigorosa del siglo. En toda su historia, Estados Unidos jamás ha intervenido para impedir un genocidio, y apenas si lo condena cuando ocurre.

Al pasar revista a los genocidios más importantes del siglo xx, algunos destacaban. Además de la erradicación serbia de los que no eran serbios, examiné la matanza otomana de los armenios, el holocausto nazi, el terror de Pol Pot en Camboya, la destrucción de los kurdos a manos de Saddam Hussein en el norte de Irak y el sistemático exterminio de la minoría tutsi por los hutus en Ruanda. Aunque las dimensiones de estos casos variaban y no todos tenían el objeto de exterminar hasta el último individuo de un grupo, sí se ajustaban a los términos de la Convención sobre Genocidio de 1948, y presentaban opciones a Estados Unidos para una importante intervención diplomática, económica, legal o militar. Los crímenes ocurrieron en Europa, Asia, Medio Oriente y África. Las víctimas incluyeron una amplia variedad de razas y religiones: asiáticas, africanas, caucásicas, cristianas, judías, budistas, musulmanes. Los victimarios

operaron en distintas etapas del poderío estadounidense: el genocidio armenio (1915-1916) se cometió durante la primera Guerra Mundial, antes de que Estados Unidos se convirtiera en líder del mundo. El holocausto (1939-1945) tuvo lugar en el momento en que Estados Unidos llegaba a ocupar ese puesto. Los genocidios camboyano (1975-1979) e iraquí (1987-1988) se cometieron después del holocausto, pero durante la Guerra Fría, y después de Vietnam. Bosnia (1992-1995) y Ruanda (1994) ocurrieron luego de la Guerra Fría y mientras estaban en su apogeo la supremacía y conciencia de la “lecciones” del holocausto en Estados Unidos. Los estadounidenses facultados para tomar decisiones también llevaban consigo a la mesa de conferencias una amplia variedad de antecedentes personales e ideologías respecto a la política exterior. Cada presidente de ese país de las tres últimas décadas del siglo xx —Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush padre y Clinton— tomó decisiones relacionadas con la prevención y supresión de genocidio. Y, sin embargo, a pesar de la enorme variedad entre los casos y en los gobiernos de Estados Unidos, las respuestas políticas a los genocidios mostraron una asombrosa similitud a través de las épocas, geografías, ideologías y equilibrios geopolíticos.

A fin de entender las respuestas de Estados Unidos al genocidio, entrevisté a más de 300 estadounidenses que participaron en la formación o en la política de su país, o influyeron en ella.* La mayoría eran funcionarios de distintas jerarquías en la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Pentágono y la CIA (Agencia Central de Inteligencia). Algunos fueron legisladores y miembros del personal del Capitolio; otros, periodistas que cubrieron las carnicerías o individuos ajenos al gobierno que intentaron remediarlas. Una subvención del Open Society Institute (Instituto de la Sociedad Abierta) me permitió viajar a Bosnia, Camboya, Kosovo y Ruanda, donde hablé con víctimas, victimarios y testigos. También visité el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra para la ex Yugoslavia en La Haya, en los Países Bajos, así como el tribunal de las Naciones Unidas para Ruanda, situado en Arusha, Tanzania. Gracias al Archivo para la Seguridad Nacional (National Security Archive), organización sin fines de lucro que aprovecha la Ley de libertad de información para tener acceso a documentos estadounidenses restringidos, pude leer cientos de páginas de informes gubernamentales abiertas al público en fechas recientes. Este material ofrece un cuadro más claro del juego entre personalidades, motivaciones y actos de genocidio.

La gente explica que Estados Unidos no respondía a genocidios específicos porque no sabía qué estaba pasando, o que sabía pero no les importaba, o que, al margen de lo que sabían, poco podían hacer. Me di cuenta de que los estadounidenses responsables de tomar decisiones políticas sí conocían muy bien los crímenes que se cometían. Algunos se preocuparon y bregaron por que se actuara, con considerables sacrificios personales y profesionales. Estados Unidos sí tuvo incontables oportunidades de mitigar e impedir matanzas, pero una y otra vez los hombres y mujeres decentes voltearon la mirada. Todos asistimos al genocidio. La pregunta crucial es por qué.

Las respuestas parecen residir en las decisiones críticas —y las decisiones de no decidir— tomadas antes, durante y después de los diversos genocidios. Pregunté: ¿Hubo advertencias de que estaban por empezar matanzas? ¿Con qué grado de seriedad se tomaron? ¿Quién lo hizo? ¿Había motivos para suponer que la violencia sería cualitativa o cuantitativamente distinta de las matanzas habituales, por desgracia típicas de las guerras locales? Una vez que la violencia comenzó, ¿de qué información restringida o libre se disponía? ¿Qué restricciones impedían el diagnóstico? ¿Cómo y cuándo reconocieron los oficiales estadounidenses que estaba en proceso un genocidio (y no sólo una guerra)? ¿Quién, dentro o fuera del gobierno de Estados Unidos, quería hacer qué? ¿Cuáles eran los riesgos o costos? ¿Quién se opuso a ellos? ¿Quién prevaleció? ¿Cómo divergía la opinión pública y la de la elite? Por último, ¿cómo se recuerdan las respuestas estadounidenses, los genocidios y a quienes instaban a la intervención? Para reconstruir los hechos dividí la mayoría de los casos en secciones de “advertencia”, “reconocimiento”, “respuesta” y “secuela”.

Al contrario de cualquier suposición que haya hecho mientras viajé por la ex Yugoslavia, las respuestas de los gobiernos de Bush padre y de Clinton a las atrocidades en Bosnia fueron consecuentes con las anteriores respuestas estadounidenses a los genocidios. Proliferaron advertencias tempranas de hechos sangrientos masivos. Se intensificó la aparición de propaganda incendiaria. Comenzaron las masacres y deportaciones. Los políticos estadounidenses se desentendieron de los horrores. Las historias de los refugiados y los informes de prensa eran demasiado numerosos para ignorarlos. Pocos estadounidenses en su país pidieron intervenir. Se instaló una pasiva actitud de espera optimista, pero a la larga mortífera. Y el genocidio procedió sin trabas de Estados Unidos y a menudo con el aliento de su inacción.

Los mayores hallazgos de este libro se resumen como sigue:

- Pese a la cobertura gráfica de los medios de comunicación, los políticos, periodistas, y ciudadanos estadounidenses son muy lerdos en echar mano de la imaginación necesaria para tratar con la información. Antes de las matanzas suponen que los actores racionales no pondrán en operación una violencia en apariencia gratuita. Confían en las negociaciones de buena voluntad y en la diplomacia tradicional. Una vez iniciadas las matanzas, suponen que los civiles se mantendrán en segundo plano y no sufrirán daño. Proponen ceses de fuego y organizan donaciones humanitarias.

- Es en el ámbito de la política local donde se pierde la batalla para impedir el genocidio. Los líderes políticos interpretan el silencio de la sociedad como un indicador de la indiferencia pública. Piensan que no sufrirán pérdidas si Estados Unidos se mantiene ajeno a los acontecimientos, pero en cambio correrán serios riesgos en caso de comprometerse. Las fuentes potenciales de influencia —congresistas, prensa y ciudadanos comunes— no generan suficiente presión política para cambiar la postura de los líderes nacionales.

- El gobierno de Estados Unidos no sólo se abstiene de enviar tropas, sino que hace muy poco en cuanto a otro tipo de intervención para desalentar el genocidio.

- Los funcionarios estadounidenses se engañan (igual que al público en general) respecto de la naturaleza de la violencia en cuestión y del probable efecto de una intervención. Presentan el derramamiento de sangre como mutuo e inevitable, y no genocida. Insisten en la futilidad de cualquier intervención. Es más: señalan que puede causar más mal que bien, con perversas consecuencias para las víctimas y el riesgo de otros preciados intereses morales o estratégicos norteamericanos.³ Tachan de “emocionales” a los funcionarios que instan a la intervención y que apelan a argumentos morales en un sistema que habla sobre todo el frío lenguaje de los intereses. Evitan la palabra “genocidio”. Tranquilizan su conciencia al favorecer la detención abstracta del genocidio y, al mismo tiempo, al oponerse a la intervención en ese momento.

El más agudo desafío al mundo de los testigos pasivos lo constituyen quienes eligen el silencio en la era del genocidio. En cada caso, unos cuantos estadounidenses se destacaron al levantar su voz en contra. No perdieron de vista el bien y el mal, ni siquiera en un “contexto” que otros juzgaban inmovilizador.

Se negaron a aceptar que eran incapaces de influir en la política o que Estados Unidos no tenía manera de influir en los asesinos. Estos individuos no luchaban solos, pero tampoco los seguían multitudes. Al ver lo que intentaban, vemos lo que Estados Unidos hubiera podido lograr. Vemos también lo que los demás pudimos intentar. Al cobrar conciencia de cómo y por qué fallaron, nos damos cuenta de lo que, como nación, hemos permitido que suceda.

En 1915, Henry Morgenthau padre, embajador de Estados Unidos en Constantinopla, ante la deportación y masacre turca de su minoría armenia, instó a Washington a que condenara a Turquía y presionara a Alemania, su aliada en la guerra. Morgenthau también rompió las convenciones diplomáticas al protestar en persona contra las atrocidades, denunciar el régimen y organizar colectas humanitarias. Se le unió el ex presidente Theodore Roosevelt, quien dio un paso más al exigirle al presidente Woodrow Wilson que entrara en la primera Guerra Mundial y pusiera fin a la matanza. Pero Estados Unidos se mantuvo firme en su neutralidad e insistió en que los asuntos internos de Turquía no le concernían. Se estima que un millón de armenios fueron asesinados o murieron de enfermedad y hambre durante el genocidio.

Raphael Lemkin, un judío polaco y abogado internacional, dio la voz de alerta sobre Hitler en los años treinta, pero recibió sólo escarnio. Después de refugiarse en Estados Unidos en 1941, no consiguió apoyo para proteger a los judíos en peligro. Los aliados se negaron a denunciar las atrocidades de Hitler, pero asilaron a los judíos de Europa, y bombardearon los ferrocarriles que iban a los campos de concentración nazis. Sin arredrarse, Lemkin acuñó la palabra *genocidio* y consiguió que la ONU sancionara el primer tratado de derechos humanos, para impedir nuevos crímenes. Por desgracia, fue testigo del rechazo de la Convención sobre Genocidio a manos del Senado de Estados Unidos. William Proxmire, quijotesco senador de Wisconsin, retomó el tema donde Lemkin lo dejó, y pronunció 3 211 discursos en el Senado para ratificar el tratado de la ONU. Después de 19 años de diarios soliloquios, Proxmire logró que el Senado aceptara el tratado, pero su ratificación en Estados Unidos estaba tan plagada de estipulaciones que apenas si tenía fuerza.

Un puñado de diplomáticos y periodistas en Camboya que advirtió de la perversidad de una siniestra banda de comunistas llamada Khmer Rouge, recibió las burlas de la izquierda estadounidense por caer en la trampa de la propaganda anticomunista, y no pudo ejercer influencia en una política de no intervención en

el sudeste asiático después de Vietnam. Los cuatro años del régimen de Pol Pot arrojaron un saldo de unos dos millones de camboyanos muertos, pero la masacre apenas produjo una queja en Washington, que mantuvo el reconocimiento diplomático del régimen genocida incluso después de su derrocamiento.

Peter Galbraith, miembro de la Comisión de Relaciones Internacionales del Senado, redactó para su jefe, el senador Claiborne Pell, una legislación punitiva con el fin de cortar todo crédito agrícola e industrial a Saddam Hussein en represalia por su intento de 1987-1988 de exterminar a los kurdos rurales de Irak. El paquete de sanciones no pasó el obstáculo de una decidida Casa Blanca, el Departamento de Estado y el *lobby* de los agricultores, a quienes les interesaba mantener lazos cordiales con Irak a fin de venderles arroz y trigo. Así, el régimen de Hussein recibió generosa asistencia estadounidense mientras gaseaba y ejecutaba a unos 100 000 kurdos.

Romeo Dallaire, teniente general canadiense al frente de las fuerzas de paz en Ruanda en 1994, pidió permiso, tres meses antes del inicio del genocidio, para desarmar a las milicias e impedir así la exterminación de los tutsi. Al serle denegado por sus jefes políticos en las Naciones Unidas, observó cómo se apilaban los cadáveres a su alrededor mientras Washington dirigía un exitoso movimiento para quitarle la mayoría de las fuerzas de paz bajo su mando y después bloquear la autorización de mandar refuerzos de las Naciones Unidas. Estados Unidos negó su tecnología para interrumpir las transmisiones de radio, instrumento crucial en la coordinación y perpetuación del genocidio. Y aun cuando unos 8 000 habitantes de Ruanda caían a diario víctimas de la carnicería, el tema nunca fue prioritario para los altos funcionarios de Estados Unidos. Unos 800 000 individuos de Ruanda perecieron en 100 días.

Unos cuantos diplomáticos en el Departamento de Estado y algunos legisladores del Congreso intentaron incansablemente convencer a una burocracia intransigente de que bombardearan a los “limpiadores étnicos” serbios en Bosnia. Estos hombres observaron el “saneamiento” de cables informativos, la redefinición del conflicto como “sin solución” y “antiguo”, y el mantenimiento de un embargo de armamentos contra los musulmanes bosnios, carentes de medios de defensa. Varios oficiales que se alejaron con repulsa del departamento vieron, desde un punto de observación no menos impotente fuera del gobierno, la caída del área de seguridad de Srebrenica, y la mayor masacre en

Europa en 50 años. Entre 1992 y 1995, cuando los noticieros vespertinos mostraban el ataque serbio, murieron unos 200 000 bosnios. No fue sino hasta que la intervención de Estados Unidos comenzó a sentirse como inevitable y Bob Dole, representante mayoritario republicano de Kansas, persuadió al Senado de que levantara el embargo de armamentos, cuando cambió la política estadounidense. Al traer a casa la guerra en Bosnia, Dole animó al presidente Clinton a que iniciara los bombardeos de la OTAN. Para eso, sin embargo, el genocidio de Bosnia ya se había completado en gran medida, y un estado multiétnico había sido destruido.

Este libro tiene la intención deliberada de mostrar la respuesta de políticos y ciudadanos estadounidenses por varias razones. En primer lugar, las decisiones de Estados Unidos de actuar o no han tenido mayor efecto en las víctimas que las de cualquier otra potencia mundial. En segundo lugar, desde la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha tenido una tremenda capacidad para limitar el genocidio. Pudo usar sus vastos recursos sin arriesgar la seguridad nacional. En tercer lugar, Estados Unidos se comprometió de lleno a la conmemoración y difusión sobre el holocausto. El Holocaust Memorial Museum, que se destaca en la avenida que recorre el Monumento a Lincoln y el edificio conmemorativo a Jefferson, a escasos metros del Muro Recordatorio de Vietnam, atrae a 5 500 visitas por día, o dos millones por año, casi el doble de las que van la Casa Blanca. En cuarto lugar, en años recientes los dirigentes estadounidenses, imbuidos de una nueva cultura de conciencia sobre el holocausto, se comprometen de manera repetida a impedir los genocidios. En 1979, el presidente Jimmy Carter afirmó que, en memoria del holocausto, “debemos labrar un pacto inamovible con todos los pueblos civilizados para que nunca más permanezca en silencio el mundo, nunca más permanezca inactivo para impedir este terrible crimen del genocidio”.⁴

Cinco años más tarde, también el presidente Ronald Reagan afirmó: “Igual que ustedes, yo digo con voz firme: ‘¡Nunca más!’”⁵ El presidente George Bush padre se unió al coro en 1991. Al hablar “en calidad de veterano de la segunda Guerra Mundial, de estadounidense y, ahora, de presidente de Estados Unidos”, Bush dijo que su visita a Auschwitz lo motivó a tomar “la decisión no sólo de recordar, sino de actuar”.⁶

Antes de asumir la presidencia, Clinton reprochó a Bush por Bosnia: “Si los horrores del holocausto nos enseñaron algo, es el alto costo de permanecer

callados y paralizados ante el genocidio”.⁷ Ya presidente, en la inauguración del Museo del Holocausto, Clinton criticó la inacción de Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial. “A medida que nuestra conciencia parcial de los crímenes se convirtió en hechos indiscutibles, se hizo demasiado poco. No debemos permitir que vuelva a suceder.”⁸ Pero la frase prometedora, consoladora, de “nunca más”, un testamento del espíritu de la capacidad estadounidense para lograr resultados, jamás tomó en cuenta que el país no tuvo medida alguna, práctica o política, para responder al genocidio. El compromiso fue vacío frente a matanzas reales.

Antes de explorar la relación de Estados Unidos con el genocidio, solía referirme a la política hacia Bosnia como “un fracaso”. Cambié de parecer. Es duro reconocerlo, pero la sistemática política de no intervención de este país frente al genocidio ofrece un triste testimonio no de un régimen político destruido, sino de uno implacablemente eficaz. El sistema, tal como está, funciona.⁹ Ningún presidente de Estados Unidos tiene como prioridad la prevención del genocidio, y ninguno ha pagado costo político alguno por desentenderse de él. Así, no es coincidencia que el genocidio continúe.

I. ASESINATO RACIAL

PRUEBA DE FUEGO

El 14 de marzo de 1921, durante un día húmedo en el barrio berlinés de Charlottenburg, un armenio de 24 años se acercó en silencio, por detrás, a un hombre de grueso abrigo gris que caminaba con su bastón. El armenio, Soghomon Tehlirián, le apuntó con un revólver a la cabeza y apretó el gatillo al tiempo que gritaba: “¡Esto es para vengar la muerte de mi familia!” La fornida víctima se desplomó. Si alguien hubiese oído el disparo y visto la furia que transformaba el rostro del joven delincuente, hubiera imaginado que se trataba de un asesinato para vengar un tipo muy distinto de crimen, pero en esa época no habría sabido llamar “genocidio” al crimen en cuestión. La palabra no existía todavía.

Tehlirián, el asesino armenio, fue aprehendido enseguida. Mientras los transeúntes lo golpeaban con puños y llaves, gritó en su mal alemán: “Yo extranjero, yo extranjero. Esto no lastimar a Alemania... Nada que ver con ustedes”.¹ Era justicia nacional en un escenario internacional. Tehlirián acababa de asesinar a Talaat Pasha, ex ministro del Interior de Turquía, quien se dedicó a liberar a ese país de su “problema” armenio. En 1915 Talaat dirigió las matanzas por fusilamiento, bayonetazos, palazos y hambre de casi un millón de armenios.²

El resto del mundo sabía que los armenios corrían grave peligro mucho antes de que Talaat y los Jóvenes turcos dispusieran su deportación. Cuando Turquía entró en la primera Guerra Mundial del lado de Alemania contra Gran Bretaña, Francia y Rusia, Talaat dejó bien claro que el imperio apuntaría a sus súbditos cristianos. En enero de 1915, en comentarios publicados en el *New York Times*, Talaat afirmó que no había lugar en Turquía para cristianos, y que sus partidarios harían bien en aconsejarles que se fueran.³ Para finales de marzo, Turquía empezó a desarmar a los armenios que servían en el ejército otomano. El 25 de abril de 1915, el día que los aliados invadieron Turquía, Talaat ordenó la captura y ejecución de unos 250 dirigentes intelectuales armenios en Constantinopla. En

cada una de las seis provincias orientales de Turquía, los funcionarios armenios locales corrieron más o menos la misma suerte. Los de las zonas rurales sirvieron como bestias de carga para transportar suministros turcos al frente, pero muy pronto incluso esto se consideró una existencia demasiado digna para los traicioneros cristianos. Se profanaron iglesias. Cerraron las escuelas armenias, y a los docentes que se negaban a convertirse al islamismo, los mataban. En toda Anatolia las autoridades ordenaron deportaciones que exigían el reasentamiento de los armenios en campos de los desiertos de Siria. De hecho, las autoridades turcas sabían que no había facilidades de ninguna clase, y más de la mitad de los armenios deportados murió en el camino. Talaat escribió: “Al continuar la deportación de huérfanos a sus destinos durante el intenso frío, les aseguramos su eterno descanso”.⁴

En las ciudades aparecían “proclamas oficiales” como ésta, de junio de 1915:

Nuestros compatriotas armenios [...] porque [...] han intentado destruir la paz y seguridad del estado otomano [...] deben ser trasladados a lugares preparados en el interior [...] y se exige a todo otomano, de manera categórica, una estricta obediencia a las siguientes órdenes:

1. Con excepción de los enfermos, todos los armenios están obligados a partir de los cinco días de esta proclama...

2. Aunque se les permite llevar consigo en su viaje los artículos de sus bienes muebles que deseen, se les prohíbe vender su tierra y otros efectos, o dejarlos a cargo de terceros...⁵

Los Jóvenes turcos —Talaat; Enver Pasha, ministro de guerra; y Djemal Pasha, ministro de obras públicas— justificaban las deportaciones de armenios para suprimir las revueltas armenias.⁶ Cuando Rusia le declaró la guerra a Turquía el año anterior, invitó a los armenios que vivían en Turquía a rebelarse contra el régimen turco, a lo que accedió una pequeña minoría. Aunque dos armenios otomanos prominentes condujeron a dos cuerpos de voluntarios para combatir a Turquía, la mayoría expresaba lealtad a Constantinopla. Pero esto no impidió que los líderes turcos usaran el pretexto de un “levantamiento revolucionario” armenio y la excusa de la guerra para erradicar la presencia armenia en Turquía. Muy pocos de los asesinados planeaban otra cosa que su sobrevivencia. Las atrocidades se cometieron contra mujeres, niños y hombres desarmados. Éstas no eran “casualidades” incidentales de la guerra, sino decisiones cuidadosas de los dirigentes turcos.

En junio de 1915 se evacuó Ersindyan, el lugar de origen de quien sería el

asesino de Talaat. Soghomón Tehlirián, de 19 años en ese momento, marchó en una columna de unas 20 000 personas, con su madre y hermanos: dos hermanas de 15 y 16, otra de 26, con un hijo de dos y medio, y dos hermanos de 22 y 26. El viaje fue agotador. Los gendarmes, que supuestamente estaban ahí para protegerlos, primero arrastraron a las hermanas de Tehlirián a unos arbustos para violarlas. Acto seguido, a su hermano de 22 años le abrieron el cráneo de un hachazo. Al final, los soldados mataron de un disparo a su madre y a él lo dejaron inconsciente de un golpe en la cabeza. Lo dieron por muerto, y horas después volvió en sí en un campo de cadáveres. Divisó el cuerpo mutilado de una hermana y la cabeza destrozada de su hermano. Sus demás parientes habían desaparecido. Supuso que él era el único sobreviviente de la caravana.⁷

RECONOCIMIENTO

La “comunidad internacional”, por diversas razones, hizo poco para impedir los horrores turcos, que empezaron nueve meses después del comienzo de la primera Guerra Mundial. Alemania estaba alineada con el brutal régimen y, por tanto, en la mejor situación para influir en él. Sin embargo, los alemanes en general encubrían la campaña de Talaat y ridiculizaban los informes del terror que los aliados enviaban como “puro invento” y “crasa exageración”. Los alemanes secundaban los alegatos de los turcos de que toda medida represiva era una respuesta racional a la traición armenia durante la guerra.⁸ El canciller alemán se encontró con misioneros cristianos alemanes que atestiguaron de primera mano la carnicería, pero rechazó sus reclamos: Berlín no ofendería a su aliado turco.

Gran Bretaña y Francia estaban en guerra con el imperio otomano, y publicitaron las atrocidades. La Foreign Office británica (Ministerio de Relaciones Exteriores) obtuvo fotos de las víctimas de la masacre y de los refugiados armenios que huían. Un agresivo *lobby* pro armenio en Londres incitó a la prensa británica a cubrir el salvajismo,⁹ pero para algunos era difícil creer las historias. El ministro de Relaciones Exteriores, sir Edward Grey, señalaba que Gran Bretaña carecía de “conocimiento directo” de las masacres y opinaba que “no todas eran de un solo lado”, y que denunciarlas tal vez sería inútil. Es más, cuando el ministro del Exterior ruso redactó una amenaza pública que esperaba que los aliados podrían promulgar en forma conjunta, Grey dijo

que dudaba que el mensaje tuviese efecto en el comportamiento turco y que, en todo caso, podría impulsar a Turquía a tomar medidas aún más drásticas contra los armenios.¹⁰ Puesto que Gran Bretaña ya estaba en guerra con Turquía, otros funcionarios británicos opinaban que la manera más eficaz de terminar con las matanzas sería derrotar la alianza germano-austriaco-turca. El 24 de mayo de 1915, sin embargo, los gobiernos de la *Entente* dieron el paso sin precedentes de emitir una declaración conjunta en la que condenaban los “crímenes contra la humanidad y la civilización”. La declaración advertía a los miembros del gobierno turco que a ellos y sus “agentes” se les “responsabilizaría personalmente” de las masacres.¹¹ Los aliados, sin embargo, estaban mucho más ocupados en ganar la guerra. Al mismo tiempo que los turcos llevaban adelante su campaña contra los armenios, el ejército alemán usaba gases tóxicos contra los aliados en Bélgica. En mayo de 1915, los alemanes torpedearon el buque *Lusitania*, matando a 1 200 personas (190 estadounidenses). También acababan de comenzar ataques de zepelines contra Londres.¹²

Estados Unidos, decidido a mantenerse neutral, se negó a suscribir la declaración de los aliados. El presidente Woodrow Wilson prefirió no presionar a los turcos, ni a los alemanes que los apoyaban. Era mejor no llamar la atención sobre las atrocidades por si la opinión pública estadounidense se agitaba y reclamaba su intervención en la guerra. Debido a que los turcos no habían violado los derechos de los estadounidenses, Wilson no protestó formalmente.

Pero en Turquía salió a escena el papel de observador de Estados Unidos. Henry Morgenthau padre, judío alemán que llegó a este país cuando tenía 10 años y que en 1913 fue designado embajador ante el Imperio otomano por el presidente Wilson, se esforzaba por lograr la intervención diplomática de Estados Unidos. En enero y febrero de 1915 Morgenthau comenzó a recibir informes gráficos, pero fragmentarios, de sus 10 cónsules apostados por todo el Imperio otomano. Al principio no reconoció que las atrocidades contra los armenios eran de una naturaleza distinta a la de la violencia propia de épocas de guerra. Creyó en las garantías expresadas por Talaat de que se trataba de ciertos elementos fuera de control que se embarcaron en la vía de la violencia colectiva, y que muy pronto serían contenidos.¹³ En abril, cuando las masacres empezaron en serio, las autoridades turcas cortaron las comunicaciones de Morgenthau con sus cónsules y censuraron sus cartas. Morgenthau se mostraba renuente a mandar informes basados en rumores a Washington, y los turcos le imposibilitaban que

se cerciorara en persona.

Aunque al principio se resistía a creerlo, para julio de 1915 el embajador ya no tenía dudas. Había recibido demasiadas visitas de armenios desesperados y fuentes confiables entre los misioneros como para mantenerse aún escéptico. Se sentaban en su despacho con las caras cubiertas de lágrimas para contarle sus terribles historias. Al comparar estos testimonios con los muy parecidos horrores que llegaban registrados en los desviados cables consulares, Morgenthau llegó a una sorprendente conclusión. Estaba en plena marcha lo que llamó “asesinato racial”. El 10 de julio de 1915 describió la campaña turca en un cable a Washington:

La persecución de armenios adquiere proporciones sin precedente. Los informes de distintos distritos indican un intento sistemático de arrancar de raíz poblaciones armenias pacíficas mediante arrestos arbitrarios, torturas terribles, expulsiones masivas y deportaciones, de una punta del Imperio a la otra, acompañado todo de frecuentes casos de violación, saqueo y asesinato, lo que se convierte en una masacre para llevarles destrucción y miseria. Estas medidas no obedecen a exigencias populares o fanáticas, sino que son puramente arbitrarias y dirigidas desde Constantinopla en nombre de requerimientos militares, a menudo en distritos donde no han de tener lugar operaciones militares.

RESPUESTA

Morgenthau tenía la limitación de dos consideraciones fundamentales que parecían inmutables. La primera era que el gobierno de Wilson estaba resuelto a mantenerse al margen de la primera Guerra Mundial y buscar pelea con Turquía no parecía una buena manera de alcanzar ese objetivo; y la segunda era que el protocolo diplomático exigía que los embajadores se comportaran con respeto hacia los gobiernos anfitriones. Se suponía que los diplomáticos estadounidenses debían mantenerse alejados de asuntos que no competían a los intereses nacionales de su país. “Las autoridades turcas me informaron con claridad que no tengo derecho de inmiscuirme en sus asuntos internos”, escribió Morgenthau. No obstante, advirtió a Washington: “Parece haber un plan sistemático de aplastar a la raza armenia”.¹⁴

Testigos locales le instaron a invocar el poder moral de Estados Unidos. De otra manera, afirmaban, “la totalidad de la nación armenia desaparecerá”.¹⁵ El embajador hizo lo que pudo, mandó explosivos cables a Washington y mencionó

el tema en prácticamente cada reunión que tenía con Talaat. Sus intercambios con el ministro del Interior le provocaban ira. Una vez, cuando el embajador presentó informes de primera mano sobre la matanza, Talaat le respondió con dureza: “¿Por qué le interesan tanto los armenios, en primer lugar? Usted es judío, esta gente es cristiana... ¿De qué se queja usted? ¿Por qué no nos deja hacer con esta gente lo que nos plazca?” Morgenthau respondió: “Usted no parece darse cuenta de que no estoy aquí como judío sino como embajador de Estados Unidos... No hablo en nombre de ninguna raza ni religión, sino sólo como un ser humano”. Talaat pareció confundido. “También tratamos bien a los estadounidenses —musitó—. No veo de qué se queja.”¹⁶

Pero Morgenthau continuó con sus quejas, y advertía que Talaat y otros altos oficiales algún día responderían ante un tribunal de opinión pública en Estados Unidos. Talaat le dio una rápida respuesta: “¡Nos importa un rábano el futuro! —exclamó—. ¡Vivimos sólo en el presente!” Talaat creía en la culpabilidad colectiva. Era legítimo castigar a todos los armenios aunque sólo unos pocos fueran los que se resistían a deponer las armas o acariciaban pensamientos sediciosos. “Nos han reprochado que no hagamos distinción entre los armenios inocentes y los culpables —le comentaba Talaat a un periodista alemán—. Pero eso era totalmente imposible en vista de que aquellos que hoy son inocentes podrían convertirse en los culpables de mañana.”¹⁷

En lugar de ocultar sus actos, como harían perpetradores posteriores, Talaat se jactaba de ellos. Según Morgenthau, le gustaba vanagloriarse ante sus amigos: “¡En la solución del problema armenio he logrado más en tres meses que Abdul Hamid en treinta años!”¹⁸ (El sultán turco Abdul Hamid liquidó a unos 200 000 armenios entre 1895 y 1896.) En cierta ocasión Talaat le preguntó a Morgenthau si podía conseguir que la New York Life Insurance Company and Equitable Life, compañía de seguros que durante años había hecho negocios con los armenios, le mandara una lista completa de sus abonados a las autoridades turcas. “Están casi todos muertos ya, y no dejaron herederos —explicó—. El gobierno es el beneficiario ahora.”¹⁹

A Morgenthau le enfureció la petición y abandonó con ímpetu el despacho de Talaat. De nuevo cablegrafió a Washington para implorar la atención de los dirigentes superiores:

Ruego de corazón al Departamento para que dé consideración urgente y concienzuda a este asunto con miras a llegar a una conclusión que, posiblemente, ponga un límite al gobierno de Turquía y

ofrezca una real oportunidad de alcanzar asistencia eficiente que en este momento no está permitida. Me es difícil contenerme de hacer algo para ponerle coto a este intento de exterminar una raza, pero entiendo que estoy aquí como embajador y debo atenerme a los principios de no intervención en los asuntos internos de otro país.²⁰

Morgenthau debía recordar siempre que una de las prerrogativas de la soberanía era que los estados y los estadistas podían hacer lo que les pluguiera dentro de sus propias fronteras. “Técnicamente —musitó— no tenía derecho a interferir. Según las frías pautas legales de la situación, el trato de súbditos turcos era un tema exclusivo del gobierno turco; a menos que directamente afectara vidas o intereses estadounidenses, se encontraba fuera de la esfera del gobierno de Estados Unidos.”²¹ Esto encolerizaba al embajador.

El *New York Times* daba cobertura permanente a los horrores turcos, y publicó 145 notas en 1915. Ayudaba a esto que Morgenthau y el editor del *Times*, Adolph Ochs, eran viejos amigos. A principios de marzo de 1915 el diario hablaba de “masacres”, “carnicería” y “atrocidades” turcas contra los armenios, con relatos de misioneros, oficiales de la Cruz Roja, autoridades religiosas locales y sobrevivientes de ejecuciones masivas. En julio, un correponsal observaba: “Puede decirse con certeza que a menos que se ponga de rodillas a Turquía muy pronto, no quedarán más cristianos en el Imperio otomano”.²² Para julio de 1915 los titulares del diario empezaron a poner el grito en el cielo sobre el peligro de la “extinción” de los armenios. El vizconde Bryce, ex embajador británico en Estados Unidos, le rogó a este país que usara su influencia con los alemanes. “Si algo puede parar la destructiva mano del gobierno turco —decía Bryce, lo mismo que los misioneros que habían hablado con Morgenthau—, será que las naciones neutrales, en particular el juicio humanitario de Estados Unidos, expresen su opinión.”²³ El 7 de octubre de 1915 un titular del *Times* pregonaba: “Se calculan en 800 000 los armenios exterminados”. La nota comentaba el testimonio de Bryce frente a la Cámara de los Lores, en que instaba a Estados Unidos a demostrar que había “ciertos crímenes que ni siquiera ahora, en la convulsión de una gran guerra, la opinión pública del mundo estará dispuesta a tolerar”.²⁴ En diciembre, los titulares rezaban: “Un millón de armenios muertos o exiliados”.²⁵ El número de víctimas era tentativo, pues era imposible contar los cadáveres. Sin embargo, algunos oficiales gubernamentales y no gubernamentales juzgaban que las atrocidades “no tenían paralelo en épocas modernas” y que los turcos se habían propuesto “ni más ni menos que el aniquilamiento de todo un pueblo”.²⁶

Los testigos del terror sabían que para los lectores estadounidenses sería difícil digerir tan espantosos horrores, así que buscaron paralelos históricos que suponian ya procesados en la mente pública. Un reporte decía: “La naturaleza y escala de las atrocidades cometidas por el actual gobierno de Turquía reducen casi a la insignificancia cualquier acto cometido bajo Abdul Hamid”. Antes de Hitler, el parangón de la brutalidad europea, se establecía con Abdul Hamid y el rey Leopoldo de Bélgica, quien saqueó el Congo en busca de caucho en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del XX.²⁷

Debido a que los turcos aún bloqueaban el acceso a las caravanas, los periodistas se preguntaban con frecuencia si podían confiar en sus fuentes. “El gobierno turco consiguió cubrir sus acciones contra los armenios con un velo impenetrable —se quejaba un frustrado corresponsal de la Associated Press—. Durante semanas Constantinopla ha tenido su porción diaria de rumores sobre armenios [...] Lo que sucede es un capítulo aún sin completar. Ningún periodista puede viajar a los distritos afectados, y los informes son por completo dudosos. Sin embargo, la renuencia del gobierno turco no es una buena señal.”²⁸

Los representantes turcos en Estados Unidos, como cabía esperar, empañaban el cuadro con negativas y defensas. El cónsul turco, Djelal Munif Bey, le manifestó al *New York Times*: “Todos los que han sido liquidados eran elementos rebeldes a los que se sorprendió en flagrancia, o en actos de traición contra el gobierno turco, y no mujeres y niños, como algunos de estos informes fantasiosos querrían que los estadounidenses creyeran”. Pero el mismo representante añadió que si de hecho habían perecido inocentes era porque, en tiempo de guerra, “la discriminación es absolutamente imposible, y no es sólo el culpable el que paga la pena por su fechoría sino también el inocente que arrastra consigo. Los armenios no tienen nadie más a quien culpar que a sí mismos”.²⁹

Los turcos, que procuraban mantener las masacres en secreto, no estaban muy felices por la atención que recibían. En noviembre de 1915 Talaat les advirtió a las autoridades de Alepo que Morgenthau sabía demasiado. “Es importante que se haga creer a los extranjeros en esas partes que la expulsión de los armenios sólo es deportación —escribió—. Es importante que, para salvar las apariencias, se haga una muestra de trato suave durante un tiempo, y se tomen las medidas de costumbre en los lugares apropiados.” Un mes más tarde, airado de que algunos extranjeros fotografiasen cadáveres a la vera de los caminos, Talaat recomendó que esos cuerpos se enterraran cuanto antes, o al menos se

ocultaran.³⁰

Al percibir la sensibilidad turca ante la opinión pública del mundo, Morgenthau rogó a sus superiores que dejaran de lado el protocolo y la neutralidad e hicieran un pedido directo de gobierno a gobierno “por motivos humanitarios” para que Turquía pusiera término a las matanzas. También instó a su gobierno a que convenciera al káiser alemán de poner fin a “la aniquilación de una raza cristiana” por parte de los turcos, y a Washington a presionar a los turcos para que permitieran envíos de ayuda humanitaria a los armenios ya deportados y en peligro de morir de hambre en el desierto.³¹ Pero debido a que los estadounidenses no corrían peligro por los horrores turcos y a que su neutralidad en la primera Guerra Mundial era inamovible, Washington no atendió las recomendaciones de Morgenthau. Los funcionarios le recomendaron apelar a fuentes privadas para obtener auxilio.

Sin duda recibió ayuda ajena al gobierno de Estados Unidos. Las iglesias congregacionalista, bautista y católica romana hicieron donaciones. La Fundación Rockefeller donó 290 000 dólares sólo en 1915. Y lo más notable es que varios estadounidenses distinguidos, ninguno de ascendencia armenia, crearon una Comisión sobre Atrocidades contra los Armenios,³² que colectó 100 000 dólares para asistirlos y organizó marchas multitudinarias con delegaciones de más de 1 000 iglesias y organizaciones religiosas en la ciudad de Nueva York para denunciar los crímenes turcos.

Pero al exigir “acción” la comisión no promovía la intervención militar estadounidense. Le preocupaba el efecto de una declaración de guerra en las escuelas e iglesias de Turquía. Además, el sentimiento por el que los miembros de la comisión simpatizaban con sus correligionarios cristianos en Armenia produjo también algunos pacifistas. Por denunciar las atrocidades, pero al mismo tiempo oponerse a la guerra contra Turquía, la comisión se hizo merecedora del escarnio del ex presidente Theodore Roosevelt. En una carta a Samuel Dutton, el secretario de la Comisión pro Armenia, Roosevelt fustigó la hipocresía del tipo “paz a cualquier precio” que actuaba según el lema “seguridad antes que nada”, lo cual, afirmaba, “era apropiado para hombres en un buque que se va a pique y que se plantan en los botes salvavidas antes que las mujeres y los niños”. Y continuaba:

Las manifestaciones masivas en favor de los armenios no sirven para nada si no son otra cosa que la expresión sentimental, pero ineficaz y segura, de la emoción de quienes participan en ellas. Es más:

cuentan como menos que nada [...] Hasta que pongamos el honor y la obligación en primer lugar, y estemos dispuestos a arriesgar algo para lograr rectitud tanto para nosotros como para los demás, no conseguiremos nada; y nos ganaremos y nos mereceremos el desprecio de las naciones fuertes de la humanidad.³³

Roosevelt se preguntaba cómo se podía recomendar neutralidad “entre gente desesperada y perseguida, gente cuyos pequeños son asesinados y sus mujeres violadas, y entre impunes e inicuos malhechores”. Observó que semejante postura ponía “la seguridad en el presente antes que la obligación en el presente y la seguridad en el futuro”.³⁴

Roosevelt se enojaría todavía más cuando, avanzada la guerra, se invocó la misma campaña humanitaria iniciada para asistir a los armenios como una razón para no declararle la guerra a Turquía. En 1918 le escribió a Cleveland Dodge, el miembro más influyente de la Comisión pro Armenia: “Permitir a los turcos masacrar a los armenios y luego solicitar permiso para asistir a los sobrevivientes, y después citar nuestra ayuda a los sobrevivientes como una razón para no seguir el único curso que ponga fin a tales masacres, es tan necio como odioso”.³⁵

Morgenthau trató de esquivar la decidida neutralidad de Estados Unidos. En septiembre de 1915 ofreció recaudar un millón de dólares para transportar a Estados Unidos a los armenios que escapaban de las masacres: “Desde mayo, 350 000 armenios han sido asesinados o han muerto de hambre. Hay ahora 550 000 armenios que pueden llegar a Estados Unidos, y necesitamos ayuda para salvarlos”. Turquía aceptó la propuesta, y Morgenthau convocó a los estados del oeste de Estados Unidos a juntar fondos para equipar un barco para los refugiados armenios. Apeló al propio interés de los estadounidenses: “Los armenios son una raza moral y trabajadora, y serán buenos ciudadanos para las partes menos pobladas de los estados del oeste”.³⁶ Sabía que tenía que desarmar de entrada a quienes esperaban vividores armenios. Pero los turcos, insinceros incluso en cuanto a dejar partir a los armenios, bloquearon su partida. El plan de Morgenthau no llegó a ninguna parte.³⁷

Conforme los misioneros estadounidenses fueron expulsados de Turquía, llegaron a Estados Unidos con historias que contar. William A. Shedd, misionero presbiteriano, escribió directamente al nuevo secretario de Estado, Robert Lansing:

Seguro estoy de que existen numerosos estadounidenses pensantes que, como yo, sienten que es peligroso el silencio por parte de nuestro gobierno; y que nuestro gobierno no presente ninguna protesta oficial contra un crimen de tal magnitud perpetrado por un gobierno contra no combatientes, en su mayoría mujeres y niños, equivale a dejar pasar una oportunidad de servir a la humanidad, si no de arriesgar un serio deshonor al nombre de Estados Unidos, y de reducir nuestro derecho de hablar de humanidad y justicia. Estoy consciente, por supuesto, de que puede parecer presuntuoso sugerir la forma de proceder en materia de diplomacia, pero la necesidad de estas multitudes que sufren en Turquía es desesperante, y la única posibilidad de ejercer influencia descansa en el gobierno de Estados Unidos.³⁸

Pero Lansing sabía ya, por la División de Asuntos del Cercano Oriente del Departamento de Estado, que “por más que deploremos el sufrimiento de los armenios, no podemos tomar medidas activas para asistirlos en el momento presente”.³⁹ Lansing instruyó a Morgenthau para que no dejara de advertir a las autoridades turcas que esas atrocidades “pondrían en riesgo los buenos sentimientos del pueblo de Estados Unidos hacia el de Turquía”.⁴⁰ Lansing también llegó a pedirle a Alemania que limitase a Turquía, pero expresó comprensión para el problema de seguridad de los turcos. “Era claro que la bien conocida deslealtad armenia hacia el gobierno otomano, y el hecho de que habitaban un territorio dentro de la zona de operaciones militares, constituían razones más o menos justificables para obligarlos a dejar sus hogares”, escribió el secretario Lansing en 1916.⁴¹ Morgenthau examinó los hechos y vio una campaña de aniquilamiento a sangre fría. Lansing procesó muchos de esos mismos sucesos y vio en ellos un desafortunado, pero comprensible esfuerzo de neutralizar un peligro para la seguridad interna.

Al cabo de 26 meses en Constantinopla, Morgenthau partió a comienzos de 1916. Ya no toleraba su impotencia. Recordaba: “Mi fracaso en detener la aniquilación de los armenios ha hecho de Turquía un lugar de horror para mí. Agoté mis recursos”.⁴² Más de un millón de armenios había sido liquidado durante la gestión de Morgenthau, quien se ganó una reputación de francotirador y no recibió otro nombramiento durante la presidencia de Wilson. Éste, reflejo de la abrumadora postura del pueblo estadounidense, se mantuvo al margen de la primera Guerra Mundial todo el tiempo que pudo. Y cuando Estados Unidos por fin entró en el conflicto contra Alemania, en abril de 1917, se negó a declarar la guerra o siquiera a romper relaciones con el Imperio otomano. Wilson informó al Congreso: “Iremos a donde nos conduzcan las necesidades de

la guerra, pero me parece a mí que sólo debemos ir a donde nos lleven consideraciones inmediatas y prácticas, y no prestar atención a las demás”.⁴³ Al final fue Turquía la que rompió relaciones con Estados Unidos.

La falta de respuesta de Estados Unidos a los horrores turcos estableció modelos que se repetirían. Una y otra vez el gobierno de este país se resistiría a abandonar su neutralidad para denunciar formalmente a un Estado por sus atrocidades. Una y otra vez, aunque los funcionarios estadounidenses se enterasen de que se exterminaba a gran cantidad de civiles, el efecto se adormecía por su incertidumbre respecto de los hechos y su racionalización de que una postura más firme no cambiaría mucho la situación. Una y otra vez, las suposiciones y políticas estadounidenses recibirían cuestionamientos de los estadounidenses más cercanos a las regiones donde ocurrían las matanzas, quienes tratarían de activar la imaginación de sus superiores políticos. Y una y otra vez estos intercesores fracasarían en cambiar el rumbo de Washington. Estados Unidos ofrecería asistencia humanitaria a los sobrevivientes del “asesinato racial”, pero dejaría impunes a quienes lo realizaban.

SECUELA

Cuando culminó la guerra, en 1918, se cernía en gran magnitud la cuestión de la culpabilidad sobre la conferencia de paz. Gran Bretaña, Francia y Rusia reclamaban que se responsabilizara a las autoridades estatales de Alemania, Austria y Turquía por las violaciones de las leyes de guerra y las “leyes de humanidad”. Planearon el primer tribunal de crímenes de guerra del siglo para llevar a juicio al káiser y a sus secuaces alemanes, lo mismo que a Talaat, Enver Pasha y los demás principales transgresores turcos. Pero Lansing disintió en nombre de Estados Unidos. En general, el gobierno de Wilson se opuso a las propuestas aliadas de debilitar a Alemania, pero también rechazó la noción de que algún supuesto principio “universal” de justicia justificase el castigo. Las leyes de la humanidad, decía Lansing, “varían según el individuo”. En consonancia con las ideas de la época, sostenía que los líderes soberanos tenían que ser inmunes a todo juicio. Sostuvo: “La esencia de la soberanía [era] la ausencia de responsabilidad”.⁴⁴ Estados Unidos sólo juzgaría las violaciones contra ciudadanos o propiedades estadounidenses.⁴⁵

Por tanto, de instituirse tal tribunal, Estados Unidos no participaría. En el

pensamiento estadounidense de esos tiempos, se sobreentendía que el derecho que tenía cada Estado a que nadie se inmiscuyera en sus asuntos estaba por encima de los derechos individuales a la justicia. Un creciente aislamiento de posguerra hacía que Estados Unidos se involucrara en asuntos claramente alejados de sus estrechos intereses nacionales.

Incluso sin el apoyo oficial estadounidense, al principio parecía que se cumpliría la promesa británica de llevar a juicio a los líderes turcos. A comienzos de 1919 los británicos, que aún ocupaban Turquía con 320 000 soldados, presionaron al cooperativo sultán a que arrestara a un número de verdugos turcos. De los ocho dirigentes otomanos que llevaron a Turquía a la guerra contra la *Entente*, se apresó a cinco. En abril de 1919 los turcos establecieron un tribunal en Constantinopla que sentenció a dos altos funcionarios de distrito por deportar a armenios y “actuar contra la humanidad y la civilización”. La corte turca falló que se trató con brutalidad a las mujeres y los niños en las caravanas de deportación, y que los hombres fueron asesinados: “Fueron premeditada y deliberadamente asesinados, luego de que se les atara las manos a sus espaldas”. El comandante de policía Tevfik Bey fue sentenciado a 15 años de trabajo forzado, y el vicegobernador Kemal Bey, a la horca. La corte también condenó a Talaat y a sus colegas *in absentia* por su responsabilidad como dirigentes de la matanza, según un plan cuidadosamente ejecutado: “El desastre que sufrieron los armenios no fue un hecho local o aislado. Fue el resultado de una decisión premeditada tomada por un cuerpo central [...] y las inmolaciones y excesos que tuvieron lugar se basaron en órdenes escritas y orales emitidas por ese cuerpo central”.⁴⁶

Talaat, quien recibió sentencia de muerte, vivía pacíficamente como cualquier ciudadano en Alemania, que denegaba los pedidos de extradición de los aliados. Consciente de su lugar en la historia, Talaat comenzó a escribir sus memorias. En ellas minimiza la violencia con el argumento de que todos los abusos (a los que se refiere por lo general de manera impersonal) eran aspectos más bien habituales de las guerras, si bien “lamentables”, llevados a cabo por “elementos fuera de control”. Dice: “Confieso que las deportaciones no se llevaron a cabo de forma rigurosamente legal en todas partes [...] Algunos de los oficiales abusaron de su autoridad, y en muchos lugares tomaban en sus propias manos las medidas preventivas, y se molestó a personas inocentes”. Reconocía que era obligación del gobierno impedir y castigar “estos abusos y atrocidades”, pero explica que

hacerlo hubiera causado gran “descontento” popular, y Turquía no se podía dar ese lujo durante la guerra. Alega: “Hicimos todo lo que pudimos, pero preferimos aplazar la solución de nuestras dificultades internas hasta después de derrotar a nuestros enemigos externos”. Aunque otras naciones en guerra también pusieron en vigencia duras “medidas preventivas, los lamentables resultados se pasaron por encima en silencio [mientras que] el eco de nuestros actos se oyó en todo el mundo, porque los ojos de todos estaban puestos en nosotros”. Incluso al tratar de embellecer su propia imagen, no podía dejar de culpar a los armenios por su propio destino. “Reconozco que deportamos a muchos armenios de nuestras provincias orientales, pero la responsabilidad por estos actos recae en los propios deportados.”⁴⁷

Después de un comienzo prometedor, flaqueó el entusiasmo por llevar a juicio a Talaat y sus colaboradores, y pronto intervino la política. Con la creciente popularidad del dirigente nacionalista turco Mustafá Kemal (luego Atatürk), el régimen otomano comenzó a temer una reacción si daba señas de doblegarse ante los designios británicos. Además, la ejecución de Kemal Bey lo convirtió en un mártir para los nacionalistas del imperio. Para evitar mayores problemas, las autoridades turcas empezaron a soltar a los detenidos de menor jerarquía. Los británicos se sentían frustrados con la incompetencia y politización de lo que denominaban la “farsa” del sistema jurídico turco. Por el temor de que ninguno de los detenidos por los turcos jamás se sometiera a proceso, las fuerzas de ocupación británicas mandaron a muchos de los arrestados por sospecha de haber cometido crímenes de guerra a Malta y Mudros, un puerto en la isla egea de Lemnos, a la espera de posibles juicios internacionales. Pero el apoyo para esto también se evaporó. Para 1920, las condenas y promesas de 1915 ya tenían cinco años. Kemal, quien con rapidez consolidaba su control sobre Turquía, denunció como “traicionero” el Tratado de Sèvres, que estipulaba la entrega de sospechosos de crímenes de guerra otomanos a un tribunal internacional. Los británicos se aferraron por un tiempo a la idea de que al menos podrían procesar a los ocho prisioneros turcos que cometieron crímenes contra ellos, pero Winston Churchill abandonó incluso esta esperanza cuando, en 1920, Kemal secuestró a 29 soldados británicos, cuyo bienestar el Reino Unido privilegiaba por encima de cualquier otra cosa.⁴⁸

En noviembre de 1921, Kemal puso fin a la promesa de un tribunal internacional al negociar un intercambio de prisioneros. Los británicos

encarcelados se trocaron por todos los sospechosos turcos en poder de los británicos. En 1923, las potencias europeas remplazaron el Tratado de Sèvres con el de Lausanne, que ya no mencionaba los juicios. El ex primer ministro británico calificó al tratado de “rendición abyecta, cobarde e infame”.⁴⁹

II. “UN CRIMEN SIN NOMBRE”

SOGHOMÓN TEHLIRIÁN, el joven sobreviviente armenio, sabía poco de tratados internacionales o de geopolítica. Sólo sabía que su vida estuvo muy vacía después de la guerra, que Talaat era responsable y que el ex ministro del Interior jamás iría a juicio. Desde la masacre de su familia y la lesión en su cabeza, Tehlirián no podía dormir y padecía frecuentes ataques epilépticos. En 1920 encontró una causa digna al enrolarse en la Operación Némesis, un plan armenio con sede en Boston, cuyo objetivo era asesinar a todos los dirigentes turcos que persiguieron a los armenios. A él se le asignó el asesinato de Talaat, un crimen que le significó gloria eterna en la comunidad armenia y una breve fama mundial.

Mientras Tehlirián esperaba su juicio en Berlín, Raphael Lemkin, un judío polaco de 21 años que estudiaba lingüística en la Universidad de Lvov, encontró una breve noticia sobre el asesinato de Talaat en el diario local. Esto intrigó a Lemkin, quien comentó el caso con uno de sus profesores. Lemkin preguntó por qué los armenios no habían hecho arrestar a Talaat por la masacre. El profesor le contestó que no había ninguna ley por la que pudiera ser arrestado. Explicó: “Piensa en un granjero que tiene un gallinero. Si mata a las gallinas, eso es asunto de él. Si usted se mete, invade su propiedad”.

Pero Lemkin preguntó: “¿Es un crimen que Tehlirián mate a un hombre, pero no que su opresor mate a más de un millón? Es totalmente contradictorio”.¹

Lemkin estaba asombrado de que la bandera de la “soberanía nacional” cobijase a hombres que trataban de eliminar a toda una minoría. Discutió Lemkin con su profesor: “Soberanía significa conducir una política interior y exterior independiente, construir escuelas, hacer caminos... todo tipo de actividad dirigida al bienestar popular. La soberanía no puede considerarse como el derecho a matar a millones de inocentes”.² Pero eran los estados, sobre todo los fuertes, los que hacían las reglas.

Lemkin se enteró del fallido esfuerzo británico por juzgar a los delincuentes turcos y se dio cuenta de que los estados difícilmente buscarían la justicia sólo por un compromiso con ella. Lo harían únicamente si los presionaban

políticamente, si los juicios servían a intereses estratégicos o si los crímenes afectaban a sus ciudadanos.

Lemkin no sabía cómo juzgar el acto de Tehlirían. Por un lado, le reconocía al armenio que sustentara “el orden moral de la humanidad” y centrara la atención del mundo en la matanza turca. El caso de Tehlirían se convertía con rapidez en un juicio informal al finado Talaat por sus crímenes contra los armenios; los testigos y la evidencia documentada que presentó la defensa de Tehlirían dejaron los horrores otomanos más a la vista que ningún otro hecho hasta entonces. El *New York Times* afirmó que los documentos en el juicio “establecían de una vez por todas que el propósito de las autoridades turcas no fue la deportación, sino el aniquilamiento”.³ Pero a Lemkin le incomodaba que Tehlirían, declarado inocente por “locura temporal”, se hubiese erigido en el “oficial legal para la conciencia de la humanidad, por designación propia”.⁴ Sabía que el apasionamiento a menudo se convertía en una parodia de la justicia. Debía terminar la impunidad para asesinos múltiples como Talaat. El justo castigo debía legalizarse.

Una década más tarde, en 1933, Lemkin, ya abogado, se preparaba para hablar en una conferencia de abogados criminalistas internacionales en Madrid, en presencia de distinguidos colegas mayores.⁵ Lemkin redactó un escrito que destacaba tanto el ascenso de Hitler como la matanza otomana de los armenios, un crimen que la mayoría de los europeos había ignorado o archivado como fenómeno “oriental”. Si sucedió una vez, argumentaba el joven abogado, sucedería de nuevo. Si pasó allí, podía pasar aquí. Lemkin planteó una propuesta radical. Si la comunidad internacional deseaba impedir una matanza masiva como la que sufrieron los armenios, insistió, los estados del mundo tendrían que unirse en una campaña para prohibirla.

Con esa finalidad en mente, Lemkin preparó una ley que prohibiría la destrucción de naciones, razas y grupos religiosos. La ley se apoyaba en lo que llamó “represión universal”, precedente de lo que hoy en día se conoce como “jurisdicción universal”. Los instigadores y perpetradores de estos actos deberían ser sancionados dondequiera que se les atrapara, sin importar dónde se hubiera cometido el crimen ni la nacionalidad ni jerarquía oficial del criminal.⁶ Así, el intento de eliminar grupos nacionales, étnicos o religiosos, como los armenios, se convertiría en un crimen internacional que podría castigarse en cualquier parte, como la trata de esclavos y la piratería. El riesgo de recibir castigo,

argumentó Lemkin, produciría un cambio en la práctica.

“BARBARIE”

A Raphael Lemkin le obsesionaba de manera extraña el tema de la atrocidad incluso antes de oír la historia de Tehlirián. En 1913, cuando tenía 12 años, leyó *Quo Vadis?*, del Premio Nobel Henryk Sienkiewicz, que describe las masacres de conversos cristianos en el siglo I a manos del emperador romano Nerón. Lemkin se crió en una extensa granja al este de Polonia, cerca de Wolkowysk, a unos 75 kilómetros de la ciudad de Bialystok, entonces parte de la Rusia zarista. Aunque Lemkin era judío, muchos de sus vecinos eran cristianos. Le espantaba que Nerón pudiera haber echado a los cristianos a los leones, y le preguntó a su madre, Bella, cómo pudo suscitar el emperador aplausos en una turba de espectadores. Bella, pintora, lingüista y estudiante de filosofía que educó en casa a sus tres hijos, le explicó que una vez embarcado el Estado en exterminar a un grupo étnico o religioso, la policía y la ciudadanía se convertían en cómplices, en vez de ser los guardianes de la vida humana.

De chico, Lemkin interrogaba muchas veces a su madre por detalles de matanzas masivas históricas, y aprendió sobre el saqueo de Cartago, las invasiones mongolas y la persecución de los hugonotes franceses. Devorador de libros, leyó con rapidez una lista en especial horrorosa, y decidió dedicarse a poner fin a la destrucción de grupos étnicos. Años más tarde, escribió: “Yo era un chico impresionable, con una tendencia al sentimentalismo. Me apabullaba la frecuencia de la maldad [...] y por sobre todo la impunidad con la que fríamente contaban los culpables”.

El tema de las matanzas adquirió un lamentable significado personal para él, que se crió en la región polaca de Bialystok. En 1906, unos 70 judíos fueron asesinados y 90 heridos de gravedad en pogromos locales. Lemkin oyó que las turbas les abrían los estómagos a sus víctimas y se los llenaban de plumas de almohadas y edredones, en grotescos rituales de mutilación. Temía que el mito de que a los judíos les gustaba moler a niños cristianos para hacer *matzoh* condujera a más matanzas. Lemkin veía lo que más tarde describió como una “línea de sangre” que procedía de las matanzas de cristianos en Roma y llegaba a la masacre de judíos en las cercanías.⁷

Durante la primera Guerra Mundial, mientras los armenios sufrían bajo el

sombrío régimen de Talaat, la batalla entre rusos y alemanes llegó al umbral de la granja de los Lemkin.⁸ Sus padres enterraron los libros de la familia y sus escasos valores, y llevaron a los niños a esconderse en el bosque que rodeaba su tierra. En el curso de la lucha, la casa de la granja fue despedazada por fuego de artillería. Los alemanes se apoderaron de sus cosechas, ganado y caballos. Samuel, uno de los hermanos de Lemkin, murió en el bosque de pulmonía y desnutrición.

El periodo entre guerras trajo un breve respiro para Lemkin y sus compatriotas polacos. Después de que la guerra ruso-polaca resultara en una poco habitual victoria polaca, Lemkin se inscribió en la Universidad de Lvov en 1920. Su estudio juvenil de la Torá desarrolló en él una curiosidad por el poder de otorgar nombres a las cosas, y hacía mucho que se interesaba en la visión que las palabras introducían en la cultura. Tenía facilidad para los idiomas y, tras dominar el polaco, el alemán, el ruso, el francés, el italiano, el hebreo y el yiddish, comenzó a estudiar filología, la evolución de la lengua. También pensaba aprender árabe y sánscrito.

Pero en 1921, cuando leyó la noticia sobre el asesinato de Talaat, se alejó de la filología y regresó a su oscura preocupación infantil. Se pasó a la Facultad de Derecho en Lvov, donde investigó códigos legales antiguos y modernos para buscar leyes que prohibieran las matanzas. Se mantuvo atento a la prensa local, y su investigación asumió urgencia al oír de pogromos que se estaban llevando a cabo en el nuevo Estado soviético. Ocupó un cargo de fiscal local y, en 1929, empezó a trabajar en su tiempo libre en la redacción de una ley internacional que comprometiera a su gobierno y a los de los demás países a impedir la destrucción deliberada de grupos nacionales, étnicos y religiosos. Fue ésta la ley que presentó Lemkin, seguro de sí, a sus colegas legalistas en Madrid en 1933.

Lemkin sentía que la existencia tanto física como cultural de los grupos humanos tenía que preservarse. Por eso presentó en la conferencia madrileña un proyecto de ley que prohibía dos prácticas entrelazadas: “barbarie” y “vandalismo”. Definió la barbarie como “la destrucción premeditada de colectividades nacionales, raciales, religiosas y sociales”. Calificó al vandalismo como “la destrucción de obras de arte y cultura, como la expresión del genio particular de estas colectividades”.⁹ El castigo de estas dos prácticas —la destrucción de grupos humanos y la de sus manifestaciones culturales e intelectuales— ocuparía todos sus esfuerzos en las tres décadas siguientes.

Lemkin se topó con dos decepciones. En primer lugar, el ministro polaco de Relaciones Exteriores, que buscaba granjearse el favor de Hitler, no le permitió viajar a Madrid para presentar sus ideas en persona.¹⁰ Su bosquejo tuvo que leerse en voz alta en su ausencia. En segundo, Lemkin halló escasos aliados para su propuesta. En una Europa entre dos guerras, compuesta de naciones aislacionistas, nacionalistas y económicamente malsanas, los jurados y legisladores europeos no se dejaban conmover por las palabras de Lemkin acerca de crímenes que “ofendían la conciencia”. La Liga de las Naciones estaba demasiado dividida para ocuparse de la ley de manera conjunta, y menos todavía de una ley que protegiera a minorías en peligro. Los delegados hablaron abundantemente de “seguridad colectiva”, pero con esta frase no se referían a la seguridad de las colectividades *dentro* de los países. Aparte, en palabras de uno de los delegados, el crimen de la barbarie era “demasiado esporádico como para legislar acerca de él”. La mayoría de los abogados presentes (que representaban a 37 países) se preguntaba cómo podían ser dignos de la atención de juristas del continente civilizado crímenes que tuvieron lugar en el Imperio otomano hacía una generación. Aunque la delegación alemana acababa de retirarse de la Liga de las Naciones, y miles de familias judías ya habían empezado a huir de la Alemania nazi, también veían con escepticismo las referencias apocalípticas a Hitler.

Cuando se presentó la propuesta de Lemkin, el presidente de la Suprema Corte alemana y el de la Universidad de Berlín se ausentaron del recinto como protesta.¹¹ Lemkin lo describió luego con su característico estilo: “Me tiraron un balde de agua fría”.¹²

Lemkin había lanzado un desafío moral, y los abogados en la conferencia no rechazaron del todo su propuesta. La pasaron a una habitación intermedia. Lemkin observó: “No querían decir ‘sí’, pero no *podían* decir ‘no’”. Ni siquiera estaban dispuestos a ponerse de acuerdo en intervenir, aunque fuese por medios diplomáticos, de un país a otro. Pero tampoco estaban dispuestos a reconocer que permitirían pasivamente que muriese gente inocente.

En Polonia se le echó en cara a Lemkin que tratara de fortalecer la condición de los judíos con su propuesta. Beck, el ministro de Relaciones Exteriores, lo fulminó por “insultar a nuestros amigos alemanes”.¹³ A poco de la conferencia, el gobierno antisemita de Varsovia lo despidió de su puesto de vicesfiscal por negarse a contener sus críticas a Hitler.¹⁴ Sin empleo, y escarmentado por la

recepción de su proyecto de ley, Lemkin sin embargo no dudaba de la solidez de su estrategia. La historia, le gustaba decir, “es mucho más sabia que políticos y estadistas”.

El crimen de “barbarie” se repetía con regularidad casi biológica,¹⁵ pero lo que vio Lemkin era que a la gente, evidentemente, le iba a resultar difícil oír, atender o comentar ruegos de advertencia para actuar a tiempo. La posibilidad de atrocidades parecía demasiado remota; la idea de un plan para destruir a una colectividad, demasiado inhumana, y la suerte de grupos vulnerables, algo demasiado lejano de los principales intereses de los extranjeros. Sin embargo, para cuando los crímenes se cometieran, sería demasiado tarde para que algún Estado humanitario pudiera remediarlo, ya que los estados siempre se ocuparían de manejar las consecuencias del genocidio, sin capacidad o acaso voluntad para impedirlo.

Pero Lemkin no se dio por vencido. En los años siguientes, en conferencias de juristas en Budapest, Copenhague, París, Amsterdam y El Cairo, Lemkin, impecablemente trajeado, se ponía de pie y explicaba en el mejor francés la urgencia de la propuesta.

Lemkin no fue el único europeo que había aprendido del pasado. También Hitler lo hizo. En agosto de 1939, seis años después de la conferencia de Madrid, Hitler se reunió con sus jefes militares y pronunció un discurso tristemente célebre: son los vencedores los que escriben los libros de historia. Dijo:

Fue a sabiendas y despreocupadamente que Gengis Khan mandó a miles de mujeres y niños a su muerte. La historia lo ve sólo como el fundador de un Estado [...] El objetivo de una guerra no es alcanzar determinadas líneas geográficas, sino aniquilar físicamente al enemigo. Es de esta manera como obtendremos el indispensable espacio vital que necesitamos. *¿Quién menciona ya la masacre de los armenios hoy en día?*¹⁶

Una semana más tarde, el 1 de septiembre de 1939, los nazis invadieron Polonia. En 1942 Hitler restituyó las cenizas de Talaat a Turquía, donde el gobierno turco las puso en una urna en el mausoleo de la Colina de la Libertad, en Estambul.¹⁷

HUIDA

Si Lemkin hubiera estado en posición de decir en público: “Se lo advertí”, en

septiembre de 1939, lo habría hecho. Pero como cualquier otro judío que se aprontaba a huir o a pelear, Lemkin sólo tenía la supervivencia en mente. Seis días después de la invasión de Polonia por la Wehrmacht, oyó una transmisión radiofónica en que se recomendaba a todos los hombres aptos para el servicio que se fueran de la capital. Lemkin se apresuró a ir a la estación central, llevando consigo sólo sus enseres para afeitarse y un saco de verano. Cuando la Luftwaffe bombardeó e incendió el tren, Lemkin se escondió y caminó a campo traviesa en el bosque aledaño, junto con lo que llamó una “comunidad de nómadas”. Vio el ataque de bombarderos alemanes a un tren repleto de refugiados, y después a un grupo de niños acurrucados cerca de las vías. Tres de sus compañeros de viaje cayeron muertos en un ataque aéreo. Cientos de los polacos con quienes viajó perecieron por fatiga, hambre y enfermedad.

De acuerdo con los términos del arreglo secreto entre soviéticos y alemanes, el Pacto Molotov-Ribbentrop, los soviéticos invadieron Polonia justo después de los alemanes, y el país se dividió en una zona soviética y otra alemana. Lemkin siguió su camino hasta noviembre de 1939, cuando llegó a un poblado en la parte de Polonia bajo ocupación soviética, donde convenció a una religiosa familia de judíos que le diera albergue por unos días. Ahí, pese a su calidez y generosidad, a Lemkin le frustraron su pasividad y falta de sentido de la realidad en vista de la brutalidad de Hitler.

“No hay nada nuevo en que los judíos suframos, sobre todo en época de guerra —insistió el dueño de casa, un panadero—. Lo más importante para un judío es conservar la calma y ganarle por cansancio al enemigo. Un judío debe esperar y orar. El Todopoderoso ayudará. Siempre ayuda.”

Lemkin le preguntó si había oído de *Mein Kampf*. El hombre dijo que había oído de ese libro, pero que no pensaba que Hitler cumpliría sus amenazas.

“¿Cómo puede destruir a los judíos si tiene que comerciar con nosotros? Le concedo que algunos judíos sufrirán bajo Hitler, pero éste es el destino de los judíos, el de sufrir y esperar.”

Lemkin respondió que esta guerra no era como otras. Los alemanes no tenían interés sólo en acaparar territorio. Hitler deseaba destruir por completo a los judíos.

“En la última guerra, de 1915 a 1918, vivimos tres años bajo el yugo alemán —dijo el panadero—. Nunca fue bueno, pero de algún modo sobrevivimos. Yo les vendía pan a los alemanes. Les horneábamos su harina. Los judíos somos un

pueblo eterno. No podemos ser destruidos. Sólo podemos sufrir.”¹⁸

Esta incredulidad, esta fe en la razón, en el contacto humano, en el comercio, convenció a millones de quedarse y arriesgar sus vidas. Sólo unos cuantos judíos tuvieron la visión de Lemkin. La inmensa mayoría esperaba persecución, acaso el pogromo ocasional, pero no exterminio.

Lemkin estudió con cuidado al hombre y reflexionó:

Muchas generaciones hablaban por boca de este hombre. No podía creer en la realidad de las intenciones de Hitler porque era algo tan contrario a la naturaleza, a la lógica, a la vida misma; y contrario al cálido aroma del pan en su casa, a su humilde pero confortable cama... No tenía sentido perturbarlo ni confundirlo con hechos. Ya había tomado su decisión.¹⁹

Lemkin viajó en tren al este de Polonia, donde vivían su hermano y sus padres. Les imploró que se fugaran con él. “He vivido retirado por más de 10 años debido a mi enfermedad —dijo su padre—. No soy capitalista. Los rusos no me van a molestar.”

Su hermano agregó: “Renuncié a mi tienda y me registré como empleado antes de que el nuevo gobierno la confiscara. A mí tampoco me van a tocar”.

Lemkin recordaría más tarde: “Leí en los ojos de todos ellos un ruego: no nos hables de irnos de este cálido hogar, de nuestras camas, de nuestras provisiones de alimentos, de la seguridad de nuestras costumbres... Tendremos que sufrir, pero sobreviviremos de algún modo”. Pasó el día siguiente como si fuesen sus funerales mientras aún se hallaban con vida. Observó: “Lo mejor de mí se moría con la plena crueldad de la conciencia”.²⁰

Antes de que Lemkin abandonara Wolkowysk, su madre le dio un sermón acerca de la importancia de realizar su vida. Le recordó que su meta de escribir un libro al año no era tan importante como “la vida del corazón”. Lemkin, quien jamás había salido con mujeres, respondió jocosamente que tal vez tendría más suerte en su nueva calidad de nómada que la que tuvo como “miembro de una sociedad sedentaria”. Les dijo a sus padres que pensaba viajar primero a Suecia y luego, esperaba, a Estados Unidos, porque ahí era donde se decidía todo.

Después de despedirse de sus padres con una despreocupación deliberada, Lemkin se dirigió a Vilna, en Lituania, ciudad que bullía de refugiados. Gastó lo que le quedaba en dos telegramas. El primero fue a un fastidioso erudito de París, para averiguar si su editor recibió un manuscrito que envió una semana antes del comienzo de la guerra. El segundo, un pedido de asilo, se lo mandó a

un amigo, el ministro de Justicia sueco.²¹ Mientras esperaba la notificación del consulado sueco, visitó a varios intelectuales judíos de la ciudad. Ninguno pensaba irse.

La vida de vagabundo no le gustaba a Lemkin. Aunque sus conocidos fueron generosos, sintió que su personalidad se “desintegraba” a medida que se generalizaba la apatía. Escribió: “Había tres cosas que quería evitar en mi vida: usar anteojos, perder el cabello y convertirme en refugiado. Ahora cada una de estas cosas me ha llegado en implacable seguidilla”.²² Se entretuvo con un diccionario que compró y aprendiendo lituano en los diarios. Pero sólo la llegada de un paquete de su editor de Francia le causó alguna alegría. Eran las pruebas de galera de su libro más reciente sobre reglamentaciones a las finanzas internacionales, como también copias del proyecto de ley de 1933 para prohibir actos de barbarie y vandalismo. En su nuevo tiempo libre, el abogado se puso de inmediato a mejorarlas.

Se aprobó el pedido de asilo de Lemkin, y viajó por barco a la neutral Suecia en febrero de 1940. Pudo dar conferencias en sueco a sólo cinco meses de su llegada, un logro que estimó que le permitía “elevarse espiritualmente de la caída de ‘refugiado’ propia del hombre moderno”.²³ Mientras dictaba cátedra de derecho internacional en la Universidad de Estocolmo, comenzó a coleccionar los decretos legales de los nazis en cada país que ocuparon. Se apoyaba en una corporación cuyos asuntos legales manejó en cierto momento desde Varsovia — así como en las embajadas suecas alrededor de Europa, delegaciones de la Cruz Roja y las emisiones radiales de la ocupación alemana— para juntar las gacetas oficiales de toda sucursal que aún permanecía en operación en los países ocupados. Con estas leyes, Lemkin esperaba demostrar las maneras siniestras en que servía la ley para propagar el odio e incitar al asesinato. También esperaba que los decretos y ordenanzas en las propias palabras de los nazis harían las veces de “evidencia objetiva e irrefutable” para las legiones de escépticos de lo que él denominaba el “ciego mundo”.²⁴

Lemkin estaba desesperado por dejar las bibliotecas de la neutral Suecia y llegar a Estados Unidos, país que había idealizado. Gracias a un profesor de la Universidad de Duke, con quien había traducido el Código Penal polaco al inglés, Lemkin se aseguró un puesto como catedrático en esa universidad para enseñar derecho internacional. Voló a Moscú, tomó el ferrocarril transiberiano a Vladivostok y por fin se embarcó, con otros refugiados, en una pequeña nave que

llamaban “el ataúd flotante”, hacia el puerto japonés de Tsuruga. Después viajó en un barco más grande de Yokohama a Vancouver y, por último, a Seattle, el puerto estadounidense de entrada, al que arribó el 18 de abril de 1941.

UN NUEVO COMIENZO, UNA VIEJA CRUZADA

Lemkin viajó por tren a Carolina del Norte, como punto final de un viaje de 14 000 millas. La noche de su llegada le pidieron que pronunciara un discurso en una cena con el presidente de la universidad. Sin aviso previo ni un manejo fluido del inglés, Lemkin alentó a los estadounidenses a que obraran como lo hizo el embajador Morgenthau en el caso de los armenios. Preguntó: “Si se asesinase a mujeres, niños y ancianos a cien millas de aquí, ¿no correrían a ayudar? Entonces, ¿por qué detienen esta decisión de sus corazones cuando la distancia es de 3 000 millas en lugar de cien?”²⁵

Durante su permanencia en Duke, Lemkin recibió una carta de sus padres en un papel de un cuarto del tamaño de una hoja común: “Estamos bien. Esperamos que estés contento. Siempre pensamos en ti”. Unos días más tarde, el 24 de junio de 1941, oyó a un locutor de radio anunciar que el ejército alemán le había declarado la guerra a la Unión Soviética, en repudio al Pacto Molotov-Ribbentrop, que dividió al país en un sector alemán y otro soviético. Las tropas de Hitler ahora copaban Polonia oriental. Sus colegas le preguntaban: “¿Se enteró de la noticia de los nazis?” Lemkin, aturdido y sombrío, miraba para otro lado. “Perdón”, decían, y se alejaban.²⁶

Pese al pánico que sentía por la suerte de su familia en la distancia, se dedicó a difundir una campaña acerca de los crímenes de Hitler. La idea prevaleciente en Estados Unidos, al igual que la que existió en Lituania, era que los nazis luchaban contra los ejércitos de Europa. Cuando Lemkin les dijo a los funcionarios gubernamentales estadounidenses que Alemania también estaba exterminando a los judíos, la reacción era de indiferencia o de incredulidad. Pero con la declaración de guerra de Hitler contra Estados Unidos, Lemkin, que hablaba de corrido nueve idiomas, pensó que podría obtener más credibilidad. En junio de 1942, la Comisión de Guerra Económica y la Administración de Economía Exterior en Washington, distrito de Columbia, lo empleó como su principal asesor, y en 1944 el Departamento de Guerra lo contrató como experto en derecho internacional.

Pero sus historias de horrores no eran asunto del gobierno nacional. Observaba: “Mis compañeros mostraban apenas moderado y cortés interés. Su atención estaba absorta más bien en sus propias tareas [...] Eran hábiles para cambiar el tema hacia sus propias cuestiones”.²⁷

Lemkin acudió a los superiores. Habló con Henry Wallace, vicepresidente de Roosevelt, e intentó dar un toque personal a su mensaje. Antes de la reunión estudió el proyecto de irrigación de la Autoridad del Valle de Tennessee, que sabía le interesaría a Wallace. Al saber que el vicepresidente se había criado en los sembradíos de Iowa, Lemkin también mencionó su propio origen en una granja. Se encontró con él varias veces, e introdujo sus propuestas para prohibir la destrucción de pueblos. Escribió: “Esperaba alguna reacción. No hubo ninguna”.²⁸

Intentó después un acercamiento directo con el presidente Roosevelt. Un asistente le sugirió que resumiera su propuesta en un memorándum de una página. Lemkin quedó pasmado de que se le pidiera “comprimir el dolor de millones, el temor de naciones, las esperanzas de ser salvados de la muerte” en una página. Pero se las arregló, y sugirió que Estados Unidos adoptara un tratado que impidiera la barbarie e instaba a que los aliados declararan la protección de las minorías europeas como una meta central de la guerra.

Unas semanas más tarde, un correo le entregó una respuesta del presidente. Roosevelt le dijo que reconocía el peligro que corrían esos grupos humanos, pero consideraba que la aplicación de semejante ley sería difícil por el momento. Le aseguró que Estados Unidos mandarían una advertencia a los nazis y le solicitó paciencia. Lemkin estaba fuera de sí. Opinó: “‘Paciencia’ es una buena palabra para cuando se espera un puesto, un subsidio o la construcción de un camino. Pero cuando la víctima ya tiene la soga al cuello y es inminente la estrangulación, ¿no es acaso la palabra ‘paciencia’ un insulto a la razón y a la naturaleza?”²⁹ Creía que se cometía un “doble asesinato”: uno de los nazis contra los judíos y otro por parte de los aliados, quienes estaban enterados de la campaña de exterminio de Hitler, pero se resistían a publicarla o denunciarla. Tras recibir noticias del desplante de Roosevelt, Lemkin salió del Departamento y caminó con lentitud por la avenida Constitution, tratando de no pensar en lo que esto significaba para sus padres.

Estaba seguro de que los políticos siempre colocarían sus propios intereses por encima de los ajenos. Para tener alguna esperanza de influir en la política

estadunidense, tendría que acercar su mensaje al público en general, quien a su vez presionaría a sus dirigentes. Más tarde escribió: “Me di cuenta de que procedía con una táctica errónea. Los estadistas están arruinando el mundo, y es sólo cuando parece que se ahogan en el lodo de su propia hechura cuando se apresuran a salir de él”.³⁰ Aquellos estadunidenses que tanta atención prestaron a Lemkin en persona no levantaban la voz en protesta. Y a la mayoría de ellos no les interesaba. Lemkin se dijo:

En toda Europa los nazis escriben el libro de la muerte con mis hermanos. Permítaseme ahora contarle la historia al pueblo estadunidense, al hombre de la calle, en la iglesia, en el portal de su casa y en sus cocinas y salas de estar. Estoy seguro de que me entenderán [...] Publicaré los decretos para diseminar la muerte en Europa [...] No tendrán más alternativa que creer. El reconocimiento de la verdad dejará de ser un favor personal hacia mí, y se convertirá más bien en una necesidad lógica.³¹

Mientras cabildeaba en Washington y el resto del país entre 1942 y 1943 para que se actuara, recordó un discurso del primer ministro británico, Winston Churchill, de agosto de 1941, transmitido por la BBC, en que alentaba la decisión de los aliados: “Toda Europa ha sido devastada y pisoteada por las armas mecánicas y la furia bárbara de los nazis [...] A medida que avanzan sus ejércitos, son exterminados distritos íntegros —denunció Churchill—. Estamos en presencia de un crimen que no tiene nombre”.³²

De pronto, la cruzada de Lemkin adquirió un nuevo propósito: la búsqueda de una nueva palabra. Repitió mentalmente el discurso de Churchill y la respuesta de los abogados en Madrid a su propuesta. Quizá no distinguió lo suficiente entre el crimen contra el que luchaba y la violencia bélica habitual. Quizá si lograba dar a ese crimen un nombre que tuviera connotaciones únicas y malvadas, los pueblos y los políticos harían más para impedirlo. Comenzó a pensar cómo combinar su conocimiento de derecho internacional, su meta de impedir la atrocidad y su interés lingüístico de larga data. Convencido de que era sólo la forma de empaquetar su causa legal y moral la que requería refinamiento, comenzó a buscar un término apropiado para su experiencia y la de millones. Le pondría nombre a este crimen fundamental.

III. EL CRIMEN CON NOMBRE

“CREER LO INCREÍBLE”

Aunque no lo supiera en ese momento, Lemkin formaba parte de una especie de comunidad virtual de testigos frustrados y desconsolados. A un continente de distancia, Szmul Zygielbojm, un judío polaco como él, hacía reclamos similares a los que Lemkin esgrimía en el Departamento de Guerra de Estados Unidos. A finales de mayo de 1942, cuando los informes del terror nazi todavía se consideraban rumores, Zygielbojm, miembro del Consejo Nacional Polaco de Londres, puso en circulación un informe preparado por el clandestino Bund [Grupo] Socialista Judío de Polonia. En los dos años anteriores, Zygielbojm había viajado alrededor de Europa y Estados Unidos para difundir las espantosas condiciones de la Polonia ocupada, y el informe del Bund ofrecía el cuadro más completo, preciso y escalofriante del plan de exterminio de Hitler. Los nazis habían despachado *Einsatzgruppen*, es decir, unidades móviles de exterminio, al territorio conquistado en el este de Europa. En Lituania y Polonia, en el verano de 1941, el Bund informaba:

Se llevó a varones de entre 14 y 60 años de edad a un único lugar —una cuadra o un cementerio— donde se les asesinó, con disparos de ametralladora o con granadas de mano. Tuvieron que cavar sus propias tumbas. Niños en orfanatos, residentes de geriátricos, parientes en hospitales, todos fueron fusilados; mataron a mujeres en la calle. En muchas ciudades se llevó a los judíos a “destinos desconocidos” y se les dio muerte en los bosques de los alrededores.¹

El informe del Bund presentó a los lectores los vehículos con cámaras de gas que circulaban en la ciudad polaca de Chelmno para envenenar a un promedio de 1 000 personas por día (90 por unidad) desde el invierno de 1941 hasta marzo de 1942. El informe revelaba que Alemania se proponía “exterminar a todos los judíos de Europa”. Más de 700 000 ya habían sido muertos; millones más corrían peligro. Sus autores apelaban al gobierno polaco en el exilio para que presionaran a los aliados y éstos tomaran represalias contra ciudadanos

alemanes en sus países.² Otros instaban a los aliados a que relacionaran de manera explícita sus bombardeos en Alemania con las atrocidades nazis, y dejaran caer volantes en territorio alemán para informar a los ciudadanos alemanes de esas inhumanidades. Zygielbojm apareció en la BBC el 26 de junio de 1942 para difundir el mismo mensaje. En yiddish, leyó en voz alta la carta que una judía en un gueto le escribió a su hermana que se encontraba en otro: “Me tiemblan las manos. No puedo escribir. Tenemos los minutos contados. Sólo el Señor sabe si nos volveremos a ver. Escribo y lloro. Mis hijos están gimiendo. Quieren vivir. Te bendecimos. Si no recibes más cartas mías sabrás que ya no estamos vivos”. El informe del Bund y la carta de la mujer, dijo Zygielbojm, eran “un llamado a todo el mundo”.³

A principios de ese año, Jan Karski, sacerdote católico, se disfrazó de judío con una cinta con la Estrella de David en el brazo, y se escabulló por un túnel a uno de los guetos de Varsovia. Con la apariencia de un miliciano ucraniano también penetró en Belzec, campo de exterminio nazi cerca de la frontera polaco-ucraniana. A fines de 1942 Karski escapó llevando consigo cientos de documentos microfilmados escondidos en la ranura de una llave. Acordó encontrarse en Londres con Zygielbojm y su colega, Ignacy Schwarzbart. En la víspera del encuentro, Schwarzbart examinó los documentos y, horrorizado, telegrafió al Congreso Mundial Judío en Nueva York para describir los padecimientos de los judíos en Polonia:

Judíos en Polonia casi completamente aniquilados. Leí informes deportación 10 000 judíos para matarlos. En Belzec obligados a cavar propia tumba. Suicidio masivo. Cientos niños arrojados vivos en zanjas. Campos exterminio en Belzec Treblinka distrito Malkinia. Miles muertos no enterrados en Sobibor distrito Wlodawski. Tumbas colectivas. Asesinato mujeres embarazadas. Judíos desnudos arrastrados a cámaras. Miembros Gestapo pidieron pago matarlos más rápido. Cacería de fugitivos. Miles víctimas diarias toda Polonia. Créase lo increíble.⁴

Karski se encontró al día siguiente con Schwarzbart y Zygielbojm en su oficina, cerca de Piccadilly Circus. Les contó de los cadáveres desnudos en el gueto de Varsovia, negras expectativas, niños famélicos, cacerías de judíos y el olor a carne quemada. Karski le transmitió un mensaje personal a Zygielbojm de Leon Feiner, el líder del Bund atrapado en Varsovia. Feiner aconsejó a Zygielbojm que dejara las protestas vacías y comenzaran bombardeos de represalia, se tirasen volantes y se ejecutara a los alemanes en manos aliadas.⁵

Según Karski, cuando le hizo notar que las propuestas eran “amargas y carentes de realismo”, Feiner le replicó: “Nosotros no sabemos de realismo ni de falta de realismo. Nos estamos muriendo. ¡Dígalos!”⁶ Karski, quien poseía excelente memoria, recitó el llamado final de Feiner a los dirigentes judíos para que hicieran algo drástico que lograra que la gente creyera los informes:

Todos nos estamos muriendo aquí; que los judíos de los países aliados mueran también. Que se agolpen en las oficinas de Churchill, de todos los dirigentes y dependencias importantes ingleses y estadounidenses. Que convoquen a una huelga de hambre en las puertas de los más poderosos, sin retirarse hasta que nos crean, hasta que se comprometan a rescatar a nuestra gente que aún vive. Que sufran una muerte lenta mientras el mundo los observa. Quizás esto sacuda la conciencia del mundo.

Al oír el mensaje de Feiner, Zygielbojm saltó de su asiento y caminó de un lado a otro del recinto, y afirmó: “Es imposible, absolutamente imposible. Usted sabe lo que pasaría. Simplemente traerían a dos policías y me llevarían a un manicomio [...] ¿Cree que me dejarían morir lentamente? Jamás [...] Nunca me dejarían morir”.⁷ Mientras el agitado Zygielbojm continuaba interrogando a Karski, le aseguró a su mensajero que hizo todo lo posible. Dos semanas más tarde, en una transmisión de la BBC, Zygielbojm declaró: “De hecho, será vergonzoso seguir viviendo, pertenecer a la raza humana, si no se toman medidas para poner fin al mayor crimen de la historia”.⁸

Karski viajó a Estados Unidos y se entrevistó con el juez de la Suprema Corte, Félix Frankfurter, quien lo escuchó cortés, para responder al final: “No le creo”. Cuando el anonadado Karski protestó, Frankfurter lo interrumpió y le explicó: “No quiero decir que usted mienta. Sólo digo que no puedo creerlo”.⁹ Frankfurter era humanamente incapaz de concebir las atrocidades que Karski describía. No era el único. Isaiah Berlin, quien trabajaba en la embajada británica en Washington desde 1942, sólo lo veía como un pogromo sobredimensionado, así como Nahum Goldman, Chaim Weismann, David Ben-Gurion y otros dirigentes sionistas.¹⁰

Los alemanes hacían su parte con frecuentes desmentidos y matices para la Solución Final con eufemismos como “reasentamientos”. Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, comparaba los informes sobre sus atrocidades con los abusos que cometieron los británicos en la India y en otros lugares, una táctica que juzgaba “nuestra mejor posibilidad de evadir el incómodo tema de los

judíos”.¹¹ La Comisión Internacional de la Cruz Roja, con sede en Suiza, que documentó las deportaciones, no hizo protestas públicas, pues pensaba que “no sólo son ineficaces, sino que tal vez produzcan un endurecimiento del país acusado respecto de la comisión, e incluso una ruptura de relaciones con ella”.¹² La intervención sería fútil y comprometería la posibilidad de la organización de inspeccionar prisiones, entregar ayuda humanitaria y transmitir mensajes entre miembros de familias. La neutralidad era lo más importante.

La supresión de la verdad sobre la Solución de Hitler por parte de los aliados es objeto de numerosos estudios históricos.¹³ La información sobre el exterminio hitleriano era abundante tanto en fuentes restringidas como públicas. Estados Unidos mantuvo sus embajadas en Berlín hasta diciembre de 1941, en Budapest y Bucarest hasta enero de 1942, y en Vichy, Francia, hasta las postrimerías de 1942.¹⁴ Los británicos interceptaban las comunicaciones alemanas con elaborada tecnología de decodificación. La principal organización judía tenía representantes en Ginebra que redifundían las gráficas y numerosas narraciones de refugiados por conducto de Stephen Wise, presidente del Congreso Mundial Judío (CMJ), y de otras personalidades. En julio de 1942, Gerhard Riegner, representante del CMJ en Ginebra, envió al Departamento de Estado el informe de un importante industrial alemán en el que afirmaba que Hitler ordenó el exterminio de los judíos europeos mediante cámaras de gas. En noviembre de 1942, el rabino Wise, quien conocía en persona al presidente Roosevelt, reveló en una conferencia de prensa en Washington que él y el Departamento de Estado tenían información confiable de que unos dos millones de judíos ya habían sido asesinados.

El gobierno polaco en el exilio era una mina de oro en cuanto a información. Ya para el otoño de 1942, por ejemplo, Zygielbojm se reunía regularmente con Arthur J. Goldberg, asistente especial del general Bill Donovan de la Oficina de Servicios Estratégicos, para discutir sobre los campos de exterminio.

Pero la información a menudo se minimizaba. Por ejemplo, en junio de 1942, el *Daily Telegraph* londinense publicó que, según el informe del Bund, se estimaba que 700 000 judíos polacos y más de un millón en toda Europa habían sido asesinados. El *New York Times* recogió el informe del *Telegraph*, pero lo ubicó en páginas interiores del diario.¹⁵ Cuando Riegner cablegrafió sobre el plan de Hitler al mes siguiente, funcionarios y periodistas se mostraban escépticos respecto de la “información sin pruebas”. En palabras de un jefe suizo de noticias

extranjerías: “No recibimos imágenes de exactitud fotográfica, sólo siluetas”.¹⁶ En 1944, cuando John Pehle, director de la Comisión para los Refugiados de Guerra del gobierno de Roosevelt, quiso publicar el informe de dos que se habían fugado de Auschwitz, Elmer Davis, jefe de la Oficina de Información de Guerra, rechazó su petición. El público estadounidense no daría crédito a historias tan fantásticas, y los europeos se sentirían tan desmoralizados por ellas que su resistencia se derrumbaría. El embajador estadounidense en Suecia, Hershel Johnson, mandó un telegrama en 1943 que detallaba el exterminio de judíos en Varsovia, pero finalizó su mensaje: “Tan fantasioso es el relato [...] que vacilo en hablar de ello en un informe oficial”.¹⁷ En la declaración de Stalin, Roosevelt y Churchill de noviembre de 1943 se eliminó toda referencia a las cámaras de gas al considerar que la evidencia no era digna de crédito. Para parafrasear a Walter Laqueur, pionero en el estudio de la respuesta aliada al holocausto, aunque muchos suponían que los judíos ya no estaban vivos, no necesariamente creían que habían muerto.¹⁸

¿Por qué y cómo vivía la gente en “una zona crepuscular entre saber y no saber?”¹⁹ Para empezar, la amenaza que representaba Hitler para la humanidad entera ayudaba a soslayar su persecución de los judíos. También colaboraba a que así fuera un muy diseminado antisemitismo. No es que el prejuicio de los lectores contra los judíos forzosamente los hiciera alegrarse de la monstruosidad de Hitler. Más bien su indiferencia hacia la suerte de los judíos hacía que sólo viesen por encima esas noticias y se concentraran en otros aspectos de la guerra. Otros más no se tomaban el tiempo de pensar en los informes, pues creían que los aliados ya estaban haciendo todo lo que podían: no tenía sentido deprimirse por algo que no podían remediar.

Semejante información era inoportuna. Karski recordó después que los dirigentes aliados “se deshacían de su conciencia” con el pretexto de que “los judíos estaban en la más completa indefensión. La estrategia de la guerra era derrotar militarmente a Alemania”.²⁰ Ganar la guerra era la manera más eficaz de poner fin al asesinato de civiles de Hitler. Los gobiernos aliados ayudaban de manera indirecta a las víctimas judías al tratar de derrotarlo, pero rechazaban el pedido de los líderes judíos de declarar objetivo de guerra el rescate de los judíos de Europa.

La inmensa mayoría simplemente no creía lo que leía: la idea de recibir ataques por *ser* (en oposición a *hacer*) era demasiado desconcertante y extraño

para aceptarlo sin más. Nunca se había sabido de un plan de aniquilamiento total, por lo que resultaba imposible de imaginar. Los relatos de fábricas donde incineraban cadáveres y cámaras de gas alemanas sonaban disparatados. Las deportaciones eran explicables: Hitler precisaba mano de obra esclava para su empresa. Durante la campaña turca contra los armenios, se hizo evidente esta misma propensión a no creer, pero era todavía más pronunciada en los años cuarenta debido a una reacción ante las exageraciones de las “atrocidades belgas” de la primera Guerra Mundial.²¹ En ese conflicto, los periodistas relataron con exactitud cuentos de sanguinarios “hunos” que mutilaban y violaban monjas y descuartizaban bebés belgas. Es más, informaron sobre rumores de que los alemanes construyeron una “planta de procesamiento de cadáveres” en la que hervían grasa y huesos humanos para obtener lubricantes y glicerina.²² En las décadas de 1920 y 1930, la prensa había desacreditado muchos de los mitos aliados de la guerra sobre el salvajismo de los alemanes, para generar una “resaca de escepticismo”. Aunque muchas de estas historias se confirmaron años más tarde, aún se dudaba de ellas al comienzo de la segunda Guerra Mundial.²³ Cuando surgió el cuento de las camionetas para gasear gente y de los planes de exterminio, muchos pensaban que se trataba de inventos y exageraciones que formaban parte de la campaña propagandística aliada. Del mismo modo que los estrategias militares tienen la tendencia a “librar la última guerra” —para emplear tácticas confeccionadas para enemigos anteriores—, los líderes políticos y el público en general tienden a aplicar en demasía “las lecciones de la historia” a nuevos y distintos desafíos.

En su campaña para dar a conocer el horror de las atrocidades nazis, Zygielbojm procuró vencer la desconfianza instintiva de la gente hacia los relatos de violencia gratuita. Pero comenzó a perder la esperanza de lograrlo. En 1943 supo que su esposa e hijo perecieron en el gueto de Varsovia. En abril de 1943, en la Conferencia de Bermudas, al cabo de 12 días de reuniones secretas e ineficaces, los aliados rechazaron la mayoría de las modestas propuestas para ampliar las admisiones de refugiados, y siguieron limitando grandemente la cantidad de judíos a los que se les brindaría refugio temporal en Estados Unidos y en la Europa libre.²⁴ El 10 de mayo, en una cena en Londres, Arthur Goldberg, de oss, informó a Zygielbojm que Estados Unidos denegó su solicitud de bombardear Auschwitz y el gueto de Varsovia. Más tarde refería Goldberg: “Con el dolor y la angustia comprensibles, le dije que nuestro gobierno no estaba

dispuesto a hacer lo que pedía porque, en opinión de nuestro comando supremo, no había aviones disponibles para este propósito”.²⁵

Zygielbojm no soportó más. Escribió a máquina una carta dirigida al presidente y al primer ministro del gobierno polaco en el exilio para explicar su inminente acto:

La responsabilidad por el crimen de asesinar íntegramente a la población judía de Polonia recae en primera instancia en quienes lo cometen, pero, indirectamente, le pesa a toda la humanidad, al pueblo y al gobierno de los estados aliados, quienes hasta la fecha no han hecho esfuerzo alguno para emprender acciones concretas para frenarlo.

Con su pasiva observación de este asesinato de millones de indefensos y del maltrato de niños, mujeres y ancianos, estos países se convierten en cómplices de los criminales [...]

No puedo guardar silencio ni puedo seguir viviendo mientras el resto del pueblo judío de Polonia, del que soy representante, perece [...]

Por medio de mi muerte deseo expresar mi más sentida protesta por la inactividad con que el mundo observa y consiente el exterminio de los judíos. Conozco el poco valor que tiene la vida humana, en especial hoy en día. Pero como fui incapaz de lograr nada durante mi vida, acaso mi muerte contribuya a minar la indiferencia de aquellos que sí pueden y deberían actuar.²⁶

Szmul Zygielbojm tomó una sobredosis de píldoras para dormir en su departamento de Paddington el 12 de mayo de 1943. La noticia de que los nazis aplastaron el levantamiento del gueto de Varsovia y liquidaron a sus habitantes llegó a Londres y a Washington el día de su entierro.²⁷

El *New York Times* publicó la nota de suicidio de Zygielbojm el 4 de junio de 1943, con el título “Nota de suicidio de polaco pide ayuda para judíos” y el subtítulo “Denunció la apatía”. La línea final daba a entender que Zygielbojm “quizá logró más con su muerte que con su vida”. La realidad es que no pudo modificar la política de los aliados en ninguno de los dos estados.²⁸

EN SUS PROPIAS PALABRAS

En Washington, Raphael Lemkin también consideraba la posibilidad de quitarse la vida, pero decidió que estaba en una posición demasiado estratégica como para hacer mutis. Después de todo, mientras otros deliberaban sobre la prevención de atrocidades por primera vez, él casi no había pensado en otra cosa durante más de una década. Se identificaba con la causa y cada vez la representaba más. Al

leer las escalofriantes noticias que llegaban desde su patria, hizo lo que Zygielbojm al principio: le dio crédito a la información. Lemkin también echaba mano de sus dos puntos fuertes: el derecho y los idiomas.

En noviembre de 1944, la Fundación Carnegie para la Paz Internacional publicó *El dominio del Eje en la Europa ocupada*, que entonces era un libro de 712 páginas sobre los reglamentos y decretos que los países del Eje y sus estados allegados impusieron en 19 países y territorios de Europa ocupados por los nazis. Como parte de su servicio al Estado estadounidense, Lemkin continuó la compilación de estas leyes, que había comenzado en Suecia. Cualquiera que fuese la manifiesta aspiración de Lemkin a ganarse el interés popular, *El dominio del Eje* era un libro de referencia árido y legalista.²⁹ Incluía propuestas para la restitución de propiedades a los desposeídos después de la guerra y la compensación a millones de obreros extranjeros a quienes se les obligó a trabajar en Alemania. También reiteraba su propuesta de Madrid de 1933 de declarar ilegal la destrucción deliberada de grupos humanos, e instaba a la creación de un tratado internacional que sirviera como marco para el juicio y castigo de los criminales.

Tan útiles como fueran las recomendaciones del libro, Lemkin veía su verdadera contribución en la reproducción de la serie de decretos en toda su crudeza (lo que ocupaba unas 360 páginas del libro). Esto, estaba convencido, obraría milagros en el combate del difundido descrédito y desaliento, sobre todo en el lector anglo-estadunidense que, decía, “con su innato respeto por los derechos humanos y la persona humana, tiende a no creer que el régimen del Eje pudo ser tan cruel y despiadado como hasta ahora se le describió”. Con documentos escritos por Hitler y sus asesores, se aseguraba de que nadie en Estados Unidos pudiera decir que exageraba o reproducía propaganda.

Algunos estudiosos todavía rechazaban los relatos de atrocidades, e intentaron relativizar la responsabilidad alemana. La crítica más rigurosa de *El dominio del Eje* apareció en el *American Journal of Sociology* en 1946. El autor, Melchior Palyi, culpó a Lemkin de no explorar las “circunstancias atenuantes” en el comportamiento de los nazis. Según Palyi, Lemkin redactó más un “alegato de fiscal” que una indagación imparcial. El crítico sostuvo que casi cada cargo que Lemkin esgrimía contra los nazis se ajustaba asimismo a los aliados. Escribió: “Desde luego, existe esta diferencia sustancial: que los nazis mostraron sin pudor sus pretensiones de cometer fechorías, mientras que los aliados occidentales

caen en prácticas ilegales y los tapan con fórmulas humanitarias o de otro tipo”.³⁰

Pero la mayoría de las críticas le fueron favorables y no incorporaban tales analogías facilistas. El *American Journal of International Law* calificó la recopilación de legislación nazi de Lemkin como un *tour de force*.³¹ Otro crítico escribió: “El terrorismo de las políticas alemanas es bien conocido, pero ver los hechos cubiertos por la fría terminología legal crea en uno, tal vez, un sentido de indignación aún mayor”.³²

Para entonces Lemkin sentía un cierto conflicto en cuanto a las raíces de la responsabilidad y el papel relativo del individuo y la culpabilidad colectiva, teorías de responsabilidad que se debaten hasta nuestros días. Por un lado, Lemkin exhortaba a castigar a los *individuos* causantes de los horrores nazis. Por otro, estaba de parte de una temprana versión de la teoría —recientemente reiterada en el libro de Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler’s Willing Executioners* [Los verdugos voluntariosos de Hitler]— que culpaba no sólo a los que cometían los crímenes sino a sus conciudadanos que no hicieron nada por detenerlos y que a menudo parecían apoyarlos de manera activa.³³ En *El dominio del Eje*, Lemkin escribe: “La presente destrucción de Europa no sería completa y perfecta si el pueblo alemán no hubiera aceptado con libertad el plan nazi, participando de buen grado en su consecución, y del que hasta ahora ha sacado gran partido”. Se negaba a aceptar la noción de que todos, excepto los funcionarios superiores alemanes, sólo cumplían órdenes, e insistía en que “todas las clases y grupos importantes de la población asistieron por su voluntad a Hitler en su designio de dominación mundial”.³⁴

En enero de 1945 la sección literaria del *New York Times* dedicó su primera página a *El dominio del Eje*. “De su árido legalismo emergen los contornos de aquel monstruo que hoy jinetea el mundo”. Este monstruo “se empacha de sangre, bestializa a sus servidores y pervierte algunas de las más nobles emociones humanas con finalidades infames, todo esto con la apariencia de autoridad y legalidad espurias que dejan indefenso al individuo”. El crítico sostenía que Lemkin captó “lo que significó el dominio del Eje en la Europa ocupada, y las consecuencias para nosotros si hubiera alcanzado nuestras costas”. Pero censuró la dogmática atribución universal de culpas por parte de Lemkin. Al encontrar “perversidad innata” en el pueblo alemán, Lemkin alimentaba un “nazismo al revés”: “Con seguridad, en su calidad de polaco, el

doctor Lemkin no quería que se le considerase personalmente responsable de todos los excesos del régimen de Pilsudki”.³⁵

UNA PALABRA ES UNA PALABRA ES UNA PALABRA

No se recuerda a *El dominio del Eje* por dar lugar al debate actual y futuro sobre la culpabilidad colectiva, sino porque fue en este lenguaje un tanto arcano y legalista como Lemkin cumplió con la promesa que se hizo a sí mismo y a su imaginario compañero de conspiración, Winston Churchill. Desde el momento mismo en que escuchó su discurso de 1941 por la radio, decidió acuñar una nueva palabra para remplazar “barbarie” y “vandalismo”, que lo hicieron fracasar en la conferencia madrileña de 1933. Lemkin quería un término que describiera ataques a todos los aspectos de la nacionalidad: físicos, biológicos, sociales, culturales, económicos y religiosos. Quería que abarcase no sólo el exterminio en escala masiva sino también los demás medios de destrucción de Hitler: deportaciones masivas, restricción de procreación al separar hombres y mujeres, explotación económica, desnutrición progresiva y la supresión de los intelectuales que hacían las veces de dirigentes nacionales.

Lemkin, el antiguo estudiante de filología, sabía que su elección de una palabra correcta tenía gran importancia. “Asesinato masivo” era inadecuado, porque no tomaba en cuenta el motivo preponderante del crimen que tenía en mente. “Desnacionalización”, con que se describían los intentos de borrar a una nación y destruir su personalidad cultural, no servía porque ya significaba “privar de ciudadanía”. Y “alemanización”, “magiarización” y otros términos específicos que sugerían la asimilación forzada de cultura no alcanzaban porque no se aplicaban en un sentido universal, y porque no llevaban implícita la noción de destrucción biológica.³⁶

Lemkin leyó mucho de teoría semántica y lingüística, y moldeó su propio proceso a partir de los procesos de los individuos que admiraba por los términos que acuñaron. De particular interés le resultaron las reflexiones de George Eastman, quien dijo que se decidió por “Kodak” como nombre de su nueva máquina fotográfica porque: “Primero, es corto. Segundo, es imposible pronunciarlo mal. Tercero, no se parece a nada más en el arte ni puede asociarse a nada en el arte, excepto a la cámara Kodak”.

Lemkin vio que necesitaba una palabra que no pudiera usarse en ningún otro

contexto (como sería “barbarie” o “vandalismo”). Conscientemente buscó una que llevara en sí “un color de frescura y novedad”, y al mismo tiempo describiera ese crimen “de la manera más breve y aguda posible”.³⁷

Pero la palabra de Lemkin tenía que lograr algo que la de Eastman no. De algún modo tenía que pasmar al escucha e invitar a la condena instantánea. En la página de uno de sus cuadernos que quedan, en lo demás indescifrable, Lemkin anotó: “La palabra”, con un círculo alrededor y una línea que salía del círculo hacia la frase trazada con energía: “Juicio moral”. Su palabra lo haría todo. Sería el término que llevara en sí la repugnancia e indignación de la sociedad. Sería lo que llamó “el índice de la civilización”.³⁸

La palabra que eligió era un híbrido que combina el derivativo griego *geno*, que quiere decir “raza” o “tribu”, con el derivativo latino *cidio*, de *cædere*, “matar”. “Genocidio” era breve, novedosa, y no se prestaba a una mala pronunciación. Debido a su duradera asociación con los horrores hitlerianos, produciría temblores en la médula de todos los que la oyesen.

Lemkin era especial por la confianza que depositaba en el lenguaje. Muchos de sus contemporáneos judíos no querían saber de ella, y preferían el silencio a los necesariamente inadecuados intentos de aproximación al holocausto. El escritor y filósofo austriaco Jean Améry fue uno de los muchos sobrevivientes del holocausto que se apartaron de las palabras:

¿Era “un hierro candente en mis hombros” y era esto “como un romo palo de madera metido en la base de mi cabeza?”; un símil sólo podía representar otra cosa, y al final nos llevaría a dar vueltas en un inútil carrusel de comparaciones. Lo que era es dolor. No queda nada más que decir de él. Las cualidades del sentimiento son tan incomparables como indescriptibles. Marcan los límites de la habilidad del lenguaje para la comunicación.³⁹

El sufrimiento infligido por Hitler trascendía la posibilidad de expresarse.

Pero Lemkin estaba dispuesto a reinvertir en el lenguaje. Hacía poco de su llegada a Estados Unidos y, atormentado de ansiedad por su familia, veía en la preparación de *El dominio del Eje* y la acuñación de una nueva palabra una distracción constructiva. A la vez, no era su intención que *genocidio* capturara o comunicara la Solución Final de Hitler. La palabra derivaba de su interpretación original de “barbarie” y “vandalismo”. En *El dominio del Eje* escribió que *genocidio* significaba “un plan coordinado de *diversas* acciones destinadas a destruir los fundamentos esenciales de la vida de grupos nacionales, con miras a

destruir a los grupos en sí”.⁴⁰ Los genocidas tratarían de demoler las instituciones políticas y sociales, cultura, idioma, sentimientos patrióticos, religión y existencia económica de los grupos nacionales. Desearían quitarles seguridad personal, libertad, salud, dignidad y vida a individuos del grupo en su mira:

El genocidio tiene dos fases: primera, destruir los patrones de nacionalidad del grupo oprimido; segunda, la imposición de los modelos nacionales propios del opresor. Esta imposición, por su lado, podrá llevarse a cabo sobre la población oprimida que sobreviva, o sobre el territorio solamente, luego del traslado de sus habitantes y la colonización del área por miembros del grupo opresor.⁴¹

No era necesario el exterminio físico de un grupo para infligir genocidio. Bastaba que se le despojase de todo rastro de identidad nacional. Escribió: “Lleva siglos y a veces milenios la creación de una cultura natural, pero el genocidio puede destruir una cultura en forma instantánea, como el fuego destroza un edificio en una hora”.⁴²

Desde el mismo principio, el significado de *genocidio* fue controvertido. Muchos favorecían la idea de acuñar un término que describiera una práctica tan repugnante e irreparable que el sólo pronunciarla crispase a todo el que la oyera. También reconocieron que no sería recomendable ni deseable que se hiciera de los crímenes de Hitler el futuro patrón para lograr que actuaran terceros. Los estadistas y ciudadanos necesitaban aprender del pasado sin que éste los paralizara. Debían responder a la atrocidad masiva antes de que la masacre llegara a la escala del holocausto. Pero el vínculo entre la Solución Final de Hitler y la palabra híbrida de Lemkin causaría confusión sin fin a políticos y pueblo, quienes presumían que el genocidio ocurría sólo cuando podía demostrarse que sus propulsores, como en el caso de Hitler, tenían la intención de exterminar hasta el último miembro de un grupo étnico, nacional o religioso.

Otros criticaban no tanto la definición de Lemkin, como su aparente ingenuidad. Su innovación era interesante, admitían, pero una palabra es una palabra. La sola etiqueta de genocidio no haría que los estadistas dejaran de lado sus intereses, temores o limitaciones. Aunque los abogados en Madrid hubiesen adoptado la propuesta de Lemkin, observaron, ni la existencia de esta etiqueta ni su aplicación habría afectado las decisiones de Hitler, su ideología o la aletargada respuesta del mundo exterior ante sus crímenes. Lemkin recibió estas críticas a la defensiva. Comentó ante un público de Carolina

del Norte que el rechazo a su propuesta de Madrid era “una de las miles de razones por las cuales [...] sus hijos están en la guerra y mueren en diferentes partes del mundo en estos momentos”.⁴³

Pese a todas las críticas, la palabra se conservó. Lemkin recibió con orgullo la carta que le envió el *Webster's New International Dictionary* en que se le informaba la admisión de *genocidio*. Otros lexicones hicieron lo propio.⁴⁴ En el libro que comenzó a escribir de inmediato, tras *El dominio del Eje*, Lemkin observaba que el “creador individual” de una palabra la vería incorporada sólo “si satisface las necesidades y gustos populares, y en la medida en que lo haga”. Insistía en que la rápida aceptación de *genocidio* por parte de los lexicólogos y de la humanidad era el “testimonio social” de la presteza del mundo a enfrentar este crimen.⁴⁵

Sin duda, los acontecimientos en curso parecían ratificar la suposición de Lemkin. La misma semana en que el Carnegie Endowment publicó su libro, la Oficina de Refugiados de Guerra del gobierno de Roosevelt respaldó por primera vez de manera oficial los cargos europeos de ejecuciones en masa que perpetraron los alemanes.⁴⁶ La oficina declaró: “Tan perturbadoras y diabólicas son las atrocidades de los alemanes, que es difícil asimilar, para la mente de los pueblos civilizados, que en realidad se cometieron. Pero los gobiernos de Estados Unidos y de otros países cuentan con evidencia que sustenta estos hechos con claridad”. Muchos periódicos vincularon su reportaje sobre la Oficina de Refugiados con el término creado por Lemkin. Por ejemplo, el 3 de diciembre de 1944, después de que Lemkin convenciese a Eugene Meyer, editor del *Washington Post*, el consejo editorial del diario catalogó *genocidio* como el único término que correspondía a la revelación de que entre abril de 1942 y abril de 1944 más o menos 1 765 000 judíos fueron asesinados en cámaras de gas o cremados en Auschwitz-Birkenau. En el editorial, con el título de “Genocidio”, se leía: “Es quizás un error denominar estos asesinatos ‘atrocidades’. Una atrocidad es una brutalidad gratuita [...] Pero estas muertes eran sistemáticas y deliberadas. Las cámaras de gas y los hornos no eran improvisaciones; eran instrumentos de diseño científico para el exterminio de un grupo étnico entero”.⁴⁷

Lemkin ocultaba poco su deseo de que *genocidio* ganase fama internacional. Conforme divulgaba el nuevo concepto, estudiaba las invenciones lingüísticas de los grandes de la ciencia y la literatura.⁴⁸ Pero la fama de la palabra era sólo el

principio. El mundo aceptó el término *genocidio*. Lemkin supuso que su mayor fuerza era que las grandes potencias estaban listas tanto para aplicar la palabra como para evitar que el hecho tuviese lugar.

IV. LA LEY DE LEMKIN

Sólo el hombre tiene derecho.
... El derecho tiene que construirse.
RAPHAEL LEMKIN

EL COMIENZO EN NUREMBERG

Con el final de la guerra en Europa el 8 de mayo de 1945 y la liberación aliada de los campos de exterminio nazis quedó al descubierto el alcance de la locura de Hitler. Prácticamente todo lo que el mundo creyó disparatado era verdad. Unos seis millones de judíos y cinco millones de polacos, comunistas y otros “indeseables” fueron liquidados. Los dirigentes estadounidenses y europeos comprendieron que de la forma en que trataba un Estado a sus propios ciudadanos se infería cómo trataría a sus vecinos. Y aunque la soberanía todavía se tenía por sacrosanta, algunos estudiosos comenzaron a sugerir con cautela que no se utilizara para permitir matanzas.¹

Raphael Lemkin nunca necesitó mucho estímulo, pero la retórica aliada lo llevaba a pensar que ahora el mundo estaba listo para escuchar. Si iba a impedirse o a castigarse el genocidio, el término requeriría más que su aceptación en el *Webster*. Dar un nombre al crimen era el primer paso para prohibirlo, el primero de muchos pasos. Las leyes son un instrumento que muchos usaron y del que abusaron para facilitar la eliminación de los judíos. Hans Frank, ex ministro de Justicia alemán, resumió una premisa nazi básica: “La ley es lo que resulte útil y necesario para la nación alemana”.² Nadie conocía mejor que Lemkin las minucias legales de Alemania para lograr sus objetivos *eliminacionistas*. Sin embargo, este reciente manoseo de la ley sólo resaltaba la necesidad de restaurar su integridad por medio de la intervención humanitaria. Hacía falta un conjunto de normas universales más elevadas como marco para el derecho nacional. Sostenía: “La teoría de la raza superior debe sustituirse por la teoría de la moral superior”.³

Serían las Naciones Unidas las que decidirían criminalizar al genocidio, como los estados ya habían hecho respecto de la piratería, la falsificación de dinero, el tráfico de blancas, esclavos y drogas, y como más adelante harían en relación con el terrorismo. En una carta al *New York Times*, Lemkin escribió:

Parece contradictorio con nuestros conceptos de civilización que vender droga a un individuo sea un asunto de importancia para el mundo, mientras que gasear a millones de personas sea de importancia interna. También parece contradictorio con nuestra filosofía de vida que el secuestro de una mujer para prostituirla sea un crimen internacional, mientras que la esterilización de millones de mujeres sea un asunto interno del Estado en cuestión.⁴

Si la piratería era un crimen internacional, él no entendía que no lo fuera también el genocidio. “Sin duda son más importantes los seres humanos y sus culturas que un barco y su cargamento”, exclamó en una conferencia de derecho internacional en Cambridge, después de la guerra: “Seguramente Shakespeare es más precioso que el algodón”.⁵

Al principio a Lemkin se le recibió bien en Estados Unidos. Después de años de pronunciar conferencias en que no le fue bien, se encontró de pronto con un considerable prestigio en la capital, y con una invitación abierta a colaborar en las más importantes publicaciones del país.

En Nuremberg, Alemania, los tres vencedores (y Francia) crearon un tribunal militar internacional para enjuiciar a los principales criminales nazis. La Corte de Nuremberg abollaba considerablemente la armadura de los estados. Hubo bastante controversia porque allí se juzgaban “crímenes contra la humanidad”, concepto que incorporaron los aliados durante la primera Guerra Mundial para condenar a los turcos por sus atrocidades contra los armenios. Al llegar Nuremberg al punto de juzgar a sus propios ciudadanos por crímenes cometidos contra sus connacionales, quienes cometieran atrocidades en el futuro —incluso aquellos que lo hicieron bajo explícita orden estatal—, ya no podían confiar en que sus gobiernos o sus fronteras los protegerían de un juicio.

Puesto que Nuremberg invadía la soberanía nacional, se pudo suponer que Lemkin aplaudiría desde las tribunas. En realidad fue un feroz crítico del tribunal: Nuremberg juzgaba crímenes contra la humanidad, pero los aliados no castigaban la matanza cuando y donde ocurriera, como habría querido Lemkin. La corte trató la guerra agresiva (“crímenes contra la paz”), o la violación de la soberanía de otro Estado, como el pecado cardinal, y juzgó sólo los crímenes que

se cometieron *después* de que Hitler cruzó una frontera internacionalmente reconocida.⁶ Los acusados nazis, así, fueron a juicio por las atrocidades que cometieron durante la segunda Guerra Mundial, pero no antes. De esta manera, suponiendo que los alemanes hubieran exterminado a toda la población judía en Alemania, pero nunca hubieran invadido Polonia, no habrían podido ser llevados a juicio en Nuremberg. Los estados e individuos que no cruzaban un límite internacional seguían libres, según el derecho internacional, para cometer genocidio. De este modo, aunque la corte se desempeñó muy bien al armar un caso contra Hitler y sus colaboradores, Lemkin sentía que haría poco en disuadir a futuros hítleres.

En mayo de 1946, Lemkin apareció entre los escombros de Nuremberg como una especie de asesor (o cabildero) semioficial, a fin de convencer en forma personal. Sabía que las condiciones del tratado eran inamovibles, pero esperaba incorporar en el habla de los fiscales el término “genocidio” y resaltarlo en el escenario de Nuremberg. Aunque no se juzgase por genocidio, la corte ayudaría a popularizar el neologismo. Lemkin había dictado cátedra en la Facultad de Derecho de Yale. Convenció al decano, Wesley Sturges, de licenciarlo, pues era más importante desarrollar el derecho internacional que enseñarlo.

Después de la guerra Lemkin pasó la mayor parte del tiempo localizando a los miembros faltantes de su familia. En Nuremberg se encontró con su hermano mayor, Elías, y con la mujer y los dos hijos de éste. Le informaron que eran los únicos sobrevivientes de la familia. Por lo menos otros 49 familiares, inclusive sus padres, tías, tíos y primos, perecieron en el gueto de Varsovia, en campos de concentración y en las marchas de la muerte nazis.⁷ En palabras de un abogado que recuerda a Lemkin dando vueltas por los corredores del Palacio de Justicia de Nuremberg, era evidentemente “un hombre que sufría”.

Si Lemkin se mostró implacable antes, la pérdida de sus padres lo impulsó al extremo de sus capacidades. Se pasaba el tiempo al acecho de los abogados en el Palacio de Justicia. Algunos atendían con entendimiento sus gráficos relatos bélicos; a otros los irritaba. Benjamin Ferencz era un joven abogado del equipo del fiscal Telford Taylor, que trabajaba en un caso contra los *Einsatzgruppen*, las unidades móviles de exterminio que liquidaron a los judíos del este de Europa. Recuerda a Lemkin como un refugiado mal vestido y desorientado, menos interesado en llevar a los criminales de guerra nazis al cadalso que en lograr que el genocidio se incluyera en la lista de crímenes punibles del tribunal. La mayoría

de los fiscales lo evitaban por considerarlo un pesado o, en yiddish, un *nudnik*. Recuerda Ferencz: “Todos estábamos muy atareados. Esta nueva idea suya no era algo en que tuviésemos tiempo de pensar. Queríamos que nos dejara tranquilos para declarar culpables de asesinato múltiple a esos sujetos”.

Lemkin obtuvo ocasionales triunfos. Debido a sus cabildeos previos, el tercer voto en la acusación de octubre de 1945 en Nuremberg determinó que los 24 acusados “cometieron actos de deliberado y sistemático genocidio, es decir, el exterminio de grupos raciales y nacionales contra las poblaciones civiles de ciertos territorios ocupados”. Ésta fue la primera mención de genocidio en un marco legal internacional. El 26 de junio de 1946, el fiscal británico David Maxwell Fyfe alegró a Lemkin al decirle al acusado nazi Constantin von Neurath: “Acusado, usted sabe que en este tribunal se le enjuicia a usted y a sus compañeros, entre otros cargos, por el de genocidio”.⁸ Ese verano Lemkin le escribió a Fyfe para agradecerle “por vuestro grande y efectivo apoyo prestado al concepto de *genocidio*”. También instó a Fyfe a lograr la inclusión de *genocidio* en el juicio de Nuremberg.⁹

En las postrimerías de 1946, un agotado Lemkin voló de Alemania a un par de conferencias de paz en Inglaterra y Francia. Su propuesta una vez más encontró rechazo, porque “trataba de empujar el derecho internacional a un área que no le correspondía”. Luego fue internado en un hospital militar estadounidense en París por hipertensión.¹⁰ No bien se encontró internado, oyó dos programas de radio que lo convencieron de que tenía que volver a Estados Unidos de inmediato. En primer lugar, en lo que describiría como el “día más negro” de su vida, oyó el pronunciamiento del tribunal de Nuremberg. Diecinueve acusados nazis fueron sentenciados por crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. No se hacía mención de genocidio. Pero Lemkin oyó un segundo artículo: la nueva Asamblea General de la ONU había comenzado a deliberar el contenido de su agenda de otoño. Lemkin se dio de alta y voló a Nueva York. En el avión redactó un proyecto de resolución para que la Asamblea General condenara el genocidio.

EL CIERRE DE LA PUERTA DE ESCAPE: DE LA PALABRA A LA DECLARACIÓN

El objetivo de Lemkin en Nueva York era establecer una ley internacional que no

ligara la destrucción de grupos a la agresión más allá de las fronteras, pues aunque así sucedió en el caso nazi, a menudo no sería así.¹¹ Nuremberg, afirmó, significó “un avance de 10 o 20 %” para hacer del genocidio un crimen.¹² Había dejado demasiadas rendijas por las que los asesinos se podían escabullir. Los gobernantes tenían interés en impedir la guerra, pero menos en el genocidio. Escribió: “El genocidio no es guerra. ¡Es mucho más peligroso que la guerra!”¹³ Por supuesto que la guerra ha privado de la vida a muchos más individuos en la historia que el genocidio, y también que deja marcas permanentes en sus sobrevivientes. Pero Lemkin afirmaba que cuando un grupo era blanco del genocidio —y de hecho se le destruía de manera física o cultural—, la pérdida era permanente. Incluso los individuos que sobrevivieran al genocidio quedarían privados de una parte de su identidad para siempre.

El 31 de octubre de 1946 Lemkin llegó a la improvisada nueva sede de las Naciones Unidas, ubicada en una abandonada planta militar para la fabricación de giróscopos Sperry, en Long Island.¹⁴ La ONU atrincherada y un tanto impenetrable de hoy en día era inimaginable en ese entonces. Los guardias de seguridad estaban dispuestos a hacer la vista gorda cuando un abogado sin credenciales y un poco fanático convertía alguna oficina vacante de la ONU en su morada por un día, “como un cangrejo ermitaño”, según un amigo húngaro.¹⁵ Lemkin se pasó horas rondando por los desabrigados salones.

Kathleen Teltsch y A. M. Rosenthal eran a la sazón periodistas novatos del *New York Times*. A ambos les caía bien Lemkin, pero recuerdan el horror de más de un corresponsal cuando el desenfrenado profesor de anteojos con marco de acero, con una implacable adicción al rechazo, los perseguía por los corredores con frases como: “Usted y yo debemos cambiar el mundo”. Teltsch recuerda:

Estaba siempre ahí, como una sombra, una presencia que flotaba por las salas, siempre con trozos de papel en los bolsillos. No lo querían mucho, pues se le conocía como un consumidor de tiempo. Si lograba agarrar a alguien, éste estaba atrapado. Los corresponsales con plazos fijos de entrega le huían como locos. Pero los perseguía, con la corbata al aire y su historia de genocidio siempre lista.

Rosenthal ocupaba el escritorio junto a la puerta de la oficina del *New York Times*, donde Lemkin aparecía varias veces por día para ofrecer una nueva aproximación al tema del genocidio. Comenta Rosenthal: “No me acuerdo cómo lo conocí, pero sí recuerdo que siempre me encontraba con él”. Con su portafolios negro en la mano, se anunciaba: “Aquí está ese pesado de Lemkin...”

Tengo una historia de genocidio para usted”.¹⁶

La mayoría de los corresponsales que se dignaba fijarse en Lemkin se preguntaba cómo se las arreglaba para vivir. Era lo bastante culto para conservar una modesta dignidad, pero el cuello y puños de sus camisas estaban raídos. Los periodistas lo veían a menudo en el comedor de la ONU en su asedio a delegados, pero nunca lo vieron comer. En su precipitación por conseguir el apoyo de los delegados, a menudo se desvanecía de hambre. Completamente solo en el mundo y siempre insomne, a menudo caminaba por las calles de noche.¹⁷ Un periodista del *New York Post* lo describió como sigue: “Más pálido, flaco y harapiento a medida que pasaban los meses. Parecía decidido a permanecer en moción perpetua”.

Sin importar lo molesto que Lemkin resultara para los corresponsales, sus afanes en Nueva York fueron oportunos. Las imágenes de las liberaciones de los campos por los aliados estaban aún frescas en la mente popular; los procesos de Nuremberg echaron leña al interés por el derecho internacional; se ponía una gran esperanza en las Naciones Unidas como un organismo de seguridad colectiva; y poderosos estados miembro parecían dispuestos a invertir influencia y recursos para asegurar su éxito. Alrededor del mundo, incluso en Estados Unidos, la gente creía en la promesa de la ONU. La organización llevaba en sí un gran aire de posibilidades. Cuando los planificadores de la ONU se reunieron en San Francisco en 1945 para dar forma final a la Carta de las Naciones Unidas, E. B. White expresaba así las esperanzas de muchos: “Los delegados en San Francisco tienen la tarea más increíble que jamás se haya confiado a unos cuantos individuos. Del tipo de conejo que saquen de la chistera dependen las vidas de la mayoría de nosotros y las de nuestros hijos”.¹⁸

La ONU era nueva, se comentaba al respecto; y si uno quería resultados, era el lugar a donde debían llevarse las propuestas.¹⁹ Muchos propulsores de proyectos los presentaban a la nueva institución. Pero los diplomáticos pronto aprendieron a distinguir a Lemkin (gracias a los voluminosos paquetes que les entregaba, con memorandos, cartas y su *El dominio del Eje*, de 712 páginas). Él era el que había previsto la necesidad de legislar contra el genocidio desde antes de la segunda Guerra Mundial. Es más, cuando los delegados ante la ONU comenzaron a debatir la aprobación de una resolución sobre el genocidio, Lemkin se sintió más que complacido cuando el delegado británico hizo notar que la falla de la Liga de las Naciones al no aceptar la propuesta de Lemkin en Madrid permitió que los nazis

escaparan al castigo en Nuremberg por las atrocidades que cometieron durante la guerra.

Diez años de cabildeo le enseñaron a Lemkin a tomar en cuenta tanto los valores como los intereses en juego. Les recalcó los costos del genocidio no sólo para las víctimas, con las que pocos neoyorquinos se identificaban, sino también para quienes miraban desde lejos. La destrucción de identidades extranjeras nacionales o étnicas producirían enormes pérdidas para el acervo cultural del mundo. Toda la humanidad, incluso los grupos que no se sintieran vulnerables ante el genocidio, sufrirían:

Esto se comprende mejor cuando tomamos en cuenta qué empobrecida resultaría nuestra cultura si a los pueblos sentenciados por Alemania, como los judíos, no se les hubiera permitido crear la Biblia, o dar a luz a un Einstein, un Spinoza; si los polacos no hubieran tenido oportunidad de dar al mundo un Copérnico, un Chopin, una Curie; los checos, un Huss, un Dvorak; los griegos, un Platón y un Sócrates; los rusos, un Tolstoi y un Shostakovich.²⁰

Mientras asistía a la sesión de la Asamblea General, Lemkin se aproximó a los embajadores de varios países en desarrollo para pedirles que incorporasen una resolución sobre el genocidio. Su lógica —los países poderosos pueden defenderse con las armas, los pequeños necesitan la protección de la ley— fue eficaz. Después de convencer a los representantes de Panamá, Cuba e India de firmar un proyecto de ley, corrió “como intoxicado” a la oficina del secretario general, donde depositó el texto propuesto.²¹ Lemkin también recibió apoyo esencial de Adlai Stevenson, el representante estadounidense en la Comisión de conducción de la ONU. Para neutralizar la esperada oposición de los soviéticos, apeló a Jan Masaryk, de Checoslovaquia. Antes de la reunión, Lemkin revisó con rapidez las obras del padre de Masaryk, Thomas Garrigue Masaryk, quien escribió mucho acerca de la personalidad cultural de las naciones. Lemkin le dijo a Masaryk que, si su padre viviera, lucharía por la aprobación de la Convención sobre Genocidio. Lemkin le suplicó que convenciera al ministro de Relaciones Exteriores ruso, Andrei Vishinsky, con la seguridad de que la Unión Soviética no tenía nada que temer de la ley, como que “la penicilina no constituye una intriga contra la Unión Soviética”. Masaryk sacó su agenda para el día siguiente y anotó: “Vishinsky. Genocidio. Penicilina”. Antes de 24 horas, llamó a Lemkin para informarle que había convencido a Vishinsky de que aprobara la medida.²²

Durante el debate de la comisión especial sobre el lenguaje de la resolución

sobre genocidio, algunos propusieron la palabra “exterminio” en vez de “genocidio”. Pero el juez Abdul Monim Bey Riad, de Arabia Saudita, a quien Lemkin consideraba el más culto de todos los representantes, argumentó que “exterminio” era una palabra que se aplicaba también a insectos y animales. Advirtió además que el término limitaría el crimen a casos en que se aniquilase a todos los miembros del grupo. El más amplio concepto de Lemkin de “genocidio” era importante porque señalaba una destrucción aparte de la física, y porque exigiría que los estados respondieran antes de perpetrar la totalidad del daño. Se conservó así la más abarcadora palabra “genocidio”.

El 11 de diciembre de 1946, un año después del armisticio final, la Asamblea General aprobó una resolución que condenaba el genocidio como “la negación del derecho de existencia a grupos humanos enteros”, que “ultraja la conciencia de la humanidad” y es “contrario a la ley moral, y al espíritu y objetivos de las Naciones Unidas”. Más gratificante para Lemkin, que no era gran partidario de las declaraciones, la resolución ponía en operación una comisión a cargo de redactar un tratado completo para la ONU. Si la Asamblea General aprobaba esa medida y se ratificaba por dos tercios de los estados miembro, se convertiría en ley internacional.

Un editorial del *New York Times* proclamó que la resolución y la ley que la siguiera marcarían un “desarrollo revolucionario” en el derecho internacional. Los directores escribieron: “Desapareció el derecho a exterminar grupos enteros que prevalecía antes de la resolución. De aquí en adelante ningún gobierno podrá liquidar impune a grandes bloques de sus propios sujetos o ciudadanos”.²³ Lemkin volvió a su abandonado departamento de Manhattan, bajó las cortinas y durmió dos días seguidos.²⁴

EL CIERRE DE LA PUERTA DE ESCAPE: DE LA RESOLUCIÓN A LA LEY

A pedido del secretario general de la ONU, Trygve Lie, Lemkin ayudó a preparar el primer borrador de la Convención sobre Genocidio de la ONU.²⁵ Cuando arrancó el proceso oficial de la ONU, sin embargo, Lemkin se retiró, pues sabía que sería más útil afuera. En 1947 comenzó a trabajar en una historia del genocidio, y llevaba consigo un abultado archivo con macabros detalles sobre varios casos. Tomaba su causa y a sí mismo con la mayor seriedad. Más tarde escribió con toda sinceridad que “de especial interés” para los delegados de la ONU eran sus

“archivos acerca de la destrucción de los maronitas, los herreros en África, los hugonotes en Francia, los protestantes en Bohemia después de la batalla de la Montaña Blanca, los hotentotes, los armenios en 1915, y los judíos, gitanos y eslavos por los nazis”.²⁶ Más de un delegado prejuicioso de la ONU votaría en favor de la convención tan sólo para poner fin cuanto antes a la diaria letanía de carnicerías.

Ésta era una fase crucial. Si mantenía la presión, Lemkin pensaba que la ley vería la luz. Rosenthal a menudo desafiaba a Lemkin con el sensato reproche: “Lemkin, ¿de qué servirá tipificar como crimen el asesinato masivo? ¿Un pedazo de papel va a detener a un Hitler o a un Stalin?” Lemkin, el creyente, se endurecía y replicaba: “Sólo el hombre tiene la ley. La ley debe construirse, ¿me entiende? ¡Uno debe construir la ley!” Como observa Rosenthal: “No era ingenuo. No esperaba que los criminales se acostaran y dejaran de cometer crímenes. Pensaba sencillamente que si la ley estaba en su lugar tendría efecto, tarde o temprano”.²⁷

Para ser un soñador legalista, un hombre sin experiencia en la política polaca y un recién llegado a los procesos políticos de Estados Unidos y la ONU, sus instintos políticos eran sorprendentemente agudos. Había aprendido una lección durante el holocausto: si deseaba que la ONU aprobara la Convención sobre Genocidio, tendría que apelar a los intereses políticos internos de los delegados. Al presionar a los diversos consulados nacionales, obtuvo listas de las más importantes organizaciones en cada Estado miembro de la ONU, y creó una comisión que representaba a grupos en 28 países, con una impresionante afiliación de 240 millones de personas. La comisión, más bien un frente para Lemkin, compiló y envió peticiones a cada delegado de la ONU para urgirle la aprobación de la convención. Aquellos que vacilaban recibían telegramas —en general, redactados por Lemkin— de organizaciones en sus propios países. Con las cartas hacía sentir a los delegados como si “al trabajar en favor de la convención, representaran los deseos de sus connacionales”.²⁸ Lemkin les escribió personalmente a los delegados y a los ministros de Relaciones Exteriores de la mayoría de los países. En países católicos predicaba a obispos y arzobispos. En Escandinavia, donde los trabajadores estaban muy organizados, envió notas a los grandes sindicatos. Arrinconó a intelectuales como Pearl Buck, Bertrand Russell, Aldous Huxley y Gabriela Mistral, quienes publicaron una petición en el *New York Times* el 11 de noviembre de 1947. Un editorial del *Times* llamó a

Lemkin “el hombre que habla a través de 60 naciones”.

Aunque Lemkin estaba decidido a ver enjuiciados a los genocidas, no pensaba que a la Convención sobre Genocidio le tocara crear ella misma una corte criminal internacional permanente. El mundo “no está listo”, se dijo, pues la corte constituiría una afrenta demasiado pronunciada para la soberanía de los estados. En su lugar, con el principio de “represión universal”, los genocidas debían recibir el trato que recibieron los piratas en el pasado: cualquier país podría enjuiciar a un sospechoso de genocidio, al margen del lugar donde se hubieran cometido las atrocidades.

En agosto de 1948, Lemkin recaudó fondos para volar a Ginebra y convencer a la subcomisión de la ONU que supervisaba la redacción del texto mismo de la Convención sobre Genocidio.²⁹ Como ya no trabajaba más en el Departamento de Estado ni enseñaba, vivía de donaciones de grupos religiosos, y pidió prestado dinero a un primo que vivía en Long Island. Le pareció extraña su estadía en Ginebra, pues era la primera visita que hacía desde 1938 a la sede de la antigua Liga de las Naciones, cuando trató de movilizar a las “mentes paralizadas” para que prohibieran la barbarie. “Todavía fresca la sangre” en Europa, abrigaba la esperanza de que su pedido esta vez recibiera otro tipo de atención. Sabía también que contaba con una decidida ventaja al operar en Ginebra en lugar de Nueva York, pues los delegados ante la ONU, alejados de su base, tal vez se sentirían más solos y por ende más dispuestos a tolerarlo. Lemkin estaba consciente de que le resultaba pesado a la gente. A menudo, antes de entrar en un recinto, se detenía en el umbral prometiéndose no tocar el tema del genocidio, y en su lugar permitir que la conversación fluyera del arte a la filosofía y a la literatura, temas de los que era muy conocedor. Si lograba controlar la lengua, su interlocutor se volvería más receptivo a su campaña. Cuando dio conferencias formales sobre el genocidio en Ginebra, sentía menos timidez. “No dejé de leer en voz alta mis archivos en considerable detalle”, escribió.³⁰ De hecho, era muy poco habitual que censurara sus relatos gráficos de tortura y carnicería.

Dondequiera que iba la ley, Lemkin iba detrás. Decidió prepararse para la sesión de la Asamblea General de 1948 con un breve descanso en Montreux, Francia. Recobró un poco de sus fuerzas socavadas por años de incesante alboroto. Mientras visitó un casino local, incluso invitó a una joven a bailar un tango. Se sintió cautivado por su belleza. “Cada palabra de la joven fue inteligente

y significativa.” Le dijo que era de ascendencia indígena, nacida en Chile. Lemkin vio su oportunidad. Le informó que su trabajo, que versaba sobre matanzas masivas, con seguridad le interesaría, debido a la destrucción de los incas y los aztecas.³¹ Ésta era una frase de conquista que la joven tal vez nunca antes había oído. Se alejó muy pronto.

De regreso en Ginebra, Lemkin asistió a absolutamente todas las sesiones de la Comisión legal. Entre sesiones preparaba memorandos para los delegados.³² Le parecía esencial que se basaran en casos históricos de atrocidad masiva para que la ley abarcara diversas técnicas de aniquilación. Ritualmente recordaba a los representantes la antigua máxima de que “la imaginación del legislador debía superar la del criminal”.³³ El principal opositor de la convención en Gran Bretaña era Hartley Shawcross, quien fue fiscal en Nuremberg y consideraba que la ley sobre genocidio era una pérdida de tiempo. Shawcross se tropezó con Lemkin en el vestíbulo en el otoño de 1946 y observó: “La Comisión se está poniendo emotiva. Es una mala señal”. Lemkin, quien estaba tan cansado que apenas se mantenía en pie, se sintió alentado.³⁴ La Comisión legal aprobó el proyecto y lo sometió a la Asamblea General, que programó un voto sobre la medida para el 9 de diciembre de 1948.

Tras un ajetreado año de discusiones sobre su redacción, la Convención de 1948 para la Prevención y el Castigo del Crimen de Genocidio se decidió por definirlo como

cualquiera de los siguientes actos cometido con la intención de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal:

- A . Dar muerte a miembros del grupo.
- B . Causar serio daño físico o mental a miembros del grupo.
- C . Someter al grupo en forma deliberada a condiciones de vida encaminadas a causar su destrucción física parcial o total.
- D . Imponer medidas dirigidas a impedir nacimientos en el grupo.
- E . Trasladar por la fuerza a niños del grupo a otro grupo.

Para declarar culpable a quien fuera a perpetrar este nuevo crimen, tenía que (1) cometer uno de los actos ya mencionados (2) con la intención de destruir total o parcialmente (3) a uno de los grupos protegidos. La ley no exigía el exterminio de todo un grupo, sino sólo actos cometidos con la intención de destruir una parte sustancial del mismo. Si el perpetrador no dirigía sus actos

contra un grupo nacional, étnico o religioso *como tal*, las matanzas constituirían homicidio masivo, no genocidio.

Sobra decir que Lemkin se oponía a toda forma de asesinato con apoyo de los estados, pero su empeño legal se centraba en esa subcategoría de terror estatal que suponía causaba el mayor número de muertes, era la más difundida y causaba el más importante daño a largo plazo tanto al grupo elegido en sí, como al resto de la sociedad. Los motivos particulares del criminal para destruir el grupo no entraban en consideración. Así, cuando en 1987-1988 Irak procuró purgar su minoría kurda con base en que habitaba una región fronteriza estratégica, igual era genocidio. Cuando el gobierno de Ruanda trató de exterminar a la minoría tutsi de ese país en 1994 con el argumento de que los rebeldes armados tutsi representaban una amenaza militar, igual era genocidio. Y cuando los serbios de Bosnia intentaron eliminar la presencia no serbia de ese país tras la declaración de independencia de los musulmanes y croatas en 1992, aún se trataba de genocidio. Lo que importaba era que un grupo tenía el propósito de destruir a los miembros de otro no por lo que habían hecho, sino en virtud de quienes eran.

Si la Asamblea General aprobaba la convención, nadie sería inmune al castigo, ni dirigentes ni funcionarios ni ciudadanos particulares. El tratado pondría en vigencia una nueva realidad: los estados no tendrían derecho a que los dejaran actuar a su gusto. La convención no sólo autorizaba, sino que exigía la interferencia en los asuntos internos de un Estado genocida, como había tratado de hacer Morgenthau. Si un gobierno cometía o permitía el genocidio, los signatarios debían tomar medidas para impedir, suprimir y castigar el crimen, lo que no fue el caso de ningún instrumento legal hasta entonces. Los estados gozaban de considerable autonomía en cuanto a elegir la forma de actuar, pero tenían la obligación de hacerlo.

Podía interpretarse que la convención permitía la intervención militar. La ley incluso lo sugería con la obligación legal de “suprimir” el crimen, pero ni la ley ni sus redactores discutieron sobre el empleo de la fuerza. Era un paso ya grande convencer a los líderes de un Estado de que castigaran los crímenes de otro Estado.

La Convención sobre Genocidio eliminó con audacia numerosas escapatorias que se emplearon en Nuremberg. Un Estado signatario se obligaba a aprobar una ley interna que condenara el genocidio, y a entablar juicio por genocidio

cometido dentro o fuera de su territorio a cualquier ciudadano particular o funcionario público. Los países habrían de juzgar a sus propios acusados de genocidio, como también a cualquier otro que entrara en su territorio. Esto dejaba baches. En el caso de la Alemania de posguerra habría significado apoyarse sobre todo en ex miembros del partido nazi para juzgar a los criminales nazis. Sin embargo, aun cuando los responsables de genocidio continuaran en el poder, no desearían salir de su país y así arriesgarse al arresto. La idea básica, como hizo ver el *Washington Post* en un editorial que apoyaba la tipificación del genocidio, era que la ley “colocaría una especie de cordón sanitario alrededor del país culpable”. Los responsables de genocidio quedarían atrapados en su país, y se estigmatizaría “el tipo de persecución de minorías indefensas, que hasta entonces se había practicado sin consecuencias”. Y concluía la nota: “El genocidio jamás puede ser asunto interno de ningún país. Dondequiera que suceda debe constituir la responsabilidad de todo el mundo civilizado”.³⁵ Si la convención se aprobaba, sería asunto de todo el mundo.

Lemkin pensó que nunca llegaría el 9 de diciembre de 1948. Cuando lo hizo, estaba de pie en la galería de prensa del Palais de Chaillot en París, y no quitó los ojos del debate de la Asamblea General, controlándose para no interferir. Por último, llegó la votación. Cincuenta y cinco delegados votaron por el sí. Ninguno votó en contra. Justo cuatro años después de que Lemkin presentase el “genocidio” al mundo, la Asamblea General aprobó en forma unánime una ley que lo reprimía.³⁶ Lemkin recordó:

Había numerosas luces en la gran sala. Las galerías estaban colmadas y los delegados mostraban aspecto solemne y radiante. La mayoría me sonrió con amabilidad. John Foster Dulles me dijo de un modo algo formal que yo había hecho una contribución importante al derecho internacional. El ministro de Relaciones Exteriores de Francia [Robert] Schumann, me dio las gracias, diciendo que se alegraba de que el acontecimiento tuviera lugar en Francia. Sir Zafrullah Khan comentó que esta nueva ley debería llamarse la “Convención de Lemkin”. En ese momento se votó la resolución sobre la Convención sobre Genocidio. Alguien sugirió que se tomara lista de los presentes. El primer voto fue de la India. Luego de su voto afirmativo hubo una serie interminable de “síes”. Siguió un aplauso tempestuoso. Sentí frente a mí el destello de las máquinas fotográficas [...] El mundo sonreía, y yo tenía una sola palabra en respuesta a todo eso: gracias.³⁷

Los estados mundiales se comprometían, según el preámbulo de la convención, “a liberar a la humanidad de esta odiosa aflicción”. Luego de

anunciar el resultado del pase de lista, el presidente de la Asamblea General, Herbert V. Evatt, de Australia, con quien Lemkin había trabado amistad en Ginebra, declaró la aprobación como un “acontecimiento señero en el desarrollo del derecho internacional”. Instó a que todos los estados firmasen la convención y la ratificasen todos los parlamentos cuanto antes. En una oda a la promesa de la ONU y el derecho internacional, Evatt declaró que los días de la intervención política disfrazada de humanitarismo eran cosa del pasado:

Hoy establecimos salvaguardas colectivas en lo internacional para la existencia misma de tales grupos humanos [...] Quien actúe en nombre de las Naciones Unidas lo hará en nombre de la conciencia universal, encarnada en esta gran organización. La intervención de las Naciones Unidas y otros organismos que supervisarán la aplicación de la convención estará sujeta al derecho internacional en lugar de estarlo a consideraciones políticas unilaterales. En este ámbito, relacionado con el sagrado derecho a la existencia de los grupos humanos, proclamamos hoy la supremacía del derecho internacional ya y para siempre.³⁸

Fue la primera vez que las Naciones Unidas adoptaba un tratado sobre derechos humanos.

Nadie que supiese de la Convención sobre Genocidio desconocía al hombre que le había dado origen. El *New York Times* ponderó el éxito de la lucha de Lemkin a lo largo de 15 años. Cuando los periodistas buscaron a Lemkin después del voto para compartir su triunfo, no lo pudieron encontrar. John Hohenberg, del *New York Post*, comentó: “Si hubiera actuado de manera consecuente, tendría que haber estado pavoneándose en los corredores, proclamando su propio mérito y las virtudes del protocolo que había sido su sueño”.³⁹ Pero desapareció. Esa noche los periodistas por fin lo ubicaron, solo, en la oscura sala de conferencias, sollozando como si —en palabras de Rosenthal— “se le partiera el corazón”.⁴⁰ El hombre quien durante tanto tiempo insistió en imponerse a los periodistas, ahora les pedía que lo dejaran tranquilo: “Dejen que me siente solo aquí”.⁴¹ Por fin consiguió la victoria, y el alivio y el desconsuelo lo asolaban. Describió el pacto como “un epitafio para la tumba de su madre” y un reconocimiento de que “ella y muchos millones no habían muerto en vano”.⁴²

Lemkin cayó esa misma noche presa de una grave fiebre. Dos días más tarde fue internado en un hospital parisino, donde permaneció durante tres semanas. Aunque los médicos pensaban que sufría de las secuelas de la hipertensión, trataron de llegar a un diagnóstico definitivo. Lemkin ofreció su propia

estimación del mal: “genociditis”, vale decir, “la fatiga resultante de trabajar en la Convención sobre Genocidio”.⁴³

Por desgracia, aunque Lemkin no tenía forma de saberlo, las luchas más difíciles estaban por venir. Pasarían casi cuatro décadas antes de que Estados Unidos ratificara el tratado, y 50 años antes de que la comunidad internacional sentenciara a alguien por el crimen de genocidio.

V. LOS DOS ENEMIGOS MÁS MORTALES

EL “LOBBY” DE LEMKIN

Jamás en la historia los estados habían resuelto siquiera impedir atrocidades. ¡Cómo entonces no iba a resultar su implementación un tema por demás difícil! Lemkin necesitaba lograr dos cosas: primera, que 20 de los estados que votaron por la prohibición en la Asamblea General la ratificaran para que pasara oficialmente a constituir derecho internacional: segunda, que Estados Unidos, la democracia más poderosa del mundo, llevara la voz cantante en la imposición de la prohibición del genocidio. Al faltar la participación de Estados Unidos, la Liga de las Naciones resultó impotente, y los patrocinadores de toda nueva iniciativa en la naciente ONU procuraban involucrar a aquel país en todas sus transacciones. Lemkin escribió: “Este tratado es como un transporte de sobrevivientes. No podemos permitir su hundimiento”.¹

Cuando llegó a la instancia de recontar las ratificaciones de los gobiernos individuales, Lemkin se convirtió una vez más en una máquina unipersonal, mundial, multilingüe y unívoca de persuasión. Al repasar los papeles personales de Lemkin, apabulla la cantidad de correspondencia que sostuvo. Mandó cartas en inglés, francés, español, hebreo, italiano y alemán. Mucho antes de la primera computadora o fotocopidora, adecuaba cada carta al individuo, organización o país destinatario. De vez en cuando, Lemkin reclutaba como asistente a algún estudiante de la Facultad de Derecho de Yale o a algún voluntario de uno de los grupos judíos con que se aliaba periódicamente, pero estos ayudantes no duraban mucho a las órdenes de capataz tan exigente.

Lemkin echaba mano de amigos, amigos de amigos y de conocidos de conocidos para familiarizarse con los países. Cuando quiso conocer contactos en Uruguay, país que nunca había visitado, mandó una elaborada serie de sondeos a un conocido distante. Quería enterarse de su proclividad a la ratificación, y preguntaba acerca de su forma de aprobar tratados internacionales. Escribió a los líderes de los principales partidos políticos, dirigentes de grupos de mujeres o

cívicos privados, y a los directores de diarios importantes. En general pedía a su contacto que estimara la influencia de grupos judíos en los diversos países.

CUADRO V. Convención para la Prevención y Castigo del Crimen del Genocidio. Aprobado y propuesto para su firma y notificación o acceso por resolución 260 A (III) de la Asamblea General del 9 de diciembre de 1948 para entrar en vigor a partir del 12 de enero de 1951, de acuerdo con el artículo XIII.

Las partes contratantes

Habiendo considerado la declaración de la Asamblea General de las Naciones Unidas en su resolución 96 (I) fechada el 11 de diciembre de 1946 a efectos de que el genocidio es un crimen según el derecho internacional; contrario al espíritu y a las finalidades de las Naciones Unidas; y condenado por el mundo civilizado;

Reconociendo que en todos los periodos de la historia el genocidio ha significado grandes pérdidas para la humanidad; y

Con el convencimiento de que, a fin de liberar a la humanidad de tan odioso flagelo, se requiere cooperación internacional,

Acuerdan las provisiones siguientes:

Artículo 1º

Las partes contratantes afirman que el genocidio, cometido tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, es un crimen según el derecho internacional que se comprometen a prevenir y castigar.

Artículo 2º

En el presente convenio, *genocidio* significa cualquiera de los actos siguientes cometidos con intención de destruir, íntegra o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal.

(a) Matar a miembros del grupo.

(b) Causar serio daño físico o mental a miembros del grupo.

(c) Someter deliberadamente al grupo a condiciones de vida tales que resulten en su destrucción física íntegra o parcial.

(d) Imponer medidas dirigidas a impedir nacimientos dentro del grupo.

(e) Trasladar por la fuerza a niños del grupo a otros grupos.

Artículo 3º

Los siguientes actos serán punibles:

- (a) Genocidio.
- (b) La conspiración para cometer genocidio.
- (c) La incitación directa y pública a la comisión de genocidio.
- (d) El intento de cometer genocidio.
- (e) La complicidad en el genocidio.

Artículo 4º

Todo aquel que cometiere genocidio o cualesquiera de los actos del artículo 3º se hará pasible de castigo, se trate indistintamente de gobernantes constitucionalmente responsables, funcionarios públicos o individuos particulares.

Artículo 5º

Las Partes Contratantes se comprometen a poner en vigencia, según sus respectivas constituciones, la legislación necesaria para la aplicación de las provisiones del actual Convenio y, en especial, a instituir penalidades eficaces para aquellas personas culpables de cometer genocidio o cualesquiera de los otros actos enumerados en el artículo 3º.

Artículo 6º

Las personas acusadas de genocidio o cualesquiera de los otros actos enumerados en el artículo 3º serán procesadas por un tribunal competente del Estado en cuyo territorio se cometió el acto; o bien por un tribunal internacional con jurisdicción respecto a aquellas partes contrayentes que hubieren aceptado su jurisdicción.

Artículo 7º

El genocidio y los otros actos enumerados en el artículo 3º no serán considerados crímenes políticos a efectos de la extradición.

La partes contratantes se comprometen en tales casos a conceder la extradición de acuerdo con sus leyes y tratados vigentes.

Artículo 8º

Cualquier parte contratante podrá exigir a los organismos competentes de las Naciones Unidas que tomen las medidas según la Carta de las Naciones

Unidas, que consideren apropiadas para la prevención y supresión de actos de genocidio o cualesquiera de los otros enumerados en el artículo 3º.

Artículo 9º

Cualquier disputa entre las partes contratantes relacionada con la interpretación, aplicación o cumplimiento del actual Convenio, incluso aquéllas relacionadas con la responsabilidad de un Estado por genocidio o cualquiera de los restantes actos enumerados en el artículo 3º, será puesto a consideración de la Corte Internacional de Justicia a pedido de cualquiera de las partes de la disputa.

[Artículos 1-9 de la Convención de la ONU para la Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio.]

Ensayaba distintas estrategias: si un país aún no había ratificado la convención, instaba a la prontitud, a menudo anexando como ejemplo la legislación de Dinamarca, uno de los primeros países en adoptarla: si el país había experimentado genocidio en el pasado, le recordaba a sus ciudadanos los costos humanos de permitirlo, pero si lo había *cometido*, como en el caso de Turquía, Lemkin estaba dispuesto a mantener fuera de discusión sus atrocidades, a fin de no ahuyentar a un posible firmante.

El 16 de octubre de 1950, gracias en gran parte a este trabajo tras bastidores, el vigésimo país ratificó el Convenio sobre Genocidio.² Así, 17 años después de que Lemkin lo propusiera por vez primera, el intento de destruir grupos nacionales, étnicos o culturales se convirtió en crimen internacional. Dijo a los periodistas: “Éste es un día de triunfo para la humanidad, y el más bello de mi vida”.³

Más duro era el desafío de asegurar su ratificación en el Senado de Estados Unidos y su posterior reglamentación. Cuando la Asamblea General aprobó la convención en 1948, pocos dudaban de que Estados Unidos serían uno de los primeros países en ratificarla. Su sanción por la ONU había sido en muchos sentidos un esfuerzo estadounidense. En 1946 Lemkin se asoció con varios abogados del Departamento de Estado para redactar el primer boceto del tratado. Fue el delegado estadounidense ante la ONU, John Maktos, presidente de la Comisión *Ad Hoc* del Consejo Económico y Social, quien produjo otra versión del texto en Ginebra. Estados Unidos fue el primer país en firmar el pacto en la Asamblea General de 1948.

En junio de 1949, el presidente Harry Truman respaldó efusivamente la Convención sobre Genocidio e instó a los senadores de su país a ratificarlo, pues Estados Unidos había sido “por mucho tiempo símbolo de libertad y progreso democrático para pueblos menos favorecidos” y ya era hora de declarar ilegal “el crimen del genocidio, repugnante para el mundo entero”. Dean Rusk, a la sazón vicesubsecretario de Estado, recalcó la necesidad de la ratificación para “demostrar al resto del mundo la decisión de Estados Unidos de mantener su liderazgo moral en asuntos internacionales”. Asegurar los dos tercios del voto del Senado parecía una mera formalidad.

Pero los voceros que favorecían la convención tuvieron que buscar fuera del terreno de los derechos humanos para encontrar ejemplos de tratados que habían ganado el apoyo estadounidense. Rusk afirmó: “Debe tenerse en cuenta que la Convención sobre Genocidio no representa la primera instancia en que Estados Unidos ha cooperado con otras naciones para suprimir el comportamiento criminal, o casi criminal, que pasa a ser un asunto de preocupación internacional”. Y señaló instancias, relativamente irrelevantes, de cooperación internacional: “Estados Unidos es firmante de la Convención Multilateral para la Protección de Cables Submarinos de 1884 [...] y de la Convención de 1911 con Gran Bretaña, Rusia y Japón, para la protección de pieles de foca en el océano Pacífico norte”.

Los tratados que obligaban a sus firmantes a castigar a quienes dañaban cables submarinos o focas pelágicas no representaban precisamente para los legisladores internacionales el mismo desafío que la prohibición del genocidio. Así, había algo absurdo, aunque admirable, en el esfuerzo de Rusk por sostener que la ratificación del Convenio sobre Genocidio era la culminación natural de campañas anteriores. Sostenía: “Estados Unidos ayudó en el pasado a suprimir delitos menores, como la matanza de focas para hacer abrigo. Es natural que otras naciones apelen a la cooperación de Estados Unidos para suprimir la más odiosa ofensa de todas: la destrucción de grupos humanos”.⁴ Rusk admitiría más tarde que no existía evidencia de que el convenio sobre focas se hubiera violado alguna vez.

LOS CRÍTICOS

El liderazgo de Estados Unidos en cuanto al Tratado sobre Genocidio se evaporó

en gran medida en los meses y años siguientes. Parte de la oposición a su ratificación radicaba en legítimas objeciones al texto de la ley. El lenguaje sencillo del convenio no era muy preciso respecto del tipo de violencia que debía ocurrir para desatar una respuesta mundial o nacional. Lemkin deseaba crear una categoría sacrosanta de crimen que todo el mundo estuviera dispuesto a impedir y castigar, pero la nueva convención no disipaba la confusión sobre el significado de “genocidio”. Lejos de constituir un detonante de alta jerarquía, los críticos sostenían que el pacto sobre genocidio sólo ofrecía un trampolín de poca altura.

El “genocidio”, según lo definía el tratado de la ONU, padecía entonces (como en la actualidad) varios problemas inherentes de definición. Uno era lo que podría denominarse el problema numérico. Sobre la cuestión de la cantidad de individuos que deben ser asesinados o expulsados de sus hogares para que el exterminio masivo o limpieza étnica constituya genocidio no hay —ni puede haber— consenso. Si la ley requiriera un porcentaje de muertos especificado de antemano, se le daría a los criminales rienda suelta hasta un punto inaceptable. La ley sería de poca utilidad si sólo entrara en operación una vez que el grupo fuera eliminado en su totalidad o en parte. Si se dirigía más bien a las intenciones de los perpetradores, en cuanto a sus planes de destruir una colectividad, los redactores de la ley pensaban asegurar que el diagnóstico de genocidio y la acción oportuna contra él no llegaran demasiado tarde. La definición más amplia, basada en las intenciones, era esencial si los gobernantes esperaban cortar de tajo el crimen.

Pero algunos senadores estadounidenses temían que el lenguaje extensivo pudiera revertirse contra Estados Unidos. El enemigo más implacable del convenio en ese país era el respetado Colegio de Abogados (American Bar Association). Alfred T. Schweppe, presidente de la Comisión del Colegio sobre Paz y Derecho, por conducto de las Naciones Unidas cuestionó ante una subcomisión indagatoria del Senado en 1950 la definición de “genocidio” en el convenio:

Es claro que [la definición de la convención] no significa que si quiero echar a cinco chinos de la ciudad, para usar esa aborrecible imagen, mi intención sea la de destruir íntegramente a los 400 millones de chinos en el mundo, o a los 250 000 de Estados Unidos. Es parte de un grupo racial; y si es un grupo de cinco, de diez o de quince, y los persigo con armas de fuego en algún lugar para librarme de ellos sólo por su pertenencia a un grupo racial [...] creo que tenemos un serio problema en esto. Eso es lo que me preocupa.⁵

El senador del Partido Demócrata por Connecticut, Brien McMahon, quien estaba a favor de la ratificación, solicitaba respuestas, que a menudo resultaban en la tentativa de precisar números. Dijo: “Supongamos que haya un grupo de 200 000. ¿Significaría eso que habría que asesinar a 100 001 antes de que la mayoría se ajustase a la definición?” Lemkin insistía en que la destrucción parcial tenía que ser “de una magnitud tan sustancial como para afectar la existencia de un grupo como tal”, y agregaba gráficamente que “al extirpar los cerebros de una nación se paraliza el cuerpo entero”.⁶

Al final, la subcomisión manejada por McMahon recomendó la inclusión de un “entendimiento” de que Estados Unidos interpretaba “en parte” una “porción sustancial del grupo en cuestión”. Por más que esto tendría que haber satisfecho la necesidad de los senadores de que hubiese garantías, muchos ignoraron el lenguaje conciliatorio y continuaron con sus protestas.⁷ Años más tarde, cuando el Khmer Rouge, el gobierno iraquí y los serbios de Bosnia empezaron a erradicar a grupos minoritarios, los que se oponían a una respuesta de Estados Unidos a menudo pasaban por alto los términos de la Convención sobre Genocidio y negaban que estuviera en proceso, pues el número de muertos o el porcentaje eliminado del grupo era demasiado reducido.

La Convención sobre Genocidio también recibió críticas por estipular que un criminal podía intentar aniquilar a un grupo no sólo al matar a sus miembros, sino también al causarles graves daños físicos o mentales, al someterlos con intención a condiciones de vida dañinas, al impedir su procreación o al quitarles a sus hijos. Pero para que estos crímenes se convirtieran en actos de genocidio, no podían ser aislados, sino formar parte de un plan para destruir al grupo designado. La finalidad de incluir otros actos además del asesinato era que la comunidad internacional se fijara en crímenes “menores” —y reaccionara contra ellos—, como masacres “pequeñas”, traslados de poblaciones y esterilización, por ser males en sí y porque a menudo eran un punto intermedio en un proceso que a la larga llevaba a la eliminación física de un pueblo.

En el derecho penal por lo general es difícil demostrar el intento de cometer un crimen. Sólo en raras ocasiones quienes planifican genocidios dejan testimonios grabados o escritos de ello. Probar un intento de exterminar a un grupo íntegro sería imposible en tanto la mayor porción del mismo hubiera sido aniquilado. Los redactores de la convención preferían actuar demasiado temprano que demasiado tarde. Cuando un grupo comenzara a expulsar a otro

de su seno, como hicieron los turcos en 1915 y los serbios en Bosnia en 1992, sería indicativo de un plan de destrucción más amplio.

Los opositores a la ley descartaban el razonamiento de las provisiones de la misma. En cambio, se concentraban en la posibilidad de que se estirara el texto de la ley para aplicarla a prácticas demasiado insignificantes para justificar la intervención de un Estado en los asuntos internos de otro. Algunos sugirieron que su ratificación en Estados Unidos daría pie a que los críticos de ese país investigaran la erradicación de sus tribus nativas en el siglo XIX.⁸ Los senadores sureños temían que aparecieran abogados ingeniosos que vieran en la segregación sureña una causa de “daño mental” y que, como tal, contara como genocidio.⁹ Los legisladores advirtieron que la convención pondría en manos de agitadores populares politizados la posibilidad de llevar a Estados Unidos o a los propios senadores a comparecer ante una corte internacional.

Sin duda era hora de ajustar cuentas por la brutalidad estadounidense contra sus indígenas, pero la convención, que no era retroactiva, no podía aplicarse. Y aunque los tristes antecedentes de Estados Unidos en cuestiones raciales sin duda los exponían a cargos de racismo y abusos de derechos humanos, sólo una interpretación muy exagerada del convenio dejaría vulnerables a los legisladores sureños ante cargos de genocidio. El mismo Lemkin se refirió a la cuestión: “En el problema de los negros, la intención es mantener al grupo en un determinado nivel de existencia, pero no destruirlo”.¹⁰

Eunice Carter, vocera del Consejo Nacional de Mujeres Negras, coincidía: “el linchamiento de un individuo o de varios individuos no guardaba relación con la extinción de masas debido a motivos raciales, religiosos o políticos”. El consejo apoyaba la convención porque mujeres y niños eran a menudo las primeras víctimas en los genocidios, y porque las minorías no estarían seguras en ninguna parte si no se “controlara y castigara” al genocidio.¹¹

De nuevo en 1950 la subcomisión del Senado procuró calmar los temores de los senadores al anexar un “entendimiento” legal explícito que protegía a los estados sureños: “El genocidio no se aplica a linchamientos, rebeliones raciales ni forma alguna de segregación”. Los críticos ignoraron esta (vergonzosa) recomendación. Tampoco supieron reconocer que podrían inventarse cargos “tramposos”, al margen de que Estados Unidos ratificara la convención o no. El problema en las décadas por venir no era que demasiados estados acusaran de genocidio a otros ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ), sino más bien que

demasiado pocos lo hicieran. Y hasta finales de 2001, ningún Estado se había atrevido a desafiar a Estados Unidos con acusaciones de genocidio ante la CIJ. La oposición sureña provenía sobre todo de la xenofobia y de una postura de aislamiento que los llevaba a eximir a Estados Unidos de todo compromiso internacional.

El mismo Lemkin fue objeto de maledicencias xenófobas. En 1950, el miembro de la Comisión del Senado de Relaciones Exteriores, H. Alexander Smith (republicano por Nueva Jersey), manifestó su animadversión porque el “mayor propagandista” en favor de la convención era “un hombre que viene de un país extranjero y [...] habla mal inglés”. El senador decía conocer a “muchos [...] a quienes irrita sobremanera la circulación de este personaje”. El senador Henry Cabot Lodge (republicano por Massachusetts), quien estaba a favor de la ratificación, recomendó que alguien le comunicara a Lemkin que “le había hecho mucho daño a su propia causa”. Gran parte de la crítica radicaba menos en que Lemkin era incansable que en el hecho de ser judío. Smith dijo que él en persona sentía “simpatía hacia los judíos”, pero que “no tendrían que ser ellos quienes hicieran propaganda [en favor de la convención], pero lo son”.¹² Pese a haber inventado el concepto de genocidio, Lemkin no fue invitado por la subcomisión del Senado para prestar testimonio en las audiencias del Congreso relativas a la ratificación.

Lemkin hizo un comentario respecto de la oposición a su convención: “Si a alguien no le agrada la mostaza, siempre va a encontrar alguna razón para que no le guste, luego de que se le convenza de que la razón anterior carecía de validez”. Los críticos se quejaban de que el tratado era demasiado amplio (y así podía implicar a Estados Unidos) y no lo bastante amplio (con lo que podía dejar pasar a la Unión Soviética). Aun cuando protegía a “grupos nacionales, étnicos y religiosos” que recibían ataques “como tales”, la ley no protegía a grupos políticos.

La delegación soviética y sus seguidores, más que nada los países comunistas de Europa oriental y algunos latinoamericanos, sostenían que incluir a grupos políticos en la convención habría frenado a estados ocupados en reprimir revueltas armadas internas.¹³ En el fondo de la posición soviética yacía el temor de que la convención fuese una invitación a que las potencias extranjeras castigaran a Stalin por eliminar a minorías nacionales en Asia central, así como a sus supuestos “enemigos” contrarrevolucionarios. Stalin —y esto no sorprendía a

nadie— no tenía interés en crear un derecho de intervención internacional (o lo que él consideraba un derecho a la temida interferencia) con objeto de poner fin a tales prácticas. Al reconocer Lemkin que la inclusión de grupos políticos habría dividido a la Comisión legal y hundido la ley, él también bregó por su exclusión.¹⁴

En lugar de enmendar la ley o complementarla con otras medidas, sus críticos estadounidenses sostenían que un Estado cometía genocidio si causaba daño mental a cinco personas debido al color de su piel, pero que no lo cometía si mataba a 100 000 por el color de su tarjeta de afiliado a un partido político. La exclusión de grupos políticos del convenio dificultó mucho más demostrar que el Khmer Rouge cometía genocidio en Camboya durante la década de 1970, cuando se propuso liquidar a clases enteras de supuestos “enemigos políticos”.

La objeción central estadounidense al tratado tenía, desde luego, muy poco que ver con el texto, que no era más vago que cualquier otra ley que aún no se interpretase en un tribunal. Más bien su oposición se cimentaba en una hostilidad hacia cualquier quebrantamiento de la soberanía estadounidense, incluso reforzada por la alarma comunista de los años cincuenta. Si Estados Unidos ratificaba el pacto, los senadores temían que de esa manera autorizarían a extranjeros a entrometerse en los asuntos internos del país o a enredarlo en una “alianza enmarañada”. Era difícil ver cómo podía interesarle a Estados Unidos que el trato a los propios ciudadanos por parte de un Estado pasara a ser legítimo derecho de observación internacional. La prevención del genocidio era de ínfima prioridad para este país, y el derecho internacional ofrecía escasas recompensas a la nación más poderosa de la Tierra.

En mayo de 1950, la subcomisión del Senado a cargo de McMahon preparó un informe favorable respecto del tratado, pero la invasión a Corea del Sur por los norcoreanos en el mes siguiente hizo que la Comisión de Relaciones Exteriores postergara el voto. La guerra desató un pánico anticomunista. Los senadores republicanos Joseph McCarthy y John Bricker tacharon a las Naciones Unidas de “gobierno mundial” que había llevado a Estados Unidos a la guerra. Eran defensores de los derechos de los estados y sostenían que el gobierno federal los pisoteaba al hacerse partícipe de tratados internacionales. La Convención sobre Genocidio representaba una ONU más poderosa a expensas de la soberanía estadounidense, y un gobierno federal más fuerte en demérito de los estados. El senador A. Willis Robertson, un demócrata conservador por Virginia y partidario

de Bricker, escribió que ya tenía “suficientes problemas con las personas de buena voluntad en nuestro propio país”, que reclamaban que el gobierno federal regulase los derechos humanos. El pueblo estadounidense sin duda no necesitaba “ese mismo tipo de presión” por parte de las Naciones Unidas.¹⁵ En 1952, con el deseo de limitar el poder del gobierno federal y el respaldo abrumador de los senadores republicanos, Bricker presentó una cláusula a la Constitución que reduciría la autoridad del presidente para aprobar tratados internacionales.

Cuando Eisenhower sucedió a Truman, en 1953, Lemkin veía en el ex general un aliado natural. Tras liberar el campo de concentración de Buchenwald, Eisenhower le cablegrafió al comandante en jefe del Ejército, George Marshall, para denunciar el salvajismo nazi: “Se nos dice que el soldado estadounidense no sabe por qué está peleando —afirmó, al reflexionar sobre las pilas de cadáveres—. Ahora, al menos, sabrá contra qué pelea”. Pero a los generales se les enseña a elegir sus batallas, y Eisenhower abandonó con rapidez la lucha por la Convención sobre Genocidio. En 1953, con la esperanza de aplacar a los partidarios de Bricker, el presidente repudió este tratado y cualquier otro relacionado con los derechos humanos.¹⁶ El secretario de Estado, John Foster Dulles, garantizó que el gobierno jamás “formaría parte de acuerdo alguno [sobre derechos humanos] para su trámite en el Senado”. También rechazó el precedente de Nuremberg, al alegar que la Convención sobre Genocidio rebasaba los “límites tradicionales” de los tratados por su pretensión de generar “cambios sociales internos” en terceros países. Estados Unidos fomentaría los derechos humanos por medio de la educación, no de la ley.

La Convención sobre Genocidio distaba de la perfección, pero, pese a sus ambigüedades, su ratificación en el Senado habría señalado al mundo y al pueblo estadounidense que Estados Unidos creía que el genocidio era un crimen internacional que merecía impedirse y castigarse, donde quiera que ocurriera. Habría exigido que dicho país enjuiciara a sospechosos de genocidio que se acercaran a su territorio, y habría facultado y obligado a los dirigentes estadounidenses a oponerse a todo genocidio futuro.

LA ESCENA LOCAL

De la misma forma que intentó conseguir apoyo internacional, Lemkin buscó crear en el país un electorado favorable a la ratificación mediante conferencias,

presentaciones audiovisuales y campañas masivas por correo. Con la esperanza de que Eisenhower revirtiera su posición, Lemkin pidió prestada papelería a organizaciones de apoyo comunitario, solicitó subsidios para franqueo y mandó miles de cartas a todos aquéllos cuyos pruritos morales sentía receptivos a la motivación, o cuyas conexiones servirían para llegar a un senador federal. Aunque la mayor parte de sus cartas contenía una mezcla de adulación y lenguaje moral, en ocasiones caía en un estilo franco de regaño a sus contactos para exigirles que adquirieran conciencia. A Thelma Stevens, voluntaria del Consejo de Mujeres Metodistas, con seguridad le sorprendió un verano este fragmento de una carta, por lo demás agradecida, para instarla a coordinar una campaña en favor de la ratificación de la ley por parte del Senado:

Esta Convención es un asunto de nuestra conciencia, y una prueba de nuestra relación personal con el mal. Sé que hace mucho calor en julio y agosto como para trabajar y planificar, pero sin ponernos sentimentales ni usar lenguaje colorido, no olvidemos que el calor de este mes no es menos insoportable que aquél de los hornos de Auschwitz y Dachau, y más benévolo que el mortífero calor de los desiertos de Alepo, que quemó los cuerpos de cientos de miles de víctimas armenias cristianas en el genocidio de 1915.¹⁷

Falto de humor, Lemkin sabía que era esencial cautivar la opinión de la elite. Sostuvo su más fructífera correspondencia con Gertrude Samuels, de la comisión editorial del *New York Times*. Los artículos editoriales que aparecieron en el diario a lo largo de la lucha por la ratificación muchas veces parecían fluir directamente de la pluma de Lemkin. Al principio apoyaban su convencimiento. Luego reflejaron su frustración. Un editorial pregonó la criminalización del genocidio como “una de las mayores ideas civilizadoras de nuestro siglo” y castigaba al Senado por su “indiferencia y demora”. Otro usaba las mismas palabras con que Lemkin le había escrito a Gertrude Samuels en una carta del 6 de junio de 1950: “La humanidad es nuestro cliente. Cada día de demora es una concesión al crimen”.¹⁸ Lemkin se dejaba plagiar con gusto.

Lemkin también intentó movilizar a agrupaciones populares estadounidenses. Aún no existían las organizaciones internacionales defensoras de los derechos humanos. Amnistía Internacional se fundó hasta 1961, y Helsinki Watch, después Human Rights Watch, hasta 1978. Pero cuatro décadas antes de la drástica transferencia de poder a organizaciones no gubernamentales, que tuvo lugar en los años noventa, Lemkin enroló a diversas organizaciones cívicas,

iglesias y sinagogas estadounidenses.¹⁹ Se formó la Comisión Estadunidense pro Convención sobre Genocidio, de las Naciones Unidas, con representantes de una amplia gama de organizaciones: desde el Consejo Federal de Iglesias de Cristo y la Asociación Estadunidense por las Naciones Unidas hasta el Consejo Nacional de Mujeres y la Federación Estadunidense de Trabajadores (American Federation of Labor).²⁰ La Comisión Judía, el Consejo Sionista y B'nai B'rith hicieron su aportación a Lemkin mientras intentaba desgastar a la oposición estadounidense.

Lemkin llevaba una desventaja en el periodo inmediatamente posterior a la guerra porque el principal genocidio, hoy tan bien conocido, apenas se comentaba.²¹ Los judíos estadounidenses, quienes más tarde se convertirían en una fuerza poderosa para promover la conmemoración y difusión del holocausto, mostraban reservas en el deseo de asimilarse para no dar lugar a más antisemitismo, y estaban decididos a no ser vistos como víctimas. A otros estadounidenses les incomodaba el tema del exterminio.

En las raras ocasiones en que se mencionaba el genocidio hitleriano, la televisión y el cine estadounidense revelaban un deseo de informar a sus públicos sin horrorizarlos. Por ejemplo, un episodio en mayo de 1953 del programa *This is your life* [Ésta es su vida] presentó por primera vez a una sobreviviente del holocausto por televisión. El anfitrión del programa, Ralph Edwards, presentó a Hanna Bloch Kohner, una mujer treintañera que sobrevivió a Auschwitz. “Al verla a usted, es difícil creer que durante siete cortos años de una todavía corta vida, viviese una época de temor, terror y tragedia —dijo Edwards, y le aseguró—: parece una joven estadounidense recién salida de la universidad, en absoluto una sobreviviente de la cruel purga de judíos de Hitler”. Sin mencionar el asesinato de seis millones de judíos, Edwards adoptó el tono que caracterizaba esa época optimista: “Ésta es su vida, Hanna Bloch Kohner. En su hora más sombría, Estados Unidos le tendió una mano amiga. Su gratitud se refleja en su devoción sin vacilaciones hacia su tierra adoptiva”.²²

La representación de *El diario de Ana Frank*, que se estrenó en 1955, atrajo a multitudes, generó críticas entusiastas y obtuvo un Premio Pulitzer y un Tony por la mejor obra de teatro; pero, como observaron críticos y espectadores, la joven Ana representaba el estado de ánimo estadounidense de negarse a perder su fe en la humanidad.²³ La versión fílmica de *El diario*, que se estrenó en 1959 y obtuvo tres óscaros, omitió el holocausto casi por completo. El director, George

Stevens, quien sirvió en el ejército y estuvo presente en la liberación de Auschwitz, mostró una versión preliminar de la película en San Francisco. La última toma mostraba a Ana con el uniforme del campo de concentración, meciéndose en la niebla, pero luego cortó la escena por considerarla demasiado cruda.²⁴ En su lugar, la película adoptó el esperanzado final de la obra de teatro, en que Ana afirma: “Pese a todo, aún creo que la gente es buena en el fondo”. De hecho, Ana escribió en su diario, después de esas palabras: “Simplemente no puedo construir mis esperanzas sobre una base de confusión, miseria y muerte”, pero esto se omitió por considerarse demasiado sombrío en opinión de Stevens y del director de la obra de teatro, Garson Kanin, quien pensaba que deprimir a sus espectadores no era un “objetivo teatral legítimo”.²⁵

Hollywood poco a poco presentó escenas más realistas de los horrores. La película *Juicio en Nuremberg*, con Judy Garland y Spencer Tracy, perturbó a millones al incluir material fílmico real de los campos, pero con escasa referencia a los grupos específicos de víctimas.²⁶ Cuando un importante patrocinador de programas de televisión, la American Gas Association (Cámara Estadunidense de Gas) se quejó por la mención de cámaras de gas en la versión para televisión de la película, la CBS cedió ante la presión y suprimió las referencias.²⁷

La palabra “holocausto” apareció en el *New York Times* en 1959.²⁸

Sólo a finales de los años sesenta, los que hablaban de un holocausto y después de *el* holocausto empezaron a escribirlo con mayúscula para especificar la destrucción de los judíos de Europa por los alemanes. Las referencias al holocausto fueron lo bastante frecuentes para que en 1968 la Biblioteca del Congreso se viera en la necesidad de crear una categoría de obras llamada “holocausto, judío, 1939-1945”.²⁹ La *Readers’ Guide to Periodical Literature* [Guía para lectores de literatura periódica] incluyó el título temático hasta 1971. Ni siquiera existían memoriales estadounidenses de los crímenes de Hitler contra los judíos. Incluso obras tan célebres como *Night* [Noche], de Elie Wiesel, y *Survival in Auschwitz* [Sobrevivencia en Auschwitz], de Primo Levi, tuvieron dificultades para encontrar editor.³⁰ Fue hasta los años setenta cuando los estadounidenses se mostraron dispuestos a hablar de esos horrores.

Ante la reticencia estadounidense de los años cincuenta a enfrentar la Solución Final de Hitler, no sorprende que Lemkin, con su portafolios pletórico de téticas parábolas y su manera infatigable y directa, no haya conseguido la amistad de muchos en el Congreso.

Lemkin desquitó gran parte de su creciente frustración en un blanco inesperado: los voceros de la causa de los derechos humanos. En la conferencia de 1945 en San Francisco, en la que se redactó la Carta de la ONU, algunas naciones menores de la organización, así como grupos eclesiales, judíos, obreros y femeninos estadounidenses, contribuyeron a que la carta fundamental de la ONU contuviera siete referencias a los derechos humanos. Debido a que la sustancia de estos derechos y sus mecanismos de emplazamiento habían quedado sin determinar, se creó una Comisión de Derechos Humanos presidida por Eleanor Roosevelt para redactar una “ley internacional de derechos” que consistiría en una Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH) además de un par de convenios legales apremiantes.

Al principio Lemkin no se molestó tanto por el contenido del proyecto como por el momento en que lo adoptaron. Había trabajado desde 1944 para que su concepto se reconociese en los circuitos oficiales, y desde 1933 para que se prohibiera el crimen. Lo que irritó a Lemkin fue que la Asamblea General aprobase la histórica declaración universal el 10 de diciembre de 1948, un día después de la adopción de su Convención sobre Genocidio. Sentía que la asociación de celebridades nacionales, como Eleanor Roosevelt con la DUDH opacaba a la convención.³¹

La DUDH era una declaración no apremiante de 30 artículos sobre principios de justicia civil, política, económica y social.³² Esta serie desiderativa de principios no era más que una “cita”, dijo Lemkin, mientras que la convención, que requería que los estados se comportaran de una determinada manera, era más una “boda”.³³ Con ingenuidad pensaba que la aprobación unánime de la convención significaba que los estados estarían decididos a cumplir con sus compromisos legales. Por esto temía que el respeto por “su” ley se viera mermado por su asociación con la declaración de “ella”.

Sin embargo, Lemkin estalló sólo cuando el movimiento de derechos humanos intentó que se legalizara esta original declaración de principios para convertirla en una convención legal sobre el modelo de la prohibición del genocidio.³⁴ Sencillamente no podía creer que diplomáticos, redactores y ciudadanos preocupados buscarían hacer de los abusos de poca monta tema del derecho internacional, que en su opinión debía reservarse para los crímenes más

extremos, los más factibles de escapar al procesamiento nacional. La esclavitud y el genocidio eran crímenes internacionales de este tipo; la represión de violaciones del derecho a la libre expresión y a la libertad de prensa, que no tenían forma de imponerse, no lo eran. Sus objetivos más justificables y tanto más urgentes debían diferenciarse de los berrinches, en su mayoría banales, del movimiento de derechos humanos.

En un audiovisual inédito, *La ONU está matando a su propio hijo*, Lemkin advirtió contra esos artículos del pacto sobre derechos humanos que restaban importancia a su convención: “Las mismas disposiciones se aplican a azotes masivos en un campo de concentración que al castigo que un padre le aplique a su hijo. En resumidos términos, la línea divisoria entre el crimen del genocidio, que cambia el curso de la civilización, y el comportamiento incivilizado de los individuos, termina por borrarse”.³⁵ Si cada abuso fuese tema de preocupación internacional, temía Lemkin, los estados le asestarían un duro golpe al derecho internacional y no responderían al mayor crimen de todos.

También predijo (con exactitud) que algunos críticos de la Convención sobre Genocidio usarían la ley sobre derechos humanos para destruir su ley de otra manera, al sostener que no hacía falta un pacto sobre genocidio porque ya se consideraba en la amplia ley sobre derechos humanos.³⁶ De hecho, hubo quienes empezaron a afirmar que el genocidio no era más que una forma exacerbada de discriminación. Es entendible la porfía de Lemkin por que la destrucción de grupos no se absorbiese como prejuicio. Escribió una airada nota en 1953: “El genocidio significa destrucción, muerte, aniquilación, mientras que la discriminación es una lamentable negación de ciertas oportunidades en la vida. No ser igual no es lo mismo que estar muerto”.³⁷

Al anticipar algunas de las pugnas que plagan a las organizaciones no gubernamentales desde su comienzo, Lemkin empezó a cabildear en favor de la extirpación de la ley de derechos humanos de aquellas disposiciones que competían con las suyas. Le molestaban dos cláusulas en particular: “Nadie será privado del derecho a la vida” y “Ninguno será sometido a tortura o a tratamiento o castigo cruel, inhumano o degradante”. Si se incluía esto en la ley sobre derechos humanos, los críticos de la convención mantendrían que el genocidio ya estaba “cubierto”. Lemkin instó a aturdidos funcionarios estadounidenses a que insistieran en que la ley de derechos humanos omitiera referencias al derecho a la vida y al derecho a no ser sometido a tratamiento inhumano. Recibió

en contestación una cortés carta del vicesecretario de Estado, John D. Hickerson, quien observó: “Con seguridad sería difícil negar que estos dos derechos deben ser reconocidos en todo el mundo como los más básicos”.³⁸ Sin embargo, Lemkin pensaba que el derecho internacional tenía que reservarse para la base y no ocuparse de lo “básico”.

Al atacar el tratado sobre derechos humanos, Lemkin empezó a utilizar las mismas palabras que los más notorios violadores de ellos.³⁹ Estaba tan furioso que pasó por alto todo lo que tenía en común con sus rivales en el movimiento en favor de los derechos humanos. René Cassin, abogado francés judío que encabezó la Comisión de Derechos Humanos en la redacción de la Declaración Universal, lo que le valió el Premio Nobel de 1968, perdió a 29 parientes, su hermana entre ellos, en campos de concentración nazis. La respuesta de Cassin a los críticos soviéticos a quienes crispaba la idea de la interferencia internacional bien pudo ser de Lemkin: “El derecho a la interferencia existe; ¡existe! ¿Por qué? Porque no queremos una repetición de lo que pasó en 1933, cuando Alemania empezó a masacrar a sus ciudadanos, y todo el mundo [...] se inclinó y le dijo: ‘Eres amo y soberano en tu propia casa’”.⁴⁰

Lemkin, Cassin y Roosevelt se enfrentaron a los mismos opositores. El senador Bricker se puso del lado del senador McCarthy para ridiculizar todas las disposiciones de la ONU como vehículos del gobierno mundial y del socialismo que terminarían por engullir la soberanía estadounidense y desempeñar su papel en un plan comunista para gobernar (e internacionalizar) el mundo. Los compañeros en su oposición a la prohibición del genocidio y la ley de derechos humanos no eran sólo rabiosos anticomunistas como Bricker, sino también comunistas devotos de la Unión y bloque soviéticos que representaban a sus países ante las Naciones Unidas.

Pero en lugar de ver o buscar coincidencias, Lemkin regañaba a los propulsores de derechos humanos por el mismo utopismo que ellos le echaban en cara a él. El tratado sobre derechos humanos proyectado incluía naturalmente la exigencia de que los firmantes respetaran los derechos “sin distinciones de ninguna especie, como raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política u otra, origen nacional o social, propiedad, nacimiento u otra situación”. Lemkin lo consideraba irrisoriamente carente de realismo: “La historia ha intentado cumplir esta meta mediante una faena combinada de revolución y evolución, pero nunca antes filósofo o abogado alguno ha soñado con esta oportunidad

única de remplazar un proceso histórico con un decreto legal. En resumen, no es más que una descripción de la Utopía, pero ésta pertenece a la ficción y la poesía, no al derecho”.⁴¹

En Estados Unidos los filtros de primera instancia de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado obstaculizaron toda audiencia propuesta para el Convenio sobre Genocidio. Al firmarlo una nueva oleada de países en 1957, el *New York Times* volvió a ponderar a Lemkin, “ese hombre pacientísimo y por completo extraoficial”.⁴²

Pero la paciencia de Lemkin enflaquecía y su salud dejaba que desear. Cada año de demora lo afectaba en forma personal, y la tensión de la extensa lucha cobró su precio. Comenzó a desaparecer de la vista de todos por largos periodos, apartándose de sus pocos amigos. El más allegado, Maxwell Cohen, dijo: “Lemkin era muy amigable con quienes estaban más cerca de él, pero antagonizó con muchos por su insistencia e impaciencia”. Aunque Lemkin pasaba los fines de semana y veraneaba con la familia de Cohen, siempre lo trataban de “doctor Lemkin”. Seducía con sus modales del Viejo Mundo, pero siempre mantenía su distancia. Según Cohen, “las mujeres lo encontraban atractivo. Fue un hombre muy encantador, con una extraordinaria dignidad interior”. Pero Lemkin persistió en su soledad, y le decía a Cohen: “No puedo darme el lujo de enamorarme”.⁴³

Se amontonaban sus enemigos y decepciones. Fue nominado para el Premio Nobel de la Paz en 1950, 1951, 1952, 1955, 1956, 1958 y 1959,⁴⁴ pero los periodistas ya no lo tomaban en cuenta. Y ya había pasado el “momento multilateral” en que la ONU y el derecho internacional ofrecían perspectivas. Lemkin vivía de pequeñas dádivas de grupos judíos.

Comenzó una historia del genocidio en cuatro tomos. El primero, que casi completó, tendría el título “Introducción al estudio del genocidio”; el segundo trataría del genocidio en la antigüedad; el tercero, en la Edad Media; y el cuarto, hasta los tiempos modernos. Pero si Lemkin vislumbraba el servicio indispensable a la humanidad que semejante colección brindaría, las editoriales sólo preveían ventas magras. El presidente de John Day le informó que consideraba “imposible vender un libro sobre el genocidio, ya fuera condensado o completo”.⁴⁵ Charles Pearce, de Duell, Sloan & Pearce, le contestó que “no sería posible que encontráramos un público lo bastante grande para un libro de esta naturaleza”, y Simon & Schuster consideró que se trataba de un “serio riesgo

comercial”.⁴⁶

Acto seguido trató de vender una autobiografía completa, en cuya introducción afirmaba con fiado: “Este libro será de interés porque muestra cómo un individuo particular puede imponer una ley moral al mundo y apelar a la conciencia mundial en este respecto, casi sin auxilio”. Pero como respuesta a este libro, llamado “El hombre totalmente extraoficial”, según la descripción del *New York Times*, obtuvo igual desilusión.

Acusado de luchar contra todo, insistía: “No lucho contra el mundo, sólo contra una parte infinitamente pequeña, que se arroga el derecho de hablar por todo el mundo. Lo que ustedes llaman ‘todo el mundo’, en realidad está de mi lado”. Si los detractores estadounidenses de la Convención sobre Genocidio creyeran de verdad que su pueblo estaba de su lado, sostenía, reconocerían con libertad que se habían opuesto al tratado, y permitirían que la medida llegara al pleno del Senado para su debate.

El 28 de agosto de 1959, después de un cuarto de siglo de lucha para lograr la prohibición del genocidio, Lemkin murió de un ataque cardíaco en la oficina de Relaciones Públicas de Milton H. Blow en Park Avenue, con papeles que sobresalían de las bolsas de su saco. Su departamento, en la West 112th Street, quedó atiborrado de memorandos preparados para ministros de Relaciones Exteriores y embajadores, así como de unos 500 libros, cada uno leído, releído y subrayado con energía. Publicó 11 libros, la mayoría sobre derecho internacional, uno sobre crítica de arte y otro sobre el cultivo de las rosas. Murió a los 59 años sin un centavo. Un editorial del *New York Times* comentó dos días más tarde:

Los diplomáticos de esta y otras naciones, que sentían cierta preocupación al ver la figura un tanto encorvada del doctor Raphael Lemkin por los corredores de las Naciones Unidas, no precisan sentir más incomodidad. Ya no les será necesario pensar en una explicación por no ratificar la Convención sobre Genocidio por la que el doctor Lemkin trabajó tan paciente y generoso durante una década y media [...] La muerte en combate fue su argumento postrero, una última palabra a nuestro propio Departamento de Estado, que temió que un acuerdo para no matar comprometería nuestra soberanía.⁴⁷

Lemkin acuñó la palabra *genocidio*. Colaboró en la redacción de un tratado para declararlo ilegal. Y contempló el rechazo de la ley por la nación más poderosa del mundo. A su entierro asistieron siete personas.⁴⁸

SUCESORES

Tras la muerte de Lemkin, la Convención sobre Genocidio se olvidó en Estados Unidos hasta mediados de los años sesenta. Bruno Bitker, abogado internacional de Milwaukee, suscitó una segunda oleada de interés al exhortar a William Proxmire, enérgico senador de Wisconsin, a que se encargase de la prohibición del genocidio. Casi 70 países habían ratificado la ley para ese entonces, y Proxmire no entendía por qué demoraba el Senado estadounidense.⁴⁹

A diferencia de Lemkin, Proxmire disfrutaba de una vida privilegiada: se recibió en Yale, se doctoró dos veces en Harvard y se casó con Elsie Rockefeller, bisnieta del empresario petrolero William A. Rockefeller, hermano y socio de John D. Rockefeller.

Pero, como Lemkin, Proxmire era un solitario que tenía la costumbre de romper con las convenciones. Criado en una familia estrictamente republicana de Illinois, se declaró demócrata al final de la década de 1940 y se mudó a Wisconsin, hogar del popular iconoclasta Robert La Follette, y estado al que la columnista Mary McGrory comparaba con una “corpulenta vieja teutona, repleta de cerveza y queso, con debilidad por hombres recios y personas marginadas”.⁵⁰

Cuando perdió la elección para la gubernatura de Wisconsin en 1952, 1954 y 1956, Proxmire se hizo presente en las fábricas de Milwaukee a la mañana siguiente para repartir tarjetas de “Perdimos, pero...” a los obreros medio dormidos.⁵¹ En 1957, cuando se postuló para ocupar el escaño del fallecido senador Joseph McCarthy, en lugar de negar sus tres pérdidas previas, Proxmire asumió el cartel de “Tres veces perdedor”. En un programa radial declaró: “Que mi opositor reciba el voto del hombre que nunca perdió al declarársele a una chica. Que voten por mí los perdedores [...] Si todo el que alguna vez perdió en los negocios, amor, deportes o política vota por mí, que sé lo que es perder y seguir luchando, con todo gusto le daré a mi contrincante el apoyo de todos esos afortunados votantes que nunca han perdido en nada”.⁵²

Si Proxmire tenía intención de presentarse como un perdedor en el frente legislativo, no pudo elegir nada mejor que la Convención sobre Genocidio. Desde que Eisenhower llegó al pacto de 1953 con el senador Bricker, en que se comprometía a abandonar la convención, nadie había querido nada con ella. El 11 de enero de 1967 Proxmire tomó la palabra en el Senado para pronunciar su primer discurso sobre genocidio. Como de soslayo, mencionó su intención de iniciar una campaña que no cesaría hasta que Estados Unidos ratificara el pacto.

A un Senado desinteresado y poco concurrido declaró: “El fracaso del Senado en actuar se ha convertido en una vergüenza nacional [...] Anuncio hoy que, desde ahora, tengo la intención de hablar día tras día en este recinto para recordarle al Senado nuestra falta de acción y la necesidad de pronta acción”.⁵³

La decisión de Proxmire de pronunciar un discurso por día hasta la ratificación fue uno de los numerosos rituales que observó en el Senado. Se comprometió (y lo hizo notar) a no faltar nunca a un voto durante sus 22 años de senador, hasta contabilizar más de 10 000 consecutivos. Tacaño reconocido, se hizo famoso en todo el país por su cruzada contra proyectos inútiles y por entregar el Premio del Vellón de Oro* mensual al despilfarro de dependencias gubernamentales.

La National Science Foundation fue “honrada” con el primer premio en 1975 por otorgar 84 000 dólares a un estudio sobre por qué la gente se enamora. Después galardonó a un proyecto de 27 000 dólares para estudiar por qué los presos quieren escapar de la cárcel; un subsidio de 25 000 para averiguar por qué la gente hace trampa, miente y se comporta de manera soez en las canchas de tenis de Virginia; y un desembolso de 500 000 para precisar los motivos de que los monos, ratas y seres humanos aprieten las mandíbulas. El premio enfureció a muchos de los colegas de Proxmire en el Senado, que lo consideraron una provocación publicitaria para Proxmire a sus expensas.⁵⁴

Aunque por este “despellejamiento” algunos de los colegas de Proxmire se distanciaron de él, otros se le unieron en la Convención sobre Genocidio. Claiborne Pell, un correligionario de Rhode Island, fue uno de los que respaldó a Proxmire en su gesta.⁵⁵ Su padre, Herbert C. Pell, fue representante de Estados Unidos ante la Comisión de Crímenes de Guerra en la segunda Guerra Mundial, que los aliados establecieron en 1943 para investigar los relatos de atrocidades nazis. Pell, el padre, apenas logró que los jefes del gobierno de Roosevelt le devolvieran sus llamadas. En las postrimerías de 1944 se le informó que la Oficina de Crímenes de Guerra se cerraba por motivos de presupuesto. El equipo de Roosevelt rechazó la oferta de Pell de pagar de su propio bolsillo a su secretario y el alquiler de la oficina, decisión que revirtió sólo cuando Pell hizo pública la noticia de la clausura de su oficina. Cuando Pell, el hijo, habló en público en favor de la Convención sobre Genocidio décadas después, recordó esos años en que observó a su padre tener que transigir con la indiferencia del mundo externo hacia la brutalidad nazi:

Recuerdo la sorpresa y el espanto de mi padre —era un hombre gentil— al tomar conciencia del

horror y la abominación de lo que ocurría [...] Estoy convencido [...] de que existía un acuerdo no escrito de caballeros de pasar por alto el problema judío en Alemania, y que ni nosotros ni los británicos intervendríamos de ninguna manera en especial [...] Nos retorcíamos las manos de angustia, pero no hacíamos nada.⁵⁶

Con el respaldo de Pell, Proxmire avanzó resuelto en un esfuerzo de revivir la ley de Lemkin. El ritual cotidiano de Proxmire se hizo tan regular y predecible como el golpe del martillo o la oración matinal. Sin embargo, también era variado, como la meteorología: cada discurso debía ser inédito. El senador hizo buen uso de sus ayudantes, encomendándoles, en rotaciones semanales, la preparación del material sobre el tema. La oficina creó archivos como los de Lemkin sobre cada uno de los principales genocidios del pasado milenio, y los ayudantes abrevaban cotidianamente en estos archivos para extraer un nuevo tema. Ayudaban los aniversarios. El genocidio turco contra los armenios y el holocausto se invocaban a menudo.

Sin embargo, la mejor fuente de material de Proxmire eran los periódicos. En 1968 Nigeria respondió al intento de secesión de Biafra con un ataque a la resistencia de los ibos cristianos y con el corte de las entregas de provisiones de alimentos a la población. Proxmire declaró:

Señor presidente, la necesidad de los hambrientos es obvia. Clama al santo cielo por que se haga algo. Y en tanto las naciones del mundo se sigan engañando con la afirmación de que la eliminación de miles de sus conciudadanos es un asunto interno, nuestro valor moral estará en la ruina y nuestra preocupación por el bienestar ajeno no será más que una delgada chapa. Nuestra responsabilidad crece pavorosamente con la muerte de cada hombre, mujer o niño inocentes.⁵⁷

Pero Estados Unidos respaldaba la unidad de Nigeria. Tambaleándose por sus enormes pérdidas en Vietnam, además de los asesinatos de Martin Luther King Jr. y de Robert Kennedy, el gobierno de Johnson seguía las directivas de la oficina africana del Departamento de Estado y sus aliados británicos, ambos implacablemente opuestos a la secesión de Biafra. Alegando temores de incursiones soviéticas adicionales en África, y con los ojos puestos en las vastas reservas petrolíferas del país ibo, los funcionarios estadounidenses detuvieron medidas efectivas de asistencia alimentaria durante gran parte del conflicto. Estados Unidos insistía en que los alimentos se entregaran a través de Lagos, aunque los comandantes nigerianos eran francos respecto de sus objetivos: “El hambre es un arma bélica legítima”.⁵⁸ A final de cuentas, Nigeria aplastó la

resistencia de los ibos y mató y retuvo el alimento de más de un millón de personas.

A comienzos de marzo de 1971, después de que los nacionalistas de la Liga Awami de Pakistán oriental ganaron por mayoría absoluta en la proyectada asamblea nacional y solicitaron una moderada autonomía, tropas paquistaníes mataron entre uno y dos millones de bengalíes, y violaron a unas 200 000 mujeres y niñas. El gobierno de Nixon, que era hostil hacia la India y usaba a Pakistán de intermediario con China, no protestó. El cónsul estadounidense en Dacca, Archer Blood, mandó un cable a Washington el 6 de abril de 1971, a poco de comenzar las masacres:

Nuestro gobierno no ha denunciado las atrocidades [...] y al mismo tiempo ha hecho todo lo posible para congeniarse con el gobierno de Pakistán occidental [...] Elegimos no intervenir, ni siquiera moralmente, so pretexto de que el conflicto awami, al que lamentablemente puede aplicarse el ya trillado término de genocidio, es un asunto interno exclusivo de un Estado soberano. Los ciudadanos estadounidenses han expresado su repugnancia. Nosotros, como empleados públicos profesionales, expresamos nuestro repudio.

El cable tenía las firmas de 20 diplomáticos estadounidenses en Bangladesh y nueve personas con experiencia en el sudeste asiático del Departamento de Estado.⁵⁹ Proxmire observó: “Pasaron 30 años entre las atrocidades de la Alemania nazi y las del subcontinente asiático, pero el número de bajas no son tan dispares. Los que pensaban que el genocidio era crimen del pasado, tuvieron un rudo despertar durante la ocupación paquistaní de Bangladesh”.⁶⁰ Sólo la invasión del ejército indio, combinada con la resistencia bengalí, detuvo el genocidio paquistaní y dio lugar al establecimiento de un Bangladesh independiente. Archer Blood fue retirado de su puesto.

En Burundi, en la primavera y verano de 1972, tras un violento golpe de los hutus, la minoría gobernante tutsi persiguió y mató entre 100 000 y 150 000 hutus, sobre todo de la elite educada.⁶¹ Aunque la cantidad de muertos llegó a 1 000 por día, y camiones abiertos con los cadáveres pasaban frente a la embajada de Estados Unidos, el embajador, Thomas Patrick Melady, minimizó las atrocidades por temor a que el Departamento de Estado reaccionara en exceso y pusiera en riesgo la relación de su país con el régimen. Estados Unidos era el mayor comprador del café producido por Burundi, que representaba 65% de las entradas de divisas a ese país. Pese a esta posibilidad de ejercer presión, el

Departamento de Estado se opuso a toda suspensión del intercambio comercial. Un funcionario del servicio exterior afirmó: “Nos criticaría cada país de África por entrometernos en los asuntos internos de uno de ellos. No tenemos intereses en Burundi que justifiquen soportar ese tipo de contratiempo”.⁶² Otro oficial del Departamento respondió a la sugerencia de actuar que le hizo un subordinado: “¿Conoce a algún funcionario que se haya beneficiado en su carrera por ocuparse de los derechos humanos?”⁶³

Aquí el senador Proxmire criticó a la Organización por la Unidad Africana por negarse a investigar. Hizo notar que la Convención sobre Genocidio señalaba que tal crimen no era una mera cuestión interna sino una violación del derecho internacional que exigía atención internacional. Y afirmaba: “Hace demasiado tiempo que Estados Unidos se ha desentendido de manera irresponsable de la cuestión del genocidio. La evidencia de que el genocidio sigue en los años setenta tendría que poner en tela de juicio nuestra complacencia”.⁶⁴

A Proxmire no le escaseaban las malas noticias para su campaña. Sus asistentes aprovechaban diversas fuentes, pero su creatividad a veces se agotaba. Hasta al lúgubre Lemkin, con sus mamotretos llenos de relatos de matanzas medievales, le habría costado encontrar material para un discurso nuevo todos los días. Una noche, un emprendedor asistente luchaba por preparar el discurso de la mañana siguiente, cuando llegó un equipo de control de plagas para fumigar su oficina. Al otro día declaró en el Senado que la visita nocturna de los exterminadores a su oficina le recordó “una vez más, señor presidente, la importancia de ratificar la Convención sobre Genocidio”. Pese a lo exigente que resultaba preparar un discurso nuevo todos los días, a ningún miembro de su personal se le habría ocurrido meter un discurso viejo en su carpeta con la esperanza de que no recordara haberlo visto antes. Larry Patton, experto de Proxmire en el tema de la convención, comentaba: “Prox tenía una memoria de halcón, la mente más aguda que jamás conocí. Nunca me atreví a intentarlo”.

Proxmire usó su soliloquio cotidiano para refutar malentendidos estadounidenses comunes que persistían desde las épocas de Lemkin. Los fuertes grupos aislacionistas de derecha jamás cambiarían de parecer, pero la mayoría de los estadounidenses —pensaba el senador— no se oponía a la ratificación: sólo estaban mal informados. En uno de los 199 discursos de 1967, expresó: “Los verdaderos opositores a la ratificación en este caso no son grupos ni individuos. Son el par de enemigos más mortales para los derechos humanos en cualquier

parte del mundo: la ignorancia y la indiferencia”.⁶⁵

Con sus discursos, educaba. Cuando los críticos desmenuzaron el tratado y resaltaron sus fallas, respondió:

No rechazo esta crítica o este escepticismo. Pero si el Senado de Estados Unidos requiriera la ley acabada sin la menor tacha [...] el desempeño legislativo de cualquier Congreso sería un vacío total. Me sorprende que hombres que comprueban a diario que la puesta en vigencia de cualquier legislación es el arte de lo posible, puedan capciosamente buscarle tres pies al gato a un tratado internacional que reprima el genocidio.⁶⁶

Proxmire estaba convencido de que Estados Unidos tendría que estar haciendo mucho más en el foro de la opinión pública para tener un efecto en el comportamiento nacional e individual. Afirmó: “Estados Unidos es el mayor país del mundo. La presión del país más poderoso del mundo puede hacer que un malhechor potencial lo piense bien antes de cometer genocidio”.⁶⁷ Pero Estados Unidos ni ratificó el convenio ni condenó a regímenes que cometían genocidio. De intervenir militarmente, ni hablar.

Al principio Proxmire pensaba que a lo sumo tardaría uno o dos años para lograr la sanción. Recuerda: “No se me ocurría crimen más espantoso que el genocidio. De todos los proyectos de ley pendientes en este Congreso, éste parecía el menos entendible”. Listó otros tratados que el Senado había aprobado durante el tiempo que dejó de lado la convención:

Incluidos entre más de cien tratados, hay un Convenio sobre atún con Costa Rica, un puente sobre el río Rainy, un Convenio sobre hipoglosos con Canadá, un Convenio de tráfico para que automovilistas estadounidenses con registro puedan conducir en Europa, una Convención sobre langostinos con Cuba [...] un tratado de amistad con Muscat y Omán, y hasta un coloridísimo y apetitoso tratado titulado el “Protocolo del Salmón Rosado”. No es mi intención sugerir que no tendrían que haberse ratificado estos tratados [...] pero cada uno [...] tiene como objetivo el fomento de la ganancia o del placer.⁶⁸

La Convención sobre Genocidio, en cambio, tenía que ver con los pueblos. Debido a que no fomentaba ganancia o placer para los estadounidenses, no conseguía apoyo eficaz con facilidad. Los opositores al tratado eran más numerosos, más ruidosos y, en definitiva, más eficaces de lo que Proxmire imaginaba. Sin amilanarse por el fracaso, habría de continuar su campaña en la siguiente década. Diecinueve años y 3 211 discursos después de comprometerse

en 1967 a hablar diario, Proxmire seguía poniéndose de pie en una Cámara alta semivacía, vestido con el tradicional saco de cheviot y corbatas universitarias, para insistir en que la ratificación promovería los intereses y los más caros valores de Estados Unidos.

VI. CAMBOYA: “UN GIGANTE DESVALIDO”

EL 17 DE ABRIL DE 1975, ocho años después de que Proxmire consiguiera que Estados Unidos se comprometiera a combatir el genocidio, los Khmer Rouge (KR) regresaron el reloj de Camboya al año cero. Tras una guerra civil de cinco años, los revolucionarios extremistas y comunistas entraron triunfantes en la ciudad capital, Phnom Penh. Acababan de derrotar al gobierno de Lon Nol, respaldado por Estados Unidos.

Aún con la esperanza de una transición pacífica, el gobierno derrotado dio la bienvenida a los rebeldes comunistas y colocó banderas y pendones blancos en todos los edificios de la ciudad. No hizo falta mucho tiempo para que todo el mundo en la capital entendiera que los Khmer Rouge no habían venido a parlamentar. Después de varios días de monótona música militar, matizada con piezas como *Marching through Georgia* [Marchando por Georgia] y *Old Folks at Home* [Los viejos amigos], el antiguo régimen hizo su última transmisión al mediodía del 17 de abril.¹ El locutor gubernamental dijo que habían comenzado conversaciones entre los dos bandos, pero antes de que pudiera terminar, un oficial de los KR en el estudio lo interrumpió: “Tomamos Phnom Penh no para negociar, sino en calidad de conquistadores”.²

Los adustos conquistadores, con sus típicos uniformes negros, bufandas a cuadros rojos y blancos, y sandalias Ho Chi Minh confeccionadas con pedazos de viejos neumáticos, entraron en fila india a la capital camboyana. Los soldados tenían el aspecto de una fatigada banda que había librado una salvaje lucha para controlar al país y su pueblo. Portaban armas de fuego. Recolectaron bienes materiales, como televisores, refrigeradores y autos, los apilaron en medio de la calle y encendieron fogatas con ellos. Con influencia de Mao Tse-tung, la plana mayor de los KR reclutó para su ejército preferentemente a quienes consideraba, en palabras de Mao, “pobres y vacuos”, antes que a quienes habían recibido una educación. “Una hoja de papel no lleva carga —notó Mao—, y en ella pueden escribirse los más bellos caracteres, y pintarse los más hermosos cuadros.”³

A su llegada, el único encargo que traían consigo los sectores de los KR era el

de ejecutar con celeridad las órdenes de sus superiores, siempre ocultos a la vista pública. Por el radio y con megáfonos portátiles exigieron que todos los ciudadanos abandonaran la capital de inmediato. Como pretexto, los militantes recién llegados alegaban que los bombarderos estadounidenses B-52 se hallaban a punto de “dejar la ciudad en ruinas”. Los KR insistían en que sólo un éxodo total de la ciudad garantizaría la seguridad de los ciudadanos. Soldados comunistas con intenciones muy claras se adentraron en la ciudad desde un lado de los arbolados bulevares de Phnom Penh, mientras que del otro, cientos de miles de civiles camboyanos de rostros cenicientos se tropezaban para obedecer las inflexibles órdenes.

En los días siguientes más de dos millones de personas fueron arreadas por los caminos. Los soldados de los KR destruyeron los neumáticos de los vehículos en toda la ciudad y los ciudadanos avanzaron a pie, a media milla por hora. En escenas similares a las de la deportación de los armenios por los turcos, en 1915, confusas multitudes atoraban los caminos, dejando a su paso una que otra sandalia suelta, vestimenta y, en algunos casos, cuerpos de fallecidos. La primera indicación para la mayoría de los camboyanos y extranjeros de que esta revolución no sería como ninguna otra, fue el desalojo a punta de fusil del principal hospital de la ciudad, el Calmette. Entremezclados entre los inquietos ciudadanos había pacientes cubiertos por ligeras batas de hospital, transportando sus propios sueros, con otros pacientes en brazos o empujados en sus camas por sus aterrados familiares.

Los más débiles desfallecían deshidratados; nacían bebés al borde del camino; niños insolados gritaban por socorro materno, y los padres y maridos se amilanaban ante las armas de quienes mandaban. Algunos camboyanos se acercaron a la embajada francesa para rogar que se les concediera asilo, arrojándose contra el alambre de púas que rodeaba el recinto y tirando sus maletas e incluso a sus hijos por encima de los muros. Pero la mayoría de los camboyanos partió mansamente de sus hogares.

Aunque los síntomas de la evacuación de Phnom Penh se asemejaban a lo que ahora se denomina “limpieza étnica”, los KR no discriminaron, en realidad, según pautas raciales. La capital en su totalidad debía evacuarse.

Ya había partido casi la totalidad de los ciudadanos estadounidenses. Una semana antes, el 12 de abril de 1975, mientras los KR avanzaba sobre la capital, el embajador estadounidense John Gunther Dean dispuso la evacuación del

personal de la legación y de ciudadanos estadounidenses. Lon Nol, jefe de Estado respaldado por Estados Unidos, huyó con una considerable suma de dinero estadounidense para su “retiro” y compró una casa en una zona de clase media alta al este de Honolulu. El príncipe Sirik Matak, un antiguo colaborador y primer ministro de Lon Nol, quien había estado bajo arresto domiciliario debido a sus críticas contra el corrupto régimen camboyano, fue puesto en libertad y señalado como el jefe de Estado oficial.

A las 7 de la mañana del día de la evacuación, el embajador Dean ofreció a Matak una plaza en un helicóptero que partía. Matak, cuyo departamento estaba decorado con fotografías del presidente Richard Nixon y del vicepresidente Spiro Agnew, reverenciaba a Estados Unidos. A las 9, Dean recibió una nota escrita a mano del nuevo dirigente camboyano, en la que agradecía a Dean su ofrecimiento de transporte, y le decía que:

“Lamentablemente no puedo irme de manera tan cobarde [...] En cuanto a usted, y en particular a su gran país, no supuse ni por un momento que abandonarían a un pueblo que ha elegido la libertad. Nos han negado protección, y no hay nada que podamos hacer al respecto [...] Si muero en este lugar, en este país que amo [...] sólo me he equivocado al creer en ustedes, los estadounidenses”.⁴ Dean, un refugiado de la Alemania de Hitler cuando era niño, partió en un helicóptero llevando la bandera estadounidense plegada bajo el brazo. Matak se albergó en la embajada francesa, donde ya habían empezado a congregarse los extranjeros, entregándose a lo que hubiera de venir.

El 20 y 21 de abril de 1975, mientras transcurrían las horas finales de la presencia extranjera en Camboya, los camboyanos que se habían refugiado allí fueron echados a la calle. El vicecónsul francés, Jean Dyrac, había peleado en España en la Brigada Internacional contra Francisco Franco y en la Resistencia francesa contra los nazis, quienes lo capturaron y torturaron. Los KR le advirtieron que las 1 300 personas reunidas en el predio de la embajada serían privadas de alimentos y agua si los camboyanos no salían.

Las separaciones fueron dolorosas al partir padres e hijos, maridos y mujeres, y amigos cercanos. Los camboyanos, quienes creyeron salvarse en la embajada, ya no tenían esperanza de desaparecer entre las multitudes de evacuados y sepultar sus identidades pasadas. Quedaban solos y manchados por su asociación con el Occidente capitalista, para enfrentarse a un peor destino. Los más altos funcionarios del gobierno camboyano no tenían posibilidad alguna, y

el vicecónsul Dyrac acompañó a los portones a varios miembros del régimen depuesto. El primer ministro, Sirik Matak, salió con la cabeza erguida, pero el ex presidente del Congreso, Hong Boun Hor, estaba tan perturbado que tuvo que ser tranquilizado con una inyección. Al entregarlos a los Khmer Rouge, apoyó la cabeza contra una columna y, con la cara cubierta de lágrimas, decía una y otra vez: “Ya no somos hombres”.⁵ Los funcionarios, incluso Sirik Matak, que confiaron en las promesas estadounidenses, fueron llevados en un camión sanitario y ejecutados.

Cayó rápido el telón Khmer. Durante los tres años y medio siguientes, los Khmer Rouge convirtieron a Camboya en un agujero negro al que no ingresaba ningún extranjero, y en el que cerca de unos dos millones de camboyanos no sobrevivirían.

La respuesta de Estados Unidos siguió un curso conocido. Antes de la toma de Phnom Penh por los Khmer Rouge, abundantes advertencias previas acerca de la brutalidad de la organización suscitaban ilimitadas ilusiones en los observadores estadounidenses y ciudadanos camboyanos. Al cerrar el país después de su victoria, el KR demoró y confundió el diagnóstico en el extranjero respecto de lo extremo de su salvajismo.

Pero incluso cuando se conocieron los datos, no hubo funcionario estadounidense que los reconociera, ni individuo ni organización que convenciera a las autoridades de Estados Unidos de que las muertes de camboyanos eran lo bastante importantes como para obligarlas a prestar atención. Así, mientras se mencionaban analogías con el holocausto y se hacían peticiones aisladas, en tres años de terror sistemático la política de silencio de Estados Unidos nunca recibió un desafío serio. Era políticamente impensable una intervención militar, y emocionalmente desagradable fijarse en los horrores que se desarrollaban, pero era posible mirar para otro lado. Y esto fue lo que dos presidentes y la mayoría de los legisladores, diplomáticos, periodistas y ciudadanos estadounidenses hicieron antes, durante y después del reino del terror de los Khmer Rouge.

ADVERTENCIA

Antecedentes: la política estadounidense antes de Pol Pot

Como notó Lemkin, la guerra y el genocidio casi siempre están ligados. Los otomanos mataron a más de un millón de armenios durante la primera Guerra

Mundial, y los alemanes exterminaron a seis millones de judíos, cinco millones de polacos, homosexuales y opositores políticos, entre otros, durante la segunda Guerra Mundial. Irak atacó luego a la minoría kurda durante su guerra con Irán; los serbios de Bosnia se dedicaron a aniquilar a musulmanes y croatas durante una guerra civil balcánica; y los hutus nacionalistas de Ruanda exterminaron a cerca de 800 000 tutsis, a la vez que el ejército libró una lucha más convencional contra la fuerza rebelde tutsi.

La historia está colmada de conflictos entre fuerzas armadas regulares que desencadenan y avivan pasiones que desembocan en campañas para eliminar a ciertos “indeseables”. La guerra legitima una violencia tan extrema que puede llevar a que ciudadanos rencorosos u oportunistas se sientan con derecho a atacar a sus congéneres. Para los extranjeros, la guerra entre ejércitos enmascara el genocidio, lo que al principio dificulta discernir que se trata de campañas exterminadoras contra civiles e inspirar los habituales esfuerzos diplomáticos. En Camboya, dos guerras precedieron el genocidio: la de Estados Unidos en Vietnam y una civil en Camboya. Éstas le valieron a los Khmer Rouge conversos a su causa, y también contribuyeron a oscurecer el salvajismo del nuevo movimiento comunista.

Los ambages estadounidenses frente a los horrores en Camboya, entre 1975 y 1979, se entremezclan bien con el papel estadounidense en la región en la década anterior. La guerra en Vietnam tenía como objeto impedir que Vietnam del Sur, otro “dominó”, pasara a ser comunista. La presencia militar en Vietnam movilizó a 550 000 hombres a comienzos de 1968. En el mismo año, la arrolladora ofensiva Tet de los Vietcong contra todas las principales bases militares estadounidenses en Vietnam del Sur arrojó como saldo 4 000 estadounidenses muertos, y reforzó la oposición interna contra la guerra.⁶ Esta inquietud en Estados Unidos aumentó con la cobertura periodística de la masacre de My Lai, en 1968, y el escándalo de que usaban defoliantes y napalm.⁷ Morían soldados estadounidenses en Vietnam, el honor de su país se mancillaba y, además, Vietnam del Norte iba ganando.

Richard Nixon asumió la presidencia en 1969. Aunque prometió terminar la guerra, la extendió a Camboya. Debido a que las unidades norvietnamitas se refugiaban en el norte de Camboya, ésta se convirtió en un escenario con cierta importancia para el nuevo gobierno. Estados Unidos promovió con convencimiento la idea de que ambas bandas comunistas —la norvietnamita y la

camboyana— estaban unidas. En marzo de 1969, Nixon ordenó que los B-52 bombardearan Camboya.⁸ La gestión, denominada “Operación Desayuno” — debido al momento en que el asesor de seguridad nacional, Henry Kissinger, y los consejeros militares se pusieron de acuerdo sobre los planes de bombardeo—, se mantuvo en estricto secreto por temor a protestas de la ciudadanía estadounidense. Cuando los bombarderos no pudieron localizar las bases de los comunistas, Nixon incrementó la misión. Autorizó ataques secretos a otros lugares, y dio lugar a otras operaciones tan poco apetitosas como las llamadas “Almuerzo”, “Snack”, “Cena”, “Postre”, y “Buffet”. En la primera fase de la campaña, el bombardeo, que duró 14 meses y se conocía como “Menú”, implicó 3 875 misiones.⁹

El presidente Nixon no se conformó con eso. En abril de 1970, frustrado por lo escurridizo que resultaban los norvietnamitas, ordenó a las fuerzas de tierra limpiar los nidos del Vietcong en Camboya. Nixon advirtió: “Si cuando entra en juego la nación más poderosa del mundo —Estados Unidos—, se desempeña como un gigante desvalido, digno de lástima, las fuerzas totalitarias y anárquicas amenazarán a las naciones e instituciones libres del mundo”. Unos 31 000 soldados estadounidenses y 45 000 vietnamitas irrumpieron en Camboya, supuestamente para impedir que los comunistas de ahí llevaran a cabo “ataques masivos” contra las tropas estadounidenses en Vietnam.¹⁰ La invasión, que Nixon insistía en llamar “incursión”, no tenía nada que ver con Camboya, y sí todo que ver con la guerra de Estados Unidos en Vietnam. El secretario de Defensa, James Schlesinger, testificó luego en el Congreso: “El valor de la supervivencia de Camboya radica en su importancia para la supervivencia de Vietnam del Sur”.¹¹

El mes anterior al ataque por tierra contra Camboya, Estados Unidos se había beneficiado con un golpe de Estado a cargo del primer ministro proestadunidense, Lon Nol, contra el gobernante camboyano de larga data, el príncipe Norodom Sihanouk. Éste, padre de la Camboya independiente, había adquirido el aura de un antiguo *deva-raj* (Rey-dios) Angkor, desde que asumió el trono, en 1941. Afecto al boato, era director de cine, sibarita y mujeriego, además de jefe de Estado popular. Pero ofendió a Estados Unidos al establecer relaciones con China, enemiga de éste en ese momento. También irritó al presidente Nixon al tratar de mantener neutral a Camboya en la guerra con Vietnam. Los funcionarios estadounidenses supusieron que Lon Nol sería mucho más maleable, pero apostaron al perdedor. Lon Nol era proestadunidense, pero, como

muchos dictadores títeres de Estados Unidos en esa época, también era corrupto, represor e incompetente. Se encerraba en su mansión en la capital camboyana de Phnom Penh y se mantenía por completo al margen de los asuntos de su Estado. Dependía del consejo místico de un monje visionario llamado Mam Prum Moni, “Gran intelectual de gloria pura”. Las únicas medidas positivas que tomó Lon Nol fueron las que prometían incrementar su propio poder. Les quitó las libertades básicas a sus ciudadanos, suspendió el Parlamento anunciando, en octubre de 1971, que era hora de poner fin “al juego estéril de la democracia liberal pasada de moda”. En 1972 se declaró presidente, primer ministro, ministro de Defensa y comandante en jefe del ejército. Lo único que le importaba a Estados Unidos era que Lon Nol era firmemente anticomunista. Estados Unidos gastó unos 1 850 000 de dólares en apuntalar su régimen entre 1970 y 1975, evidencia, según palabras del presidente Nixon, de “la doctrina Nixon en su forma más pura”.¹²

La invasión por tierra de abril de 1970 ocurrió al comienzo de los cinco años de guerra civil camboyana, una lucha despiadada que habrían de ganar los Khmer Rouge. De un lado se encontraban Lon Nol y Estados Unidos; del otro, los comunistas vietnamitas y el pequeño y misterioso grupo radical de revolucionarios comunistas camboyanos. Los dirigentes de los Khmer Rouge — los Khmer Rojo— habían sido educados en París, estudiaron el pensamiento maoísta y recibían importante respaldo político y militar de China. Eran jóvenes que fueron empujados a la resistencia comunista por su frustración ante el anterior estilo autoritario del príncipe Sihanouk. Con el liderazgo de Saloth Sar, que después adoptó el seudónimo de Pol Pot, abandonaron las ciudades camboyanas en los años sesenta para planear la revolución de la campaña camboyana y vietnamita.¹³

Fue la tiranía de Sihanouk lo que los llevó a la resistencia armada; pero cuando Lon Nol tomó el poder en el golpe de 1970, el KR comenzó a combatir el régimen de Lon Nol, erigiendo a su anterior enemigo Sihanouk en dirigente simbólico de una coalición imposible. Esto les granjeó la simpatía de los millones de camboyanos que confiaban en Sihanouk, la simpática figura que les había dado su independencia. Aunque entre 1973 y 1974 surgieron dudas respecto de si el más moderado Sihanouk hablaba en nombre del KR, los camboyanos confiaban en su criterio. El príncipe afirmó en 1973: “No me gustan los Khmer Rouge, y tal vez yo no les guste a ellos. Pero son puros patriotas [...] Aun cuando yo sea budista, prefiero una Camboya roja, honesta y patriota a una Camboya

budista bajo Lon Nol, que es corrupta y un títere de los estadounidenses”.¹⁴

Incluso con el respaldo de Estados Unidos, el régimen de Lon Nol no tenía posibilidad de ganar las confrontaciones. Sus tropas estaban equipadas para desfilar, no para pelear.¹⁵ En 1972, Lon Nol dio el célebre paso de ordenar que aviones esparcieran arena bendita en el perímetro de Phnom Penh para mantener alejados a sus ateos enemigos comunistas. Los oficiales de Lon Nol exageraban la fuerza de las tropas camboyanas, inventando formaciones fantasma y llenándose los bolsillos de dinero estadounidense para abrir cuentas de banco en el extranjero y construirse lujosas casas. Los soldados rasos, en cambio, a menudo no recibían su paga y desertaban. Y aunque el ejército camboiano tenía una enorme ventaja numérica sobre el enemigo, había muchos a quienes no les entusiasmaba pelear para Lon Nol. Los que sí pelearon dependían de los bombardeos de Estados Unidos y, más tarde, de la ayuda militar de ese país.

El interés de los estadounidenses en Camboya se derivaba por completo de los planes de aquéllos en Vietnam. Así, cuando las tropas estadounidenses abandonaron Vietnam en enero de 1973, fue más difícil justificar el bombardeo de Camboya. En agosto de ese año, el Congreso intervino para ponerle fin. El presidente Nixon estaba furioso. Acusó al Congreso de debilitar la seguridad regional y de “crear dudas en la mente tanto de aliados como de adversarios” respecto de la “decisión” estadounidense. En total, entre marzo de 1969 y agosto de 1973, los aviones estadounidenses tiraron 540 000 toneladas de bombas en la campaña de Camboya.¹⁶ Estados Unidos continuó suministrando asistencia militar y financiera a Lon Nol, y advertía que habría un baño de sangre si se permitía el triunfo de los Khmer Rouge.

Los ataques de los B-52 mataron a decenas de miles de civiles.¹⁷ Los aldeanos que por casualidad se hallaban en otra parte volvían para encontrar nada más que polvo y barro mezclado con fragmentos de cuerpos quemados y sangrientos. Las fuerzas de tierra de Lon Nol usaban fuego de artillería pesada masivamente para pacificar áreas o aldeas donde se sospechaba actividad enemiga. Para 1973, la inflación en Camboya superaba 275%, y de todos los caminos y de un tercio de los puentes 40% quedaron inutilizables.¹⁸ Con la economía local despedazada, la ayuda financiera estadounidense pasó a ser 95% del presupuesto de Lon Nol.

El bombardeo estadounidense apenas si cumplió con su propósito de debilitar a los comunistas vietnamitas o camboyanos. Tal vez tuvo el efecto inverso. Los

camboyanos, resentidos por la política de demolición estadounidense, se dejaban cautivar por la promesa de paz y el antinorteamericanismo de los KR. El periodista británico William Shawcross y otros más postularon que las filas de los KR engrosaron sobre todo por la intervención estadounidense. Chhit Do, líder del Khmer Rouge del norte de Camboya, quien más tarde se apartó de ellos, describe el efecto del bombardeo estadounidense:

Después de cada bombardeo, llevaban a la gente a ver los cráteres, para que vieran lo grandes y profundos que eran, para que vieran cómo la tierra había sido excavada y quemada [...] La gente común [...] a veces se cagaba literalmente encima cuando venían las bombas grandes, los proyectiles [...] Se les helaban las mentes y daban vueltas mudos por tres o cuatro días. Aterrorizada y medio loca, la gente estaba dispuesta a creer lo que se le dijera [...] Eso fue lo que hizo tan fácil ganársela para los Khmer Rouge [...] Era por su insatisfacción con el bombardeo que seguía cooperando con los Khmer Rouge, uniéndose, mandando a sus hijos para que fueran con ellos.¹⁹

El príncipe Sirik Matak, en cierto momento aliado de Lon Nol, advirtió a Estados Unidos que no respaldara al impopular régimen de Lon Nol. “Si lo hace ayuda a los comunistas.”²⁰ La intervención estadounidense en Camboya causó enorme daño por sí misma, pero también contribuyó indirectamente a la institución de un régimen monstruoso.

LO DESCONOCIDO INCOGNOSCIBLE

Antes de que comience, el genocidio no es algo fácil de aceptar. La intención de un régimen genocida de destruir a un grupo humano es algo tan odioso, y la escala de sus atrocidades tan enorme, que los espectadores que saben lo suficiente como para predecir la brutalidad rara vez imaginan que se trate de genocidio. Éste era el caso de muchos diplomáticos, periodistas y judíos europeos que observaron a Hitler durante los años treinta, y fue sin duda el caso de los diplomáticos, periodistas y camboyanos que observaron a los Khmer Rouge antes de que tomaran el poder. Las señales de violencia masiva inminente estaban a la vista, pero se las ignoró en su mayor parte.

Antes de la caída de Phnom Penh, en abril de 1975, los comunistas camboyanos ya eran lo bastante conocidos como para causar alarma entre algunos estadounidenses. En junio de 1973, Kenneth Quinn, de 32 años, funcionario del servicio extranjero estadounidense, conoció a los Khmer Rouge

por accidente. Durante seis años fue asesor provincial en Vietnam, y los últimos dos había estado en Chou Doc, provincia vietnamita en la frontera con Camboya, sobre el río Mekong. Un día Quinn subió a una montaña en las afueras de Chou Doc para observar una zona de 10 millas a la redonda. Al echar un vistazo al horizonte camboyano, se encontró ante una escalofriante escena que lo dejó anonadado. Recordó: “Las aldeas camboyanas están construidas en círculos. Al mirarlas vi que todos esos círculos estaban en llamas, y se elevaba una negra humareda de cada uno. No sabía qué pasaba. Todo lo que supe era que hasta donde llegaba la vista ardían absolutamente todas las aldeas de Camboya”.

Confundido, Quinn escribió a mano una descripción de la escena, la puso en un sobre y la mandó por avión al consulado de Estados Unidos más próximo, donde la transcribieron a máquina y la enviaron a su gobierno como informe. También se dedicó a averiguar más acerca de las divisiones internas de Camboya. En las semanas siguientes entrevistó a docenas de refugiados camboyanos que habían huido a Vietnam, incluso a un ex funcionario de los KR, quienes describieron tal brutalidad que, junto con las imágenes que conservaba, Quinn tuvo lo que llama un “momento de iluminación”. Llegó a la conclusión de que, aunque los KR pudieron ser revolucionarios tipo *boy scout* que se portaban bien cuando comenzaron su campaña militar en 1970, en junio de 1973 habían lanzado una cruzada mucho más extrema con miras a organizar en comunas toda la sociedad camboyana de un día para otro. Los KR deportaban a la gente de sus hogares ancestrales a las nuevas comunas, y quemaban las aldeas para poner en operación esta política.

En febrero de 1974 mandó a Washington un informe clasificado de 45 páginas, “El programa de los Khmer Krahom (Rouge) para crear una sociedad comunista en el sur de Camboya”. Escribió: “Los programas de los Khmer Krahom tienen mucho en común con los regímenes totalitarios de la Alemania nazi y la Unión Soviética, en particular en la restructuración psicológica de miembros individuales de la sociedad”. Describió los ataques de los KR a la religión, la autoridad paternalista y monástica, y el uso difundido del terror. “En general, las personas son arrestadas y simplemente nunca más aparecen, o se les envía a prisión por seis meses, donde al fin mueren.” Los “crímenes” que “merecían” este tratamiento eran huir del territorio y cuestionar las políticas de los Khmer Rouge.²¹

Hasta el día de hoy la voz de Quinn todavía tiembla ante la manera

sanguinaria de abordar la transformación social: “Obligaban a todo el mundo a abandonar sus hogares y a construir nuevas comunidades colectivas. Prendían fuego a todas las posesiones de los pobladores para que no tuvieran nada a qué volver. Separaban a los hijos de los padres, degradaban a los monjes, mataban a quienes desobedecían y creaban un modo de vida irrevocable”.

El informe de Quinn se destacó de los de sus colegas del Departamento de Estado porque en esa época los funcionarios gubernamentales estadounidenses rara vez entrevistaban a refugiados. En su lugar confiaban casi por completo en fuentes oficiales, de gobierno a gobierno. Pero Quinn también alentó a sus superiores a que comenzaran a distinguir entre los comunistas de Camboya y los de Vietnam. Éste suministró a los KR armas, asesores militares, combate directo y ayuda logística en el pasado, pero los dos grupos empezaron a reñir. Quinn mandó informes detallados de la purga de civiles vietnamitas de Camboya por parte de los KR, y de su ruptura de las líneas de suministros vietnamitas. El análisis de Quinn era contrario a la idea general de Washington de que los Khmer Rouge eran tan sólo una extensión de los norvietnamitas y los Vietcong. No se prestó atención alguna a los informes de Quinn, quien recuerda su rudo despertar:

Por supuesto que fue desalentador para mí. Era joven y no sabía cómo funcionaba el gobierno. Pensé que escribiría este enorme informe y todo el mundo lo leería, pero no era más que otro pedazo de papel. Cuando volví a Washington aún se analizaba a Camboya del modo antiguo, como si estuviera bajo control de Hanoi. Escuchaban mis aseveraciones, y luego sólo decían: “Sí, pero...”

Pese a que la prensa estadounidense también hablaba cada tanto de diferencias internas entre las distintas “facciones” comunistas, pervivió el mito del comunismo monolítico. La intervención de Estados Unidos en Camboya se justificaba porque las diversas fuerzas comunistas estaban unidas para llevar adelante la revolución. Los rebeldes de los KR ocultaron a su dirigencia en un grueso manto de misterio, de manera que el informe de Quinn no iba a hacer cambiar de parecer a los estadounidenses que suponían que todos los comunistas estaban coligados.

Pero hubo otros que empezaron a distinguir entre los dos vecinos. Elizabeth Becker comenzó a reportear para el *Washington Post* en 1972. Tenía 25 años cuando llegó, y con su corto cabello rubio, silueta menuda e interminable curiosidad, podía pasar por una adolescente. La mayoría de los fervorosos

jóvenes corresponsales se congregaron en Vietnam para ganarse sus fortunas profesionales, pero ella eligió dedicarse a Camboya, el escenario secundario. Se afincó en Phnom Penh como base permanente, y no se alejaba para tomarse minisabáticos o desviarse hacia otras misiones. A diferencia de sus colegas mayores y más establecidos, vivía entre el pueblo camboyano y así estaba mejor ubicada para enterarse de chismes sueltos.

Para cuando llegó a Camboya, sólo quedaban 25 000 soldados estadounidenses en Vietnam, y los corresponsales de las agencias más importantes se disponían a volver a casa. En un comienzo, al igual que sus colegas estadounidenses, Becker definió a los rebeldes en función del régimen al que se oponían (“insurrectos antiLon Nol”) o según la ideología genérica que seguían (“comunistas camboyanos” o “rebeldes comunistas locales”, para distinguirlos de los rebeldes norvietnamitas, quienes se suponía los representaban). Los periodistas usaban referencias taquigráficas que no daban ninguna indicación de los objetivos ni del carácter de la fuerza revolucionaria.

A comienzos de 1974, en la época en que Quinn hacía circular su detallado informe, Elizabeth Becker empezó a notar que los camboyanos de Phnom Penh se alarmaban cada vez más cuando oían sobre los misteriosos rebeldes que arrasaban Camboya. Los KR ya ocupaban 85% del país, y parecía seguro que se apoderarían de lo que quedaba. Becker vio que los conductores de bicitaxis, capitanes de lanchas fluviales y políticos devoraban todos el contenido de un pequeño libro identificable por su tapa, que mostraba a Camboya en la forma de un corazón dividido por el río Mekong. El libro, *Arrepentimientos del alma Khmer* [Regrets of the Khmer Soul], era el diario íntimo de Ith Sarin, ex maestra de escuela de Phnom Penh que viajó por el territorio de los KR durante nueve meses, entre 1972 y 1973, tiempo en el que entrevistó a soldados de los KR y a campesinos. Elizabeth Becker e Ishiyama Koki, un amigo y colega japonés, pagaron por una traducción del diario de Sarin. Ella consideró que era momento de plantear la pregunta que ningún periodista estadounidense se había hecho hasta entonces. Escribió un artículo para el *Post* con el título “¿Quiénes son los Khmer Rouge?” para responder de una manera que pocos compartirían.

El extenso artículo, que el *Post* publicó en una página entera en marzo de 1974, se basaba en fuentes gubernamentales camboyanas y diplomáticas occidentales, así como también en el diario de Ith Sarin. En él, la periodista citó la descripción de Sarin de la disciplina proselitista y la temible severidad de los KR:

“Presté cuidadosa atención a la gran ayuda que los KR le brindaban al pueblo: construían represas, ayudaban en las cosechas, construían viviendas y cavaban carboneras. También vi cómo obligaban a todos a vestir de negro, prohibían la charla trivial y castigaban con severidad cualquier violación de sus órdenes”.²²

También citó a camboyanos que huyeron de zonas de los KR al menguante territorio controlado por el gobierno. Fue el primer artículo que mencionó a Pol Pot, quien aún se conocía por su nombre real de Saloth Sar. Fue el primero en señalar que las relaciones entre los KR y los comunistas de Vietnam no eran cordiales. Y fue el primero en describir su crueldad.

Si Becker describió la vida bajo los KR como espartana, ésta no era salvaje. Y si describió su régimen como clínicamente disciplinado, no los calificó de tendencia criminal. En ciertas partes ella misma parecía atraída por las premisas igualitarias de la organización, que atraían a camboyanos y extranjeros por igual. Cuando el deshonesto gobierno de Lon Nol capturó a mujeres soldados de los KR, dijo, los generales del gobierno estaban espantados por su aplomo. La corresponsal citó a un diplomático: “Se quejaron de la audacia de estas vírgenes que tenían el descaro de mirarle a un hombre directo a los ojos y que no arrastraban los pies sumisas, como mujeres honestas”. No sugería que sería divertida la vida bajo los KR, pero tampoco que fuese imposible.²³

La descripción de Becker resultó demasiado audaz para la mayoría de los observadores estadounidenses de Camboya. Sydney Schanberg, del *New York Times*, la criticó por escribir un artículo sin visitar territorio KR. Puesto que eran los KR quienes denegaban el acceso, ella respondió que no podía ignorar los relatos de horrores tan sólo porque no podía comprobarlos en persona. Le dijo a Schanberg: “Tenemos que publicar lo que podamos descubrir”.

En Estados Unidos fue muy criticada, tanto por la derecha como por la izquierda. Funcionarios del gobierno dijeron que había sido engañada al creer que los KR no eran títeres de los vietnamitas, mientras que los intelectuales izquierdistas le reprocharon creer las advertencias de la CIA respecto de la inminencia de un baño de sangre promovido por los Khmer Rouge.

Mucho más seria que cualquiera de estas críticas, lo fue otra consecuencia de la investigación: su íntimo amigo y colega Ishiyama Koki prosiguió su artículo sobre el diario de Sarin en un intento de ser el primer periodista en visitar el lado KR. Recordó Becker: “Fue notable. El resultado final de mi conocimiento de los KR fue saber que jamás querría conocer a esos tipos más de cerca. El resultado

para Koki fue que quería conocerlos y enterarse de mayores detalles”. Koki desapareció detrás de las líneas de los KR, como también le sucedió a otro de los colegas japoneses de la periodista poco tiempo después.

Durante el resto de 1974 y 1975, el periodismo procuró averiguar algo sobre la dirigencia de los KR, pero Pol Pot y sus asociados principales, Khieu Samphan e Ieng Sary, operaban detrás de las escenas en total aislamiento. Al ser decididamente incognoscibles los KR, su misterio recibía casi tanta atención como las penas que infligieron a los camboyanos. Ni siquiera el gobierno de Lon Nol tenía noción de con quién trataba.

En abril de 1974, cuando Khieu Samphan, de los Khmer Rouge, visitó Nueva York, los informes de Becker hacían hincapié no en lo que decía en las Naciones Unidas, sino si en verdad se trataba de Samphan, de quien se rumoraba que había sido ejecutado por el príncipe Sihanouk. Escribió: “Algunos camboyanos sostienen que es demasiado gordo en las fotos, la voz es demasiado aguda, y pronunció un discurso en francés sólo en Pyongyang, lo que encuentran sospechoso, dado que hizo su doctorado en Economía en París”.²⁴ Los estrictos secretos Khmer Rouge desconcertaban hasta a los más informados observadores de Camboya.

La presencia de Sihanouk a la cabeza de los KR también siguió desorientando a la gente. Según lo planteó un diplomático occidental, “saben que es el ejército de Sihanouk el que está allí, y piensan que una vez que tome el control todo va a convertirse en leche y miel —o arroz y pescado seco, si prefiere— una vez más”.²⁵ En 1974 Sihanouk envió a varios demócratas del Congreso estadounidense una carta en que describía como absurdos los rumores acerca de una inminente masacre Khmer Rouge de Lon Nol y sus seguidores. Sihanouk les aseguró a los legisladores que el frente de los KR no establecería una república socialista al conquistar el poder, “sino un reino al estilo sueco”.²⁶ El suyo era el rostro público de la coalición, pero costaba determinar si ese rostro tenía alguna influencia en el seno del movimiento.

Por preocupantes que fueran los rumores que revoloteaban ante la victoria de los KR, pocos expertos sobre Camboya captaron lo que se avecinaba hasta que fue demasiado tarde.

DESEOS IRREALES

Mientras los extranjeros expresaban sus opiniones acerca de los Khmer Rouge, respetaban —como es propio de los extranjeros— los instintos de sus amigos y colegas locales. Si alguien tenía razón para anticipar brutalidad sistemática, parecía lógico que fueran quienes corrían el peligro más inmediato. Sin embargo, aquéllos en mayor riesgo son muchas veces los menos propensos a reconocer que peligran. El pueblo camboyano estaba asustado de las noticias de atrocidades en la campaña ocupada por los KR, pero se mantuvieron con esperanzas.

François Ponchaud era un jesuita francés que hablaba khmer, y vivía entre los camboyanos. Oyó los escalofriantes rumores locales justo antes de la toma de Phnom Penh por los KR. Los camboyanos decían: “Matan a cualquier soldado que capturan, y también a su familia. Se llevan a la gente a los bosques”. Pero en la lucha mental que tenía lugar en cada camboyano, eran los detalles concretos de una horrorosa, inmediata guerra los que primaban por encima del más abstracto temor a lo desconocido. El costo de la guerra camboyana para los civiles había sido inmenso. Murieron alrededor de un millón de camboyanos.²⁷ Ambos bandos se acostumbraron a no tomar prisioneros en combate, a menos que pensaran torturarlos para extraerles información militar.

El canibalismo se había generalizado, porque se les dijo a los soldados que comer el hígado de enemigos capturados confería las virtudes del vencido. La cosecha de arroz fue destruida. Más de tres millones de camboyanos habían sido desalojados, con lo que la población de la capital aumentó de 600 000 a más de dos millones en 1975. Las carencias cotidianas eran tales que los camboyanos, naturalmente, preferían la idea de los KR a la realidad de Lon Nol. Más aún, la mayoría suponía que los excesos de los KR eran producto de la pasión bélica y no de la ideología o maldad innata. Las más siniestras advertencias acerca del KR se descartaban como propaganda de Lon Nol. Como escribiría luego Ponchaud: “Los khmers eran khmers, pensábamos: los KR jamás llegarían a tales extremos con sus propios compatriotas. La victoria estaba a su alcance: ¿qué ventaja psicológica hay en tomar represalias?”²⁸

Las conversaciones que tenían lugar en Phnom Penh en los meses anteriores a su caída eran del tipo que Lemkin había entablado al recorrer Polonia oriental, Latvia y Lituania como refugiado durante la segunda Guerra Mundial. ¿Por qué habría Hitler de victimizar a gente indefensa? ¿Para qué sustraería recursos del frente oriental a fin de destruirlos? Era porque el exterminio de los judíos incluía su propia victoria, el triunfo por el que estaba seguro de que sería recordado. Del

mismo modo, Pol Pot tendría por puntuales objetivos políticos la erradicación de los asociados con el antiguo régimen, más los intelectuales, los vietnamitas, los cham musulmanes, los monjes budistas y otros “elementos burgueses”. La violencia no era un desafortunado subproducto de la revolución, sino parte indispensable de ella. Pero como tantos otros pueblos perseguidos antes que ellos, los camboyanos se consolaban con la idea de que prevalecería la razón.

Mientras los rebeldes KR convergían sobre la capital, la gente común visualizaba el fin de privaciones, bombas y balas. Una vez que terminara la guerra civil entre Lon Nol y los KR, y se sacudieran la intervención extranjera, decían, sería posible retornar a su herencia pacífica, budista. Puesto que la política era el campo de la elite, la mayoría de los camboyanos supusieron que los políticos se desquitarían con el “circulo traidor” de siete funcionarios superiores del gobierno de Lon Nol, y al resto se le dejaría tranquilo, para retomar al fin su existencia pacífica. My Vo, camboyano de 29 años, dos semanas antes de que Phnom Penh fuera tomada por los KR, decía: “No sé nada de política. No soy más que un hombre común [...] Si gana este bando seré un oficinista; si el otro, un oficinista. Me da lo mismo cuál gane”.²⁹ Lo que les importaba a los camboyanos era que cesara la lucha.

Al no conocer más que guerra durante cinco años, los camboyanos consideraban la promesa de paz de los KR una alternativa atractiva. Los comunistas hablaban de justicia para un pueblo que sólo conocía corrupción. Y ofrecían un futuro más luminoso liberados de los imperialistas, mientras que el gobierno de Lon Nol sólo prometía más de la lúgubre actualidad. Tras ver cómo sus dirigentes se hacían amigos de Estados Unidos, y cómo este país les devolvía sólo bombardeos y la invasión de su tierra, los camboyanos anhelaban libertad de toda interferencia externa.

Los principales diarios estadounidenses reflejaban el espíritu optimista. Una vez que los KR ganaran la guerra, escribió Schanberg, “no harían falta actos de terror fortuitos”.³⁰ Él también calculó racionalmente las necesidades:

Sabíamos que los KR había hecho cosas muy brutales. Muchos periodistas desaparecieron y no volvieron. Pero todos llegamos a la conclusión —no conclusión, sino más bien un deseo irreal— de que cuando los Khmer Rouge entraran en Phnom Penh no tendrían necesidad de ser tan brutales. Habría algunas ejecuciones —de los que estaban en la “Lista de los Siete Traidores”—, pero ahí terminaría. Hablabámos con la gente, con nuestros amigos camboyanos que quieren creer lo mejor. Nadie cree que van a ser masacrados. Es impensable, y nadie debe creer que va a ser así.

Schanberg, Al Rockoff (fotógrafo del *Times*) y el periodista británico Jon Swain eran tan incapaces de imaginar lo que venía que eligieron quedarse en Camboya después de que la embajada estadounidense evacuase a sus ciudadanos. Se quedaron para informar sobre la “transición” a la paz después de la guerra.³¹ La esperanza y la curiosidad eran más fuertes que el temor.

¿BAÑO DE SANGRE?

Es común el escepticismo ante informes alarmantes sobre atrocidades. En general, sin embargo, son los refugiados, periodistas y socorristas quienes denuncian los abusos, y los dirigentes del gobierno de Estados Unidos, quienes se resisten a creerlos. A algunos les faltó imaginación. Otros no quisieron actuar o esperaron postergar la acción y así minimizar los informes o ubicarlos en un “contexto” más amplio, que ayudara a neutralizar su horror. En Camboya una vez más se restó importancia a las advertencias de atrocidades, pero no fueron los funcionarios gubernamentales quienes los desecharon como fantasiosos.

A comienzos de 1975 algunos dirigentes de alto rango del gobierno de Gerald Ford reiteraron las advertencias de que un baño de sangre seguiría a un triunfo de los KR. En marzo de ese año, el mismo presidente Ford predijo una masacre si Phnom Penh caía en manos de los Khmer Rouge.³² Un documento del Consejo Nacional de Seguridad distribuido en el Congreso y entre los medios en el mismo mes, incluso recordaba el holocausto. El memorándum notificaba: “Los comunistas están librando una guerra total contra la población civil de Camboya, con un grado de terror sistemático acaso sin paralelo desde el periodo nazi, claro precedente del baño de sangre y dictadura estalinista que piensan imponer al pueblo camboyano”.³³ El embajador estadounidense en Phnom Penh, Dean, dijo temer “una solución descontrolada e incontrolable” en la que los KR matarían a “ejército, marina, fuerza aérea, gobierno y monjes budistas”.³⁴

Pero pocos confiaron en las advertencias. Los gobiernos de Nixon y Ford gritaron “¡el lobo!” demasiadas veces respecto del sudeste asiático. Además, debido a que los KR eran tan callados, las advertencias de Estados Unidos eran conjeturas por definición, basadas en su mayoría en rumores e informes de segunda mano. Hasta donde las advertencias apocalípticas de los gobiernos estadounidenses eran sinceras, muchos de sus ciudadanos creían que provenían de la paranoia anticomunista del gobierno de Ford, o de su deseo de procurar

respaldo del Congreso para una asistencia de 82 millones de dólares al régimen de Lon Nol. No creían que el gobierno tuviera evidencia tangible de que los comunistas estaban asesinando a su propio pueblo. Luego de Watergate y Vietnam, los estadounidenses dudaban de la existencia de alguna verdad en la política.

El 13 de abril de 1975, la víspera de la caída de Phnom Penh, Schanberg publicó un despacho intitulado “Indochina sin los estadounidenses: para la mayoría, una vida mejor”. Afirmaba: “Cuesta imaginar cómo la vida del camboyano común no puede más que mejorar tras la partida de los estadounidenses”.³⁵

Muchos congresistas estaban de acuerdo. Los legisladores sentían que se les había mentido, y quedaron desengañados tras su anterior credulidad. La advertencia de un baño de sangre no era pretexto para continuar una sangrienta guerra civil. La diputada Bella Abzug (demócrata por Nueva York), quien acababa de volver de Camboya, dijo a la Cámara:

Se sostiene que debemos proveer ayuda militar porque si no habrá un baño de sangre. Una cosa descubrimos: no hay mayor baño de sangre que el que se desarrolla hoy, y sólo se lleva a cabo con nuestra ayuda militar [...] Supongamos que se nos pidiera explicar a 75 000 o 100 000 de esos camboyanos que muy bien podrían morir o quedar mutilados por nuestra ayuda militar en el próximo trimestre [...] y nos preguntasen: “¿Por qué tengo que morir?”, o “¿Por qué tengo que quedar despedazado?” ¿Qué les contestarían?, ¿qué lo hacemos para prevenir un baño de sangre?³⁶

La diputada sugirió que sólo si Estados Unidos cambiaba su política, acaso podría trabajar con los Khmer Rouge y “organizar una transferencia de poder ordenada”.³⁷ El senador George McGovern (demócrata por Dakota del Sur), dirigente del movimiento antibélico, no confiaba en nada de lo que decía el gobierno estadounidense acerca de los comunistas camboyanos. Esperaba que los KR formaran un gobierno “manejado por algunos de los intelectuales más educados y capaces de Camboya”.³⁸ Los editoriales de los diarios más importantes y la oposición en el Congreso compartían la opinión, en palabras de un editorial del *Washington Post*, de que “el baño de sangre esperado es menos siniestro que una continuación de la actual sangría”.³⁹ Los periodistas occidentales en Phnom Penh cantaban con la tonada de *She was Poor but she was Honest*:

Oh, ¿ha de haber un baño de sangre

con los Khmer en el poder?
Sí, ha de haber un baño de sangre
con los Khmer en el poder.

Becker, la joven periodista del *Post* que ofreció una de las primeras descripciones de los Khmer Rouge, se mostraba pesimista. Partió de Camboya antes de la captura de Phnom Penh por los KR, porque no quería estar ahí para lo que sabía que iba a seguir. Aparte de temer lo peor para los camboyanos y sus colegas desaparecidos, percibía la imposibilidad de generar interés exterior por la historia. Ésta era una región cuyos problemas el mundo tenía muchas ganas de hacer a un lado. Predijo que nada podría hacer para cubrir los horrores por venir, y que el mundo exterior no haría nada por detenerlos. Tuvo razón en ambos casos.

RECONOCIMIENTO

Con los ojos vendados

Aunque la mayoría de los extranjeros esperaba lo mejor antes de la caída de Phnom Penh, casi nadie que poseyera pasaportes de países no comunistas se quedó para probar el nuevo régimen. Casi todos los periodistas estadounidenses y europeos se fueron de Phnom Penh antes de abril de 1975. Veintiséis de ellos ya habían desaparecido.⁴⁰ La mayoría de los restantes llegó a compartir la opinión de Elizabeth Becker de que sucedería algo muy desagradable. La embajada de Estados Unidos mantuvo en secreto sus planes de evacuación hasta que los infantes de Marina pudieron asegurar un área para el aterrizaje de helicópteros en las afueras de la ciudad. El 12 de abril, en la operación Eagle Pull [Tirón de Águila], el personal diplomático y la mayoría de los corresponsales estadounidenses partieron en los helicópteros. El presidente Ford dijo haber ordenado la partida con el “corazón perturbado”.

No todas las señales de Phnom Penh eran aciagas. El príncipe Sihanouk, dirigente titular de la coalición KR, mandó señales mixtas todo el tiempo. Por un lado habló confiado de la intención de los KR de establecer un Estado democrático. Por otro, advirtió que él no sería aceptado por los KR: “Me van a escupir como cáscara de cereza”, confesó alguna vez.⁴¹ Pero en el tiempo que siguió al triunfo de los KR, a Sihanouk le interesaba menos profetizar que

vanagloriarse. Se jactó: “Hicimos lo que dijeron que nunca haríamos. Vencimos a los estadounidenses”.⁴² El día siguiente al comienzo de la penosa evacuación de Phnom Penh, corresponsales occidentales desconcertados encabezaron una vez más sus notas con la pregunta que Becker planteó en el *Post* un año antes: “¿Quiénes son los Khmer Rouge?”

Algunos cientos de extranjeros valientes, bobos o desafortunados se quedaron en Phnom Penh. El 17 de abril oyeron las mismas despiadadas órdenes que impulsaron a sus amigos camboyanos a huir. No creían las afirmaciones de los KR de que los B-52 iban a bombardear la ciudad, pero procuraron ofrecer explicaciones racionales al éxodo. Los KR no podían alimentar a la acrecentada población de la capital, y la dispersión a la campiña colocaría a la gente más cerca de las fuentes de alimentos. La reubicación facilitaría a los KR distinguir a los aliados del viejo régimen de los camboyanos comunes. O acaso los dirigentes de los KR querían elegir sin trabas casas en la capital. Todo el mundo supuso que la evacuación sería temporal: seguramente los camboyanos volverían a sus hogares una vez que el nuevo gobierno comunista se sintiera seguro.

Impedidos de movilizarse por la ciudad, los extranjeros que quedaban se resguardaron en la embajada francesa, en espera del permiso de los KR para partir.⁴³ La mejor información acerca de la naturaleza del nuevo régimen KR provino de las impresiones que estos periodistas, asistentes humanitarios y diplomáticos obtuvieron antes de ser confinados en la embajada. La mayoría había visto a los temibles cuadros de los KR sacando a aterrorizados camboyanos de la ciudad, pero no presenciaron matanzas. “No se cometieron masacres en nuestra presencia”, recuerda Schanberg, quien casi fue ejecutado, junto con sus colegas Rockoff y Swain, por husmear en un hospital el día de la victoria Khmer Rouge. “Decididamente vimos a estos personajes de otro planeta. Uno tenía la impresión de que si uno hacía algo que no les gustara lo matarían. Pero no tuvimos conciencia de lo que estaba por venir.”

El 6 de mayo, una última caravana de camiones que transportaba a Schanberg y los últimos testigos del régimen KR dejaron Camboya. Los evacuados miraban a hurtadillas, con los ojos vendados durante el viaje, intensamente caluroso. Los KR habían estado en el poder apenas tres semanas, pero ya dejaban atisbar las señales de lo que después interpretaríamos como los comienzos de un genocidio. Todas las principales ciudades de Camboya fueron evacuadas. Los arrozales también estaban desiertos. Se apilaban los restos de autos quemados. A los

monjes, con sus vestimentas anaranjadas, los habían puesto a labrar los campos. Había cadáveres en descomposición en los bordes de los caminos, de fusilados o muertos a golpes. Aquí y allá se veían soldados de los Khmer Rouge con las cabezas inclinadas en sus “sesiones de pensamiento” matutinas.⁴⁴ La impresión más importante que recogía quien atravesaba un paisaje lleno de vida unas semanas atrás era que el pueblo camboyano había desaparecido.

Una vez que salió el último convoy de extranjeros, los periodistas publicaron crudos artículos de primera plana. Reconocieron que la situación era mucho más grave de lo que imaginaron. En un artículo de primera plana del *New York Times* Schanberg escribió: “Todos —camboyanos y extranjeros por igual— anticipamos con esperanzado alivio la caída de la ciudad [...] *Todos nos equivocamos* [...] Esa visión del futuro de Camboya —como un lugar tal vez flexible, incluso bajo el comunismo, donde los cambios no serían extremos y a la gente común se le dejaría en paz— resultó un mito”.⁴⁵ Schanberg citó incluso a un funcionario occidental, a quien no identificó, que observó el despiadado éxodo y exclamó: “¡Están locos! Esto es genocidio puro y simple. Van a matar más gente de esta manera que si se hubiera luchado cuerpo a cuerpo en la ciudad”.⁴⁶ El mismo día, el *Washington Post* publicó una crónica de la evacuación que mencionaba temores de “un genocidio por selección natural” en el que “sólo los más fuertes sobrevivirán a la marcha”.⁴⁷

Aunque Schanberg y otros estaban evidentemente obsesionados por su última experiencia escalofriante en Camboya, aún creían que la política estadounidense no acertaba respecto de casi nada. En el mismo artículo en que Schanberg reconoció que había subestimado la represión de los KR, notó que faltaban las predicciones oficiales estadounidenses. El gobierno de Estados Unidos había dicho que los Khmer Rouge estaban mal entrenados, dijo, pero los periodistas habían encontrado una fuerza bien disciplinada, saludable, organizada. Los servicios de inteligencia habían pronosticado una matanza de “hasta 20 000 altos funcionarios e intelectuales”. Pero la limitada experiencia de Schanberg con el KR lo convenció de que no ocurriría violencia en esa escala:

Hay informes no confirmados de ejecuciones de altos oficiales militares y civiles, y nadie que haya presenciado la toma de poder duda que las personalidades más importantes del antiguo régimen serán o han sido castigados y tal vez muertos, o que un elevado número de personas morirá de los sufrimientos durante la marcha hacia la campiña. Pero nada de esto parecerá asemejarse a las ejecuciones en masa que predijeron los occidentales.⁴⁸

Una vez que partieron los periodistas, las últimas fuentes de información independientes quedaron fuera de operación. Nueve países comunistas amistosos conservaron embajadas en Phnom Penh, pero incluso este personal estaba restringido a una calle de alrededor de 100 metros de largo, y acompañado en todo momento por “supervisores” oficiales de los KR.⁴⁹ Durante los tres años y medio siguientes, el público estadounidense se haría una imagen de la vida detrás de la cortina khmer con base en comunicados públicos de los KR, escasos; de la radio camboyana, propaganda; de informes de refugiados, dudosos; y de los servicios de Inteligencia occidentales, escasos y cuestionables.

INTELIGENCIA OFICIAL DE ESTADOS UNIDOS, ESCEPTICISMO EXTRAOFICIAL

Cuando los Khmer Rouge tomaron inicialmente el poder, los funcionarios estadounidenses revelaron mucho de lo que sabían. El gobierno de Ford condenó los violentos abusos, y recordaba al público que sus tempranas predicciones de un baño de sangre se estaban confirmando en los hechos. El día después de la caída de Phnom Penh, Kissinger manifestó al Congreso que los KR “intentarían eliminar a todo opositor potencial”.⁵⁰ A principios de mayo de 1975 el presidente Ford anunció que tenía “información fidedigna”, incluso de la radio camboyana, de que 80 o 90 funcionarios camboyanos habían sido ejecutados junto con sus esposas.⁵¹ Dijo a la revista *Time*: “También mataron a las esposas. Dijeron que las mujeres eran iguales a sus maridos. Es algo horrible tener que comunicarles esto, pero estamos seguros de que nuestras fuentes son exactas”. *Newsweek* citó a un funcionario que dijo que “miles ya habían sido ejecutados” y dio a entender que la cifra podía elevarse a “decenas de miles de camboyanos leales al régimen de Lon Nol”.

Con mensajes de los KR interceptados en mano, los funcionarios estadounidenses insistían con firmeza en la veracidad de su información. Un analista de información declaró a *Newsweek*: “No hablo de informes de tercera mano. Les estoy contando lo que dicen los mismos camboyanos en sus propias comunicaciones”.⁵²

Los columnistas Jack Anderson y Les Whitten, quienes periódicamente publicarían informes de atrocidades a lo largo de los años siguientes, publicaron en el *Washington Post* traducciones clandestinas de transmisiones radiofónicas secretas de los KR: “Eliminen a todos los oficiales militares y funcionarios de

gobierno de alto rango. Háganlo en secreto. También apresen a funcionarios provinciales que tengan una deuda de sangre con el Partido Comunista”.

Otra unidad KR, al transmitir órdenes del alto comando comunista, reclamaba la “ejecución de todo oficial militar de teniente a coronel, junto con sus esposas e hijos”.⁵³ En una conferencia de prensa del 13 de mayo, Kissinger acusó a los KR de “una atrocidad de proporciones mayores”.⁵⁴ El presidente Ford citó de nuevo “evidencia inequívoca del baño de sangre que está teniendo lugar”.⁵⁵

Pero el gobierno gozaba de escasa credibilidad. Kissinger había ensangrentado Camboya y ennegrecido su propia reputación con la pasada política estadounidense. De la misma manera que los críticos interpretaron las anteriores predicciones del gobierno de Ford respecto a un baño de sangre como mal disimulados pretextos para suministrar fondos al corrupto régimen de Lon Nol, ahora muchos suponían que las historias de horror querían servir de justificación para las invasiones estadounidenses de Camboya y Vietnam. Los acontecimientos en otras partes del sudeste asiático confirmaban la falta de confiabilidad de las fuentes del gobierno de Estados Unidos, que también habían advertido que la caída de Saigón resultaría en una matanza, pero cuando la ciudad fue tomada el 30 de abril de 1975, el traspaso fue mucho más tranquilo de lo que se esperaba. El público estadounidense había aprendido a descartar lo que consideraba rumores oficiales y propaganda anticomunista. Habría que esperar dos años más antes de que la mayoría reconociera que esta vez los relatos eran verídicos.

El gobierno de Estados Unidos también perdió fuentes confiables dentro de Camboya. Uno de los efectos colaterales de cerrar embajadas en tiempos de crisis es que se anula la capacidad de recopilar información. Camboya estaba especialmente aislada porque también al periodismo se le vedó la entrada. Debido a que quienes cometen genocidio se cuidan de negar el acceso a observadores al escenario de sus fechorías, los periodistas deben recurrir a los testigos oculares o refugiados que logran escapar. Los periodistas, entrenados para verificar sus relatos visitando los lugares de los hechos o mediante diversas fuentes, tienden en principio a poner reservas para publicar los informes de testigos oculares. En caso de publicarlos, es costumbre rodearlos de advertencias e impugnaciones: en casi toda condena o información que apareció en la prensa sobre Camboya entre 1975 y 1976, los periodistas recordaban al lector que contaban sólo con “informes no

confirmados”, “relatos no verificados” o “información muy fragmentaria”. Esta precaución es legítima, pero al igual que con el genocidio armenio o el holocausto, restó claridad y atemperó el convencimiento. A los que tendían a mirar para otro lado, les daba mayor ocasión de hacerlo. Los lectores opinaban: “Sencillamente no conocemos toda la verdad. Mientras sea así, no podemos llegar a conclusiones sensatas”. Sin embargo, al esperar la historia completa, políticos, periodistas y ciudadanos garantizaban no involucrarse emocionalmente hasta que fuera demasiado tarde.

Si esta inaccesibilidad es una característica de casi todo genocidio, el caso de Camboya fue quizás el más extremo. Los Khmer Rouge llevaron adelante el régimen más encubierto quizá del siglo xx. Sellaron el país por completo. “Sólo con sigilo”, dijo un oficial superior de los KR, pudo la organización “ganar la victoria a un enemigo que no logra descubrir quién es quién”.⁵⁶ Cuando Pol Pot fue conocido formalmente como el líder de los KR en septiembre de 1977, el periodismo conjeturaba acerca de su identidad. “Algunos dicen que es un ex obrero de una plantación de caucho francesa, de origen vietnamita.” La agencia AFP opinó: “Otros dicen que es en realidad Nuong Suon, ex periodista de un diario comunista arrestado por el príncipe Norodom Sihanouk en los años cincuenta”.⁵⁷ Cuando se dio a conocer la foto de Pol Pot por medio de una agencia china, los analistas notaron un “marcado parecido” con Saloth Sar, el ex secretario general del Partido Comunista. El parecido por supuesto no era coincidencia.⁵⁸

Los KR tenían voz. Arengaban a sus cuadros por la radio: “El enemigo debe ser vencido por completo”, “Lo infectado debe extirparse”, “Lo que es demasiado largo debe acortarse y asumir la longitud correcta”.⁵⁹ Las transmisiones las traducía diariamente el Servicio de Información de Transmisiones Extranjeras de Estados Unidos, pero se trataba de eufemismos de las entusiastas declaraciones de los KR respecto de la “jubilosa” siembra de arroz de la época lluviosa, el fin de la corrupción y la campaña en todo el país para reparar el daño causado por los bombardeos estadounidenses.

En Estados Unidos, el típico descuido editorial de un país sin importancia vital para la nación se multiplicaba exponencialmente con la “fatiga del sudeste asiático” que se diseminaba en las redacciones como consecuencia de Vietnam. Se redujo la horda de periodistas estadounidenses que convergieron en la región durante la presencia de tropas estadounidenses allí. Sólo los tres diarios

principales de Estados Unidos —el *New York Times*, el *Washington Post* y *Los Angeles Times*— mantuvieron corresponsales en Bangkok, Tailandia, cuya tarea también se extendía a la cobertura de Vietnam, Laos y Camboya (conocidos como VLC, o “very lost causes”, causas muy desesperanzadas).

Ni bien regresaron a Estados Unidos las tropas, menguó el apetito del público por noticias de esa región. Los periodistas que sí escribían tendían a enfocar el tema de los vietnamitas que huían en botes, y la suerte de los prisioneros de guerra y otros que se quedaron allí. Al ser responsables de áreas tan extensas, vacilaban en viajar con frecuencia a la frontera de Tailandia con Camboya para oír historias de terror de segunda mano.⁶⁰

Los que sí viajaron vieron que muchos refugiados camboyanos habían padecido terribles sufrimientos, hambre y represión, pero pocos habían presenciado masacres. Al poco tiempo de tomar la capital, los KR habían erigido rápidamente una improvisada barrera de alambre de púas para impedir el cruce a Aranyaprathet, Tailandia, con minas a lo largo de la frontera. Los camboyanos con las historias más espantosas estaban, por definición, muertos, o todavía atrapados en el país. Los funcionarios estadounidenses estimaron que sólo uno de cada cinco que intentaban llegar a Tailandia sobrevivía.

La merma en la cobertura periodística estadounidense de Camboya fue drástica. Durante la guerra civil camboyana, de 1970 a 1975, mientras Estados Unidos participaba activamente en el sudeste asiático, el *Washington Post* y el *New York Times* publicaron más de 700 notas sobre Camboya por año. Sólo en abril de 1975, cuando los KR se aproximaban a Phnom Penh, entre los dos diarios se publicaron 272 relatos sobre el país. Pero en diciembre de 1975, después de la partida de los extranjeros, esa cifra descendió a ocho notas en total.⁶¹ En todo 1976, cuando los Khmer Rouge estaban en pleno proceso de aniquilar a su población, los dos diarios editaron 126 artículos; en 1977, 118.⁶² Y estas cifras exageran la importancia de la atención estadounidense a la suerte de los camboyanos. La mayoría de las notas de este periodo eran breves, aparecían al final de la sección de noticias internacionales y se ocupaban más de las ramificaciones del comunismo camboyano que del padecimiento de los camboyanos.

Sólo dos o tres artículos *al año* se fijaban en la situación de los derechos humanos bajo los Khmer Rouge.⁶³ En julio de 1975, el *Times* publicó un vigoroso editorial que preguntaba “qué, si acaso”, podía hacer el mundo exterior

“para modificar las políticas genocidas” y “la bárbara crueldad” de los KR. El editorial sostenía que los funcionarios estadounidenses, que con justicia criticaron a Lon Nol, ahora tenían “una especial obligación de hacerse oír”, pues “el silencio sin duda no conmoverá” a Pol Pot.⁶⁴ Pero el mismo editorial que instaba a Estados Unidos a romper el silencio no habló de nuevo del asunto por tres años más.

Camboya recibió todavía menos cobertura televisiva. Entre abril y junio de 1975, cuando se podía esperar considerable interés por el asunto, las tres redes principales combinadas le asignaron a Camboya sólo dos minutos y medio al aire. Durante los tres años y medio del régimen de los Khmer Rouge, la televisión dedicó menos de 60 minutos a Camboya, un promedio de menos de 30 segundos por mes por red. La cadena ABC transmitió una nota sobre derechos humanos en Camboya en 1976, y no volvió al tema por dos años.⁶⁵

Los directores de diarios y productores sencillamente no tenían interés, y a falta de fotografías, imágenes de video y narraciones personales que captaran el interés de lectores o televidentes, o manifestaciones públicas en Estados Unidos en protesta por las atrocidades, era improbable que llegaran a interesarse. Por supuesto, el público difícilmente se espantaría si los horrores no se daban a conocer.

NEGACIÓN ADMISIBLE: “PROPAGANDA, MIEDO A LA PROPAGANDA Y LA EXCUSA DE LA PROPAGANDA”

Parte de la culpabilidad que los estadounidenses pudieron experimentar por ignorar el terror detrás de las líneas de los KR se vio aliviada por un estridente grupo de escépticos que cuestionaba la autenticidad de los refugiados. Dudaban por muchos de los motivos habituales. Se aferraban a los escasos comunicados públicos de los funcionarios de alto rango de los KR, quienes constantemente negaban un baño de sangre y confirmaban las esperanzas de los observadores de que sólo la elite del régimen anterior tenía algo que temer. Ieng Sary, viceprimer ministro a cargo de asuntos externos en noviembre de 1975, mientras visitaba Bangkok, afirmó: “No deberían creer a los refugiados que llegaron a Tailandia, porque esta gente ha cometido crímenes”. Instó a los refugiados en Tailandia a que retornaran a Camboya, donde serían bienvenidos.⁶⁶ En septiembre de 1977 Pol Pot dijo en Phnom Penh que “sólo el menor número posible” de “uno o dos

por ciento” de los camboyanos que se opusieron a la revolución había sido “erradicado”. Conceder algunas matanzas le otorgaba mayor credibilidad a los KR que si negaban las atrocidades por completo, y muchos observadores resultaron engañados por estas concesiones.⁶⁷

Otro factor que menoscababa el entendimiento de la maldad del régimen era que muchos camboyanos morían de hambre y desnutrición, que los extranjeros asociaban con fuerzas económicas y climáticas “naturales”. Esto tal vez contribuyó a oscurecer las causas humanas del desastre. Además, se presumía que los refugiados que contaban historias de horrores estaban afiliados al antiguo régimen, y a los trabajadores de ayuda humanitaria en Tailandia se les suponía políticamente motivados, pues muchos recibían financiamiento de la Agencia de Desarrollo Internacional (AID) estadounidense, o se les consideraba anticomunistas.⁶⁸

Los dirigentes de la izquierda estadounidense, grupo que en otras circunstancias sería el más propenso a avergonzar al gobierno estadounidense para que al menos denunciara a los KR, ridiculizaron los primeros relatos de atrocidades como “mitomanía” conservadora. Atacaron el debate sobre el hipotético baño de sangre previo a la victoria del KR con más ferocidad todavía.

Los directores del antibelicista Indochina Resource Centre (Centro Indochino de Recursos), George Hildebrand y Gareth Porter, publicaron un estudio en septiembre de 1975 en que desafiaban las versiones de que la evacuación de Phnom Penh había sido una “atrocidad” causante de hambruna. Más bien, dijeron, era una respuesta a las “necesidades urgentes y fundamentales, efectuada sólo después de una planificación cuidadosa para la provisión de alimento, agua, descanso y cuidados médicos”.⁶⁹

Al año siguiente publicaron el muy leído *Cambodia: Starvation and Revolution* [Camboya: hambre y revolución]. Sin haber viajado jamás al país, rechazaban informes de atrocidades. Las evacuaciones de las ciudades —sostenían— mejorarían el bienestar de los camboyanos, cuyo nivel de vida había sido devastado durante la época de Nixon. Estaban convencidos de que los medios de comunicación europeos y estadounidenses, los gobiernos y los anticomunistas estaban de acuerdo para exagerar los pecados de los KR como propaganda de la Guerra Fría. Este informe llegó a numerosas personas del Departamento de Estado, y tuvo el respaldo de Noam Chomsky y Edward Herman, quienes, en un artículo en *Nation*, “Distortions at Fourth Hand”

[Distorsiones de cuarta mano], elogiaron a Hildebrand y Porter. Como sugiere el título, Chomsky y Herman criticaron a los periodistas por sus fuentes de tercera y cuarta mano.⁷⁰

Las motivaciones de los escépticos eran variadas. Algunos izquierdistas estaban tan contentos de ver que una banda de revolucionarios comunistas igualitarios tomara el control de un Estado más del sudeste asiático, que le prestaban poca atención a las historias de terror. Pero muchos, que se preocupaban por el bienestar de los camboyanos, sentían alivio de que el abusivo y corrupto Lon Nol había sido depuesto. La mayoría aprendió a dudar de toda aseveración que proviniera de una fuente gubernamental estadounidense. Pero, sobre todo, al margen de la política y la historia reciente, poseían una incapacidad natural, humana, de aplicar su imaginación a lo que los refugiados les solicitaban.

Dentro de la siguiente década y media, organizaciones de derechos humanos recopilaron testimonios de refugiados y avergonzaron a gobiernos que cometieron abusos, así como a los gobiernos extranjeros que los ignoraron. En la época del genocidio camboyano, empero, Amnistía Internacional, la mayor organización de derechos humanos del mundo, aún no podía responder con eficacia a todos los requerimientos que recibía. Fundada en 1961 con un presupuesto de 19 000 dólares, había aumentado sus gastos anuales a alrededor de 600 000. En su calidad de organización para la liberación de prisioneros políticos de las cárceles por medio de una actividad epistolar, a partir de los años setenta tendió a concentrarse en un pequeño número de víctimas específicas de quienes se conocía el nombre; nunca antes había respondido a matanzas sistemáticas en gran escala como la que se decía ocurría en Camboya. La organización no despachó monitores a la frontera entre Tailandia y Camboya, sino que se atuvo sobre todo a los tanteos de la prensa.

En septiembre de 1975 un informe de Amnistía sostuvo que “era imposible demostrar los alegatos de ejecuciones masivas”. Su departamento de investigación notó que varios de ellos se basaban en “evidencia magra y relatos de segunda mano”.⁷¹ Al año siguiente, el informe anual de la organización le dedicó poco más de una página a Camboya. Habló de “alegatos de ejecuciones en gran escala”, pero agregaba que “pocos refugiados parecen haberlas presenciado”.⁷²

Un documento de política interna enviado en marzo de 1977 de la oficina

central de Amnistía en Londres a las sucursales en el país explicaba la cautela de la organización. Desconfiaba tanto de “opiniones conservadoras” como del testimonio de refugiados. “Las historias de refugiados deben examinarse con cuidado, debido a la posibilidad de que sean tendenciosas, y porque a menudo brindan información fragmentaria y son proclives a generalizar”, decía el documento.⁷³ Sobra decir que los muertos no vivieron para contarlo, y los sobrevivientes, los refugiados, sólo podían describir los abusos que sufrieron ellos, que a menudo eran crímenes “menores”, o que presenciaron pero no podían probar.

Incluso cuando tenían a mano pruebas fehacientes, los funcionarios de Amnistía operaban como las comisiones de las Naciones Unidas para la supervisión de los derechos humanos: procuraban evitar avergonzar públicamente y se dirigían en forma directa a los gobiernos. El informe de sus políticas de 1977 describe sus tácticas: “En vista de la atención internacional existente, y de los aspectos polémicos en el debate público acerca de Camboya”, sería más prudente establecer contacto privado con los KR que avergonzarlos públicamente.⁷⁴ Cada año, la organización mandaba cartas al régimen solicitando mayor información sobre relatos específicos de tortura y desapariciones. Al no responder el régimen de Pol Pot, Amnistía incluía una queja ritual sobre su falta de respuesta en el informe anual del año siguiente. Fue sólo en 1978, tres años después del comienzo de la campaña de matanzas y hambre, cuando la organización aceptó por fin los informes de los refugiados y buscó formas públicas de avergonzar al régimen.

Otros escépticos se concentraban en la imposibilidad de resolver discrepancias acerca del número de camboyanos eliminados. Insistían, con toda justicia, que las estimaciones de muertos y heridos eran arbitrarias. Ben Kiernan, un joven historiador australiano que luego fue prominente crítico de los Khmer Rouge, objetó la falta de “pruebas que demuestren siquiera de cerca los números mencionados”, y agregó que “se tomaron al aire enormes cifras para el número de víctimas”.⁷⁵ Hubo periodistas que se sumaron al debate sobre los números al notar cambios en las estimaciones, en algunos casos con complacencia. En el *Washington Post*, Lewis Simons observó en 1977 que los cálculos del número de muertes habían decrecido drásticamente. En cierto momento, escribió, “era habitual decir que entre 800 000 y 1 400 000 camboyanos habían sido ejecutados por sus vengativos gobernantes comunistas”, pero de repente los

observadores occidentales empezaron a “hablar de varios cientos de miles de muertes por todas las causas”.⁷⁶

Es cierto que los observadores de los Khmer Rouge de 1975 a 1979 copiaban cifras y anécdotas de un informe al siguiente; y que estas cifras muchas veces no estaban confirmadas, pero también que las circunstancias hacían que no se pudieran confirmar. Debido a que Camboya era inaccesible, los analistas sólo podían calcular la escala de la violencia, y esas estimaciones tendían a variar mucho.

Con semejante confusión respecto de la naturaleza precisa del reinado de los KR, la apatía se justificaba por lo que el periodista William Shawcross después denominó “propaganda, miedo a la propaganda y la excusa de la propaganda”.⁷⁷

Quienes creían en los refugiados sostenían que la similitud de sus relatos revelaban un patrón de abusos en Camboya. No obstante, para quienes deseaban cambiar de tema o no estaban seguros de la utilidad del tema Camboya, esta misma similitud probaba algún tipo de plagio.

“ESTO NO ES 1942”

Muchos se convencían una vez que hablaban con los traumatizados refugiados. Charles Twining era un funcionario del servicio exterior de 33 años que había servido en Vietnam y —para confusión de sus colegas del Departamento de Estado— pasó 1974 diligentemente aprendiendo el idioma khmer. En junio de 1975 fue destinado a la embajada estadounidense en Bangkok, y a la semana de su llegada su nueva habilidad lingüística demostró ser más que útil. Fue a la frontera entre Tailandia y Camboya a entrevistar a los agotados, demacrados y aterrorizados refugiados que llegaban. Al comienzo no podía creer las historias que le contaban. “Los relatos únicamente se podrían describir como increíbles. Me decía una y otra vez: ‘No puede ser que estas cosas estén sucediendo hoy en día. Esto no es 1942. Es 1975’. De verdad supuse que esos días y esos actos se habían terminado”.⁷⁸

Después de su primer viaje, Twining ni siquiera escribió un informe porque encontraba inverosímiles los recuerdos de los refugiados, y temía que se rieran de él en Washington. Pero cada vez que hacía el viaje de cuatro horas a la frontera, le costaba más trabajo negar las atrocidades. Los camboyanos oyeron los gritos de hambre de sus hijos. Vieron que los KR usaban bolsas de plástico

para sofocar a monjes budistas. Vieron asesinar a sus seres queridos por guerreros adolescentes, mecánicamente, con un golpe de azada en la nuca.

Twining señaló una pequeña lata de leche y pidió a los refugiados que le indicaran la cantidad de arroz que los Khmer Rouge les daban diario. Dijeron que el arroz que recibían llenaba la mitad de este envase del tamaño de la palma de la mano. Cuando Twining observó que no se podía sobrevivir con semejantes raciones, asintieron, pero le explicaron que cualquiera que se quejara era llevado a lo que el KR llamaba *Angkar Loeu*. *Angkar* era la “organización en las alturas”, sin nombre, sin rostro, que se jactaba de no equivocarse jamás y de tener “tantos ojos como una mosca”.⁷⁹

Al principio, la mayoría de los camboyanos creía que a los que desaparecían los llevaban a *Angkar* para reeducarlos o darles entrenamiento o estudio adicional. A pesar de la agonía de la vida diaria y de los rumores de la muerte diaria, de nuevo esperaban lo mejor. Muchas veces se sabía la verdad sólo cuando tropezaban con alguna enorme pila de huesos en el bosque. Después de encontrar estos testimonios de la maldad, la mayoría aceptaba que un llamado al *Angkar* significaba muerte segura, una idea que bastaba para que sólo algunos se arriesgaran a fugarse.

Una refugiada, Seath K. Teng, tenía sólo cuatro años cuando fue separada de su familia. Recordó luego el feroz dolor del hambre cuando los KR obligaron a cuatro niños a compartir un cuenco de atole de arroz. “Quien comía más rápido, comía más”, recordó.

Trabajábamos siete días a la semana sin descanso. La única vez que podíamos dejar el trabajo era para ver cómo se mataba a alguien, que nos servía de ejemplo [...] En medio del lugar había una mujer con las manos atadas detrás. Estaba embarazada y tenía panza. Delante de ella había un niño de unos seis años que sostenía un hacha. Con su voz aguda gritó que miráramos lo que iba a hacer. Dijo que si no mirábamos íbamos a ser los próximos en morir. Creo que debemos haber mirado todos, porque la única que murió ese día fue la mujer. El chico era como un demonio del infierno. Tenía los ojos rojos y no parecía humano en absoluto. Usó el dorso del hacha para golpear con fuerza el cuerpo de la mujer hasta que ésta cayó al suelo. Siguió pegándole hasta que se cansó demasiado para continuar.⁸⁰

Para agosto de 1975, Twining había oído ya suficientes de estos cuentos y comenzó a creerlos:

Recuerdo una ocasión en que estaba en un lugar de Tailandia llamado Chantha Buri, una provincia que bordea la ciudad camboyana de Pailín. Estaba sentado en una casita oscura en la frontera, y de

repente veinte o treinta camboyanos aparecieron como fantasmas del bosque. Me contaron historias de tal sufrimiento y horror que me conmovieron. Después alguien me dijo: “Sólo ensayaban su estilo para contar”. Pero estos camboyanos llegaban de un viaje de semanas. Estaban delgados, quemados por el sol. Habían usado la misma ropa durante días. Olían fuerte, eso se los aseguro. Lo único que sabía era que eran genuinos. Genuinos. Desde ese momento, creí...

Después de convertirse en “creyente” por el olor de los desesperados sobrevivientes, Twining filtró todo testimonio futuro por el prisma del holocausto. Recuerda: “Mi mente quería, necesitaba una forma de encuadrar esta cosa, y el holocausto era lo más parecido que tenía a mano. Esto me sonaba a exterminio: se destruye a toda una clase de personas: cualquiera con anteojos, con educación secundaria, o por ser budista. Quiero decir que la asociación era natural”. Aunque había similitudes entre los nazis y los KR, él y otros en la frontera poco a poco reunieron elementos para entender las características de la brutalidad KR. Aprendían que en la nueva Camboya la libertad era indeseable, el desacuerdo, intolerable; y la alegría, invisible. Todas las facetas de la vida habían sido dispuestas por Angkar, quien hacía las reglas. Para fines de 1975, los que alguna vez supieron lo suficiente para temer, pero esperaron lo suficiente para negarlo, aceptaban los lineamientos del infierno que cayó sobre Camboya.

Contaban los refugiados:

- Los ciudadanos no podían moverse. Se necesitaban pases hasta para cruzar la ciudad. Las ciudades se evacuaban a punta de fusil.
- No podían alimentarse. En la mayoría de las zonas, el Estado proveía una lata de arroz o menos por día.
- No podían aprender lo que eligieran. Sólo se permitían textos de los Khmer Rouge. Las bibliotecas fueron destruidas. Y hablar idiomas extranjeros indicaba “contaminación”, y a muchos que se atrevieron a hacerlo les valió la pena de muerte.
- No podían recordar. Los recuerdos de la vida pasada estaban prohibidos. Las familias eran desmembradas. Los niños eran “reeducados” y se les inducía a que denunciaran si un padre intentaba enmascarar su pasado “burgués”. “Camboya”, término colonial, se reemplazó con “Kampuchea Democrática”.
- No podían cortejar. Sólo Angkar podía autorizar relaciones sexuales. Las uniones de parejas se anunciaban en las asambleas comunales.
- No estaba permitido orar. Se saquearon capillas y templos. A los

musulmanes devotos a menudo se les obligaba a comer cerdo. Se denigraba a los monjes budistas, y sus templos se convertían en silos.

- No se permitía la propiedad privada. Se abolieron el dinero y la propiedad. Volaron el banco nacional. Llevaron radios, teléfonos, televisores, autos y libros a la plaza central y los quemaron.

- Y no tenían manera de contactarse con el mundo externo. Las embajadas se clausuraron; teléfono, telégrafo y correo se suspendieron.

El trabajo gozaba de un aprecio extremo. Los camboyanos eran enviados al campo, donde el día normal consistía en plantar de las 4:00 hasta las 10:00, de las 13:00 a las 17:00, y de nuevo de las 19:00 a las 22:00. Los cuadros comunistas transportaban las cosechas anuales a depósitos centrales, pero no distribuían los frutos de la cosecha a quienes las habían segado. La salud era superflua para el proyecto nacional, de manera que el hambre y la enfermedad muy pronto se apoderaron del país. Al tomar el poder, los Khmer Rouge terminaron con casi todo comercio exterior y rechazaron ofertas de ayuda humanitaria.

Los “enemigos” eran eliminados. Pol Pot veía dos grupos de enemigos: los externos y los internos. Los primeros se oponían al socialismo al estilo KR; incluían “imperialistas” y “fascistas” como Estados Unidos, además de “revisionistas” y “hegemonistas”, como la Unión Soviética y Vietnam. Los enemigos internos eran todos los que se consideraba desleales.⁸¹ En sus primeras épocas, los Khmer Rouge instruyeron a todos los oficiales militares y civiles a presentarse en lugares centrales para asesinarlos sin excepción.

Otro niño, Savuth Penn, que tenía 11 años cuando se dispuso la evacuación, recordó:

Enviaron a mi padre y al resto de los oficiales militares a una remota zona al noroeste de la ciudad [...] Ahí los ejecutaron en masa, sin vendarles los ojos, con ametralladoras, rifles y granadas [...] Mi padre quedó enterrado debajo de todos los cadáveres. Por fortuna sólo recibió un balazo en el brazo, y los dos restantes le dieron en el cráneo. Los que se le clavaron en el cráneo perdieron impulso al pasar por los otros cuerpos. Se quedó inmóvil debajo de los demás cuerpos hasta que oscureció, y caminó hasta su pueblo durante la noche [...] Los Khmer Rouge amenazaron con ejecutar a toda la familia de quien albergara a un enemigo. Los parientes de mi padre estaban muy preocupados. Trataron de encontrar una solución para mi familia. Se habló de envenenar a mi padre, de esconderlo en un sótano o de darnos una carreta con un buey para tratar de llegar a Tailandia [...] El

cuñado de mi padre optó por la solución final: informó a los soldados de los Khmer Rouge dónde estaba mi padre [...] Un par de soldados con linternas se treparon y lo encontraron escondido en un rincón de nuestra cabaña [...] Los soldados lo pusieron en medio del arrozal, lo alumbraron con las linternas y lo fusilaron.⁸²

Ésta era la clase de matanza que anticiparon los periodistas y funcionarios de la embajada de Estados Unidos: venganza política contra quienes los Khmer Rouge tenían por traidores. Lo que no se esperaba era el modo concienzudo en que el régimen se volvió contra los de raza vietnamita o china, los cham musulmanes y los monjes budistas, al agruparlos a todos como traidores. La xenofobia no era algo nuevo en Camboya: los vietnamitas, chinos y los cham (no khmer) sufrían discriminación desde hacía mucho. Pero fue Pol Pot quien se dispuso a destruir por completo a estos grupos.

Los monjes budistas eran un blanco inesperado, pues el budismo era la religión estatal oficial y el “alma” de Camboya. Sin embargo, los KR lo tildaron de “reaccionario”. Los revolucionarios prohibieron toda práctica religiosa, quemaron las bibliotecas de los monjes y destruyeron templos, algunos de los cuales los convirtieron en prisiones y en lugares de ejecución. Los monjes que se rehusaban a abandonar los hábitos eran ejecutados.

Más absurdo todavía por su alcance, como descubrió Twining en la frontera, fue la eliminación de “enemigos de clase”, lo que significaba todo “intelectual”, es decir todo el que había aprobado séptimo grado. Paranoide incluso acerca de la lealtad de los radicales más devotos, los KR comenzaron también a perseguir a sus propios partidarios, y mataba a cualquiera del que se sospechara deslealtad, aunque fuera sólo momentánea. Por la miseria en que vivían los camboyanos en esta época, esto incluía a casi todo el mundo. De acuerdo con quien se convirtió más tarde en testigo contra Pol Pot, el Hermano Número Uno (como se le decía a Pol Pot) veía “enemigos alrededor, enemigos adelante, atrás, al norte, sur, este, oeste, en todas las direcciones, procedentes de los nueve sentidos, encerrándolo, sin que quedara espacio para respirar”.⁸³ Los ciudadanos vivían en constante temor del *chap teuv*, o lo que en Latinoamérica se llama “desaparición”. Las balas eran demasiado preciosas y debían ahorrarse; se preferían las asas de herramientas agrícolas.

La premisa ideológica básica de la revolución de los KR era: “conservarte no es ganancia; matarte no es ninguna pérdida”.⁸⁴ Las sociedades liberales predicaban un compromiso con la libertad individual que encierra el mantra “Mejor 10

culpables puestos en libertad que un hombre inocente condenado”. La sociedad revolucionaria de los Khmer Rouge se cimentaba en la irrelevancia del individuo. Incluso propagaba el adagio “Es mejor arrestar 10 personas por error que permitir que un culpable quede en libertad”.⁸⁵ Era más perdonable matar a 10 inocentes que permitir que un solo culpable viviera, aunque fuera “culpable” de estar menos contento en los términos de su servicio a *Angkar*.

A poco de la caída de Phnom Penh, Henry Kamm, del *New York Times*, visitó tres campos de refugiados en la frontera tailandesa, ninguno de los cuales estaba en contacto con los demás. Escribió un largo recuento en julio de 1975 en que comparó las prácticas de los KR con el “exterminio soviético de los gulags o [...] el Archipiélago Gulag”.⁸⁶

En febrero de 1976, David Greenway, del *Post*, describió las duras condiciones que privaban ahí en un artículo que salió en primera plana: “Para los occidentales, interpretar lo que sucede es como el proverbio de los ciegos que tratan de describir un elefante. Hace falta ser escéptico hacia los relatos de atrocidades al hablar con refugiados, quienes tienen la tendencia a pintar un cuadro lo más negro posible; pero tantos relataron los mismos hechos con tanto detalle como para dudar que, al menos en algunas zonas, hubo represalias”.⁸⁷

Aunque en general tardó en llegar el crédito, y nadie le dio al terror la atención que merecía, diplomáticos, trabajadores no gubernamentales y periodistas recopilaron espantosas historias de marchas de la muerte, hambre y enfermedad, entre 1975 y 1976. Los medios no las publicaron en primera plana, ni los políticos respondieron a ellas, pero sí aparecieron.

El examen más minucioso de la brutalidad del KR y, a la larga, el que más influencia ejerció fue obra del sacerdote francés François Ponchaud. Hablaba khmer y vivió en Camboya 10 años, hasta que fue evacuado de la embajada francesa a comienzos de mayo de 1975. Interrogó a refugiados en la frontera tailandesa y luego en París, y tradujo informes radiales camboyanos. En febrero de 1976, a menos de un año de la toma de poder de los KR, *Le Monde* publicó el resultado de sus investigaciones, en que decía que unos 800 000 habían sido asesinados desde abril de 1975.⁸⁸ Para Elizabeth Becker, entonces reportera local en Washington, eso bastaba. Recuerda: “Tan pronto como apareció su artículo, lo creí. Uno tiene que conocer a sus pastores. En Camboya los clérigos franceses experimentaban la vida khmer, no la del extranjero. Hizo falta Ponchaud para despertar el mundo”.

Al poco tiempo se presentó en París un ex oficial de los KR que afirmó haber ayudado a ejecutar a 5 000 personas con un pico. Calculó que ya se habría matado a unas 600 000.⁸⁹ En abril de 1976, a un año del reinado khmer, *Time* publicó una nota con dibujos explícitos de las ejecuciones, y describía a Camboya como el “Archipiélago Gulag indochino”: “A un año de la toma de poder, Camboya sigue envuelta en el silencio, el silencio —queda cada vez más claro— de la tumba. Queda poco lugar para dudar que el gobierno de Camboya es uno de los más brutales, retrógradas y xenófobos del mundo”.⁹⁰

Aunque diplomáticos, periodistas y asistentes humanitarios ya no creían que los camboyanos exageraran, otra cosa era que entendieran lo mismo. Sólo basta recordar el diálogo durante la segunda Guerra Mundial entre el testigo judío polaco Jan Karski y el juez de la Suprema Corte de Estados Unidos, Felix Frankfurter, en que éste le dijo: “No quiero decir que esté mintiendo. Sólo digo que no puedo creerle”. El sobreviviente del holocausto Elie Wiesel señaló la diferencia entre “información” y “conocimiento”. En Camboya, los observadores se resistieron al principio a otorgar a los relatos de los refugiados siquiera la calidad de información. Las palabras se expresaban, describían marchas de la muerte, ejecuciones a los costados de los caminos y asesinatos de ricos, intelectuales y hasta de oficinistas. Pero las primeras fotos de Camboya salieron hasta abril de 1977, y mostraban duras condiciones de trabajo forzado, pero no la eliminación sistemática de grupos étnicos y clases enteras.⁹¹ Con el país herméticamente sellado, los gobernantes y ciudadanos podían refugiarse en una niebla de negación admisible, pero incluso cuando aceptaron la información, no penetraron sus implicaciones morales. Quienes estaban en Washington, a 10 000 millas de los campos de refugiados en la frontera tailandesa, tardarían años en asimilar los crudos datos sin confirmar.

RESPUESTA

Opciones descartadas; futilidad, perversidad, peligro

Quienes sostenían que la cantidad de camboyanos muertos rondaba los cientos de miles, o los que trataban de generar cobertura periodística de los horrores, lo hacían en la creencia de que la comprobación de los hechos legitimaría la intervención de Estados Unidos y otros gobiernos occidentales. Por lo general, en una época de genocidio, los formadores de opinión, dirigentes políticos y

periodistas buscan un resultado concreto, o recomiendan una respuesta militar, económica, legal, humanitaria o diplomática específica de Estados Unidos. En muchos cables y artículos periodísticos hay un mensaje subyacente, una especie de “si yo fuera el rey, haría tal o cual cosa”.

Pero en los tres primeros años del régimen de los Khmer Rouge, incluso los estadounidenses más comprometidos con Camboya —Twining, Quinn, y Becker, entre ellos— se atuvieron a las trabas de la época y del sistema. Sabían que atraer la atención a la matanza en Camboya habría recordado a Estados Unidos sus antiguos pecados, vuelto a abrir heridas todavía no cerradas y planteado preguntas acerca de lo que pensaba hacer para limitar el terror. No estaban ni atónitos ni horrorizados ante la apatía estadounidense. Aceptaban su falta de intervención como una condición fundamental establecida. Una vez que sus tropas se retiraron de Vietnam en 1973, todo ciudadano consideraba la totalidad del sudeste asiático algo fuera de discusión, ajeno a la observación y, desde una perspectiva política, sin posibilidad de arreglo. “Podría haber habido *dos* genocidios en Camboya, y a nadie le habría importado”, recuerda Morton Abramowitz, a la sazón especialista en temas asiáticos, y en 1978 designado embajador en Tailandia. Del periodo KR recuerda: “La gente sólo quería olvidarse del lugar. Querían que desapareciera del radar”.

Desde las montañas de Vietnam, Ken Quinn, funcionario del Servicio Exterior, descubrió señales tempranas de la brutalidad de los Khmer Rouge ya en 1974, y desde entonces se le había destinado de vuelta a Estados Unidos, donde servía como analista sobre Indochina en el Consejo Nacional de Seguridad.

Quinn recuerda la imposibilidad de generar ideas constructivas después de la retirada estadounidense de Vietnam: “El país estaba en un estado de *shock*. Había un gran sentimiento de impotencia. Estábamos noqueados. Acabados. Era doloroso, pero ya no había más [...] Vietnam fue una experiencia tan emocional, desgarradora y dolorosa, que existía un gigantesco alivio nacional, y el sentimiento de que el país necesitaba recomponerse. *Nuestro país*”.

Los que aún sentían curiosidad respecto de la región conservaban el objetivo, en términos militares, de “pelear la guerra postrera”. La mayoría de los observadores seguía sin poder o querer mirar los hechos a medida que se desarrollaban, o de ver a Camboya como otra cosa que una hijastra de Vietnam. Interpretaban los sucesos de manera acorde a esta circunstancia. Becker escribió después:

Demasiada gente dentro y fuera del gobierno se jugó sus reputaciones, carreras y autoestima en las posturas que adoptaron durante la Guerra de Vietnam. Cada bando quería que la era de posguerra reforzara esas posturas y demostrara que fueron acertadas. Las noticias parecían [...] municiones potenciales contra viejos opositores estadounidenses, y testimonio de la culpa o el honor de Estados Unidos.⁹²

Sin duda es imposible sobrestimar la importancia del contexto histórico en la respuesta estadounidense a las atrocidades en Camboya. Ni el presidente Ford ni el presidente Carter, quien asumió el mando en enero de 1977, consideraría siquiera volver a mandar tropas estadounidenses al sudeste asiático. Pero sorprende por igual que tantos estadounidenses pensarán que no había *absolutamente nada* que se pudiera hacer. Se dejaron pasar hasta las opciones de respuesta *blanda* disponibles.

Estados Unidos apenas denunció las masacres. El gobierno de Ford lo hizo al principio, pero las reprimendas demostraron ser de corta vida cuando Washington se echó para atrás. Twining, designado observador de Camboya en la embajada en Bangkok, continuó recopilando y divulgando conmovedoras y escalofriantes historias de refugiados.⁹³ Pero sólo generaron un débil pedido del gobierno para que Amnistía Internacional investigara el caso. Un documento confidencial sobre derechos humanos del 8 de junio de 1976 del Departamento de Estado a las embajadas contenía las siguientes guías:

Compartimos la preocupación acerca de las consabidas condiciones en Camboya [...] Estamos dispuestos a apoyar cualquier acción eficaz que pudiera tomarse para investigar más a fondo la cuestión de las violaciones de derechos humanos en Camboya [...] Los informes sobre condiciones en Camboya son [...] difíciles de verificar. La información disponible para el gobierno de Estados Unidos no es significativamente distinta de la obtenida por el periodismo, y proviene sobre todo de refugiados. Sin embargo, estos informes son demasiado numerosos como para desecharlos, y sin duda existe suficiente información para justificar una averiguación más a fondo por parte de las apropiadas organizaciones humanitarias internacionales o privadas.

[...] Ya instamos a Amnistía Internacional para que lleve a cabo una investigación sobre la situación en Camboya, pero evitamos toda acción pública que pueda parecer una campaña contra Camboya o prestara credibilidad a los alegatos de Camboya de que nosotros tenemos algo que ver con los informes de sus transgresiones.⁹⁴

Aparte de escuetos pedidos de “averiguaciones más a fondo”, Estados Unidos no emprendió una investigación propia, ni actuó con base en los informes ya

adquiridos.

Sus funcionarios pudieron denominar genocidio a las matanzas de Pol Pot, pero no lo hicieron. Es más: no recuerdo a un solo funcionario que siquiera haya leído el Convenio sobre Genocidio para comprobar si los acontecimientos en Camboya se ajustaban a sus pautas. Debido a que el tratado excluía a grupos políticos, y tantos asesinatos del KR se cometieron contra ostensibles enemigos políticos, resultaba un caso más complicado de lo que se esperaría. Pero aunque la ley contemplase muchas de las matanzas, nadie dentro del gobierno de Carter exigió ningún cambio en la política hacia Camboya. Así, no sorprende que nadie haya pensado en solicitar a la oficina del asesor legal del Departamento de Estado que armara una acusación formal de genocidio. Tal acusación habría llevado a polémicas en vista de la “realidad” de la no intervención estadounidense. Y debido a que Estados Unidos no suscribió la convención, una proclama de genocidio no habría generado una obligación legal de actuar.

Estados Unidos pudo pedir a sus aliados que presentaran cargos de genocidio en la Corte Internacional de Justicia (CIJ), pero no tenía jurisdicción para dictaminar sobre la culpabilidad criminal individual, ni facultades para asegurarse de que se acatará su fallo. Pero si se hubiese determinado que existía un genocidio en proceso, la CIJ podría haber publicado un juicio declaratorio respecto de la responsabilidad de Camboya y exigido que se tomaran medidas precautorias. Esto habría señalado a los camboyanos que al menos una institución estaba dispuesta a juzgar la matanza perpetrada por los Khmer Rouge.

Proxmire esperaba que Estados Unidos se dirigiera a la CIJ para obtener una sentencia de genocidio, pero sabía que primero había que ratificar el convenio. A comienzos de 1977 se cumplía una década desde que comenzara a pronunciar sus discursos diarios en favor de la ratificación. En 10 años se levantó 1 761 veces para referirse con frecuencia al “caso clásico de genocidio” que cometía el KR.⁹⁵ Entre 1977 y 1978 Proxmire aumentó la atención sobre los KR. Afirmó: “La aniquilación de dos millones de camboyanos es el equivalente numérico a asesinar a cada hombre, mujer y niño en todo el estado de Colorado; a cada persona en Boston, Massachusetts; a cada persona en Washington, D. C., y eso nos incluye a ustedes y a mí”. La cantidad de víctimas todavía se discutía, pero sabía que ganaría más con un cálculo que con una espera: “Cuando nos retiremos del Senado esta noche, los Khmer Rouge se estarán despertando para otro día de obras sangrientas. El dogal del genocidio apretará de un golpe los

cuellos de otros 1 577 campesinos camboyanos”.⁹⁶

Hasta los países que ratificaron la convención se dejaban guiar por la delicadeza diplomática entre estados; otros se resistían y se negaban a desafiar a otro miembro del club de naciones en la corte. Camboya, que ratificó el Convenio sobre Genocidio en 1951, nunca afrontó cargos por este motivo.

Además de denunciar en forma bilateral a los KR por su terror o intentar encontrar un aliado que llevara una acusación de genocidio ante el tribunal internacional, Estados Unidos pudo haber condenado el crimen ante la Asamblea General de la ONU, o ante una de las numerosas comisiones que surgieron desde las épocas de Lemkin. Ni Estados Unidos ni sus aliados europeos lo hicieron. Israel fue el primer país en plantear el tema de Camboya en las Naciones Unidas. Chaim Herzog, debido a que gran parte de la violencia era de khmer a khmer, hablaba de “autogenocidio”.⁹⁷ Y por último, en marzo de 1978, el representante de Gran Bretaña ante la ONU respondió a la presión popular de las principales iglesias de Inglaterra, y llevó la cuestión ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Exigió el nombramiento de un investigador especial sobre derechos humanos.⁹⁸ Los Khmer Rouge rechazaron la Comisión sobre Derechos Humanos por ser un organismo imperialista, partidario, al que haría “carne picada”.⁹⁹ Y, como siempre, la Unión Soviética, Yugoslavia y Siria se asociaron para bloquear incluso esta ruta retórica, lo que demoró un año más el estudio de los derechos humanos en Camboya. Luego de tres años de genocidio, ningún cuerpo oficial de las Naciones Unidas había condenado la matanza.

El economista Albert Hirschman observó que quienes no desean actuar hablan de la futilidad, perversidad y peligro de las medidas propuestas. Estados Unidos y sus aliados defendieron su reserva con el argumento de que una condena verbal o la aplicación de sanciones leves a un régimen tan hermético sería fútil. Las medidas diplomáticas normales, actos simbólicos y críticas, difícilmente afectarían a revolucionarios radicales que cometían atrocidades en esa escala. En su testimonio ante el Congreso, el funcionario Twining del Servicio Extranjero observó: “No estoy seguro de que a la dirigencia camboyana le importaría un rábano lo que dijéramos”.¹⁰⁰ Puesto que Estados Unidos no apoyaba de ninguna manera a los KR, era imposible suspender el comercio o asistencia militar.

Es posible que las denuncias bilaterales por parte de Estados Unidos no

hubieran tenido efecto en las prácticas internas de los Khmer Rouge. Por desgracia —porque muy pocos funcionarios estadounidenses condenaron públicamente el genocidio— no tenemos forma de saberlo. Pero, contrariamente a las afirmaciones estadounidenses, los Khmer Rouge no eran del todo indiferentes a los comentarios internacionales. Por más aislados que estuvieran, los dirigentes de los KR se tomaban el trabajo de refutar las acusaciones de potencias extranjeras. Cuando los británicos llevaron el tema de las violaciones de derechos humanos ante la Comisión de la ONU en Ginebra, los KR respondieron que los ciudadanos británicos gozaban sólo del derecho de ser esclavos, ladrones, prostitutas o desempleados.

En abril de 1978, Ieng Sary, de los KR, presentó un escrito a la ONU, en el que denunciaba la “máquina propagandística de los imperialistas, expansionistas, anexionistas”, quienes los acusaban de matanzas masivas. Dio una razón lógica por la que los KR nunca podían matar en la escala sugerida: “No hay motivo para que los KR reduzcan la población ni la mantengan en su nivel actual, pues la población actual de ocho millones está muy por debajo del potencial del país, que necesita más de 20 millones.”¹⁰¹

Los políticos estadounidenses también hablaron de los resultados tal vez adversos de adoptar una postura más firme: cualquier censura pública podía intensificar su violencia contra inocentes, o provocar que se ocultaran aún más. Los diplomáticos cayeron en la trampa de pensar (porque eso querían) que los KR estaban a punto de salir de su aislamiento.¹⁰²

Desde luego que las expresiones de interés respecto del modo como los KR trataban a sus ciudadanos pudo tornar más bárbaro y xenófobo al régimen, pero cuesta imaginar cuánto habría empeorado. Muchas veces una política de aislamiento puede privar a un Estado de su único medio de influir en un régimen violento. Pero en este caso Estados Unidos no tenía nada que perder con decir la verdad. Una condena más constante acaso habría convencido a los funcionarios mejor educados de los KR que mantenían lazos radiales secretos con el mundo externo a presionar por una política más humana, o incluso de rebelarse contra Pol Pot y su clan.

Estados Unidos asimismo pudo presionar a China, el principal sostén de los KR, para que con su considerable influencia desalentara su salvajismo. Pero el gobierno de Carter estaba decidido a no poner en peligro sus crecientes relaciones con los dos aliados regionales de los KR, China y Tailandia. Tailandia

era anticomunista, pero mantenía relaciones con los KR porque su prioridad era contener a Vietnam. Y China, que veía a los Khmer Rouge como sus aliados naturales e ideológicos, ocupaba una posición central en los círculos de política exterior desde la visita de Nixon a Pekín, en 1972. Hacía mucho que los chinos suministraban asesores, armas ligeras y municiones a los KR. A comienzos de 1978, la asistencia militar china al KR aparentemente se incrementó con 100 tanques ligeros, 200 misiles antitanque, varios cañones de largo alcance de 122 y 130 mm, y más de una docena de aviones caza. Pese a los horrendos informes acerca del terror de los KR, Estados Unidos no protestó por la transacción.¹⁰³ En mayo de 1977, el presidente Carter denominó la relación entre Estados Unidos y China como “un elemento central en la política mundial”, y a China, una “llave para la paz mundial”.¹⁰⁴ Aunque China era el Estado más capaz de influir en el comportamiento de los KR, el gobierno de Carter no tenía interés en arriesgar la normalización al insistir en las violaciones de los derechos humanos cometidas por aquéllos.

ANALOGÍA Y PATROCINIO

El poder ejecutivo nunca cuestionó la política estadounidense hacia Camboya. Nada podía hacerse, pensaban los funcionarios del Departamento de Estado y la Casa Blanca, y casi nada se hizo. Hizo falta que un puñado de congresistas empezara a exigir que Estados Unidos adoptara un punto de vista más amplio de las posibilidades. Stephen Solarz era un legislador demócrata que ganó una elección en 1974 por su postura antibelicista, y antes ayudó a bloquear la asistencia estadounidense al régimen de Lon Nol. A diferencia de la mayoría de sus colegas, Solarz no perdió interés en la región tras el recorte de fondos. En agosto de 1975 viajó con una delegación del Congreso a Tailandia, donde hizo un viaje en helicóptero con Twining, de la embajada, a Aranyaprathet. Ahí este hombre, al que se describiría como el Marco Polo del Congreso debido a sus numerosos viajes al extranjero, oyó relatos que le recordaron la deportación forzada de judíos en la segunda Guerra Mundial. Como judío y político —su distrito tenía la mayor cantidad de sobrevivientes del holocausto que cualquier otro del país—, se exasperó: “Mataban a cualquiera que usara anteojos porque eso indicaba que sabían leer, y si sabían leer sugería que estaban infectados del virus burgués. Era un Gran Salto Adelante que hacía que el de Mao pareciera un

tropezón”.

En 1976, pese a los informes sobre un millón de muertes, no tuvo lugar ninguna sesión específica en el Congreso para el tema de violaciones a los derechos humanos en Camboya. Solarz y algunos otros apasionados legisladores tuvieron que conformarse con incluir los estremecedores artículos de la prensa en el *Congressional Record* [Informe del Congreso] y con ocasionales condenas en las sesiones. El senador Claiborne Pell, que colaboró con Proxmire en propugnar el Convenio sobre Genocidio y que luego haría más que cualquier otro senador por tratar de castigar a Saddam Hussein por gasear a los kurdos iraquíes, tenía un interés parecido en Camboya. En el Senado declaró, en 1976:

Si los cálculos de un millón de muertos son verídicos, aproximadamente la quinta parte de la población camboyana ha sido aniquilada, un récord de bárbara carnicería superada en la historia reciente sólo por las atrocidades nazis contra los judíos en la segunda Guerra Mundial [...] Estoy sorprendido de que se haya hecho tan poco para investigar y condenar lo que sucede en Camboya. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU hasta ahora ha ignorado la situación en ese país.¹⁰⁵

Para 1977, Solarz y Pell, entre otros, por fin generaron suficiente interés para celebrar audiencias en el Congreso exclusivamente sobre las atrocidades en Camboya. En una de ellas estalló una gran porción de la frustración de Solarz por la política de silencio de Estados Unidos y las continuas disputas en cuanto a la cantidad de muertos.

El experto sobre Indochina, Gareth Porter, dio su testimonio y denunció una vez más la “desenfrenada exageración y falsedad total” de los alegatos de terror de los KR. Porter insistía en que era un “mito” que “de uno a dos millones de camboyanos habían sido víctimas de un régimen de maniáticos genocidas”. Solarz explotó: “Apenas puedo creer que alguien insistiera en esto si no estuviese ocurriendo”.¹⁰⁶ Durante el siguiente año y medio, Solarz procuró que la Cámara aprobase una resolución que exigiera al presidente Carter se ocupara en impedir las matanzas.

Solarz fue uno de varios estadounidenses que, al poner atención en los horrores de los KR, los vinculó al holocausto. Más de dos décadas después, en una habitación en cuyos estantes había 123 libros sobre el holocausto y 52 más sobre Hitler y la Alemania nazi, Solarz opinaba: “El holocausto es la clave de todo el tema. Es la piedra de Rosetta. Para mí, el holocausto fue el hecho central del siglo xx, y ejerce más influencia en mi visión del mundo y del papel de Estados

Unidos en él que cualquier otra cosa”.

Para mediados y postrimerías de los años setenta, la destrucción de los judíos por Hitler pasaba a ser tema de interés de los investigadores y el público. La palabra “holocausto” llegó al vocabulario público hasta fines de los sesenta, pero en 1970 dos libros analizaron por primera vez la indiferencia estadounidense ante el holocausto: *While Six Million Died: A Chronicle of American Apathy* [Mientras morían seis millones: crónica de la apatía estadounidense], de Arthur Morse, y *Politics of Rescue: The Roosevelt Administration 1939-1945* [La política de rescate: el gobierno de Roosevelt, 1939-1945], de Henry Feingold. Uno de los instrumentos más importantes para la “popularización” de la Solución Final fue el programa *Holocaust*, de nueve horas y media de duración, con James Woods y Meryl Streep, que vieron unos 120 millones de televidentes en 1978. Ese mismo año, el presidente Carter creó una comisión especial para recordar e informar sobre el holocausto, y decidió construir un monumento a aquella monstruosidad en el National Hill, de Washington, distrito de Columbia.

Para 1977, debido a que se aceptaba en general que ocurría un baño de sangre en Camboya, los promotores de una intervención de Estados Unidos intentaron sacudir a los políticos y ciudadanos al comparar las atrocidades de Pol Pot con las de Hitler. Los columnistas Jack Anderson y Les Whitten publicaron un total de 15 artículos sobre Camboya, la mayoría de los cuales mencionaban el holocausto.¹⁰⁷ El 21 de julio de 1977 escribieron: “El alboroto sobre los derechos humanos ignora la dictadura más brutal del mundo. Adolf Hitler en sus peores momentos no fue tan opresivo como los dirigentes comunistas de la pequeña Camboya”.¹⁰⁸ Varios meses más tarde Anderson y Whitten tacharon al terror de los KR de “la mayor atrocidad desde que los nazis llevaron a los judíos a las cámaras de gas”.¹⁰⁹ Cuando se transmitió *Holocaust*, en 1978, Anderson señaló que se preparaba “otra historia de holocausto, tan estremecedora como la reciente transmisión televisiva”. Los nazis disfrazaron sus crímenes con eufemismos como “reasantamiento”, “mudanza” y “acción especial”, dijo. También los Khmer Rouge hablaban un lenguaje satírico. “La palabra khmer que significa ‘matar, asesinar, ejecutar’ nunca se mencionaba al discutir la política de aniquilamiento. El término era *baoh*, *caol*, literalmente ‘barrer, tirar’, o ‘barrer, desechar’”.¹¹⁰ Al día siguiente, Anderson redactó otra columna, “Camboya: un holocausto de los tiempos modernos”, en que condenaba al presidente Carter por desviar la vista del exterminio camboyano.¹¹¹

Otros adoptaron la misma analogía. El *Economist* describió una “brutalidad que habría asustado a Hitler”.¹¹² En un editorial de 1978 del *New York Times*, William Safire también se refirió a la miniserie *Holocaust* y preguntó por qué el mundo no hacía nada. “En relación con el número de muertos, el rival de Adolf Hitler en esta generación es el líder de Camboya comunista, Pol Pot.”¹¹³ Leo Cherne, de la International Rescue Committee and Freedom House [Comisión de Rescate y Casa de la Libertad Internacional], escribió en el *Wall Street Journal* del 10 de mayo de 1978 que “la saña en cada país surge en servicio a un ideal: el de la pureza racial en Alemania, el de la pureza política en Kampuchea Democrática”. Un artículo en primera plana del *New York Times*, de mayo de 1978, decía que los refugiados en Tailandia “recordaban a los sobrevivientes de los campos de concentración europeos en 1945”.

Con el pasar de los meses el Congreso se involucró más. El senador Bob Dole (repblicano por Kansas) se emocionó con la historia de un refugiado camboyano que lo visitó. Comparó la crisis camboyana con “los campos de exterminio de la Alemania nazi y los excesos de la Rusia estalinista”.¹¹⁴ Al abogar como siempre por la ratificación del Convenio sobre Genocidio y denunciando a los KR, Proxmire hizo notar el paralelismo con la destrucción de los judíos: “Éste no es ningún genocidio común. No hay campos de concentración ni cámaras de gas disfrazadas de duchas. Esto es genocidio sin tecnología”.¹¹⁵

Donald Fraser (demócrata por Minnesota), el más estridente defensor de los derechos humanos en el Congreso, presidió una audiencia de la Subcomisión del Senado sobre Relaciones Internacionales en julio de 1977. Ken Quinn, que en 1977 fue nombrado asistente especial del nuevo subsecretario para Asuntos del Este Asiático y el Pacífico, Richard Holbrooke, le dijo a su jefe: “Ésta es la oportunidad para hacer público todo lo que sabemos”. Holbrooke y Twining aparecieron en el Congreso y pusieron fin a la política de silencio de dos años por parte del Departamento de Estado. Holbrooke hizo notar: “periodistas e investigadores opinan que entre medio millón y 1 200 000 han muerto desde 1975”. Los servicios de inteligencia estadounidenses indicaban: “por cada persona ejecutada, varias han muerto por enfermedad, desnutrición u otros motivos, lo que se habría evitado si el gobierno no hubiera seguido [...] una política que busca transformar la sociedad con las medidas más draconianas posibles”.¹¹⁶ Holbrooke opinó que “deberíamos denunciarlo”, aunque, como reconoció, no estaba seguro de “cuál sería el efecto de nuestras palabras”.¹¹⁷

Ésta fue la primera vez que a Twining se le convocaba para contar lo que había descubierto. El gobierno de Estados Unidos tenía información detallada de las atrocidades de Pol Pot. Un cable del Departamento de Estado del 13 de febrero de 1978 informaba inequívocamente: “Hay un énfasis renovado en eliminar todo vestigio del anterior gobierno y completar las ejecuciones de todos los que no pertenezcan a la clase de campesinos pobres”.¹¹⁸ Sin embargo, recuerda Twining: “Fue fácil presentarme ante el Congreso porque sabía qué ocurría. En cuanto a qué hacer, sólo sentía una avasalladora impotencia”.

Con la injerencia cada vez más frecuente de los redactores de prensa en 1978 y con la creciente presión por parte de los legisladores, la cobertura diaria de las violaciones de los derechos humanos por fin se incrementó. En el verano de 1978, el *Washington Post* y el *New York Times* empezaron a incluir dos o tres nuevos artículos por mes acerca de los derechos humanos en Camboya, todavía pocos, pero mucho más que los dos o tres anuales de 1975, 1976 y 1977. Para finales de 1978, los cálculos del número de muertes, antes “informes de muertes masivas”, pasaron a ser “cientos de miles, quizá dos millones y medio”, y “entre uno y tres millones de muertos”.¹¹⁹

Fue hasta 1978 cuando se oyeron voces no gubernamentales que sugirieron que intentar influir en los KR, aunque fuera sin éxito, sería mejor que no hacer nada. “Tal vez no se pueda triunfar sobre el mal, pero eso no indica que se deba permanecer callado ante su presencia”, escribió el columnista Smith Hempstone en el *Washington Post* en mayo de 1978.

Bien puede el presidente Carter reiterar el tema. Podría ordenarle a Andrew Young que se retirara de la Asamblea General de la ONU cada vez que hable el representante de Kampuchea Democrática. En cada ocasión y cada foro disponible los que hablan por Estados Unidos podrían apelar a la conciencia del mundo a condenar a quienes cometen tales atrocidades.¹²⁰

No se tomó ninguna de estas medidas.

La primera denuncia pública decidida del presidente Carter ocurrió en abril de 1978 al mandar un mensaje a una comisión independiente que examinaba los informes de atrocidades en Oslo:

Estados Unidos no puede esquivar la responsabilidad de expresar su condena al gobierno camboyano, el peor violador de los derechos humanos en el mundo de hoy. Miles de refugiados acusan a su gobierno de causar la muerte a cientos de miles de camboyanos por medio de las políticas

genocidas que ha aplicado a lo largo de los tres últimos años [...] Es obligación de la comunidad internacional protestar contra las políticas de esta o cualquier nación que de manera cruel y sistemática viola los derechos a la vida y la dignidad humana básica de su pueblo.¹²¹

Habían pasado 16 meses desde su asunción, y tres años desde la caída de Phnom Penh.

A comienzos de junio de 1978, un grupo llamado Pueblo Unido pro los Derechos Humanos en Camboya comenzó una huelga de hambre frente a la Casa Blanca, y la Casa de la Libertad organizó un coloquio en Washington: “Camboya: qué puede hacer Estados Unidos”. Amnistía Internacional exigió con más fuerza un examen de la trayectoria camboyana. En su informe de 1977-1978 faltaban muchas de sus anteriores negaciones. Citaba el argumento de Ponchaud de que 100 000 era la cantidad mínima absoluta de los camboyanos ejecutados, y decía que era posible que ascendiera “dos o tres veces”.¹²² En lugar de escribir privadamente a los KR, Amnistía instó al régimen a permitir la entrada de inspectores independientes a Camboya para dar su propio informe a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU.¹²³ Con base en relatos de refugiados y en la prensa, el documento expresaba que, si bien mucho de los alegatos permanecían sin corroborar, su cantidad y constancia “dan lugar a gran preocupación”.¹²⁴ Grupos públicos y políticos por fin se fijaban en las profundas necesidades de un pueblo.

Aunque las autoridades superiores decidieron que “algo debía hacerse”, ese algo permaneció sin definirse con precisión. Entre bastidores, el embajador estadounidense Andrew Young exhortó al secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, a que visitara Camboya; y el secretario de Estado, Cyrus Vance, instruyó a las embajadas estadounidenses a que dialogaran con sus países anfitriones sobre la posibilidad de tocar el tema de Camboya en la Asamblea General de la ONU. Warren Christopher, vicesecretario de Estado de Carter, criticó a los KR por sus masivas violaciones a los derechos humanos, pero sólo se comprometió a apoyar “los esfuerzos internacionales para llamar la atención ante esta notoria situación”.¹²⁵ Los líderes de la política internacional se mantuvieron pasivos, con apenas unas cuantas declaraciones públicas, sin invertir su capital político en un serio intento de cambiar el comportamiento de los KR en ningún momento.

¿UNA QUÉ MILITAR? ¿CUÁL GEORGE?

A medida que aumentaba la cobertura periodística y la legislatura correspondió con audiencias, un solitario funcionario estadounidense sostuvo que una fuerza militar externa debería intervenir en Camboya para quitar a los Khmer Rouge. Era un senador demócrata por Dakota del Sur llamado George McGovern, el mismo que fue candidato presidencial en las elecciones de 1972, con una plataforma electoral de oposición a la Guerra de Vietnam. McGovern había sido punta de lanza en los esfuerzos del Congreso de cortar los fondos para las operaciones militares estadounidenses en Indochina, e inició la sanción de la Ley de poderes de guerra [War Powers Act]. Dijo que llevaba a Vietnam “en mi estómago, corazón y mente durante 10 años por sobre cualquier otro asunto de la vida pública”.¹²⁶ Sus credenciales antibelicistas eran intachables.

Pero McGovern había llegado a la conclusión de que los hechos en Camboya equivalían a un genocidio, y para él esto encerraba onerosas e insoslayables consecuencias. Sentía que semejante diagnóstico significaba, primero, que Estados Unidos debía condenar a los KR, algo que apenas hizo desde el comienzo del terror. Pero también significaba que Estados Unidos debía emplear su poderío bélico para detener los horrores. En agosto de 1978, el senador McGovern instigó públicamente al gobierno de Carter a que considerara una fuerza militar internacional para una intervención humanitaria. Era hora de que Estados Unidos y sus aliados se preguntaran: “¿Nos vamos a quedar al margen, mirando la matanza de todo un pueblo, o juntamos tropas e intervenimos tranquilamente para ponerle fin?”¹²⁷

El periodismo voló hacia los teléfonos. Recuerda McGovern: “Pensaron que era una gran noticia. Se preguntaban ‘¿Cómo es que este pacifista se convirtió en guerrero?’” Un editorial del *Wall Street Journal* apaleó a McGovern por su postura “en verdad increíble”. Durante las semanas siguientes, McGovern puso tres ayudantes a contestar los teléfonos, que sonaron sin cesar. Algunos estadounidenses lo llamaron para denunciarlo por su oposición a la Guerra de Vietnam y culpar a la retirada estadounidense de la región por las cuitas de Camboya. Pero la mayoría lo llamó para felicitarlo o, en el caso de viejos amigos, para pedirle, con cierta timidez, que aclarara su postura.

McGovern pensaba que la obligación de echar a los Khmer Rouge era una consecuencia, y no una revancha, de que Estados Unidos se hubiera retirado y mantenido alejado de Vietnam. El papel de Estados Unidos en Vietnam

aumentaba su responsabilidad, pues sostenía que el surgimiento de los Khmer Rouge era uno de los más altos costos de la intervención estadounidense en Indochina. McGovern entendía la aparente ironía de su posición. Pero en las audiencias también él aludió al paralelismo con el holocausto:

Soy el último en entusiasmarme por la intervención militar, excepto en las circunstancias más extremas, pero me parece que éstas son las más extremas que jamás he oído. Si de una población de siete millones, algo así como 2 500 000 personas han sido asesinadas en unos cuantos años, proporcionalmente hace que las opresiones de Hitler parezcan bastante mansas.¹²⁸

McGovern sostuvo que Estados Unidos debía asumir el liderazgo político y militar. Para él Vietnam y Camboya tenían poco en común aparte de su geografía. En Vietnam, las fuerzas de Estados Unidos se enfrentaron a un movimiento autóctono independentista dirigido por un líder apoyado por el pueblo, Ho Chi Minh. En Camboya, en cambio, Pol Pot y un “puñado de fanáticos” se imponían a millones de camboyanos. Debido a su régimen sanguinario, la población victimizada no podía apoyarlo de ninguna manera; es más, McGovern pensaba que los camboyanos le darían la bienvenida a quien los rescatara de ese “régimen asesino y exterminador”.¹²⁹

McGovern no fue el primer estadounidense en proponer algo así. El año anterior, el ensayista conservador William F. Buckley Jr., acaso el menos probable de todos los correligionarios posibles de McGovern, hizo una recomendación parecida en *Los Angeles Times*: “Lo digo con toda seriedad. ¿Por qué no autoriza el Congreso los fondos necesarios para financiar una fuerza internacional que invada Camboya?” La fuerza, sostenía, debería estar compuesta de unidades asiáticas de Malasia, Tailandia, Japón, Filipinas e incluso Vietnam. Las tropas no necesitaban establecer un Estado democrático. Sólo tenían que “ir y quitarles el poder a uno, dos, tres, tal vez tanto como a media docena de sádicos dementes que han sometido a su país al peor sufrimiento y las peores condiciones impuestas a país alguno en este sangriento siglo”.¹³⁰

El Departamento de Estado cuestionó la inferencia de McGovern y Buckley — de un pequeño clan asesino, bárbaro y susceptible de ser derrotado con rapidez —. Douglas Pike, funcionario del servicio extranjero y experto sobre Indochina que prestó testimonio en las audiencias del Senado en 1978, reconocía que el régimen de Pol Pot era salvaje, pero dijo que las tropas camboyanas leales al Khmer Rouge luchaban muy eficazmente contra sus anteriores aliados, los

vietnamitas. Y preguntaba: “Si el régimen es tan malo como se pinta, ¿cómo es que lucha el pueblo?” Insistió en que las tropas internacionales se enfrentarían a una fuerte resistencia: “Creo que no deberíamos engañarnos respecto de que un recio golpe a Phnom Penh rectifique las cosas. Para controlar Camboya y a su gobierno habría que controlar las aldeas, todas ellas. Habría que ocuparlas con tropas. La idea de cortar la cabeza sólo en Phnom Penh suena buena [...] pero no lo es”.¹³¹

Robert Oakley, vicesubsecretario para Asuntos de Asia Oriental y el Pacífico, estuvo presente cuando McGovern presentó su propuesta de intervención. Se quedó mudo de asombro. En lo que al gobierno de Carter se refería, la intervención militar multilateral no era una “opción viable”. Estados Unidos no consideraría generar ni participar en una invasión. Al leer hoy el testimonio de Oakley se percibe la pérdida de confianza en la capacidad de Estados Unidos de amoldar el mundo o siquiera diagnosticar con exactitud su desarrollo. Afirmó: “No poseemos la información sobre eso que algunas veces en el pasado creíamos tener. Hemos aprendido mucho acerca del grado apropiado de intervención estadounidense en los asuntos internos de otros países, como también de la posibilidad de influir en ellos”.¹³²

McGovern no entendía. Había oído mucho acerca de por qué la situación era más compleja de lo que parecía, acerca de lo difícil que sería desalojar a los cuadros del KR de las aldeas. Y no encontraba a nadie dispuesto a emplear la fuerza para poner fin a la matanza. McGovern no mencionó el Convenio sobre Genocidio. Para él no era la ley sino las atrocidades lo que exigía actos encaminados a suprimir el crimen:

Simplemente me parece que no deberíamos descartar de entrada la responsabilidad de la comunidad para poner fin a este tipo de matanza indiscriminada. Me doy cuenta de que está muy lejos de casa. Ésta es gente con otro color de piel y cosas así. Sin embargo, se pensaría que la comunidad internacional por lo menos consideraría la posibilidad de intervenir en lo que parece un claro caso de genocidio.¹³³

En ese momento se celebraba a dos disidentes políticos a punto de ser sometidos a juicio en la Unión Soviética, y se denunciaba su encarcelamiento. En cambio, observó, los estadounidenses ignoraban la matanza de por lo menos un millón de camboyanos. En lugar de librar “la última guerra”, sostenía McGovern, Estados Unidos debería prestarle atención al actual genocidio. “Detesto las

campañas militares innecesarias y mal concebidas, por eso me opuse a nuestra intervención militar en Vietnam. Pero detestar una intervención innecesaria y necia sin un propósito valedero no excusa dejar de hacer lo que haga falta para detener el asesinato masivo en otro momento y lugar, en circunstancias muy distintas”.¹³⁴ Luego recordó la alegría que algunos de sus antiguos adversarios mostraron ante su supuesto “cambio de parecer”, y la tristeza que le causó en ese momento:

Para entonces, Dean Rusk ya no ocupaba su puesto, pero recuerdo que hizo una declaración pública tras enterarse de que yo había pedido una intervención militar: “¡Eso sí es una ironía!” Lo que sugería era que por fin yo había vuelto a mis cabales. Por supuesto que jamás he sido pacifista. Siempre pensé que había ocasiones en que la intervención militar es necesaria. No me arrepiento ni un momento de mi actuación como piloto de bombardero en la segunda Guerra Mundial. La lucha contra el genocidio es una causa válida.¹³⁵

La propuesta de McGovern no rindió frutos. El Departamento de Estado declaró que el gobierno de Carter tenía puesta su atención en la “monstruosa” situación camboyana, pero no tenía intención alguna de resolver “por la fuerza la terrible situación en Kampuchea”, y agregaba que “no tenemos conciencia de ningún apoyo internacional para semejante plan”.¹³⁶ A decir verdad, McGovern no había imaginado que los Estados se apresurarían a responder a su llamado, pero sí esperaba que la “vieja técnica de choque” al menos provocara un debate acerca de los horrores que el gobierno de Carter, el público en general y la comunidad internacional habían evadido hasta entonces.¹³⁷

El llamado sin duda causó alguna reacción en determinados ámbitos, pues incluso los KR, que muchos creían indiferentes a la opinión extranjera, se sintieron obligados a responder. El 26 de agosto de 1978 McGovern recibió una carta de aquel régimen radical que lo criticaba por sus “gratuitos y desvergonzados ataques” y rechazaba el cargo de genocidio, con el argumento de que había sido Estados Unidos quien cometió genocidio en Camboya.

En octubre de 1978, McGovern logró convencer a la mayoría de sus colegas senadores de que firmaran una carta al secretario de Estado, Vance.¹³⁸ Ochenta senadores reclamaron acción internacional para detener el genocidio camboyano, exhortaron al secretario a que presentara el asunto de inmediato al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y criticaron la inacción del gobierno de Carter. En agosto de 1978 Estados Unidos presentó a la Comisión

sobre Derechos Humanos de la ONU un informe de 667 páginas sobre atrocidades según testimonios de refugiados, pero los senadores observaron que este tardío documento parecía “una postura poco enérgica en vista de la enormidad de los crímenes que se cometen en Camboya”.¹³⁹

LA PRIMERA VISITA

Para 1978, los Khmer Rouge se sentían más vulnerables ante el mundo externo. Los chivos expiatorios eran ahora más sus vecinos que sus propios ciudadanos. Los KR habían empezado a tratar de infiltrar y ocupar el sur de Vietnam en 1977, y se intensificaron las escaramuzas fronterizas. A comienzos de 1977 Vietnam, harto de los ataques de Pol Pot y respaldado por la Unión Soviética, mandó 60 000 soldados a cruzar la frontera camboyana.¹⁴⁰ Siguió una guerra de propaganda entre ambos bandos, lo que confirmó públicamente la conclusión de Ken Quinn, en 1974, de que no existía monolito comunista alguno en Indochina. El 31 de diciembre de 1977, el ministerio de Relaciones Exteriores de Camboya, que había guardado silencio acerca de anteriores choques con Vietnam, denunció la “feroz y bárbara” agresión de Vietnam, y la comparó con la anexión de Checoslovaquia de Hitler. Pol Pot rompió relaciones con Vietnam. A lo largo de 1978, los Khmer Rouge adoptaron medidas destinadas a mejorar su imagen pública: invitaron a diplomáticos y delegaciones amistosas, prometieron reformas y, calladamente, flexibilizaron su postura xenófoba. En marzo de 1978, Pol Pot anunció que Camboya estaba “abierta para nuestros amigos [...] Los invitamos a visitar nuestro país”.¹⁴¹

Elizabeth Becker, la periodista metropolitana del *New York Times*, pedía con vehemencia que la mandaran de vuelta a Camboya desde que se fue, en 1974. Había escrito más de una docena de cartas que mostraban lo que recuerda como “repugnante” pleitesía a la “gloriosa revolución” de los KR con la esperanza de recibir una visa. Cada vez que Ieng Sary visitaba las Naciones Unidas para la sesión anual de la Asamblea General, ella viajaba a Nueva York a solicitárselo en persona. En noviembre de 1978 recibió un telegrama de los KR (timbrado en Pekín) para invitarla a Camboya. Fue uno de los tres invitados occidentales elegidos.

Becker no vaciló ni un segundo. Todos los temores que la hicieron abandonar el país en 1974 fueron superados por un deseo desesperado de echar un vistazo

detrás de la cortina khmer. Se sentía como si la hubieran “metido en un ataúd” cuando los KR clausuraron el país. Recuerda:

No pensé que se aislarían como lo hicieron. Quiero decir que la idea de que se pudiera ir a un aeropuerto y que jamás apareciese “Phnom Penh” en la pantalla de salidas... me rompió el corazón. Tenía que volver para averiguar qué sucedía. Puesto que los KR estaban ocupados en matar a su propio pueblo, no pensaba que nos dedicarían tiempo a nosotros. Nadie dijo: “No vayas”.

Becker y Richard Dudman, del *St. Louis Post-Dispatch*, fueron los primeros periodistas estadounidenses en entrar al país desde la toma de Phnom Penh por el KR en 1975. Junto con el académico escocés Malcolm Caldwell, izquierdista que simpatizaba con el régimen KR, llegaron en un vuelo bisemanal de China, el único país que tenía derechos de aterrizaje en Camboya.

Durante los 10 días siguientes se les condujo en una “excursión incubada en la revolución”, que incluía parques immaculados, peroratas sobre la agresión vietnamita y películas propagandísticas.¹⁴² Durante toda su estadía se prohibió a los tres forasteros cualquier exploración independiente. Hablaron sólo con quienes habían sido seleccionados por *Angkar* para representar a los KR, e incluso en estas entrevistas estuvo presente un guía en todo momento. Nada de lo que vio Becker se parecía a lo que recordaba ni a lo que describían los refugiados en la frontera tailandesa. Llevaron a pescadores, obreros de las plantaciones de caucho, tejedores, todos para hablar de lo gozoso de la revolución y la abundancia de su productividad.

Fue sólo cuando Becker se escabulló de su cercado, cuando obtuvo una impresión de lo que existía detrás de la aldea a la Potemkin. Si el principal bulevar de Phnom Penh, el Monivong, estaba rasurado para el consumo de visitas, las calles aledañas estaban llenas de rastrojos. Los negocios y las casas estaban escardadas. Había muebles y artefactos apilados al azar. Así como muchos santuarios religiosos se convertirían en escombros más tarde en Bosnia, también desaparecieron sin rastro la catedral francesa y las pintorescas pagodas. Incluso cuando participó en las actividades programadas del KR, Becker observó un país en que faltaba todo lo que sugiriera vida.

Recordaba después: “No había puestos de comida, familias, gente joven jugando, ni siquiera juegos en las veredas, nadie paseaba, ni siquiera había perros y gatos en los callejones”.¹⁴³ Cuando alcanzaba a divisar gente en el campo, trabajaban sin alegría, con furia, sin contemplar ningún descanso. Los

impresionantes templos budistas del país se transformaron en graneros.

Es difícil imaginar lo confundidos que debieron sentirse Becker y los demás en ese momento. Habían oído los informes de refugiados acerca de masacres y hambruna. Sospechaban que el número de muertes estaría en el orden de los cientos de miles, pero no sabían casi nada específico acerca del sanguinario régimen de Pol Pot. Elizabeth Becker no fue capaz de hacerse de la imaginación práctica o moral necesaria para vislumbrar las profundidades de lo que transcurría detrás de la prístina y alegre fachada con que se encontró. Afirmó:

Fuimos los tres ciegos del cuento que trataban de imaginarse la forma del elefante. En esa época nadie entendía el funcionamiento interno del régimen: cómo operaban las zonas, cómo controlaba el partido al país, cómo operaba la policía secreta, la supuesta existencia de centros de tortura y exterminio, la gravedad de la miseria y la muerte [...] Teníamos la cola, las orejas, las patas del monstruo, pero ni idea de su forma total...¹⁴⁴

En las postrimerías del viaje de dos semanas, el brillo de ser las primeras visitas muy pronto se opacó. El 22 de diciembre de 1978, el último día completo del grupo en el país, Becker fue la primera periodista estadounidense en entrevistar al notorio Pol Pot. Aunque había oído del carisma del Hermano Número Uno, su sonrisa era mucho más cautivadora y sus maneras más pulidas de lo que anticipó.

Pero no hubo que esperar mucho antes de que ocultara su manera encantadora, pues trataba a Becker y a su colega Dudman como si les concediese una audiencia, no una entrevista. Pol Pot se despachó con una lacerante y paranoica crítica a Vietnam que duró una hora, y predijo una guerra entre la OTAN y el Pacto de Varsovia a causa de Camboya. Advirtió: “Una Kampuchea satélite de Vietnam es una amenaza y un peligro para el sudeste asiático y el mundo [...] pues Vietnam ya es satélite de la Unión Soviética, y aplica la estrategia soviética en el sudeste asiático”.¹⁴⁵ Irónicamente, la política de los planificadores estadounidenses en los siguientes meses se basó en supuestos similares a los de Pol Pot.

A Caldwell, el marxista escocés, se le concedió una entrevista aparte con el supremo líder revolucionario. Cuando más tarde comparó notas con Becker, con gran júbilo describió el dominio que tenía Pol Pot en el ámbito de la teoría económica revolucionaria. Antes de ir a dormir, ella debatió una última vez con su fanático colega acerca de la veracidad de los relatos de los refugiados, que él

todavía se resistía a creer, y del valor de la revolución, en la que se resistía a dejar de creer. La despertaron en medio de la noche los tumultos y disparos afuera de su cuarto. Hubo media docena o más de disparos, y pasó hora y media en el más extenso y aterrador silencio de toda su vida. Cuando por fin oyó la voz de su guía KR, salió temblando al corredor. Dudman estaba bien, le dijeron, pero Caldwell, el fiel creyente, había sido asesinado.

Ella no se explicaba por qué habían matado a Caldwell, pero sospechaba que una facción quería hacer quedar mal a otra, o sellar una grieta con el mundo exterior antes de que se ensanchara. Un asesinato desalentaría a los extranjeros entrometidos. El 23 de diciembre, Becker y Dudman llegaron a Pekín con el cajón de madera que contenía el cuerpo de Caldwell. Dos días más tarde Vietnam lanzó una invasión en gran escala a Camboya.

CONSECUENCIAS

Rescate “humanitario”

Kassie Neou, uno de los principales defensores camboyanos de los derechos humanos hoy en día, sobrevivió a la locura de Pol Pot y a la indiferencia del mundo exterior. Profesor de inglés antes de la revolución, se hizo pasar por chofer de taxi, se deshizo de sus gafas y trabajó con ahínco para adquirir un “estilo de taxista”. Tenía que hacer creer a los KR que no tenía educación. Sin embargo, fue capturado, se le torturó cinco veces y pasó seis meses en una prisión KR con otros 36 presos. De los 37 que estaban sujetos uno a otro con ganchos de hierro, sólo Neou sobrevivió. Los jóvenes guardias ejecutaron a los demás, pero a él lo exceptuaron porque se acostumbraron a las fábulas de Esopo que les contaba antes de dormir. Cada vez que Neou habla hoy en día del terror, se levanta la pernera del pantalón para mostrar la áspera piel blanquecina alrededor del tobillo donde un grillete lo inmovilizaba. Los crímenes de los revolucionarios fueron tan incomprensibles que cierta parte de él encuentra alivio en tener pruebas tangibles de su experiencia.

Durante su prisión, aunque había sido muy crítico del anterior desempeño estadounidense en Camboya, Neou era uno de los numerosos camboyanos que no podía dejar de soñar que Estados Unidos rescataría a su pueblo. Recuerda: “Cuando se sufre como sufrimos nosotros, uno no puede imaginar que nadie vendrá a poner fin al dolor. Día a día uno se despertaba pensando ‘alguien va a

venir, algo va a pasar’. Si se deja de imaginar el rescate, se pierde toda esperanza. Y la esperanza es lo único que a uno lo mantiene vivo”. Los sobrevivientes del terror, por lo general, recuerdan haber mantenido ilusiones parecidas y necesarias. Sin ellas, dicen, primaría la tentación de elegir la muerte a la desesperación.

Neou fantaseaba que sería Estados Unidos el que lo salvara de una muerte segura, pero fue Vietnam, el enemigo de Estados Unidos, el que echó por fin a los sanguinarios radicales comunistas en enero de 1979. En respuesta, Estados Unidos, que en 1978 había empezado por fin a condenar a los KR, se replegó, y apoyó a los genocidas camboyanos contra los agresores vietnamitas.

La invasión vietnamita tuvo una consecuencia humanitaria, pero sus motivos no fueron humanitarios. Es más: durante mucho tiempo Vietnam y su protector soviético bloquearon las investigaciones de atrocidades cometidas por su anterior socio revolucionario. En 1978, sin embargo, a medida que escalaron las incursiones KR en Vietnam, éste comenzó a dar detalles de las masacres KR. Los funcionarios vietnamitas citaban extractos del libro de Ponchaud, *Año Cero* [Year Zero], como propaganda radial. Alentaron a los camboyanos a “levantarse para luchar y derrocar a la pandilla de Pol Pot y Ieng Sary”, que eran “más bárbaros [...] que los fascistas hitlerianos”.

Vietnam también comenzó a readoctrinar y entrenar a desertores de los Khmer Rouge y a prisioneros camboyanos tomados en el territorio ocupado en Camboya. Cada vez estrechaba más lazos con la Unión Soviética: se unió al Comecon [Consejo de Asistencia Económica Mutua], firmó un tratado de 25 años de amistad y cooperación con los soviéticos y recibió crecientes envíos militares. La Unión Soviética se unió a la campaña antiKR de Vietnam y condenó su “política genocida”.

Durante el año precedente, Estados Unidos cortejó a Vietnam con vistas a restablecer relaciones diplomáticas, pero no veía con agrado que Vietnam invadiera a su vecina.¹⁴⁶ Desde la embajada estadounidense en Bangkok, el embajador Morton Abramovitz escribió en un cable secreto al Departamento de Estado en agosto de 1978: “Ni los khmer ni el mundo extrañarían a Pol Pot. No obstante la independencia de Kampuchea, en particular su libertad de una significativa presencia de Hanoi o dominación completa por Hanoi, es importante para nosotros”.¹⁴⁷ Lejos de alentar el derrocamiento de los KR, como habrían deseado Neou y otros, los funcionarios estadounidenses sugirieron a los

vietnamitas que lo pensarán dos veces. En noviembre de 1978, el secretario de Estado, Vance, envió un mensaje a los vietnamitas: “¿No ven lo que les espera si invaden Camboya? Ésta no es la manera de lograr la paz en la región. ¿No podemos usar algún instrumento de las Naciones Unidas, usar a la ONU de algún modo?”¹⁴⁸

Estados Unidos tenía su propia razón para mostrar desagrado por un triunfo de Vietnam. Tenían intenciones de restaurar relaciones diplomáticas con China el 1 de enero de 1979. La hostilidad de China hacia Vietnam y su patrocinador militar y político soviético ejercieron gran influencia en la reacción estadounidense ante la invasión. No era la primera vez ni sería la última que la geopolítica primaba sobre el genocidio, los intereses sobre la indignación.

Consciente del aislamiento e impopularidad de los Khmer Rouge en Occidente, Hanoi pensó que ganaría aplausos si derrocaba a Pol Pot. También determinó que al margen de la opinión del mundo externo, no podía permitir los continuos avances de los KR en el delta del Mekong. Para el 22 de diciembre de 1978, los aviones de Vietnam empezaron a efectuar 40 o 50 misiones diarias a Camboya. Y el 25 de diciembre de 1978, 12 divisiones vietnamitas, es decir, unos 100 000 soldados, se desquitaban por los ataques de los KR por tierra. Junto con unos 20 000 camboyanos insurrectos, arrasaron con rapidez la campaña camboyana. Pese a las predicciones de Estados Unidos en el sentido de que los KR serían un enemigo militar potente, se confirmó la predicción de McGovern de un veloz colapso. Al carecer de apoyo popular, el Khmer Rouge y sus dirigentes huyeron casi de inmediato a la selva del norte de Camboya y cruzaron la frontera tailandesa.

Los vietnamitas completaron su victoria relámpago con la captura de Phnom Penh, el 7 de enero de 1979.

CALAVERAS, HUESOS Y FOTOS

Al tomar posesión del país, los vietnamitas hallaron evidencia de asesinatos en masa en todas partes. Estaban seguros de que esta prueba fortalecería la legitimidad de su intervención y el gobierno títere que instalaron. En los meses y años inmediatamente posteriores al derrocamiento, los periodistas que fueron a Camboya oyeron infinidad de historias espantosas. Cada vecindario parecía tener una fosa común propia. Todavía se veían huesos que sobresalían de la tierra. Los

angustiados ciudadanos le ponían nombre al culpable: “Pol Pot mató a mi marido”, “Pol Pot destruyó el templo”. Muy pronto se calcularon las muertes. En total, en tres años y medio de gobierno Khmer Rouge, de una población de siete millones, unos dos millones de camboyanos murieron ejecutados o de hambre.¹⁴⁹ Las minorías nacionales fueron blanco especial del régimen. La minoría vietnamita fue completamente exterminada. De los 500 000 cham musulmanes que vivían en Camboya antes de la victoria de Pol Pot, sobrevivieron unos 200 000. De los 60 000 monjes budistas, todos menos 1 000 perecieron.

El Centro de Interrogación Tuol Sleng en Phnom Penh, cuyo nombre en código era Oficina S-21, rápidamente se convirtió en el más notorio símbolo del terror.¹⁵⁰ Un par de periodistas vietnamitas descubrieron este centro en una zona de la capital conocida como Tuol Svay Prey, o “Colina del mango silvestre”. Al recorrer el barrio con tropas vietnamitas el día siguiente a la captura de la ciudad, olieron lo que pensaban era carne en descomposición y se fijaron en un exuberante lugar que en su época era una secundaria para mujeres. Descubrieron muy pronto que, de los 16 000 camboyanos que ingresaron ahí, sólo cinco salieron vivos.¹⁵¹

El complejo Tuol Sleng consta de cuatro edificios de tres pisos, unidos en el piso superior por un corredor, frente a sendos jardines, en otras épocas campos de juego de las jóvenes. Un edificio de madera de un solo piso divide en dos al complejo. En algún momento, a fines de 1975, Kang Keck Ieu (conocido como *Duch*), antes un docente, se ocupó del manejo de las instalaciones y ayudó a convertir a ese centro de inocencia en uno de inhumanidad. La mayoría de los implementos encontrados en Tuol Sleng eran primitivas herramientas de jardinería, de “doble uso”. El edificio A, con celdas individuales para los prisioneros, se dividía en pequeñas habitaciones, cada una con su armazón de cama, una caja para municiones donde recoger las heces de los prisioneros y tijeras de podar, caños de plomo y azadas. Cuando los periodistas vietnamitas entraron en estas habitaciones por vez primera en 1979, encontraron estas herramientas al lado de las víctimas ensangrentadas, cuyos cadáveres yacían esposados a los marcos de las camas. Las gargantas de los prisioneros estaban cortadas, y su sangre todavía goteaba lentamente de las camas a los pisos de mosaicos blancos.

Cuando los vietnamitas recorrieron el destrozado complejo, encontraron otros

adornos, que incluían instrumentos de tortura de mayor tamaño y bustos de Pol Pot. También examinaron las casas aledañas y descubrieron miles de documentos, cuadernos y fotos. Años más tarde, esta huella de papel serviría para promover el enjuiciamiento de los ya maduros ex líderes de los KR por genocidio y crímenes contra la humanidad.

Igual que los nazis, los que dirigían el centro de exterminio eran burócratas metódicos. La estadía de un prisionero en Tuol Sleng consistía en cuatro actividades básicas. Los prisioneros eran fotografiados, a su llegada o en el momento de morir. Se les torturaba, a menudo se les electrocutaba mientras colgaban de los pies, con la cabeza sumergida en cubetas llenas de agua. Se los obligaba a firmar confesiones en que reconocían su papel como agentes de la CIA o vietnamitas, y a confeccionar listas de su “red de traidores”. Luego se les asesinaba.

A los prisioneros de poca jerarquía se los ultimaba sin mayor demora, pero a los más importantes se los mantenía vivos para torturarlos más. El mayor número de muertes ocurrió el 27 de mayo de 1978, cuando se ejecutó a 582 personas. Los candidatos en un día determinado a menudo se reunían según su afiliación. Por ejemplo, el 22 de julio de 1977, los KR aniquilaron a los del Ministerio de Obras Públicas.¹⁵² También se encontraron las fotos y confesiones de cuatro estadounidenses. Los hombres desaparecieron en 1978, al navegar en un yate cerca de la costa de Camboya. Con la esperanza de convencer a sus brutales torturadores de que cedieran, escribieron detallados relatos grotescos acerca de sus elaborados planes, junto con la CIA, para desestabilizar Camboya.

Si hubo alguna vez un documento que capturaba el tono y terror institucional del régimen KR era la lista de instrucciones para los prisioneros colgada en el Centro de Interrogación Tuol Sleng. Decía:

1. Contestarás en consecuencia a las preguntas que te planteo. No intentes desviar mis preguntas.
2. No trates de huir inventando pretextos de acuerdo con tus ideas hipócritas.
3. No seas necio, pues eres un sujeto que osa contravenir la revolución.
4. Contestarás mis preguntas de inmediato sin perder tiempo en reflexionar [...]
6. Evitarás gritar fuerte durante el castigo con bastones o descargas eléctricas.
7. Te sentarás en silencio. Esperarás órdenes. Si no recibes órdenes, no hagas

nada. Si te ordeno hacer algo, lo harás de inmediato sin protestar [...]

9. Si desobedeces cualquier punto de mi reglamento, recibirás diez azotes o cinco descargas eléctricas.¹⁵³

Otro documento comprometedor que dejaron fue un “manual del interrogador”. Esta guía de 42 páginas para los torturadores de Tuol Sleng les recordaba que podían aplicar tanto tortura como presión política a sus prisioneros: “Los prisioneros no pueden escapar de la tortura. La única diferencia es mucha o poca [...] Debemos lastimarlos para que respondan pronto. No se debe ser tan sanguinarios como para causarles una muerte rápida, pues no se obtendrá la información necesaria”.¹⁵⁴

El régimen instalado por los vietnamitas tuvo el buen criterio de crear un Museo Tuol Sleng casi tan pronto como afianzó su control de la ciudad. Los nuevos dirigentes convirtieron las fotografías de prisioneros asesinados en la tal vez más vívida denuncia del mal en la segunda mitad del siglo xx. Las fotos eran de niños, niñas, hombres y mujeres de todas las formas, matices y tamaños; algunos azotados, otros bien afeitados y tranquilos; algunos parecen enloquecidos, otros resignados. Igual que en los campos de concentración alemanes, todos tienen un número. Y en todos se ve un último aliento de individualidad en los ojos. Es con estos ojos que interrogan al interrogador. Que suplican. Que se humillan. Que acusan. Que se acercan. Que se burlan. Y para quienes visitan, que recuerdan. Es en sus ojos, mucho más que en los montones de calaveras reunidas en cada aldea de Camboya, que las visitas se ven enfrentadas a la inminencia de los últimos días de las víctimas. Con sus ojos, la mayoría de los camboyanos mostraban que estaban bien vivos y que esperaban seguir así.

LA POLÍTICA ESTADUNIDENSE: ELEGIR EL MAL MENOR

La existencia del centro de tortura testimoniaba la depravación del régimen KR.¹⁵⁵ Pocos visitaron Camboya inmediatamente después de su derrocamiento, pero surgió suficiente evidencia de su brutalidad para que muchos estadounidenses supieran que debían celebrar su derrota. El senador McGovern, el nuevo belicista humanitario, se enteró de la victoria vietnamita y consideró que en ella se encerraba la verdadera ironía. Observó: “Después de todos esos

años de vaticinios de la caída de dominós y conspiraciones comunistas, fue Vietnam el que se metió y le puso fin a la matanza de Pol Pot. Sea cual haya sido su motivación, los vietnamitas fueron los que suministraron la fuerza militar para terminar el genocidio. Tendría que haberseles otorgado el Premio Nobel de la Paz”.

El oficial del servicio exterior, Charles Twining, que para entonces se encontraba en la sección de Australia y Nueva Zelanda del Departamento de Estado, se regocijó con los informes de la victoria vietnamita. Recuerda: “No veía otra manera en que se pudiera producir el cambio. Aquéllos de nosotros que conocíamos al Khmer Rouge aplaudimos, pero muy pronto nos dimos cuenta de que todos los demás lo sintieron como que ‘Vietnam, nuestro enemigo, se apoderó de Camboya’”.

Algunos prominentes funcionarios estadounidenses públicamente se confesaron destruidos. El embajador ante la ONU, Andrew Young, comentó a periodistas en Nueva York: “Casi siempre pienso que es equivocado que un país traspase las fronteras de otro, pero en el caso de Camboya no me siento terriblemente molesto [...] Es un país que ha matado a tantos de sus propios habitantes que no sé si algún estadounidense puede tener una idea clara [...] Es una situación moral terriblemente ambigua”.¹⁵⁶

Pero los cálculos racionales, en función de intereses, llevaron a Estados Unidos a otras conclusiones oficiales, que con rapidez superaron a estos estallidos de alivio entre los observadores de Camboya. La victoria vietnamita le presentó al presidente Carter una difícil elección moral y política. ¿Cuál era el mal menor: un régimen que exterminó a dos millones de camboyanos o un régimen comunista respaldado por la Unión Soviética que con flagrancia había violado una frontera internacional y ahora ocupaba un Estado vecino? Después de pensarlo, Carter se puso del lado del régimen Khmer Rouge desalojado. Estados Unidos tenía razones claras para oponerse a la expansión vietnamita (y, por extensión, soviética) en la región. También dijo interesarse en impedir la agresión a través de las fronteras en cualquier parte del mundo. Pero este principio se aplicaba de manera selectiva. En 1975, cuando su aliada, la petrolífera y anticomunista Indonesia, invadió Timor oriental, matando entre 100 000 y 200 000 civiles, Estados Unidos miró para otro lado.¹⁵⁷ En el caso de Camboya, acaso el factor más importante en la elección de Carter fue el apego estadounidense a China, que aún era el principal respaldo militar y económico del

gobierno derrocado de Pol Pot. El asesor de seguridad nacional, Zbigniew Brzezinski, miraba el problema a través del prisma sino-soviético. Puesto que los intereses estadounidenses estaban con China, también, indirectamente, estaban con los Khmer Rouge. Criticar a los KR pondría en peligro el nuevo vínculo entre Estados Unidos y China. Criticar a Vietnam no ofrecía peligro alguno.

Decidida la política, y con el firme sesgo en favor de China, el secretario de Estado Vance exigió de inmediato que los vietnamitas “retiraran sus fuerzas de Camboya”. Lejos de aplaudir el desalojo del KR, Estados Unidos comenzó a condenar con fuerza a Vietnam. Al elegir entre un país genocida y uno hostil a Estados Unidos, el gobierno de Carter eligió lo que consideraba el menor de los males, aunque difícilmente pudo haber uno mayor.

El nuevo gobierno de Phnom Penh estaba en manos de Heng Samrin y Hun Sen, dos antiguos oficiales del Khmer Rouge que desertaron y huyeron a Vietnam en 1977. Mientras, los KR se reagruparon en la frontera, gracias a la asistencia militar y médica de Tailandia, China, Singapur, Gran Bretaña y Estados Unidos.¹⁵⁸ Al tiempo que la Unión Soviética armaba a Vietnam y al gobierno de Heng Samrin, China abrió el Sendero de Deng Xiaoping para los envíos de armas chinas a los guerrilleros KR a través de Tailandia.¹⁵⁹ Brzezinski le dijo a Becker: “Recomendé a los chinos que apoyaran a Pol Pot. Alenté a los tailandeses a que ayudaran a los Khmer Rouge [...] Pol Pot fue una abominación. Nosotros jamás lo podríamos apoyar, pero China sí”.¹⁶⁰

El conflicto militar y político se desarrolló como una guerra sino-soviética a través de terceros. Vietnam y los estados del bloque soviético insistieron en que se había respetado la voluntad del pueblo camboyano, y que era absurdo apoyar un régimen genocida. Del otro bando se encontraban China, la mayoría de los miembros del ASEAN y los mismos oficiales abandonados de los Khmer Rouge, que insistían en que cualesquiera hubieran sido los abusos del régimen depuesto, nada podía legitimar una invasión extranjera.

Los Khmer Rouge hicieron su parte, con una especie de campaña de imagen. Khieu Samphan reemplazó a Pol Pot como primer ministro en diciembre de 1979, e invitó a los periodistas a escuchar su versión de los hechos. Rechazó los cargos de genocidio: “Hablar de asesinato sistemático es repugnante. Si hubiéramos matado en esa proporción no tendríamos a nadie con quien combatir a los vietnamitas”.¹⁶¹ Sin embargo, después de que saliera a la luz la evidencia de los horrores, Samphan no podía negar todo abuso. Con astucia reconoció unas 10

ooo ejecuciones con Pol Pot, y aceptó “errores” y “descuidos”. Samphan juró que si los KR recobraban el poder, no volvería a evacuar las ciudades, a restringir movimiento y religión ni a eliminar el dinero. En busca de ayuda estadounidense, también dejó de lado toda mención de los pecados pasados de Estados Unidos. “Éstas son cosas del pasado”, dijo en referencia a la invasión de Camboya en la época de Nixon, “y no deberían mencionarse”.¹⁶² Bien consciente de que era la hostilidad contra Vietnam y no simpatía alguna hacia los KR lo que le ganó el apoyo estadounidense, advirtió que sin éste y con el respaldo de Moscú, “los vietnamitas irán más lejos, hacia el resto del sudeste asiático, al estrecho de Malaca, para ejercer el control del Pacífico Sur y el océano Índico”.¹⁶³ Hablaba el idioma de moda del efecto dominó.

La elección política del gobierno de Carter fue fácil debido a que no existían voces internas que favorecieran a Vietnam. Los más ardientes anticomunistas en Estados Unidos todavía estaban enojados con Vietnam por la derrota. La izquierda no se involucraba. Los comunistas más empedernidos estaban confundidos por lo que parecía una repentina división del sudeste asiático en dos campos comunistas rivales y violentamente antagónicos. Las protestas masivas de los años sesenta fueron una reacción contra el imperialismo y la pérdida de vidas estadounidenses. Al no estar en juego ninguno de los dos en el conflicto vietnamita-camboiano de 1979, no resurgieron los activistas, que en su momento desempeñaron un papel central. El gobierno redujo su cálculo político a pura geopolítica sin provocar disensión.

El tema no era sencillo. Los camboianos estaban felices de haberse sacudido a los KR, pero se oponían a la ocupación vietnamita. Los vietnamitas los liberaron del infierno, pero no instituyeron la libertad que tanto anhelaban los camboianos. Las afirmaciones de los vietnamitas de que invadieron sólo para poner fin a las atrocidades y defender sus fronteras del ataque de Camboya resultaron más huecas con el pasar del tiempo. Unos 200 000 soldados vietnamitas patrullaban el país, y los asesores vietnamitas llenaban los ministerios del gobierno camboiano.

El régimen respaldado por los vietnamitas mereció una crítica adicional por su mal manejo de una hambruna. En un principio descartó como propaganda occidental que los camboianos se enfrentaban al hambre debido a la interrupción en los cultivos y una labranza mal llevada. Luego, cuando era claro que hacía falta ayuda externa, el régimen se mostró más interesado en usar el

alimento como un arma política que en asegurarse de que los camboyanos estuvieran bien alimentados.

Kassie Neou, el ex docente de inglés que hacía mucho fantaseaba sobre el rescate, recuerda sus reacciones ante la invasión vietnamita: “Mi primera reacción fue cruda. Era sencilla: ‘¡Ah! nos salvamos’. Mi segundo pensamiento, al darme cuenta de que nuestra tierra estaba ocupada, fue ‘Mmmmmm’. Básicamente los vietnamitas nos salvaron de una muerte segura, y merecían nuestro agradecimiento por eso. Pero años más tarde teníamos ganas de decirles: ‘Ya les dimos las gracias. ¿Por qué siguen aquí?’”

El príncipe Sihanouk, en su momento el líder nominal del frente KR, fue puesto bajo arresto domiciliario al poco tiempo de que los KR se apoderaron de Phnom Penh. En el curso del gobierno de Pol Pot perdió tres hijas, dos hijos y quince nietos. Al atisbar una nueva apertura política, salió de las sombras después del derrocamiento de los KR, y criticó tanto a éstos como a los vietnamitas: “Es una pesadilla. Los vietnamitas son como un hombre que tiene un pedazo de torta muy deliciosa en la boca —Camboya— y todo lo que puede hacer es tragarse esa torta”.¹⁶⁴ Para muchos camboyanos, la ocupación vietnamita pronto pasó a sentirse como la “liberación” de Polonia por los soviéticos después de la ocupación nazi.

¿UN RÉGIMEN MENOS HEDIONDO?

La Comisión de Credenciales de la ONU, un oscuro cuerpo de nueve miembros con sede en el edificio de Nueva York, pasó a ser el extraño foro para el debate internacional respecto de qué hacer con Camboya. Esta comisión, por lo general, se reunía dos veces por año para decidir si los estados poseían las “credenciales” necesarias para ocupar su banca. En septiembre de 1979, cuando se reunió la comisión, tanto los vencidos KR como el victorioso régimen respaldado por los vietnamitas presentaron sus solicitudes. Los delegados de la ONU de los mundos comunista y no comunista adoptaron puntos de vista encontrados respecto del régimen que debía reconocerse y de las violaciones más graves a la ley internacional.

Tres capas de geopolítica hacían improbable que el representante estadounidense favoreciera quitarle su banca en la ONU a los Khmer Rouge. En primer lugar, Estados Unidos estaba decidido a no condenar la invasión

vietnamita; en segundo, quería complacer a China, y en tercero, como una cuestión de política básica, deseaba que la Comisión de Credenciales continuara como un organismo burocrático formal más que como un cuerpo político que influyese en la “bondad” o “maldad” relativas de un régimen. Si la Comisión se apartaba de su ritualista sellado de documentos y comenzaba a juzgar los méritos y deméritos de los Estados miembro, Estados Unidos temía que la comisión, como siguiente medida, le retirase las credenciales a Israel.

Robert Rosenstock era el abogado que representaba a Estados Unidos en la Comisión de Credenciales. El secretariado procuraba seleccionar personas que tratarían el otorgamiento de credenciales como un asunto técnico, no sustancial. Querían gente, dice, que no “empezaran cosas si un gobierno era un espanto”. Rosenstock no encontraba en especial difícil el voto sobre Camboya:

Nosotros los de la Comisión de Credenciales no [...] causamos dificultades [...] Para que nos opusiéramos a nuestro modo de operar de larga data, alguien en Washington tendría que llamarnos y decir: “Escuche, estos tipos de los Khmer Rouge en realidad tienen un tufo intolerable y estos tipos nuevos, los vietnamitas, hieden un poco menos, así que quitémosle las credenciales al régimen más hediondo”. Eso no sucedió. Washington lo vio como “Todos tienen mal olor, así que dejemos las cosas como están”.

Rosenstock naturalmente argumentaba que el tema crucial no era la conducta de un gobierno contra su propio pueblo. Puesto que se aceptaron las credenciales en la sesión de 1978 de la Asamblea General, tendrían que aceptarse de nuevo. La comisión tenía una tarea “técnica” que desempeñar, no política.

El 19 de setiembre de 1979, tras un acalorado debate y, pese a la propuesta del Congo de que la banca de Camboya quedara vacante, la comisión votó seis contra tres por otorgarle las credenciales al régimen KR. Ni siquiera examinó las credenciales del gobierno de Heng Samrin respaldado por los vietnamitas.¹⁶⁵

Rosenstock afirmó: “Me mandaron a arreglar los resultados de la Comisión de Credenciales, así que arreglé el resultado”. El hombre más feliz y sorprendido en toda Nueva York el día del voto fue Ieng Sary, de los KR.¹⁶⁶ Vino saltando hasta Rosenstock después del voto y le extendió la mano. “Infinidad de gracias por todo lo que hizo por nosotros”, dijo Ieng. Rosenstock le dio la mano y luego le murmuró a un colega: “Creo que entiendo ahora cómo se debió de sentir Poncio Pilato”.

La batalla todavía no estaba ganada, pues el debate sobre las pretensiones

morales y legales de los dos regímenes simplemente se trasladó de la Comisión de Credenciales a la Asamblea General dos días más tarde. Aquí numerosos críticos se opusieron a la recomendación de la Comisión de Credenciales de que se reconociera a los KR. Los delegados, sobre todo los del bloque soviético, argumentaron que la brutalidad de los KR era de tal magnitud que habían perdido todo derecho a ejercer la soberanía. Estos representantes ante la ONU sostuvieron que el nuevo régimen controlaba el territorio camboyano, representaba la voluntad del pueblo y por tanto se merecía el rango de soberano legítimo.

Otros hablaron del holocausto. El representante de Granada comparó a los liberadores vietnamitas con los aliados que administraron Alemania tras su derrota. Los delegados soviético y bielorruso citaron los términos del Convenio sobre Genocidio, que decían convalidaba denegarle reconocimiento al régimen genocida. Lejos de merecer ocupar la banca en la ONU, dijeron, Pol Pot e Ieng Sary, quienes huyeron por la frontera tailandesa, tendrían que ser extraditados de vuelta a Camboya para ser juzgados por genocidio, de acuerdo con la convención.

El debate fue muy encarnizado, mientras se intercambiaban condenas ya del antiguo régimen, ya del nuevo, en el recinto. Aunque la mayoría de los oradores apoyaba el punto de vista chino y estadounidense de que la invasión vietnamita no debería reconocerse, ninguno puso reparo respecto de las atrocidades cometidas por Pol Pot. Es más, todos se cuidaron de condicionar su apoyo a los KR al afirmar que “no estaban en favor” del régimen de Pol Pot, “no condonaban su desempeño en cuanto a derechos humanos” ni “excusaban sus abominables crímenes”. Sus votos para otorgarle la banca, hicieron notar, “no significaban estar de acuerdo con las anteriores políticas de sus dirigentes”.¹⁶⁷

Estados Unidos llevó la postura de Rosenstock de la Comisión de Credenciales a la Asamblea General. El representante estadounidense, Richard Petree, recuerda: “Durante tres años hemos estado a la vanguardia de esfuerzos internacionales por llevar a cabo cambios fundamentales en estas prácticas y políticas por medios pacíficos”. Sin embargo, a falta de un “derecho superior”, el régimen reconocido por la Asamblea General anterior debería reconocerse de nuevo.¹⁶⁸ Había valores morales en juego: un compromiso con la paz, la estabilidad, el orden y la soberanía de la ley, a la vez que la insistencia de que los estados desempeñen sus obligaciones según la Carta de la ONU. La misma elevaba la no interferencia entre los estados soberanos a un principio sagrado.

Aún no surgía ninguna doctrina de intervención humanitaria para cuestionarlo.

La mayoría de los argumentos de quienes votaron en favor de los KR eran contradictorios en sí mismos. Comenzaron por insistir en que el reconocimiento del régimen instalado por Vietnam equivaldría a condonar la intervención extranjera, y a dar paso libre a invasiones extranjeras por grandes potencias a estados pequeños, con lo que el mundo se convertiría en un “lugar más peligroso”. Sin embargo, al momento siguiente sostenían que mantener el reconocimiento del gobierno de Pol Pot no significaría condonar el genocidio, ni otorgarle permiso a dictadores en otros sitios que se crean con derecho a tratar a sus ciudadanos tan abusivamente como quisieran.

No obstante, prevaleció la postura de Estados Unidos. El primero de muchos debates, el 21 de septiembre de 1979, duró seis horas y media, y la asamblea votó 71 a 35 (con 34 abstenciones y 12 ausencias) en favor de la resolución de la Comisión de Credenciales. Khieu Samphan, de los KR, declaró, según la primera plana del *Washington Post*: “Ésta es una postura justa y lúcida, y agradecemos fervorosamente a Estados Unidos”.¹⁶⁹

Aunque tendrían que pasar años antes de que Pol Pot entrara en las filas de los locos del siglo xx, donde hoy en día se le coloca sin duda, ya en 1979 muchos veían la profundidad de su terror. Los que pudieron visitarlo conocieron Tuol Sleng, contemplaron los restos esqueléticos que quedaron a través del país, se hicieron una idea del número de muertes y hablaron con sus amigos camboyanos, quienes a menudo estallaban en llanto sin advertencia. Rosenstock recuerda: “Me di cuenta lo suficiente en aquella época como para sentir que había algo repugnante en darle la mano a Ieng Sary. No tenía la costumbre de compararme con Poncio Pilato. Quiero decir que tuve ganas de vomitar cuando el tipo me metió la mano enfrente. Agh, fue espantoso”. Sin embargo no tan espantoso como para que él o sus colegas en cargos más altos cuestionaran la política estadounidense, que obedecía a su oposición a Vietnam y su interés en complacer a China.

Incluso pasado el voto de 1979, la presencia de oficiales KR en la ONU continuó ofendiendo a muchos estadounidenses. Antes del voto de la Comisión de Credenciales en 1980, 10 senadores firmaron una carta solicitando que Estados Unidos se abstuviera de votar a fin de “desligarse de ambos” regímenes brutales. Un editorial del *Washington Post* instó a que Estados Unidos mantuviese abierta la banca, pues nada funcionaba en cuanto a su política de reconocer a los KR. El

editorial sentenciaba: “Geopolíticamente no le ha generado beneficios evidentes. Políticamente sirvió para que Hanoi justifique su apoyo a Heng Samrin y desconfíe de los envíos humanitarios de la ONU. Moralmente, está más allá de todo comentario”.¹⁷⁰

Otro editorial, “Diplomacia para taparse la nariz”, señalaba: “Hay demasiados momentos difíciles en la política exterior, pero éste no es uno de ellos”.¹⁷¹ Sin embargo, en realidad ningún *lobby* estadounidense presionó a favor de la solución de la banca vacía y, en el lado contrario de la cuestión, los cinco embajadores de los países del ASEAN (Indonesia, Malasia, Singapur, Tailandia y Filipinas) alentaban a la Casa Blanca a no ceder. En un esfuerzo por ganar apoyo en la pretensión de los KR de conservar la banca en la ONU, también sostuvieron una reunión secreta con miembros de la subcomisión para asuntos asiáticos y del Pacífico del Senado.¹⁷² Tras un breve periodo de suspenso, el secretario de Estado, Edmund Muskie, anunció que, puesto que Vietnam continuaba en su negativa de retirarse de Camboya, Estados Unidos volvería a apoyar la inclusión del gobierno de Pol Pot en la ONU. Subrayó que la decisión de Estados Unidos “de ningún modo sugiere apoyo o reconocimiento” del régimen Khmer Rouge. “Aborrecemos y condenamos el desempeño del régimen en cuanto a derechos humanos”, dijo Muskie.¹⁷³ La Asamblea General votó 74 a 35, con 32 abstenciones. Al año siguiente el debate sobre el reconocimiento del KR pasó a ser *pro forma*.¹⁷⁴

En 1982, bajo presión de la ASEAN, los Khmer Rouge entraron en una coalición formal que incluía a las fuerzas no comunistas, el llamado Ejército Nacional de Sihanouk y el Frente de Liberación Nacional del Pueblo Khmer, con Son Sann. Esta coalición compartió la banca en la ONU. A petición de Estados Unidos, China proveyó de armas a Son Sann, y en 1982 Estados Unidos comenzó a brindar ayuda secreta no letal. Con un presupuesto inicial de cinco millones de dólares anuales, estos fondos se elevaron a 12 millones en 1985, cuando el Congreso autorizó cinco millones en asistencia abierta.

La coalición Khmer Rouge ocupó la banca en la ONU mientras sus guerrillas combatían al régimen de Heng Samrin desde la campiña. La tácticas de los KR apenas cambiaron. Sus soldados capturaban y ejecutaban a turistas extranjeros, y aterrorizaban a aquellos camboyanos que tenían el infortunio de vivir bajo su control.¹⁷⁵ Las consecuencias del reconocimiento internacional fueron significativas. La coalición KR legítima recibía apoyo financiero y humanitario

internacional, mientras que el régimen ilegítimo instalado por Vietnam recibió el trato de paria. El pueblo camboyano, que hacía tan poco había quedado aislado por el paranoico KR, estaba aislado ahora por Estados Unidos y sus aliados.¹⁷⁶

Sin hacer caso de toda la evidencia disponible en Camboya ni de su compromiso de castigar el genocidio, los estados miembro de la ONU continuaron negándose a invocar la Convención sobre Genocidio para iniciarle juicio al gobierno camboyano en la CIJ. Más aún, las comisiones oficiales de la ONU todavía se abstenían de condenar siquiera el genocidio. Sólo hasta 1985 se venció brevemente la inercia burocrática y las divisiones políticas, de tal forma que se pudo iniciar una investigación por parte de la ONU. Para entonces, porque se había demostrado que los Khmer Rouge habían matado a enormes cantidades de chames musulmanes, monjes budistas y vietnamitas *como tales*, resultó relativamente sencillo demostrar que el régimen era culpable de genocidio contra grupos étnicos, nacionales y religiosos definidos. Una vez que el presidente de la Subcomisión para la Prevención de la Discriminación y Protección de Minorías documentó los crímenes en forma total, el informe final de 1985 describió las atrocidades como “las más graves que ocurrieron en parte alguna del mundo desde el nazismo”. La subcomisión subrayó que los horrores se perpetraron contra enemigos políticos además de minorías étnicas y religiosas, pero decidió que esto no invalidaba el uso del término “genocidio”. De hecho, en palabras de Ben Whitaker, el investigador especial sobre genocidio de la ONU, los KR cometieron genocidio “incluso según la definición más restringida”.¹⁷⁷

Sin embargo, nada cambió como resultado de la declaración. La bandera Khmer Rouge continuó ondeando afuera de las Naciones Unidas, y su ministro de Relaciones Exteriores, Ieng Sary, continuó representando a Camboya ante la ONU como si el terror KR jamás hubiera ocurrido. Sólo con el deshielo de la Guerra Fría y la visita del primer ministro soviético Mijail Gorbachov a su antigua archienemiga China, en mayo de 1989, dejó de ser Camboya un peón en el tablero de las superpotencias. Al perder interés los chinos y soviéticos en continuar una guerra a cargo de terceros, como eran los KR y los vietnamitas, Estados Unidos ya no tenía más motivos para apoyarlos.

Sólo hasta julio de 1990, el secretario de Estado James Baker escribió una carta al líder mayoritario del Senado, George Mitchell, que delineaba la nueva política estadounidense hacia el KR en la ONU. En adelante, Estados Unidos votaría en contra de la coalición KR en la ONU y por fin apoyaría el envío de ayuda

humanitaria a Camboya y Vietnam.¹⁷⁸

Sin embargo, en las negociaciones en París para lograr un acuerdo de paz entre las facciones rivales, Estados Unidos se puso del lado de China y los KR al oponerse a la palabra “genocidio” en el acuerdo de paz. Esto generó un momento difícil en medio de las negociaciones, que duraron toda la noche, cuando, según los funcionarios estadounidenses presentes, el príncipe Sihanouk se puso de pie y repitió: “Yo voto por genocidio. Yo voto por genocidio. Yo voto por genocidio”. Debido a que la posición de Estados Unidos prevaleció una vez más, los acuerdos no se refirieron a genocidio, sino a “las políticas y prácticas del pasado condenadas universalmente”.¹⁷⁹

VII. HABLAR FUERTE Y BUSCAR UN GARROTE

Como nación, tendríamos que haber sido los primeros en ratificar el Convenio sobre Genocidio [...] En su lugar, es posible que seamos los últimos.

EARL WARREN,
presidente de la Suprema Corte de Justicia¹

“UNA MANO ATADA”

El senador Proxmire había tenido poco éxito con su ritual de un discurso por día sobre el Convenio sobre Genocidio para atraer la atención sobre el ocurrido en Camboya, pero tuvo todavía menos éxito en la generación de apoyo por el convenio en sí. Un pequeño grupo de extremistas mostraba una oposición implacable a la ratificación estadounidense. El Liberty Lobby [Cabildeo por la libertad], que la Liga Antidifamación llamó la “voz más fuerte del antisemitismo en Estados Unidos”, publicaba el semanario *Spotlight*, con 330 000 suscriptores, y una red de 425 estaciones de radio en 46 estados. El *lobby* criticó los esfuerzos de Estados Unidos por desnaturalizar y deportar a colaboradores nazis y criminales de guerra residentes en ese país. Sostuvo que la ratificación del Convenio sobre Genocidio permitiría que se enjuiciara ante un tribunal internacional incluso a los misioneros, “con base en que la conversión de caníbales africanos al cristianismo es destruir una cultura”.

Otros grupos ultraderechistas también se sumaron. La Sociedad John Birch llamó a la convención una “perniciosa perversión comunista”.² Los críticos de la convención pusieron una vez más en circulación el viejo argumento de que la ratificación significaría que “usted o yo podemos ser capturados y llevados a juicio en Jerusalén o Moscú o el Punjab [...] si ofendemos a un judío u a otra minoría”.³

Lo que sorprendía, al menos a primera vista, era la enorme y desproporcionada influencia de estos grupos en el proceso legislativo. Proxmire

señaló que los que criticaban el tratado eran “el sueño de un político de lo que cada uno desearía identificar con su opositor”.⁴ De un modo nada inusitado para el Congreso, los cabilderos se volvían más estridentes y, por ende, más eficaces en su oposición que los grupos mayoritarios que apoyaban la ley en forma pasiva. Proxmire advirtió en 1986: “No nos engañemos con que [las llamadas organizaciones desacreditadas] sean asombrosamente efectivas”. E identificó el desafío:

Los defensores responsables, respetados, prestigiosos del tratado pocas veces lo discuten. Cuando lo hacen, hablan de él en términos reales, moderados, ecuanímenes, razonables. Esto no alarma a nadie. La inmensa mayoría de los estadounidenses concuerda con los simpatizantes del tratado, pero no se alteran por su causa. No se guían por las emociones. Rara vez escuchan. ¿Y cuál es el resultado? Nos vamos a casa, a nuestros estados. La única vez que oímos hablar del Tratado sobre Genocidio es lo que menciona gente intensa, amargada, quienes lo conocen por lo que leen en *Spotlight*, del Liberty Lobby o alguna publicación de la Sociedad John Birch.⁵

Los promotores de los derechos humanos tenían muchas esperanzas en la presidencia de Jimmy Carter. Esperaban que impulsara una base de apoyo más amplia y enérgica en favor de la convención. Carter intentó resucitar la ley con un discurso en marzo de 1977 ante las Naciones Unidas. Recibió ayuda cuando Proxmire y otros se valieron de la serie televisiva *Holocaust* para provocar un debate en el Senado. Pero el tema de nuevo desapareció de la vista pública. En su lugar, Carter optó por su ventaja en la legislatura para asegurarse de la ratificación del Tratado del Canal de Panamá en 1977 y del Start II en 1979. “El problema de Carter era que tenía muchos problemas más”, sostiene William Korey, ex director de Investigación de Política Internacional de B’nai B’rith, que en ese momento participaba en la Comisión *Ad Hoc* para la Ratificación de los Tratados sobre Derechos Humanos y Genocidio, formado en los años sesenta para conseguir apoyo para los tratados sin ratificar.

Al principio de los ochenta, pese a su fatiga y exasperación, Proxmire, Korey y otros partidarios del tratado comenzaron a atisbar una nueva receptividad estadounidense a la convención. El Colegio de Abogados [American Bar Association], el más importante opositor a la ratificación a través de los años, retiró su oposición en 1976. Korey ayudó a atraer una breve ráfaga de atención a la vida de Lemkin. En 1964, después de escribir un artículo en el *Saturday Review* [“Un estadounidense avergonzado”] acerca de la falta de ratificación,

Korey recibió una llamada de Robert Lemkin, primo de Raphael Lemkin, dentista y aficionado a la escultura, que vivía en Hempstead, Long Island. Robert Lemkin le entregó un verdadero tesoro de las pertenencias de su primo: correspondencia, cuadernos, borradores de su libro sobre genocidio y un busto del huraño estadounidense de origen polaco, obra de Robert.

Korey le preguntó a Vartan Gregorian, director de la Biblioteca Pública de Nueva York, si estaría dispuesto a presentar una exposición sobre la desconocida vida de Lemkin. Gregorian, de ascendencia armenia, consintió. En diciembre de 1983 Kathleen Teltsch, la vieja amiga de Lemkin de sus días en las nacientes Naciones Unidas, escribió una breve nota en el *New York Times* sobre la exhibición.⁶ A su término, tras tres meses, Korey publicó varios ensayos acerca de la necesidad de ratificación en los más importantes diarios estadounidenses.⁷

Al ser ahora el holocausto un tema para la discusión y debate públicos, los promotores de la convención comenzaron a hacer lo que hicieron los promotores de Camboya: asociaron sus esfuerzos al holocausto. Proxmire lo hacía con frecuencia. Pregonaba las historias de polacos comunes que se negaron a “mirar desde lejos sin hacer nada” durante el holocausto: “Señor presidente, ¿podemos hacer menos que los Chrostek y los Walter Ukalo? Ellos hicieron lo que pudieron para detener las monstruosas acciones de los nazis. ¿Qué haremos para impedir un futuro holocausto? ¿Estamos dispuestos a unirnos al fin a las otras 96 naciones que ya ratificaron la Convención sobre Genocidio?”⁸ Invocó la muerte de Ana Frank. En el cumpleaños de ésta, declaró:

Señor presidente: Ningún tratado firmado por este país podría compensar jamás la pérdida de Ana Frank y los otros seis millones que perecieron en el holocausto. Pero tenemos la obligación de unirnos a las otras naciones que ya ratificaron el Tratado sobre Genocidio para que les resulte claro que compartimos su pena por la tragedia que le quitó la vida a Ana Frank. Necesitamos manifestar, señor presidente, nuestra intención de impedir que semejante tragedia jamás suceda de nuevo. Debemos dejar en claro que someteremos a juicio a quienes cometan genocidio.⁹

En la época del cuadragésimo aniversario de la liberación aliada de los campos de concentración nazi, Proxmire resaltó la indiferencia estadounidense durante la guerra. Durante el Tercer Reich, dijo, se pronunciaron 78 discursos en el Senado sobre la persecución de judíos en Europa: “Sin embargo, pese a los discursos y las resoluciones, las matanzas prosiguieron, los gritos de los moribundos quedaron sin oírse y nuestras políticas inmigratorias quedaron sin cambio.

Sorprende entonces que Hitler haya despreciado la indignación extranjera con la gracejada: ‘¿Quién recuerda a los armenios?’”¹⁰ Cuando Elie Wiesel, sobreviviente del holocausto, viajó por primera vez a Alemania, Proxmire también relacionó el hecho con la ratificación: “¿Cómo podemos simpatizar con la causa del señor Wiesel sin tomar acciones? La Convención sobre Genocidio establece los mecanismos para actuar...”¹¹

Aunque Proxmire cultivaba una imagen de apolítico, creó un caso agudamente político para la ratificación. Ni él ni otros propulsores de la convención se basaban sobre todo en argumentos morales, que poco a poco pasaban de moda. Al igual que Lemkin, se esmeraron en demostrar que no ratificarla perjudicaba los *intereses* estadounidenses. Si Lemkin por instinto apeló a los representantes gubernamentales al describir las pérdidas culturales que *ellos* sufrirían, Proxmire y otros promotores insistían en que no ratificar afectaba a la diplomacia estadounidense en la Guerra Fría. En un discurso de 1986, Proxmire afirmaba: “Es evidente que nuestro fracaso en ratificar [...] es uno de los más eficaces clubes propagandísticos que jamás haya tenido la Unión Soviética, y se la entregamos en bandeja de plata”.

La embajadora ante Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick, testificó ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado el otoño anterior: “Es contrario a nuestro interés como nación” inspirar propaganda antiestadunidense al negarnos a “reafirmar el apoyo claro e inequívoco de Estados Unidos a los objetivos de la Convención”. Proxmire citó sus palabras y preguntó: “¿Es la embajadora Kirkpatrick una especie de internacionalista que cree en un mundo único? ¿Se deja engañar con facilidad por trucos soviéticos o comunistas?”¹²

La Unión Soviética ratificó la Convención sobre Genocidio en 1954, acto que el *New York Times* describió como análogo a que Al Capone se uniera a la “liga antitabernas”.¹³ Proxmire concedía que los soviéticos eran hipócritas, que no tenían intención de cumplir la ley internacional sólo porque la firmaron, sin embargo, creía que Estados Unidos no debía alejarse de los lineamientos internacionales; eran la única gran potencia que no había ratificado la convención.

El representante soviético ante la Comisión sobre Derechos Humanos de la ONU y en las conferencias de revisión de los acuerdos de Helsinki socavaba con frecuencia las críticas estadounidenses al señalar que un país que ni siquiera había firmado la Convención sobre Genocidio no tenía derecho a dictarle clase de

derechos humanos a la Unión Soviética. Proxmire cuestionaba: “¿Por qué permitir a las naciones comunistas —que demasiado a menudo cumplen con estas obligaciones de dientes afuera— asumir la delantera moral en estos debates?” Estados Unidos podía usar el convenio como parte de su arsenal diplomático: “Es poco probable que se vaya a cometer genocidio en cualquier nación democrática occidental. Es más probable que tenga lugar en estados no democráticos, totalitarios o comunistas. No estamos en posición de presentar batalla con una mano atada a nuestras espaldas”.¹⁴

El personal de Proxmire recopiló una serie de enfrentamientos incómodos entre los representantes estadounidenses y soviéticos en conferencias internacionales, y bombardeó a los senadores. En una reunión de la Subcomisión para la Prevención de la Discriminación de las Naciones Unidas, Proxmire recordó que el delegado estadounidense, Morris Abrams, recomendó “medidas contundentes de aplicación” para enfrentar la discriminación racial. El delegado soviético le preguntó de inmediato a Abrams si Estados Unidos ratificó la Convención sobre Genocidio, el más básico de todos los tratados sobre derechos humanos. Frenado, Abrams reconoció apenado: “Por supuesto, mi país no ha ratificado el Convenio sobre Genocidio”.¹⁵

Rita Hauser, delegada del presidente Nixon en la Comisión sobre Derechos Humanos de la ONU, testificó ante la Comisión del Senado en 1970: “A menudo invocamos los términos de esta convención [...] en nuestro ataque continuo a las prácticas de la Unión Soviética, en particular respecto de sus comunidades judías, pero también de las ucranianas, tártaras, bautistas y otras más. Es esta anomalía [...] lo que a menudo provoca la objeción simple: ‘¿Quiénes son ustedes para invocar un tratado del que no forman parte?’”¹⁶

Aunque Proxmire relataba muchas de estas historias en el Senado y la táctica soviética se conocía desde hacía mucho, creía que el presidente Reagan, el conocido campeón de la Guerra Fría, se mostraría más molesto con las medidas de los conferenciantes soviéticos que sus predecesores. Reagan no permitiría al “imperio del mal” adueñarse de ningún terreno moral elevado.

Proxmire tenía el respaldo de la Comisión Popular *Ad Hoc*, que intentó generar presión de abajo hacia arriba. Al aproximarse la elección presidencial de 1984, Korey trabajó tras bastidores para cabildear con los consejeros sobre política exterior del entonces presidente Reagan y su opositor, Walter Mondale. Se unió a la campaña de Mondale, pero a comienzos de septiembre uno de los

asesores de política exterior de Reagan se presentó para expresar que el presidente estaba dispuesto a cambiar su postura respecto de la Convención sobre Genocidio y a apoyar la ratificación. Korey quedó sin réplica.

En cada campaña presidencial era tradicional que los candidatos usaran la convención anual del B'nai B'rith como oportunidad de dirigirse a la comunidad judía. En la víspera de la convención de 1984, John Hughes, vocero del Departamento de Estado, anunció públicamente que el presidente Reagan apoyaría el convenio sobre genocidio: “El compromiso de nuestro país de impedir y castigar actos de genocidio es indiscutible. Sin embargo, al no ratificar este tratado [...] Estados Unidos ha quedado expuesto a críticas innecesarias en los foros internacionales”.¹⁷

En su primer mandato Reagan no apoyó el convenio. Más aún, cuando el senador republicano Charles Percy, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, sostuvo audiencias sobre el tratado en 1981, ni un solo representante del gobierno de Reagan se presentó para prestar testimonio. Pero en su discurso al B'nai B'rith, gracias en parte al cabildeo de propulsores no gubernamentales y a la demostrada negativa de Proxmire de abandonar la cuestión en el Congreso, el presidente (y candidato) cambió de curso. Los rechazos soviéticos lo irritaban. Los consejeros de Reagan también suponían que el presidente podía granjearse por lo menos algunos votos judíos si apoyaba la medida. Pero quizá lo más importante era que, como le quedaban tres semanas a la sesión del Senado, el equipo de Reagan sabía que el tratado se debatiría hasta después de su reelección. Un asistente del Senado confió: “Ésta fue una medida lúcida de la presidencia. No quedaba tiempo para un debate en el que el presidente tuviera que medirse con los conservadores, pero sí para que el presidente recogiera beneficios políticos”.¹⁸

El tardío cambio de rumbo de Reagan fue una pequeña victoria para los partidarios de la convención, pero en realidad no hizo más que identificarlo con todos los demás presidentes estadounidenses, excepto Eisenhower. El gobierno no dio señales de que el presidente Reagan estuviera dispuesto a invertir el capital político necesario para promover una ratificación completa en el Senado.

Pero eso fue antes de que el presidente cometiera el error de Bitburg.

BITBURG

En abril de 1985 la Casa Blanca anunció que el presidente Reagan tenía programado colocar una corona en el cementerio de Bitburg en Alemania Federal el mes siguiente. El viaje de Reagan conmemoraba el cuadragésimo aniversario del final de la segunda Guerra Mundial, pero cuando la prensa informó que 49 oficiales de la Waffen SS nazi estaban sepultados ahí, y que Reagan se negó a visitar memoriales del holocausto, recibió críticas por su falta de sensibilidad. El *Washington Post* y el *New York Times* lo instaban a abandonar la visita, “uno de los episodios políticos más bochornosos y dañinos de su presidencia”.¹⁹ La Legión Estadunidense, que representaba a 2 500 000 veteranos de guerra, expresó estar “sumamente decepcionada”.²⁰ El líder republicano del Senado, Bob Dole, por su parte, solicitó públicamente la cancelación de la visita. Más de 250 legisladores le escribieron al canciller alemán, Helmut Kohl, para pedirle que excusara de tal humillación al presidente cambiando el lugar.

Diversas organizaciones protestaron con vehemencia. El principal grupo de cabildeo pro israelita, la Comisión Estadunidense de Asuntos Públicos Israelíes (AIPAC), el Consejo Memorial del Holocausto, organizaciones de sobrevivientes judíos y la mayoría de los más importantes dirigentes judeoestadunidenses expresó enojo y alarma. Wiesel, sobreviviente del holocausto, afirmó que rara vez había observado semejante indignación en los grupos judíos, y condenó lo que describió como “el comienzo de la rehabilitación de las ss”.²¹ En una ceremonia en la Casa Blanca en honor, coincidentemente, de Wiesel, Reagan intentó suavizar las cosas con “razones políticas y estratégicas” para visitar Bitburg. Pero en sus declaraciones públicas Wiesel rechazó la defensa de Reagan: “El tema aquí no es la política, sino el bien y el mal. Y nunca debemos confundirlos. Yo vi en acción a las ss. Y vi a sus víctimas. Éstas fueron amigos míos. Fueron mis padres”.²²

Reagan defendió el viaje por diversas razones: esperaba “cimentar” la amistad germano-estadunidense, era necesario mantenerse firme en sus compromisos con el canciller Kohl, era importante trascender la culpa alemana. En una entrevista, Reagan sostuvo que los soldados alemanes fueron “víctimas” de los nazis, “ni más ni menos que las víctimas de los campos de concentración”.²³ En respuesta a la indignación, Reagan agregó una visita al campo de concentración de Bergen-Belsen, pero se negó a hacer lo único que podía haber contenido las críticas: cancelar la visita. Prefería el descenso de su popularidad en las encuestas a ceder ante la presión pública: Eso daría la impresión de que cedí ante una

atención adversa”,²⁴ dijo, y culpó a la prensa por crear la controversia. “Consiguieron algo, y como perros [...] van a seguir masticándolo”. El presidente no cejó e ignoró las predicciones de sus estrategas republicanos de que la visita a Bitburg le costaría el apoyo de los judíos. El día de la visita, el 5 de mayo de 1985, estallaron protestas en Boston, Miami, Atlanta, Milwaukee, Filadelfia, Newark, West Hartford y New Haven.

Harold Koh era un abogado de 29 años en el Departamento de Justicia de Estados Unidos. En 1984 entregó al gobierno de Reagan un análisis legal de por qué ese país podía ratificar el Convenio sobre Genocidio con pocos riesgos para sus ciudadanos. No había recibido contestación de la Casa Blanca. Koh recuerda: “Había un nulo interés en la aprobación del convenio. Proxmire era el único en toda la ciudad que hablaba de eso”. Sin embargo, cuando se desató la tormenta por Bitburg, Koh recibió una llamada urgente de un oficial del Consejo Nacional de Seguridad (CNS), quien le comunicó que el presidente pensaba proponer la inmediata ratificación de la ley sobre genocidio. Sostiene Koh: “Bitburg no fue *una* razón por el cambio. Fue la única”.

Toda la noche preparó un boletín de prensa y lo llevó en persona a la Casa Blanca, donde el oficial del CNS, un militar uniformado, salió a recibirlo. Ese hombre —Koh lo descubriría más tarde— era el teniente coronel Oliver North. El presidente Reagan decidió apaciguar a sus críticos al forzar la aprobación del convenio en el Congreso. Esto le daba al convenio su mejor perspectiva de ratificación desde 1948.

A lo largo de los años muchos presidentes de Estados Unidos apoyaron la medida. Pero cuando Ronald Reagan lo hizo con sinceridad, socavó la oposición republicana de larga data en la Comisión Senatorial sobre Relaciones Exteriores. Proxmire afirma: “No lo podríamos haber logrado sin Reagan. Directamente le movió el piso a la extrema derecha”.

SALVEDADES

Pese al apoyo de Reagan, los críticos republicanos del convenio no desaparecieron, sólo que canalizaron su hostilidad en otra dirección, demorando la votación en el pleno del Senado e insistiendo en condiciones que sabían debilitarían la fuerza del tratado. Al reconocer que el apoyo del presidente Reagan a la ley hacía inevitable su aprobación, los senadores Jesse Helms

(republicano por Carolina del Norte), Orrin Hatch (republicano por Utah) y Richard Lugar (republicano por Indiana) presentaron un estricto “paquete de soberanía” en el Senado que incluía “SED”, es decir, salvedades, entendimientos y declaraciones. Estas interpretaciones y limitaciones respecto del Convenio sobre Genocidio tuvieron el efecto de inmunizar a Estados Unidos contra acusaciones de genocidio, pero al mismo tiempo volvieron un acto simbólico la ratificación estadounidense.

Un motivo por el que los propulsores cabildeaban en favor de la ratificación era darle a Estados Unidos el poder legal de hacer lo que no había estado en condiciones durante el genocidio camboyano: presentar cargos en la Corte Internacional de Justicia. La referencia al convenio en la CIJ era habitual en los procedimientos para la resolución de disputas estipulados en más de 80 tratados y acuerdos internacionales bilaterales y multilaterales. Pero en abril de 1984, Nicaragua había iniciado un juicio contra Estados Unidos en la CIJ por minar sus puertos. Cuando la Corte falló en favor de Nicaragua y aceptó la jurisdicción, Estados Unidos se retiró de la causa. Ni los republicanos de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado ni el presidente estaban dispuestos a que su país estuviera en juicio en una corte internacional, de manera que ahora condicionaban su aceptación de la Convención sobre Genocidio a una importante salvedad: una cláusula *à la carte* de exención a su gusto. La salvedad sostenía que, antes de llamar a Estados Unidos como parte de una causa frente a la CIJ, el presidente tendría que consentir la jurisdicción de la Corte. Sólo Estados Unidos decidiría si se presentaba ante la corte mundial. Era el equivalente de exigir el consentimiento de un acusado de asesinato antes de que se le juzgase. Si el convenio tenía alguna posibilidad de parecer, en frase de John Austin, “ley hecha y derecha”, los estados tenían que darle a la CIJ consentimiento anticipado para que los jueces tuviesen la facultad de interpretar y aplicar el Convenio sobre Genocidio de manera independiente, sin solicitar cada vez el permiso de un Estado.

La consecuencia legal de la salvedad estadounidense era que si ese país sospechaba de ahí en adelante que otro Estado cometía genocidio y procuraba llevar la cuestión ante la CIJ, el país acusado podía cubrirse con la salvedad norteamericana contra Estados Unidos, de acuerdo con la llamada “doctrina de la reciprocidad”. Estados Unidos, de hecho, estaba impedido de presentar ante la corte cargos de genocidio contra terceros.²⁵ Proxmire luchó contra la salvedad

del mismo modo que batalló en favor de la convención. Habló en el Senado de las consecuencias de esta posición:

Con esta salvedad, los Pol Pots e Idi Amines [...] pueden escapar de cualquier esfuerzo que hagamos para que comparezcan ante la Corte por sus acciones. ¿Por qué? Porque, según la ley internacional, tendrían derecho a invocar nuestra salvedad en contra de nosotros. Si nosotros podemos decidir qué causas han de procesarse ante la Corte, también ellos. Así de sencillo.

Si este tratado se hubiese redactado y firmado antes de la segunda Guerra Mundial, ¿sostendrían los senadores Helms y Lugar que Hitler debía decidir de qué causas podía ocuparse la Corte Internacional? ¿Hay alguien en esta Cámara que en realidad opine así? Lo dudo.²⁶

Proxmire recibió apoyo sustancial del senador Pell, quien, junto con otros siete senadores, preparó una crítica detallada de las salvedades. “El paquete [de soberanía] en su conjunto corrompe el prestigio político y moral que Estados Unidos ganarían de otro modo con la ratificación de este hito del derecho internacional”, decía el informe de Pell. Estados Unidos “se cubre con un escudo que hasta la fecha ha sido adoptado mayormente sólo por países que bien pueden tener motivo para temer cargos de genocidio”.²⁷

La Comisión de Relaciones Exteriores del Senado se dividió básicamente en líneas partidarias. Nueve republicanos y un demócrata votaron por el tratado con las salvedades; los ocho demócratas restantes protestaron y sólo pasaron lista. Una de las pocas rutas que creó la Convención sobre Genocidio para su aplicación habría de quedarle plenamente vedada a Estados Unidos.

El 11 de febrero de 1986, el senador Dole presentó al pleno para su votación la versión estadounidense del Tratado sobre Genocidio: “Hemos esperado suficiente [...] como nación que reverencia la dignidad y libertad humanas [...] Debemos corregir nuestra posición anómala en esta cuestión básica de derechos”.²⁸ Una semana después, a 38 años de su sanción unánime en la Asamblea General de la ONU y a 37 desde que el presidente Truman solicitase el “consejo y consentimiento” del Senado, éste, final y contundentemente, adoptó una resolución de ratificación con 83 votos en favor, 11 en contra y 6 abstenciones. Noventa y siete naciones aprobaron la convención antes que Estados Unidos.

Los promotores en el Senado reconocieron el mérito donde lo creyeron justo. Patrick Moynihan (demócrata por Nueva York) comparó la lucha de Proxmire con la de Lemkin, y le agradeció su esfuerzo “sin parangón” en la historia del Senado:

Durante 15 años [sic], William Proxmire le pidió a este organismo que hiciera lo que, de acuerdo con su conciencia, tuvo que haber hecho hace 40 [...] Al no actuar de inmediato, el hombre que acuñó la palabra *genocidio*, Raphael Lemkin [...] se hizo cargo [...] Logró la adopción del convenio en la Asamblea General para contemplar cómo el Senado de su propio país de reciente adopción negaba la ratificación. Esto le destruyó el corazón. Murió solo y en la penuria, sin comprender que no hubiéramos ratificado el tratado. No sólo eso: jamás lo habríamos hecho de no ser por el ingreso de William Proxmire a este cuerpo, que es de la clase de personas que sostiene que si algo vale la pena hacerse, no le importa si le lleva 15 años lograrlo.

Deseo saludar al senador y decirle que elevó la calidad de esta Cámara, y sin duda logró que este senador sienta mayor orgullo de ser miembro del mismo.²⁹

En realidad Proxmire habló diariamente durante 19 años, o 3 211 veces. Si vemos esta cifra por año, es asombrosa. El cuadro VII lo detalla:

CUADRO VII. *Discursos de William Proxmire*

Año/Núm. de discursos		Año/Núm. de discursos	
1967	199	1977	178
1968	158	1978	159
1969	176	1979	168
1970	208	1980	166
1971	186	1981	165
1972	162	1982	147
1973	184	1983	150
1974	168	1984	131
1975	178	1985	170
1976	142	1986	16

Los senadores que se opusieron a la convención a lo largo de su tortuosa historia de debates aplaudieron las salvedades que tanto debilitaron la ratificación del tratado. El senador Helms, quien después advertiría que el tratado de 1998 para crear una Corte Criminal Internacional que procesara a quienes cometieran genocidio, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad llegaría “muerto” al Senado estadounidense, votó junto con otros 11 senadores más incluso contra la versión ligera del paquete de ratificación. Sin embargo, aplaudió esa ligereza. Gracias a las salvedades, sostuvo, “la soberanía de nuestra nación y la libertad de nuestro pueblo están protegidas contra el asalto a manos de la Corte Internacional”. Agregó: “Bien podríamos votar por una simple resolución de condena al genocidio, como cualquier persona

civilizada”.³⁰

Algunos miembros del personal de Proxmire se sintieron aliviados. Howard Schumann, jefe de personal que trabajó 27 años para el senador, recuerda su alegría en 1988: “Trabajamos tanto tiempo, que lo sentíamos como si esperáramos a que se secase la pintura todos esos años”, dice. “Cuando llegó la ratificación, fue un gran acontecimiento, como el nacimiento de un primer hijo”. Pero para el empleado más cercano a la ley, la victoria fue tan amarga como dulce. Larry Patton dedicó una década y media de su vida a contrarrestar las objeciones legales, y para él el triunfo resultó manchado porque la versión que superó la oposición de la comisión no era por la que él luchó. Recuerda: “Perdimos la lucha de las salvedades. Sentí que le habían quitado uno de los pocos mecanismos que le daban eficacia a la convención”. Sin embargo, el equipo de Proxmire decidió aceptar y apoyar la imperfecta resolución de ratificación. Comenta Patton: “Al menos como Estado que por fin ratificó la ley, de ahora en adelante nuestra diplomacia servirá para denunciar el genocidio y, a la larga, incluso impedirlo”.

De manera sorprendente, aunque parecía que la larga lucha había terminado, los críticos en el Senado continuaron la demora. La ratificación plena exigía la aprobación de la “reglamentación” para que el genocidio fuese un crimen ante la ley federal de Estados Unidos. Pasaron los meses, y Proxmire se sintió irritado mientras el tratado quedaba yermo. En febrero de 1988 se preguntaba: “¿Para qué me levanto hoy a hablar de este tema? Me levanto porque ya hace dos años desde que el Senado de Estados Unidos ratificó, por avasalladora mayoría de 82 votos contra 11, el Convenio sobre Genocidio. En ese periodo de dos años el Congreso no ha completado el trabajo. Esto es increíble. Más aún, es una vergüenza para este Senado estadounidense”.

Mencionó que la reglamentación ya estaba redactada, y los respectivos presidentes de las comisiones judiciales de ambas cámaras habían presentado la medida, pero no había seguido audiencia alguna. Es más: Proxmire afirmó no haber oído siquiera “un murmullo que indicara preocupación ni acción alguna”. La ironía era amarga. La Convención sobre Genocidio consiguió por fin el sincero apoyo de Reagan en 1985. Tuvo el enorme respaldo del Senado en 1986. Y aquí llegaba 1988 y, en palabras de Proxmire, el Congreso se quedó “profundamente dormido”: “Debería otorgárenos un premio internacional por crasa hipocresía. El Senado, resuelto, aprueba la ratificación del Tratado sobre Genocidio. Por este

medio le comunicamos al mundo que reconocemos este espantoso crimen. ¿Y qué hacemos después? No hacemos nada. Hablamos fuerte, pero no llevamos ningún garrote”.³¹

Hasta octubre de 1988 se tramitó la reglamentación del Convenio sobre Genocidio, a la que se llamó la “Ley de Proxmire”. La ley de Estados Unidos lo hacía punible en su territorio con cadena perpetua y multas de hasta un millón de dólares. Se aprobó sólo cuando Strom Thurmond (republicano por Carolina del Sur) abandonó su insistencia en que se exigiera la pena de muerte. Thurmond abandonó su objeción a cambio de la confirmación de algunos jueces republicanos cuyos nombramientos se demoraron en la Comisión Judicial del Senado.

El presidente Reagan firmó la reglamentación en Chicago, le dio crédito a Lemkin por su papel y dijo: “Por fin cerramos hoy el círculo. Me causa profundo agrado cumplir la promesa de Harry Truman a todos los pueblos del mundo, en especial al judío”.³² Proxmire dice que no se le invitó a la firma.

El paquete de la soberanía revelaba una falta de solidaridad hacia la ratificación de tratados y una hostilidad al derecho internacional que no eran nuevas, pero que ofendían a los aliados de Estados Unidos. Para diciembre de 1989, nueve países europeos (Dinamarca, España, Finlandia, Irlanda, Italia, Noruega, los Países Bajos, el Reino Unido y Suecia) presentaron objeciones formales a varias de las condiciones que Estados Unidos incluyó en su ratificación.

Aunque Proxmire suponía que la ratificación de la prohibición del genocidio estimularía al Senado a ratificar otros tratados sobre derechos humanos, como el Acuerdo Internacional sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales; el Convenio para la Eliminación de Todo Tipo de Discriminación Contra las Mujeres; el Convenio sobre los Derechos del Niño, y luego el Tratado Internacional para la Prohibición del Uso de Minas Terrestres, ninguno se ha aprobado.

El 19 de octubre de 1988 Proxmire se levantó en un Senado desierto para hablar de la Convención sobre Genocidio una última vez. Mencionó que la tardía aprobación senatorial inspiró a un columnista del *New York Times*, A. M. Rosenthal, el hombre al que había importunado Lemkin a fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta en las Naciones Unidas, un artículo: “Un hombre llamado Lemkin”. Proxmire, de 72 años, se puso de pie un poquito más

lentamente que 21 años antes, cuando se comprometió a llevar adelante la cruzada de Lemkin. Proxmire solicitó que el artículo de Rosenthal se publicara en el *Congressional Record*: “Es un tributo a un asombroso hombre llamado Raphael Lemkin, un individuo singular que marcó la gran diferencia frente a circunstancias casi insuperables [...] Lemkin murió hace 29 años [...] Fue un gran hombre”.³³

Con el apoyo del gobierno de Reagan, el Senado por fin ratificó la Convención sobre Genocidio. Pero cuando el presidente y el Senado tuvieron su primera oportunidad para hacer cumplir la ley, algunas consideraciones estratégicas y de política interna provocaron que se pusieran *del lado* del régimen genocida de Saddam Hussein. Lejos de hacer más probable que Estados Unidos hiciera más para impedir el genocidio, la ratificación sólo pareció incrementar la cautela de los funcionarios estadounidenses en cuanto para usar el término.

VIII. IRAK: “AL MARGEN DE LOS DERECHOS HUMANOS Y EL USO DE ARMAS QUÍMICAS”

EN MARZO DE 1987, a un año de ratificarse el Convenio sobre Genocidio, el presidente iraquí, Saddam Hussein, nombró a su primo Alí Hassán al-Majid secretario general de la Oficina del Norte, una de las cinco zonas administrativas de Irak. El dictador iraquí lo investió de autoridad suprema: “Las decisiones del camarada al-Majid serán obligatorias para todas las dependencias estatales, sean militares, civiles o de seguridad”. El nuevo jefe de la Oficina del Norte aprovechó estos poderes absolutos, en sus palabras, para “resolver el problema kurdo y exterminar a los saboteadores”.¹

Desde la Guerra de Irak contra Irán en 1980, a Hussein le preocupaba en especial su “problema kurdo”. Los kurdos constituían 4 de los 18 millones de iraquíes. Aunque las fuerzas de seguridad de Hussein controlaban las ciudades, Bagdad se encontraba en dificultades para vigilar las zonas rurales habitadas por los kurdos que, armados, se resguardaban en las montañas para organizar rebeliones contra las fuerzas iraquíes. Algunos incluso se aliaron con Irán, por lo que Hussein decidió que la mejor forma de reprimir la rebelión era eliminándolos.

Al-Majid ordenó que los kurdos desalojaran los hogares que habitaron durante siglos para congregarse en centros colectivos donde el Estado podía vigilarlos. Cualquier kurdo que permaneciera en las llamadas “zonas prohibidas” y se negara a reubicarse en los nuevos complejos habitacionales del gobierno, sería considerado traidor y señalado para su ejecución. La policía especial y los efectivos iraquíes llevaron a cabo el plan maestro de al-Majid: “limpiaron”, gasearon y mataron con precisión industrial. La ofensiva iraquí se inició en 1987 y culminó entre febrero y septiembre de 1988, en lo que se denominó la campaña Anfal. Traducida como “despojo”, la palabra árabe *anfal* se deriva del octavo sura del Corán, que describe la revelación de Mahoma en 624 d. C., después de terminar con una banda de infieles. La revelación anunciaba: “Quien desafíe a Dios y a Su apóstol será severamente castigado por Dios. Les dijimos: ‘Probad

esto. El azote del Fuego aguarda a los descreídos”.

Hussein decretó que los kurdos de Irak recibirían azotes de las fuerzas iraquíes. Las aldeas kurdas y cuanto había en ellas era la “explotación”, el botín de la operación militar iraquí. Según los deseos de Hussein y bajo las órdenes explícitas de al-Majid, los soldados iraquíes saquearon y destruyeron todo. En ocho oleadas consecutivas del Anfal, cuidadosamente concertadas, aniquilaron (o “saddamizaron”) la vida kurda en el Irak rural.

Aunque a la ofensiva se le llamó “misión contra insurrectos”, los rebeldes armados kurdos de ninguna manera fueron los únicos objetivos. Saddam Hussein dirigió su ofensiva contra todo hombre, mujer y niño que residiera en la nueva zona vedada. A los hombres kurdos capturados no se les mataba en el fragor de la batalla ni cuando le significasen una amenaza militar al régimen. En lugar de eso eran transportados a lugares remotos, donde se les abatía con ametralladoras en planificadas ejecuciones masivas.

Hussein no se propuso exterminar hasta el último kurdo en Irak, como Hitler a los judíos, ni ordenó matar a toda la gente instruida, como Pol Pot. Se persiguió de igual manera a los kurdos de las ciudades de Irak que al resto de la aterrorizada población. Tal vez el genocidio no fue el objetivo primario de Hussein; su propósito era eliminar la insurrección kurda, pero en ese momento resultaba claro, y ahora todavía más, que el medio que eligió para ponerle fin a esa rebelión fue la destrucción de la población kurda rural de Irak. Se capturaba a civiles kurdos y se les ejecutaba o gaseaba, no por sus acciones individuales, sino porque eran kurdos.

Entre 1987 y 1988, las fuerzas de Saddam Hussein destruyeron varios miles de aldeas y poblados, y mataron a cerca de 100 000 kurdos iraquíes, casi todos desarmados, muchos de ellos mujeres y niños. Aunque los informes de inteligencia y de la prensa acerca de la brutalidad iraquí contra los kurdos se dieron a conocer casi de inmediato, los planificadores políticos estadounidenses y periodistas occidentales trataron la violencia iraquí como un intento comprensible de suprimir la rebelión o como una horrenda consecuencia de la guerra entre Irán e Irak. Puesto que Estados Unidos apoyó a Irak en esa guerra, calló toda protesta, negó pruebas irrefutables de armas químicas en ese país e insistió en que a la larga Saddam Hussein recobraría la cordura. Fue hasta septiembre de 1988 cuando la fuga de decenas de miles de kurdos hacia Turquía obligó a Estados Unidos a condenar al régimen por usar gas tóxico contra su

propio pueblo. Sin embargo, aun cuando deploró los ataques con armas químicas, Washington consideró la campaña de destrucción —como la de Pol Pot una década antes y la de Turquía en 1915— un “asunto interno”.

Entre 1983 y 1988 Estados Unidos suministró a Irak más de 500 millones de dólares anuales en créditos para productos agrícolas estadounidenses en un programa llamado Corporación de Créditos para Mercaderías [Commodity Credit Corporation, CCC]. Después del ataque de septiembre de 1988, el senador Claiborne Pell presentó un paquete de sanciones al Congreso para poner fin a los créditos agrícolas e industriales a Hussein como castigo por matar a civiles desarmados. Con la influencia de su ayudante de relaciones exteriores, Peter Galbraith, Pell argumentó que ni siquiera un aliado de Estados Unidos podía excusarse si gaseaba a su propio pueblo. Pero el gobierno de Bush padre, en lugar de cancelar el programa CCC o cualquiera de los demás apoyos al régimen iraquí en 1989, un año *después* de documentar los salvajes ataques con gases y deportaciones de Hussein, duplicó su compromiso con Irak y aumentó los créditos del CCC a más de 1 000 millones de dólares. Se hundió así la Ley Pell para la prevención del genocidio, que habría castigado a Hussein.

A pesar de su reciente ratificación del Convenio sobre Genocidio, cuando surgió la oportunidad para que Estados Unidos mandara un contundente mensaje de que no se toleraría ese crimen —de que debía terminar la aniquilación de la población rural de Irak—, los intereses especiales, las ganancias económicas y un vuelco geopolítico hacia Irak anularon las consideraciones humanitarias. El gobierno de Reagan le apostó al genocidio, y los kurdos —y más tarde Estados Unidos—lo pagaron.

ADVERTENCIA

Antecedentes: sin otro amigo que las montañas

Los kurdos son un pueblo sin Estado, dispersos entre Turquía, Irán, Siria e Irak. Unos 25 millones cubren aproximadamente 200 000 millas cuadradas (más o menos 485 000 km²). Están divididos por dos formas distintas del islam, cinco fronteras y tres idiomas y alfabetos kurdos. Las principales potencias les prometieron un Estado en 1922, pero cuando Turquía se negó a ratificar el Tratado de Sèvres (el mismo pacto moribundo que habría llevado a juicio a los turcos por sus atrocidades contra los armenios), la idea se abandonó. Los kurdos

iraquíes se rebelaron a lo largo del siglo xx con la esperanza de ganar el derecho de autogobernarse. Con una inquieta comunidad chiita que abarca más de la mitad de la población de Irak, Hussein estaba decidido a neutralizar los reclamos kurdos por su autonomía.

Los combatientes kurdos adoptaron la palabra *peshmerga*, “los que enfrentan a la muerte”, y en general se han enfrentado a ella solos. Las naciones occidentales que se aliaron con ellos los traicionaron siempre que se presentó un prospecto estratégico favorable; así, los kurdos dicen que no tienen más amigos que las montañas.

Hace mucho que los planificadores políticos estadounidenses conocen la furia de los kurdos de Irak. No desean ningún mal al pueblo iraquí, pero, igual que los albaneses de Kosovo en los años noventa, eran culpables de exigir su autonomía. Haywood Rankin, especialista en Medio Oriente de la embajada estadounidense en Bagdad, se acostumbró a visitar el territorio kurdo varias veces al año; explica: “Hay que entender. Los kurdos son un pueblo terriblemente irritante y difícil. No se llevan bien ni entre ellos, mucho menos con los demás. Son en verdad imposibles. Es una pesadilla tratar con ellos”.

Debido a décadas de sufrimiento y guerra, los kurdos iraquíes no sólo tuvieron que preocuparse por gobiernos represivos y aliados veleidosos, sino también por vigilarse entre sí. Han peleado y librado guerras intestinas con la misma frecuencia con que intentaron liberarse de sus amos de Bagdad. Jonathan Randal, corresponsal del *Washington Post*, describió la rivalidad entre Massoud Barzani, jefe del Partido Democrático Kurdo (PDK) y Jalal Talabani, de la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK), como las mezquinas intrigas entre dos familias vecinas. Como escribió Randal, opinión con la que coinciden muchos politólogos: “El Kurdistan existe tanto a pesar de los kurdos como a causa de ellos”.²

La campaña iraquí más violenta contra los kurdos rurales empezó en 1987 y se agudizó en 1988, con el Anfal; fue novedosa por su escala y precisión, pero se trataba de la manifestación más enérgica de un prolongado esfuerzo iraquí por reprimir a los kurdos. En 1970, Irak les ofreció significativa autonomía en la Región Autónoma del Kurdistan, que abarcaba sólo la mitad del territorio que los kurdos consideraban suyo, y excluía provincias petrolíferas habitadas por ellos.

Al rechazar la oferta, Saddam Hussein impuso el plan unilateralmente en 1974. Los kurdos confiaban en recibir apoyo de Irán, Israel y Estados Unidos

(que estaba intranquilo con el reciente tratado de amistad entre Irak y la Unión Soviética), y se rebelaron bajo su legendario jefe el mulá Mustafá Barzani, abuelo de Massoud. Sin embargo, en 1975, con respaldo estadounidense, Irán e Irak concluyeron el Acuerdo de Argelia, con lo que solucionaron temporalmente una histórica disputa limítrofe: Irak se comprometió a reconocer la posición iraní en la frontera, y el sha de Irán y Estados Unidos retiraron su apoyo a los kurdos. Traicionado Barzani, su revuelta se desmoronó enseguida. Henry Kissinger, entonces secretario de Estado, opinó acerca del cambio de política estadounidense y de la suerte de los kurdos: “La acción encubierta no debe confundirse con trabajo misionero”.³ Por su parte, Saddam Hussein advirtió en público: “Quienes se vendieron a los extranjeros no escaparán al castigo”,⁴ y se vengó sin demora.

Hussein ordenó arabizar las 4 000 millas cuadradas (unos 9 730 km²) de territorio kurdo en el norte de Irak. Diluyó distritos racialmente mixtos al importar grandes comunidades árabes y obligó a los kurdos a abandonar toda área que consideraba estratégica. Desde 1975 y con intermitencias hasta las postrimerías de los años setenta, los iraquíes establecieron una “zona prohibida” de 6 a 12 millas (9 a 19 km) a lo largo de la frontera con Irán. Las fuerzas iraquíes destruyeron toda aldea en la zona y reubicaron a sus habitantes en los *mujamma’at*, grandes asentamientos colectivos controlados por el ejército sobre las principales rutas del interior. Decenas de miles de kurdos fueron deportados al sur de Irak. En vista de la severidad con que Hussein los trataría más tarde, esta fase de la represión parece relativamente benévola. El gobierno iraquí ofreció compensación, y los líderes políticos y religiosos kurdos locales por lo general suavizaban la reubicación al llegar antes que el ejército iraquí con sus topadoras y armas.

Además, muchos hombres kurdos deportados a los desiertos iraquíes volvieron vivos varios años después. Con todo, las evacuaciones tuvieron su precio. Según informes del diario del Partido Ba’ath,* *Al-Thawra* [La Revolución], 28 000 familias (hasta 200 000 personas) fueron deportadas de la región fronteriza en escasos dos meses durante el verano de 1978. Fuentes kurdas dicen que se reubicó a casi medio millón de kurdos a finales de los años setenta.⁵

Con la guerra entre Irak e Irán en 1980, las perspectivas de los kurdos otra vez se ensombrecieron. La guerra comenzó cuando Irak ignoró el Tratado de Argelia que, durante corto tiempo, había resuelto su disputa fronteriza con Irán.

Al renovar su reclamo a toda la cuenca acuífera de Shatt al-Arab, Irak quiso demostrarle al nuevo régimen del ayatolá Jomeini quién era el hombre fuerte de la región. También deseó mostrar su desagrado ante el continuo apoyo de Irán a los rebeldes kurdos de Irak. A su vez, Jomeini incitó a los chiitas iraquíes a levantarse contra Hussein. Irak respondió con el apoyo a movimientos rebeldes en Irán y así empezaron los encontronazos fronterizos. En abril de 1979 Irak ejecutó al principal clérigo chiita, ayatolá Muhammad Bakr al-Sadr, y el 4 de septiembre de 1980 Irán cañoneó poblaciones iraquíes fronterizas. Hasta hoy, cuando los iraquíes celebran la guerra, marcan su inicio el 4 de septiembre.

Pero fue hasta el 22 cuando Irak lanzó un ataque a la provincia petrolífera iraní de Khuzistán. Hussein esperaba que las fuerzas iraníes se derrumbaran al instante; no fue ni la primera ni la última vez que el dictador de Irak calculara mal. Sorprendido por la invasión, y todavía débil por la revolución, Irán trastabilló al principio, en parte porque el ayatolá disolvió al ejército profesional del sha. Pero Irán se recompuso y contraatacó en la que sería una de las guerras más sangrientas y fútiles del siglo xx, una guerra que le dio a Saddam pretexto, motivación y cobertura para perseguir a la minoría kurda de Irak.

EL PRISMA ESTADUNIDENSE: EL ENEMIGO DE MI ENEMIGO

La negativa de Estados Unidos a excluir al genocida Khmer Rouge de las Naciones Unidas durante los años ochenta fue una explícita consecuencia de la hostilidad estadounidense hacia Vietnam. Del mismo modo, en el Medio Oriente, la respuesta estadounidense a las atrocidades iraquíes provino de su aversión al Irán revolucionario. Estados Unidos sentía pavor ante la perspectiva de que las reservas de petróleo iraquíes cayeran en manos del ayatolá Jomeini y temía que el islam radical desestabilizara los gobiernos pro estadounidenses en Arabia Saudita y los emiratos del Golfo. Así, con cada victoria bélica de Irán, Estados Unidos se acercaba más a Irak, aproximación de enorme importancia en la respuesta estadounidense a las atrocidades posteriores de Hussein contra los kurdos.

Durante el genocidio armenio, el holocausto y el terror del Khmer Rouge, Estados Unidos mantuvo la neutralidad o, en las postrimerías de la segunda Guerra Mundial, entró en guerra contra el régimen genocida. Más tarde, Estados Unidos terminó alineado con un régimen así. Al negarse a aceptar una victoria

iraní, el gobierno de Reagan intervino, a partir de diciembre de 1982, para estorbar los avances iraníes. En lo que el secretario de Estado George Schultz llamó “una forma limitada de política de equilibrio del poder”, Estados Unidos dio a Irak un crédito inicial de 210 millones de dólares para comprar granos, trigo y arroz en el marco del CCC. Esta cifra aumentó con rapidez a 500 millones anuales. Los créditos eran imprescindibles, dada la poca confiabilidad crediticia de Irak y su frecuente incumplimiento en los pagos, razón que impedía que los bancos le prestaran dinero.⁶

Estados Unidos también le dio acceso a créditos para la importación y exportación de sus productos manufacturados.⁷ Cuando Bagdad expulsó al grupo terrorista Junio Negro de Abu Nidal, Estados Unidos retiró a Irak de su lista de países promotores del terrorismo. En noviembre de 1984, Estados Unidos e Irak reanudaron relaciones diplomáticas, interrumpidas desde la guerra árabe-israelí de 1967. Los funcionarios estadounidenses tenían conocimiento detallado de que Hussein empleaba la tortura y las ejecuciones, pero Estados Unidos no podía permitir que Irán lo venciera.⁸

Debido a que Irán e Irak tenían armamento y resentimientos ideológicos hacia Estados Unidos, este país no protestó mucho mientras los dos bandos se destruían entre sí. Una clara victoria de Irak tampoco sería beneficiosa para los intereses de Estados Unidos; Irán podría derrumbarse y permitir al brutal Hussein dominar el Golfo. Los estadounidenses se habituaron a pensar en la contienda (en la medida en que no pensaban en ella en absoluto) como algo entre Saddam Hussein y el ayatolá Jomeini. No pensaban mucho en los mal entrenados adolescentes que iban a pelear.

A medida que Irak se ganaba el favor de Estados Unidos, los kurdos continuaban perdiendo el suyo con Irak. En 1982 Bagdad volvió a desalojar más territorios kurdos y obligó a que se volvieran a mudar quienes ya habían sido reubicados en complejos habitacionales. Las zonas vedadas se extendieron hacia dentro desde la frontera y se intensificaron las políticas de reasentamiento. Como Irak deseaba trasladar a todos los kurdos que no controlaba, los que no vivían en rutas o ciudades principales constituían un blanco natural. Esta vez, cuando el régimen de Hussein deportó a los kurdos no pagó compensación a los expulsados, les cortó todos los servicios y prohibió el comercio a los que se quedaron; a causa de que Irak concentraba sus recursos militares contra Irán, la puesta en operación de la política de zonas prohibidas fue un tanto errática.

Los kurdos siempre fueron oportunistas, y a medida que se prolongaba el conflicto entre Irán e Irak, ambos partidos mayoritarios kurdos optaron por aliarse con Irán. En 1983, una de las dos principales facciones kurdas (leal a Barzani) ayudó a las fuerzas iraníes a capturar el poblado fronterizo iraquí de Haj Omran. Las fuerzas de Irak respondieron de inmediato y capturaron a unos 8 000 kurdos de la tribu de Barzani. Entre ellos había 315 niños, de 8 a 17 años de edad. Una madre recordaba: “Traté de evitar que tomaran a mi hijo menor, que era muy chico y estaba enfermo. Les supliqué: ‘Se llevaron a los otros tres. Por favor, déjenme a éste’. Sólo me respondieron: ‘Si dice algo más, la fusilamos’, y después me pegaron en el pecho con una culata de rifle. Se llevaron al chico. Estaba en quinto grado”.

Los hombres y niños fueron subidos a autobuses y llevados hacia el sur; nunca más aparecieron. Las mujeres, que después se conocieron como las “viudas Barzani”, todavía llevan fotografías de sus maridos, hijos y hermanos ausentes, y permanecen, igual que sus hermanas espirituales de Buenos Aires y Bosnia, desesperadas por conocer la suerte de sus hombres.

Hussein no tuvo inconveniente en reconocer lo que sus fuerzas habían hecho. En un discurso, que recordaba las jactanciosas peroratas del ministro del Interior turco Talaat en 1915, Hussein proclamó: “Traicionaron al país y traicionaron el pacto, les impusimos un castigo severo, y se fueron al infierno”.⁹ Aunque los kurdos trataron de presentar su caso en círculos occidentales, ni Estados Unidos ni sus aliados protestaron por las matanzas.

La tendencia estadounidense a descartar la región era tan pronunciada que Estados Unidos no reclamó cuando Hussein obtuvo entre 2 000 y 4 000 toneladas de sustancias químicas letales y comenzó a experimentar contra los iraníes.¹⁰ Los planificadores políticos respondieron como si el ayatolá hubiera removido al pueblo iraní (y en especial a los soldados) del universo de la obligación moral y legal. Irak usó armas químicas más o menos 195 veces entre 1983 y 1988, y mataron o hirieron, según Irán, a unas 50 000 personas, muchas de ellas civiles.¹¹ Se citó a un comandante iraquí que afirmó: “para cada insecto hay un insecticida”.¹² Estas armas produjeron tal terror psicológico que incluso las tropas bien pertrechadas tendían a escapar luego de ligeras pérdidas.¹³

Estados Unidos tenía mucho que perder con el uso y proliferación de armas químicas, pero el Departamento de Estado y el Congreso dejaron que los ataques continuaran. Los informes sobre el empleo iraquí de sustancias químicas contra

Irán le llegaron por primera vez a Schultz, secretario de Estado, a fines de 1983, pero no fue sino hasta el 5 de marzo de 1984 cuando el vocero del Departamento de Estado por fin expresó una condena. E incluso en este caso templó su denuncia, pues la dividió: “Mientras que condenamos el uso de armas químicas, Estados Unidos también insta al gobierno de Irán a aceptar los buenos oficios ofrecidos por varios países y organizaciones internacionales para poner fin al derramamiento de sangre”.¹⁴

E incluso esta declaración imparcial iba demasiado lejos para muchas personas de la inteligencia estadounidense. El 7 de marzo de 1984 se quejó un analista de inteligencia: “Hemos demolido una relación incipiente con Irak al adoptar una posición dura en contra de las armas químicas”.¹⁵

Los esfuerzos internos de promover un nuevo tratado internacional para prohibir la producción, uso y transferencia de armas químicas tropezó con una dura resistencia de los funcionarios de seguridad nacional en Washington y de aliados como Alemania Federal, que recibían pingües ganancias de la venta de sustancias químicas. A lo más que atinó la comunidad internacional fue a la resolución de 1987 del Consejo de Seguridad de la ONU que, en términos generales, “deploraba” el uso de armas químicas.¹⁶

Los funcionarios estadounidenses justificaron su tímida respuesta al uso de armas químicas por Irak. Lo pintaron como un último recurso, sólo después de que las defensas iraquíes más tradicionales fueron aplastadas. Aunque Irak realizó ataques de primera intención, a menudo las operaciones se presentaban como ataques defensivos, sobre todo para desviar o interrumpir ofensivas iraníes, y no para ganar terreno.¹⁷ Esto, por supuesto, era una distinción hartamente sutil, igual que si los partidarios de la estrategia defensiva del ataque preventivo aplicaran la misma lógica al uso preferencial de armas nucleares.

Una respuesta estadounidense típica a los alegatos de ataques químicos fue pedir más investigaciones. En varias ocasiones la ONU despachó equipos de investigación que verificaron que los iraquíes utilizaban gases mostaza y tabún, pero los planificadores políticos insistían en que ambos lados eran culpables.¹⁸ Una vez que Hussein se dio cuenta de que no se le sancionaría por usar estas armas contra Irán, el dictador iraquí supo que tenía vía libre.

Peter Galbraith supervisó lo que acontecía en el Golfo desde el Congreso, donde era miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Hijo del economista de Harvard John Kenneth Galbraith, era un operador fuera de lo común en Washington. Por un lado se ganó el respeto de todos por su convencimiento y voluntad de visitar lugares conflictivos del mundo; por otro, se hacía notar por llegar tarde a las reuniones, vestirse mal y adoptar una visión cerrada respecto de sus casos.

Lo conocí por primera vez en 1993, cinco años después de la campaña Anfal, en un lujoso desayuno en Washington en honor del presidente turco Turgut Ozal. La lista de invitados era exclusiva: Pamela Harriman, Jeane Kirkpatrick y el jefe de la plana mayor conjunta, Colin Powell. Cuando éste llegó, las aguas se dividieron ante él. Tenía estatura, corpulencia, porte y una notable confianza en sí mismo, en marcado contraste con el desaliñado treintañero que entró corriendo al recinto después de que los invitados pasaban de la fruta a la segunda taza de café. Cuando Galbraith notó que la única silla libre estaba en la mesa principal, se abrió paso torpemente hacia esa parte del salón de banquetes. Era temprano, pero su corbata ya estaba tan suelta como al final de un día agotador. Tenía la camisa salida del pantalón y su cabello, lacio y poco tupido, estaba ensortijado. El general Powell miró dubitativo al joven funcionario del Senado cuando éste se sentó a su lado.

En la sesión de preguntas y respuestas que siguió a la presentación de Ozal, los distinguidos invitados formularon preguntas corteses acerca del futuro de las relaciones entre Estados Unidos y Turquía, o lo felicitaron por la cooperación de su país durante la Guerra del Golfo en 1991. Galbraith pronto tomó un papel retador con la única pregunta candente de la mañana: “El principal objetivo de los kurdos del norte de Irak es la independencia. Su segunda preferencia es algún tipo de afiliación con Turquía. Lo último que quieren es seguir como parte de Irak. ¿Qué opina?”

Los asistentes se quedaron boquiabiertos y temerosos ante una pregunta característicamente falta de tacto. El hecho es que Galbraith sabía que una abuela de Ozal había sido kurda, y que éste sentía simpatía por ellos. El presidente turco dio una prolongada y animada respuesta.

La causa kurda no fue la primera acción con que Galbraith asombró a la oficialidad en Washington. Su primera contribución significativa a la ley estadounidense y a la ayuda humanitaria fue la enmienda McGovern, que redactó

en el verano de 1979 para permitir el apoyo humanitario estadounidense a Camboya, luego de que este país pasara a manos de Vietnam. La ley se aprobó, pero Galbraith se quejó tan amargamente por los cambios que introdujo la comisión, que fue uno de los primeros en perder el empleo cuando hubo recortes en diciembre de 1979. Recuerda: “Era mi personalidad habitual en esa época, ni impresionaba a la gente ni ganaba amigos. Me agarraron enseguida. Me ocupaba de un tema escabroso, y en realidad no era un profesional en política exterior. Me inquietaba demasiado el lado humanitario, no me vestía muy bien ni me peinaba como debía”. McGovern intervino en persona para que se le recontratara, esta vez para trabajar con el senador Pell, a quien se suponía con intereses similares. No pasó mucho tiempo antes de que Galbraith descubriese a los kurdos.

Viajó a Irak en representación de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado por primera vez en 1984. Aunque luego pasaría a ser el principal promotor de los kurdos en Washington, al principio, como todos los demás, permitió que en su diagnóstico del comportamiento de Hussein influyese lo que sabía eran los objetivos generales de Estados Unidos en la región. Galbraith estaba de acuerdo con la apreciación del gobierno de Reagan en que la prioridad de Estados Unidos era asegurarse de que Irán no ganara la guerra, lo que parecía casi un hecho. El joven funcionario del Senado llegó a Irak sin saber nada de los kurdos y poco sobre Medio Oriente. Vio en las colinas a hombres bronceados, con pantalones holgados, pero no le provocaron mayor impresión. La geopolítica y los intereses estadounidenses dominaban su interés casi por completo.

En 1987 Galbraith hizo un segundo viaje a Irak. Esta vez vio escenas que lo sensibilizaron para los alegatos posteriores de genocidio iraquí contra los kurdos. Lo que en retrospectiva sorprende es que Irak, que incrementó su brutal campaña contra los insurgentes en 1987, permitiera visitas estadounidenses. Debido a que a Irak nunca se le había sancionado por las atrocidades contra los kurdos, el régimen debió de estar seguro de que no pagaría por ello. Además, Hussein estaba alarmado ante los recientes informes periodísticos sobre arreglos secretos para la venta de armas de Estados Unidos a Irán.¹⁹ El embajador iraquí en Washington, Nizar Hamdoon, esperaba que al dar la bienvenida a Galbraith Irak recuperaría los favores occidentales.

Galbraith aceptó la invitación de Hamdoon para visitar Irak a principios de septiembre de 1987, junto con el empleado de la embajada, Haywood Rankin, en una gira de investigación. La movilidad en Irak para diplomáticos y periodistas

estaba muy restringida; todo diplomático que deseara salir de Bagdad tenía que presentar una solicitud con 48 horas de antelación al Ministerio de Relaciones Exteriores iraquí, además, era seguro que se les seguiría. Los periodistas occidentales obtenían visas sólo en raras ocasiones, y si escribían críticas sabían que no se les permitiría volver. Pero el mayor obstáculo para la información era el temor, por la propia vida y por poner en peligro a los iraquíes.

Rankin viajó fuera de Bagdad más que cualquier otro diplomático occidental, pero nunca perdió de vista los riesgos: “Morir en una emboscada o pisar una mina no eran los deseos más caros de ninguno. Supongo que a la gente le parecía curioso o tonto que Peter y yo fuéramos a vagar por el norte”. Incluso una vez que estaban fuera de Bagdad, dice Rankin, “teníamos que cuidar que nuestro deseo de recabar informes no interfiriera con el deseo de la gente común de seguir con vida”. Una enmienda de 1984 al código penal iraquí ordenaba la pena de muerte para cualquiera que “se comunicara” con un Estado extranjero si eso redundaba en “daños a la posición militar, política o económica de Irak”.²⁰ Como sus contrapartes en Camboya con el Khmer Rouge, los iraquíes considerados críticos del régimen casi nunca salían con vida. La paranoia del régimen era tal, que un ingeniero civil británico fue arrestado, golpeado y torturado porque accidentalmente dejó caer al suelo una imagen de Saddam Hussein al apoyarse contra una pared en una construcción.²¹ Los kurdos temían tanto a los funcionarios iraquíes que era poco lo que un par de investigadores estadounidenses podía averiguar mientras recorría el país, aunque sí podían recoger fuertes impresiones visuales.

Desde el viaje anterior de Galbraith aparecían más señales de la mortal guerra contra Irán: niños desfigurados por el fuego de cañones y ataúdes cubiertos con la bandera iraquí, atados a los techos de los taxis anaranjados y blancos, típicos del país. También ondeaban banderas negras con los nombres de soldados muertos y la fecha y lugar de su fallecimiento. Como para compensar, todavía había más monumentos de Saddam: Saddam general, comerciante, beduino con cofia, jugando con los niños, orando, como político fumando un cigarro, e incluso de bombacha tradicional kurda.²²

El 6 de septiembre de 1987, ya con varios días de viaje, Galbraith y Rankin enfilaron hacia el norte en un Chevrolet S10 Blazer. Como había estado ahí tres años antes, Galbraith pudo establecer una comparación informal. En 1984 viajó sin desvíos hasta una población llamada Shaqlawa, pero los mismos puestos de

control y fortificaciones en el camino, entonces prácticamente desiertos, ahora estaban llenos de imponentes guardias militares. Parecía que las zonas prohibidas se respetaban con rigor.

Tras una tormenta de arena, los estadounidenses llegaron a Jalawla, la última ciudad árabe importante en la ruta hacia el norte, a 15 millas de la frontera iraní. Se les ordenó regresar. Cuando presentaron su permiso de viaje firmado por el viceprimer ministro iraquí, el soldado en el puesto de control se quedó estupefacto. Al fin, después de dos horas de confusas y desesperadas llamadas telefónicas, muy a su pesar, el guardia iraquí permitió que siguieran su viaje con una escolta bien armada. Un camión militar iba al frente, en el que un soldado llevaba una granada con propulsión por cohete; atrás, otros seis hombres con cascos, y dos más adelante. Detrás de ellos, un puñado de soldados y un cañón antiaéreo completaban la caravana.

Mientras Rankin manejaba, Galbraith seguía su ruta en el mapa. Cuando avanzaron unas millas, temió que hubiesen tomado el camino equivocado: no aparecía nada de lo que figuraba en el mapa. Miró al horizonte para distinguir la próxima aldea, pero no vio señal de vida, situación que se haría habitual. Aldea tras aldea kurda que aparecían como puntos en el mapa y que alguna vez existieron al costado de la carretera de Bagdad a Jalawla, a Danbardiyan, a Suleymaniye, a Kirkuk, habían desaparecido. Recuerda Galbraith: “Del lado derecho no se veían más que escombros. En el lado izquierdo se veían edificios vacíos en espera de su demolición. Era escalofriante”. No quedaba más que un puñado de aldeas sobre la carretera principal, y éstas parecían condenadas por las topadoras que esperaban a sus alrededores. De vez en cuando algunos aislados postes de electricidad ofrecían indicios de la vida pasada. En los años noventa estas escenas de escombros, sin vida, se volverían conocidas para los periodistas, diplomáticos y trabajadores humanitarios en Bosnia, pero en 1987 ni Galbraith ni Rankin habían oído hablar de “limpieza étnica” ni habían visto nada comparable. En algunas áreas, los iraquíes demolían las aldeas —muchas habitadas desde los albores de la civilización— y acababan con toda señal de que alguna vez hubieran existido. Incluso desaparecieron cementerios y plantaciones frutales.

Los únicos lugares de la carretera que quedaron intactos fueron las aldeas árabes iraquíes y las nuevas “ciudades de la victoria”, guetos donde los soldados iraquíes “concentraban” a los kurdos desplazados por la fuerza. En un diario que preparó al final del viaje, Rankin describió Kalar, una de esas ciudades, como “un

estilo diferente de construcción, una vil colmena, toda de cemento, tendida según un plan de calles en red, grotesca y sórdida”.²³ A lo largo del camino ese día, los dos estadounidenses contaron 23 ciudades y aldeas destruidas, algunas no eran más que montones de escombros, sin que quedara en pie ninguna pared. A medida que viajaban más al norte, la abundancia de la naturaleza era considerable: adelfas, olivos, granados, pero la presencia humana insignificante; no vieron ni un solo pastor.

La brutalidad de la guerra irano-iraquí y el panorama de las aldeas kurdas (o más bien de su ausencia) causaron una profunda impresión en Galbraith; en su mente se confundían distintas clases de violencia y desesperanza, entre iraquíes, kurdos e iraníes. Tan memorable para él como las aldeas kurdas demolidas fue lo que vio en el puerto sureño de Basra, en su momento la ciudad más soberbia de Irak. En el derruido Hospital Republicano de la ciudad, donde algunas sábanas estaban manchadas de sangre y los gatos y las moscas entraban y salían de las salas, transferían cadáveres de aquí para allá, como si tal cosa.

El diario de Rankin registra estos sucesos: “La mayoría de los pacientes parecían pasivos y entregados a su suerte. Algunos hablaban de la muerte simultánea de una esposa, hijo o abuelo, como si fuera algo cotidiano y normal”.²⁴ El ataque iraní a Basra comenzó en enero de 1987. Para cuando cesaron las acciones en junio, los analistas estimaban que habían perdido la vida 40 000 iraníes y 25 000 iraquíes, lo que resultaba en la batalla más sangrienta de la guerra más sangrienta desde la segunda Guerra Mundial.

El conflicto entre Irán e Irak mostraba —en cuanto a insensatez y salvajismo— notables paralelos con la primera Guerra Mundial. Los iraquíes utilizaron armas químicas contra los iraníes, los frentes permanecieron estáticos durante años, y en sañuda guerra de trincheras sucumbieron oleadas de soldados iraníes, para aniquilar a una generación entera de jóvenes y niños. El ayatolá alentaba el martirio, lo que le daba sustento espiritual para enmascarar las monstruosas pérdidas y la vacuidad de la causa.²⁵ Se hizo notorio por emplear a niños como buscaminas, atándolos entre sí para atravesar campos y tierra de nadie. Les indicó que usaran llaves de plástico alrededor del cuello para que pudieran abrir los portones del Cielo. A menudo se enviaba a los niños, sin entrenamiento alguno, a realizar cargas frontales por terreno abierto contra puestos de ametralladoras enemigas. En este contexto apenas se destacaban la “mera” demolición de aldeas kurdas, la deportación de civiles kurdos y las implicaciones

de prohibir la vida en el Kurdistán rural.

Aunque Galbraith asimiló los costos humanos de la sangrienta lucha entre Irán e Irak y la campaña de erradicación de las aldeas kurdas, dedicó parte de su informe sobre el conflicto de 1987 —16 páginas de 49—, sobre todo a los intereses estadounidenses en Irak. “War in the Persian Gulf: the U.S. Takes Sides” [Guerra en el Golfo Pérsico: Estados Unidos toma partido] sostenía que, a pesar de la brutalidad de Bagdad, de todos modos Estados Unidos no podía dejar que Irak perdiera la guerra.

Galbraith recomendó que Estados Unidos impusiera sanciones económicas a Irak y que trabajara a través de las Naciones Unidas para ponerle fin al conflicto. No sugirió que se castigara a Hussein por su dura represión a los kurdos; es más, apenas los mencionó. Cuando lo hizo, no fue como un pueblo importante por derecho propio, sino como grupo cuya rebeldía subrayaba la vulnerabilidad de Irak frente a Irán. El problema kurdo, advirtió, bien podía resultar “el talón de Aquiles de la defensa iraquí”: “La rebelión kurda adquiere enorme poderío y significa una amenaza militar importante para el control iraquí de esa región”.²⁶

El informe dejaba entrever la naturaleza de lo que habían presenciado Rankin y Galbraith, pues describía las aldeas destruidas, pero no daba ninguna alarma que pudiese alertar a los lectores en cuanto a la severidad de la represión y el potencial para aún más brutalidad. Galbraith consideró “rebeldes”, “insurrectos” y “aliados de los iraníes” a los kurdos; el que hubiera mucho más kurdos desarmados que armados no cambió su apreciación, y el informe hizo alusión al muy citado hecho de que, hasta hacía poco, Irak había tratado a su minoría kurda mejor que a cualquiera de sus vecinos. La preocupación principal era que la molestia kurda en Irak sustraía a unos 150 000 soldados del frente iraní. Irak se enfrentaba a una guerra de desgaste en el sur (Irán) y el norte (Irán, más kurdos respaldados por aquél). *Esto se consideraba desfavorable para Estados Unidos.*

CONOCIMIENTO OFICIAL, SILENCIO OFICIAL

Aunque la idea de Galbraith sobre la aniquilación de los kurdos derivaba anecdóticamente de sus dos viajes al país, los funcionarios del Departamento de Estado también supervisaban los movimientos de tropas iraquíes y tenían una visión mucho más profunda de la brutal campaña de reasentamiento de Hussein. Larry Pope, entonces director de la oficina para Irán e Irak del Departamento de

Estado, recuerda: “Nuestros informes de Irak eran muy buenos. Había una demora de un par de semanas, cuando mucho. Sabíamos que sucedía algo espantoso y que al-Majid dirigía el asunto. El satélite mostraba las aldeas arrasadas”. El informe no clasificado sobre derechos humanos de 1987 del Departamento de Estado describe una “extensa destrucción y descombro de aldeas kurdas, mudanzas masivas por la fuerza y el exilio de familias kurdas a zonas no kurdas de Irak”.²⁷

Sin embargo, cualquiera que haya sido el conocimiento lato de los hechos, la embajada estadounidense en Bagdad parecía creer que las demoliciones y los traslados de la población eran justificados y que tal vez no continuarían. La embajada insistía en que al-Majid pronto abandonaría la ofensiva contra los kurdos. En lugar de desperdiciar “por lo menos un batallón de soldados” por aldea, afirmaba un cable de la embajada en abril de 1987, “reasentará y descombrará algunas y luego reducirá o pondrá fin a la actividad en el verano, como parte de una táctica de ‘castigo y recompensa’”.²⁸ La embajada suponía, como de costumbre, que al frente de Irak había hombres racionales cuyo compromiso con la victoria no les permitiría derrochar recursos preciosos en persecuciones aparentemente gratuitas contra civiles. Los funcionarios estadounidenses que preparaban los informes describían como rutinario y con un tono neutral el duro tratamiento a los kurdos. La embajada comunicó, sin asombro, que al-Majid coordinaba una “represión despiadada, que también implicaba el uso de sustancias químicas”.²⁹

La prensa estadounidense no se ocupó mayormente del asunto. Los pocos corresponsales a quienes les interesaba la región tuvieron grandes dificultades para ingresar a Irak. Randal, del *Washington Post*, viajó ahí en 1985, pero no pudo convencer a sus jefes de que otra visita valdría el gasto, el riesgo y la pena. Una vez, cuando intentó que el *Washington Post* publicara una foto de un kurdo gaseado, su jefe le preguntó: “¿A quién le va a interesar?”

Randal mantuvo contacto con emigrados kurdos en Londres y París, instándolos a que se compraran una cámara de cine sonoro y presentaran las atrocidades por televisión. Recuerda Randal: “Les dije que hasta un mono podía filmar personas muertas violentamente, pero ellos se enorgullecían de tener una conexión vía télex con Chipre. Estaban muy atrasados en tecnología. Los dirigentes habían estado tanto tiempo en las montañas que no sabían cómo funcionaba el mundo”.

Hussein, en cambio, sí lo sabía. Al comprobar la eficacia de las armas químicas contra su enemigo extranjero, acto seguido las utilizó contra su principal enemigo interno. En mayo de 1987 Irak fue el primer país en atacar a sus propios ciudadanos con armas químicas. Los kurdos iraquíes que huyeron a Irán sostuvieron que los aviones de Hussein arrojaron gas mostaza en unas docenas de aldeas kurdas a lo largo de la frontera iranoiraquí.³⁰ Los cuarteles generales de los dos principales partidos políticos kurdos también fueron bombardeados con gases tóxicos. Se filtraron informes de la región semejantes durante el resto de 1987 y parte de 1988.

También la prensa divulgó la destrucción de aldeas iraquíes por medios más convencionales. En septiembre de 1987, el *New York Times* dio la noticia de que Irak dinamitó aproximadamente 500 aldeas en los seis meses anteriores. Sin embargo, en Estados Unidos las historias se procesaban como si se tratase de una faceta normal de la guerra. El periodista Alan Cowell, del *Times*, describió el ataque no como una ofensiva que mató a personas inocentes, sino como una “campaña despiadada para negarles refugio a los guerrilleros kurdos”.³¹ La falta de protestas pareció envalentonar a los iraquíes; al-Majid, a quien los kurdos luego apodaron *Alí Anfal* y que continuó supervisando la purga de los kurdos rurales, muy pronto entendió que Estados Unidos valoraba su relación con Irak y que no iba a usar su influencia para limitar su campaña. Las transcripciones posteriores de las conversaciones de al-Majid revelaron que operó con escaso temor a las consecuencias. En una reunión del 26 de mayo de 1988, al-Majid describió un ataque con gas en contra de los kurdos y exclamó: “¡Los mataré a todos con armas químicas! ¿Quién va a decir algo? ¿La comunidad internacional? ¡Que se vayan a la mierda!”³² Al-Majid continuó, con impunidad, causando estragos entre los kurdos de Irak.

Los estados constantemente se mandan señales entre sí. A menudo se disciernen momentos anteriores a los genocidios en los que las potencias externas, al reaccionar con timidez ante abusos iniciales, o invitándolos, revelan una falta de preocupación por las tácticas represivas de un amigo o enemigo. Las respuestas estadounidenses al uso de armas químicas contra Irán, los informes de su empleo contra los kurdos y la continua destrucción de aldeas kurdas fueron muy suaves.³³ Nada en el comportamiento de Estados Unidos le señaló a Hussein que tendría que pensarlo dos veces antes de valerse del método que se le antojara para eliminar a los kurdos rurales.

RECONOCIMIENTO

El Hiroshima kurdo

Galbraith no recomendó que Estados Unidos cambiara de política tras visitar el páramo del norte de Irak en 1987, pero las imágenes de la destrucción no lo abandonaron. Tenía la sospecha de que la campaña de Hussein para arrasar las aldeas era más siniestra y estaba más difundida de lo que había pensado al principio. Si Hussein sólo buscaba mantener en orden a los enfadosos kurdos armados, Galbraith se preguntaba por qué atacaba lugares habitados sobre todo por civiles. Los temores de Galbraith se agudizaron en marzo de 1988, cuando las fuerzas iraquíes gasearon a la población kurda de Halabja.

En 1987, la demolición de las aldeas alrededor de Halabja provocó que la población de la ciudad aumentara de 40 000 a casi 80 000 habitantes. Halabja irritaba especialmente al jefe de la Oficina del Norte, al-Majid. Los rebeldes *peshmerga* kurdos la convirtieron en una especie de fortaleza al unirse con frecuencia con los Guardias Revolucionarios iraníes que se filtraban a través de la cercana frontera. Además, Halabja estaba apenas a 7 millas al este de una fuente de agua estratégica, vital para Bagdad.

A mediados de marzo de 1988, una operación conjunta kurda e iraní puso en fuga a los soldados iraquíes en Halabja. Los militares iraníes remplazaron a los iraquíes en el pueblo fronterizo. Los civiles kurdos, peones en la lucha entre los dos grandes poderes de la zona, cayeron presas de una oleada de estremecimiento. El 16 de marzo Irak contraatacó con gases letales. Un testigo recuerda: “Era distinto de las otras bombas. Hubo un enorme ruido, una enorme llamarada, y tenía capacidades muy destructivas. Si se tocaba una parte del cuerpo que había sido quemada, la mano también ardía. Hacía que las cosas se incendiaran”.³⁴ Los aviones volaron lo bastante bajo para que los aterrorizados kurdos los reconocieran: eran de la fuerza aérea iraquí.

Muchas familias se escondieron en primitivos refugios antiaéreos que construyeron afuera de sus hogares. Cuando los gases penetraban por las rendijas, salían a la calle con pánico. Ahí encontraban a amigos y familiares congelados en el tiempo, como en una versión moderna de Pompeya: caídos a poca distancia de alguna carreola, tomados para siempre de la mano de un ser amado, protegiendo a un niño del aire envenenado o “tranquilamente” derrumbados sobre el volante de un vehículo. No todos murieron enseguida.

Algunos de los que inhalaron las drogas continuaron dando vueltas, cegados por el gas, riéndose sin control —porque los nervios se trastornaban— o doblando las rodillas. Un sobreviviente señala: “La gente corría por las calles, tosiendo con desesperación. Yo también me cubrí los ojos y la boca con un trapo mojado, y corrí... Un poco más adelante vimos a una anciana que ya estaba muerta, más allá de toda ayuda; no presentaba signos de sangre ni ninguna herida. Tenía la cara como de cera y le burbujeaba una espuma blanca en la comisura de la boca”.³⁵ Quienes escaparon de una exposición y contacto graves, huyeron hacia la frontera iraní. Cuando los informes del ataque se hicieron públicos en el resto del mundo, el gobierno de Irak le echó la culpa a Irán.

Halabja muy pronto se conoció como el Hiroshima kurdo. En los tres días de ataques, las víctimas fueron expuestas a gas mostaza, que quema, provoca mutaciones en el ADN y causa malformaciones y cáncer, así como a los gases neurológicos sarín y tabún, que matan, paralizan o causan daños neurológicos inmediatos y permanentes. Los médicos sospechan que también se emplearon el temido gas vx y la sustancia biológica aflatoxín. Unos 5 000 kurdos murieron de inmediato y miles más resultaron heridos. Irak por lo general justificaba los ataques contra los kurdos arguyendo que procuraba eliminar a los saboteadores alineados con los iraníes. Pero en Halabja la mayoría de los *peshmerga* kurdos que colaboraban con Irán consiguieron máscaras antigás. Fueron los civiles kurdos no combatientes quienes quedaron indefensos.

Halabja fue el más notorio y mortal de todos los ataques contra los kurdos, pero fue sólo uno de por lo menos 40 asaltos con gas que ordenó al-Majid. Uno similar se produjo esa primavera en la aldea de Guptapa. Ahí, el 3 de mayo de 1988, Abdel-Qadir al-'Askari, químico de profesión, oyó un rumor de que se avecinaba un ataque químico. Salió de la aldea, que se encontraba en un terreno bajo, y subió a una colina para avisarles a sus vecinos del peligro en ciernes. Cuando vio a los aviones iraquíes bombardeando, volvió corriendo a la aldea para prestar ayuda, pero cuando llegó a su casa, donde había improvisado un refugio contra ataques químicos, no había nadie adentro. Recuerda:

Tuve verdadero miedo, pues creí que nadie había sobrevivido. Trepé del refugio a una cueva cercana, pensando que quizá se habían resguardado ahí. Pero tampoco había nadie. Cuando llegué al arroyo cercano a nuestra casa encontré a mi madre. Se había caído al lado del arroyo y con la boca mordía la orilla de barro... Le di vuelta, estaba muerta. Quería besarla pero sabía que si lo hacía las drogas me afectarían a mí. Incluso ahora lamento no haber besado a mi amada madre.³⁶

Buscó desesperado a su esposa e hijos:

Continué bordeando el río y encontré el cuerpo de mi hija de nueve años abrazando a su prima, quien también murió asfixiada en el agua... Luego fui a nuestra casa. En un espacio de 200 a 300 metros cuadrados vi los cuerpos de docenas de familiares. Entre ellos estaban mis hijos, mis hermanos, mi padre y mis sobrinos. Algunos todavía estaban vivos, pero no los podía distinguir. Quería ver si los chicos estaban muertos. En ese momento se me confundieron los sentimientos. No sabía por quién llorar y no supe a quién acudir primero. Estuve completamente solo hasta la noche.³⁷

La familia de al-'Askari constaba de 40 personas antes del ataque, y de 15 después. Perdió a cinco hijos: dos varones de 16 y 6 años, y tres hijas, de 9 y 4 años y de 6 meses. En Guptapa murieron unos 150 kurdos. Los sobrevivientes presenciaron la muerte de amigos, cónyuges e hijos.

Cuando la noticia de los ataques con gases comenzó a llegar a las aldeas vecinas, los despavoridos kurdos empezaron a huir aun antes de la llegada de los bombarderos de la fuerza aérea iraquí. Las fuerzas de al-Majid eran muy predecibles. Los ataques se iniciaban con bombas de dispersión o cocteles químicos en las aldeas designadas y los habitantes huían. Cuando llegaban a la calle, los soldados iraquíes y la policía de seguridad los atrapaban. Después, a menudo se saqueaban las aldeas y les tiraban bombas incendiarias para que nunca más volvieran a ocuparse. A algunas mujeres y niños se les daba muerte, y a otros se les llevaba a corrales de contención, donde muchos morían de hambre y enfermedad. De los hombres nunca más se volvía a saber. En las zonas vedadas por Hussein, simplemente se extinguió la vida.

ESCEPTICISMO OFICIAL

En Washington, los informes sobre el empleo de gases se recibieron con incredulidad. Los estadounidenses sentían tal hostilidad hacia Irán que desconfiaban de noticias procedentes de allá. Cuando a principios de 1987 Irak inició los ataques químicos contra los kurdos, los dos principales diarios estadounidenses publicaron una que otra nota al respecto, pero se apresuraban a aclarar que transmitían “versiones” iraníes. Bagdad los presentaba como “contraataques” o “represalias” contra rebeldes kurdos.³⁸

Al principio, la cobertura de Halabja en 1988 fue semejante. Los primeros informes procedían de la agencia noticiosa de la República Islámica de Teherán,

y una vez más los artículos periodísticos estadounidenses transmitían “versiones iraníes” de transgresiones iraquíes. A los funcionarios iraquíes se les concedió amplio espacio para negarlo. Dos días después del primer ataque, una breve nota en el *Washington Post* decía: “Bagdad niega los informes sobre la lucha. Dijo haberse retirado ya hace tiempo de Halabja y otra ciudad, Khormal”.³⁹

Los kurdos, como muchas víctimas recientes de genocidio, entran en una clasificación de lo que la investigadora de genocidios, Helen Fein, llama “víctimas implicadas”. Aunque la mayoría son civiles apolíticos, los dirigentes políticos o militares de un grupo nacional, étnico o religioso muchas veces toman decisiones (reclamar derechos básicos, organizar protestas, lanzar revueltas armadas o incluso planear ataques terroristas) que les ofrecen a los genocidas una excusa para las represalias y a los observadores un pretexto para mirar a otro lado. A diferencia de los judíos europeos de los años treinta —que no constituían una amenaza militar ni política para la integridad territorial de Polonia o Alemania, por su aislamiento o asimilación en gran parte de Europa—, los kurdos querían liberarse del sofocante abrazo de Hussein y, como confesaban en privado, de su país en su totalidad. Así, los kurdos estaban doblemente implicados. No sólo se armaron y se rebelaron contra el régimen iraquí respaldado por Estados Unidos, sino que algunos se aliaron con Irán, enemigo de dicho país. Al ser “guerrilleros”, los kurdos parecían pedir la represión, y como aliados temporales de Irán era muy fácil asociarlos con las fuerzas responsables de la toma de rehenes y de las condenas al “Gran Satanás”.

El ataque a Halabja en marzo de 1988 permitió, más que cualquier otro, fijar la atención en la carnicería de Hussein, sobre todo porque la muerte de 5 000 civiles lo convirtió en el más mortal de todos los ataques químicos iraquíes, aunque también la accesibilidad del lugar del crimen llevó a los observadores a tomarlo en cuenta. Halabja estaba apenas a 15 millas de la frontera, y los periodistas occidentales llegaron, desde Irán, al desierto de aldeas. Vieron con sus propios ojos el atroz resultado de lo que de otra manera habría sido inimaginable. Los periodistas tuvieron la oportunidad de ofrecer cobertura inusitada de primera mano de una escena posgenocidio.

Irán, que todavía luchaba por ganar su guerra contra Irak, con gusto presentaba evidencias de los crímenes de guerra de su enemigo. Corresponsales europeos y estadounidenses visitaron hospitales iraníes, donde ellos mismos entrevistaron a víctimas con la piel llena de llagas y respirando con dificultad. Los

iraníes también ofrecieron visitas a Halabja, donde los periodistas vieron los cadáveres que los soldados iraníes y los sobrevivientes kurdos deliberadamente se demoraron en cremar. El *Washington Post* y *Los Angeles Times* publicaron artículos en primera plana el 24 de marzo de 1988, y las redes de televisión de Estados Unidos se unieron en días subsecuentes.

Los periodistas quedaron espantados y sus despachos lo reflejaban. El recuento de Patrick Tyler en el *Washington Post* describió “las caras de los no combatientes muertos: cuatro niñas de vestimenta típica tiradas como muñecas al lado de un arroyuelo al pie del villorrio de Anap, dos mujeres abrazándose en la muerte junto a un jardín de flores, un viejo de turbante cargando a un bebé en un umbral”.⁴⁰ Por vez primera se veían las caras de los kurdos, dejaron de ser cifras abstractas de bajas o meros “rebeldes”.

Los funcionarios estadounidenses insistieron en que no estaban seguros de que los iraquíes fueran los responsables de los ataques. Los periodistas occidentales, que tenían poca experiencia con los iraquíes y ninguna con los kurdos, vacilaron. Tyler escribió: “Más de 100 cadáveres de mujeres, niños y ancianos todavía quedaban en calles, callejones y plazas de esta ciudad, ahora vacía, víctimas de *lo que Irán sostiene* es el peor ataque con armas químicas contra civiles en su guerra de siete años y medio con Irak”.⁴¹ El artículo del 24 de marzo en el *New York Times*, enterrado en la página A11, llevaba el título “Irán acusa a Irak del ataque con gases”. *Newsweek* reportó: “La semana pasada los iraníes tuvieron la horripilante oportunidad de *presentar su caso* al permitir a unos periodistas occidentales que visitaran Halabja, una ciudad en el este de Irak ocupada hace poco por fuerzas iraníes después de un sitio breve pero sangriento. *Según Irán*, los iraquíes bombardearon la ciudad con armas químicas tras su derrota. *Los iraníes dijeron* que el ataque mató a más de 4 000 civiles”.⁴² Éstos no se tomaban como hechos, eran versiones y, para colmo, iraníes. Las víctimas no podían relatar nada; los periodistas presenciaron las consecuencias de un crimen monstruoso, pero no lo vieron ocurrir, así que se cuidaron de apuntar con dedos acusadores. De este modo, las reservas de rigor quitaron filo a las revelaciones.

A su vez, los iraquíes crearon mayores dudas al organizar sus propias visitas a la región. El régimen negó las atrocidades y recordó a los extranjeros que durante una guerra ocurren cosas terribles. En la época de Halabja, el embajador iraquí en Francia declaró en una conferencia de prensa: “En una guerra no hay nadie

que impida jugar sucio. La guerra es sucia”.⁴³ Sin embargo, “la guerra” supone dos o más grupos de combatientes, mientras que los ataques de Hussein con armas químicas se dirigieron sobre todo contra civiles kurdos. Pero Irak se justificaba: los rebeldes kurdos luchaban al lado de los iraníes, Irak estaba en guerra con Irán, y la guerra, como todos sabían, era brutal. La niebla de la guerra de nuevo oscureció un acto genocida.

La posición oficial de Estados Unidos reflejaba la de sus aliados en Europa, pero apenas se dijo algo acerca de Halabja, el Departamento de Estado dio a conocer un comunicado que limitaba su crítica a las armas empleadas. Marlin Fitzwater, vocero de la Casa Blanca, dijo ante periodistas: “Todos los funcionarios vieron los mismos informes que ustedes presenciaron anoche. Fueron horribles, espantosos, repugnantes, y deberían servir de recordatorio a todos los países en cuanto al porqué de prohibir la guerra química”.⁴⁴

Estados Unidos no amenazó ni exigió nada. La turbación estadounidense se centraba en el uso de sustancias letales por parte de Hussein y en su abierto desprecio por el Protocolo de Ginebra contra la Guerra Química, de 1925. La página editorial del *New York Times* condenó los ataques químicos iraquíes y exigió que Washington suspendiera la ayuda a Bagdad si éstos no cesaban. En el Congreso, el senador George Mitchell (demócrata por Maine) presentó una firme resolución del Senado en repudio del uso de armas químicas por Irak. Jim Hoagland, del *Washington Post*, condenó a Irak por emplear el “escuadrón Orkin” contra civiles. Hoagland, quien —daba la casualidad— estuvo con el mulá Mustafá Barzani en las montañas de Kurdistán en marzo de 1975, cuando Estados Unidos lo abandonó, ahora instaba a esa nación a usar toda la influencia que había acumulado con Hussein para impedir nuevos ataques.⁴⁵

Los grupos de derechos humanos eran más, gozaban de mayor respeto y contaban con mejor financiamiento que durante los horrores camboyanos. Helsinki Watch se fundó en 1978, Americas Watch en 1981 y Asia Watch en 1985, pero hasta 1990 se tuvieron los recursos para establecer el Middle East Watch (de Medio Oriente). Por tanto, se evitó cualquier comentario público acerca del gaseo de los kurdos. Ken Roth, quien actualmente dirige una organización de más de 200 personas con un presupuesto anual de casi 20 millones de dólares (en ese entonces era vicedirector de un equipo de apenas dos docenas de personas), explica: “No teníamos experiencia. Ninguno de nosotros había estado en la región y sentimos que podíamos arriesgarnos a decir cosas que

no era factible respaldar con hechos. Sólo nos dábamos el lujo de tener expectativas que no había forma de cumplir”.

Amnistía Internacional tenía investigadores en Londres y éstos se pusieron en contacto con kurdos iraquíes, quienes confirmaron el horror de las noticias periodísticas, pero el personal de Amnistía no pudo entrar en Irak. Shorsh Resool, ingeniero kurdo de 30 años y sobreviviente del Anfal, jamás había estado en el exterior, pero se preguntaba por qué el servicio árabe de la BBC nunca había dado noticias de la matanza. Le dijeron que en Occidente la gente no creía en las afirmaciones kurdas de que habían desaparecido 100 000 personas. La cifra sonaba abstracta y arbitraria, Resool se decidió a confirmarla. Entre octubre de 1988 y octubre de 1989 recorrió a pie el norte de Irak, evadiendo a las patrullas de las tropas iraquíes para entrevistar a decenas de miles de sobrevivientes del Anfal. Elaboró una lista de 16 482 kurdos desaparecidos. Con una extrapolación estadística de su estudio, llegó a la conclusión de que habían sido asesinados entre 70 000 y 100 000 kurdos. Sin embargo, cuando presentó esta evidencia a una investigadora de Amnistía en Londres, ésta lo cuestionó: “¿De verdad cree que se puede desaparecer a esa cantidad de kurdos en un año sin que nadie se entere?”

Amnistía sí hizo circular fotos de víctimas, así como los nombres de quienes se pudo confirmar la desaparición. Pero, como dice Curt Goering, vicedirector de Amnistía en Estados Unidos, “el problema entonces, como ahora, era lograr que nuestra base popular ejerciera alguna influencia en Washington”.

Los funcionarios estadounidenses sostenían que las pruebas de la responsabilidad iraquí eran poco convincentes y culpaban a “ambos bandos”.⁴⁶ Citaron “indicaciones” de que Irán también había usado proyectiles químicos de artillería contra Irak, si bien debieron reconocer que la evidencia no era concluyente. El vocero del Departamento de Estado, Charles Redman, hizo un pronunciamiento con miras al futuro: “Instamos a Irán e Irak a desistir de inmediato de usar armas químicas, que son una ofensa a la civilización y a la humanidad”.⁴⁷ A casi tres semanas del ataque a Halabja, el *Washington Post* publicó un artículo en la primera página; en él se refería a la afirmación del Departamento de Estado: “no fue de un solo lado”.⁴⁸ En el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Estados Unidos bloqueó un intento iraní de presentar la cuestión de la responsabilidad por el ataque a Halabja.⁴⁹

Cualquiera que haya sido la confusión superficial, los refugiados kurdos

insistían en lo que presenciaron y vivieron. David Korn, especialista del Departamento de Estado en asuntos sobre Medio Oriente, quien después entrevistó a docenas de refugiados kurdos, recuerda: “Los hechos estaban a la mano, pero no se los recibe a menos que se desee recibirlos como son”. La realidad de la campaña general de destrucción era innegable. Un cable de la Agencia de Inteligencia de Defensa fechado el 9 de abril de 1988 informaba: “Se calcula que 1 500 000 kurdos han sido reubicados en campamentos”; “se designó a más o menos 700 y 1 000 aldeas y pequeñas áreas residenciales para el reasentamiento”; “una cifra desconocida, pero importante, de kurdos, según se informaba, se llevó a ‘campos de concentración’ cerca de las fronteras con Jordania y Arabia Saudita”.⁵⁰ Pero estos horrores no llegaron a los titulares de los diarios. Así, los funcionarios nunca se sintieron obligados a recabar datos acerca de las condiciones de los campamentos, ni el estado en que se encontraban los hombres que habían sido deportados. La historia de Halabja se apagó tan rápido como surgió, y el Departamento de Estado continuó apoyando a Irak.

EJECUCIONES EN MASA

Los ataques con gases recibieron la atención pública, pero la mayoría de los kurdos muertos por el Anfal fueron ejecutados en masa. Los funcionarios estadounidenses sabían que a lo largo de la ofensiva de 1987-1988 se había capturado a hombres iraquíes. No se sabe bien en qué momento se enteraron de las acostumbradas matanzas en masa. Los altos funcionarios del gobierno de Reagan dejaron en claro que la suerte de los kurdos no era asunto suyo, de manera que no sorprende que el personal de inteligencia estadounidense no haya intentado indagar sobre las condiciones de los prisioneros en el momento en que tenían lugar las matanzas. Varios kurdos que sobrevivieron a los fusilamientos describieron los horrores de quienes terminaban en custodia de al-Majid.

Algunos de los capturados en las zonas prohibidas durante la campaña del Anfal eran llevados al gigantesco centro de detención Topzawa, cerca de la ciudad petrolera de Kirkuk. Los sobrevivientes afirmaban que 5 000 kurdos a la vez ocupaban Topzawa, pero la reposición era rápida, pues a diario salían autobuses llenos y llegaban nuevos prisioneros. A través de las ventanas con barrotes, mujeres y niños observaban cómo se esposaba a los hombres en el patio y se les

castigaba salvajemente. Por lo general, después de uno o dos días se leía una lista de nombres y se reunía a los hombres, atados y en calzoncillos, y se les metía en vehículos verdes y blancos sin ventanas, como ambulancias.

Los ancianos (de entre 50 y 90 años) eran llevados en trayectos de 12 a 15 horas al Pozo de Salmán o Nugra Salmán, una prisión fortificada, abandonada e infestada de piojos; cada día moría un promedio de cuatro o cinco hombres, de hambre, enfermedad o abuso físico.⁵¹ Los hombres de menor edad corrían con una suerte más siniestra.

En abril de 1988, Ozer, obrero de 25 años, llegó a Topzawa después de que el bombardeo y las topadoras iraquíes lo desalojaron de su hogar por segunda vez. Una mañana, a eso de las ocho, él, junto con varios centenares más, fueron arrastrados a vehículos cerrados, calientes, con los pisos cubiertos de orina y heces humanas. Después de todo un día de viaje, el convoy de nueve vehículos pasó a un camino de tierra, por el que Ozer sólo vio desierto y oscuridad. Él y sus compañeros sabían que el fin estaba próximo y comenzaron a rezar, llorar y, de acuerdo con la tradición islámica, a pedirse perdón entre sí.⁵² Los prisioneros oían el incesante matraqueo de ametralladoras cercanas y gritos, seguidos de los motores de topadoras. El conductor del autobús de Ozer encendió sus faros para que la policía iraquí tuviera menos dificultades al matar a los hombres del de adelante. Ozer y sus compañeros observaron cómo se arrastraba a los kurdos hacia la luz, los acribillaba un pelotón uniformado y los depositaban en un hoyo recién cavado.

Al ver lo que les esperaba y sin consolarse con ninguna esperanza, la tanda en el autobús de Ozer hizo algo poco común: intentaron resistirse a su ejecución e hirieron a uno de los guardias en una refriega. Sin embargo, los prisioneros eran menos y los guardias vaciaron sus armas, una y otra vez, dentro del vehículo. Ozer fue alcanzado por una esquirla, pero se acurrucó en el piso mientras los cuerpos sin vida se apilaban a su alrededor y caía un continuo goteo de sangre del poroso vehículo. Al final huyó ayudado por la oscuridad de la noche. Sin poder ver bien, cayó en una zanja llena de cuerpos sangrantes —unos 400—, pero pudo salir y llegar al barrio kurdo de Kirkuk.

Los iraquíes tendían a variar sus métodos, como más tarde descubrió un observador del Medio Oriente:

Se formaba a algunos grupos de prisioneros, se fusilaba a los de adelante y los arrastraban a fosas comunes cavadas de antemano; a otros se les aventaba con rudeza en trincheras y se les ametrallaba

donde caían; a otros más se les obligaba a acostarse en parejas, como sardinas, junto a pilas de cadáveres frescos, antes de ser acribillados; a otros se les ataba, se les llevaba al borde de la fosa y se les fusilaba de espaldas para que cayeran hacia adelante, un método ostensiblemente más eficiente desde el punto de vista de los asesinos. Luego las topadoras empujaban tierra o arena y cubrían las pilas de cuerpos.⁵³

En algunas zonas, las mujeres y niños desalojados de sus hogares también fueron víctimas. Taimour Abdullah Ahmad, de 12 años, fue el sobreviviente kurdo más famoso. En abril de 1988, vivía con sus padres y hermanas: Gaylas, de 11 años; Leyla, de 10, y Serwa, de 9. Las tropas iraquíes pasaron por su poblado, capturaron a la familia y la llevaron a Topzawa, donde Taimour se sintió afortunado de no estar alojado con los hombres. Por un pequeño agujero en la pared del complejo vio cómo a su padre lo desvestían, lo esposaban a su compañero más próximo y se lo llevaban con los demás hombres. Otras personas se peleaban por tener acceso al agujero y Taimour recordó a las esposas, madres e hijas que gritaban, aullaban, se pegaban y se tiraban de los cabellos en su agonía.⁵⁴

Taimour permaneció un mes en el complejo con su madre y sus hermanas, con un trozo de pan diario, hasta que una mañana, a fines de mayo, los guardias los llamaron, pasaron lista y los hicieron subir a uno de los autobuses verdes y blancos. Taimour viajó inmerso en un silencio ensordecedor y un calor sofocante junto a unas 50 o 60 mujeres sentadas en el vehículo —tres niños murieron de deshidratación en el camino—, hasta que cayó la noche. Cuando los guardias abrieron las puertas, Taimour, que se había quitado la venda de los ojos, vio que cada uno de los aproximadamente 30 vehículos se detuvo al lado de su fosa correspondiente en el desierto, cada una de unos cinco por cinco metros y uno de profundidad. Una pila de tierra se levantaba al otro lado de cada hoyo. Antes de que Taimour tuviera oportunidad de considerar la horrorosa escena, los guardias lo empujaron a él y a los demás dentro de las fosas, separándolo de su madre y sus hermanas.⁵⁵

Cuando lo alcanzó un balazo en el hombro derecho, se tropezó y tendió las manos hacia el hombre que le había tirado. Recordó la mirada en los ojos del soldado. Tres años más tarde describía la escena, recitada mecánicamente de tantas veces que la había relatado: “El soldado estaba a punto de llorar, pero el otro le gritó y le dijo que me empujara de vuelta a la fosa. Era su obligación devolverme ahí”.⁵⁶ El oficial le ordenó al soldado que disparara de nuevo,

hiriendo a Taimour en el lado derecho de la espalda, justo encima de la cintura. El chico no se movió: Cuando los guardias se alejaron, sintió a una niña moviéndose a su lado. “Corramos”, susurró, pero ella no quiso, pues estaba demasiado asustada por los guardias.

Taimour salió del foso y miró detrás de sí, por única vez, a su madre, a tres hermanas y a tres tías apiladas como un montón de leña. Se alejó subrepticamente de la tumba, evitando los faros barredores de los vehículos de los guardias. Manaba sangre de sus heridas y se desmayó detrás de una de las pilas de tierra. Cuando recobró el conocimiento, las fosas estaban llenas y aplanadas. Escapó y una familia árabe lo cuidó durante dos años, hasta que pudo ser repatriado al norte con la rebelión kurda de 1991, donde se enteró de que había perdido a 26 parientes en el Anfal.⁵⁷

UN PAR DE VICTORIAS IRAQUÍES

Los planificadores políticos estadounidenses y europeos se resistieron mucho tiempo a sostener entrevistas oficiales con los líderes kurdos iraquíes por temor a irritar a Hussein, pero el grave ataque con gases a Halabja y los indicios de desaparición y masacre de decenas de miles de kurdos indefensos hizo que Jalal Talabani, jefe de uno de los dos principales partidos políticos kurdos, creyera que por fin conseguiría una audiencia con funcionarios occidentales.

En junio de 1988, Talabani, ex periodista y abogado de 54 años, decidió probar suerte y salió de Medio Oriente por primera vez en ocho años. Viajó a Londres, donde, junto con Latif Rashid, su representante del partido ahí, estudió una copia del Convenio sobre Genocidio. Rashid recuerda: “Sabíamos que ‘genocidio’ era un término muy delicado y queríamos estar seguros de que lo usábamos correctamente”. Tras examinar el texto con cuidado, comentarlo y compararlo con las realidades del Anfal, Talabani anunció públicamente que Irak “promovía una campaña de genocidio contra nuestro pueblo mediante el uso diario de gas tóxico”.⁵⁸

Semanas después, Talabani visitó Washington. Manifestó que Irak, tan sólo en el pasado año, había arrasado más de 1 000 aldeas, y ofreció apabullantes relatos de gaseos. Vestido de traje a rayas y corbata *paisley*, Talabani no daba la imagen del rebelde kurdo cargado de cartucheras y con bombachas. Con más astucia política de lo que se esperaba, Talabani presentó hábilmente el caso de

que el genocidio de Hussein era asaz histórico: “Es la primera vez en la historia que un gobierno usa armas químicas contra ciudadanos propios que no están en el frente de batalla”, declaró a Elaine Sciolino, del *New York Times*. También defendió la alianza de sus fuerzas con Irán, pues “cuando uno se enfrenta a un genocidio, es obligatorio defenderse de la manera que sea”.⁵⁹

Larry Pope, director de la oficina de Irán-Irak del Departamento de Estado, favorecía la política de compromiso con Irak del gobierno de Reagan, pero le bastaba la repugnancia que le producían las imágenes de Halabja para sentir que Estados Unidos debía expresar su desacuerdo recibiendo a Talabani. Esto equivalía a pasar por alto la “ordenanza para aligerar la culpabilidad”, que instaba a que todo contacto con los kurdos tuviera lugar fuera de las propiedades del gobierno de Estados Unidos. Talabani se sintió recompensado. Él y Pope se reunieron por espacio de una hora en la fortaleza del Departamento de Estado en Foggy Bottom.

La primera manifestación de protesta no provino de los iraquíes, sino del presidente de Turquía, Kenán Evren, quien estaba en Washington para reunirse con Shultz, el secretario de Estado. Evren, quien temía que cualquier estímulo que se les diera a los kurdos animaría a los 10 millones que habitaban en Turquía, se puso furioso. Shultz no tenía idea del encuentro de Talabani con Pope y preguntó: “¿De quién diablos fue esa brillante idea?”

Los iraquíes, como era de esperarse, también estaban airados. El ministro del Exterior iraquí, Tareq Aziz, canceló su encuentro con Shultz acordado desde hacía tiempo, y acusó al gobierno de Estados Unidos de interferir en los asuntos internos de Irak, nación que era muy sensible a las declaraciones y maniobras de Estados Unidos. El Departamento de Estado se apresuró a aplacar a Irak en público: “Estados Unidos no interfiere en los asuntos internos de esos países con minorías kurdas.”⁶⁰ Pope fue reprendido, y el Departamento reiteró su política de no reunirse con líderes kurdos en instancias gubernamentales. Rashid, ayudante de Talabani, recuerda: “Al principio fuimos muy populares, todos mostraban cordialidad e interés. Después, de un momento a otro, las puertas se cerraron y nos dejaron fuera”. Al final Pope creyó que su gesto —inocente— había resultado contraproducente: “Más que señalarle a Irak nuestra desaprobación, le dimos a entender que nuestras relaciones con Irak y Turquía eran más importantes que cualquier cosa que hiciera Hussein internamente”.

Talabani muy pronto reconoció el valor que Estados Unidos otorgaba a su

relación con Irak. No obstante, el viaje produjo ciertos dividendos: conoció a varios congresistas y se reunió por vez primera con Galbraith. También contribuyó a promover la resolución del senador Mitchell, la cual condenaba el uso iraquí de armas químicas, aprobada por unanimidad (91 a 0) el 24 de junio de 1988.⁶¹ Pero como no había represalias anexadas a la resolución y Hussein podía confiar en el continuo apoyo de Estados Unidos, no se sintió amenazado. A fines de junio y en julio los iraquíes llevaron a cabo ataques con armas químicas en todo el territorio kurdo.

Estados Unidos concentró sus esfuerzos diplomáticos durante 1987 y 1988 en aislar y poner en vigor un embargo de armamentos a Irán. También dió ayuda concreta a Irak; aunque no le vendió armas a Bagdad, Estados Unidos le brindó inteligencia de aviones AWACS, con cálculos de daños provocados por misiones aéreas iraquíes e informes sobre movimientos de tropas iraníes.⁶² En parte, como resultado de la injerencia estadounidense, Irak revirtió el desarrollo de la guerra con Irán.

Es posible que Irán se hubiera equivocado al denunciar los pavorosos efectos de las armas químicas iraquíes. En lugar de movilizar a la opinión pública, el testimonio de los sobrevivientes convenció a voluntarios potenciales de mantenerse alejados de los centros de reclutamiento. Jomeini accedió a un cese al fuego en julio de 1988. La radio de Teherán transmitió una declaración en su nombre que sugería que quizá había tenido que ver en eso el uso de armas químicas. El ayatolá declaró: “Tomar esta decisión ha sido más mortal que ingerir veneno. He vendido mi honor. Me he tragado el veneno de la derrota”.⁶³ En la guerra murieron más de un millón de soldados y civiles de ambos bandos.⁶⁴ No cambió de manos ni un solo palmo de territorio.

El 20 de agosto de 1988 Irán e Irak firmaron un armisticio que puso fin a su sangrienta lucha. Pese a las crudas imágenes de Halabja y al fugaz episodio de interés por los kurdos en Occidente, su sufrimiento se alejó de la vista pública. Al-Majid prosiguió durante todo el verano con su despiadada campaña para vaciar el Kurdistán rural, llevándose a cualquier kurdo que se atreviera a permanecer en las áreas prohibidas. El 25 de agosto Irak perpetró un nuevo ataque contra las aldeas kurdas, con aviones, helicópteros de alas fijas, tanques y decenas de miles de soldados. Era la ofensiva “final” de la campaña de seis meses de Anfal.

Después de haber pasado por alto durante tanto tiempo los ataques iraquíes,

los altos oficiales de Estados Unidos no podían volver a hacerlo. En la embajada estadounidense en Bagdad, Rankin recuerda su reacción ante la noticia:

En la embajada pensábamos que la guerra había terminado y que Hussein se dedicaría a sacar a su país —que tenía gran potencial y había sufrido mucho tiempo— del olvido. Nos dijimos que, puesto que ya no tenía que luchar contra Irán, podía convertirse en el tipo de hombre en que queríamos que se convirtiera. Pero cuando firmó el cese al fuego con Irán y *después* gaseó a los kurdos, perdió toda excusa. Quedó claro que jamás sería ese hombre. Era un monstruo. Los ataques no tenían nada que ver con la amenaza de Irán, sino sencillamente con matar kurdos.

La ofensiva final contra los kurdos se conoció en todas partes. Dos días después de su comienzo, el *New York Times* informó que a fines de julio Irak despachó por lo menos a 20 000 soldados de elite al norte, y citó a un experto en la región: “Tenemos la impresión de que los iraquíes querían finiquitar el tema”. El 1 de septiembre de 1988, un largo artículo en la primera plana describió el despliegue de más de 60 000 hombres: “Irak puso en movimiento una gran ofensiva con la finalidad de aplastar de una vez por todas la insurrección que había durado 40 años”.⁶⁵

Los medios de comunicación le dieron mayor cobertura a esta ofensiva que a asaltos iraquíes anteriores, porque enseguida propició que 65 000 víctimas y sobrevivientes kurdos inundaran Turquía. El gobierno turco no estaba nada contento con el influjo desestabilizador de kurdos, pero instaló campamentos a lo largo de sus fronteras y se negó a otorgarle a los iraquíes el derecho a perseguir a los fugitivos, mismo que las fuerzas turcas habían invocado para localizar kurdos turcos armados en el norte de Irak. Los refugiados kurdos hicieron lo mismo que los camboyanos: les contaron sus relatos a los periodistas, quienes tenían pleno y libre acceso al sur de Turquía. Estas historias de inmediato llamaron la atención de Galbraith, y a la larga la del Departamento de Estado.

GENOCIDIO

Galbraith se mantuvo alerta a cualquier mala noticia del norte de Irak desde marzo, cuando se enteró del ataque a Halabja. No había duda de que los actos recientes de Hussein sugerían una implacabilidad que presagiaba grandes males para el pueblo kurdo: eliminación de aldeas, desaparición (y probable ejecución) de hombres, y un repetido y desvergonzado uso de armas químicas por parte de

Hussein. Galbraith comenzó a preguntarse si aquél estaría cometiendo genocidio.

Observaba cierta lógica interna en la campaña por etapas de Hussein. Sospechaba que el dictador podría estar ahorrando la potencia plena de sus fuerzas armadas a sabiendas de que una campaña más lenta le permitía mantener comprometidos a sus soldados, evitar una reacción internacional y garantizar que la economía regional (en gran medida alimentada por los kurdos) se mantuviera a flote.

Galbraith, en su viaje a Irak en 1987, vio docenas de aldeas y pequeñas ciudades demolidas lejos de la controvertida frontera con Irán. Además, sabía que la red de al-Majid también barría con mujeres y niños. Todo kurdo en el Kurdistán rural era vulnerable, al margen de sus simpatías políticas. La lealtad al régimen de Bagdad no ofrecía protección alguna, como descubrieron los kurdos “jash”, quienes trabajaban para el gobierno iraquí. En una reunión en 1987, al-Majid le dijo a un jash: “No puedo dejar que su aldea se quede ahí [...] La atacaré con armas químicas. Usted y su familia morirán”.⁶⁶

Pero fue con la ofensiva de Hussein en agosto, *después* de su guerra contra Irán, que se confirmaron los peores presentimientos de Galbraith. El 28 de agosto de 1988, recluido en Vermont en un descansado fin de semana del Día del Trabajo, Galbraith encontró un breve informe sepultado en la página A15 del *New York Times*, “Informes de nuevos ataques químicos”, que mencionaba a los kurdos iraquíes que se fugaban a Turquía y denunciaban ataques con gases.⁶⁷ Se quedó helado y recordó imágenes de restos derruidos de la vida kurda. Leyó una y otra vez las mismas 63 palabras, para exprimirle al informe cualquier detalle que pudiera estar oculto entre líneas.

Galbraith estaba convencido de que los informes de los ataques químicos eran verídicos. Aunque no podía medir con precisión la envergadura de la brutal campaña de gaseo, ejecución y despoblación en marcha, creía que el régimen de Hussein estaba empeñado en exterminar a los kurdos iraquíes. Era genocidio.

“Fue, sin más, uno de esos momentos de reconocimiento. Supe que era verdad [...] Sabía que nunca estaríamos del todo seguros de que Hussein quisiera destruir a los kurdos, pero también que nunca lo estaríamos más.”

A diferencia de los observadores de Camboya de finales de los años setenta, o de la mayoría de los de Irak de ese entonces, Galbraith entendía que el Convenio sobre Genocidio no exigía una intención de exterminar hasta el último kurdo

iraquí. Al trabajar con el senador Pell, uno de los colaboradores de Proxmire para promover la ratificación estadounidense del convenio, Galbraith llegó a apreciar algunas sutilezas inherentes a la noción de “destrucción” que encerraba la ley. Consultó los textos de Lemkin y la historia de la redacción del convenio; sabía que no hacía falta que se cometieran ataques del tamaño del holocausto para que se consideraran genocidio. La categoría de genocidio era valiosa porque describía una intención continua o pendiente, mientras que el “holocausto” describía un acontecimiento singular y monstruoso que ya había sucedido: “Estas cosas se aceleran. Cuando Hitler tomó el poder en 1933 no contaba con un plan para exterminar a todos los judíos de Europa. El mal genera el mal”.

Hussein y Hitler eran ideólogos fascistas cuya intención era destruir a grupos que les parecían poco gratos o, según su criterio, amenazadores. Los objetivos de Hussein eran claramente más limitados que los de Hitler. Sólo los kurdos de las “zonas prohibidas” habían sido señalados para la eliminación. Pero Galbraith suponía que el millón —o más— de kurdos que vivía en Bagdad correría con la misma suerte a su debido tiempo: “Si bien en ese momento la campaña de exterminio se dirigía a los kurdos de zonas rurales y pequeñas ciudades, pensé que la lógica de su programa podía culminar en el exterminio de la totalidad de la población kurda de Irak”.

Galbraith volvió a Washington de prisa para presentar el caso ante el Congreso. Sabía mucho acerca de la Ley de Lemkin, pero casi nada sobre sus cabildeos. No obstante, Galbraith redactó una nueva ley y comenzó a promover su sanción con todo el celo de su predecesor polaco.

RESPUESTA

Sanciones a Saddam

Cuando se conoció la ofensiva de agosto, el gobierno de Reagan tenía varias opciones a su disposición: podía condenar la nueva oleada de ataques, exigir que su aliado dejara de destruir la vida rural kurda, presionar para que los hombres y mujeres removidos en ofensivas anteriores fueran puestos en libertad, y amenazar con poner fin a algunas ventajas económicas con que había favorecido a Bagdad a lo largo del último lustro.

Debido a que el Congreso controlaba el presupuesto, Galbraith entendió que la legislatura influiría considerablemente en la manera en que Estados Unidos

utilizaba su influencia en el extranjero. Los empleados del Congreso no tenían permiso de hablar oficialmente con la prensa, tampoco podían publicar artículos con sus nombres. Sin embargo, con el respaldo de un senador poderoso lograrían algo mucho más importante: redactar la ley estadounidense.

La mayoría de las leyes son propuestas del poder ejecutivo; algunas las redactan quienes cabildean y las adopta el Senado, y muchas más son redacciones del personal de ambas cámaras, en especial de los empleados de las comisiones. Como subordinado de Pell en la Comisión de Relaciones Exteriores durante más de una década, Galbraith sabía que el senador, hijo del representante del gobierno de Roosevelt ante la Comisión Aliada de Crímenes de Guerra, quería usar la ley estadounidense para hacerse oír. Y estaba en lo cierto.

Al cabo de un mes de descanso en agosto, el Senado volvió a reunirse el 7 de septiembre de 1988 para sus próximas semanas de trabajo del año. A instancias de su jefe, Galbraith escribió la ley en una hora, en un inglés que cualquiera entendería, don que atribuía a que pudo evitar el estudio del derecho. Recuerda: “Éste no fue un proceso muy reflexivo. Incluí todas las sanciones que se me ocurrían”; de hecho, su proyecto contenía castigos más severos que los que se le impusieron a África del Sur por el *apartheid*. El paquete de sanciones prohibía la importación de petróleo iraquí, a la sazón por un valor de 500 millones de dólares al año; instruía a funcionarios estadounidenses a que votaran contra Irak en la concesión de créditos del FMI y el Banco Mundial; eliminaba 500 millones en garantías de créditos de la CCC para que Irak adquiriese alimentos agrícolas estadounidenses; ponía fin a 200 millones anuales en créditos para la importación y exportación de productos manufacturados, y prohibía las exportaciones a Irak de cualquier artículo que exigiera una licencia de exportación (p. ej., tecnología de punta o cualquier artículo al que se le pudiera dar un uso militar).

Uno de los rasgos más audaces del proyecto era también uno de los más novedosos. En lugar de exigir que el presidente demostrara que se había cometido genocidio, que siempre es difícil mientras las atrocidades están en proceso y que un gobierno alineado con Hussein no tenía motivo para hacer, la legislación de Pell invertía la carga: al presidente Reagan le tocaba la responsabilidad de demostrar que Irak *no* usaba armas químicas *ni* cometía genocidio.⁶⁸ Si Reagan deseaba evitar imponer sanciones, tendría que defender la conducta iraquí.

El senador Pell le solicitó al miembro de mayor jerarquía de la Comisión de

Relaciones Exteriores del Senado, Jesse Helms, que lo acompañara en el patrocinio del proyecto, a lo cual accedió. Helms luchó contra Pell y Proxmire por la Convención sobre Genocidio, pero a menudo adoptaba una postura firme contra regímenes abusivos. En este caso, él y su esposa se conmovieron por un encuentro con tres kurdos en huelga de hambre —en protesta por las atrocidades iraquíes—, a quienes conocieron por medio de su iglesia, la Primera Bautista de Alexandria, en Virginia.⁶⁹ Otros cuatro senadores —Proxmire, Al Gore (demócrata por Tennessee), Wendell Ford (demócrata por Kentucky) y el dirigente mayoritario del Senado, Robert Byrd (demócrata por Virginia Occidental)— se enteraron del proyecto y se unieron para presentarlo.

Pell y Helms apresuraron la medida esquivando a la Comisión de Relaciones Exteriores, que ya había terminado su última reunión del año. Con esto, los empleados y los senadores apenas tuvieron tiempo de revisar el proyecto. Galbraith lo llamó “Ley para la prevención del genocidio”, un título que resonaría: “Yo quería un título que dirigiera la atención a los crímenes que se cometían, y conseguir apoyo para su aprobación”. También quería reducir las posibilidades de que los senadores leyeran el proyecto. Si lo hubiera llamado “Ley de Sanciones a Irak”, sabía que los cabilderos comerciales lo leerían y hundirían. Además, debido a lo “moralmente altisonante” del rótulo, los senadores supondrían que esta ley, como otras, tenía sólo un carácter de exhorto.

Galbraith contaba con algo no muy agradable que operaba a su favor. Desde abril de 1987 Hussein purgó y mató a los kurdos con diversas armas, pero esta ofensiva reciente hacía uso de armas químicas que mataban con más crudeza que las ametralladoras y atraían la imaginación de los legisladores estadounidenses. Al cobijo en un país atacado una sola vez en el siglo xx, la mayoría de los estadounidenses no se sentía vulnerable cuando se hablaba de matanzas extranjeras. Antes del 11 de septiembre de 2001, se pensaba que el asesinato de civiles en gran escala sólo podía ocurrir a mucha distancia de casa. Sin embargo, las armas químicas eran distintas. Penetraron en la conciencia estadounidense porque no respetaban jerarquías nacionales ni se dejaban influir por el aislamiento geográfico. No importaba lo robustas que fueran las defensas estadounidenses, los gases podían penetrar.

Los horrores de los gases tóxicos entraron en la imaginación occidental en abril de 1915, cuando soldados británicos fueron atacados con lo que Churchill

llamó el “infernol veneno” del gas mostaza alemán. En la batalla de Ypres, en Bélgica, estos gases lesionaron a 10 000 combatientes, mataron a unos 5 000 y dieron pie a un intercambio de ataques químicos que produjeron la muerte de más de 100 000. Los gases sacaban ampollas en la piel y quemaban los pulmones. La muerte era lenta y los últimos días de vida, espantosos. El poeta británico Wilfred Owen, expuesto también a esos productos, conoció el horror de las trincheras, que expresó vívidamente para la Gran Bretaña de posguerra en su conmovedora poesía “Dulce et Decorum Est”. Describe la “visión” de los soldados afectados, “más allá de toda ayuda”, “burbujeando, sofocándose, ahogándose”, “las gárgaras de pulmones corrompidos por espuma”. Décadas más tarde, las palabras de Owen aún eran representaciones de una sustancia aborrecible, de un arma que debía evitarse: nosotros podíamos padecer un ataque con gas, porque *había* pasado, y porque científicos y artistas han descrito los vómitos, la formación de ampollas, asfixia, inflamación y desgarramientos de piel asociados, en las víctimas de ataques químicos.

Los senadores estadounidenses sabían que era sumamente fácil adquirir armas químicas en los años ochenta. Las armas nucleares requerían de plutonio o uranio extra enriquecido y los proveedores eran pocos debido a los complicados procesos y equipos químicos y de ingeniería necesarios para transformar el material fisiónable. Las armas químicas, en cambio, eran baratas, y se decía que para fabricarlas no hacía falta más que un garaje y un poco de química de secundaria. Eran la bomba atómica de los pobres. Los medios periodísticos estaban llenos de historias acerca de estados delincuentes y grupos terroristas que se habían abastecido de sustancias químicas letales.

Galbraith se daba cuenta de que el temor generalizado al uso y proliferación de armas químicas constituiría una especie de caballo de Troya para obtener el apoyo para castigar a Irak por su plan de destrucción contra los kurdos. Igual que Lemkin y Proxmire, creó un caso prudencial con base en el interés para la Ley Pell-Helms, y recalcó las armas químicas más que los otros métodos de matanza de Hussein. Escribió: “En este preciso momento los kurdos pagan el precio de la indiferencia internacional por el uso iraquí de armas químicas. De no actuar ya, todas las naciones estarán en peligro”.⁷⁰

En privado, Galbraith se preocupaba; si se mantenía unida una coalición senatorial sólo porque Hussein usaba armas químicas, el dictador sencillamente revisaría sus tácticas y mataría a los civiles con otros métodos. Explica: “A la

mayoría de los senadores no les preocupaban tanto los kurdos como los instrumentos de muerte, las armas químicas. A mí, en cambio, no me alarmaban como tales, más bien me inquietaba su uso para la destrucción del pueblo kurdo. Estas armas no eran más malignas que las de fuego”, sin embargo, necesitaba toda la ayuda posible para la legislación punitiva, y la aprovechó.

Una semana después de que los refugiados kurdos comenzaran a inundar Turquía, la ley de sanciones, que conservó el nombre de “Ley para la prevención del genocidio”, se presentó al Senado. Al día siguiente se aprobó por unanimidad con un voto de viva voz. Como se trató de una votación económica, los votantes no figuraban por su apoyo a la ley, lo que en consecuencia les facilitaría evadir sus compromisos. El 9 de septiembre de 1988, empero, lo único que impresionó a Galbraith fue el notable recuento. A él y a la mayoría de los observadores les parecía que —parafraseando al sobreviviente del holocausto, Primo Levi— era “una suerte” que a los kurdos los atacaran con armas químicas. Ahora el proyecto sólo necesitaba la aprobación de la Cámara de Diputados para ser ley.

UNA REORGANIZACIÓN DE LA SITUACIÓN URBANA

Si Galbraith se sintió aliviado por el voto, el gobierno de Reagan se alarmó. Los funcionarios estadounidenses estaban al tanto de los designios generales de Hussein. Desde la primera semana de septiembre, los cables del Departamento de Estado continuaron informando sobre la campaña de destrucción de los kurdos en Irak. El 2 de septiembre de 1988, exactamente una semana antes de la sanción de la Ley para la prevención del genocidio en el Senado, Morton Abramowitz, ex embajador estadounidense en Tailandia, entonces vicesecretario de Inteligencia de Estado, mandó un memorándum confidencial al secretario de Estado: “¿Canto del cisne de los kurdos iraquíes?” Abramowitz evidenciaba el uso iraquí de armas químicas contra los kurdos el 25 de agosto: “Ahora, con el cese al fuego [con Irán], las fuerzas gubernamentales parecen dispuestas a ajustar cuentas con disidentes kurdos en forma definitiva [...] Es improbable que Bagdad se contenga en atacar con armas químicas a los rebeldes y a las aldeas que los apoyan”. Abramowitz reconocía que la mayoría de las aldeas corrían peligro de ser atacadas.⁷¹ Las fuerzas de Hussein considerarían blanco valedero tanto a civiles como a soldados kurdos.

Pero esto no era importante para un Departamento de Estado y Casa Blanca

empeñados en evitar la crítica a Irak. Un cable del 3 de septiembre del Departamento de Estado a la embajada en Bagdad recomendaba a los funcionarios recalcarle al régimen de Hussein que Estados Unidos comprendía que los kurdos se habían alineado con Irán y que el problema era “histórico”. Se les ordenó a los diplomáticos explicar que habían mantenido en reserva sus comentarios en tanto pudieran tomar “plenamente en cuenta” el punto de vista de Bagdad.⁷²

Sin embargo, la forma en que Irak llevaba la campaña provocaba un escándalo internacional que se tornaba incómodo para Estados Unidos. Al día siguiente, en consulta con el subsecretario del Ministerio de Relaciones iraquí, Nizar Hamdoon, la embajadora April Glaspie advirtió que Irak tenía en sus manos “un problema de relaciones públicas de proporciones mayores”. Le recordó que esa mañana la nota principal de la BBC había sido sobre los ataques con gases, y abundó: “Si no hay guerra química ni hay kurdos en campos de concentración como los de la segunda Guerra Mundial”, Irak debe permitir el acceso de observadores independientes al territorio kurdo. Hamdoon negó el uso de armas químicas, pero dijo que el acceso que solicitaba era “imposible” en ese momento. Además, la lucha se acabaría “en unos días”. El “comentario” de la embajada era el siguiente: “Ha sido claro, desde hace muchos días, que Saddam decidió hacer lo que el ejército creyera necesario para la pacificación total del norte”.⁷³

En público, los funcionarios del Departamento de Estado divulgaban poco de su conocimiento de los planes ocultos de Irak. Con base en informes cablegráficos de ataques con gases que empezaron a difundirse a partir del 10 de agosto, los periodistas comenzaron a pedir comentarios a voceros del Departamento de Estado relativos a los ataques del 25 de agosto. Día tras día la vocera Phyllis Oakley dijo que no tenía nada que “validara” los informes. El 6 de septiembre, su colega Charles Redman señaló que no podía confirmar los relatos. Al ver la exasperación de los reporteros, Redman sí agregó una condena hipotética: “Si fueran ciertas, por supuesto que *condenaríamos enérgicamente* el uso de armas químicas, como lo hemos hecho en el pasado. El uso de armas químicas es deplorable, es una barbarie”.⁷⁴

Los funcionarios estadounidenses, reacios a criticar a Irak, se refugiaron de nuevo en la falta de información certera. Señalaban que los informes de la frontera turca no eran unánimes. Bernard Benedetti, médico de Médecins du Monde, no halló casos de personas afectadas por armas químicas. Al referirse a

ellas, declaró al *Washington Post*: “Ése es un problema falso, aquí los refugiados sufren de diarrea y erupciones cutáneas que se difunden debido al hacinamiento y a las malas condiciones sanitarias”.⁷⁵

Turquía también insistió en que 40 médicos y 205 empleados sanitarios no descubrieron pruebas de las atrocidades. Un médico turco comunicó al *New York Times* que las ampollas en la cara de un chico kurdo de tres años eran producto de la “desnutrición” e “higiene insuficiente”,⁷⁶ pero ninguna de las dos fuentes era confiable. Los médicos de las agencias internacionales de asistencia no tenían experiencia en diagnosticar los efectos colaterales de la exposición a armas químicas; y Turquía recibía la mayor parte de su petróleo de Irak y tenía un intercambio comercial de 2 400 millones de dólares anuales con su vecino.⁷⁷ A menudo también se asociaba con Irak para reprimir a rebeldes kurdos.

Los maltrechos refugiados en Turquía se topaban con que sus afirmaciones eran puestas en duda. Clyde Haberman, del *New York Times*, describió a un “sujeto reacio”, Bashir Semsettin, quien tras sufrir un ataque con gases y terminar en Turquía, tuvo que someterse a que “le tocaran su escuálido cuerpo como un caso raro [...] para beneficio de visitas curiosas”. El pecho y la parte dorsal superior de Bashir mostraban cicatrices “marmóreas” de quemaduras, con bandas marrón oscuro entre extensas manchas rosadas. Mientras estaba internado en una carpa hospitalaria turca, llegó un diputado turco con una comitiva de asistentes y comenzó a hurgar con el dedo en las heridas de Bashir.

—¿Qué son éstas? —preguntó el legislador.

—Quemaduras —respondió el médico del gobierno turco.

—¿Qué clase de quemaduras?

—¿Quién lo puede decir? —contestó el médico—. Sé que son quemaduras de primer grado de una fuente de calor que no es fuego. Si fueran de llamas, tendría quemados el pelo y las cejas. Pero no puedo afirmar que sean por productos químicos. Podrían ser de cualquier cosa.⁷⁸

El gobierno de Reagan mantenía una postura conciliatoria con Irak desde hacía años, siempre prefiriendo condenar a Irán e Irak juntos, y con la exigencia de pruebas más concluyentes. Sin embargo, en la época de la huida masiva de kurdos en septiembre, el consenso del Departamento de Estado empezó a resquebrajarse. La Oficina de Medio Oriente del Departamento de Estado (NEA), dirigida por Richard Murphy, y la Oficina de Inteligencia y Peritajes (INR), por Abramowitz, adoptaron distintas posturas. A pocos días del término del Anfal, la

INR interceptó comunicaciones militares iraquíes en las que ellos mismos confirmaban el uso de armas químicas contra los kurdos. Además, un par de funcionarios de la embajada estadounidense pasaron dos días entrevistando a refugiados de 28 aldeas en la frontera turca. Los refugiados y las intercepciones dejaban poco lugar para la duda, pero la oficina de Murphy, que manejaba las relaciones políticas de Estados Unidos con Irak, no estaba convencida. Es posible que Murphy confiase, por error, en las negativas de responsabilidad iraquíes, y así descartó la abrumadora evidencia de los ataques. O quizá dudó de la información al pensar que la relación de Estados Unidos con Irak se vería perjudicada si aquel país condenaba los ataques. Hoy en día, Murphy sostiene: “No recuerdo haber cometido una distorsión deliberada. Creo que hicimos lo que se supone que debemos hacer con los informes de inteligencia: cuestionarlos. Dijimos: ‘¿Dónde los consiguieron? ¿Cuáles fueron las fuentes? ¿Cómo saben que pueden confiar en ellas?’” Cualesquiera que fuesen los motivos, los funcionarios de la NEA impugnaron los hallazgos de la INR mucho tiempo después de que la evidencia de la responsabilidad era ya incontrovertible.

Después de casi dos semanas de acalorado debate interno, por fin prevaleció el punto de vista de la INR. Hacía 18 meses que al-Majid había puesto en operación su salvaje campaña contra los insurrectos, como hacía mucho que Estados Unidos sabía de la destrucción de las aldeas kurdas y la desaparición de los kurdos. Sin embargo, Shultz, el secretario de Estado, decidió hablar sólo después de la conspicua fuga de refugiados y un diluvio de preguntas. El 8 de septiembre de 1988, Redman, el vocero, declaró categóricamente: “Como resultado de nuestra evaluación de la situación, el gobierno de Estados Unidos está convencido de que Irak usó armas químicas en su campaña militar contra los guerrilleros kurdos”.⁷⁹ Cuando le pidieron que explicara por qué Estados Unidos había sido tan reacio a responder ante los ataques con armas químicas en el pasado, replicó: “Todas estas cosas tienen una manera de evolucionar, es cuestión del desarrollo de los acontecimientos”.⁸⁰

Otro funcionario se refirió al temor del departamento de gritar: “¡el lobo!”, como hizo a principios de los ochenta al acusar a las fuerzas respaldadas por los rusos de emplear armas químicas contra guerrilleros en Laos y Camboya. Los funcionarios estadounidenses se vieron en una situación embarazosa ante las conclusiones de biólogos independientes que sostuvieron que la “lluvia amarilla” que Estados Unidos atribuyó a micotoxinas del tricoteceno eran, en realidad,

deposiciones cargadas de polen de enjambres de abejas.⁸¹

El día en que el secretario Shultz confirmó el uso iraquí de armas químicas, le planteó el tema a Saddoun Hammadi, ministro de Estado iraquí para Asuntos Exteriores, en lo que Murphy y otros presentes describieron como una diatriba de 50 minutos. Hammadi negó las acusaciones estadounidenses tres veces durante la reunión y exclamó que esos alegatos “carecían de toda base”.⁸² Afirmó que Irak tenía la responsabilidad de “conservarse, no de ser hecho jirones”. La postura iraquí, como la de la mayoría de los ofensores, se basaba en la creencia de que se podía castigar colectivamente por actos de rebelión individuales. Bagdad se veía obligada a “tratar con traidores”; Shultz sugirió que los arrestaran y enjuiciaran en lugar de gasearlos.⁸³ Gran Bretaña, que hasta entonces había guardado silencio, de inmediato siguió el ejemplo de Estados Unidos con una declaración afín.

También Tareq Aziz, ministro de Relaciones Exteriores, negó con energía toda transgresión. No desmentía que el gobierno iraquí estaba mudando a los kurdos que vivían cerca de la frontera iraní, pero, de forma parecida a la de Talaat Pasha, ministro del Interior otomano en 1915, acentuó: “Ésta no es una deportación de gente. Es una reorganización de la situación urbana”.⁸⁴

El ministro de Defensa iraquí, general Adnan Khairallah, fue más directo en sus afirmaciones. Irak tenía derecho a defenderse con “cualquier medio disponible”. Al enfrentarse con “quien lo quiere matar en el corazón de su tierra, ¿le va a arrojar rosas y flores?” Además, los combatientes y los civiles se parecían entre sí: “Todos usan la típica vestimenta kurda, y así no se puede distinguir entre quienes portan armas y quienes no”.⁸⁵

El régimen vigilaba con cuidado a Washington. De hecho, la aprobación de la ley de sanciones el 9 de septiembre y la condena de Shultz dieron lugar a la mayor manifestación antiestadunidense en Bagdad en 20 años. Unos 18 000 iraquíes salieron a las calles en una amañada protesta “popular”. Los medios de comunicación de Irak inflaron la cifra a 250 000, y dijeron que también se había sumado un gran número de kurdos. Noche a noche la televisión iraquí, controlada por el Estado, mostraba escenas de civiles vietnamitas quemados por las bombas de napalm estadounidenses, además de imágenes de víctimas japonesas en Hiroshima y Nagasaki.⁸⁶ Los medios periodísticos descartaban las sanciones como obra de “sionistas” y otros “potentados del imperialismo y del racismo”.⁸⁷ El gobierno de Reagan veía en la propaganda iraquí un peligro para

las relaciones entre los dos países, para Galbraith era la demostración del potencial para la influencia estadounidense.⁸⁸

Hacia poco que Irak había derrochado energía y recursos para contrarrestar críticas en Ginebra, Nueva York y Washington. En 1985, la embajada en Washington contrató a una agencia de relaciones públicas, Edward J. van Kloberg and Associates, para mejorar su reputación. Nizar Hamdoon se comprometió a pagarle 1 000 dólares por “cada entrevista con un diario estadounidense de renombre” que le consiguiera. La compañía obtuvo entrevistas en la televisión y logró colocar artículos favorables a Irak en el *Washington Post*, *New York Times*, *Washington Times* y *Wall Street Journal*.⁸⁹ Ávidos de inversiones extranjeras y asistencia para la reconstrucción, promovían la imagen de un “nuevo Irak”; les importaba la opinión del mundo externo.

El embajador iraquí en Estados Unidos, Abdul-Amir Alí al-Anbari, invitó a los periodistas al norte de Irak “para que vieran la realidad por sí mismos”. Ésta era la táctica de retardo habitual: se promete el acceso a visitas y se niega una vez que el acto de otorgar el permiso desactiva la indignación. En algunas casos, tras interminables demoras, se les permite a observadores independientes visitar el territorio prohibido, pero, como a Becker en Camboya, una “guardia de seguridad” designada por el régimen los vigila en todo momento. Los funcionarios iraquíes que ofrecieron acceso a una investigación imparcial internacional enseguida agregaron que tal misión tendría que aplazarse en tanto concluyesen algunas “operaciones militares activas” en el norte de Irak.⁹⁰ A fines de septiembre, 24 periodistas occidentales pudieron entrar, pero sólo para hacer una excursión en helicóptero supervisada por el gobierno, la cual hizo quedar mal a Bagdad: se llevó a los periodistas a un puesto en la frontera con Turquía para presenciar el regreso de 1 000 refugiados, pero los kurdos no aparecieron y los periodistas avistaron un camión cuyo conductor y pasajeros llevaban máscaras antigás.⁹¹

No contentos con la condena de Shultz del 8 de septiembre, los especialistas estadounidenses en el Medio Oriente intentaron que el secretario retomase una posición más conciliadora.⁹² Cuando la embajadora se reunió de nuevo con Hamdoon, el 10 de septiembre, reconoció que en El Cairo, en 1977, ella misma vio a gente con quemaduras y náuseas sólo por gas lacrimógeno. En un cable secreto a Washington, la embajada alabó a Irak por el “modo asombrosamente moderado y conciliador de su presentación” y una “voluntad atípica de tragarse el

orgullo y darnos garantías incluso después de que, con certeza, anunciamos su culpabilidad en público”.⁹³

EN BUSCA DE “PRUEBAS”

Aunque el Senado aprobó la Ley para la prevención del genocidio de Pell, éste de inmediato recibió presiones para dar marcha atrás. Los que criticaban la ley al principio decían que no estaban seguros de la culpabilidad de Irak. Galbraith estaba decidido a invalidar esta excusa y a exponer las verdaderas razones por las que Estados Unidos se oponía. El 10 de septiembre de 1988, un día después de que el Senado aprobase por unanimidad la ley de severas sanciones, tomó un avión a Turquía y viajó a la atestada frontera con Irak, con sus miles de carpas para refugiados. Lo acompañaba Chris van Hollen, un colega más joven de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Los dos iban de campamento en campamento, entrevistando a testigos.

Los estadounidenses comenzaron a tientas, casi con timidez. En cada sitio se les acercaba una oleada de refugiados, desesperados por contar sus historias. Nunca ha quedado claro qué esperan de sus encuentros con visitantes occidentales. Tal vez algunos piensen que los extranjeros traerán algún tipo de salvación, que comunicarán los escalofriantes relatos a instancias superiores, que se hará justicia, se devolverán propiedades o, en este caso, se ordenará la detención de los ataques químicos.

Muchos civiles traumatizados sólo quieren que se les escuche. Los refugiados camboyanos que cruzaron a Tailandia y hablaron con Charles Twining, los musulmanes que sobrevivieron a los campos de concentración serbios en 1992 o a la masacre de Srebrenica en 1995, todos revelaban el mismo deseo de transmitir lo que les había pasado. Su paciencia sólo menguaba cuando sus “grandes esperanzas” regresaban con las manos vacías.

Los aturdidos hombres y mujeres kurdos rodearon a Galbraith y a van Hollen; señalaban en los detallados mapas de la región que el gobierno estadounidense elaboró, e intentaban describir sus experiencias valiéndose de lo familiar. Comparaban sus sensaciones con objetos, sonidos y olores que conocían, y que sabían que los estadounidenses comprenderían. Los gases mostaza, cianhídrico y neurológico tenían olores tan distintivos que los sobrevivientes se desesperaban por describirlos. Abdulressiak Salih le describió a Galbraith un olor como de “ajo

y colonia”. Kahar Mikhail Mahmud recordaba un tufo a “manzanas podridas”, y el más grave, pero menos preciso, Asiye Babir, recordaba “un olor desagradable, como de nailon quemado, como hormigas quemadas”.⁹⁴

Los sobrevivientes de los ataques iraquíes se refugiaban en cuevas o se zambullían en el arroyo más próximo para evitar la contaminación. Aunque la desesperación de la huida hacía imposible comparar sus relatos, las respuestas no evidenciaban grandes diferencias entre un lugar y otro. Cada uno recordaba una desventurada serie de hechos: aviones y helicópteros en el cielo. Utilizan bengalas para calcular la dirección del viento. Tiran las bombas. Suenan un “plop”. Hay humo y neblina amarillos o de color marrón. Caen pájaros a tierra. Gritos, quemaduras, vómitos, pérdida de sangre. Muerte lenta de seres amados, a veces acelerada por una ráfaga de ametralladora. Galbraith y van Hollen documentaron ataques químicos de 49 aldeas kurdas, gracias a los kurdos que habían tenido la fortuna de llegar a Turquía.

Galbraith sabía con cuánto escepticismo se recibía un “simple” testimonio en Washington. En marzo presencié cómo el horror del público por Halabja se neutralizó cuando los funcionarios estadounidenses expresaron dudas en cuanto a la responsabilidad de Irak. Aunque Shultz había condenado a esa nación hacía poco, el gobierno no parecía dispuesto a castigar a su aliado. Así, se aferrarían a la inevitable incredulidad con que se reciben los relatos de sobrevivientes.

Galbraith esperaba obtener pruebas físicas que elevaran los relatos al rango de hechos, pero era difícil encontrar refugiados que presentaran marcas físicas del gas. La mayoría de los kurdos que cruzaron a Turquía no mostraban casi ninguna. Algunos no escaparon de los gases, sino de rumores de ataques inminentes; en los cinco meses que siguieron a Halabja, el Hiroshima kurdo cobró notoriedad. Otros escaparon de los vapores mortíferos pero presenciaron los resultados al salir de sus refugios o volver a sus aldeas. Galbraith afirma: “La mayoría de los kurdos expuestos a gases letales murió instantáneamente, y muchos de los que corrieron a Turquía querían evitar la misma suerte”.

En la misma época en que Galbraith se sorprendía por la poca evidencia física en la frontera, el vicesecretario Abramowitz le explicaba la paradoja al secretario de Estado. En un memorándum del 17 de septiembre, Abramowitz escribió:

Es prudente señalar que las víctimas de dosis letales de armas químicas no escaparon, naturalmente, de Irak [...] Es probable que una inspección en el lugar, al norte de Irak, ofrezca evidencia de ataques con gas mostaza, pero la probabilidad de hallar pruebas físicas o médicas de ataques con agentes

neurológicos letales no persistentes es poca. Éstos se disipan con rapidez, lo cual dificulta encontrar rastros en el suelo, en el cuerpo de la víctima e incluso en las municiones. El gobierno estadounidense está convencido de que Irak utilizó agentes químicos en la ofensiva de fines de agosto contra los kurdos, pero en este caso reconoce la dificultad para ofrecer evidencia física y médica aceptable en el ámbito público.⁹⁵

Abramowitz contaba con intercepciones militares y los dos funcionarios del Senado sabían que tendrían que confirmar y reconfirmar los relatos del mayor número posible de informantes. Después de hablar con los hombres, intentaron hablar con las mujeres y los niños, a quienes los dirigentes de los campamentos probablemente no habían preparado de antemano. Las caras de los refugiados pocas veces mostraban señales de emoción. Recuerda Galbraith: “Esto era a sólo escasos días del hecho. La gente estaba atónita al relatar sus historias. No sollozaba ni perdía el control”. Prácticamente todos perdieron a seres queridos y nadie tenía posibilidades de volver a su hogar.

Por casualidad, al entrar a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, Galbraith hizo su primer viaje oficial al exterior en marzo de 1980, a la frontera tailandesa-camboyana. Fue ahí donde por primera vez oyó a refugiados describir las atrocidades del Khmer Rouge. También escuchó las opiniones de los escépticos, para quienes aquellos refugiados exageraban. Quizá algunos extranjeros tenían un prejuicio innato que consistía en creer que los kurdos sin educación no dirían la verdad. Galbraith sostiene: “Nos decimos que esta gente no es pensante. Existe cierto racismo y clasismo según los cuales deberíamos tomar en serio o ignorar las palabras de los campesinos”. Pero vio que los escépticos quedaron desmentidos una vez que los extranjeros visitaron Camboya al principio de la década de 1980. Afirma: “La verdadera lección de mis experiencias en estos campos a través de los años es que los refugiados no mienten. Esto no significa que debemos aceptar el informe de un solo refugiado, pero en el caso de los camboyanos, los kurdos, y más tarde los bosnios, había miles y miles de testigos de los crímenes. Debemos aprender a creerles”.

Amnistía Internacional también aprendió su lección en Camboya. Cualquiera que haya sido su escepticismo interno hacia las expresiones de los kurdos, en vez de dudar en público de los relatos de los refugiados, la organización hizo lo que ninguna organización no gubernamental había hecho: apeló directamente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para que actuara de inmediato y detuviera la matanza de civiles kurdos. Presentó lo que entonces era un

argumento nuevo y radical: si un Estado perpetra una masacre dentro de sus fronteras, constituye “una amenaza a la paz y seguridad internacionales” y, por lo tanto, de acuerdo con la Carta de la ONU, pasaba a ser responsabilidad del Consejo de Seguridad. La organización no invocó el Convenio sobre Genocidio, sólo tomó en cuenta lo que podía demostrar claramente. Los investigadores no querían debatir en torno a la pertinencia del término “genocidio”, cosa que distraería a los planificadores políticos de crímenes innegables.

Con la ley de sanciones esperando en Washington, Galbraith se fue a buscar pruebas más contundentes, no sólo testimonios orales. Un día, al recorrer la frontera turca, él y van Hollen se encontraron con unos apicultores que los invitaron a cenar pan y miel caseros. El espartano asentamiento de los apicultores se jactaba de tener un único cable eléctrico que iba directo a un televisor de 27 pulgadas, donde los estadounidenses fueron agasajados con un episodio en turco de *All in the Family* [Todo en familia]. Los apicultores también les entregaron algo que estaban seguros demostraría el empleo de armas químicas de una vez por todas: abejas muertas, consecuencia de los ataques con gas en las cercanías. Galbraith volvió con las abejas para someterlas a análisis. Consciente de que sería complicado pasar por la aduana con bolsas selladas de plástico llenas de abejas muertas, obtuvo un permiso especial del secretario de Agricultura. Por primera y última vez, Galbraith marcó el formulario de la aduana con un “sí” a un lado de donde se leía “productos animales”.

En el avión de regreso a Estados Unidos, con sus bolsitas de plástico llenas de abejas muertas escondidas en su portafolio, encontró una nota en el *International Herald Tribune* que informaba sobre la aparición de un ácaro que mataba abejas en el sudeste de Europa. Sin desmayar, Galbraith entregó varias bolsas a la CIA. Como no confiaba en los servicios de inteligencia, se quedó con una muestra; la guardó en el refrigerador de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, donde sus colegas ponían sus almuerzos. Sólo un año más tarde, mucho tiempo después de que los resultados de la CIA salieran negativos, alguien tiró las enmohecidas abejas muertas de Galbraith.

El vicesecretario Murphy y otras personas del Departamento de Estado en desacuerdo con el esfuerzo de Galbraith, al principio tomaron la noticia de sus abejas muertas como prueba de que se había vuelto loco. Murphy recuerda: “Yo personalmente nunca las vi, pero cuando nos enteramos de que había vuelto con estas bolsas todos nos dimos por vencidos y dijimos: ‘Ahí va Peter de nuevo con

sus andanzas”.

También en el avión Galbraith redactó un informe sobre su viaje, con el testimonio de unos 35 refugiados. No podía olvidar a los ancianos que estoicamente relataron las muertes de sus hijos y nietos, ni a las familias sentadas al lado de pequeños bultos que ahora constituían la suma de sus posesiones en la vida. Seguramente el Congreso castigaría a Hussein, aunque eso implicara resistir la presión del Departamento de Estado y de la Casa Blanca.

ANALOGÍA Y PATROCINIO

Galbraith no carecía de apoyo. Igual que con Camboya, los funcionarios del Congreso que más se hacían oír eran aquellos que no estaban obligados a obedecer al gobierno. Ellos también presentaban imágenes del holocausto. Cuando el senador Pell, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, presentó la ley de imposición de sanciones, dijo:

Por segunda vez en este siglo una brutal dictadura usa gas mortífero para exterminar a una determinada minoría étnica [...] No hay duda de que el régimen iraquí de Saddam Hussein tiene la mira puesta en esta campaña para ponerle fin al problema kurdo. Mientras un pueblo es gaseado, el mundo guarda silencio [...] El silencio, no obstante, es complicidad. Hace medio siglo el mundo también se mantuvo en silencio cuando Hitler comenzó una campaña que culminó casi con el exterminio de los judíos de Europa. No podemos callar de nuevo ante el genocidio.⁹⁶

La analogía era pertinente, dada la elección de armas letales por Hussein. Al día siguiente Pell observó que, aunque la ley de sanciones afectaría algunos intereses comerciales estadounidenses, debían estar dispuestos a sacrificarse por una “cuestión moral de la mayor magnitud”:

En el pasado y con el afán de proceder correctamente, el pueblo de Estados Unidos ha estado dispuesto a pagar lo que fuera necesario. Después del holocausto que consumió a la población judía de Europa, el mundo dijo: “nunca más”. Por desgracia está ocurriendo de nuevo en el Kurdistán iraquí. Debemos hacer lo que podamos para demostrar a la dictadura de Irak que Estados Unidos no se quedará callado mientras se sigue adelante con la masacre de kurdos. Esta ley envía ese mensaje.⁹⁷

Después de leer el informe de las entrevistas de Galbraith y van Hollen, Pell se impacientó con quienes todavía exigían evidencia física de los ataques químicos.

El senador mencionó las abejas muertas, pero ante la insistencia de los periodistas, Pell contestó irritado: “No trajeron de vuelta un cadáver, si eso es lo que preguntan”.⁹⁸

En la Cámara de Diputados, el legislador James Bilbray (demócrata por Nevada) rechazó el argumento de que si los aliados de Estados Unidos no sancionaban a Hussein, Estados Unidos tampoco debía hacerlo. Se preguntaba en voz alta si sus colegas habrían dejado que Hitler siguiera adelante, sólo porque otros elegían no enfrentarlo. “¿Vamos a decirles a nuestros hijos y nietos que nos quedamos mirando mientras se exterminaba a toda una raza?”⁹⁹

Como era de esperarse, la ley también recibió apoyo del senador Proxmire, quien apeló a sus colegas para que actuaran a favor de este “pueblo olvidado” con “poca o nula representación en Occidente”. Proxmire subrayó el doble juego de la política estadounidense y la importancia de responder al genocidio sin importar dónde ocurriera:

Señor presidente: si Nicaragua usara armas químicas contra su propio pueblo o un Estado vecino, el clamor del público, de políticos y de nuestro propio gobierno sofocaría cualquier otra noticia. El presidente, el secretario de Estado y el Departamento de Defensa denunciarían tal barbarie. Estaríamos golpeando a las puertas de las Naciones Unidas y de la comunidad mundial. No deberíamos esperar menos al estarse cometiendo genocidio contra un pueblo lejano, de poca familiaridad, que no pertenece a nuestra vida diaria, pero que no es menos víctima de la inhumanidad de la guerra química.¹⁰⁰

Los redactores de editoriales se solidarizaron con la indignación de estos senadores y diputados. El pueblo kurdo se había hecho de algunos amigos prominentes en los medios de comunicación a lo largo de los años. William Safire, del *New York Times* y Jim Hoagland, del *Washington Post*, desempeñaron el mismo papel que los columnistas Jack Anderson y Les Whitten en relación con el Khmer Rouge. Safire fustigaba al gobierno de Estados Unidos por su pasividad. En un editorial del 5 de septiembre de 1988 escribió airado: “Un ejemplo clásico de genocidio se lleva a cabo, y al mundo le importa un bledo”. El oprobio se dirigía en especial a periodistas de televisión, que sabía que serían indispensables para encender y mantener el apoyo público a las represalias estadounidenses. Aunque unos 60 000 kurdos se habían congregado en ciudades de carpas en la frontera turca, y aunque Hussein “podía sobrepasar a Pol Pot en asesinatos masivos”, escribió Safire, los medios de comunicación

brillaban por su ausencia. Los equipos de filmación ignoraban una “campana genocida contra un grupo étnico bien definido que ha vivido sin amigos a través de la historia moderna y todavía no entiende el tema de la publicidad”. Sostenía que la “inaccesibilidad” no era “pretexto para ignorar las noticias”.

Es más, escribió, “la capacidad de las cámaras de filmación a color para presentar atrocidades a gran escala le impone a la televisión una responsabilidad especial de ubicar las localidades de las matanzas o de conseguir relatos de primera mano”.¹⁰¹ Safire era muy concreto: Estados Unidos debía obtener testimonios adicionales de los refugiados, poner en marcha una investigación del Consejo de Seguridad, amenazar con retirar barcos estadounidenses del Golfo Pérsico y, si todo fracasaba, “facilitar misiles Stinger al líder rebelde Massoud Barzani para derribar las misiones aéreas de ataques con gases”.¹⁰² La comisión editorial del *New York Times* pensaba igual: Del territorio kurdo emana, “no un ligero vaho, sino el tufo del genocidio”. “La soberanía no puede legitimar el genocidio [...] Demasiado silencio”.¹⁰³

El editorial de Hoagland en el *Washington Post*, con fecha 8 de septiembre, se titulaba: “No nos equivoquemos, esto es genocidio”. Hoagland destacó que “la versión iraquí de genocidio [...] no posee la celeridad ni organización dementes de la Alemania de Hitler ni la Camboya de Pol Pot”, pero instaba a que Estados Unidos dejara de asustarse al “darle a las acciones de Irak el terrible nombre”. Las débiles “expresiones de preocupación” del Departamento de Estado al gobierno de Irak les serían de poco consuelo a los kurdos, a quienes —dijo— se les dinamita, arrolla con topadoras y gasea hasta la exterminación.¹⁰⁴

En un editorial posterior, Hoagland insistió en el tema del holocausto. El ataque de Hussein contra los kurdos era “el más horrendo caso de uso de gas letal desde los campos de exterminio nazis”. La interminable búsqueda de “evidencia” del gobierno de Reagan constituía un pretexto para la inacción. Afirmó: “Los informes de exterminios masivos de judíos —con gases— se descartaban regularmente por carecer de ‘evidencia’. Quienes no querían saber, o actuar, en la segunda Guerra Mundial, siempre *pudieron hallar la falta de pruebas en el momento oportuno*”.¹⁰⁵ La comisión editorial del *Washington Post* siguió la iniciativa de Hoagland: “En un mundo en el que se callan muchas cosas, ésta es clara. Si el gas no se considera algo que trasciende los límites, entonces no hay límites”.¹⁰⁶

Durante esta época, Galbraith mantuvo contacto frecuente con Safire y

Hoagland consciente de que un solo editorial en la pugna legislativa valía más que todo un informe de una comisión.

También invocaba el holocausto siempre que podía. Llamó al informe de su viaje: “La Solución Final de Irak”, pero Gerald Christianson, jefe de personal de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, quería apartarse de la controversia que Galbraith parecía cortejar, e insistió en que el título de dicho informe se cambiara por “La ofensiva final de Irak”. Christianson consideraba que la analogía con el holocausto repelería a algunos congresistas, y que a aquellos a quienes conmoviera no necesitarían indicios tan obvios. Sostuvo que la combinación de gas, refugiados demacrados y destrucción bastaría para suscitar la asociación.

INTERESES ESPECIALES, INTERÉS NACIONAL

Galbraith encontró el Congreso hecho un revoltijo el día de su retorno de Turquía. Había alrededor de 80 hojitas amarillas de mensajes esparcidas en su escritorio. La Casa Blanca y el Departamento de Estado combatían con dureza la ley de sanciones —lo cual era de esperarse— pero también la Cámara baja. Lo más lamentable era que muchos senadores dudaran, los mismos que habían apoyado la medida, quizá sin considerar su contenido y alcance.

Parte de la oposición en el Congreso era estructural. En cuanto a las prerrogativas del poder ejecutivo en política exterior, la dirigencia de la Comisión de Asuntos Extranjeros de Diputados tendía a ser más respetuosa que la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado que en este caso se oponía a aplicar sanciones. El diputado Bill Frenzel (republicano por Minnesota) reconoció esta preocupación: “¿Cómo puede nuestro gobierno ofrecer liderazgo eficaz, moral y de otro tipo, si siempre resulta burlado por un Congreso que quiere hacer valer su propia política exterior con titulares llamativos?”¹⁰⁷ La Casa Blanca palidecía cada vez que el Congreso dictaba la política exterior. De la misma manera, la Comisión de Modos y Medios de Diputados, con jurisdicción comercial, no favorecía el uso del comercio como herramienta política, así que, por lo general, se oponía a leyes de sanciones.

Sin embargo, la verdadera oposición provenía de una fe excesiva en la diplomacia y, fundamentalmente, de un deseo de promover los intereses económicos estadounidenses. El gobierno de Reagan no podía aceptar que tantos

años de inversiones en Irak no crearan un dictador más benévolo y suave. “Estaban seguros de que iban a convertir a Saddam Hussein en *Mi bella dama*”, según David Korn, ex especialista en Medio Oriente del Departamento de Estado. Había quienes de verdad creían que se conseguiría más con zanahorias que con palos y hablaban de las garantías de Irak como si fueran confiables: ese país estaba cambiando. Un analista escribió el 8 de septiembre de 1988: “Si nuestro objetivo es impedir que en el futuro inmediato se sigan usando armas químicas en el Kurdistán, es probable que el asunto se solucione por sí mismo. En Bagdad nos han comunicado que la campaña contra los kurdos llega a su fin y, en cuanto a lo práctico, la necesidad de armas químicas será poca o nula una vez suprimida la insurrección kurda”.¹⁰⁸

Los acercamientos privados daban resultados. El ministro de Relaciones Exteriores iraquí, Tareq Aziz, dijo el 17 de septiembre que Irak respetaba sus obligaciones con el derecho internacional. En las semanas siguientes, el gobierno se refirió repetidamente a la única e incompleta declaración de Aziz como prueba de que estaba funcionando la benigna persuasión de Washington. La credibilidad de Aziz no parecía mermada por haber negado una y otra vez que Irak usara gases tóxicos en primer lugar.¹⁰⁹

Los funcionarios estadounidenses incluso interpretaron la negativa de Irak y agregaron de su cosecha. El vocero del Departamento de Estado, Charles Redman, dijo: “Tomamos esta declaración como la renuncia iraquí al uso de armas químicas en conflictos internos y también internacionales”.¹¹⁰ Estados Unidos no castigaría el uso anterior de armas químicas ni amenazaría con castigarlo en el futuro. A lo más que se llegó fue a advertir que los ataques subsecuentes ocasionarían que el departamento “reconsiderara” su oposición a las sanciones.¹¹¹ El diputado Tom Lantos (demócrata por California), sobreviviente del holocausto, manifestó: “Me intriga la lógica que atestigua un acto criminal, lo hace a un lado y se enfoca en la intención del criminal de cometer nuevos actos homicidas”.¹¹²

Pero el gobierno de Reagan continuó creyendo que los incentivos económicos y las relaciones amistosas podían influir en el régimen de Saddam Hussein. James Baker, entonces secretario del Tesoro, escribió más tarde:

La diplomacia —igual que la psique estadounidense— se inclina fundamentalmente a “mejorar las relaciones”. Cambiar de una política de cooperación a una de enfrentamiento siempre es más difícil, sobre todo cuando el apoyo a la política existente se arraiga tanto en los distintos distritos

electorales e intereses burocráticos, como en la política hacia Irak.¹¹³

La Agencia de Inteligencia de Defensa predecía que Hussein tal vez intentaría “derrotar decisivamente” o aplastar “de una vez por todas” a los kurdos, pero los diplomáticos estadounidenses minimizaban la campaña contra los kurdos y esperaban que todo terminara bien.¹¹⁴

La paciencia de Estados Unidos se habría acabado mucho antes, de no ser por los intereses agrícolas, industriales y geopolíticos en Irak. La política de compromiso quedó virtualmente sin disputa en el Departamento de Estado y la Casa Blanca. Los memorandos internos lamentaban, de pasada, la represión iraquí: “Al margen de los derechos humanos y de las armas químicas, en muchos aspectos nuestros intereses económicos y políticos corren en la misma dirección que los de Irak”.¹¹⁵

Galbraith averiguó que la cuarta parte del arroz cultivado en Arkansas se exportaba a Irak, más o menos 23% del total de la producción arrocería iba a parar ahí. Un empleado del senador John Breaux, de Louisiana, llegó llorando ante Galbraith, acusándolo de cometer genocidio contra los productores de arroz de ese estado.

Los granjeros estadounidenses también exportaban a Irak un millón de toneladas anuales de trigo. Como me comentó años después el economista John Kenneth Galbraith, padre del autor del paquete de sanciones, “hay una cosa que no conviene hacer, y es ir en contra del granjero estadounidense. No quedan muchos, pero hay que cuidarlos bien”. El gobierno recibió ayuda inmediata de los cabilderos que leyeron el *Congressional Record* y se sintieron horrorizados de que la ley de sanciones había pasado tranquilamente ante sus amigos en el Senado. Con una grotesca ironía, varias compañías químicas llamaron para averiguar cómo podían verse afectados sus productos si se imponían sanciones para castigar el uso de armas químicas.

Lo notable del cambio en el sentimiento del Senado respecto a la ley, era que los senadores que votaron a favor el 9 de septiembre de 1988 habían cambiado sus votos sin tomarse siquiera el tiempo de comprobar que un voto por la Ley de prevención del genocidio necesariamente les costaría el apoyo de los intereses especiales. El jefe de personal de comisiones, Christianson, recuerda que esto ocurría con frecuencia en el Congreso:

En muchos casos, los senadores y su personal reaccionan exageradamente ante lo que consideran

necesario para satisfacer los intereses especiales. Van más allá de lo razonable, e incluso anticipan un problema antes de que alguien siquiera se queje. Son tan sensibles, que se dicen: “Votamos por este cabildeo nueve de cada diez veces, así que nos podemos dar el lujo de hacer nuestra la décima”. No es un cálculo racional, sienten que no hay *nada* que valga el riesgo de perder votos.

Aunque estas fuentes de oposición eran evidentes en ese momento, ninguno de los críticos de la ley se atrevió a afirmar que era una equivocación impedir que Hussein gaseara a los kurdos; “simplemente” argumentaron que, “por desgracia”, los *medios* que eligieron los senadores Pell y Helms —sanciones económicas— y el lugar en que se decidía sobre política exterior —el Congreso— eran inapropiados.

Las excusas que presentaron los funcionarios estadounidenses ya son conocidas y, según Kirschman, caben en las categorías de justificación: futilidad, perversidad y peligro. Desde la perspectiva de la futilidad, el régimen iraquí ya se había inclinado por el aislamiento, y no respondería a la presión del mundo externo. Más aún, los granjeros e industriales de otros países ocuparían con presteza el espacio vacío, con lo que Hussein tendría acceso a todos los productos agrícolas, créditos y comercio que le hicieran falta.

Desde el punto de vista de la perversidad, aplicar sanciones a Irak sólo enojaría al dictador iraquí, razón por la cual estaría más dispuesto a castigar a los kurdos del norte de Irak. Las sanciones económicas serían “inútiles o contraproducentes”, sostenía la Oficina de Asuntos de Medio Oriente, al reducir la influencia estadounidense en Irak y permitir que los hombres de negocios de Europa y Japón le ayudaran a reconstruir su economía.¹¹⁶ “Si no hubiéramos sido nosotros”, insiste hasta hoy Larry Pope, del Departamento de Estado, “habría sido otro”. Francia tenía con Irak un floreciente comercio en armas. Alemania con toda tranquilidad le vendía a Bagdad insecticida y otros productos químicos. Los intereses comerciales de Gran Bretaña también eran prioritarios. Un memorándum secreto de instrucción del Departamento de Estado listaba una serie de sanciones, de lo económico a lo diplomático; por ejemplo, colocar de nuevo a Irak en la lista de estados terroristas, retirar al embajador estadounidense de Bagdad o suspender el intercambio de inteligencia militar. El analista estadounidense concluyó: “Las desventajas de todas estas medidas son claras; tendrían en mayor o menor grado, un efecto negativo en nuestra capacidad de influir en el régimen iraquí y pondría en marcha una espiral descendente de acción y reacción impredecible e incontrolable”.¹¹⁷ Los diplomáticos

estadunidenses en Bagdad advertían: “Si Hussein se enfrenta a la alternativa de mantener relaciones correctas con Estados Unidos o sufrir la humillación pública, no vacilará en abandonar totalmente la relación”.¹¹⁸

En ninguna parte de los debates internos sobre las sanciones se dice que los funcionarios sostuvieran que Hussein era más vulnerable a presiones económicas que en cualquier otro momento. Después de la guerra con Irán, Irak deseaba quitarse de encima aproximadamente 70 000 millones de dólares en deudas, una de las más altas per cápita del mundo. La Ley para la prevención del genocidio, que habría requerido que Estados Unidos votara en contra de préstamos a Irak en las instituciones financieras internacionales, pudo destruir la tasa de confiabilidad crediticia de Irak y provocar una crisis financiera masiva que Hussein seguramente intentaba evitar.

Estados Unidos tenía gran injerencia en Irak; además de otorgarle enormes créditos agrícolas e industriales, era el principal importador de petróleo iraquí. Pero el gobierno de Reagan veía la influencia estadounidense como algo que había que cuidar para no correr el riesgo de perderla.

El gobierno y los intereses especiales recibieron apoyo de los analistas de Medio Oriente al armar su caso por futilidad, perversidad y peligro. Un estudioso, Milton Viorst, escribió un editorial en el *Washington Post* titulado: “Gas tóxico y ‘genocidio’: el tambaleante caso contra Irak”. A casi un mes de que Shultz confirmara los ataques químicos iraquíes, Viorst alentó al Congreso a no imponer sanciones a Irak porque eso exigiría castigar un crimen que “según algunas autoridades, quizá nunca sucedió”. Sugería que las interceptaciones de radio iraquíes tal vez estaban “sujetas a interpretaciones conflictivas”, y daba a entender que Estados Unidos adoptaría una nueva posición sólo para apaciguar a Irán o para conseguir que se pusiera en libertad a los rehenes estadounidenses.

Después de pasar toda una semana en Irak “interiorizándose”, Viorst describió lo que vio desde un helicóptero iraquí: descartó las ruinas de cientos de aldeas kurdas al decir que el ejército sólo les negaba asilo a los rebeldes kurdos. No podía asegurar que no se hubiera usado gas tóxico, y aun cuando había sido hospedado y acompañado por las autoridades iraquíes, se sentía lo bastante confiado como para “declarar que, si se había usado gas letal, no había sido con fines genocidas”. Sin mencionar que cualquier kurdo en Irak que hablara con periodistas se exponía a ser ejecutado, Viorst afirmó: “Si hubiera habido matanzas de enorme proporción, lo más probable es que se supiera y que se

hubiera informado de ellas, pero ni yo ni uno que otro occidental con quien me topé oyó semejantes alegatos”. Escribió: “En Bagdad asistí a una boda kurda de gala, en la que la comida, la bebida y los bailes desmentían cualquier indicio de que la comunidad estuviera en peligro”.¹¹⁹

EN CONTRA DE “TÉRMINOS INEXACTOS”

La Oficina de Asuntos para el Cercano Oriente (NEA) del Departamento de Estado perdió la lucha contra la INR respecto de la culpabilidad de Irak, pero logró convencer a Shultz de que no siguiera ofendiendo a esa nación. Murphy, jefe de la NEA, escribió: “Nuestra censura por la utilización iraquí de armas químicas contra los insurrectos kurdos ha sacudido la frágil relación entre Estados Unidos e Irak y ha sido seriamente criticada en el mundo árabe. Hace falta que actuemos con celeridad para que nuestro proceder se perciba como opuesto a las armas químicas, pero no contra Irak y en favor de Irán. Específicamente deberíamos oponernos a legislar con términos inexactos, como genocidio”.¹²⁰ No opinaba acerca de cómo Estados Unidos podía influir en Irak para que dejara de atacar a la población rural kurda. El propósito de la oficina era preservar la relación de Estados Unidos con Irak.

El Departamento de Estado de Shultz le hizo caso a Murphy y encaminó la crítica a Irak por el lado de las armas, más que por el de los ataques. Tanto en público como en reuniones privadas con autoridades iraquíes, Shultz enfatizaba el alto riesgo de permitir el uso y proliferación de las armas químicas, y explicaba el ataque diplomático: “Durante mucho tiempo este genio se mantuvo encerrado en la botella. Ahora salió”.¹²¹

El presidente Reagan se valió de su discurso final en las Naciones Unidas para proponer que se organizara una conferencia internacional que alimentara y reforzara el compromiso de los signatarios del Protocolo de Ginebra de 1925, mismo que prohíbe el uso de armas químicas. Su vocero, Marlin Fitzwater, recalcó que las relaciones con Irak se habían vuelto considerablemente más cordiales en años recientes: “Queremos que esas relaciones sigan evolucionando. La posición que adoptamos ante la guerra química de ningún modo pretende disminuir nuestro interés en la relación bilateral”.¹²²

La Oficina de Asuntos para el Cercano Oriente (NEA) realizó un estudio interno sobre el genocidio y llegó a la conclusión de que Irak había reprimido una

rebelión y no cometido genocidio. El vicesecretario Murphy escribió: “La campaña militar iraquí, brutal como fue, buscó recuperar territorios ocupados durante años por rebeldes íntimamente aliados con Irán, país que los financiaba, armaba y reforzaba como un segundo frente”. Insistió en que, como no había evidencia de la intención de Hussein de exterminar a los kurdos, la acusación de genocidio no era realista: “No tenemos evidencia de un intento de exterminar totalmente a los kurdos”. Y no ha cambiado de parecer con el tiempo: “El genocidio es algo distinto. Sabíamos que les hacía cosas brutales a los kurdos, pero hay que tener cuidado al usar el término genocidio, y a mí me resultaba claro que Hussein no tenía intención de exterminar a todos los kurdos”. Murphy no había leído el Convenio sobre Genocidio y lo equiparaba con la campaña universal de Hitler para eliminar hasta el último judío de Europa.

La oficina de la NEA de Murphy recibió apoyo del *Washington Post*, vía la interpretación de Patrick E. Tyler, quien el 25 de septiembre de 1988 escribió una nota titulada: “Los kurdos: no es genocidio”. Aunque la “forzada reubicación masiva” de los kurdos fue “horrible e histórica”, “‘genocidio’, el exterminio de una raza humana y su cultura [...] no es un término exacto para lo que sucedió en esta parte de Irak”.¹²³ Tyler pasó por alto la definición legal de “genocidio” y extrapoló, a partir de una gira superficial, estrictamente supervisada, a varias ciudades kurdas importantes. El artículo había sido enviado desde Batufa, una de las numerosas ciudades no afectadas por la campaña Anfal, ya que sólo la población rural kurda había sido señalada para el exterminio y Tyler no visitó territorio rural. Jonathan Randal, del *Washington Post*, describe con irritación la tendencia de los periodistas inexpertos en la región a generalizar sin razón ni responsabilidad: “Todos los periodistas creen que la vida comienza cuando ellos llegan. Se bajan del avión y esperan ser expertos al instante. Los individuos del lugar saben cuándo son nuestras fechas de entrega, y nos manipulan como violines”. Los periodistas occidentales se toparon con una próspera vida ciudadana, pero los kurdos del campo dependían de sus montañas, que eran zona prohibida. Como dijo un vocero kurdo:

Los kurdos tienen un dicho: “Aplanad las montañas, y en un día no habrá más kurdos”. Para un kurdo, la montaña no significa menos que la unión y fusión con la deidad; la montaña es su madre, su refugio, su protectora, su hogar, su granja, su mercado, su cónyuge y su única amiga [...] Los kurdos que se asientan en las ciudades —incluso dentro del mismo Kurdistán— pierden enseguida su verdadera identidad.¹²⁴

En ningún momento de los 18 meses de la campaña de destrucción iraquí hubo condenas por parte de los funcionarios del gobierno de Reagan, quienes hicieron todo lo posible para acabar con el paquete de sanciones del Senado. Sin embargo, la NEA siguió afirmando que sus fines eran los mismos que los de los defensores de derechos humanos. Murphy escribió: “Deberíamos equilibrar todos nuestros intereses en este país de creciente importancia a fin de obtener *lo que todos buscamos* en relación con la restricción de armas químicas y la conducta conforme a los derechos humanos”.¹²⁵ En una audiencia en la Casa Blanca dijo: “Nuestra oposición, les aseguro, es tan contundente como la suya [...] Compartimos la misma meta, que es poner fin al uso de armas químicas en Irak y en cualquier otro Estado que cuente con este tipo de armamento. No existe una brecha entre nosotros en cuanto a lo que queremos lograr”.¹²⁶ La diferencia, como siempre, está en los “medios”.

DERROTA

Cuando el Khmer Rouge mató de hambre y a golpes a casi dos millones de personas en Camboya, a periodistas como Becker y Schanberg les apasionaba el lugar y su gente, y la brutalidad del nuevo régimen repelió a diplomáticos estadounidenses como Twining y Quinn. Pero estos periodistas y diplomáticos no tenían esperanza de superar la fatiga del sudoeste asiático y generar una respuesta estadounidense al terror del KR. Sentían que su conocimiento caería como un copo de nieve en el Potomac. Así, aunque describieron los horrores con diligencia, no abogaron por la intervención de Estados Unidos. En el fondo parecían dudar de que Estados Unidos pudiera mejorar las condiciones en el lugar. Después de Vietnam y de Watergate, a los estadounidenses les quedaba poca fe en el sistema.

Galbraith comenzó su cruzada para que se castigara a Hussein por genocidio contra los kurdos en 1988, casi una década después de que fue depuesto el KR. La escena internacional cambió en poco tiempo, la Guerra Fría llegaba a su fin y el presidente Reagan no tenía la timidez de Carter para hacer sentir el peso de Estados Unidos alrededor del mundo. Sin embargo, Estados Unidos difícilmente iba a hacer algo por contrarrestar las violaciones de derechos humanos si se trataba de un aliado estratégico, máxime si se dañaban los intereses económicos estadounidenses.

Los políticos eran cautivos de los intereses especiales.¹²⁷ En cierta ocasión Walter Lippmann escribió de los legisladores estadounidenses: “En lo político, avanzan sólo aplacando, complaciendo, sobornando, seduciendo, engañando o manipulando a los elementos más exigentes y amenazantes de sus distritos. La consideración decisiva no depende de que la propuesta sea buena, sino de [...] que le gusta a los electores, quienes tanto hablan de acción”.¹²⁸

No obstante, Galbraith creía que el Senado era una institución que, al margen de sus negociaciones, podía actuar por principios. No necesitaba convertirse en un “mero sembradío de papas y coles”.¹²⁹ La aprobación inicial de la Ley para la prevención del genocidio daba a entender que el organismo podía hacer lo correcto por los motivos correctos, pero a medida que se intensificaban los efectos colaterales de la ley, Galbraith comenzó a temer un resultado equivocado por el motivo incorrecto.

La persona con mayor responsabilidad en el sabotaje de la ley de sanciones una vez que pasó del Senado a la Cámara baja fue Dan Rostenkowski (demócrata por Illinois), presidente de la comisión de Modos y Medios, quien más adelante sería destituido por un escándalo de corrupción. Influido por la lluvia de protestas en el Congreso, Rostenkowski propuso regresar la Ley para la prevención del genocidio de Galbraith al Senado en su calidad de ley económica originada inconstitucionalmente.¹³⁰ El pretexto de Rostenkowski era débil, pero, como dijera alguna vez Lemkin: “Si a alguien no le gusta la mostaza va a encontrar motivos para oponerse a ella”. A Rostenkowski no le agradaba esta marca de mostaza, y echó abajo la Ley Pell-Helms para la prevención del genocidio.

Galbraith quedó aturdido: “Pensé que los diputados recibirían el proyecto, lo aprobarían y lo convertirían en ley. No creí que le dieran prioridad a los intereses comerciales cuando sucedía algo tan aborrecible”. La ley del Senado, dijeron muchos congresistas, “se excedió un poco”. Para Galbraith, semejantes eufemismos eran sinónimo de capitulación criminal.

No todo estaba perdido. Los diputados desarrollaron su propia versión de la ley, cuyos impulsores llamaron una “respuesta moderada” al uso de armas químicas. Esta ley quitaba a la Casa Blanca la responsabilidad de ofrecer pruebas y omitía toda referencia al genocidio. Después de rondas de mutilación sucesivas en las comisiones, las únicas sanciones que mantenía la ley eran: suspender los créditos de importación y exportación para comprar productos manufacturados

estadunidenses y la venta de sustancias químicas que pudieran servir para elaborar armas químicas; aun así hubo legisladores que se oponían porque argumentaban que se perjudicaría a los industriales estadunidenses.

Galbraith buscó a quienes consideraba que podían influir, pero su impulsividad y estilo monotemático no caían bien a quienes tenían contacto con él. Christianson, su jefe en la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, recuerda: “Solía reaccionar contra cualquier cosa que hiciera Peter, quien propiciaba el antagonismo y era visto como un ‘sentimental’. No era una persona querida, ya fuese por celos o por desdeñar su agresividad”. Además, el mensaje de Galbraith no interesaba ni a los legisladores ni a los funcionarios del Departamento de Estado, pues proponía algo que no aseguraba ganancia material alguna y sí pérdidas tangibles. Larry Pope, del Departamento de Estado, recuerda: “Peter era... bueno, Peter era Peter. Era molesto y una verdadera espina para nuestra política de compromiso”.

Cualquiera que haya sido la objeción del gobierno de Reagan, la medida pasó a medias por la Cámara baja el 27 de septiembre de 1988, con el apoyo de una enorme mayoría bipartidista, 388 a 16. El 11 de octubre el Senado aprobó por 87 a 0 una ley modificada, casi idéntica a la que habían aprobado los diputados. Aunque no era tan severa, Galbraith pensaba que por lo menos mostraría cierto grado de desaprobación a la brutalidad de Hussein y pondría al presidente Reagan en una situación incómoda: decidir si su oposición a castigar a Hussein era tan férrea como para vetar la legislación. Sin embargo, el 21 de octubre de 1988 Galbraith se enteró de que en una última tanda de maniobras parlamentarias, antes de los días feriados de otoño, el diputado Dante Fascell (demócrata por Florida) separó la ley de sanciones de una fiscal que con seguridad se aprobaría. En su lugar, en un esfuerzo por preservar la jurisdicción de su comisión, Fascell la incluyó con otra ley que, debido a sus provisiones, no tenía la posibilidad de aprobarse, y el Congreso no aceptó el paquete de sanciones económicas.

Conforme con los procedimientos naturales del sistema político estadounidense, jamás se explicó al pueblo la cuestión de denunciar, castigar o intentar detener los ataques con armas químicas dirigidos contra una minoría básicamente indefensa. Se arregló, como sucede por lo general, a puerta cerrada, donde prevalecieron los intereses especiales y donde las estrechas versiones del interés nacional racionalizaban lo inhumano.

El problema no era sólo que dichos intereses se opusieran a la acción; sino que, además de estos cabildeos por los intereses especiales, no había voces opositoras que hicieran llamadas telefónicas en favor de los kurdos. Cuando el Convenio sobre Genocidio se presentó para su ratificación, un pequeño grupo de senadores sureños bloqueó su aprobación. Durante el sangriento régimen Khmer Rouge en Camboya, las voces más duras eran aquellas que expresaban dudas respecto de los relatos de los refugiados.

En el caso de Irak también; las más importantes organizaciones de derechos humanos, Amnistía Internacional y Human Rights Watch, todavía operaban desde pequeñas oficinas, con presupuestos reducidos, y se enfocaban sobre todo en políticos disidentes encarcelados —en el caso de Amnistía— y a abusos en Latinoamérica y Asia —en el de Human Rights Watch.

El apoyo político más fuerte que recibió Galbraith fue el de un grupo de obreros siderúrgicos de Brownsville, Texas, cuya planta se cerraría y sería transferida a Irak, lo que implicaba la pérdida de cientos de empleos. Cuando se enteraron de que la ley de sanciones podría impedir el traslado de la fábrica, estaban encantados. Así, llamaron al atareado Galbraith y le ofrecieron su apoyo moral, que era poco comparado con el poderoso Consejo de Comercio Estadunidense-Iraquí. El diputado Howard Berman (demócrata por California) promovía la legislación para limitar el intercambio con Irak desde mediados de los años ochenta, pero las cartas fuertes estaban en las manos contrarias. Afirmó: “No hubo una campaña popular; en esa época el pueblo estadounidense no conocía ni se interesaba en nuestra política hacia Irak”. Cuando llegó el momento de la votación, al no oír nada del electorado, la mayoría pensó sólo en función de intereses económicos y estratégicos.

Algunos de los grupos de cabildeo más poderosos en la vida política estadounidense actual son los que representan diversos intereses étnicos. La comunidad armenia estadounidense gestiona desde hace décadas para que se instituya un día de conmemoración del genocidio armenio y, en noviembre de 2001, casi consiguió reconocimiento oficial estadounidense del genocidio. Los grupos de judíos ejercen mucha influencia y consiguen miles de millones de dólares en asistencia para Israel, además de haber logrado el establecimiento del Museo del Holocausto en Washington.

Sin embargo, estos grupos no existían en los tiempos de las atrocidades en Turquía y en la Europa ocupada por los nazis. Durante el genocidio camboyano

había pocos habitantes de ese origen residentes en Estados Unidos y no estaban organizados políticamente para atraer mayor atención a la causa de sus compatriotas. En el caso de los kurdos, cuando el proyecto de sanciones de Galbraith estaba por votarse en el Congreso, ni kurdos ni estadounidenses de origen kurdo se unieron para cabildear en Washington. Cuando Talabani visitó la capital en junio de 1988 por primera vez, su partido no reforzó el viaje con una oficina o centro de comunicación en el distrito de Columbia. Latif Rashid, que manejaba la oficina partidaria en Londres, recuerda: “Debido a que no teníamos representantes en Washington, era fácil para los dirigentes estadounidenses hacer de cuenta que los kurdos no existíamos”.

Los medios de comunicación estadounidenses a veces atraen la atención pública hacia una injusticia en el extranjero o hacia el significado de un proceso legislativo. En el caso de la represión iraquí a los kurdos, el ataque a Halabja en marzo de 1988 y el éxodo en septiembre recibieron alguna cobertura, pero ni la más intensa campaña de destrucción de los kurdos en el Irak rural ni los avatares de la Ley de prevención del genocidio en el Congreso generaron mayor interés. Esta cobertura fragmentaria garantizó que los legisladores y funcionarios gubernamentales pudieran oponerse a la ley sin atraer publicidad negativa.

El senador Pell hizo una reflexión luego del fracaso de la ley antigenocidio:

En ocasiones, nuestro proceso legislativo funciona de manera que el pueblo estadounidense entiende y aprecia. El 9 de septiembre de 1988 fue así. Ese día, el Senado aprobó por unanimidad amplias sanciones contra Irak en respuesta a sus ataques con gases tóxicos contra la minoría kurda [...] Ahora estamos en una situación en que [...] un par de miembros de alta jerarquía de la Cámara baja encaminaron a las arrolladoras mayorías de ambas cámaras para que tomaran medidas en contra del uso iraquí de gases tóxicos. Éste es [...] el tipo de manejo que hace que tantos estadounidenses sean escépticos respecto de nuestro proceso legislativo.¹³¹

Estados Unidos no convocó a una reunión especial del Consejo de Seguridad de la ONU, como insistían los promotores de la ley, sino que se unió a otras nueve naciones para solicitar a dicho organismo el envío de un equipo de inspectores a Irak, e instó a que la misión se acoplara a las anteriores investigaciones sobre armas químicas (que confirmaron su uso contra Irán). Los funcionarios estadounidenses formularon esta recomendación sin tener en cuenta que las investigaciones pasadas testimoniaban la ineficacia de una mera política de averiguación. Esos equipos “dictaminaron”, en 1986, 1987 y 1988, que Irak usó

armas químicas contra Irán.¹³²

En noviembre de 1988, Irak expulsó a Haywood Rankin, el mismo oficial del servicio exterior estadounidense que acompañó a Galbraith a territorio kurdo en 1987, porque viajó de nuevo al norte para investigar el uso de gas tóxico. Bagdad dijo que lo expulsaba por “hablar con kurdos”.¹³³ El Departamento de Estado respondió con la expulsión de un diplomático iraquí de la embajada en Washington, pero no la anunció en público, ni la vinculó al uso de armas químicas, ni al exterminio de los kurdos del campo.¹³⁴

Saddam Hussein destruía zonas rurales kurdas desde hacía más de 18 meses. La mortífera campaña Anfal ya había durado más de seis. En ese periodo, aunque el Departamento de Estado recibía un constante flujo de información sobre la destrucción de aldeas kurdas y los ataques con gas contra civiles, los funcionarios del gobierno de Reagan hablaban sólo cuando los obligaban los medios periodísticos y las sanciones del Congreso. Aun así, expresaban sus críticas con tanta cautela que daban a entender que Hussein era libre para atacar a los kurdos con otros medios, además de las armas químicas.

El senador Pell inició el proyecto de las sanciones porque consideraba que poner fin al genocidio era más importante que cualquier interés geopolítico, agrícola, industrial y petrolífero. Sin embargo, los opositores a las sanciones pasaron por alto que era una cuestión de principios, no de intereses. Christianson afirma: “A la gente no le gusta reconocer que contrapone un principio del electorado a un interés específico, prefiere enfrentar un principio débil contra un interés fuerte. Así, resulta conveniente difuminar la razón fundamental e impedir que cristalice”.

De este modo, quienes no querían castigar a Hussein se decían que el crimen no era necesariamente genocidio, que los kurdos habían propiciado su represión y que la evidencia del gas no era concluyente. La inteligencia militar de Estados Unidos distinguía la acción militar iraquí contra kurdos armados de la destrucción iraquí de comunidades enteras, y aunque los estrategas políticos de alto rango estaban en lo cierto al sostener que el flujo de información era imperfecto, la política estadounidense rara vez se basa en la evidencia absoluta. Sin duda, los funcionarios sabían lo suficiente como para darse cuenta de que Saddam Hussein estaba dispuesto a valerse de cualquier medio disponible para resolver su “problema kurdo”.

Vida (y muerte) después del Anfal

Saddam Hussein puso freno a su campaña Anfal justo después del malogrado esfuerzo de Galbraith por imponer sanciones en el otoño de 1988. A los kurdos de las áreas prohibidas que fueron reubicados, se les obligó a firmar o a poner su huella digital en una declaración en lugar de ejecutarlos: “Yo, el suscrito, _____, doy fe de que vivo en la gubernatura de _____, en la sección de _____, número de residencia _____, y acepto que me haré merecedor de la pena de muerte si esta información resultare falsa o si cambiare de dirección sin notificar a las autoridades gubernamentales pertinentes”.¹³⁵ Se amontonó a los kurdos de las regiones prohibidas en más de una docena de complejos residenciales, cada uno con unas 50 000 personas, en su mayoría sobrevivientes del Anfal o *Anfalakan*.¹³⁶

Se suponía que iban a amnistiar a los kurdos que todavía estaban presos, pero a algunos los ejecutaron. Otros fueron liberados con la advertencia de que “no serían tratados igual que otros iraquíes en cuanto a derechos y obligaciones, a menos que demostraran sus buenas intenciones con su buena conducta y con el hecho de haber puesto fin a toda colaboración con los saboteadores”. Serían vigilados, decían las autoridades, “por informantes concienzudos y diligentes”.¹³⁷

Cumplida con celeridad su brutal misión, al-Majid estaba decidido a no perder las ganancias obtenidas: “Habrá respuesta inmediata y decisiva ante cualquier incidente, sin que el grado de aquélla guarde relación con el incidente, no importa cuán trivial sea”.¹³⁸

Para 1989 sólo existían algunos cientos de aldeas en la “región autónoma kurda” de Hussein. Desde que Irak demarcó las zonas prohibidas, alrededor de 4 049 aldeas fueron destruidas.¹³⁹ En abril de 1989, al-Majid entregó la Oficina del Norte a su sucesor. En la ceremonia de traspaso hizo una reseña de su obra y profesó al mismo tiempo su humanismo: “Desearía reconocer que no soy ni seré la persona adecuada para resolver la actual situación de inestabilidad en el Norte [...] Lloro cuando veo un espectáculo o una película trágicos. Un día lloré en un filme por una mujer perdida y sin familia, pero me gustaría decirles que hice lo que hice, y lo que se esperaba de mí. No creo que ustedes pudieran hacer más que yo”.¹⁴⁰

Cuando George Bush padre llegó a la Casa Blanca, en enero de 1989, su

equipo de política exterior hizo una reevaluación estratégica preliminar de la política estadounidense hacia Irak. El estudio, concluido al mismo tiempo que la partida de al-Majid del norte de Irak, consideraba a este país como un aliado potencialmente útil para contener a Irán y agilizar el proceso de paz en Medio Oriente. Las “Guías para una política estadounidense-iraquí” lanzaban uno que otro dardo a los congresistas que proponían sanciones y a los defensores de los derechos humanos que empezaron a cabildear en el Departamento de Estado. Las guías consideraban que, incluso con el apoyo de los departamentos de Agricultura, Comercio, Defensa y Estado para fomentar una relación estable entre Estados Unidos e Irak, “algunas instancias del Congreso y del Departamento se encargarían de atacar incluso las cuestiones más benignas y beneficiosas de la relación, como las exportaciones agrícolas”.¹⁴¹

El gobierno de Bush no quiso tomar el rumbo de una doble política de contención Irak–Irán. Las empresas insistían a ultranza en que Irak era una fuente de oportunidades, no de enemistad, y la Casa Blanca hizo todo lo posible para crear una coyuntura favorable para estas empresas. Más tarde, el secretario de Estado, James Baker, señaló: “Si hubiésemos intentado aislar a Irak, también habríamos afectado a empresas estadounidenses, sobre todo intereses del agro y oportunidades comerciales significativas”.¹⁴² Hussein obtuvo 1 000 millones de dólares más en créditos agrícolas, e Irak pasó a ser el noveno comprador de productos del campo estadounidenses; era el país favorito de los políticos de los estados agricultores del oeste medio. Baker lo expresó con sutileza en sus memorias: “La revisión de la política previa de nuestro gobierno hacia Irak no careció de consideraciones económicas locales”.¹⁴³

Las guías del gobierno de Bush evidenciaban la preocupación de que las transgresiones iraquíes serían más difíciles de justificar ahora que su guerra con Irán había terminado: “Para enturbiar la cuestión, desapareció la amenaza inmediata del expansionismo iraní, y con ella el escudo que protegía a Irak de las críticas occidentales. Esto permite que los derechos humanos se erijan en el campo de batalla de quienes quieren justificar el rompimiento o limitar severamente las relaciones con Irak”.

El Departamento de Estado mantuvo la opinión de que los kurdos insurrectos se habían ganado la represión. Como aconsejaba el autor de las guías: “De ningún modo debemos asociarnos con la rebelión kurda, que ya suma 60 años de antigüedad en Irak, ni oponernos a los legítimos esfuerzos de Irak por

suprimirla”.¹⁴⁴ El funcionario no explicaba cómo distinguir una represión legítima de otra ilegítima, pero Estados Unidos no se hacía ilusiones acerca del régimen: “Saddam Hussein continuará eliminando a quienes considere una amenaza, torturará a quienes piense que tienen secretos que revelar, y gobernará sin concesiones reales a la democracia [...] Sólo pocos suponen que Irak promoverá un régimen humanitario en un futuro cercano”.

Sin embargo, cuando 12 estados occidentales se unieron en 1989 en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y respaldaron una enérgica resolución para que se designara a un delegado especial que realizara “un estudio profundo sobre la situación de los derechos humanos en Irak”, Estados Unidos se negó a participar.¹⁴⁵

El 2 de octubre de 1989, un año después de que unos 60 000 kurdos se dirigieron a Turquía para escapar de los ataques con gases, el presidente Bush firmó la Directiva de Seguridad Nacional 26, que sostenía: “las relaciones normales entre Estados Unidos e Irak servirían mejor a nuestros intereses a largo plazo y fomentarían la estabilidad tanto en el Golfo como en Medio Oriente”. Así, el gobierno “perseguiría e intentaría crear las oportunidades para que las empresas estadounidenses participaran en la reconstrucción de la economía iraquí”. La devastación causada por la guerra con Irán ofrecería múltiples opciones.

En otros lugares, como Sudáfrica y China, Estados Unidos justificaba su apoyo mediante el compromiso económico: con el tiempo, entre mayor contacto tuvieran con Occidente, dichos países aprenderían a respetar los derechos humanos. Pero con Irak, el tema de la inversión extranjera se presentó casi sin hacer referencia a los “beneficios a largo plazo para los derechos humanos” de iraquíes árabes y kurdos. Con Saddam Hussein en el poder, era claro que no habría ninguno.

En un folleto de bienvenida que se entregaba a quienes visitaban el pabellón estadounidense en la Exposición Internacional de Comercio de Bagdad en 1989, la embajadora Glaspie decía que la legación daba “prioridad absoluta a la promoción del comercio y la amistad entre ambas naciones”. Algunas de las más importantes empresas estadounidenses, como AT&T International, General Motors, Xerox, Westinghouse y Wang Laboratories participaron en la exposición, y otras se unieron para formar el Foro Comercial Estadunidense-Iraquí, que cabildeaba en Washington para promover lazos comerciales.¹⁴⁶

Ciertos legisladores se negaron a dejar descansar el tema de la brutalidad de Hussein contra su pueblo. En 1989, gracias a la insistencia del diputado Berman, aliado del senador Pell en la otra Cámara, el Congreso finalmente decidió prohibir el financiamiento —por medio del banco Export-Import— de las exportaciones a Irak. No obstante agregó una enmienda que permitía que el gobierno de Bush ignorara la prohibición, si así lo dictaban las exigencias de la seguridad nacional. El presidente se valió de esta trampa dos meses más tarde. El 17 de enero de 1990 Bush ignoró la oposición del Congreso y firmó un decreto para autorizar un crédito del banco Export-Import por casi 200 millones de dólares. Si el Congreso y Bush actuaban por intereses especiales, el gobierno justificó su postura como una defensa de los intereses nacionales de Estados Unidos. Los gobiernos de Bush y de Reagan en ningún momento se pronunciaron en contra de la reubicación forzosa de los kurdos.

QUEMAR ISRAEL, QUEMAR PUENTES

A principios de 1990 el comportamiento de Hussein se volvió tan audaz que el presidente Bush tuvo que esforzarse para justificar los lazos amistosos. En marzo, Irak ejecutó a un periodista británico al que acusó de espiar para Israel. Empezaron a llegar informes de que Irak reforzaba su capacidad nuclear y química. El 2 de abril de 1990 Hussein cruzó su Rubicón con un discurso al comando en jefe de sus fuerzas armadas. Confirmó que Irak poseía armas químicas y advirtió que si Israel atacaba a Irak, “sabe Dios que haremos que el fuego consuma la mitad de Israel”.¹⁴⁷ Lo anterior se conoció como el discurso “Quemar Israel” y le valió el disgusto y la ira de los partidarios de este país en Estados Unidos, específicamente del senador republicano por Nueva York, Joseph D’Amato, quien encomendó de inmediato a Galbraith que redactara otro paquete de sanciones, conocido como Ley para el cumplimiento del derecho internacional por Irak, de 1990.

El gobierno de Bush alimentó la esperanza de que Hussein volviera a la normalidad y contó con el apoyo de algunos senadores poderosos. Una delegación del Congreso que incluía a Bob Dole y a Alan Simpson (republicano por Wyoming) volvió de Irak a mediados de abril de 1990 tras reunirse dos horas y media con Hussein, proclamándolo con entusiasmo como un dirigente con el que Estados Unidos podía colaborar.¹⁴⁸ En la reunión, Hussein se quejó de que

“se estaba montando una campaña de proporciones mayores contra nosotros desde Estados Unidos y Europa”. El senador le aseguró: “No ha sido por el presidente Bush”, e insistió en que éste vetaría la legislación de sanciones si alguna vez llegaba a aprobarse en las dos cámaras.

No obstante, los retos del Congreso eran cada vez más fuertes. En la Cámara baja, el diputado Lantos desafió al sucesor de Murphy, John Kelly, como vicesecretario de Estado para Asuntos del Cercano Oriente: “¿En qué momento va a reconocer el gobierno que éste no es un buen tipo?” Kelly mantuvo la posición estadounidense: “Creemos que todavía existe una posibilidad de que se den cambios positivos en el comportamiento iraquí”.¹⁴⁹

La oposición en el Senado seguía afianzándose en motivos como la futilidad, la perversidad y el peligro para mantener la calma. Pero otros se daban cuenta de las implicaciones para la seguridad humanitaria y nacional al permitir que Hussein dictara las condiciones de la relación. En 1990 dijeron lo que callaron en 1988. El senador William Cohen (republicano por Maine) deploró la timidez estadounidense: “Es el olor a petróleo y el color del dinero lo que corroe nuestros principios”.¹⁵⁰ A los senadores que defendían que las sanciones unilaterales no servirían, Cohen les dijo que si Estados Unidos dejaba de penalizar a Hussein por temor a que sus aliados no lo siguieran, “quedamos en que nos corresponde seguir a la manada, dándole de comer a Hussein mientras él continúa aterrorizando, atacando o sólo amenazando con hacerlo”. Cohen mencionó a Hitler: “En algún momento de nuestra historia oímos el golpeteo del paraguas de Neville Chamberlain en los adoquines de Munich”, dijo Cohen el 27 de julio, justo antes del voto del Senado por la nueva ley de sanciones. “Ahora estamos a punto de escuchar el ruido de tractores en los ladrillos de Bagdad.”¹⁵¹

La senadora Nancy Kassebaum, de Kansas (estado que exportaba un millón de toneladas anuales de trigo a Irak), conmovida por el informe de Amnistía Internacional acerca de las violaciones de derechos humanos contra niños en Irak y avergonzada por la tardanza del Senado en enfrentar a Hussein, declaró memorablemente que, estado agrícola o no, Kansas debía apoyar la ley de sanciones: “No puedo creer que un granjero de esta nación quiera mandar sus productos [...] a un país que ha usado armas químicas, que ha torturado y herido a sus niños”.¹⁵² El Senado aprobó la enmienda D’Amato por 88 a 12 el 27 de julio de 1990. Prohibía a Estados Unidos extender cualquier tipo de crédito financiero o asistencial, incluso las garantías CCC, y vender armas a Irak, a menos que el

presidente certificara que Irak se encontraba en “cumplimiento sustancial” de las condiciones de diversos convenios internacionales sobre derechos humanos, entre ellos el de genocidio. El Senado dio carpetazo a una enmienda propuesta por el republicano tejano Phil Gramm, el cual habría permitido que el gobierno de Bush ignorara sus directivas, si se consideraba que las sanciones afectaban más a los industriales y granjeros estadounidenses que a Irak.

Una semana después de que la ley de sanciones se aprobó en el Senado, Irak invadió Kuwait, y Saddam Hussein designó a Alí al-Majid (también conocido como Alí, *el Químico*) gobernador militar de la provincia ocupada.

A unas cuantas horas de la invasión, se aprobó en la Cámara baja, 416 votos contra 0, la tan demorada propuesta del diputado Berman de denegar créditos de importación y exportación a Irak. En este punto casi nadie cuestionó la medida. La invasión pisoteaba la soberanía de un aliado estadounidense y hacía peligrar los envíos de petróleo a Estados Unidos. El presidente de la Comisión de Diputados para Asuntos Exteriores, Fascell, se apresuró a agregar una orden ejecutiva que acababa de redactar Bush, misma que exigía un embargo total a Irak y el congelamiento de sus bienes en Estados Unidos.

Los préstamos con garantía del gobierno de Estados Unidos sumaban 5 000 millones de dólares desde 1983. Asimismo, los créditos liberaron divisas para que Hussein fortificara y modernizara sus más preciadas posesiones militares, incluso su acopio de armas químicas letales. Los granos estadounidenses servirían para alimentar al ejército iraquí durante su estadía en Kuwait.

LA SUBLEVACIÓN KURDA

El bombardeo estadounidense a Bagdad se inició el 17 de enero de 1991, y las tropas terrestres de Estados Unidos derrotaron a la Guardia Republicana iraquí poco tiempo después. Galbraith recibió una llamada telefónica del líder kurdo Jalal Talabani, quien se comprometió a suministrar información sobre movimientos de tropas iraquíes. Galbraith consiguió que estos informes se transmitieran por radio desde el norte de Irak a Damasco, y de ahí por fax a un dentista de Detroit que los traducía y luego los enviaba por fax a Washington.

Sin embargo, Galbraith pronto se dio cuenta de que no había interés por parte del gobierno de Bush. Estados Unidos podía estar en guerra con Irak, pero no por eso tenía el gobierno mayor disposición para tratar con los kurdos. Los

funcionarios del Departamento de Estado le dijeron a Galbraith que la información que proporcionaban los kurdos no sería de mucha utilidad. Cuando Talabani visitó Washington, los funcionarios subalternos que se dignaron a reunirse con él insistieron en que no fuera en el edificio oficial, sino en un café cercano.

El 15 de febrero de 1991, el presidente Bush habló por primera vez de cambiar el régimen iraquí. Pronunció un discurso que los kurdos se saben de memoria hasta el día de hoy: “Hay otro modo de poner fin al derramamiento de sangre, y es que los militares y el pueblo iraquíes se hagan cargo del asunto y obliguen al dictador Saddam Hussein a que se vaya”.¹⁵³ Hace tanto tiempo que los kurdos querían separarse de Irak, que oyeron las palabras de Bush como una incitación a iniciar una revuelta mayor. El 27 de febrero de 1991 Bush ordenó un cese al fuego a sólo 100 horas de iniciada la contienda en tierra. Alarmado ante la perspectiva de un “nuevo Vietnam”, Bush le hizo caso al general Colin Powell, jefe de la plana mayor conjunta, y paró la guerra antes de infligirle a Hussein una derrota aplastante.

Irak se quedó con 2 000 tanques y 300 000 tropas listas para combatir; sin embargo, los chiitas confiaron en el apoyo de los aliados y subestimaron los recursos de Bagdad; se sublevaron en el sur de Irak el 2 de marzo, y los kurdos el 6, en el norte.

Puesto sobre aviso por Talabani acerca de los planes kurdos para organizar una revuelta, Galbraith obtuvo permiso de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado para viajar a Medio Oriente en una misión de investigación. Su objetivo principal era penetrar en territorio kurdo y evaluar lo que Washington debía hacer para ayudarlos, pero mantuvo esa parte de su itinerario en secreto, a sabiendas de que sus superiores jamás aprobarían un plan tan temerario. Al conocer mejor que la mayoría de los estadounidenses la brutalidad del dictador iraquí, Galbraith sabía que la situación era impredecible y que la furia de Hussein podría ser enorme. La víspera de su salida de Damasco, Siria, escribió una nota a su hijo Andrew de 13 años:

Querido Andrew:

Espero que nunca recibas esta nota, pero si la recibes hay algunas cosas que quiero que sepas.

Primero, viajé al Kurdistan porque creo en ayudar a los desvalidos. Los kurdos se rebelaron contra un régimen maléfico y su gente necesita asistencia, sobre todo alimentos y medicinas. Al ir ahí pensé en convencer al Congreso para que suministrara esa ayuda.

Segundo, lamento no verte crecer. Tu mami y yo nos divorciamos cuando eras un bebé y por eso tú y yo jamás fuimos una familia, pero te amo y sé que serás un hombre de bien y lleno de amor. Vive una vida buena, amable y compasiva.

Con amor,

Papi.

Galbraith hizo la primera etapa del viaje con un periodista de *Newsweek*. Esporádicamente hubo fuego de morteros cuando cruzaron el río Tigris en un pequeño bote. Galbraith grabó su accidentada llegada y la vasta destrucción de las tierras kurdas con una cámara súper 8. Los kurdos estaban celebrando. Era el 30 de marzo y habían estado en rebelión casi tres semanas. Controlaban casi todo el Kurdistán iraquí. En Zakho, las calles estaban atestadas de gente, y los parlantes proclamaban: “¡Liberamos el Kurdistán!”

Los kurdos usaban maquinaria vial para llevar camiones iraquíes abandonados a talleres de reparación y mostraban documentos y videos obtenidos de los archivos secretos de la policía iraquí. En una celebración vespertina con Talabani, Galbraith propuso un brindis: “El presidente Woodrow Wilson prometió la autodeterminación a los pueblos del mundo, y el Tratado de Sèvres dio ese derecho a los kurdos. Me alegro de ser el primer funcionario del gobierno estadounidense en pisar territorio gobernado por los kurdos”. Sin embargo, a las 6:15 despertaron a Galbraith y le dijeron: “Es hora de irnos”. Hussein sofocaba la rebelión.

Los kurdos confiaron en el apoyo de Estados Unidos y sobrestimaron el daño causado al ejército iraquí por el ataque aliado. Se aprestaba una brutal contraofensiva iraquí con tanques, vehículos blindados, artillería pesada y aviones. Al parecer, toda la población kurda había huido.¹⁵⁴

Al negociar su cese al fuego con Irak a principios del mes en curso, Estados Unidos no insistió en prohibir vuelos de helicópteros militares iraquíes. El comandante Norman Schwarzkopf dijo más tarde que había sido “engañado” para permitir su uso limitado en tareas de comunicación. Esos helicópteros se convertían ahora en la principal arma de terror iraquí contra los kurdos. Debido a que estos aparatos arrojaron gas tóxico contra los kurdos en 1987 y 1988, muchos huían antes de los contrataques iraquíes.

Aunque la suya era una región rica en petróleo, después de ocho meses de sanciones económicas y dos de guerra a los kurdos les quedaba poco combustible para su huida. La mayoría de los refugiados marchaban en largas columnas

serpenteantes. Alrededor de 1 300 000 kurdos se dirigieron a las montañas de Irak en la frontera turca. Los iraquíes habían dinamitado y arrasado las aldeas kurdas en el camino, de manera que los refugiados no encontraban refugio en su viaje. Galbraith vio a un hombre en el camino que llevaba un saco de granos previamente fumigados con raticida. Era toda la comida que tenían en la aldea y trataba de lavar el veneno del grano.

Después de una estancia de sólo 36 horas en el Kurdistan “liberado”, Galbraith regresó a la frontera siria, que en ese momento estaba siendo bombardeada con artillería pesada. Mientras caían granadas a su alrededor, cruzó corriendo las marismas para alcanzar a defenderse en unas bolsas de arena que había al borde del río. Desde ahí un pequeño bote lo cruzó de regreso a Siria. Los iraquíes tomaron el cruce fronterizo al día siguiente.

Aunque se burlaron de Galbraith por lo movidas que estaban sus imágenes —tomadas con la súper 8 y las primeras del colapso de la sublevación kurda—, éstas figuraron como primicia en los noticieros del 1 de abril de 1991. Los refugiados kurdos tardaron varios días más en alcanzar la frontera turca, pero Galbraith llamó a Morton Abramowitz, el ex vicesecretario de la INR, ahora embajador estadounidense en Turquía, para advertirle que cerca de un millón de personas pronto tocarían a su puerta.

El 2 de abril Galbraith preparó un detallado memorándum para los senadores George Mitchel y Daniel Patrick Moynihan, en el que advertía que los kurdos estaban en peligro de ser masacrados. Acaso el resultado más significativo del vano esfuerzo de Galbraith en 1988 para lograr que se aplicaran sanciones contra Irak fue que, en 1991, cuando los kurdos de nuevo se enfrentaban a las matanzas, la gente de Washington por lo menos había oído hablar de esa infortunada minoría. Como impulsor del tema del genocidio en 1988, el senador Pell también gozaba de mayor autoridad y advirtió que si los aliados no actuaban, los kurdos podrían ser aniquilados.

Al entrar en Irak sin aprobación del Senado, Galbraith violó una de las reglas cardinales de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, aunque después de ver lo que vio en el Kurdistan, empezó a infringir otras. A los empleados del Congreso no se les permitía aparecer en los medios de comunicación, pero Galbraith estuvo en *Nightline* el 1, el 4 y el 18 de abril. También escribió un artículo para la primera página del *New Republic* sobre la fracasada insurrección. El senador Moynihan habló a su favor en el Senado el 17 de abril, e instó a que el

Congreso lo recompensara por “servicios que sobrepasaban sus obligaciones”. Al señalar que los empleados del Congreso por lo general no recibían reconocimiento, dijo: “Éste no es un descuido de nuestra parte, lo que sucede es que en dos siglos y medio no hemos visto a nadie comparable con el joven Galbraith: la indiferencia ante su propia seguridad y bienestar, la total preocupación por el bienestar y seguridad de un pueblo oprimido y enredado en un pavoroso trance”.¹⁵⁵

Hacia mediados de abril, unos 400 000 refugiados estaban en Turquía, y se temía que otro medio millón iba en camino.¹⁵⁶ El nuevo prestigio que obtuvo Galbraith lo volvió aún menos diplomático. Se enteró de que en Washington se hablaba como si las agencias de ayuda humanitaria fueran a resolver el problema. En respuesta a preguntas acerca de la seguridad de los kurdos en Turquía, el secretario de Estado, Baker, declaró: “Se espera que la presencia de trabajadores de ayuda humanitaria actúe como un freno al hostigamiento y a la persecución de esta gente”.¹⁵⁷

En una reunión de socorristas humanitarios a la que asistieron 40 o 50 expertos en situaciones de crisis, Galbraith explotó: “¿Me están diciendo que un puñado de suecos desarmados en los puestos de abastecimiento van a dar a los kurdos la confianza suficiente para bajar de las montañas a enfrentarse con un hombre que nuestro presidente ha comparado con Hitler? ¡Supongo que su solución para Auschwitz habría sido asegurarse de que unas jóvenes suecas en *shorts* estuvieran ahí para darles de comer a los judíos!” Su estallido se recibió en silencio. Ésa no era la manera de actuar, Galbraith había sido demasiado emotivo.

Ahora, la alternativa de Galbraith —intervención militar aliada— ganaba apoyo. El primer ministro británico, John Major, comenzó a instar al gobierno de Bush a que actuara. William Safire atacó al presidente por su “falta de audacia”.¹⁵⁸ Escribió: “La gente demasiado crédula, como los kurdos, ahora sabe que puede terminar muerta si cuenta con el señor Bush”.¹⁵⁹ Sin embargo, Bush se mantuvo firme y respondió con 10 millones de dólares en ayuda. Un empleado de alto rango de la Casa Blanca dijo: “Ni 100 columnas de Safire van a hacer que cambie de parecer el público. Nuestras medidas no tienen desventajas políticas”.¹⁶⁰

Pero Turquía, aliada de Estados Unidos, disentía. Necesitaba la ayuda de Estados Unidos para librarse de la multitudinaria presencia kurda en el sur del

país. El secretario de Estado, Baker, voló en helicóptero a la frontera turca el 7 de abril, y en una parada de 17 minutos vio a alrededor de 50 000 kurdos en las montañas vecinas. Era un desastre en relaciones públicas que temía que acabara con todas las ganancias que la Guerra del Golfo había aportado a la Casa Blanca. También era una catástrofe humanitaria que lo conmovió. Se estimaba que diario morían unos 1 000 kurdos. Afirmó: “No podemos permitir que esto siga, tenemos que hacer algo, y lo tenemos que hacer ya”.¹⁶¹

El 16 de abril de 1991 Estados Unidos se reunió con sus aliados para lanzar la Operación Provide Comfort y establecer una “zona protegida” para los kurdos al norte del paralelo 36 en Irak septentrional. Las tropas terrestres aliadas levantarían campamentos en Irak, y los aviones estadounidenses, británicos y franceses patrullarían los cielos.¹⁶²

La Operación Provide Comfort fue tal vez el indicador más prometedor de lo que el mundo de la posguerra fría podía ofrecer para impedir el genocidio. Al mando del teniente general John M. Shalikashvili, unos 12 000 soldados estadounidenses ayudaron a patrullar la región como parte de un contingente de 21 000 tropas terrestres aliadas. Esto marcó una intervención sin precedentes en los asuntos internos de un Estado por razones humanitarias. Gracias a la injerencia aliada, los kurdos iraquíes pudieron volver a sus tierras y, con la protección de aviones de la OTAN, gobernarse ellos mismos.

¿JUSTICIA?

Hoy en día, las sobrevivientes kurdas hacinadas en complejos de reasentamiento se aferran a rumores de que sus varones, víctimas del *Anfalakan*, siguen con vida en cárceles secretas en el desierto. Algunas investigaciones han arrojado respuestas frías y precisas, otras evasivas. El 25 de septiembre de 1990, las autoridades iraquíes de Erbil dieron la siguiente orden del día: “La frase ‘No tenemos conocimiento de su paradero’ remplazará a la expresión ‘Fueron arrestados durante la gloriosa operación Anfal y siguen detenidos’”.¹⁶³

La entrada a la maltrecha ciudad de Halabja está señalada por la estatua de un padre que muere al intentar proteger a sus dos hijos de un ataque con gas. Más de 70 000 kurdos retornaron a la ciudad en que los gases vx, sarín y mostaza se combinaron en cocteles mortales. Hay sobrevivientes ciegos debido a las cicatrices en las córneas provocadas por las quemaduras de gas mostaza.¹⁶⁴

Además, en la sala de maternidad del Hospital de Mártires, se suceden los abortos involuntarios y defectos congénitos, como paladares hendidos y labios leporinos. Christine Gosden, especialista británica en genética, intenta investigar y recabar fondos para atender las dolencias: “Los sobrevivientes no sólo tienen que vérselas con recuerdos de parientes que de repente murieron en sus brazos, sino también con sus propias afecciones y las de sus familiares y amigos que aún viven”.¹⁶⁵ Según esta investigadora, la mortalidad infantil cuadruplica la de la vecina Suleymaniye. La leucemia y los linfomas azotan a la comunidad con una frecuencia que los médicos kurdos afirman es cuatro veces mayor que en las zonas no expuestas. No hay quimioterapia ni radioterapia disponible. Más grave aún, sostiene Gosden, las malformaciones congénitas en los niños nacidos después de los ataques a Halabja sugieren que los agentes químicos produjeron mutaciones genéticas permanentes en quienes estuvieron expuestos a ellos. Los hallazgos médicos preliminares indican que la incidencia de estas mutaciones es comparable a la de quienes se hallaban a una o dos millas del epicentro de las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki. El Anfal terminó técnicamente en 1988, pero ella lo describe como “el genocidio persistente”. Las generaciones venideras pagarán por él.

En su fracasada insurrección contra Bagdad en 1991, los kurdos saquearon edificios de la policía secreta y se apoderaron de ingentes cantidades de archivos gubernamentales, los cuales estaban amontonados en bolsas de plástico para harina, cajas de té y carpetas. Otros estaban unidos con broches, cordeles, cintas o alfileres. Había mamotretos manuscritos forrados con papel pintado, y algunos títulos árabes habían sido rayados con trazos caligráficos psicodélicos y pintados con marcadores de colores por burócratas iraquíes que no tenían nada que hacer.¹⁶⁶

Los kurdos que reunieron toda esta evidencia no pensaban en enjuiciar a los oficiales iraquíes, ni siquiera en documentar un genocidio para la posteridad; más bien querían identificar a los soplones. Aunque muchos de los documentos se perdieron o destruyeron durante la rebelión, los iraquíes eran tan meticulosos que se recuperó gran parte del material.

En mayo de 1992, Galbraith colaboró en la negociación del traslado de 14 toneladas de documentos obtenidos a los Archivos Nacionales de Washington para su conservación. A Human Rights Watch (HRW), la organización madre de todos los grupos *Watch* —que rescató otras cuatro toneladas del Partido

Demócrata Kurdo—, se le dio acceso exclusivo a los documentos para llevar a cabo una investigación sin precedentes. Las más de cuatro millones de páginas cubrían no sólo el Anfal, sino la represión iraquí de los años sesenta en adelante. Había órdenes explícitas de tirar a matar, como la del 14 de junio de 1987 del Comando del Partido Popular Ba'ath en Zakho: “Estimados camaradas: La introducción de cualquier tipo de cargamento humano, provisiones alimenticias o aparatos mecánicos a las aldeas vedadas por cuestiones de seguridad en la segunda etapa de la operación está estrictamente prohibida [...] Es obligación de los miembros de las fuerzas militares matar a cualquier persona o animal que encuentren en estas zonas”.¹⁶⁷ Había jactanciosos recuentos de los individuos y las aldeas eliminados, minutas de sesiones, órdenes de arresto, notas sobre intervenciones telefónicas y decretos de ejecuciones masivas.

Human Rights Watch despachó a sus investigadores al Kurdistan iraquí en 1992 y 1993, donde entrevistaron a unos 350 sobrevivientes y testigos de las matanzas. La organización exhumó fosas comunes y reunió material para hacer estudios forenses, como rastros de armas químicas en muestras de tierra y esquirlas de bombas, además de los esqueletos de las víctimas. Los excavadores encontraron sogas que aún ataban las manos de los cuerpos en descomposición de hombres, mujeres y niños. En una búsqueda se halló una trenza de mujer perfectamente conservada.¹⁶⁸

La investigación de atrocidades iraquíes que efectuó el HRW durante 18 meses fue la más ambiciosa que jamás realizara una organización no gubernamental. Era el tipo de estudio que un gobierno estadounidense decidido a detener atrocidades bien pudo emprender cuando los crímenes estaban ocurriendo. El grupo de derechos humanos legitimó la estimación de Shorsh Resool en cuanto al número de muertos en el operativo. El grupo descubrió que entre 50 000 y 100 000 personas (muchas de ellas mujeres y niños, y casi ninguno combatiente) fueron ejecutadas o desaparecieron entre febrero y septiembre de 1988. Se reubicó a cientos de miles de kurdos por la fuerza. El número de los ejecutados o “desaparecidos” no puede confirmarse porque la mayoría de los hombres murieron por fusilamiento y fueron enterrados en fosas comunes de poca profundidad, que no se han abierto: lo anterior en el sudoeste de Irak, cerca de la frontera con Arabia Saudita. Los dirigentes kurdos sostienen que en la campaña Anfal fueron eliminados 182 000 individuos. Mahmoud ‘Uthman, líder del Partido Socialista de el Kurdistan, relata lo sucedido en una reunión, en 1991,

en la que el comandante del Anfal, al-Majid, se enfureció por esta cantidad: “¿Qué significa esta cifra exagerada de 182 000? No pueden haber sido más que 100 000”.¹⁶⁹

Por primera vez en la historia, el HRW descubrió que un país había cometido genocidio. Muchas veces se requiere de un número elevado para demostrar la intención de destruir a un grupo, pero en el caso iraquí los archivos gubernamentales confiscados testimoniaban explícitamente el propósito iraquí de acabar con la vida rural kurda.

Una vez documentado el genocidio, el HRW designó al abogado Richard Dicker para preparar una causa legal en la primavera de 1994. Esperaba lograr que Canadá, los Países Bajos o un Estado escandinavo pusiera en vigor el Convenio sobre Genocidio, por lo menos con una acusación ante la Corte Internacional de Justicia. Dicker recuerda: “Mi papel era lograr una acusación coherente y persuadir a un Estado de que se ocupara de ella. Por supuesto que fracasé rotundamente”. Los diplomáticos sostenían que Irak no había cometido genocidio. “Me decían: ‘Mire, esto no me huele a genocidio a mí’”. Pero una vez que se familiarizaban con la ley, la mayoría de los funcionarios dejaba de lado esa objeción, y se preocupaba de las consecuencias de juzgar a un Estado en una corte internacional.

De presentarse un cargo por genocidio en la CIJ, ésta podría recomendar que se incautaran bienes iraquíes o que los ofensores fueran castigados en su propio país, en el extranjero o en alguna corte internacional. El castigo internacional no se aplicaba desde Nuremberg, pero los abogados en derechos humanos esperaban que el caso de Irak renovara el interés en juzgarlos. Después de varios años de esfuerzos por parte de Dicker y su colega Joost Hiltermann, dos gobiernos aceptaron confidencialmente el desafío, pero se negaron a presentar la causa a menos que un Estado europeo los secundara. Hasta el día de hoy ninguno lo ha hecho.

El Senado de Estados Unidos ratificó el Convenio sobre Genocidio, pero Dicker y algunos otros creían que Estados Unidos debía mantener un perfil bajo en cualquier caso de genocidio contra Irak, debido a sus molestas reservas sobre el tratado. Los promotores temían que Hussein usara las reservas estadounidenses para negarle jurisdicción a la CIJ.¹⁷⁰ Aunque el HRW no solicitó la participación de Estados Unidos en la causa, sí esperaba que apoyara el esfuerzo. Tras una oposición inicial a la campaña, el asesor legal del Departamento de

Estado recibió del HRW innumerables textos legales y memorandos de evidencia, con lo que cambió de parecer. En julio de 1995, el secretario de Estado, Warren Christopher, firmó un comunicado que declaraba que Irak había perpetrado el genocidio contra los kurdos; lo hizo para respaldar los esfuerzos del HRW por presentar un caso contra Irak.

Sin embargo, hasta el día de hoy, ningún soldado ni dirigente político iraquí ha sido castigado por las atrocidades cometidas contra los kurdos.

IX. BOSNIA: “SÓLO TESTIGOS EN UN ENTIERRO”

“LIMPIEZA ÉTNICA”

Si la Guerra del Golfo representó la primera prueba para la política exterior estadounidense en el mundo de la posguerra fría, las guerras balcánicas constituyeron la segunda. Antes de 1991 Yugoslavia se componía de seis repúblicas, pero en junio de ese año, cuando el presidente serbio Slobodan Milosevic comenzó a atizar el ardor nacionalista y a incrementar el predominio serbio, la república de Eslovenia se separó, lo que dio lugar a una guerra relativamente indolora de diez días.

Croacia, que se declaró independiente en el mismo momento, tuvo que enfrentarse a un mutis más complicado. Debido a que Croacia poseía una considerable minoría serbia y una costa pintoresca y lucrativa, el Ejército Nacional Yugoslavo se resistió a la secesión. Una guerra de unos siete meses dejó unos 10 000 muertos y 700 000 desalojados de sus hogares. También le presentó al mundo imágenes de la artillería serbia bombardeando ciudades de civiles, como Dubrovnik y Vukovar.

Para finales de 1991 era evidente que Bosnia (43% musulmana, 35% ortodoxa serbia y 18% católica romana croata), étnicamente la más heterogénea de las repúblicas yugoslavas, estaba en problemas. Si Bosnia continuaba siendo una república secundaria dentro de Yugoslavia, sus habitantes serbios recibirían los mejores trabajos y oportunidades de educación, mientras que musulmanes y croatas quedarían marginados y tal vez serían objeto de abusos físicos en el opresivo régimen de Milosevic. Pero si se independizaba, sus ciudadanos islámicos serían particularmente vulnerables por no tener un protector vecino: serbios y croatas de Bosnia contaban con el apoyo armado de Serbia y Croacia, pero los musulmanes del país sólo confiaban en la comunidad internacional.

Los siete miembros de la presidencia bosnia (dos musulmanes, dos serbios, dos croatas y un yugoslavo) se volcaron hacia Europa y Estados Unidos en pos de pautas que les permitieran evitar un derramamiento de sangre. Los diplomáticos

occidentales instruyeron a los dirigentes bosnios para que ofrecieran protección a los derechos humanos de las minorías, y llevaran a cabo un “referéndum de independencia” libre de toda trampa.

En gran medida los bosnios siguieron estas directivas. En marzo de 1992 tuvo lugar el referéndum en que 99.4% de los votantes eligió separarse de Yugoslavia. Pero dos miembros serbios de la presidencia, de línea dura, convencieron a la mayoría de los serbios bosnios de que boicotearan el referéndum.¹ Con el respaldo de Milosevic desde Belgrado, los dos nacionalistas serbios de la presidencia renunciaron y declararon su propio Estado serbiobosnio separado dentro de los confines de la antigua Bosnia. El Ejército Nacional Yugoslavo, dominado por serbios, se unió a las fuerzas serbias locales, con unos 80 000 soldados serbios uniformados y armados, y cedió casi todo su arsenal en Bosnia al recién formado Ejército Serbio de Bosnia. Aunque las tropas cambiaron sus escudos, los vehículos militares que quedaron en el país todavía mostraban rastros de la sigla del Ejército Nacional Yugoslavo. Para complicar la situación aún más para los musulmanes, y para los serbios y croatas que se adhirieron a la idea de una Bosnia multiétnica, Naciones Unidas impuso un embargo de armamentos en 1991 a la región. Esto causó un grave desequilibrio en la capacidad militar de musulmanes y serbios. Cuando éstos se lanzaron a una violenta ofensiva dirigida a crear un Estado étnicamente homogéneo, los musulmanes se encontraban virtualmente indefensos.

En 1991 Alemania propugnó por el reconocimiento de la independencia croata, pero en abril de 1992 la Unión Europea y Estados Unidos fueron los primeros en otorgar reconocimiento diplomático al Estado de Bosnia recién independizado. Los planificadores políticos de Estados Unidos esperaban que el solo hecho de legitimar a Bosnia ayudaría a estabilizarla. Este acto diplomático le “mostraría” al presidente Milosevic que el mundo respaldaba la independencia bosnia. Pero Milosevic no se dejó embaucar. Sabía que el compromiso internacional con el Estado de Bosnia era más retórico que real.

Los soldados y milicianos serbios de Bosnia compilaron listas de los principales intelectuales, músicos y profesionales musulmanes y croatas, y a los pocos días de la secesión de Bosnia, empezaron a arrestar a los que no eran serbios para golpearlos con salvajismo y a menudo ejecutarlos. Unidades serbiobosnias destruyeron la mayor parte de los sitios culturales y religiosos para borrar todo recuerdo de una presencia musulmana o croata en lo que llamarían

la “Republika Srpska”.² En las colinas que rodean la antigua ciudad olímpica de Sarajevo, las fuerzas serbias emplazaron cañones antiaéreos, lanzadores de cohetes y tanques; y comenzaron a azotar la ciudad con fuego de artillería y morteros.

La práctica serbia de atacar civiles y echar a los que no eran serbios de su territorio recibió el eufemismo de *etnicko ciscenje*, vale decir, “limpieza étnica”, frase que recuerda la *Säuberung* de los nazis, la “limpieza” de judíos. El historiador del holocausto Raul Hilberg dijo del eufemismo nazi: “La clave de la operación total desde el punto de vista psicológico era no pronunciar jamás las palabras apropiadas para la acción. No digan nada; hagan estas cosas; nunca las describan”.³ El Khmer Rouge y el jefe de la Oficina del norte iraquí al-Majid observaron una regla parecida, y los nacionalistas serbios hicieron lo mismo.

Al progresar la guerra en Bosnia, los extranjeros y locales describieron con la frase “limpieza étnica” los medios y fines de las fuerzas serbias, y más tarde de otros nacionalistas, en Bosnia. Se definía como la eliminación de un grupo étnico de un territorio controlado por otro. Aunque la frase al principio producía escalofríos a quienes la oyeran, al poco tiempo llegó a ser una abreviatura adormecedora para lo que sería mucho más evocativo al describirse en detalle.

La frase “limpieza étnica” significaba cosas distintas según el día y el lugar. A veces una transmisión radial informaba a la ciudadanía que una fábrica local estableció un cupo para limitar el número de empleados musulmanes o croatas a 1% del plantel total. En otras partes se pegaban bandos en las ciudades, como sucedió en 1915 en el imperio otomano. Estos decretos informaban a los habitantes que no eran serbios las nuevas reglas. En la población de Celinac, cerca de la ciudad de Banja Luka, en el norte de Bosnia, por ejemplo, la “presidencia de guerra” serbia proclamó una directiva que les asignaba a todos los que no eran serbios un “rango especial”. Debido a las “acciones militares” se impuso un toque de queda de entre 16 y seis horas. A los que no eran serbios se les prohibía:

- Reunirse en cafés, restaurantes y otros lugares públicos.
- Bañarse o nadar en los ríos Yrbanija o Josavka.
- Cazar o pescar.
- Viajar a otra ciudad sin autorización.
- Portar armas.
- Conducir un auto o viajar en uno.

- Reunirse en grupos de más de tres.
- Comunicarse con parientes fuera de Celinac (se debía informar de toda visita doméstica).
- Usar medios de comunicación que no fuesen los teléfonos de las oficinas postales.
- Usar uniformes militares, policiales o de guardabosque.
- Vender propiedades o cambiar de casa sin permiso.⁴

A veces se les daba 48 horas de plazo a musulmanes y croatas para que empacaran sus valijas, pero lo común es que no se les diera tiempo alguno. Los disparos de ametralladora o el olor del keroseno eran las primeras noticias de un inminente cambio de domicilio. En casi ningún caso, una partida era voluntaria. A medida que los refugiados inundaban los estados vecinos, era tentador verlos como los efectos de una guerra; pero la purga de los que no eran serbios no sólo era un objetivo explícito de los nacionalistas serbios, era el central.

Los tiradores serbios sabían que su violenta campaña de deportación y matanza no alcanzaría para garantizar el logro duradero de la pureza étnica. Los forajidos armados buscaron cortar en forma definitiva el lazo entre los ciudadanos y la tierra. Así, obligaban a los padres a que castraran a sus hijos, o a que molestaran impudicamente a sus hijas; humillaron y violaron (a menudo dejando embarazadas) a las jóvenes. La suya era una política deliberada de destruir y degradar: destrucción para que a este enemigo manifiesto no le quedara un hogar al que pudiera volver; degradación para que los ex habitantes no se sintieran fuertes —y por consiguiente no se atrevieran a alzarse de nuevo— en territorio ocupado por serbios.

Los funcionarios superiores del gobierno de Bush, y luego del de Clinton, entendían las aciagas consecuencias humanas de la agresión serbia. Esto era Europa, por lo que no era una crisis que se pudiera transferir a los despachos de jerarquía media. Como nunca antes, en el Departamento de Estado, en el Congreso y en los diarios se oían voces, como la de Lemkin, que exigían acción. Una multitud de periodistas occidentales en Bosnia suministraba una cobertura fluida y gráfica. Sin embargo, pese al clamor público sin precedentes en el extranjero por esta brutalidad, durante los siguientes tres años y medio Estados Unidos, Europa y la ONU se quedaron mirando mientras se mataba a unos 200 000 bosnios, se evacuaba a más de dos millones y el territorio de una república europea multiétnica se dividía en tres pequeñas tajadas étnicamente puras.

La comunidad internacional no se quedó de brazos cruzados durante esta sangrienta guerra. Con el término de la Guerra Fría, las Naciones Unidas se convirtieron en un foro de considerable actividad colectiva. El Consejo de Seguridad señaló a los agresores principales, impuso sanciones económicas, mandó fuerzas de paz y ayudó a enviar asistencia humanitaria. Más tarde, incluso estableció un tribunal de guerra para enjuiciar a quienes planificaron y pusieron en operación la matanza masiva.

Sin embargo, lo que Estados Unidos y sus aliados no hicieron, hasta que fue demasiado tarde, fue intervenir militarmente para impedir el genocidio. Así, aunque las noticias fueron abundantes —debido a su escenario europeo—, los cabildeos muy fuertes y se dio la más tajante división en el gobierno estadounidense desde la Guerra de Vietnam, estos factores no se combinaron para que Bush o Clinton interviniesen a tiempo de salvar al país bosnio ni a sus ciudadanos de la destrucción.

ADVERTENCIA

“Sangriento como mil demonios”

La brutalidad serbia en Bosnia llegó con amplio preaviso. Los funcionarios de Inteligencia reciben severas reprensiones y deshonor si no anticipan una crisis, pero se exponen a menor oprobio si ofrecen un “falso positivo”, es decir, una crisis que no se desarrolla. Por eso, la gente de Inteligencia es más propensa a dar demasiadas alarmas antes que muy escasas. El Departamento de Inteligencia estadounidense ya había fallado en pronosticar la invasión de Saddam Hussein a Kuwait en 1990 y el desmembramiento de la Unión Soviética en 1991.

Cuando les llegó el turno a las guerras balcánicas, los analistas mostraron por tanto especial cautela en colocarse muy por delante de la carnicería. La breve guerra en Eslovenia y la más extendida en Croacia en 1991 llevó a los funcionarios del gobierno a predecir que la diversidad étnica de Bosnia y la indefensión de la mayoría musulmana harían de la próxima guerra la más mortífera de todas. Aunque los periodistas hablaron de la “erupción” del conflicto en Bosnia, sería más exacto decir que “llegó”. Más aún, muchos sintieron que había llegado puntualmente. La saña de esta guerra se pronosticó frecuente y vívidamente para desensibilizar a los funcionarios estadounidenses. Para cuando comenzó el derramamiento de sangre, los funcionarios estaban casi *demasiado*

listos: leyeron tantos cables de advertencia que ya nada los sorprendía.

Jim Hooper, quisquilloso veterano del servicio extranjero, trabajó como vicedirector de la Oficina de Asuntos de Europa Oriental y Yugoslavia de la Oficina Europea del Departamento de Estado entre 1989 y 1991. Ingresó al gobierno en 1971, y pasó el final de los años ochenta con el tipo correcto de turbulencia y trastornos, la histórica mesa redonda que contribuyó al fin del comunismo en Polonia, la caída del Muro de Berlín y el suave tránsito a la democracia en Checoslovaquia.

Pero desde el mismo momento en que leyó un artículo del *Economist* que pronosticaba el violento despedazamiento de Yugoslavia, Hooper se preocupó. En 1991, con la creciente beligerancia de los dirigentes balcánicos y la formación de milicias nacionalistas, Hooper alentó al vicesecretario de Estado, Lawrence Eagleburger, a que visitara la región. Eagleburger fue embajador de Estados Unidos en Yugoslavia de 1977 a 1981, y se ocupó de asuntos comerciales con la región durante los años ochenta, en colaboración con Henry Kissinger. Hablaba serbocroata, y le encantaba el fértil paisaje.

En febrero de 1991 Eagleburger viajó allí y le advirtió a Milosevic que se abstuviera de toda violencia. Cuando volvió, le dijo a Hooper: “Creí que exagerabas, que me estabas pasando las tonterías burocráticas de siempre. Pero ahora que estuve ahí, creo que pecaste de optimista. Va ser más sangriento que mil demonios”. Eagleburger suponía que no había nada que Estados Unidos pudiera hacer, que era problema de Europa, y que cualquier intento de involucrarse fracasaría y, de paso, perjudicaría a Estados Unidos.

Algunas de las voces de alarma y sermones más fuertes provinieron del Congreso. Algunos, como el senador republicano Bob Dole, tenían un interés previo en la región. Durante la segunda Guerra Mundial, el joven de Kansas dirigió un ataque a un puesto de ametralladoras en el valle del Po, en Italia. Al ver caer Dole a su radiotelegrafista, se arrastró desde su refugio para rescatarlo. En eso estalló una granada cercana, hiriéndolo en el hombro y las vértebras.

Transportado de Italia a Russell, Kansas, en un yeso de cuerpo entero, el joven héroe de guerra salió en los diarios, con lo que obtuvo el interés del doctor Hampar Kelikian, cirujano plástico de Chicago, quien le escribió que, si podía conseguir lo necesario para trasladarse a Chicago, lo operaría gratis. Los vecinos de Dole contribuyeron llenando con monedas una caja de puros que colocaron en la farmacia donde trabajó Dole. Kelikian no sólo lo operó, sino que lo

acompañó en su larga recuperación, narrándole episodios de la matanza de los armenios por los turcos. De niño, Kelikian huyó a Estados Unidos después de que tres de sus hermanos murieron en las masacres.⁵ Dole, que jamás había oído de estos crímenes, se quedó muy impresionado. Una vez que entró al Senado, mantuvo la vista en los Balcanes.

Dole comenzó a denunciar las violaciones yugoslavas de derechos humanos en 1986. Introdujo resoluciones al Senado en repudio de la persecución sistemática de albaneses, que constituían 90% de la población de Kosovo, en Serbia, a manos del Estado. Año tras año las fuerzas serbias aumentaban su violencia contra los albaneses, y Dole a su vez ampliaba sus denuncias. Para 1990, en pleno proceso de liberalización del resto de Europa oriental, Dole describía al gobierno yugoslavo como “símbolo de tiranía y represión” que “asesinaba, mutilaba y aprisionaba” a sus ciudadanos.⁶

Pero ninguna de las letanías retóricas lo preparó para su visita a Kosovo en agosto de 1990. Al principio las autoridades serbias procuraron mantener a Dole y seis de sus colegas senatoriales fuera de la provincia sureña de Serbia, por lo que Dole abandonó furioso una reunión en Belgrado. Acto seguido intentaron asignarle al grupo un vigía serbio que impidiera que hablaran libremente con albaneses.

Al final, el régimen de Belgrado les puso un conductor serbio que entró en la capital de Kosovo a gran velocidad, a fin de dificultarle a los legisladores ver el siniestro estado policial. Al entrar el autobús en Pristina, miles de grupos étnicos albaneses se volcaron a las calles y comenzaron a cantar “USA, USA”. Dole recordó más tarde “horrorosas e inolvidables” escenas de cientos de personas cruzando los campos para saludar al veloz vehículo, mientras la policía les pegaba con sus armas de fuego y bastones.⁷

A su regreso, Dole informó al *Washington Post* que había “tanques y tropas por todas partes, cientos de manifestantes huyendo en todas direcciones, tratando de esquivar los bastones de las fuerzas de seguridad, y el gas lacrimógeno que surgía por encima de la confusión y la carnicería”. Hubo veintenas de heridos y cientos de detenidos.⁸

En el Senado, Dole declaró: “Estados Unidos no puede permanecer como espectador. Tenemos la obligación moral de adoptar una postura enérgica en defensa de los derechos individuales de los albaneses y de todo el pueblo yugoslavo”.⁹ Este acto de Dole como testigo condicionó su respuesta a

posteriores noticias sobre atrocidades. Como señala su principal asesora en asuntos extranjeros, Mira Baratta: “Una cosa es tener la natural inclinación a preocuparse por los derechos humanos, pero es muy distinto ver a la gente, que sólo quiere saludar a estadounidenses, recibir golpes a plena vista. Una vez que se ve eso, no se puede mirar para otro lado”.

El congresista Frank McCloskey, demócrata por Indiana, también fecha su iluminación desde una semana en que estuvo en los Balcanes durante la guerra con Croacia en diciembre de 1991. Tuvo cuatro experiencias que, en retrospectiva, ilustran con claridad todo el lío yugoslavo y lo prepararon para las traicioneras políticas de Milosevic en Bosnia. También alteraron el curso de su carrera política y su vida. En primer lugar, experimentó un bombardeo serbio mientras visitaba la ciudad croata de Osijek, una ciudad universitaria que le recordaba su propia Bloomington.

Luego vio los restos de una masacre en los alrededores de la población croata de Vocin, a unas 70 millas al sudeste de la capital, Zagreb. Cuarenta víctimas croatas, que en su mayoría superaban los 60 años, fueron descuartizadas con sierras sinfín; y a McCloskey, el primero en llegar al sitio, lo asquearon las pilas de fragmentos corporales mutilados.

En tercer lugar, cuando viajó a Belgrado para enfrentar a las autoridades serbias, el presidente Milosevic le dijo solemnemente que, al margen de lo que hubiera visto o pensado que vio, Osijek no fue bombardeada, ni hubo masacre en Vocin. Recuerda McCloskey: “Era refinado y educado, y se describió como un amante de la paz”. Milosevic le aseguró que los cadáveres eran “parte de una muestra” hecha por el gobierno croata.

Por último, un funcionario de la embajada de Estados Unidos en Belgrado le advirtió que, si la actual guerra con Croacia era desagradable, el conflicto en Bosnia resultaría una “verdadera matanza”. Rara vez habría de apartarse la guerra de este texto: bombardeos, masacres, mentiras alevosas y amplia advertencia previa de males mayores por llegar.

DESEOS POCO REALISTAS

Los planificadores políticos estadounidenses a menudo formulan deseos imposibles de cumplir al enfrentarse a lo que luego tendrán que reconocer como genocidio. Pero la historia demuestra que este fenómeno es más humano que

estadunidense. Antes de comenzar la guerra en Bosnia, muchos de sus ciudadanos también ignoraron señales omnipresentes. Estaban convencidos de que ahí no podía suceder un derramamiento de sangre, o no sucederle a ellos. Para conservar esta fe en medio de la creciente evidencia de horrores, los bosnios hallaron la forma de vincular las historias de terror generalizadas a circunstancias que no tenían que ver con ellos. Cuando las fuerzas serbias empezaron a reprimir a civiles croatas en 1991, muchos musulmanes bosnios prefirieron creer que el nacionalista y obstruccionista que imposibilitaba resolver el conflicto en forma pacífica era el presidente croata Franjo Tudjman. Los líderes de *Bosnia* serían más sensatos y moderados. Además, por más que la respuesta serbia a la declaración de independencia de Croacia fue indebidamente violenta, su bienamada Yugoslavia jamás se volvería contra Bosnia, un microcosmo étnicamente mezclado del sueño más abarcador del líder yugoslavo Josip Broz Tito. Incluso cuando era claro que la guerra consumía a Bosnia y la radio rebosaba de informes sobre ejecuciones sumarias y violaciones, los musulmanes continuaron consolándose de que la guerra nunca infectaría sus barrios: “Eso está muy lejos. *Nosotros* hemos vivido juntos muchos años”.

Al recordar esto, cuando las radiodifusoras serbias empezaron a transmitir noticias de que las ciudades bosnias fueron atacadas por “extremistas musulmanes”, los que no eran serbios bien pudieron consultar sus libros de historia. Los extremistas eran muchas veces los que publicitaban los anuncios para justificar ataques preventivos. Pero los bosnios no estaban listos para el crepitar de los disparos nocturnos ni para la repentina y solemne voz radial que informaba: “Se solicita a los ciudadanos permanecer en sus casas y departamentos por su propia seguridad”.

La mayoría de los bosnios hizo lo que se le dijo. Durante los 45 años del régimen del mariscal Tito se acostumbraron a escucharlo. En muchas personas, el músculo que se contrae desafiante, o al menos con aprensión, hacia la autoridad estatal estaba atrofiado por falta de uso. Algunos habrán dudado de su origen, pero pocos se atrevieron a oponerse. Las instrucciones tenían sentido: peligro afuera, seguridad adentro. Por desgracia también tenían sentido para quienes las daban: si los musulmanes se quedaban adentro podían encontrarse jugando a los naipes, doblando ropa o simplemente durmiendo cuando llegaba la policía.

Los bosnios no eran especialmente ingenuos ni crédulos. Levantaron lo que

Primo Levi comparó con un cordón sanitario que los escudara de hechos de violencia que se sentían impotentes de parar o esquivar. Los enfrentaba una elección para la mayoría demasiado terrible: pelear o escapar. Los musulmanes de Bosnia no estaban preparados militarmente para la guerra, pero —como los kurdos que permanecieron en las zonas prohibidas de Saddam Hussein— contemplaban los campos que habían labrado, o las colinas que habían transitado durante generaciones, y no se decidían a dejarlos. En el país, sobre todo rural, muchos se aferraban a las frías paredes que levantaron sus antepasados, ladrillo por ladrillo. Sentían como suyo incluso el pedazo de cielo que los cubría. Cada bosnio parecía tener un río propio —Sava, Una, Sana, Miljacka, Drina— en que se bañaron de chicos, al lado de donde celebraron sus primeras salidas románticas de adolescentes. Había, decían, “un lazo especial entre el corazón y la hierba”.

Debido a que la historia nacional en la era del mariscal Tito era de “fraternidad y unidad”, en la que la identidad étnica se descontaba o incluso desacreditaba, y porque las comunidades vivieron entremezcladas o en aldeas contiguas a lo largo de tantos años, a muchos les parecía todavía más inverosímil la amenaza de sus vecinos. Conservaban la fe en el poder de la familiaridad, el encanto y la razón. Creían que el destino y la personalidad individuales tendrían su importancia.

Tan notable como la existencia de esta fe era su perdurabilidad. En Camboya, hasta a quienes se les sometía a diario a los rigores y horrores del régimen del Khmer Rouge insistían en creer que se llevaban a la gente sólo para reeducarla. En Bosnia, incluso después de dos años de guerra, cuando más de 100 000 de sus vecinos fueron asesinados y se registraron las más sangrientas deportaciones, miles de musulmanes y croatas tozudamente se negaron a irse de territorios bajo dominio serbio. Algunos no tenían dinero, y ya los serbios empezaban a cobrar una “tasa de salida” de casi 1 000 dólares.

Pero la mayoría de los que se quedaron preferían el temor a la muerte a la realidad de abandonar sus hogares. Los visitantes extranjeros les suplicaban, les señalaban la demencia (por completo obvia para nuestros ojos de viajeros cosmopolitas) de su perseverancia. Quienes recibieron las atenciones de los matones de barrio inevitablemente perdieron sus hogares, y muchos, a la larga, la vida. Un mes los visitantes extranjeros podrían conocer a una familia de gente mayor que los convidaba de su provisión de víveres de emergencia, pan, queso y café turco, y mostraba fotos de miembros faltantes de su familia. Varios meses

más tarde, si las visitas volvían, tal vez encontrarán la pintoresca calleja reducida a ennegrecidos escombros; o acaso, intacto el chalet de los musulmanes, pero ya ocupado por serbios que colgaban una bandera serbia de la ventana, como en una época se pintó de sangre de cordero los dinteles como protección. Los ocupantes musulmanes habían desaparecido.

Los grupos de derechos humanos documentaron las atrocidades con mayor premura que nunca. Helsinki Watch, el brazo europeo de lo que se transformaría en Human Rights Watch, empezó a despachar misiones a los Balcanes en 1991. Cuando estalló la guerra en Bosnia, en 1992, la organización pudo valerse sin demora de un equipo de abogados. En los primeros meses del conflicto, Helsinki Watch envió dos equipos a los Balcanes, el primero del 18 de marzo al 29 de abril de 1992, y el segundo del 29 de mayo al 19 de junio. Los investigadores entrevistaron a refugiados, oficiales gubernamentales, combatientes, diplomáticos occidentales, socorristas y periodistas. Aryeh Neier, director ejecutivo de Helsinki Watch, editó el impresionante informe de 359 páginas con estremecedores detalles de una matanza sistemática. Neier se encontró presidiendo un debate sobre el posible acto de genocidio que constituían las atrocidades serbias.

Neier emigró a los 11 años de Alemania a Estados Unidos. Como presidente del club de historia del colegio Stuyvesant en la ciudad de Nueva York, se enteró de las andanzas de un compañero refugiado, Raphael Lemkin, quien acuñó la nueva palabra. En 1952, 40 años antes de la guerra de Bosnia, Neier, un muchacho de 16 años seguro de sí mismo, tomó el subterráneo al nuevo centro de la ONU y encontró a Lemkin en una de sus oficinas desusadas. Neier le preguntó al paladín si estaría dispuesto a dar una conferencia para el club de historia de Stuyvesant alguna tarde. Nunca dado a desaprovechar la posibilidad de una conferencia, Lemkin accedió, y le dio al futuro fundador de Helsinki Watch su primera introducción al concepto de genocidio.

El informe de Helsinki Watch, publicado a cuatro meses de comenzada la guerra en agosto de 1992, revelaba que las ejecuciones sistemáticas, expulsiones y bombardeos al menos ofrecían testimonio “*prima facie* de que se desarrolla un genocidio”. Neier aprendió bien las lecciones de Lemkin. Decía el informe: “El genocidio es el más odioso crimen en todo el léxico [...] La autorización que el convenio le otorga a las Naciones Unidas para prevenir y suprimir este crimen lleva implícita la obligación de actuar. La única guía que ofrece el convenio en

cuanto a la forma de proceder es que sea ‘apropiada’. Interpretamos esto como algo que sea eficaz”.¹⁰

Helsinki Watch tenía una orientación distinta a la de Amnistía Internacional. Criticaba tanto al Estado delincuente como a las potencias occidentales que tan poco hacían para frenar la matanza. Pero pese a toda su indignación, a muchos individuos dentro de la organización les incomodaba apelar a Estados Unidos para que empleara la fuerza de las armas. Recuerda Neier: “Estábamos en verdaderas dificultades. La organización jamás había solicitado intervención militar, y no podíamos dejar de hacerlo. Por otro lado, veíamos que las atrocidades no podían detenerse de ningún otro modo. Así terminamos con una especie de cosa mixta tortuosa”. En el informe, Helsinki Watch tachaba la política estadounidense de “inerte, incongruente y errónea”.¹¹ Fue la primera organización en reclamar de las Naciones Unidas el establecimiento de un tribunal internacional de crímenes de guerra para enjuiciar a los responsables, pero cuando llegó a la cuestión de la intervención militar, la rehuyó:

Trasciende la competencia de Helsinki Watch determinar los pasos a seguir en la prevención y supresión del crimen de genocidio. Sería necesario que las Naciones Unidas emplearan la fuerza militar para ese fin. No es facultad de Helsinki Watch decidir si debe emplearse esa fuerza. Helsinki Watch considera que es responsabilidad del Consejo de Seguridad abocarse a esta cuestión.¹²

El Consejo de Seguridad estaba compuesto por países, incluyendo a Estados Unidos, firmemente contrarios al uso de la fuerza.

UNA POLÍTICA DE DESAPROBACIÓN ESTADUNIDENSE

Cuando se desintegró Yugoslavia, en junio de 1991, los dirigentes europeos manifestaron tener la autoridad, la fuerza y la voluntad de manejar el colapso. Los europeos tenían grandes esperanzas para la era del Tratado de Maastricht, y la creación de un continente sin fronteras que con el tiempo llegara a contraponerse a la supremacía económica y diplomática de Estados Unidos. Jacques Poos, ministro de Relaciones Exteriores de Luxemburgo, proclamó: “Si hay alguien que pueda hacer algo aquí es la Comunidad Europea. No son ni Estados Unidos ni la URSS ni nadie más”.¹³ Estados Unidos se hizo a un lado, feliz. Más tarde escribió el secretario de Estado, James Baker: “Era momento de que los europeos pasaran a batear y demostraran que podían actuar como una

potencia unificada. Como primera prueba, Yugoslavia era tan buena como cualquier otra”.¹⁴

Cualquiera que fuese la promesa a largo plazo de la Unión Europea (UE), no hubo que esperar mucho tiempo después de comenzadas las guerras balcánicas para que quedaran expuestas las debilidades del continente. Ya para el conflicto en Bosnia en 1992, la mayoría de los dirigentes estadounidenses había llegado a la conclusión de que no había diplomacia europea que valiera. Se preguntaban, como Kissinger: “¿Cuál es el número telefónico de Europa?” Sin embargo, ansiosos por evitar embrollos, insistieron en dejar todo en manos de un liderazgo europeo inexistente.

Los funcionarios de Estados Unidos y de Europa adoptaron una actitud diplomática que rindió escasos dividendos. Cyrus Vance, secretario de Estado del presidente Carter, y David Owen, ex dirigente del Partido Laborista británico, fueron nombrados presidentes de un proceso de negociación de la ONU y la UE para convencer a “las partes en guerra” a saldar sus diferencias. Pero los nacionalistas serbios de Bosnia y Serbia estaban encaminados a resolver la diferencia eliminándola. El “proceso de paz” pasó a ser un útil recurso de dilación.

Se pronunciaron condenas. Los diplomáticos estadounidenses advirtieron a Milosevic que Estados Unidos veía su apoyo militar a los rebeldes serbios de Bosnia como un tema de la “mayor gravedad”, pero debido a que las advertencias no se respaldaban con amenazas significativas, Milosevic o las ignoraba o las esquivaba. Warren Zimmermann, embajador estadounidense en Yugoslavia, opinó: “Para Milosevic la verdad posee un valor relativo e instrumental más que absoluto. Si sirve a sus objetivos, se emplea; si no, se descarta”.¹⁵ Aunque Milosevic era para algunos un mentiroso consuetudinario, la mayoría de los diplomáticos estadounidenses y europeos respondían a su conducta no diplomática con visitas internas diplomáticas. Milosevic no se cerró a las instancias diplomáticas, como el Khmer Rouge. En su lugar, mantuvo sagaz contacto con los funcionarios extranjeros, cultivando desde el mismo comienzo del conflicto la impresión de que la paz se encontraba “justo a la vuelta de la esquina”.

La mayoría de los diplomáticos adoptó un sesgo caballeresco en sus tareas diplomáticas y confió en las palabras de Milosevic. Esto no era nuevo. El caso más notorio fueron las garantías que Hitler dio a Neville Chamberlain de que no

le haría la guerra, si Gran Bretaña y Francia le permitían a Alemania absorber los Sudetes. Justo después de la reunión de septiembre de 1938, en la que se firmó el infame Acuerdo de Munich, Chamberlain le escribió a su hermana: “Pese a su dureza e implacabilidad, creí notar en su rostro —tuve la impresión— que éste era un hombre en quien se podía confiar cuando daba su palabra”.¹⁶ En cuanto a Milosevic, el embajador Zimmermann dijo: “Más de un senador o diputado estadounidense salió encantado de su despacho exclamando: ‘Pero, ¡isi ni de cerca es lo malo que yo esperaba!’”¹⁷ Milosevic por lo general recibía las protestas de Estados Unidos con expresiones de incredulidad, y preguntaba qué podía tener que ver con el presidente de Serbia la conducta de los serbios de Bosnia, un Estado vecino. Veía que el gobierno de Bush estaba dispuesto a aislar a los serbios y a etiquetarlos como parias, pero no a intervenir militarmente. El jefe serbio consideraba esto un riesgo aceptable.

Los especialistas en política extranjera de Washington estaban divididos respecto del papel de Estados Unidos en el mundo de la posguerra fría. Una facción creía en la promesa idealista de una nueva era. Sentían que la Guerra del Golfo, que al final libraron Estados Unidos contra Saddam Hussein en 1991, y la posterior creación de una zona de seguridad para los kurdos en el norte de Irak señalaba un compromiso de Estados Unidos de combatir la agresión. Donde peligraban intereses vitales o valores preciados de Estados Unidos, y cuando los riesgos eran razonables, este país debía actuar. Se sintieron alentados por la declaración de Bush de que la Guerra del Golfo “sepultó para siempre” el síndrome de Vietnam en Estados Unidos; el país se forjó una nueva credibilidad. Poco tiempo después del triunfo estadounidense, dijo: “Como consecuencia de lo sucedido, creo que cuando digamos algo objetivamente correcto, como: ‘No invadan a un vecino, porque tendrán que atenerse a las consecuencias’, la gente se va a fijar”.¹⁸

Sin embargo, pese a toda la cháchara de un “nuevo orden mundial”, Bush en realidad era ambivalente. Por supuesto que Estados Unidos hizo la guerra a Irak, un Estado que se apropió de un vecino, pero en todo momento desaprobó y, en ocasiones, hasta dio marcha atrás en agresiones que pudieran afectar sus propios intereses estratégicos. Aunque la guerra serbia contra el internacionalmente reconocido Estado de Bosnia la convertía en un conflicto internacional, los altos funcionarios estadounidenses la veían como una guerra civil. Y aún no quedaba claro si los derechos individuales *dentro* de los estados tendrían más peso en la

protección y promoción de Estados Unidos que en lo que iba del siglo.

El otro bando que intentaba dejar su impronta en el nuevo orden mundial se mantenía firme en la creencia de que los abusos cometidos dentro de un país no eran asunto de Estados Unidos. La mayoría de los funcionarios superiores del gobierno de Bush, incluso el secretario de Estado, Baker, el de Defensa, Richard Cheney, el asesor sobre Seguridad Nacional, Brent Scowcroft, y el jefe de la plana mayor conjunta, Colin Powell, era “realista” y tradicional en cuanto a política exterior. Estados Unidos no tenía la fuerza militar más poderosa del mundo para dedicarse a una fofa, humanitaria “obra social”. En lugar de eso, el equipo de política exterior tenía que concentrarse en promover una serie bien definida de intereses económicos y de seguridad al expandir sus mercados, limitar la proliferación de armas nucleares y mantener su preparación militar. Aunque éstos eran los mismos hombres que efectuaron la Guerra del Golfo, ésta tuvo el objetivo de poner límites al predominio de Hussein en la región y asegurar el acceso de Estados Unidos al petróleo barato. Del mismo modo, al establecer una zona segura para los kurdos en el norte de Irak con la Operación Provide Comfort, el gobierno de Bush consolaba a Turquía, una aliada vital de Estados Unidos con grandes ansias de librarse de los refugiados kurdos iraquíes.

Con el estallido de conflictos étnicos y civiles a diestra y siniestra, y sin ser ya la soberanía una barrera a la intervención estadounidense, como lo fue en tiempos de Morgenthau, el equipo de política exterior de Bush vio que Estados Unidos debía desarrollar sus propios criterios para el uso de la fuerza militar. En 1984, el secretario de defensa de Reagan, Caspar Weinberger, exigió que la intervención armada (1) se utilizara exclusivamente para proteger los intereses vitales de Estados Unidos o sus aliados, (2) se llevara a cabo en forma decidida, con la clara intención de ganar, (3) obedeciera a objetivos políticos y militares bien definidos, (4) tuviera el respaldo de un amplio sector del público y el Congreso, y (5) se librara sólo como último recurso.¹⁹ Powell, jefe de la plana mayor, ahora rescató esta cautelosa doctrina militar y la enmendó para que incluyera una fuerza “decisiva” y una clara “estrategia de salida”.²⁰ Irak finalmente amenazó los suministros de petróleo de Estados Unidos, mientras que el revoltijo yugoslavo no ponía en peligro ningún interés nacional evidente. La guerra era “trágica”, pero sólo había en juego consideraciones humanitarias. Apenas cumplía con los criterios del gobierno para una intervención.

Varios funcionarios estadounidenses de alto rango también pudieron manejar

el tema de la guerra en Bosnia según sus idiosincrasias personales. El secretario Baker se apoyaba en su segundo, Eagleburger, cuyo diagnóstico podía derivarse, en palabras de Zimmermann, de “saber demasiado”. Al saber que el presidente croata era un nacionalista fanático, y frustrado porque la bella Yugoslavia se caía a pedazos, Eagleburger pareció adoptar una actitud de repudio hacia todos esos países, actitud que, según varios de sus colegas del Departamento de Estado, transfería a Baker. Esto no era nada raro. Los periodistas y diplomáticos que sirvieron en Yugoslavia eran propensos a meter en sus análisis una yugonostalgia por la “fraternidad y unidad”, que los hacía mostrar mayor simpatía por el supuesto esfuerzo de las fuerzas yugoslavas de preservar la federación que por las repúblicas nacionalistas secesionistas que parecían intransigentes. Tenían razón en cuanto a que los dirigentes de Croacia, Eslovenia y Bosnia eran inflexibles. De hecho, Tudjman era un fanático. Pero aparte de cualquier negatividad, los líderes de los estados separacionistas se dieron cuenta de la implacabilidad de Milosevic más pronto que nadie en Occidente. Las represivas políticas del presidente serbio no dejaban lugar en Serbia para los que no eran serbios.

Un “memorándum de acción” enviado al vicesecretario de Estado, Eagleburger, a dos semanas de comenzada la guerra en Bosnia en abril de 1992, proponía diversas y detalladas medidas económicas y diplomáticas para aislar al régimen de Belgrado. La firma de Eagleburger aparece al final del documento, al lado de la palabra “desapruebo”.²¹ Los críticos de la respuesta del gobierno de Bush la rotularon “política de consentimiento”, pero quizá sea más exacto “política de desaprobación”, frase que testimonia con más precisión la abundancia de propuestas de intervención “blanda” y “dura” que se presentaron y rechazaron.

Los estadounidenses que tomaban las decisiones tenían una serie de opciones. La mayoría llegó a las páginas de los diarios principales de la nación. Estados Unidos pudo exigir que se levantara el embargo de armas a los musulmanes de Bosnia, si se presentaba un caso convincente al Consejo de Seguridad de la ONU. El presidente musulmán de Bosnia, Alija Itzebegovic, declaró a comienzos de 1992: “Concuerdo plenamente con la declaración del presidente Bush de que muchachos estadounidenses no deben morir por Bosnia. Tenemos cientos y miles de hombres capaces y dispuestos a luchar, pero por desgracia sufren de la desventaja de estar desarmados. Necesitamos armas”. Estados Unidos pudo

ayudar a armar y a entrenar a los musulmanes, e influir para que las armas se usaran en conflictos convencionales y no contra civiles serbios, y luego croatas. Pero el presidente Bush se oponía a levantar el embargo de la ONU: “Ya hay suficientes armas ahí. Tenemos que parar la matanza de alguna manera, y no me parece que se logre con más y más armas”.²²

Si el gobierno de Bush en verdad hubiese deseado detener la matanza de bosnios desarmados, las tropas estadounidenses solas o en coalición (como en la Operación Dar Consuelo en la Guerra del Golfo) pudieron tomar Sarajevo y suficiente territorio a su alrededor para impedir bombardeos. Pudieron avanzar en varias columnas para crear un corredor hasta la ciudad portuaria de Split, Croacia, adonde pudieran enviarse suministros. Aviones caza estadounidenses solos, o junto con sus aliados de la OTAN, pudieron bombardear las colinas alrededor de Sarajevo para poner fin a los ataques serbios con morteros y artillería a la capital, o para proteger los vuelos de ayuda humanitaria. Pudieron bombardear blancos militares e industriales de los serbios para contener sus agresiones; o, lo más extremo, pudieron librar una guerra total para revertir las ganancias territoriales de los serbios y permitir que un millón de personas desplazadas volvieran a sus hogares.

En lugar de esto, Bush puso en marcha medidas más suaves, sobre todo para expresar su inconformidad. Además de retirar al embajador Zimmermann de Belgrado, Estados Unidos cerró sus dos consulados en Serbia, expulsó al embajador yugoslavo en Estados Unidos y mandó fuerzas militares al Adriático para poner en vigor el embargo de armas y las sanciones económicas de la ONU. Pero la Casa Blanca de Bush no hizo nada que en realidad afectara a los serbios. Valía la pena soportar golpecitos diplomáticos y económicos si la recompensa sería un pequeño Estado independiente y serbio étnicamente puro en Bosnia.

RECONOCIMIENTO

¿Cuánto sabía Estados Unidos?

Ninguna otra campaña de atrocidades del siglo xx había sido mejor vigilada y entendida por el gobierno estadounidense. Los analistas ofrecieron a sus superiores informes detallados y devastadores sobre objetivos y tácticas de guerra de los serbios. Un memorándum reservado del 14 de abril, por ejemplo, describía

un claro patrón del uso de la fuerza, intimidación y provocación a la violencia dirigido a dividir Bosnia por la fuerza y a efectuar en gran escala traslados forzados de la población [...] La clara intención de los serbios en el uso de la fuerza es quitar a los que no son serbios de zonas mixtas (incluso aquellas en que los serbios son minoría) para consolidar las pretensiones serbias en algo así como 60% del territorio de Bosnia [...] como manera de crear una Serbia bosnia.²³

Los expertos en asuntos balcánicos también conocían lo suficiente a Milosevic para alertar a sus superiores de sus tácticas dilatorias preferidas. En el mismo documento el analista escribió: “Belgrado practicó la táctica de la hiena en Croacia, es decir, frenó sus acciones más agresivas en momentos pico de observación y repudio internacional, para retomarlas a la brevedad”.²⁴ Esto fue apenas con unas cuantas semanas de guerra.

Jon Western, analista en la Oficina de Inteligencia e Investigación (Bureau of Intelligence and Research, INR) del Departamento de Estado, fue uno de los muchos funcionarios encargados de procesar la brutalidad serbia día con día. Western estaba encaminado en una carrera meteórica en el departamento. De cabello rubio, ojos celestes y por completo dedicado, entró a trabajar para el gobierno en 1988. Su primera anotación en el libro de actas de la INR, fechada el 15 de julio de 1990, decía: “Éste es el trabajo con que siempre soñé”. Western se crió en North Dakota y jamás había visto un cadáver. Sin embargo, en 1992 se enfrentó de repente a informes y fotografías que mostraban seres humanos que “parecían haber pasado por una picadora de carne”.

Desde el comienzo de la guerra tuvo a su cargo filtrar unos 1 000 documentos sobre Bosnia al día, informes extraoficiales de periodistas extranjeros y estadounidenses, y grupos internacionales de derechos humanos; traducciones de la prensa local; telegramas militares reservados; inteligencia satelital; testimonios de refugiados, y mensajes por radio y telégrafo interceptados. Con estos datos preparaba el resumen de inteligencia matutino del secretario de Estado, Baker.

Durante su entrenamiento para el puesto de analista de inteligencia, se le enseñó a tratar los informes con escepticismo. Y las historias provenientes de Bosnia sin duda parecían justificar la incredulidad. Un cable indicaba que una niña musulmana de Bosnia fue violada por milicianos serbios y abandonada en un charco de sangre durante dos días mientras sus padres miraban, desde atrás de una cerca, hasta que murió. No lo creyó. Recordó: “Se aprende a ser objetivo. El entrenamiento indica que no hay que creer todo lo que se oye”.²⁵

Tras los pasos de Morgenthau en Constantinopla y de Twining en la frontera camboyano-tailandesa, Western conoció informes que le parecían inverosímiles, pero los refugiados seguían hablando, haciéndose oír. El mismísimo informe sobre la niña musulmana llegó a su escritorio una segunda vez, cuando un segundo grupo de testigos lo confirmó en forma independiente ante investigadores estadounidenses.²⁶

Algunas de las imágenes eran suaves en apariencia. Western vio fotos satelitales que parecían mostrar el cielo nocturno, cientos de puntitos luminosos sobre una tela negra. Pero el joven analista sabía que no eran estrellas sino las brasas relucientes de los pequeños fuegos que los bravos europeos, desalojados de sus hogares, encendían en sus campamentos improvisados en los bosques. En junio de 1992 se encontró con la tarea de llevar a cabo un análisis, cuadro por cuadro, de la documentación televisada de la masacre en un mercado de Sarajevo, en que una granada serbia despedazó a 22 personas que compraban ahí. Marshall Harris, colega de Western en el departamento, recuerda: “La tarea de Jon era la peor. Tenía que leer todo lo que entrara, por horrible que fuera. Los demás recibíamos una versión resumida de la brutalidad, pero él tenía que labrar cada pequeño detalle”.

Por espantosas que fueran sus tareas, Western tenía un trabajo que hacer. A partir de las postrimerías de mayo, se decidió a investigar si acaso había algún esquema común detrás de los informes de refugiados y el avance serbio. Estaba muy consciente de la importancia de las conclusiones, porque los musulmanes de Bosnia ya tenían reputación de manipular la simpatía internacional. Western exigía corroboración. Por ejemplo, ¿podían los testigos dar alguna impresión más precisa de las condiciones del tiempo en ese día en particular? ¿Recordaban el color de los edificios en los llamados campos de concentración, o la indumentaria de sus supuestos victimarios?

Los tres días del fin de semana del 4 de julio (feriado estadounidense) de 1992, Western y un colega trabajaron sin descanso apilando información reservada y libre. Al reunir informes militares y de refugiados de toda Bosnia, obtuvieron la más clara evidencia hasta ese momento de una vasta red de campos de concentración. Las tácticas serbias en Brcko, en el norte de Bosnia, se asemejaban a las de Zvornik, en el este, y de Prijedor, en el oeste. Esto sugería que la limpieza étnica y los ataques militares se planificaron y coordinaron. La artillería serbiobosnia comenzaba con una andanada sobre una población; los

paramilitares serbios lanzaban un ataque de infantería para matar a los hombres armados, reunir a los desarmados y ahuyentar a mujeres y niños aterrorizados. Cuando la mayoría de las fuerzas serbias se trasladaba al siguiente poblado, un cuadro de paramilitares y efectivos se quedaba atrás para “limpiar”. En pocas horas levantaban su botín, mataban ganado y volaban los techos de las casas. La vida no serbia en territorio serbio quedaba prohibida. Unos 10 000 bosnios huían de sus hogares cada día.²⁷

Las siguientes medidas de los serbios eran inquietantemente fáciles de pronosticar. Dice Western:

Veíamos la llegada de los ataques en nuestras computadoras, imágenes satelitales o a menudo simplemente por televisión. Sabíamos exactamente lo siguiente que los serbios de Bosnia iban a hacer, y no había forma de evitarlo. Imagínese decir: “En dos días este poblado va a morir”, y no poder impedirlo. La gente se quedaba sentada, esperaba que sucediera y pasaba la información a sus superiores.

Pero faltaba uno que otro eslabón de la cadena. La pregunta de qué hacer, que consumía a funcionarios de nivel subordinado e intermedio, ya había recibido respuesta del gobierno. Powell, Baker, Scowcroft, Cheney, Eagleburger y Bush decidieron que Estados Unidos no intervendría militarmente. El caso estaba resuelto. John Fox, de la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado, recuerda un clima que vedaba toda mención de la posibilidad de que Estados Unidos interviniera: “Durante la mayoría de 1992 no se nos permitía enviar memorandos que recomendaran usar la fuerza. Sólo nos quedaba escribir cosas insoslayables que llevaran a la conclusión inevitable de que habría que usar la fuerza”.

Un grupo en permanente aumento de funcionarios del departamento que pensaban de la misma manera enviaba cable tras cable a lo largo de la cadena de mando, con la esperanza de que algún funcionario superior mordiera el anzuelo. No hubo ninguno. Los jóvenes militaristas se daban cuenta de que tenían varios factores en contra. En primer lugar, sus superiores limitaron estrechamente lo que todo el departamento entendía por “posible”. No habría intervención militar en Bosnia. Esto era un hecho, no una predicción, y moldeaba las ideas de quienes se sentaban ante sus computadoras o se topaban con otro en la deslucida cantina del departamento y dilucidaban sobre presentar alguna propuesta y cómo hacerlo. En segundo lugar, trataban con burócratas como

ellos, interesados en proteger sus posiciones y carreras, y en absoluto afectos a los escándalos. En tercer lugar, sabían que su fundamentación más contundente en favor de la intervención era moral, lo que *necesariamente* generaba suspicacias en un departamento imbuido de tradición realista. Fox recuerda haber variado sus peticiones escritas, ofreciendo “algo para cada uno”:

Empleé argumentos históricos, al notar que ya habíamos permitido el triunfo del fascismo en este departamento, y que había resultado no ser tan buena idea. Sostuve que debíamos intervenir porque era “lo correcto”. Éste es un argumento que jamás se debe mencionar en un gobierno, si uno sabe lo que hace. Virtualmente garantiza que a uno no lo inviten a la siguiente reunión y se obtiene una reputación de moralista. Les advertí que, si permitíamos esas matanzas esta vez, ellos aparecerían como cómplices. De los tres tipos de interpelaciones —histórica, moral y la de cuidarse uno mismo—, la última era desde luego la más apremiante.

Los funcionarios del servicio extranjero sabían que el secretario de Estado, Baker, creía que Estados Unidos no tenía ningún interés en esta contienda. Pero, impávidos ante la indiferencia de sus superiores, seguían con sus análisis. Una de las más memorables sinopsis de la situación provino de la pluma del embajador Zimmermann, quien, a un mes de guerra, presentó un telegrama confidencial al secretario de Estado: “¿Quién mató a Yugoslavia?” El cable se dividía en cinco secciones, cada una encabezada por un verso de “Who killed Cock Robin?” [¿Quién mató al gallo Robin?], una poesía infantil en que los distintos personajes se evaden y desligan, uno por uno, de toda responsabilidad. Zimmermann fue llamado de vuelta a Washington el 16 de mayo de 1992, y este documento fue su último acto oficial como embajador. Sostenía que el nacionalismo había “clavado una flecha en el corazón de Yugoslavia” y culpaba sin ambages a los líderes balcánicos como el “régimen de miras estrechas criptorracistas de Croacia”, y respecto de la dictadura de Milosevic en Belgrado opinaba:

Los inocentes circunstantes [...] nunca tuvieron oportunidad de salvarse frente a la combinada agresividad e intransigencia de Milosevic. Los historiadores podrán discutir acerca del papel del individuo en la historia. No me cabe duda de que, si los padres de Milosevic se hubiesen suicidado antes de su nacimiento en lugar de después, yo no estaría redactando un cable acerca de la muerte de Yugoslavia. Milosevic, más que ningún otro, es su sepulturero.

Los líderes de Occidente, señaló, no eran más que testigos de su funeral.²⁸

Zimmermann solicitó a Hooper, recién ascendido a director de la Oficina de Asuntos Canadienses del Departamento de Estado, que lo ayudara a redactar varias opciones políticas concretas para Bosnia. Hooper dudaba de que el vicesecretario Eagleburger tomaría en serio sus iniciativas. Pensaba que era Zimmermann el que debía exigir ataques aéreos, pero éste insistió en que eso le haría perder su acceso. Dice Hooper: “Estábamos frente a la trampa burocrática clásica. Si le llevas al jefe malas noticias, caes de su gracia”. La esposa de Hooper le aconsejó que aceptara de cualquier forma: “Si no lo haces, te pasarás el resto de tu vida preguntándote si pudiste cambiar las cosas”. Hooper aceptó la oferta y durante la segunda mitad de 1992 manejó la Oficina de Asuntos Canadienses; y, por su cuenta, procuró granjearse el apoyo del departamento en favor de la intervención.

Los diplomáticos estadounidenses que se dedicaban al tema de Bosnia día a día llegaron a desear una intervención militar de Occidente. No se comprometieron tanto con Camboya o Irak en parte porque no pudieron ingresar a ninguno de los dos países para observar la carnicería en persona. La cobertura periodística también era escasa, pues a los periodistas se les negaba el acceso. Asimismo, los estadounidenses se identificaban menos con kurdos y camboyanos que con europeos. Pero la diferencia más significativa era que había acabado la Guerra Fría, así que no había razón geopolítica para *respaldar* a los delincuentes serbios. Así, por primera vez en el siglo xx, la intervención militar de Estados Unidos para detener un genocidio estaba al alcance de la mano.

Pero, por sí solas, las peticiones internas tendrían poco efecto en la conciencia de los planificadores políticos de alto rango, quienes tanto se oponían a la intervención. Los disidentes del Departamento de Estado necesitaban la ayuda de reporteros, comisiones editoriales y grupos de acción. Al principio no la consiguieron. Entre abril y principios de agosto, muchos de los corresponsales que fueron en masa a Bosnia no habían ido antes, y compensaron su ignorancia con un afán de ser “imparciales” y “neutrales”. Muchos recuerdan haber escarbado para hacerse de historias de atrocidades cometidas por “todos los bandos”. Muchos rehuían pintar la guerra como un acaecimiento puesto en marcha “desde arriba” por Milosevic con el fin de crear una Gran Serbia étnicamente pura.

Al inicio de agosto de 1992, sin embargo, los partidarios de la intervención dentro del gobierno de Estados Unidos adquirieron un arma para su lucha: la

prensa occidental por fin obtuvo acceso a los campos de concentración serbios. Los periodistas no sólo comenzaron a criticar la política estadounidense, sino que la documentación fotográfica y las sagas de refugiados favorecieron la opinión de la superioridad, hasta entonces en silencio. Lo decisivo fue que los que propugnaban por una intervención humanitaria comenzaron a ganarse el apoyo tanto de los liberales dedicados a los derechos humanos como de fervientes derechistas republicanos, quienes creían que Estados Unidos tenía la responsabilidad y el poderío para poner fin a la agresión serbia en Europa. La política de no intervención del gobierno de Bush de pronto empezó a sentirse fuera de lugar.

RESPUESTA (BUSH PADRE)

“Campos de concentración en Europa”

En los infames campos de concentración manejados por los serbios en el norte de Bosnia, los detenidos musulmanes y croatas se hacinaban en forma inhumana. Ex granjeros, obreros y filósofos se apiñaban en barracas. La nariz de un prisionero se inmovilizaba contra la axila o los pies del compañero de 85 años a su lado. El balde de orina se llenaba, rebasaba y permanecía en su lugar. Los internados sedientos recogían esta excreción con las manos para mojarse los labios.

Los campos de Bosnia no eran de exterminio, aunque la matanza era la herramienta preferida de muchos de los comandantes a cargo; tampoco eran campos de muerte, aunque unos 10 000 prisioneros perecieron en ellos; ni se destinaba a la muerte cada musulmán de Bosnia, como lo estuvo todo judío durante el holocausto. Si las lesiones y la humillación eran inevitables, la muerte sólo era posible. Campos de *concentración* es lo que eran. Siempre asociados con cámaras de gas, los campos de concentración no fueron un invento nazi. Los españoles los usaron en Cuba durante una rebelión en 1896, y los británicos, en la Guerra de los Bóers, al comienzo del siglo xx.²⁹

Gracias a sus satélites espías, comunicaciones radiales y telefónicas, y agentes en el terreno, Estados Unidos sabía de los campos serbios desde mayo de 1992. Pero los funcionarios estadounidenses intermedios e inferiores recuerdan las oficinas de sus superiores como “agujeros negros”. Western afirma: “Mandábamos cosas arriba y nada volvía. Las ocasiones en que recibíamos

alguna respuesta era cuando la prensa cubría algún suceso especial”.³⁰ Los analistas sabían que se encarcelaba a musulmanes y croatas y se abusaba de ellos, pero los funcionarios de Bush jamás condenaron en público los campos ni exigieron su cierre. Haría falta la indignación pública para forzarles la mano.

Los periodistas occidentales oyeron informes de las atrocidades en los campos, pero no los aceptaron de inmediato. El primer convoy de refugiados musulmanes y croatas del norte de Bosnia pasó a Croacia en junio. Laura Pitter, periodista independiente, recuerda su reacción ante los horrores descritos por la primera ola de refugiados:

Hablaban de mujeres que eran llevadas a campos de violación. Hablaban de todas estas matanzas, algunas que dijeron haber visto, otras de las que sólo oyeron. Hablaban de gente a la que se arrojaba desde acantilados, hombres detenidos, torturados y sin alimento en los campos. Hablamos con ellos hasta las dos de la mañana. Tanta gente distinta de diferentes lugares describía experiencias muy parecidas. Parecían increíbles, pero todavía me preguntaba si no estarían repitiendo los mismos rumores. No importaba cuánto oía, me parecía difícil de creer. No lo podía creer. Es más: no lo creí.

Pitter pasó esa noche sentada en los departamentos de sus colegas debatiendo la veracidad de los informes. Entregó artículos la semana siguiente sobre la crisis de los refugiados, pero habló sólo en términos generales de las “atrocidades” contra los refugiados. Unas semanas más tarde escribió una historia más detallada que le contó una persona que se pudo fugar de un campo serbio con ayuda de un sacerdote ortodoxo serbio. El campo, en Brcko, en el noroeste de Bosnia, estaba en un matadero. Las mismas máquinas que antes servían para matar reses se emplearon para matar a sus compañeros, dijo el testigo. La agencia de noticias para la que trabajaba Pitter, United Press International, se negó a publicar el artículo, pues sostenía que no había suficientes pruebas y citó posibles problemas legales.

Una musulmana, Selma Hecimovic, se encargó de cuidar en Bosnia a mujeres musulmanas y croatas violadas en los campos serbios establecidos con ese propósito específico. Recordó la manera en que los periodistas y trabajadores de los grupos de derechos humanos presionaban a las víctimas y testigos de las violaciones:

A la larga me canso un poco de tener que dar pruebas constantemente. Tuvimos que demostrar el genocidio, tuvimos que demostrar que se viola a nuestras mujeres, que se asesina a nuestros niños. Cada vez que tomo declaración a una de estas mujeres y ustedes, los periodistas, las quieren

entrevistar, imagino a esa gente, desinteresada, sentada en una linda casa con una hamburguesa y una cerveza, que cambia el canal del televisor. En realidad no entiendo qué más tiene que suceder aquí, cuánto más sufrimiento tienen que soportar los musulmanes [...] para que el llamado “mundo” reaccione.³¹

Los primeros informes de prensa importantes sobre los campos de detención serbios aparecieron en julio, y llegaron en masa a Bosnia periodistas estadounidenses y europeos. Roy Gutman, de *Newsday*, equipo de filmación británico de la Independent Television News (ITN), y Ed Vuillamy, del *Guardian*, abrieron el camino. El 19 de julio de 1992 Gutman publicó un artículo desde el campo de Manjaca, al que acompañó a representantes de la Comisión Internacional de la Cruz Roja, que llevaba a cabo su primera inspección. Supervisado en todo momento por acompañantes serbios, Gutman sólo pudo hablar con ocho prisioneros escogidos. Sin embargo, se las ingenió para elaborar —sobre todo de prisioneros que apenas salían en libertad— anécdotas de golpizas, torturas y ejecuciones en masa. Un sobreviviente de 19 años describió el viaje al campo en un camión cubierto junto con su padre, abuelo, hermano y 150 personas más. Contó que murieron por asfixia 18 personas en el convoy de seis camiones.³² En un artículo, “Sin comida, sin aire”, Gutman publicó el relato de un socorrista musulmán, según el cual morían a diario entre seis y diez personas en el campo Omarska, cerca de la población de Prijedor, en posesión de los serbios. El 21 de julio, el artículo de Gutman en *Newsday*, “Como Auschwitz”, describió la deportación de miles de civiles musulmanes en sofocantes vagones de carga cerrados.³³ Gutman, quien después ganó el Premio Pulitzer por sus despachos desde los campos, usó frases como “vagones de carga herméticos”, y “deportaciones”, que sólo podía recordar a los lectores los sucesos de hacía 50 años. Citó a un estudiante musulmán: “Nos sentimos todos como los judíos en el Tercer Reich”.³⁴

Gutman se apoyó en testimonios de los refugiados para brindar a sus lectores un cuadro de Omarska, el peor de los campos serbios, donde varios miles de civiles musulmanes y croatas, incluso la totalidad de los dirigentes de la ciudad de Prijedor, estaban encerrados en jaulas metálicas y fueron ejecutados en grupos de 10 o 15. Un ex prisionero, Alija Lujinovic, ingeniero en electricidad, estuvo detenido en un centro en el noreste de Bosnia en que, dijo, se exterminó a unos 1 350 entre mediados de mayo y mediados de junio. No sorprende que, al igual que el Khmer Rouge y el gobierno de Irak, los serbios impidieran el acceso

a socorristas y periodistas. El 2 de agosto de 1992 Gutman envió un artículo en que Lujinovic, el sobreviviente, ofreció espeluznantes detalles de los serbios cortándoles la garganta a prisioneros musulmanes, desvistiéndolos y arrojándolos al río Sava o moliéndolos para convertirlos en alimento para animales.

Al día siguiente, el vocero del Departamento de Estado, Richard Boucher, por fin confirmó que Estados Unidos tenía evidencia de los campos. Reconoció que el gobierno sabía “que las fuerzas serbias mantienen lo que denominan ‘centros de detención’” y que “existen casos de tortura y abuso”. Pero insistió en que los serbios no eran los únicos: “Me gustaría hacer notar que los bosnios y los croatas también tienen centros de detención”. Estados Unidos no poseía evidencia de que sucediesen atrocidades semejantes en otros campos, pero Boucher amplió de todas maneras su solicitud de acceso. “*Todas las partes* deben permitir a las autoridades internacionales acceso inmediato e irrestricto a todos los centros de detención. Dijimos con claridad, desde el comienzo de todo esto, que había varios bandos en lucha; que había gente de todos lados [...] que hacía cosas reprobables”.³⁵

Pero incluso la diluida condena de Boucher resultó demasiado para sus jefes. Al día siguiente, por instrucciones de Eagleburger, el vicesecretario de Estado para Europa, Tom Niles, lo desmintió, y declaró en el Congreso que la realidad era que el gobierno no tenía “hasta ahora información fidedigna que confirmara la existencia de estos campos”.³⁶ El reconocimiento de Boucher favoreció la intervención en la opinión de la elite. Un funcionario superior del departamento dijo a la sazón: “Nuestra intención había sido avanzar la pelota un paso, y por los informes periodísticos avanzó dos”.³⁷

Con el desmentido de Niles, los periodistas de Washington se enfurecieron. El veterano corresponsal del *Washington Post*, Don Oberdorfer, escribió en su diario: “Pocas veces vi tan agitado al cuerpo de prensa del Departamento de Estado, o lo que quedaba de él en agosto”.³⁸ De ahí en adelante los reporteros supusieron que el gobierno estaba despistando, o mintiendo directamente. El diputado Tom Lantos, sobreviviente del holocausto que calificó de “nauseabunda” la respuesta del gobierno de Bush a las atrocidades iraquíes, enfureció de nuevo. Enfrentó a Niles con la edición matutina del *New York Times* que llevaba el titular acerca de los campos: “Recordarán la vieja excusa que, mientras las cámaras de gas estaban en plena operación, matando a

personas inocentes, pudimos decir, no con total honestidad: ‘no sabemos’. Bien, o el señor Boucher miente o miente usted, pero los dos trabajan para Jim Baker, y no vamos a leer la declaración de Boucher en el *New York Times* y escucharlo a usted testificar algo diametralmente opuesto”.³⁹ Puesto que ningún periodista había visitado el campo de muerte Omarska hasta entonces, el gobierno de Bush aún podía insistir en que los informes no estaban confirmados.

El 5 de agosto Boucher informó que los oficiales de la Cruz Roja visitaron nueve campos y vieron “condiciones de detención muy difíciles, pero no hallaron evidencia de campos de muerte”. La norma del holocausto no había sido igualada. Boucher concedió que a la Cruz Roja aún no se le permitía visitar los campos más notorios. Al preguntársele qué haría Estados Unidos una vez que se acumulara evidencia contra los responsables, Boucher dijo que no sabía de ningún plan para un tribunal de crímenes de guerra. Y no, recalcó, el gobierno no contemplaba el uso de la fuerza.⁴⁰

El presidente Bush se mantuvo inamovible en el tema de una intervención. En una entrevista publicada el mismo día manifestó que la fuerza de las armas “es una opción en la que todavía no he pensado”. Resistió las objeciones de los críticos remitiéndose a la doctrina Powell-Weinberger: “Ahora hay gente que me viene con: ‘Comprometa a las fuerzas estadounidenses’. Antes de mandar fuerzas a una batalla, quiero saber cuál es el comienzo, cuál el objetivo, cómo se ha de lograr, y cuál será el resultado”.⁴¹ Eran, por supuesto, preguntas razonables, pero no había señales de que nadie en los niveles superiores del gobierno tratara de responderlas.

ANALOGÍA Y PATROCINIO

Bill Clinton, el adversario demócrata en la siguiente elección, cubrió grandes distancias e hizo innumerables promesas al recorrer el país. El 5 de agosto de 1992, el día después de que Niles tartamudeó su declaración en la Cámara Baja, Clinton le dijo a un grupo de adolescentes negros en un colegio de East St. Louis, Illinois, en referencia a los campos de concentración serbios: “Es posible que debamos usar la fuerza militar. Yo empezaría con ataques aéreos contra los serbios para tratar de restablecer las condiciones básicas de humanidad”.⁴² Clinton era un multilateralista convencido. Dijo que las exigencias de la ONU de cerrar los campos serbios y detener la agresión “deberían apoyarse con acciones

colectivas, incluso con la fuerza, si resultara necesario”. Estados Unidos debería “estar dispuesto a prestar el apoyo apropiado, incluso militar, en una operación así”.⁴³

Clinton era más agresivo que Bush en el tema de Bosnia, pero se podía notar que el ex antibelicista sentía profunda incomodidad con la idea de acción militar *estadunidense*. Incluso cuando Clinton pronunció sus más serias advertencias a las fuerzas serbias, también parecía preocupado de que Yugoslavia le quitara atención a la agenda interna, que le era mucho más cara. Tanto su fe en las Naciones Unidas como su compromiso con los asuntos internos se destacaron en sus observaciones en Illinois:

Quiero que mantengamos la mira en los problemas de *nuestro* pueblo. A mí me preocupa que se asesine a chicos en las calles aquí. Creo que morirán más personas en Estados Unidos hoy que en Yugoslavia, o lo que fue Yugoslavia, tal vez.

Pero me parece que no podemos ignorar lo que parece un exterminio deliberado, sistemático, de seres humanos con base en su origen étnico. Naciones Unidas está para impedir cosas así, y deberíamos detenerlas.⁴⁴

Como muchos internacionalistas liberales, Clinton se refería a las Naciones Unidas como si algún día llegaría a ser una institución con mente, cuerpo y cuenta bancaria propios. Pero la ONU dependía de Estados Unidos para la cuarta parte de su presupuesto, del Consejo de Seguridad para la autorización y financiamiento de sus misiones, y de los estados miembro para sus fuerzas de paz.

De todas maneras, Clinton, el adversario, lanzaba cuchilladas a lo que veía como talón de Aquiles de Bush. Cualquiera que fuese su incomodidad hacia la fuerza, con todos los medios de comunicación fijos en las atrocidades serbias, Clinton no desaprovecharía la oportunidad de criticar al actual presidente por su inercia. La campaña de Clinton partió de una plataforma intervencionista, con críticas a Bush en una declaración escrita por su desidia, pues “si los horrores del holocausto nos enseñaron algo, es el alto costo de guardar silencio y paralizarse frente al genocidio”.⁴⁵ Clinton estaba a favor de reforzar las sanciones económicas, usar la fuerza para el envío de ayuda humanitaria, abrir los campos serbios a la inspección y bombardear las unidades serbias que castigaban a Sarajevo.

La presión de Clinton se intensificó con las horribles revelaciones desde

Bosnia, donde los británicos Penny Marshall e Ian Williams, de Independent Television News, y Ed Vulliamy, del *Guardian*, por fin lograron llegar a Omarska. El líder serbiobosnio Radovan Karadzic visitó Londres a fines de julio. En una conferencia de prensa negó las atrocidades y desafió a los periodistas a que verificasen por sí mismos. Estaba seguro de vaciar los peores campos antes de que llegaran, pero calculó mal, y los periodistas británicos le ganaron de calle al ir al norte de Bosnia.

Al principio, la oficialidad serbia local no autorizó la visita de los periodistas de ITN y el *Guardian*. Luego los serbiobosnios ubicaron soldados en los bosques cerca de los campos para hacer fuego sobre el auto de los periodistas. Los serbios alegaron que eran “mujaidines musulmanes”, con lo que la visita se tornaba demasiado peligrosa. Pero al fin, el 5 de agosto, Marshall y Vulliamy obtuvieron acceso restringido a lo que se decía era un campo de muerte. En el comedor, los periodistas vieron hombres demacrados de cabezas afeitadas frente a un aguado guiso de legumbres. Desde el otro lado de un patio vieron filas de hombres a los que mandaban duros capataces, pero no pudieron visitar los dormitorios ni la notoria “Casa Blanca”, que se decía era un verdadero matadero humano.

Decepcionados de que se les limitase así el acceso, los periodistas fueron llevados al auto y fuera del campo. Al irse, sin embargo, pasaron por otro campo, Trnopolje, donde de casualidad vieron a un grupo de prisioneros recién llegado del campo de Keraterm, cuya reputación era parecida a la de Omarska. Los recién llegados mostraban un aspecto terrible, y Williams y Marshall bajaron de inmediato del auto y empezaron a filmar la angustiosa escena. El director de noticias de ITN, que recibió al equipo de filmación en Hungría, eligió deliberadamente el material que más se asemejaba al holocausto: “Después de examinar sus 10 películas, recomendé que la imagen que más probablemente sacudiría al mundo era la de hombres esqueléticos detrás de los alambrados de púas. Hacían pensar en Auschwitz y en Belsen”.⁴⁶

Las primeras imágenes de Trnopolje las transmitió ITN el 6 de agosto de 1992. Los marchitos musulmanes detrás del alambre de púas concentraron la atención popular y la de la elite, e inflamó la indignación pública como ningún otro genocidio de posguerra. En julio, 45% de los estadounidenses desaprobaba los ataques aéreos y 35% los aprobaba; ahora, sin dirección de sus líderes, 53% aprobaba y 33% no. Un porcentaje parecido estaba en favor de que participaran fuerzas de Estados Unidos en una misión de paz o humanitaria.⁴⁷ Mientras que

el gobierno de Bush pintó el “lío bosnio” como insoluble, los editorialistas ahora enfrentaban al gobierno sin concesiones. Editores del *New Republic* escribieron: “No es sólo un ‘conflicto étnico’. Es una campaña en que una determinada facción de nacionalistas serbios manipula el sentimiento étnico para obtener poder y territorio [...] Nos han dado demasiadas verdades obvias acerca de la responsabilidad por la guerra de ‘todas las facciones’. Este lenguaje haragán es una escotilla de escape por donde los poderes externos evaden sus obligaciones”.⁴⁸

Incluso Jon Western, el funcionario de Inteligencia que con diligencia documentó los horrores, quedó apabullado al ver las imágenes televisadas de los prisioneros musulmanes que durante algún tiempo vigiló desde lejos. Confiesa: “Hay una enorme diferencia entre leer sobre atrocidades y ver esas imágenes. Tuvimos toda la documentación necesaria desde antes. Supimos todo lo que hacía falta. Pero nos faltaba el video. Nunca habíamos *visto* a los hombres escuálidos detrás de los alambres de púas. Eso era por completo nuevo”. Igual que cuando los periodistas pudieron llegar a los despojos congelados, azulados, de las víctimas kurdas de Halabja, el interés y la simpatía populares se conmovieron mucho más por las imágenes que por las palabras. Del 2 al 14 de agosto, las tres redes televisivas principales transmitieron 48 notas sobre las atrocidades en Bosnia, contra 10 en los 12 días previos.⁴⁹

Incluso con esta exposición de los campos, todavía era difícil corroborar los relatos de refugiados, cuyas historias, como siempre, sonaban inverosímiles. Joel Brand, de *Newsweek*, visitó el campo de Manjaca y entrevistó a un demacrado prisionero en presencia del comandante del campo. Brand le preguntó cómo perdió tanto peso. La voz del hombre se quebraba al mirar al temible comandante serbio, y respondió que por una estancia en el hospital en vez de por hambre. Sólo cuando el prisionero se dio vuelta pudo ver Brand que su oreja izquierda había sido removida a fuego. Llegó a un abrupto fin la entrevista.⁵⁰

Los periodistas y productores de televisión siguieron los pasos de ITN y transmitieron imágenes que evocaban una sensibilidad holocáustica magnificada entre los televidentes. Los productores a menudo acompañaban su cobertura diaria de Bosnia con escenas de películas del holocausto. Vulliamy, que dio 54 entrevistas radiales el día que publicó la historia de los campos en el *Guardian*, se sintió frustrado ante esta tendencia a realizar asociaciones con el holocausto. Cuando una estación introdujo su entrevista con una grabación de una arenga de

Hitler en las concentraciones de Nuremberg, Vulliamy colgó el teléfono. Cuenta: “Tuve que pasarme tanto tiempo diciendo ‘Esto no es Nuremberg’ como ‘Esto es inaceptablemente espantoso’”. Dos años más tarde, al reunirse con el director del Museo del Holocausto, Walter Reich, Vulliamy le preguntó si le parecía apropiada la frase “ecos del holocausto”. Reich respondió: “Sí, fortísimos ecos”.

En los diarios del país estaba presente la analogía. Jim Borgman, del *Cincinnati Enquirer*, dibujó esqueléticos musulmanes y croatas que caminaban desde el “campo de concentración serbio” por una puerta que decía “Regaderas” a un cuarto con una sola ducha.⁵¹ *U.S. News and World Report* describió: “trenes cerrados [...] que una vez más llevan cargas humanas de un lado a otro de Europa”, y observaba que “la respuesta de Occidente a este nuevo holocausto ha sido tan tímida como sus reacciones al inicio del genocidio de Hitler”.⁵² Un editorial del *Washington Post* en agosto afirmó: “Imágenes como éstas no han salido de Europa desde una guerra cuyas depredaciones y atrocidades —se ha convenido una vez tras otra— jamás se habría de permitir que volvieran a suceder”.⁵³ El editorial del *New York Times* del día siguiente decía: “Los escalofriantes informes desde Bosnia evocan la mayor pesadilla del siglo, el genocidio de Hitler contra judíos, gitanos, y eslavos”; el del *Chicago Tribune* preguntó: “¿Se trata de un ‘bis’ balcánico de los campos de muerte de la época nazi? ¿‘Impensable’, dice?, Piense de nuevo... El fantasma del genocidio de la segunda Guerra Mundial está presente en Bosnia”.⁵⁴ No importa lo inquietante que a espectadores y lectores les resultasen las imágenes de genocidios anteriores, no existía nada comparable a su incomodidad ante la posibilidad de que tales horrores sucediesen de nuevo en *Europa*.

La prensa por lo general informaba de hechos que, esperaban, harían que actuaran los responsables de las políticas occidentales, pero los *pandits* y activistas pedían abiertamente que se empleara la fuerza. Los sobrevivientes y organizaciones judías pusieron a un lado su conflicto con los musulmanes en Medio Oriente y criticaron con acritud la indolencia de Estados Unidos. En una entrevista privada con el asesor de Seguridad Nacional Brent Scowcroft, los líderes judíos estadounidenses instaron a la acción militar. El Comité Judío Estadunidense, el Congreso Judío Norteamericano y la Liga Antidifamación publicaron una advertencia en el *New York Times* con el título “Detengan los campos de muerte”:

A los escalofriantes nombres de Auschwitz, Treblinka y otros campos de muerte nazis parecen

agregarse ahora los de Omarska y Brcko [...] ¿Es posible que a 50 años del holocausto las naciones del mundo, incluida la nuestra, se queden mirando, pensando que no hay nada que se pueda hacer...? Debemos dejar muy en claro que daremos todos los pasos que correspondan, incluso el empleo de la fuerza, para ponerle fin a toda esta locura y derramamiento de sangre.⁵⁵

El 10 de agosto de 1992, el presidente Bush se reunió con el primer ministro israelí, Yitzhak Rabin, quien también comparó los campos con los de los nazis; ese mismo día, miles de judíos estadounidenses se manifestaron frente a la Casa Blanca.

La analogía del holocausto también se invocó respecto de la forma de manejar la crisis de los aliados. El interminable, y en apariencia infructuoso, proceso de paz de Vance-Owen hizo que muchos encontraran similitudes entre los “entreguistas” de 1992 y los que se postraron ante Hitler en 1938. Por ejemplo, la revista *Time* escribió: “Las asqueantes imágenes en periódicos y televisión produjeron de nuevo un recuerdo inquietante, la del mundo que observa, ávido de paz a cualquier precio, mientras Adolf Hitler marchaba sobre Austria y desmembraba Checoslovaquia”.⁵⁶ Anthony Lewis, del *New York Times*, llamó a Bush un “verdadero Neville Chamberlain”.⁵⁷

El comentario público ayudó a los disidentes dentro de la burocracia, quienes empezaron a filtrar gran parte de lo que leían y veían a través del prisma del holocausto. Fox recuerda:

Fue el golpe del reconocimiento de esas imágenes. Era la memoria visual a través de documentales que la mayoría teníamos. No agregó nada a nuestro conocimiento acerca de los campos en agosto. Hubo mucha más muerte después de su revelación que antes [...] Pero todos habíamos visto 500 documentales sobre el holocausto. Yo había visitado Auschwitz. Todos asistimos a la universidad. El holocausto era parte del instrumental que se aplicaba al trabajo.

Jim Hooper escarbó en la historia de la débil respuesta del Departamento de Estado al holocausto. Presionó a sus colegas del gobierno a leer *Auschwitz and the Allies* [Auschwitz y los aliados], del historiador británico Martin Gilbert, y les puso a disposición una serie de hechos sobre paralelismos con el holocausto para uso interno. Solarz, Twinings, Galbraith y otros promotores de una política intervencionista humanitaria ya habían mencionado el holocausto, pero ni Camboya ni Irak resonaron tan nítidamente como Bosnia. La guerra aquí producía una coincidencia europea tanto geográfica como de imágenes.

“NO DESCANSAREMOS HASTA QUE...”

La asociación de las imágenes televisivas con el holocausto y la indignación de la elite formadora de opinión forzó al presidente Bush a hablar. Tres meses antes de la elección, con Clinton pisándole los talones, tenía que enfrentarse a la posibilidad de intervenir. Concertó una conferencia de prensa para el viernes 7 de agosto. Fox recuerda vívidamente el momento en que Bush habló: “Recuerdo cuando dijo: ‘No descansaremos’. Pensé: ‘¿Cómo va a terminar la oración? ¿Va a decir: ‘No descansaremos hasta liberar los campos? ¿No descansaremos hasta que descansemos?’ Sabía que no quería hacer nada, así que me preguntaba qué diría”. Lo cierto es que Bush mismo hizo la asociación con el holocausto:

Las imágenes de prisioneros concentrados por las fuerzas serbias y detenidos en los campos son poderosa evidencia de la necesidad de tratar eficazmente este problema. Y el mundo no puede deshacerse de su horror ante la posibilidad de campos de concentración. La chocante brutalidad del genocidio de la segunda Guerra Mundial en esos campos de concentración son candentes memorias para todos nosotros, y no puede volver a suceder. Y no descansaremos hasta que la comunidad internacional logre entrar en todos los campos de detención.⁵⁸

El compromiso de Bush de no descansar hasta que la comunidad internacional lograra ese acceso dejaba al gobierno amplio margen para maniobrar. ¿Quedaría satisfecha la exigencia de acceso con una única visita internacional? ¿Traería aparejado destinar a observadores internacionales dentro o cerca de las instalaciones cerradas? Aunque produjese beneficios inmediatos, ¿generaría a la larga mayores castigos para los prisioneros?

La historia de los campos conmocionó a Foggy Bottom, pero a muchos funcionarios de nivel intermedio en favor de la intervención dentro del Departamento de Estado les surgió la preocupación de que toda la atención que se les prestaba a los campos pudiera distraer del tema fundamental: los serbios mataban o expulsaban a todos los que no eran serbios de los territorios que controlaban o conquistaban. Del mismo modo, en consonancia con la decisión de Peter Galbraith de valerse de la indignación estadounidense por el uso de armas químicas en Irak, los belicistas en cuanto a Bosnia dentro del departamento optaron por aceptar lo que consiguieran; obraron según el criterio de que la atención a los campos y al holocausto pudiera lograr que la misma se transfiriera a la más abarcadora campaña de genocidio.

Richard Holbrooke, ex vicesecretario de Estado para asuntos del sudeste

asiático y del Pacífico con el presidente Carter, estaba en el International Rescue Committee (Comité Internacional de Rescate), la mayor organización estadounidense de ayuda humanitaria. Decidió visitar Bosnia justo después de hacerse público el tema de los campos. Ahí se encontró con un airado socorrista británico, Tony Land, que expresó su asombro ante la repentina atención que recibían los campos. Dijo a Holbrooke: “Durante seis veces vimos destruir sistemáticamente a Sarajevo sin que al mundo le molestara especialmente. Ahora aparecen unas fotos de gente detrás del alambre de púas, y todo el mundo se pone loco”.⁵⁹ Holbrooke sacó videos de los resultados de la limpieza étnica serbia, filmando casa tras casa volada por soldados y milicianos serbios. Vio a aterrorizados musulmanes que entregaban escrituras de propiedad a las autoridades locales serbias en pago por el importe del viaje para salir del país. Y entrevistó a testigos que relataron el secuestro y desaparición de hombres musulmanes.

Al volver a Estados Unidos, Holbrooke escribió un artículo en *Newsweek* que recomendaba levantar el embargo de armas contra los musulmanes y el bombardeo de puentes e instalaciones militares serbios. Preguntó: “¿Qué haría ahora Occidente si se invirtieran las convicciones religiosas de los combatientes, y una fuerza musulmana intentase destruir a dos millones de cristianos o judíos sitiados?”⁶⁰ Al saber que Clinton se había pronunciado sobre Bosnia, y en espera de una posibilidad, Holbrooke escribió un memorándum a Clinton y al candidato a vicepresidente, Al Gore, en que subrayaba: “Ésta no es una elección entre Vietnam y no hacer nada, como la pintó el gobierno de Bush [...] La inacción ahora corre el riesgo de generar una venidera intervención mayor y más costosa”.⁶¹

Aunque la declaración del presidente Bush resultase poco práctica para Bosnia, sí obligó a todos los burócratas estadounidenses de alto rango a recabar toda la información disponible sobre los campos.⁶² A las seis semanas de la promesa de Bush, el personal de Inteligencia compiló una lista de más de 200 campos, con los nombres de sus comandantes. Gracias a la tecnología de punta estadounidense para recopilar información, desde el principio estuvo disponible para cualquier persona interesada. Pero antes del “oprobio” público de agosto, los funcionarios superiores del gobierno de Bush no le daban importancia. No tenía sentido recabar información acerca de problemas que no tenían ninguna intención de resolver. Cuando Jon Western hizo su investigación, lo hizo con

una carpeta que incluía a Polonia, Croacia y Bosnia. Ningún superior suyo le encomendó —ni agradeció mayormente— su acción el fin de semana del 4 de julio. Pero ahora el presidente comisionaba una búsqueda a la que asignó abundante personal. La secuencia de acontecimientos fue la habitual. Como observa Fox: “El personal de Inteligencia responde lo que los jefes quieren saber. Cualquiera puede decir: ‘Me interesa un yeti de ojos verdes’ y recibe todo el material que quiera. Pero cuando los de arriba culpan a las víctimas por las matanzas, no hay Inteligencia que valga”.

LA POLÍTICA ESTADUNIDENSE:
DIPLOMACIA, CARIDAD, FUTILIDAD, PERVERSIDAD, PELIGRO

Estados Unidos no vinculó su nuevo compromiso público de documentar la agresión serbia con un plan para detenerla. Como manera de desactivar la presión creada por las imágenes de los campos, los funcionarios estadounidenses y europeos señalaban con optimismo una conferencia de paz de Estados Unidos y la UE programada para fines de agosto en Londres. Allí se convencería a los “participantes” de que dejaran de pelear. Eagleburger prometió 40 millones de dólares en ayuda humanitaria y dijo que esperaba que los acuerdos en Londres produjeran una “sustancial reducción” en el bombardeo de Sarajevo.

Expuesto al fuego público, el gobierno de Bush tomó otra medida más que parecía consecuente. El 13 de agosto de 1992 Estados Unidos y sus aliados europeos hicieron aprobar una resolución del Consejo de Seguridad que autorizaba “todas las medidas necesarias” para facilitar la entrega de ayuda humanitaria. Muchos creyeron que éste era el precursor de la intervención militar contra los serbios, pero en la práctica resultó nada más que la forma de reforzar a un pequeño contingente de la ONU que estaba en Bosnia desde el comienzo de la guerra, en abril. Además de 100 observadores de la ONU en el territorio, se mandaron 6 000 hombres más, que incluían a 1 800 británicos. El apoyo público estadounidense a contribuir en la parte que le tocaba (80%) en estas fuerzas de paz era fuerte, e incluso el Senado aprobó fondos para la participación en la fuerza militar de la ONU. Pero el equipo de Bush denegó pedidos de tropas, y en su lugar financió misiones de ayuda y transporte realizadas por terceros.⁶³ La resolución del Consejo de Seguridad, que daba a entender la voluntad de emplear la fuerza, tenía la intención de obligar a los

serbios a terminar con la matanza, pero incluso el valor disuasivo de la amenaza quedó socavado cuando el vicesecretario Niles reconoció: “La esperanza es que la adopción de la resolución evite el uso de la fuerza”.⁶⁴ Al preguntársele al presidente Bush por los campos de concentración, contestó que Estados Unidos usaría los esfuerzos humanitarios para aliviar “estos tremendos problemas humanitarios”.⁶⁵ Los hechos, se comunicó a los estadounidenses, constituían una guerra civil o una “pesadilla” humanitaria, pero no genocidio.

Al aumentar la presión, el gobierno de Bush también se valió de ciertos rasgos de los acontecimientos en los Balcanes que ayudaron a templar el entusiasmo del público por la intervención. Tres aspectos quedaban manifiestos en las opiniones de la prensa y los comunicados de los funcionarios de gobierno. El lenguaje oscurecía los hechos y desactivaba parte de la indignación moral causada por las fotos de los campos. Debido a que el público estadounidense y la elite de Washington comenzaba sin conocimiento previo de la región, y que el conflicto sin duda *era* complicado, el gobierno pudo escribir su versión de los hechos en una tabla virtualmente rasa.

En primer lugar, los funcionarios superiores miraban y mencionaban la violencia como una “tragedia” insoluble en vez de una atrocidad deliberada y mitigable perpetrada por un grupo identificable. La guerra, decían, se alimentaba desde abajo, por antiguos odios étnicos o tribales (no por las maquinaciones de una elite nacionalista u oportunista “de arriba”), odios que existían desde hace siglos (y, se daba a entender, continuarían muchos siglos más). Naturalmente esto facilitaba la justificación de no actuar por futilidad *à la Hirschman*.⁶⁶ El secretario de defensa, Cheney, manifestó a CNN: “Es trágico, pero los Balcanes han sido un semillero de conflicto [...] durante siglos”.⁶⁷ Bush dijo que la guerra era “un conflicto complejo y retorcido nacido de enemistades ancestrales centenarias”.⁶⁸ Eagleburger acotó: “Es difícil explicar, pero esta guerra no es racional. No hay racionalidad alguna en el conflicto étnico. Es visceral, es odio; no es por valores o finalidades compartidas; sólo se lleva adelante. Y ese tipo de guerra es el más complicado de detener”.⁶⁹

Bosnia sufría una “guerra civil” (no de agresión) en que “cada parte” cometía atrocidades contra las demás. Eagleburger sostuvo: “Esto lo he dicho 38 000 veces, y lo tengo que volver a decir al público de este país [...] La tragedia no es algo que pueda resolverse desde afuera, y sería hora de que todo el mundo se lo metiese en la cabeza. Hasta que bosnios, serbios y croatas decidan dejar de

matarse entre sí, no hay nada que el mundo externo pueda hacer al respecto”.⁷⁰

En segundo lugar, los funcionarios sostuvieron que acarrearía consecuencias perversas enfrentar a los serbios. La intervención militar o el levantamiento del embargo de armas pondría en peligro el envío de ayuda humanitaria. Provocaría que los serbios tomaran represalias contra civiles musulmanes o contra las fuerzas de paz europeas. Así, esas medidas bienintencionadas resultarían contraproducentes.

En tercer lugar, como consecuencia de esos odios de siglos y la particular topografía de la región, la intervención militar produciría un empantanamiento como en Vietnam, poniendo en peligro a soldados estadounidenses.

Los periodistas le preguntaron a Bush si Estados Unidos emplearía la fuerza, y el presidente minimizó la posibilidad:

Todo el mundo ha sido reacio a usar la fuerza por motivos muy entendibles. Hay muchas voces hoy en día en Estados Unidos que dicen: “usen la fuerza”, pero ellos no tienen la responsabilidad de mandar al hijo o a la hija de otra persona a una situación de peligro. Yo sí. No quiero ver a Estados Unidos atascado de ninguna manera en una guerra de guerrillas; ya tuvimos esa experiencia.⁷¹

Un freno a la intervención estadounidense era el alto costo. El autoritario monopolio de las fuerzas militares en estimar las bajas probables reducía las perspectivas de participar. Desde Vietnam, los generales se oponían a la participación de Estados Unidos en virtualmente todas las guerras, y jamás habían estado a favor de intervenir sólo por motivos humanitarios. En el verano de 1992, el gobierno de Bush dudaba en contribuir o no con aviones militares para envíos humanitarios a Sarajevo. Los planificadores militares estimaron que harían falta unos 50 000 soldados para asegurar un perímetro de 30 millas alrededor del aeropuerto.⁷² Resultó que la misión se llevó a cabo al final con una modesta fuerza de la ONU compuesta de 1 000 soldados canadienses y franceses en el aeropuerto de Sarajevo. En una audiencia ante el Senado el 11 de agosto, el teniente general Barry McCaffrey, asistente del jefe de la Plana Mayor Conjunta, Colin Powell, le dijo al Congreso que harían falta 400 000 soldados para imponer un cese al fuego.⁷³ Scowcroft concede que el análisis de los militares “tal vez” era exagerado, pero sostiene que los “estrategas de sillón” mal podían discutirle a la Plana Mayor Conjunta.⁷⁴ El embajador Zimmermann recuerda su frustración por esta carta ganadora que los jefes militares jugaron una y otra vez: “Jamás dijeron: ‘No, no lo haremos’ o ‘No, no podemos’. Simplemente mencionaban

cifras estimativas inaceptables y, debido a quienes las proporcionaban, indisputables”.

Cuando se propuso la creación de corredores humanitarios en tierra, el cálculo de “tropas por tarea” resultó de 300 000, cifra prohibitiva que muchos observadores independientes consideraron absurdamente desproporcionada ante la calidad y el compromiso de las tropas serbias que atacaban a los inermes civiles de Bosnia. Pero los expertos militares proliferaron y dictaminaron, al citar una y otra vez la impenetrabilidad del terreno montañoso y el heroico tesón de los partidarios del mariscal Tito en la segunda Guerra Mundial, que mantuvieron ocupados a los nazis con coordinadas acciones. Powell y el secretario de Defensa, Cheney, convencieron al presidente de que los riesgos de un compromiso militar eran demasiado elevados, incluso el poder aéreo para enviar ayuda humanitaria a los hambrientos civiles de Bosnia.

El eco de la palabra “Vietnam” fue el código taquigráfico universal por todo lo que podía salir mal en los Balcanes si Estados Unidos se comprometía militarmente.⁷⁵ Para algunos, la Guerra de Vietnam era motivo de real preocupación, pues temían que cualquier operación carecería de fuerte apoyo popular, ya que no estaban en juego “intereses vitales” y tendría lugar en terreno montañoso. Pero muchos opositores a la intervención presentaban la analogía de Vietnam menos por ver una similitud entre las situaciones, que por no conocer ningún otro argumento tan capaz de enfriar el entusiasmo popular por la intervención.

Los serbios de Bosnia se valieron de todo esto para escarnecer a los estadounidenses cada vez que se mencionaba la posibilidad de intervenir. Advertían de bajas y del alargamiento de la misión. El líder serbiobosnio Radovan Karadzic utilizó la preocupación aliada al amenazar con tomar represalias contra las tropas de paz de la ONU en Bosnia si la OTAN realizaba bombardeos aéreos: “Decidiremos el momento y los blancos, haciendo todo lo que podamos para que resulte muy doloroso”, avisó Karadzic, desafiando a Estados Unidos a que actuara.⁷⁶ “Si mandan a 2 000 infantes de marina, después tendrán que mandar a 10 000 más para salvar a los 2 000. Ésta es la mejor manera de asegurarse otro Vietnam”.⁷⁷ El mismo mensaje vino también de los nacionalistas de la Serbia misma. Después de tañer las campanas de las iglesias ortodoxas serbias e izar banderas negras con calaveras, el líder del Partido Radical serbio, Vojislav Seselj, se mofó de los estadounidenses: “Obtendríamos

decenas de miles de voluntarios, y conseguiríamos una victoria gloriosa. Los estadounidenses tendrían que mandar miles de bolsas para transportar sus cadáveres. Sería un nuevo Vietnam”.⁷⁸

Del puñado de oficiales superiores que se oponían a la intervención, Colin Powell era en especial importante. Powell, que ganó una estrella de bronce y un corazón púrpura en Vietnam, venía fresco de su rotunda victoria en la Guerra del Golfo. A menudo se olvida pero, cuando el gobierno de Bush se debatía en si hacerle la guerra a Irak, Powell se opuso. Debido a que no podía planificar una estrategia de salida anticipada, sostenía, era mejor quedarse afuera. Sin embargo, luego de la victoria estadounidense en el Golfo, el predominio de Powell quedó más allá de toda discusión. Quienes sostenían que Bosnia no se convertiría en otro Vietnam no podían competir con el respetadísimo veterano. Muchos de los belicistas balcánicos no habían peleado en Vietnam. Su experiencia reciente en los Balcanes resultaba de poco alcance. Zimmermann rememora: “No serví en Vietnam, pero conocía a los serbios. Y no tenían parecido alguno con los comunistas vietnamitas. No sentían compromiso con la causa bosnia. La suya no era una cruzada santa. Era una apropiación de territorio. Tampoco eran soldados de igual calidad. Eran guerreros de fin de semana, y muchos de ellos estaban borrachos buena parte del tiempo. Sencillamente era muy, pero muy diferente”.

El general Powell, que se oponía a que Estados Unidos desempeñara cualquier papel en el envío de ayuda humanitaria o a la imposición de un área de exclusión de vuelos en Bosnia, realizó un inusitado llamado público para mantener fuera a tropas y aviones estadounidenses. Llamó primero a Michael Gordon, del *New York Times*, a su oficina para informarle por qué no funcionaría una intervención en Bosnia: “Apenas me dicen que es limitada, eso quiere decir que no les importa si se consiguen resultados o no. En el momento en que me dicen que es ‘quirúrgico’ enfilo hacia el refugio”.⁷⁹ Luego, cuando un editorial de ese mismo periódico criticó la incapacidad de los militares estadounidenses, Powell devolvió el fuego, y publicó él mismo una respuesta en el diario que recomendaba no emplear tropas estadounidenses en una empresa de riesgo “con objetivos poco claros” en un conflicto “con profundas raíces étnicas y religiosas que se remontan a mil años atrás”.⁸⁰

Con la cercanía de las elecciones de noviembre de 1992, Powell no tuvo que buscar convertir a muchos dentro del gobierno. Bush no estaba dispuesto a arriesgar vidas en Bosnia bajo concepto alguno. Funcionarios superiores del

gobierno decían que veían a Bosnia como una aventura en que nadie quería arriesgarse.⁸¹

Una de las maneras en que el gobierno distrajo la atención de Bosnia fue destacando otra crisis humanitaria, la de Somalia. El presidente Bush se enteró de la hambruna no por la cobertura de la prensa, al principio tardía y escasa, sino por las peticiones personales del embajador Smith Kempstone en Kenya, y las de los senadores Paul Simon (demócrata por Illinois) y Nancy Kassebaum (republicana por Kansas).⁸² Los jefes militares conjuntos se oponían a mandar tropas a Somalia, pero el 14 de agosto de 1992 Bush cambió abruptamente de rumbo y ordenó una muy limitada intervención. Aviones de carga C-130, no tropas de tierra, se destinaron a asistir en el envío de ayuda humanitaria. Bush también se comprometió a ayudar en el transporte de 500 soldados de paz al país en guerra. Según funcionarios superiores que participaron en su planificación, la Casa Blanca vio en esto la oportunidad de demostrar que tenía corazón, para así responder a críticas locales en la víspera de la convención nacional del Partido Republicano, y hacer esto de un modo relativamente económico. La cobertura vespertina de noticias sobre Bosnia entre mediados y fines de agosto cayó a un tercio de lo que había sido antes.⁸³ Aunque las tropas estadounidenses no irían a África por unos cuantos meses todavía, la hambruna de Somalia ya empezaba a quitar atención a los Balcanes.

Entre la burocracia, el insensible comportamiento del Departamento de Estado seguía presente en discusiones acaloradas. El 25 de agosto de 1992, George Kenney, secretario interino de la oficina de Yugoslavia, apabulló a todos con su renuncia. La noticia de su dimisión ocupó la primera plana del *Washington Post*. En su carta de renuncia, que el diario reprodujo, el funcionario escribió: “Por razones de conciencia, no me es ya posible apoyar el manejo ineficaz y, más aún, contraproducente de la crisis yugoslava por el gobierno. Por tanto, renuncio a fin de fortalecer el consenso del público para que Estados Unidos actúe de inmediato para detener el genocidio”.⁸⁴ Kenney, como tantos, estaba a favor de levantar el embargo de armamentos y bombardear a los serbios de Bosnia. Presente en Londres para la conferencia de paz de la ONU-UE, Eagleburger preguntó: “A Kenney, ¿quién lo conoce?” Acto seguido minimizó la acción del funcionario subalterno: “A mi parecer ese joven jamás ha estado en la ex Yugoslavia”.⁸⁵ Pero la salida de Kenney le dio al público su primer bocado de la batalla que se desarrollaba en el departamento, y a los funcionarios

inconformes con la política oficial se les abría una nueva posibilidad. Marshall Harris, colega de Kenney, observa: “Cuando uno trabaja en el servicio extranjero, cada parte de la institución y la cultura mira con malos ojos una renuncia. Simplemente no se considera una opción aceptable. El hecho de que George lo hiciera nos hizo pensar en la dimisión como una verdadera posibilidad”.

Con la aproximación de las elecciones de noviembre, la política exterior pasó a segundo plano. James Baker y algunos de sus principales asesores sobre política extranjera fueron transferidos a la Casa Blanca, donde manejaban la campaña de reelección del presidente. Eagleburger fue ascendido a secretario de Estado interino. Muchos funcionarios pensaban que hacía mucho que determinaba la política sobre Bosnia; ahora su cargo reflejaba su influencia.

Hooper solicitó una entrevista con el nuevo secretario, y sorprendió a sus colegas cuando se le concedió. En una sesión de media hora a mediados de septiembre, Eagleburger pareció dispuesto a escuchar. Al final de la charla, le pidió a Hooper que redactara un memorándum que explicitara sus recomendaciones para una nueva política. Hooper y su colega Richard Johnson, otro funcionario de carrera del servicio extranjero, prepararon un memorándum de 27 páginas y emplearon el canal de disidentes para asegurarse de que llegara al despacho de Eagleburger. El Departamento de Estado estableció esta vía al finalizar la Guerra de Vietnam para que los que estaban en desacuerdo con la política pudieran hacerse oír por los funcionarios superiores sin necesitar la venia de sus jefes. Afirma: “Esto era algo que podíamos hacer sin tener que pedir permiso. Nadie podía impedir mandarlo, ni el jefe, ni el secretario de Estado, ni nadie”. Eagleburger respondió hasta después de las elecciones, pero el Día del Veterano, el 11 de noviembre de 1992, llamó a Hooper y a Johnson a su despacho. Tras una sesión de dos horas y media en que Eagleburger les planteó todo tipo de preguntas, los acompañó para despedirlos de su oficina, y les agradeció su escrito, sonriente: “Gracias por decirme que mi política está llena de bosta”. El habitualmente lúgubre Hooper quedó atónito. Johnson dijo con fatiga: “Veo que estuvo escuchando”.

Los dos disidentes se asombraban de que nadie más presentara su mensaje. Bill Montgomery, director de la oficina de Eagleburger, dijo a Hooper: “Ustedes son los únicos. Nadie más en la burocracia le dice esto”. Los funcionarios del departamento opinaban que a quienes les importaba la política hacia Bosnia se dividían en tres grupos: los disidentes, que estaban a favor de la intervención

estadunidense (sobre todo con ataques aéreos); los planificadores superiores de políticas que activamente se oponían a ellos y, los más numerosos, los funcionarios que favorecían bombardeos, pero suponían que no tendrían lugar, así que no hacían nada.

El presidente Bush nunca había prestado mayor atención al conflicto de Bosnia. Scowcroft, asesor sobre Seguridad Nacional, recuerda que quizás una vez por semana Bush se dirigía a él: “Ahora cuéntame de nuevo de qué se trata todo esto” (en una época en que murieron unas 70 000 personas en siete meses).

Scowcroft habla muy abiertamente de la formulación de la respuesta del gobierno de Bush, y no siente arrepentimiento. De tener que formular la política de nuevo, el resultado sería el mismo. Las atrocidades fueron horribles, pero ocurrieron en un país cuyo bienestar simplemente no era de interés nacional para Estados Unidos:

Nunca pudimos convencernos de que la cantidad de intervención que supusimos necesitase justificación en relación con los intereses de Estados Unidos [...] Toda nuestra orientación se dirigía casi por entero a los intereses nacionales, y Bosnia era de interés nacional sólo si se declaraba la guerra en Kosovo y amenazaba con llevar a nuestros aliados a una guerra de mayor envergadura. Si se circunscribía a Bosnia, podía ser espantosa, pero no nos afectaba.

La guerra que se extendía era considerada peligrosa para Estados Unidos. Al margen de cuántos civiles morían, no era una guerra interna.

¿GENOCIDIO?

Aunque se empleaba a menudo la analogía con el holocausto en esta época, la cuestión del genocidio era reñida, como siempre. Matanzas, violaciones, tortura, campos, limpieza étnica, todo convenció a los abogados de Helsinki Watch de usar el término. Los serbios partían del objetivo de eliminar a la población musulmana de Bosnia, y aunque no buscasen hasta el último individuo, asolaban a la comunidad musulmana y hacían todo lo posible para que nunca se recuperara.

El gobierno de Bush evitó siempre el término “genocidio” porque una acusación semejante crearía una obligación moral. Al día siguiente de la transmisión del material fílmico sobre Keraterm, Bush manifestó en una conferencia de prensa: “Sabemos que hay horror en esos campos de detención,

pero si debo ser sincero no puedo afirmar que allí se esté llevando a cabo un proceso de genocidio”.⁸⁶ Los elaboradores de políticas preferían la frase “limpieza étnica”.

Scowcroft piensa que el genocidio habría exigido una respuesta estadounidense, pero no la limpieza étnica, como se etiquetaba lo que ocurría en Bosnia:

En Bosnia, creo, todos confundimos limpieza étnica con genocidio. Para mí significan cosas distintas. El horror de las dos es parecido, pero no su objetivo. La limpieza étnica no es “Quiero destruir a un grupo étnico, borrarlo”, es “No van a vivir con nosotros. Pueden vivir donde quieran, pero no con nosotros”. El genocidio está proscrito, pero no la matanza de personas [...] Así, existe algo de interés nacional en prevenir el genocidio, porque Estados Unidos necesita mostrarse como sostén del derecho internacional.

Durante el reinado del Khmer Rouge se dio un debate en pequeña escala, sobre todo en las páginas editoriales del país. No sucedió en el gobierno estadounidense, en el que el uso de semejante cargo sería determinante en vista de la decidida política de no intervención de Estados Unidos. Cuando Irak persiguió a los kurdos rurales, la acusación de genocidio de Galbraith fue rechazada por el gobierno de Reagan en virtud de que Hussein no estaba exterminando a todos los kurdos, sino tan sólo reprimía una rebelión. El debate sobre “genocidio” en el caso de Bosnia era notable porque fue el más difundido, vociferado y polarizador que jamás se haya dado sobre la aplicación del término de Lemkin.

Algunos funcionarios estadounidenses que se debatían entre el “es” y el “no es” lo veían sólo como una cuestión de certeza. Los serbios sistemáticamente mataban y expulsaban a civiles musulmanes y croatas de los territorios que controlaban. Las referencias a “odios ancestrales” sugería un grado de inevitabilidad y espontaneidad desmentidas por la naturaleza bien planificada desde arriba de la matanza, a la que se aplicaba el término “genocidio”. Estos funcionarios deseaban reunir y publicar evidencia de las atrocidades para poner las cosas en claro y demostrar que un grupo de individuos *decidió* destruir a los que no eran serbios. Otros esperaban ver etiquetados como genocidas los ataques serbios para destrabar el Convenio sobre Genocidio, que Estados Unidos ratificó, e interpretaban que por ley esto exigía una respuesta militar estadounidense.

También sabían por las encuestas que la palabra “genocidio” impactaba al público estadounidense. Una encuesta posterior reveló que, mientras 54% de la población estaba en favor de la intervención militar, esa cifra se elevó a 80% cuando a los encuestados se les dijo que una comisión independiente había determinado que se cometía genocidio.⁸⁷ Éste era un punto clave: cualesquiera que fueran las obligaciones legales de Estados Unidos, los funcionarios esperaban que una acusación de genocidio al menos les diera un susto a los políticos para que supusieran que pagarían un costo político por su inacción. Ambos motivos para el uso de la palabra “genocidio” —para aclarar la naturaleza de la violencia y para generar o valerse de la indignación pública— obedecían al deseo de que los mandos superiores actuaran. Pensaban que una mayoría dominante en Estados Unidos apoyaría la intervención para detener a una minoría asesina en los Balcanes, si sólo supiera qué era lo que detenían.

Richard Johnson, el funcionario del servicio extranjero que acompañó a Hooper en su entrevista con Eagleburger, se dispuso a averiguar por qué persistía la controversia en torno a la palabra “genocidio”, cuando la separación de hombres de sus mujeres e hijos, las palizas, violaciones y asesinatos, y la persecución específica de elites educadas y políticas satisfacían los requisitos del convenio. Sostuvo entrevistas formales con 16 funcionarios del Departamento de Estado y el NSC (Consejo Nacional de Seguridad). Halló que toda confusión en cuanto a la intención genocida de los serbios procedía de la resistencia del departamento a fomentar la indignación moral y su fracaso en dedicar los recursos humanos y materiales necesarios para recopilar evidencia de un plan sistemático de destruir a una parte sustancial de los musulmanes de Bosnia. La Casa Blanca jamás había decretado investigación ni análisis alguno para determinar la posibilidad de iniciar una causa por genocidio contra el presidente Milosevic de Serbia o contra Yugoslavia (constituida por Serbia y Montenegro).

En los días menguantes del gobierno de Bush, la atención de los disidentes del departamento viró del rescate al castigo. Jon Western fue uno de quienes intensificó sus esfuerzos para reunir pruebas de las atrocidades. Esperaba convertir las pilas de evidencia que juntó desde abril en información útil para un tribunal. Aunque no existía ninguna corte criminal internacional, la frustración que causaba la impotencia, la inexorabilidad de algunos enérgicos partidarios de enjuiciar (como Neier, de Helsinki Watch) y, tal vez también, la resonancia de los crímenes de Bosnia respecto de los de la segunda Guerra Mundial hicieron que

los políticos estadounidenses y europeos empezaran a considerar la creación de un tribunal.

Para diciembre de 1992, Western y otros se propusieron responder dos preguntas: ¿existía suficiente evidencia de crímenes de guerra para pensar en alguna acción contra los perpetradores?, y ¿constituían genocidio legal? Western adoptó un estilo cauteloso hacia el asunto, que no satisfizo a algunos de sus colegas. Afirma Western: “Supuse que jamás conseguiríamos pruebas irrefutables. Milosevic nunca llamaría a sus secuaces para decirles ‘Vayan y cometan genocidio’. Teníamos que preparar el caso de manera que quedase al descubierto la naturaleza sistemática de la campaña. Sólo moviéndonos hacia atrás demostraríamos intención”.

Western obtuvo compañía. En octubre de 1992, por recomendación de Tadeusz Mazowiecki, asesor sobre la ex Yugoslavia de la Comisión sobre Derechos Humanos de la ONU, los aliados crearon una comisión imparcial de expertos para estudiar los informes sobre atrocidades.⁸⁸ La Comisión para los Crímenes de Guerra se reunió por primera vez en diciembre de 1992, en Ginebra. Por casualidad, esta sesión inaugural tuvo lugar en el mismo edificio que una de las numerosas negociaciones de cese al fuego auspiciadas por la “Conferencia Internacional de la ONU-UE para la ex Yugoslavia” con Vance y Owen. Ya para entonces el derrotado gobierno de Bush se ocupaba de su legado, el cual, en lo que a Yugoslavia se refería, necesitaba reparación urgente. En esa reunión, Eagleburger recomendó varios pasos nuevos, entre ellos la creación de una zona de exclusión de vuelos, el posible levantamiento del embargo de armamentos que pesaba sobre el gobierno de Bosnia, encabezado por musulmanes, y la rendición de cuentas por sospechosos de crímenes de guerra. Dijo Eagleburger:

Tenemos, por un lado, la obligación moral e histórica de no quedarnos mirando por segunda vez en este siglo mientras un pueblo corre el riesgo del exterminio. Pero también tenemos, creo, una obligación política ante el pueblo de Serbia al señalarles el peligro que corren hoy en día de compartir la suerte ineludible de quienes practican la limpieza étnica en su nombre [...] Necesitan comprender, sobre todo, que les aguarda un segundo Nuremberg a los perpetradores de limpieza étnica, y que el juicio y el oprobio de la historia les están reservados a ese pueblo en cuyo nombre se cometieron los crímenes.⁸⁹

Lo que hizo significativas las observaciones de Eagleburger de diciembre de 1992 fue que el más alto diplomático estadounidense “citó nombres”. Partero

improbable del movimiento justiciero, Eagleburger afirmó que Estados Unidos identificó a 10 sospechosos de crímenes de guerra que deberían ir a juicio. La lista incluía a los prominentes líderes militares serbios Zelko *Arkan* Raznjatovic y Voyeslav Seselj, así como a los jefes políticos y militares, Milosevic, Karadzic y Ratko Mladic.⁹⁰ Eagleburger también describió crímenes puntuales, como el sitio serbio de Sarajevo, la destrucción por el ejército yugoslavo de la ciudad croata de Vukovar en 1991 y el asesinato de 2 000 a 3 000 musulmanes cerca de Breko.

Según Eagleburger, pese a que él había estado a favor de la idea de una corte hacía varios meses, fue el sobreviviente del holocausto, Elie Wiesel, quien lo convenció de que hablara. Wiesel visitó la región en noviembre, Belgrado, Sarajevo y Banja Luka, así como el campo de concentración de Manjaca. Cuando Wiesel volvió a Estados Unidos, sostuvo una larga charla con Eagleburger, en la que lo convenció de que una denuncia era una obligación moral. Pero Eagleburger dejó en claro que no exigía la captura forzosa de los hombres que nombró; Karadzic, uno de ellos, caminaba libre afuera de la sala principal de conferencias en Ginebra.⁹¹ Seguiría siendo un valioso elemento en las negociaciones durante otros dos años y medio. Además, Estados Unidos no siguió las recomendaciones de Eagleburger de asignar funcionarios del departamento de Estado o de los servicios de Inteligencia para preparar causas contra estos dirigentes. Según Johnson, cuando el departamento por fin dio evidencia a la Comisión de Crímenes de Guerra de la ONU, le asignó la tarea a un funcionario del servicio extranjero de la Oficina de Derechos Humanos, quien carecía de todo conocimiento de asuntos balcánicos, y a un pasante temporal del departamento recién titulado.⁹²

Lo más cerca que llegó el gobierno de Bush de reconocer genocidio fue el 18 de diciembre de 1992, cuando Estados Unidos participó en una extensa resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas que responsabilizaba a las fuerzas serbias y montenegrinas de agresión y a la “aborrecible política de ‘limpieza étnica’, una forma de genocidio”.⁹³ La voz estadounidense fue una de muchas. Tal vez no se oyó, y sin duda no se le prestó atención alguna.

Por la misma época, Hooper y Johnson presentaron un segundo memorándum en el canal de disidentes del Departamento de Estado para solicitar la búsqueda de un cargo legal por genocidio. El documento entró en circulación el 20 de diciembre. Con rapidez obtuvo las firmas de los

vicesecretarios de Estado de la INR, asuntos legales, asuntos europeos y organizaciones internacionales. Sin embargo, con esas rúbricas, el departamento quedó virtualmente cerrado por las fiestas hasta el 3 de enero de 1993. Un memorándum que declaraba que los serbios cometían genocidio estuvo dos semanas cerrado mientras los funcionarios del Departamento de Estado celebraban Navidad y Año Nuevo.

Al regresar el secretario Eagleburger, por fin dio su asentimiento; pero también dijo que sería injusto que el gobierno de Bush dictaminara genocidio a poco de asumir el nuevo gobierno. Como lo expresó Western: “El último acto del gobierno de Bush no iba a ser: ‘Este... ¿saben?, esto es genocidio. No le prestamos atención. Tomen, ocúpense ustedes’” El 19 de enero, último día del gobierno de Bush, Patricia Diaz Dennis, vicesecretaria de Estado de derechos humanos y asuntos humanitarios, expresó con ambigüedad:

En Bosnia, nuestro informe describe extensas atrocidades sistemáticas, que incluyen la violación y matanza de víctimas civiles, al punto de que tal vez raye en el genocidio. No decidimos aún si es cuestión legal. La conducta en Bosnia es genocida, pero es claro que los abusos que han tenido lugar allí en el último año son tales que, como ya noté, se aproximan a ese particular término legal.⁹⁴

Antes de entregar el gobierno, Bush hizo algo que tendría graves repercusiones para la política exterior del gobierno de Clinton: envió 28 000 soldados estadounidenses a alimentar a civiles hambrientos en Somalia. Aunque el presidente Bush consideraba esta misión puramente humanitaria, Scowcroft, el asesor sobre Seguridad Nacional, veía involucrados dos intereses nacionales “íntimamente ligados a nuestra decisión de no intervenir en Yugoslavia”. Sostuvo a la sazón, primero, que Estados Unidos tenía que mostrar que “no fue que tuviéramos miedo de intervenir en el extranjero; simplemente no eran propicias las condiciones en Bosnia”; segundo, Scowcroft creía que su país necesitaba mostrar al mundo musulmán que su decisión de mantenerse fuera de Bosnia no se debía a la fe mahometana de las víctimas: “Para mí, Somalia nos dio la oportunidad de mostrar que se equivocaban. Era un Estado del hemisferio sur, negro, no cristiano; era el epítome de un Estado tercermundista”. Al preguntársele por qué el Tercer Mundo tenía importancia para los intereses vitales de Estados Unidos, Scowcroft responde: “Las opiniones de los dirigentes tercermundistas son importantes porque, para ser líder mundial, es necesario convencer a la gente de que le conviene seguirnos. Si todo el mundo nos odia, es

difícil ser líder mundial”.

La intervención en Somalia hacía mucho menos probable que Estados Unidos hiciera algo por frenar la matanza en Bosnia. Bush ordenó una intervención humanitaria: las tropas estadounidenses estaban ocupadas en otra cosa.

Entretanto, la guerra siguió en Bosnia. La única buena noticia que recibieron los bosnios mientras soportaban su primer invierno de guerra fue que su aliado intervencionista Bill Clinton había ganado las elecciones en Estados Unidos. Estaban seguros de que la asistencia estaba en camino.

RESPUESTA (CLINTON)

“Una prueba inmediata y crucial”

Si los estadounidenses han aprendido a ignorar promesas de campañas electorales, los posibles beneficiarios de estas promesas en el exterior son un poco menos incrédulos. Como candidato a presidente, Clinton sostuvo que Estados Unidos tenía intereses en la contienda bosnia. Y si Bush había usado su posición para hablar en contra de actuar, ya para la toma del poder de Clinton, en enero de 1993, alrededor de 58% de los estadounidenses era partidario de usar la fuerza militar para proteger el envío de ayuda humanitaria e impedir atrocidades.⁹⁵ Clinton eligió a Anthony Lake como su principal asesor sobre política extranjera. Éste tenía la reputación de hombre de conciencia por su renuncia al Consejo Nacional de Seguridad en protesta por la decisión de Nixon en 1970 de enviar tropas a Camboya. En la revista *Foreign Policy*, en 1971, Lake y un colega reflexionaron acerca del proceso por el que los estadounidenses de carácter noble pudieron permitirse librar la Guerra de Vietnam, con consecuencias tan inmorales: “La respuesta comienza con una postura intelectual básica que ve en la política exterior una serie de abstracciones carentes de vida”, y añadieron:

Un liberalismo que procura tratar problemas intensamente *humanos* en lo interno cambia abrupta pero naturalmente a conceptos abstractos cuando se trata de hechos allende sus costas. “Naciones”, “intereses”, “influencia”, “prestigio”, son todos términos incorpóreos y deshumanizados que alientan con facilidad la desatención a personas reales cuyas vidas se alteran o incluso terminan en virtud de nuestras decisiones.⁹⁶

Sin embargo, cuando a Lake y sus colegas demócratas se les puso a prueba, si

bien prestaron mucha más atención al sufrimiento humano en Bosnia, no intervinieron ni lo redujeron.

Al poco tiempo de señalado como posible asesor de Seguridad Nacional, Lake recibió un extenso memorándum de Richard Holbrooke, que acababa de regresar de Bosnia. En este viaje, el segundo, justo después de la Navidad de 1992, Holbrooke visitó Sarajevo, donde vio a musulmanes que quemaban libros en un intento de calentar sus gélidos hogares. Se quedó en el Holiday Inn, cuyas habitaciones aún estaban manchadas de sangre de las primeras matanzas. También entrevistó a sobrevivientes de los campos serbios en el norte de Bosnia. Un hombre, que describió el horror de la vida en el campo de Manjaca, sacó dos figuras de madera de debajo de su colchón. Las mismas, que talló con un pedazo de vidrio roto, representaban a los prisioneros como se les obligaba a pararse, con las cabezas hacia abajo y las manos atadas a sus espaldas. Cuando Holbrooke hizo ademán de devolverlas, el ex prisionero lo detuvo: “No, por favor, lléveselas a su país y muéstreles a su gente. Muestre a los estadounidenses cómo nos han tratado. Cuénteles a su país lo que nos está pasando”.

El 1 de enero de 1993, mientras Holbrooke esperaba en el aeropuerto de Sarajevo para partir, escribió en su diario: “Si no doy a conocer mi parecer al nuevo equipo [de Clinton], no habré hecho lo suficiente para ayudar a la gente desesperada que acabamos de ver; pero si presiono, voy a parecer demasiado agresivo. Me siento atrapado”.⁹⁷ Volvió a Estados Unidos, y llevaba consigo a todas partes los dos figurines: apareció con ellos en el show de Charlie Rose y permitió que los fotografieran para una página entera en color en la revista del *New York Times*. En su memorándum a Lake y al flamante secretario de Estado de Clinton, Warren Christopher, Holbrooke se ofreció a actuar como mediador de Estados Unidos en los Balcanes. Jamás recibió respuesta a su oferta.

A pesar de todo, el equipo de política exterior de Clinton sí realizó una esmerada revisión de la política sobre Bosnia. Los veteranos del servicio extranjero que sirvieron durante el gobierno de Bush necesitaban tiempo para adaptarse al nuevo sentido de posibilidad. Harris, funcionario de la oficina de Bosnia, observó después: “Funcionarios de carrera, que se dejaron condicionar por dos años de inacción, desatención y tensiones preelectorales del gobierno de Bush, no parecían percibir que ya podían hablar abiertamente e incluso a favor de soluciones militares”.⁹⁸

El equipo de política exterior de Clinton parecía dispuesto a ofrecer al menos

un diagnóstico franco del conflicto. El 10 de febrero de 1993, a 10 meses del comienzo de la guerra, que se calculaba ya había producido 100 000 muertes, el secretario Christopher, otro veterano del gobierno de Carter, se pronunció mucho más enérgicamente que cualquiera de los funcionarios del gobierno de Bush:

Este conflicto podrá estar lejos de nuestras costas, pero no es de modo alguno ajeno a nuestras preocupaciones. No podemos darnos el lujo de ignorarlo [...] Tiranos ensobrecidos y atemorizadas minorías observan si la limpieza étnica es una política que el mundo está dispuesto a tolerar. Si ansiamos promover la libertad, si pretendemos alentar las democracias étnicas pacíficas, nuestra respuesta debe ser un decidido “No”.⁹⁹

El secretario describió después vívidamente la limpieza étnica serbia, “aplicada mediante asesinatos en masa, palizas y violaciones sistemáticas de musulmanes y otros, prolongados bombardeos de inocentes en Sarajevo y otros lugares, desalojos forzados de poblados enteros, y el inhumano trato a los prisioneros de los campos de detención”. Dijo reconocer que la respuesta mundial constituiría “una crucial prueba a corto plazo de cómo habrá de enfrentar las críticas cuestiones de las minorías étnicas y religiosas en el mundo de la posguerra fría”.

Pero las prescripciones de Christopher eran débiles. Juró aplicar “todo el peso de la diplomacia estadounidense a fin de llegar a una solución pacífica”.¹⁰⁰ No dio un ultimátum a los serbios. No mencionó la fuerza militar. Los serbios sólo tenían la acostumbrada obligación de aparecer para las conferencias de paz. Privados de agua, gas, electricidad y comodidades básicas, cualquier funcionario balcánico le daba la bienvenida a un viaje diplomático (y de compras) a los lujosos hoteles de Nueva York, Londres y Ginebra.

Aunque los intervencionistas en el Departamento de Estado se desesperaban ante la vaguedad de la nueva política, intentaron darle un giro positivo al anuncio. Recuerda Harris: “Vimos que partíamos de este desafortunado pronunciamiento de Christopher. Pero sabíamos que las cosas estaban difíciles y que no mejorarían, sobre todo después de que Milosevic mismo hubiera visto la declaración. Al menos este gobierno entendía lo que ocurría allá. Calculábamos que los hechos pronto obligarían a Christopher a revisar nuestra política”.

DISENSO ABIERTO

En vísperas del esperado anuncio de Christopher sobre la política que seguiría, los funcionarios de carrera en el servicio exterior Hooper y Johnson se acercaron al micrófono del “foro abierto” del Departamento de Estado, programa que posibilita a los empleados o a sus invitados hablar a grupos pequeños o numerosos acerca de temas candentes de política exterior. El líder kurdo Jalal Talabani utilizó justamente ese foro para instar a Estados Unidos a que respondiera a la ofensiva Anfal de Saddam Hussein contra los kurdos. Así como apenas dos docenas de personas habían aparecido para escuchar a Talabani en 1988, más de 200 se reunieron para la exposición de Hooper y Johnson en 1993.

En su discurso de 10 minutos, en el que trabajó durante semanas, Hooper transmitió el mensaje que recibió antes del director de la oficina de Eagleburger: el abrumador apoyo en favor de la intervención en las filas del departamento no seguía su camino a lo largo de la cadena. El que sólo se escucharan opinar entre sí sus colegas sobre Bosnia alrededor de los dispensadores de agua no significaba que el mensaje llegara al séptimo piso, donde se concentra el poder (el secretario y sus más elevados asesores).

Hooper denunció la confianza de los poderes occidentales puesta en la mera negociación:

Si el conflicto reflejara diferencias legales y constitucionales resultantes del desmembramiento de Yugoslavia, una diplomacia creativa y negociaciones de compromiso ofrecerían alguna esperanza. Nos apoyaríamos en las herramientas de nuestra profesión —memorandos, cables, comunicados, reuniones, visitas y temas de conversación— para facilitar un genuino proceso de paz. Pero el conflicto se impulsa por una puja serbia de asegurar la supremacía racial y nacional.

Ésta fue la primera ocasión en su carrera burocrática de 20 años en que Hooper expresó su frustración en público. Comparó la “engañosa” fe de Estados Unidos en el proceso de paz con la de los aliados antes de la segunda Guerra Mundial, y recordó a la audiencia: “El problema de Munich no estaba ni en sus cláusulas ni el mapa”. Hooper se refirió a los libros de historia que consultó, con énfasis en la inmovilidad del departamento durante el genocidio de Hitler: “No todas las instituciones reciben una segunda oportunidad”. Tras una pausa para dar mayor efecto, agregó: “Ésta es nuestra segunda oportunidad”. El departamento debía declarar “sin ambages, de manera oficial y pública”, que Serbia cometía genocidio. Los comentarios de Hooper no eran reservados, por lo que se divulgaron en telegramas a todos los puestos diplomáticos. Recuerda: “No

creería la cantidad de personas que se me acercaban en el departamento después de ese discurso para darme las gracias”.

Del mismo modo, Hooper sabía que pocos de sus colegas comprometidos se atreverían a desafiar a sus jefes. Decidió reclutar a una voz de autoridad moral ajena a la institución: Elie Wiesel. Éste ya había tenido un papel clave para convencer a Eagleburger de que mencionara nombres en diciembre de 1992. Y el 22 de abril de 1993, Wiesel habló improvisadamente al presidente Clinton, quien estaba sentado detrás de él: “Señor presidente, no puedo dejar de contarle algo”, declaró, volviéndose del podio para enfrentar al presidente. “Visité la ex Yugoslavia en el último otoño. No puedo dormir después de lo que vi. Esto lo digo como judío. Debemos hacer algo para poner fin al derramamiento de sangre en ese país”.¹⁰¹

El presidente Clinton no se hizo esperar para establecer una distinción entre los dos crímenes. Ese día, más tarde, comentó a la prensa: “Pienso que el holocausto está en una categoría por completo diferente. Opino que éste no tiene precedente ni parangón en la historia de la humanidad”. La falta de acción estadounidense frente al problema en Bosnia no podía compararse con su fracaso al bombardear las vías ferroviarias en los campos nazis. No obstante, reconoció que la “limpieza étnica es la clase de inhumanidad que el holocausto llevó a la enésima potencia —y agregó—: Creo que es necesario oponerse a ella. Pienso que está mal”. Sin embargo, una vez más reveló su ambivalencia: “Eso no significa que Estados Unidos haya de entrar en guerra”.¹⁰²

El 28 de abril de 1993, a pedido de Hooper, Wiesel habló una vez más, esta vez en el colmado Auditorio Dean Acheson, del Departamento de Estado. Más de 300 personas se hicieron presentes para oír denunciar a Wiesel la inacción estadounidense. El momento más dramático tuvo lugar no en el auditorio, sino en una pequeña reunión de almuerzo al finalizar el suceso. Wiesel recuerda haberse vuelto a Peter Tarnoff, subsecretario de Asuntos Políticos para exclamar: “¡Éstos son *campos*, por amor de Dios! ¿No pueden liberar aunque sea uno de ellos?” Tarnoff no respondió, pero Ralph Johnson, subvicesecretario principal para asuntos europeos, intentó defender al gobierno: “Tenemos miedo de que si intentamos liberarlos, habría represalias y matarían a los prisioneros en ellos”. Tras un prolongado e incómodo silencio, Wiesel lo miró con los ojos ardientes y dijo quedo: “¿Se da cuenta usted de que precisamente eso dijo el Departamento de Estado durante la segunda Guerra Mundial?”

Mientras Hooper, Wiesel y otros continuaron intentando provocar una política más agresiva señalando el holocausto, el equipo de Clinton entró en una desgarrada campaña para no etiquetar como “genocidio” a los hechos.

El 30 de marzo, en una audiencia senatorial de la Subcomisión de Operaciones Internacionales, el senador Dennis DeConcini (demócrata por Arizona) retó a Christopher: “¿Le cabe alguna duda de que ha tenido lugar un genocidio en Bosnia-Herzegovina?”, preguntó. El secretario de Estado respondió: “No tengo duda alguna de que han tenido lugar violaciones y limpieza étnica, y otros actos casi indescriptibles, y sin duda llegan a un punto que puede calificarse como equivalente al genocidio. La definición técnica no es lo que acaso importe en esto. Lo que sí rige es que es una conducta atroz, es atrocidad tras atrocidad, y debe ser detenida”.¹⁰³ Tanto Clinton como Christopher tendían a hablar del conflicto como si aún estuvieran en campaña electoral, y no como los individuos mejor ubicados para detenerlo.

El diputado McCloskey, demócrata por Indiana, fue quien más luchó para que se aplicara el término. En noviembre de 1992 viajó por segunda vez a la región, en esta ocasión a Bosnia, donde comprobó el cumplimiento de las aciagas predicciones del año anterior en Belgrado. Supo de violaciones, golpizas y castraciones con tijeras de podar que renovaron sus esfuerzos en la Comisión de Diputados para las Fuerzas Armadas. Cuenta: “Los relatos de la gente eran increíbles. Era casi como algo al estilo de Pol Pot en términos de lo que los serbios hacían a intelectuales, docentes, ingenieros”. McCloskey se conmovió en especial por una anciana de 81 años que lo llevó aparte y le describió cómo los serbios mataron a toda su familia. Antes de que los serbios entraran en su casa, le rogó a su hijo que le diera muerte para no ver lo que sabía que iba a suceder. Pero él se negó, y ella tuvo que observar cómo los milicianos serbios lo despedazaban. Cuando habló con McCloskey, censuraba a su hijo por su falta de valor para matarla.

Cuando McCloskey retornó a Estados Unidos, contó esa historia una y otra vez para transmitir no sólo el salvajismo de la guerra en Bosnia, sino la tragedia de su legado. Los sobrevivientes de las atrocidades muchas veces se consideraban “afortunados”, pero muchos guardaban recuerdos tan horribles del final de sus seres amados que envidiaban a los muertos. Las memorias eran doblemente devastadoras: una amistad o un pariente al que se mataba a golpes, cuchilladas o tiros, y el espectáculo de la persona reducida en sus momentos

finales a su conducta más primitiva. En Bosnia, donde los jardines tan a menudo se convertían en campos de matanza y los hogares en infiernos, las familias que se dedicaban a lo suyo en sus casas rara vez esperaban que alguien tocara a sus puertas por la noche. Y para los ejecutados en medio de la noche era justo esta falta de preparación —el que siguieran viviendo como seres humanos hasta el final— lo que aseguraba que habían disfrutado de la vida hasta hacía demasiado poco como para abandonarla. No se habían dado por vencidos respecto de la posibilidad de la persuasión o la capacidad de compasión del asesino. Aunque les avergonzaba, llegaban a extremos indecorosos para seguir con vida. Mientras que las esperanzas de las víctimas se recompensaban con un tiro en la garganta o una cuchillada en la ingle, las memorias de esos últimos momentos en los sobrevivientes excluían cualquier otro.¹⁰⁴ En lugar de recordar a amigos y familiares por el modo como vivieron, los sobrevivientes los recordaban por la manera horrorosa en que morían.

McCloskey repitió sus sangrientas anécdotas, inesperadas e indeseadas, con suficiente frecuencia para irritar a sus colegas congresistas. En total viajó casi una docena de veces a la región en el transcurso de la guerra de tres años y medio. A su vuelta, McCloskey perseguía a aliados posibles por los corredores. Recuerda: “Cuando se cuentan estos relatos, la gente lo mira a uno como si viviera en la luna. Me decían: ‘Pero eso no tiene nada que ver con Decatur, Illinois’, o ‘A mi distrito electoral no le interesa eso’”. La mayoría de los colegas de McCloskey lo evadía. Sintió particular decepción cada vez que sus colegas lo atacaban personalmente por su postura. Ron Dellums (demócrata por California), presidente de la Comisión de las Fuerzas Armadas, tachó de buscapleitos a McCloskey, quien dice: “Por poco me retiro de la reunión ahí mismo y presento mi renuncia a la comisión. No era justo permitir que se matara y mutilara gente. Para mí era más que claro. Supongo que podía entender que alguien no estuviera de acuerdo conmigo, pero no que me llamara ‘buscapleitos’. Eso era demasiado”.

McCloskey consiguió una copia del Convenio sobre Genocidio, y se refería a él con frecuencia: “Existen grados de genocidio, y los diversos líderes genocidas tienen distintas capacidades de destrucción”. Igual que Lemkin y Galbraith, McCloskey era inmovible en cuanto a no permitir que el holocausto se convirtiera en parámetro para actuar: “Tenía que mostrarle a la gente que no existe nada en el convenio que diga que un crimen tiene que llegar a las

proporciones del holocausto para contar como genocidio”.

El 1 de abril de 1993, en una audiencia de la Subcomisión de Operaciones Internacionales de Diputados, McCloskey dio comienzo al primero de una memorable serie de intercambios con el secretario Christopher sobre el uso de lo que pasaría a denominarse la “palabra con g”.

DIPUTADO MCCLOSKEY: Con anterioridad al Congreso y en respuesta a la cuestión de si tiene lugar un genocidio en Bosnia, la contestación del Estado fue que han tenido lugar actos de un grado equivalente al genocidio. Opino que ésa es una respuesta poco clara a una cuestión muy importante en el ámbito de la elaboración de políticas. ¿Ordenaría usted una determinación clara, explícita —sí o no—, si la monstruosa barbarie sistemática serbia constituye genocidio? SECRETARIO CHRISTOPHER: Respecto de la definición de las circunstancias en Bosnia, sin duda responderemos. Es una cuestión legal la que usted plantea. He dicho repetidas veces que la conducta ahí es atroz. La matanza, la violación, la limpieza étnica es un conjunto de actos decididamente atroz. Si se ajusta a la definición técnica legal de genocidio es un asunto que investigaremos y sobre el que nos pronunciaremos.¹⁰⁵

Más tarde, ese mes, el saliente vocero departamental, Richard Boucher, pidió al funcionario Harris, de la oficina de Bosnia, que redactara una declaración para expresar que “el gobierno de Estados Unidos cree que la práctica de ‘limpieza étnica’ en Bosnia incluye acciones que se ajustan a la definición internacional de genocidio”. Pero la declaración fue anulada —según Harris— a manos del vocero entrante, Thomas Donilon, previa consulta con el secretario Christopher.

UN INTERCAMBIO SALUDABLE

A medida que se aclaraba el horizonte político, los que movían la cuestión día con día se intranquilizaban más, no menos. Harris, veterano de ocho años en el departamento, decidió que tenía poco que perder si desafiaba la timidez del gobierno. Poco después de comparecer Christopher en el Congreso, al mismo tiempo que los serbios parecían a punto de tomar inevitablemente la ciudad de Srebrenica, en poder de los musulmanes, Harris señaló en una carta a Christopher que Estados Unidos intentaba detener un “genocidio” serbio sólo con medios políticos y económicos: “En su efecto, el resultado de estas medidas ha sido la capitulación de Occidente a la agresión serbia”.¹⁰⁶ La política debía cambiar. Cada funcionario adscrito a un país en el departamento al que se acercó

Harris accedió a firmar la carta, los de las oficinas de Serbia y Montenegro, Albania, Rumania, Bulgaria, Macedonia, Croacia, Eslovenia, así como varios funcionarios dedicados a asuntos del Este europeo y política estadounidense en las Naciones Unidas, para formar un grupo que se conoció como la “dirty dozen” [*Doce del patíbulo*, por el título de una película]. Según Harris, pudo haber conseguido muchas más firmas si hubiera tenido tiempo: “Cuando se es parte de una burocracia, o se agacha la cabeza con cinismo, cansancio e indiferencia o se levanta la cabeza para hacer algo”.

Estos funcionarios de nivel menor y medio recibieron ayuda de sus influyentes aliados ajenos al departamento. La carta de los “doce del patíbulo” se divulgó, y el mensaje de los disidentes se reforzó con un coro de aprobación entre los más renombrados formadores de opinión. La guerra se alargaba, y a muchos estadounidenses prominentes les preocupaba la pasividad de Clinton. Se sumaron conocidos belicistas de allende el Atlántico. En una entrevista televisiva, la ex primera ministra británica, Margaret Thatcher, quien le recomendó al presidente que no “vacilara” ante la invasión de Saddam Hussein a Kuwait, dijo sobre Bosnia: “Nunca pensé que vería otro holocausto de nuevo en mi vida”. Después se preguntó si debería dedicarse a alquilar cojones.¹⁰⁷

El senador Joseph Biden (demócrata por Delaware) se alió con Dole en una campaña bipartidista del Senado para ayudar a los arrinconados musulmanes. Con el presidente Bush, los dos presentaron proyectos de ley que habrían autorizado hasta 50 millones de dólares en existencias del Departamento de Defensa en armas y equipo militares a los musulmanes, una vez que se levantara el embargo. Biden visitó Sarajevo en abril y, a su regreso, su furia se intensificó. Muy parecido a Theodore Roosevelt tres cuartos de siglo antes, Biden acusó al gobierno de Clinton de colocar a trabajadores humanitarios y tropas de paz donde no les correspondía para usarlos como pretexto para la inacción. El nuevo orden mundial estaba en ruinas, afirmó, porque Estados Unidos y sus aliados le daban un nuevo significado a la seguridad colectiva. Afirmó: “Tal como la define esta nueva generación de dirigentes, la seguridad colectiva quiere decir echarse uno a otro la culpa por no hacer nada, y así todos tienen excusa. No significa mantenerse juntos: significa esconderse juntos”.¹⁰⁸

En mayo de 1993, como resultado de presiones externas e internas, Clinton por fin accedió a una nueva política de Estados Unidos, conocida como “levantar y golpear”. Despachó al secretario Christopher en una misión de alto vuelo a

Europa con el objeto de convencer a los aliados de su país a levantar el embargo de armas contra los musulmanes de Bosnia y bombardear a los serbios, dos medidas recomendadas por Hooper y Johnson en su disenso de 27 páginas del año anterior, y por Holbrooke e innumerables otras personas en los medios de comunicación. Los dirigentes musulmanes bosnios manifestaron de nuevo que no querían tropas estadounidense, sino sólo que no apoyasen una sanción de la ONU que les ataba las manos, al dejar a los serbios con una avasalladora ventaja militar.

Pero el apoyo de Clinton al plan fue superficial, e inexistente la pericia de Christopher como vendedor. Según la columnista Elizabeth Drew, Hillary Clinton le regaló a su esposo un ejemplar de *Balkan Ghosts* [Fantasmas balcánicos], de Robert Kaplan, un relato de viajes bien escrito según el cual los pueblos de los Balcanes están destinados a odiarse y matarse entre sí.¹⁰⁹ Temeroso de un empantanamiento en una región irreparable, Clinton supuestamente se echó atrás en eso de “levantar y golpear”. Un funcionario de la OTAN, presente en la conferencia entre el secretario Christopher y el secretario general de la OTAN, Manfred Woerner, recuerda la evidente falta de entusiasmo de Christopher por la política. En ningún instante sacó la nariz de sus apuntes. Recuerda el funcionario: “Christopher comenzó a hablar de la política de levantar y golpear propuesta por Estados Unidos, pero de una manera que destacaba las desventajas antes que las ventajas. Llegó el momento en que Woerner se dio cuenta de lo que se tramaba: se le invitaba a pensar que la política no era buena idea. El problema era que no la consideraba mala en absoluto”. Christopher retornó a su país y anunció que fue un buen “intercambio de ideas” con sus contrapartes europeas. Más vale que haya sido así. Como expresó Richard Perle, ex funcionario del Departamento de Defensa en la época de Bush: “Christopher se fue a Europa con una política estadounidense y volvió con una europea”. La política de levantar y golpear se abandonó.

De resultas de la visita de Christopher, Estados Unidos y las demás potencias del Consejo de Seguridad de la ONU llegaron a una política de transigencia. En vez de levantar el embargo y bombardear a los serbios, acordaron crear “zonas de seguridad” en el enclave oriental musulmán de Srebrenica, en la capital Sarajevo, y en otros cuatro densamente poblados centros civiles sitiados por los serbios. El secretario general de la ONU, Boutros Boutros Ghali, informó al Consejo de Seguridad que se necesitaban 30 000 soldados para protegerlos. Gracias en gran

parte a la negativa estadounidense de contribuir con soldados y personal de faena para agregarse a los estados europeos con tropas ya en Bosnia, llegó sólo una minúscula fracción de las fuerzas necesarias para guarnecer, vigilar y defender estos reductos. El presidente Clinton mismo llamó a las zonas de seguridad “galerías de tiro”. El problema permaneció irresuelto, los serbios virtualmente sin traba, y la indignación que condujo la atención de Clinton a la tragedia amainó con el tiempo. La mirada del mundo se distrajo. Y las zonas de seguridad quedaron débilmente atendidas y muy vulnerables.

Con el plan de “levantar y golpear” los jóvenes funcionarios del servicio exterior supusieron que el sistema los compensaría por su disenso. Se sintieron devastados por la concesión de las zonas de seguridad. Vieron en el viaje de Christopher su última y mejor esperanza de cambiar la política y salvar el menguante país de Bosnia. El senador Dole, líder de la minoría en el Senado, se hizo oír en las páginas editoriales para criticar al presidente Clinton de llegar a una política realista respecto de Bosnia y luego abandonarla, “cuando el consenso no aparecía mágicamente en su puerta”. Dole advirtió que, aunque pareciera que sólo había intereses humanitarios en Bosnia, también había intereses *estadounidenses*. Si Clinton se hacía de la vista gorda ante las atrocidades serbias en Bosnia, Milosevic se volvería muy pronto contra los albaneses de Kosovo, provocando una guerra en la región. Los fundamentalistas islámicos usaban la indiferencia de Occidente respecto del sufrimiento de los musulmanes como mecanismo de reclutamiento. Y aumentaba la inestabilidad global porque Estados Unidos y sus aliados sugirieron que era posible modificar fronteras sin consecuencia internacional. Dole escribió: “Estados Unidos, en lugar de dirigir, vacila y habla por hablar en público. Esta desdeñosa y floja presencia estadounidense en la escena internacional es justamente la clase de invitación con la que sueñan dictadores y agresores”. Recomendó a Clinton reunir a sus aliados de la OTAN y dar el ultimátum: los serbios debían atenerse al último cese al fuego, permitir el acceso de todo convoy humanitario, colocar sus terribles armas pesadas bajo el control de las Naciones Unidas y disolver sus fuerzas paramilitares. Si no cumplían con las exigencias de Estados Unidos, debían comenzar los ataques aéreos y levantarse el embargo de armas contra los musulmanes bosnios para que ellos mismos pudieran proteger las vulnerables zonas de seguridad.¹¹⁰

Se ignoró a Dole, junto con los belicistas del Departamento de Estado.

La Casa Blanca durante el gobierno de Clinton deploró el sufrimiento de los bosnios mucho más que la de Bush, pero una serie de factores hizo que Clinton rehuyera al uso de la fuerza. Primero, los asesores militares recomendaron la abstención. Clinton y sus asesores políticos superiores tenían escasa experiencia personal en asuntos militares. Los demócratas no ocupaban la Casa Blanca desde 1980. El general Colin Powell, aún comandante de la plana mayor hasta septiembre de 1993, todavía se guiaba por una profunda hostilidad a misiones humanitarias que no involucraran intereses vitales de Estados Unidos. Clinton escuchaba en especial a Powell por haber sido ridiculizado en público, durante su campaña electoral, como evasor de la conscripción y por manejar mal un proyecto inicial de permitir a los homosexuales formar parte de las fuerzas armadas.

En segundo lugar, los arquitectos de la política exterior de Clinton eran multilateralistas convencidos. Actuarían sólo con el acuerdo y participación activa de sus socios europeos. Francia y Gran Bretaña contribuyeron con 5 000 soldados de paz en Bosnia como parte de la entrega de ayuda humanitaria de la ONU, y tenían represalias serbias contra sus tropas. Además, confiaban en que las negociaciones de paz Vance-Owen en algún momento rindieran frutos. Al controlar los serbios algo así como 70% del territorio en 1993, muchos dirigentes europeos instaban en privado a la partición étnica. Clinton tampoco quería ofender a los rusos, quienes simpatizaban con sus correligionarios serbios cristianos ortodoxos.

En tercer lugar, a Clinton le importaba la opinión pública estadounidense. Al igual que el equipo de Bush, el gobierno de Clinton tenía un ojo en Bosnia y otro en las encuestas. Aunque diversos sectores estadounidenses apoyaban la intervención, los porcentajes variaban según el planteamiento de las preguntas. Y los funcionarios estadounidenses no confiaban en que el apoyo del público resistiera las bajas estadounidenses. Se criticaba a los funcionarios más pendientes de las encuestas, por su postura tipo “Blanca Nieves” respecto de la política exterior. En efecto, preguntaban: “Espejito, espejito, dime cómo conseguir más porcentaje” [en las encuestas]. Y se dedicaron a soslayar la indignación moral, por lo que los funcionarios superiores adoptaron imágenes y léxico de “tragedia” más que de “terror”.

El secretario de defensa, William Perry, declaró: “Mucha gente, a la par que

simpatiza con los musulmanes de Bosnia, encuentra demasiado confusa, complicada y frustrante la situación. Dicen que lo de Bosnia es una tragedia, pero no es nuestra tragedia. Dicen que debemos lavarnos las manos por completo de la situación”. Según Perry: “no existe apoyo del público ni del Congreso para intervenir como combatientes en esta guerra, de manera que no lo haremos”.¹¹¹

Históricamente, los estadounidenses se han opuesto a las campañas militares extranjeras, salvo en casos en que Estados Unidos o sus ciudadanos han sido atacados, o cuando el gobierno ha intervenido y luego se remitió al pueblo, para beneficiarse del efecto de “colaboración patriótica”. A falta de liderazgo, el público es ambivalente en el mejor de los casos. Seis meses antes de Pearl Harbor, 76% de los estadounidenses estaba a favor de suministrar ayuda a Gran Bretaña, pero 79% estaba en contra de entrar en la segunda Guerra Mundial.¹¹² Una vez que Estados Unidos participó, por supuesto que el apoyo tuvo un aumento vertiginoso. Dos meses antes de la invasión de Panamá en 1989, apenas 26% de los estadounidenses favorecía la utilización de tropas para derrocar a Manuel Noriega, pero una vez que sucedió, 80% apoyó la decisión.¹¹³ Una semana después de que Saddam Hussein invadió Kuwait en agosto de 1990, antes de que Bush movilizara el apoyo para el combate de Estados Unidos, una mayoría de estadounidenses se oponía a invadir Irak o a realizar siquiera ataques aéreos contra bases militares iraquíes. Cuatro de cada diez llegó a opinar que Estados Unidos “no debía participar en una guerra terrestre en Medio Oriente, aun cuando la invasión iraquí significara el control permanente de Irak sobre Kuwait”.¹¹⁴ Incluso después de que Bush enviase tropas al Golfo, al comparar a Hussein con Hitler, los estadounidenses preferían mantener las sanciones económicas y diplomáticas. Cuando se les preguntó directamente en noviembre de 1990 si Estados Unidos debía ir a la guerra, 58% contestó que no. Alrededor de 62% consideraba probable que la crisis se estancara y se convirtiera en otra situación tipo Vietnam.¹¹⁵ Al mencionarse la posibilidad de bajas estadounidenses, el apoyo cayó más todavía.¹¹⁶ Sin embargo, cuando las tropas estadounidenses lucharon contra la Guardia Republicana iraquí, más de 80% respaldó la decisión de Bush de pelear.¹¹⁷

En vez de seducir al pueblo estadounidense para apoyar la intervención humanitaria, Clinton adoptó una política de no enfrentamiento. El gobierno no quería enfrentar a los serbios e, igualmente importante, no deseaba confrontar a quienes, entre los militares y la alianza occidental, se oponían a la intervención.

El equipo de política exterior de Clinton aguardaba el consenso, y cayó en los hábitos de su predecesor. Clinton en sí dio testimonio de lo que era su profunda ambivalencia respecto de un papel estadounidense en los Balcanes: “Estados Unidos siempre debe buscar la oportunidad de oponerse —al menos *verbalmente*— a la inhumanidad”.¹¹⁸

De este modo, el lenguaje cambió de aquél del compromiso moral al del desconcierto amoral. Volvieron las imágenes fortalecedoras de la idea de “futilidad”. El secretario de Estado, Christopher, dijo: “El odio entre los tres grupos [...] es casi increíble. Es casi aterrador, y tiene siglos de antigüedad. Eso es en realidad un problema infernal. Y creo que Estados Unidos hace todo lo posible para resolver el problema”.¹¹⁹ El ministro británico de Relaciones Exteriores, Neville Chamberlain, en su momento denominó la crisis de Checoslovaquia “una reyerta en un país extranjero entre pueblos de los que no sabemos nada”. En mayo de 1993, el secretario Christopher describió la guerra en Bosnia como “una crisis humanitaria lejos de casa, en medio de otro continente”.¹²⁰

A muchos funcionarios superiores se les dificultó comunicar a sus subalternos los principios morales en juego en Bosnia. Pero tal como aconteció con el Holocausto, Camboya e Irak del norte, resolvieron sus conflictos internos con la idea de que otros intereses y, más aún, otros valores tenían prioridad sobre los de los Balcanes. La intervención en Bosnia podía tener consecuencias adversas justamente para las personas que Estados Unidos intentaba ayudar. Cuanto más fuerzas de paz hubiera en Bosnia para entregar ayuda humanitaria o impedir ataques a las zonas de seguridad, tanto más la política de Occidente se volvía rehén de las preocupaciones por la seguridad de las tropas. De levantarse el embargo de armas o bombardearse los serbios, la ayuda humanitaria quedaría descoordinada, se retirarían las tropas de paz, se cancelarían las negociaciones y se perjudicaría a los supuestos beneficiados, los musulmanes de Bosnia.

También se verían afectados algunos preciados intereses locales. Después de más de una década de gobierno republicano en la Casa Blanca, los dirigentes demócratas hablaban de la importancia de reformas internas. Jimmy Carter malogró su oportunidad por la crisis de los rehenes en Irán, decía la gente; Clinton no podía desaprovechar este momento histórico. Dick Morris, antiguo encuestador de Clinton y a quien le gustaba jugar a tomar decisiones de política exterior, hizo de la “no intervención en Bosnia” el punto central de sus consejos.

Desde el principio dijo a Clinton: “No te conviertas en un Lyndon Johnson al sacrificar tu potencial para favorecer al país con una intervención destructiva e interminable en el extranjero. Es enfermedad de los demócratas tomar la misma compasión que motiva sus políticas locales, y dejar que los conduzca a heroicas pero malhadadas guerras en el extranjero”.¹²¹ De seguro, los riesgos morales eran grandes, pero más grandes eran los riesgos morales locales.¹²²

ATROCIDADES “DE TODOS LOS BANDOS”

A fin de subyugar las inquietudes que acechaban en las salas de Foggy Bottom, los funcionarios superiores echaron mano de la táctica de “culpar a la víctima”, puesta en juego siempre que los principios morales chocan con las acciones. Ningún genocidio desde el holocausto ha sido por completo blanco y negro, y los planificadores políticos han podido acentuar el gris de cada crisis. Los armenios y los kurdos no eran leales al Estado. En Bosnia el ejército musulmán también cometió abusos. Se hablaba de la culpabilidad de todos los bandos. Dijo el presidente Clinton: “Hasta que esta gente se canse de matarse entre sí, seguirán ocurriendo cosas desagradables”. En el *New Republic*, Anna Husarska hizo notar la falta de lógica de la postura de Clinton: “Supongo que si el presidente Clinton hubiera estado presente en el levantamiento del gueto de Varsovia en 1943, también lo habría descrito como ‘esa gente allí que sigue matándose entre sí’. ¿Cómo habría descrito el breve levantamiento en el campo de Treblinka?”¹²³

Harris, el funcionario de la oficina de Bosnia, recuerda los cuestionamientos de su supervisor Mike Habib sobre los informes de bombardeos serbios:

No quería que señaláramos con el dedo cuando no íbamos a hacer nada, así que preguntaba: “¿Cómo sabes que son los serbios?” Yo le contestaba que los serbios estaban apostados en las afueras de la ciudad con armas pesadas, y la ciudad estaba siendo bombardeada, así que los serbios la bombardeaban. Eso no servía. Yo tenía que escribir: “Hubo bombardeos” o “Hubo informes de bombardeos”. Era como si hubiera combustión espontánea por toda Bosnia.

Tal vez no sea coincidencia que los menos experimentados de los funcionarios tuvieran mayor propensión a darle cabida a su respuesta humana a la carnicería. Estos funcionarios rasos no permitían que su entendimiento de las pocas probabilidades de la intervención estadounidense nublaran ni alteraran su evaluación del problema. Pero su análisis interno y sus continuas peticiones no

obtuvieron respuesta. Enviaban a diario los informes de los oficiales de Inteligencia, personal de las embajadas y periodistas en el lugar, a través de la cadena de mando, y veían cómo se alteraban en cada peldaño de la escalera. Para cuando el análisis llegaba al secretario de Estado —si llegaba—, sus redactores originales no los habrían reconocido. Afirma Harris: “La política de Clinton carecía de realismo, pero nadie la quería cambiar, así que quienes la defendían, consciente e inconscientemente distorsionaban los hechos en Bosnia para que esa política pareciera sensata”. Al no tener la voluntad de cambiar, los funcionarios del gobierno de Clinton tenían que reinterpretar los hechos.

El 18 de mayo de 1993, Christopher pronunció un discurso indescifrable ante la Comisión de Asuntos Extranjeros de la Cámara Baja que dejó atónitos a sus escuchas al insinuar que los musulmanes bosnios mismos cometieron genocidio:

En primer lugar, respecto del caso moral que plantean ustedes, una de las partes sencillamente desconcertantes de este problema es que el caso moral es devastador, y claro que existen atrocidades, pero las atrocidades se cometen en todos los bandos. Como dije en mi declaración, la lucha tal vez más severa ha sido entre croatas y musulmanes [...] Verán indicaciones de atrocidades de cada uno de los tres bandos principales entre sí. El grado de odio es absolutamente increíble. Así que... es un poco diferente del holocausto. Ha sido fácil hacer analogías entre esto y el holocausto, pero jamás oí de ningún genocidio de los judíos contra el pueblo alemán.¹²⁴

Antes de brindar este testimonio, según un funcionario del departamento, Christopher había enviado un pedido urgente a la Oficina de Derechos Humanos del mismo para solicitar evidencia de atrocidades cometidas por los musulmanes de Bosnia.¹²⁵

En Bosnia, con el tiempo, el conflicto adquirió cada vez más la forma de una guerra civil. Durante la época de Bush, los paramilitares, la policía y los ejércitos regulares serbios capturaron a civiles desarmados y los internaron en campos; bombardearon los centros de ciudades, saquearon hogares, violaron a las mujeres y expulsaron a casi dos millones de croatas y musulmanes de sus hogares. Para cuando asumió Clinton el gobierno, los serbios habían completado gran parte de su limpieza étnica y ocupado casi las tres cuartas partes del país. Los musulmanes poco a poco formaron un ejército improvisado. También establecieron una red de contrabando que les permitió atenuar las frecuentes suspensiones de ayuda humanitaria de los serbios, y comenzar a equipar a sus

defensores con armas ligeras. Una expresión serbocroata dice: “Hacen falta dos cucharas para producir ruido”. Aunque los musulmanes empezaron a producir ruido al enfrentar los ataques serbios, sólo lograron conseguir una cuchara de té contra una pala, y sólo en determinadas partes del país. Para cuando el gabinete empezó a revolver en los datos para demostrar paridad, los musulmanes habían perdido favor adicional al entrar en guerra contra los croatas en Bosnia central (en gran medida a instigación de los croatas). Esto complicaba el cuadro con la creación de agresores múltiples. Cuando los musulmanes habían estado sin armas, sin ejército y sin posibilidades contra los bien pertrechados serbios en 1992, el gobierno de Bush tuvo el cuidado de destacar que “no había buenos en la película”. A mediados de 1993, una vez que esos mismos musulmanes adquirieron armamentos, un ejército y un segundo frente, no sorprende que predominase un vocabulario de “facciones” y “bandos en guerra”.

La realidad de la “resistencia” bosnia era mucho más digna de lástima. Las bien armadas fuerzas serbias lucían elegantes uniformes donados por el Ejército Nacional Yugoslavo del que descendían, mientras que las fuerzas musulmanas bosnias parecían vestir un *collage* a fuerza de recorrer ventas de garaje, con prendas de cualquier forma, tamaño y color en varios barrios distintos. Nada cabía ni iba con lo demás. Sus esfuerzos parecían tan poco profesionales que recordaban la descripción de George Orwell del intento de los antifascistas de defender la ciudad de Barcelona contra un ataque de las tropas de Franco. El abigarrado grupo en España procuraba fortalecer sus posiciones apilando bolsas de arena en las afueras de sus defensas y levantando pesados adoquines de la plaza central. Sin embargo, a falta del necesario instinto mercenario, numeraron pacientemente cada adoquín con tiza para devolver las piedras a su hueco correspondiente una vez que cesara la lucha.

Una razón por la que los negociadores occidentales y los planificadores políticos estadounidenses sucumbían a la tentación de emparejar a todos los bandos puede ser porque estaban igualmente frustrados con todos ellos. Los diplomáticos percibieron en seguida que ninguno de los líderes balcánicos — musulmán, serbio o croata— sentía particular preocupación por la suerte de su propia gente. Con pocas salvedades, a los dirigentes políticos no parecía importarles la forma en que su intransigencia en las negociaciones sentenciaba a los que estaban en los campos de batalla o en las calles. Esta división entre los dirigentes y las bajas de guerra no era nada nuevo. En 1917, cuando Siegfried

Sassoon se rehusó a volver al frente en Francia, preparó *A Soldier's Declaration* [La declaración de un soldado], en la que argumentaba que los políticos, quienes no sufrían en persona el conflicto, lo prolongarían deliberadamente. En la carta, publicada en el *Times*, Sassoon dijo que esperaba “colaborar a destruir la insensible complacencia con que la mayoría de los que se quedan en el país miran la prolongación de un suplicio que ellos no comparten y para palpar el cual no poseen la imaginación suficiente”.¹²⁶ La insensibilidad y falta de imaginación que caracterizaban a los dirigentes serbios, croatas y musulmanes durante la guerra daba motivo legítimo para causar desesperanza a los diplomáticos occidentales.

Pero la frustración estadounidense y europea provenía sobre todo de la impaciencia de los extranjeros ante la negativa de los musulmanes a deponer su resistencia. El anhelado, pero ineficaz, “proceso de paz” dependía de que los musulmanes cedieran gran parte del territorio del que fueron brutalmente expulsados. Muchos diplomáticos sentían que los musulmanes deberían entregarlo en aras de la paz. Debido a que los serbios se apoderaron de tanto territorio en tan poco tiempo, pudieron aparentar ser convencidos pacifistas, mientras que los musulmanes querían recobrar sus hogares.

Un posterior estudio de la CIA reveló que los serbios fueron “responsables de la mayor parte de la limpieza étnica en Bosnia”. Los musulmanes y croatas cometieron atrocidades “discretas”, pero carecían de “la intensidad, planificación y escala sostenidas de las serbias”.¹²⁷ Lejos de ser partidaria de la intervención estadounidense, determinó que 90% de las atrocidades durante los tres años y medio de guerra eran obra de las fuerzas paramilitares y militares serbias.

“NINGÚN INTERÉS NACIONAL”

En julio de 1993, la ciudad olímpica de Sarajevo soportó un intenso bombardeo de artillería, y parecía inminente su caída. En la prensa estadounidense abundaban las noticias sobre el costo humano de la carnicería. Al esperar el mundo liderazgo y soluciones de Estados Unidos, el secretario Christopher hizo pública la postura que justificaba la política de Clinton. Cuando un periodista preguntó qué haría Estados Unidos para detener lo que parecía la inminente caída de Sarajevo, Christopher respondió: “Es una trágica, trágica situación la de Bosnia, no les quepa duda. Es el problema diplomático más difícil del mundo,

creo, imposible de resolver con sencillez. Estados Unidos hace todo lo posible, en concordancia con nuestros intereses nacionales”.¹²⁸

Christopher era un veterano del equipo de política exterior de Carter, que contribuyó a la retórica de los derechos humanos en esa área. Pero en este caso sólo contaban los intereses nacionales, en su sentido más estrecho, y Bosnia no era uno de ellos. Estados Unidos haría lo posible por procurar ayuda humanitaria, mantener las sanciones económicas contra Serbia y apoyar los esfuerzos diplomáticos. Cuando el periodista continuó presionándolo, Christopher se encrespó: “Le pediría que oiga de nuevo lo que acabo de decir, o lo digo otra vez. Lo que dije es que Estados Unidos hace todo lo que concuerda con su interés nacional, y ya conversé con amplitud en otras ocasiones sobre lo que son nuestros intereses nacionales en esta situación”.

Algunos de los funcionarios menores que trabajaban a diario en temas de la ex Yugoslavia miraban a Christopher por televisión en sus oficinas. Mientras su jefe zozobraba ante el insistente interrogatorio de la prensa, bromearon respecto a que el secretario parecía “recorrer la habitación con la vista en busca de alguna cara negra o asiática” para pedirle a alguien que desviara la discusión del “problema infernal”. Al día siguiente los serbiobosnios dispararon 3 777 proyectiles sobre Sarajevo en 16 horas, uno de los bombardeos más intensos jamás conocidos.¹²⁹

Entre el comienzo de la guerra, en abril de 1992, y julio de 1993, la nueva generación de “objetores de conciencia” de Estados Unidos seguía creyendo en la posibilidad de modificar la política desde dentro del gobierno. A los intervencionistas de menor jerarquía no se les decía en su cara que sus ideas eran disparatadas. El ritual burocrático mejoró en dar lugar al disenso, y con astucia se los “domeñaba” o se les asignaba el papel de “disidentes oficiales”. Postulaban ideas predecibles, por lo tanto más fáciles de neutralizar. El ex funcionario del Consejo Nacional de Seguridad, James C. Thompson Jr., que renunció al CNS por Vietnam, describió las maneras en que una vez el gobierno de Johnson “institucionalizó convencido” al subsecretario de Estado George Ball como el “abogado del diablo interno” sobre Vietnam. Se le invitó a que expusiera sus opiniones. Thompson rememoró:

Ball se sintió satisfecho, supongo (luchó por la justicia); los demás se sintieron satisfechos (prestaron oídos a una opinión pacifista); y todo con un mínimo de roce. El club seguía intacto; y por supuesto era posible que la situación se hubiera deteriorado si Ball hubiera guardado silencio, o dimitido antes

de su partida definitiva, en otoño de 1966.

Según Thompson, el presidente le daba a su disidente secretario de prensa Bill Moyers la bienvenida a las reuniones con un afectuoso: “Bueno, aquí llega don ‘paren los bombardeos’”.¹³⁰

Para el verano de 1993, a los disidentes del Departamento de Estado y del Congreso se les “escuchó” y descontó. En este caso, Clinton y sus funcionarios superiores bien podrían haber saludado a belicistas como McCloskey o Dole, del Congreso, o a Harris, Hooper y Western, del Departamento de Estado, con un “don ‘empiecen a bombardear’”.

LA PARTIDA

No es fácil dejar el Departamento de Estado. Como en la mayoría de las instituciones jerárquicas, hay rituales que afianzan la solidaridad de sus “miembros”. Los altos “costos de iniciación” incluyen exámenes de servicio extranjero implacablemente competitivos, tediosos años de sellar visas en oficinas consulares alrededor del mundo y aburridos trabajos de escritorio en la oficina matriz. Debido a la asociación del servicio con el “honor” y la “patria”, una dimisión se considera una traición. Aquellos pocos que lo hacen, por principio son excomulgados o etiquetados como “soplones”. En los anales del servicio extranjero estadounidense no abundan los cantares sobre el renunciante heroico.

Una traba adicional a la renuncia es que la misma gente a quien le importa tanto una política como para considerar una dimisión de protesta, a menudo sospecha que su salida hará menos probable que la política prospere. Los burócratas con frecuencia caen en la trampa “de la eficacia”, y sobrestiman sus posibilidades de efectuar algún cambio.¹³¹ Irse se siente como cerrarse las puertas. El resultado perverso es que los funcionarios llegan a mostrar una mayor tendencia a quedarse en una institución cuanto peor juzgan su actuar.

En agosto de 1993, a pesar de todos los factores contra la renuncia, la existencia en el Departamento de Estado era tan insoportable para un pequeño grupo de jóvenes funcionarios, que se fueron. Encontraban tan tímida, tan pasiva y tan encaminada al fracaso la política estadounidense, que eligieron abandonar el gobierno y llevar su descontento al ámbito público.

Para Marshall Harris, el funcionario de la oficina de Bosnia y principal autor de la carta de disidencia de abril, no existía nada “de conciencia” en objetar una

política que jamás habría de cambiar. En julio, Harris redactó un “memorándum de acción” que esbozaba las opciones para desactivar el sitio de Sarajevo. Sin embargo, para cuando llegó al séptimo piso, el memorándum se degradó a “documento para debatir”. La declaración “sin intereses nacionales” de Christopher del 21 de julio fue el colmo. El 4 de agosto, al año de que aparecieron por televisión las esqueléticas figuras de los campos de concentración, y de la renuncia del funcionario del servicio extranjero George Kenney, Harris le siguió los pasos. Renunció sólo después de asegurarse un puesto con el diputado McCloskey, que convirtió su crítica de la política bosnia del gobierno en una tarea casi permanente. Relata Harris: “Tuve suerte. Al menos iba derecho a un trabajo donde me sentía todavía con voz oficial y acaso posibilidad de influir en la política”. En una carta al secretario Christopher, escribió: “No puedo continuar sirviendo a un Departamento de Estado que acepta el desmembramiento forzado de un Estado europeo, y que se niega a actuar en contra del genocidio y los funcionarios serbios que lo perpetran”.¹³²

Harris estaba harto de la hipocresía de la retórica clintoniana. El gobierno rehuía conducir tanto al pueblo estadounidense como a sus aliados europeos para luego quejarse de que su política se trababa por falta de apoyo de ambos. En una conferencia de prensa al día siguiente de su renuncia, Harris, de 32 años, formuló su primera declaración sobre el gobierno:

Si el presidente Clinton dirigiese, eso conseguiría el respaldo del público estadounidense y de los congresistas reacios a actuar, e inspiraría a que nuestros aliados europeos participaran más [...] Creo que el gobierno se asombraría de lo mucho que lograría al enfrentar esta cuestión. Si adopta una actitud derrotista [...] obtendrá resultados derrotistas.¹³³

Como Kenney, Harris fue blanco fácil del oprobio de sus superiores. Algunos dijeron que renunció porque se le excluyó del circuito político. El vocero del Departamento de Estado, Mike McCurry, desestimó el efecto de la renuncia, y observó que Harris sería fácil de remplazar: “Cubriremos la vacante con alguien interesado en trabajar en la más agresiva política del gobierno para salvar a Sarajevo y Bosnia de su desaparición”.¹³⁴ Pero los colegas de Harris dentro del departamento lo felicitaron por su valor, y le agradecieron dar voz a sus frustraciones.

Jon Western, analista de Inteligencia del Departamento de Estado, viajaba en auto con su esposa al trabajo desde su hogar en Alexandria, Virginia, cuando se

enteró de la noticia. En el *New York Times* vio atónito la historia de la renuncia de Harris en la primera página. Debajo del diario llevaba por coincidencia su propia detallada carta de renuncia. La declaración de Christopher de que la carnicería en Bosnia no era de interés nacional lo había decidido también a él. El joven de 30 años ya no podía dormir al leer sobre padres e hijos castrándose entre sí con los dientes o sobre violaciones de niñas preadolescentes ante los ojos de sus padres. Ésta no era una guerra civil, como insistía Christopher: era genocidio.

Western meditó su renuncia durante varios meses, pues lo perturbaba demasiado el diario recuento de muertes. Unas semanas antes de la conferencia de prensa de Christopher visitó el Museo del Holocausto y oyó al narrador, el periodista de televisión Jim Lehrer, recitar las palabras de los voceros del departamento entre 1943 y 1944, que decían tener información sobre los campos de concentración en Europa pero que carecían de “los medios para confirmarla”. En seguida pensó en agosto de 1992, cuando el vicesecretario John Niles dijo que el gobierno no tenía “pruebas contundentes que constataran la existencia de estos campos”. Western mismo le suministró a Niles toda la evidencia necesaria.

El 6 de agosto de 1993, después de leer sobre la renuncia de Harris, Western entregó su carta de dimisión, en la que escribió: “Personal y profesionalmente me siento desconsolado por el desgano de Estados Unidos para hacer de la resolución del conflicto en la ex Yugoslavia una prioridad absoluta de su política exterior”. Tomó el ascensor de su oficina del cuarto piso al séptimo y le entregó la carta a la secretaria del secretario de Estado. La noticia se difundió con tal velocidad que, de vuelta a su oficina unos minutos más tarde, ya sonaba el teléfono. Harris estaba en Ginebra cuando le llegó la noticia del alejamiento de su colega, y se sintió sorprendido y complacido. Western sencillamente se sentía agotado. En su anotación en su diario para ese día, se describió como “desmoralizado y deprimido”.

Dos semanas más tarde, Steven Walker, funcionario de la oficina de Croacia, fue el tercer diplomático en irse del Departamento de Estado en ese mes. El 23 de agosto Walker escribió: “Ya me es imposible contemplar un apoyo estadounidense por un proceso diplomático que legitima la agresión y el genocidio”.¹³⁵ Criticado por su irritada respuesta ante las dimisiones anteriores, Christopher convocó a una reunión con los funcionarios de la región balcánica el 13 de agosto para despejar el ambiente. Con una renuncia más, el secretario comenzaba a

preguntarse si terminaría la avalancha de renunciaciones. Esta vez su tono fue mucho más conciliador. Su vocero, McCurry, describió el alejamiento de Walker como “una forma de protesta honorable” y dijo que la guerra en Bosnia era “tan agravante para el secretario como lo es para los funcionarios regionales que trabajan en el problema”.¹³⁶

Nada así había acontecido nunca. Fue la mayor oleada de renunciaciones en la historia del Departamento de Estado. La partida de tantos prometedores funcionarios jóvenes reflejaba un grado de desesperación, pero asimismo una capacidad de decepción entre los funcionarios distinta en genocidios anteriores. En el pasado, los funcionarios estadounidenses habían aceptado como un asunto interno las restricciones en las políticas y la indiferencia de los niveles superiores. Había poca enemistad. Pero Bosnia causó una poderosa fractura política que aparecía ante el público en los diarios matutinos, que a su vez fortalecía la confianza y justificaba la indignación de los funcionarios que se oponían a la política estadounidense desde adentro.

Después de las tres renunciaciones, el departamento procuró mejorar la moral al redecorar las oficinas, instalar muebles y alfombras nuevos y acortar los horarios. Dice Harris: “Supongo que pensaban que si nos daban tranquilizadoras paredes celestes, la gente no estaría dispuesta a rabiar e irse”. Pero el problema era la política, no la decoración interior.

El asesor de Seguridad Nacional, Lake, que en algún momento él mismo renunció para protestar, era ahora el arquitecto de una política que ahuyentaba a otros. En su artículo en *Foreign Policy*, “La realidad política de la política realista”, escrito en 1971, un lustro antes de llegar a asesor de Seguridad Nacional, Lake se quejaba de que rara vez se consideraban las dimensiones humanas de la política. Escribió: “Simplemente no está contemplado. Las medidas políticas —las buenas, estables— las hacen los que no se dejan llevar por el sentimentalismo [...] Hablar de sufrimiento es perder eficacia, casi perder los estribos. Se mira como señal de la debilidad de los argumentos racionales”. Instó a que los responsables de las medidas políticas elevaran los costos y beneficios humanos a la categoría de “una de las consideraciones principales y desvergonzadamente legítimas en *cualquier* decisión”. En los años noventa, casi medio siglo después del holocausto y a 15 años de Vietnam, muchos creyeron que con el liderazgo de Lake los círculos de la política exterior estadounidense serían más sensibles a las consecuencias humanas. Sin embargo, en el

Departamento de Estado, dicen los funcionarios, hablar del sufrimiento es algo que “no se debe hacer”. A los que se quejaban de las consecuencias humanas de las decisiones (o, en este caso, falta de decisiones) estadounidenses todavía se les tachaba de emocionales, blandos e irracionales. El lenguaje de los intereses nacionales era la *lingua franca* de Washington, y así habría de permanecer. Lake dijo que quedó consternado cuando se enteró de las renunciaciones:

Por un lado estaba de acuerdo con ellos. Comprendían que Estados Unidos debía hacer más, y estaban dispuestos a jugarse su carrera por sus principios. Si hubiera estado por completo en desacuerdo con ellos, los hubiese descartado como buscadores de efecto. Pero no tenía esa opción. Por otro lado, pensé que hacían parecer más fácil un cambio de rumbo de lo que era. No había unanimidad alguna en el gobierno sobre el tema, ni con nuestros aliados europeos.

Lake dedicaba gran parte de su tiempo en la Casa Blanca a manejar la respuesta de Estados Unidos a la crisis de los Balcanes. Aunque presidía muchas reuniones y dejaba tras de sí un denso papeleo, coordinaba más de lo que dirigía. Un funcionario de alto rango confiesa: “Si uno se quiere apropiarse de un asunto, tiene que hacer más que convocar reuniones y expresar sus convicciones morales. Tiene que tomar decisiones riesgosas y atenerse a sus convicciones con valor”. En lo personal, Lake estaba a favor de la intervención, pero no se la recomendaba al presidente por la falta de consenso dentro del gabinete. En vista de la oposición a ataques aéreos de la OTAN por parte de los secretarios Christopher y Perry, así como del presidente de la plana mayor conjunta, Lake optó por la diplomacia y la ayuda humanitaria, al tiempo que intentaba reconciliar estas mansas medidas con las promesas públicas de no tolerar nunca más la limpieza étnica. Las interminables reuniones, en apariencia infructuosas, llevaron a observar a otro encumbrado funcionario: “No era elaboración de políticas. Era terapia de grupo, un debate existencial acerca del papel de Estados Unidos”.¹³⁷ Lake no enfrentaba directamente a los militares y civiles del Pentágono que sostenían que el poder aéreo por sí sólo no alcanzaba para detener el terror serbio. Explica Lake: “Cuando nuestros militares superiores decían: ‘Esta misión no puede hacerse’, es difícil decir: ‘Escuchen, profesionales, aquí va la opinión de un aficionado de cómo y por qué puede hacerse’”.

Las relaciones siempre incómodas entre Clinton y los militares se deterioraban aún más porque la intervención estadounidense en Somalia orquestada por Bush antes de dejar la Casa Blanca empezaba a escapársele de las

manos. En marzo de 1993 el momento parecía propicio para que se retirasen las tropas estadounidenses enviadas en diciembre de 1992. Se quedarían fuerzas de la ONU para preservar la paz y mantener las operaciones de rescate. Pero justo cuando se retiraba el grueso de las fuerzas estadounidenses, el Consejo de Seguridad, a instancias de Estados Unidos, extendió la tarea de las fuerzas de paz para incluir el desarme de las milicias y la restauración de la paz y el orden. El 5 de junio la facción encabezada por Mohammed Farah Aideed emboscó a tropas de paz paquistaníes ligeramente armadas, y mató a dos docenas de ellas. Los estadounidenses bregaron por una cacería para buscar y castigar a los atacantes de los paquistaníes. El 3 de octubre de 1993, exploradores montados y fuerzas especiales Delta intentaron capturar a varios de los principales asesores de Aideed. La milicia somalí respondió y mató a 18 soldados estadounidenses, hirió a 73 y capturó al piloto de un helicóptero Black Hawk.¹³⁸ La red de televisión estadounidense transmitió el video de una entrevista con el aterrorizado y desorientado piloto y una sanguinolenta procesión en la que el cadáver desnudo de un explorador estadounidense era arrastrado por una calle de Mogadiscio.

Al recibir la noticia, el presidente Clinton suspendió un viaje a California y convocó a una reunión urgente en la Casa Blanca para resolver la crisis. Cuando un asistente comenzó a recapitular la situación, el airado presidente lo interrumpió: “Dejemos de lado las estupideces. Resolvamos esto”. “Resolver” significaba retirarse. La presión de los congresistas republicanos era intensa. Clinton apareció por televisión al día siguiente, dejó sin efecto la cacería de Aideed y anunció que todas las fuerzas estadounidenses estarían de vuelta antes de seis meses. La televisión serbiobosnia transmitió con júbilo las imágenes de la humillación estadounidense, al darse cuenta de que esto tornaba aún menos probable una intervención estadounidense en Bosnia. Una semana después del tiroteo en Mogadiscio, las fuerzas de Estados Unidos sufrieron una humillación adicional en Haití, cuando una enfurecida turba antiyanqui impidió el desembarco de tropas del *USS Harlan County* como refuerzos para una misión de la ONU en el lugar. El Pentágono resolvió que el presidente no los apoyaría cuando las fuerzas estadounidenses se encontraran en problemas. Las misiones humanitarias multilaterales parecían brindar sólo riesgo y ninguna ganancia.

Aunque ni los belicistas más fervorosos propusieron una invasión terrestre de los Balcanes, el Pentágono temía que lo que había empezado como una limitada intervención en Bosnia terminase como algo grande y confuso. Las “medidas

activas” para castigar la limpieza étnica echarían a “rodar por la ladera” a Estados Unidos, dijo el secretario de Defensa Perry. Al pie de esa ladera estarían las tropas estadounidenses en combate terrestre.¹³⁹

La combinación de la salida de tres combatientes (aunque rasos) y la persistencia de la ineficaz política estadounidense dejó al departamento mucho más desesperanzado y cínico que antes. Los jóvenes funcionarios que remplazaron a los renunciantes trabajaban 24 horas al día, como sus antecesores, pero, como dijo uno, no estaban “emocionalmente comprometidos, sólo moralmente”. Es difícil saber con exactitud qué significa esto, excepto que deja entrever el papel en que habían quedado los renunciantes tras su partida. En público se los aclamaba como hombres honorables, pero una campaña de rumores los condenaba por una postura poco profesional.

El Departamento de Estado se tranquilizó. Cuanto más tiempo gobernaba Clinton, mayor distancia había entre él y sus promesas de campaña, y menos sensato era insistir en contra de lo que parecía una política fija de no intervención. Disminuyó la analogía con el holocausto. Un funcionario de la sección de los Balcanes sostiene: “El Departamento de Estado requería profesionales que no pensaran que lo que hacía Warren Christopher era el equivalente de no bombardear los ferrocarriles en Auschwitz”. El equipo balcánico del departamento estaba ahí para “controlarle el daño” al gobierno, no para protestar.

DERROTA EN TODOS LOS FRENTES

No todos se callaron. Como disco rayado, el diputado McCloskey siguió valiéndose de toda oportunidad para castigar a los funcionarios del gobierno. Cuando Christopher culpó a todas las partes para explicar la exangüe política estadounidense, McCloskey saltó, fustigando el intento de Christopher de postular una “equivalencia moral”. En lo que ya era un ritual entre ambos, el diputado de Indiana pidió de nuevo una explicación de la postura del departamento respecto de la palabra “genocidio”: “Sé, y ustedes también, que mi petición sigue pendiente en este momento”. Hábil abogado, Christopher reconocía que los serbios eran agresores, lo que era irrefutable, pero una vez más aprovechó la oportunidad de confundir. Respondió:

Señor McCloskey, gracias por su pregunta y por darme la oportunidad de decir que comparto sus

sentimientos en el sentido de que la parte principal de la culpa es de los serbios; y esto es algo que he dicho varias veces antes. Son los que mayor culpa tienen de las tres facciones. Pero existe considerable culpa de los tres lados, y [...] las atrocidades abundan en la región, como vimos hace poco. Pero concuerdo en que la agresión serbia es la [...] principal causante del problema en la región.

Respecto del genocidio, la definición es muy técnica. Déjeme buscársela; creo que se la puedo encontrar.

Christopher hizo una pausa, leyó el convenio y prosiguió:

Diría que algunos de los actos cometidos por los diversos bandos en Bosnia, en particular por los serbios, constituirían genocidio según el convenio de 1948, si su propósito fuera la destrucción total o parcial del grupo étnico o religioso. Y eso me parece una norma que bien se cumpliría en algunos aspectos en Bosnia. Sin duda una parte de la conducta allí equivale a genocidio.¹⁴⁰

Igual que en marzo, Christopher describió las atrocidades como “equivalentes a genocidio”, pero esquivó un pronunciamiento formal al respecto. Así, otros funcionarios quedaron sin pautas claras.

Durante una audiencia de la Subcomisión de Diputados para Europa y Medio Oriente el 15 de septiembre de 1993, McCloskey presionó al vicesecretario de Estado para asuntos europeos y canadienses, Stephen Oxman, quien se atuvo a la calificación de “equivalente”:

DIPUTADO MCCLOSKEY: Como sabrá, desde abril he intentado recibir una respuesta del Estado para saber si estas actividades de los serbiobosnios y los serbios constituyen genocidio. ¿Habré de recibir una respuesta hoy?

SEÑOR OXMAN: Supe hoy, apenas hoy, que no había recibido su respuesta. Y lo primero que haré cuando vuelva al departamento es encontrarla. Le vamos a dar esta respuesta lo más pronto posible. Pero, en mi opinión, diría que se han cometido actos equivalentes a genocidio. Si es la definición legal de genocidio, creo que es eso lo que la carta que solicita necesitaría definir...

DIPUTADO MCCLOSKEY: Correcto.

SEÑOR OXMAN: ...y creo que tiene derecho a una respuesta.

DIPUTADO MCCLOSKEY: Esta palabra, “equivalente”, flota por todas partes. No la he consultado en el diccionario. Confieso mi descuido en eso. No sé cómo, supongo que tendré una opinión subjetiva de su definición, pero es una palabra que me intriga. Esperaré su contestación con ansia.¹⁴¹

Tras bambalinas, poco después, la vicesecretaria de Estado de Inteligencia e Investigación (INR), Toby Gati, en forma reservada le acercó al secretario Christopher pautas sobre la cuestión del genocidio. Aunque el memorándum de la vicesecretaria permitía a Christopher algún espacio de maniobra, su mensaje más amplio era inconfundible: sin duda, decía el análisis, los serbios cometieron muchos actos listados por el convenio: mataron, causaron grave daño mental o físico, impusieron condiciones de vida tendientes a causar destrucción física e impusieron medidas de control de la natalidad contra los musulmanes de Bosnia por ser musulmanes. Lo complicado, como siempre, era determinar si los serbios actuaban con la requerida intención de destruir al grupo musulmán “total o parcialmente”. El memorándum destacaba que era difícil demostrar semejante intención sin interceptar mensajes u órdenes escritas, pero sugería que la intención podía “inferirse de las circunstancias”. Mencionaba varias circunstancias presentes en Bosnia:

- La intención expresa de perpetradores serbios individuales de erradicar a los musulmanes.
- El públicamente pregonado objetivo político serbio de crear un Estado étnicamente homogéneo.
- La purga total de musulmanes de territorios en posesión de los serbios, con la finalidad de asegurar la homogeneidad étnica.
- La forma sistemática en que se elegía a los musulmanes, los varones y dirigentes para la matanza.

La “situación total de los hechos”, indicaba el memorándum, ofrecía “una fuerte base para concluir que las matanzas y otros actos listados se pusieron en práctica con el intento de destruir el grupo musulmán como tal”. Se informó al secretario de que una de las condiciones que el Senado de Estados Unidos adjuntó a su ratificación del convenio exigía el intento de destruir una parte “sustancial” de un grupo. El Senado definió “sustancial” como un número suficiente para “causar la destrucción del grupo como entidad viable”. En Bosnia, según el escrito, el “número de musulmanes sometidos a matanzas y otros de los actos listados [...] bien puede considerarse sustancial”.¹⁴²

En respuesta a la dilatada percepción de que un dictamen de genocidio acarrearía serias consecuencias para los planificadores políticos estadounidenses, el análisis de la INR observaba que las exigencias de aplicación del convenio eran

débiles. Manifestaba el juicio del asesor legal de que un dictamen de genocidio no implicaría “beneficios legales particulares (o, para el caso, consecuencias legales adversas)”:

Algunos argumentan que [...] Estados Unidos está obligado a tomar medidas adicionales para “impedir” el genocidio en Bosnia siempre y cuando se determine que se trata de genocidio. A nuestra manera de ver, empero, este compromiso general [...] *no puede* interpretarse como que impusiera la obligación a otros estados de aplicar todas las medidas que resultaran necesarias —incluso el empleo de las fuerzas armadas— para “impedir” el genocidio.¹⁴³

Estados Unidos ya cumplía con sus obligaciones según el convenio: “Estados Unidos y otros países intentan ‘impedir y castigar’ tales acciones”, decía el memorándum, y agregaba con tibieza, “aunque esas medidas no resulten del todo eficaces por ahora”.¹⁴⁴

El 13 de octubre de 1993, al año y medio del comienzo del conflicto, Christopher por fin aprobó la redacción de una carta por parte del vicesecretario de Relaciones con el Congreso en que se reconocían “actos genocidas”. Pero Christopher se contradijo de pronto, varios días después, cuando el diputado McCloskey publicó una carta en el *New York Times* para exigir su renuncia.¹⁴⁵ Tras leer la carta, al parecer, Christopher tomó el memorándum que autorizaba un dictamen de genocidio, y escribió en ella con letras grandes “O.B.E.” (*overtaken by events*, sobrepasado por los hechos). Como culminación de una serie de intercambios, los dos cruzaron agrias palabras en una audiencia de la Comisión de Asuntos Internacionales de Diputados el mes siguiente.¹⁴⁶ Con ayuda de su nuevo asistente tras bambalinas, y Marshall Harris con vía libre para expresar su desazón, McCloskey preparó una declaración que resumía el colapso de la política del gobierno hacia los Balcanes:

El 10 de febrero, tres semanas después de asumir el puesto el presidente Clinton, el secretario Christopher manifestó que su administración debía ocuparse de las circunstancias en Bosnia tal como las recibió. Afirmó, además, que el gobierno estaba dispuesto a hacerlo. Sin embargo, apenas el mes pasado dijo que el gobierno “heredó” el problema. También el 10 de febrero, el secretario Christopher sostuvo que Estados Unidos tenía “intereses estratégicos directos en Bosnia”. Al oír eso me sentí orgulloso de mi presidente, orgulloso de este gobierno, orgulloso y agradecido por el señor Christopher y orgulloso de mi país. Por desgracia, el gobierno comenzó a retroceder al poco tiempo, lo que fue [...] abismalmente vergonzoso.

[...] Se sometió a las objeciones europeas de permitir que los bosnios se defendieran; se plegó a

[...] un plan sin sentido para la creación de zonas de seguridad que todos sabemos, todos sabemos —y yo mismo estuve en Sarajevo hace dos semanas—, todos sabemos que Sarajevo y los demás enclaves llamados de seguridad no son seguros hasta el día de hoy. Es más: a 50 años de Buchenwald y Auschwitz, existen gigantescos campos de concentración en el corazón de Europa.

El 21 de julio, el secretario Christopher dijo que el gobierno hacía en Bosnia todo lo posible dentro del marco de nuestros intereses nacionales. Apenas al día siguiente, en consonancia con esa declaración, los serbios lanzaron uno de sus mayores ataques hasta la fecha en el sitio de 17 meses a Sarajevo. El mes pasado los serbios reanudaron sus ataques a Sarajevo y mataron a más docenas de civiles inocentes. Los dirigentes terroristas de los serbios de Bosnia [...] afirmaron en el *New York Times* que renovaron sus sangrientos ataques al saber que después de los fracasos estadounidenses en Haití y en Somalia el gobierno de Clinton no respondería. Tenían razón. Nuestra única respuesta fue una nueva advertencia a Milosevic.

Hemos estado advirtiendo a esta gente, señor secretario, durante casi dos años, y supongo que aprecio sus advertencias, pero nos gustaría ver algún resultado en algún momento. A diferencia de las bombas que llueven sobre hombres, mujeres y niños inocentes en la capital de Bosnia, estas advertencias suenan absolutamente huecas. Ni siquiera levantamos los sitios (a las zonas de seguridad), y creo que esto es muy importante.

[...] Todo esto pasó o está pasando durante la gestión del secretario. La situación en Bosnia dejó de ser un problema heredado en enero de 1993. Desde entonces, varios cientos de miles de bosnios han sido expulsados del país o enviados al exilio interno, miles de civiles inocentes han sido asesinados, decenas de miles de soldados bosnios mal equipados han muerto porque nos negamos a armarlos, miles de mujeres más han sido violadas como una campaña sistemática de los serbios de Bosnia.

El gobierno continúa profesando [...] su deseo por una solución negociada a esta guerra, aunque ello signifique el desmembramiento del soberano Estado de Bosnia, miembro de la ONU. También dice que ésta es una situación trágica y compleja sin solución fácil. Todos queremos una solución negociada. Todos estamos perfectamente conscientes de que es trágica y de que no será fácil tratar la cuestión, pero éstos son todos ademanes vacíos en la dolorosamente inadecuada política exterior del gobierno. Cientos de miles de vidas penden de un hilo mientras hablamos de propagar la democracia sin hacer mucho más que hablar.

Se está cometiendo un genocidio en Bosnia, y —creo que es muy importante— el señor Christopher lo sabe, pero el secretario Christopher no quiere decirlo. En por lo menos dos ocasiones de las que tengo conciencia, los abogados y representantes de otras oficinas conectadas con el Departamento de Estado le han recomendado que lo diga en público, pero seguimos sin respuesta todavía. Ese pedido se hizo por vez primera y por escrito hace 200 días.

Señor presidente, no proseguiré. Aprecio el valor del tiempo. Pero cuando se escriban los libros de historia no podremos alegar que permitimos el genocidio porque la salud era prioritaria. No podemos decir que lo permitimos porque al pueblo estadounidense le preocupaban más las cuestiones internas. La historia notará, señor secretario, que esto ocurrió durante nuestra gestión, la suya; que usted y el gobierno pudieron y debieron hacer mucho más. Le ruego, hay cientos de miles de personas que aún pueden morir [...] yo le ruego que usted y el gobierno hagan [...] adopten un interés más activo en esto.

El secretario Christopher contestó al ataque de McCloskey con una insólita explosión de ira. Lo criticó por proponer una invasión masiva por tierra, cosa que nunca recomendó:

En el fondo usted estaría dispuesto a enviar a cientos de miles de soldados estadounidenses a Bosnia para forzar un arreglo que satisficiera al gobierno de Bosnia. Yo no. No creo que estén lo bastante en juego nuestros intereses vitales para hacerlo. No veo el sentido de debatir más esta cuestión. Usted y yo la hemos discutido varias veces en este foro. No creo recomendable enviar a cientos de miles de soldados a Bosnia para forzar un arreglo. Estaría dispuesto a agregar, señor McCloskey, que me da la impresión de que sus fuertes sentimientos por el asunto parecen haber afectado adversamente su juicio.¹⁴⁷

Las preocupaciones de McCloskey por las guerras balcánicas, encendidas en 1991, sólo se profundizaron con el tiempo. De hecho, al diputado lo conmovía a tal punto la carnicería que en por lo menos 15 audiencias cuestionó la política estadounidense hacia Bosnia.¹⁴⁸ Para algunos, el fervor belicista de McCloskey en cuanto a Bosnia parecía no concordar con su política de izquierda, su abierta oposición a la Guerra de Vietnam a comienzos de los setenta y su voto en el Congreso en 1991 contra la Guerra del Golfo Pérsico. A otros les asombraba que se pusiera en contra de sus colegas demócratas. Es más: votó a favor de los programas de Clinton en 86% de los casos, la mayor cifra dentro de la delegación de congresistas de Indiana. Pero durante la guerra de Bosnia, el hombre al que el *Almanac of American Politics* describía como “un hombre de conducta seria y diligente” se metamorfoseó en la extraña conciencia de la Cámara de Diputados estadounidense.¹⁴⁹

El equipo de Clinton fue mucho más fuerte en sus condenas a las agresiones serbias que el de Bush. Cuando en febrero de 1994 murieron 68 personas musulmanas en la masacre en una feria de Sarajevo, por ejemplo, Clinton

denunció la “matanza de inocentes”. En un breve interludio, hasta tomó la delantera al dar un ultimátum de la OTAN que prohibía los armamentos pesados de los serbios alrededor de la capital: “Estados Unidos no se quedará mirando en un conflicto que afecta nuestros intereses, ofende nuestras conciencias y quebranta la paz”. Los riesgos que presentaría un bombardeo de la OTAN, aseguró al público estadounidense, eran “mínimos”: “Si podemos terminar con la matanza de civiles, debemos intentarlo”.¹⁵⁰

Gracias a que Clinton advirtió: “Nadie deberá poner en duda la decisión de la OTAN”, en un primer momento nadie lo hizo. Durante varios meses los habitantes de Sarajevo vivieron sin disparos de artillería ni francotiradores, pero cuando los serbios reanudaron sus bombardeos de las zonas de seguridad, la atención del presidente estaba en otros asuntos y la OTAN no bombardeó.

En abril de 1994, los aliados comenzaron ocasionales ataques aéreos que se conocieron como “pinchazos de alfiler”, por lo general ataques individuales a obsoletos armamentos serbios, con amplias advertencias. Pero siempre que los serbios contestaban con una intensificación de los ataques a civiles musulmanes o con más capturas tomando como rehenes a las tropas de paz de la ONU (como sucedió en noviembre de 1994, y mayo y junio de 1995), Estados Unidos y sus aliados retrocedían. Los planificadores políticos estadounidenses trabajaron interminables horas en idear una solución para Bosnia, pero nunca se hicieron cargo del proceso diplomático. No podían reconocer, ni ante los musulmanes ni ante sí mismos, los límites de lo que estaban preparados a arriesgar por su compromiso moral. Tampoco estaban dispuestos a insistir en una estrategia, ni a invertir el capital político necesario en granjearse el apoyo internacional para un emprendimiento militar. En su lugar, se retorcían las manos. Holbrooke afirma: “Los europeos estaban a la espera del liderazgo estadounidense, pero no lo obtuvieron durante tres años”.

Los que sí se arriesgaron por el asunto pagaron un costo. Toda relación que Frank McCloskey tuvo con el gobierno quedó trunca tras su llamado público a la renuncia de Christopher. Aunque McCloskey ocupaba una banca en representación de uno de los distritos electorales más reñidos de todo el país, parecía no tener conciencia de las encuestas y de las posibles repercusiones de su cruzada. Desechó los pedidos de los miembros de su personal de dejar de hacer abiertamente tantos viajes a los Balcanes. Antes de las elecciones de 1994 le dijo a un periodista que le daba lo mismo si sus esfuerzos en torno a Bosnia le

significaban la pérdida de su banca: “Para mí, este asunto trasciende la política y la elección o la reelección”. A otro le manifestó: “Preferiría tratar de detener la matanza activamente a postularme como candidato y seguir ganando, sabiendo que no enfrenté esto”.¹⁵¹

Sin embargo, en Indiana, el opositor republicano de McCloskey se lo hizo pagar al ridiculizarlo por “interesarse más en Bosnia que en Evansville”. El presidente del Comité Nacional Republicano, Haley Barbour, visitó Evansville, la ciudad más grande en el distrito de McCloskey, y observó con júbilo: “La gente se acerca de todas partes para afiliarse”.¹⁵² Los electores de McCloskey se oponían en gran medida a la intervención militar. Al recordar las cartas que llegaban a la oficina, Marshall Harris observa: “Decían ‘Bosnia queda lejos de nuestras preocupaciones’. Siempre sonaban muy parecidas a Warren Christopher”. Por último, después de votar por él seis veces, el desoído electorado lo depuso con el triunfo republicano de 1994. La competencia fue reñida, 51 a 49, y aunque McCloskey, de 55 años en ese momento, dice no arrepentirse ni un momento por lo que invirtió en cabildear a favor de Bosnia, se pregunta si algunos viajes de fin de semana a su distrito, en lugar de al otro lado del Atlántico, pudieron producir resultados diferentes. El *Indianapolis Star* atribuyó su derrota a su obsesión balcánica. En su distrito del sur de Indiana, el *Star* notó: “los electores tenían mucho más interés en asuntos locales que en los problemas de una región a medio mundo de distancia”.

Antes de perder la elección, McCloskey tuvo un extraño encuentro con el presidente Clinton que le hizo conocer la tendencia del presidente, ya notoria, a compartimentar. En una cena de gala demócrata para recaudar fondos en Washington, McCloskey hizo fila detrás de una soga para saludar al presidente, a quien había criticado ferozmente. Como Lemkin, McCloskey no desaprovechaba ninguna oportunidad. El diputado le dio la mano y le dijo: “Bill, bombardea a los serbios. No sabes lo bien que te sentirás”. Sin desquiciarse, Clinton asintió con la cabeza unos segundos y luego culpó a los europeos por vacilar. “Frank, te entiendo, pero no te das cuenta de lo bastardos que son esos británicos”. Clinton avanzó por el cordón de soga, saludando a otros e intercambiando naderías, y McCloskey supuso que el intercambio había concluido. Pero unos minutos más tarde el presidente giró y volvió adonde estaba McCloskey. Jovial, le dijo: “Olvidaba decirte, Frank, que en realidad me gusta lo que haces. ¡Continúa así!” McCloskey observa: “El problema con Bill Clinton es que no se daba cuenta de

que era el presidente de Estados Unidos”.

Durante la guerra de Bosnia, tanto durante los gobiernos republicano como demócrata, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó resoluciones que condenaban la conducta de los perpetradores. Creó la Conferencia Internacional de la ONU-UE para la ex Yugoslavia como un canal formal para las negociaciones. Instaba a los estados y a las organizaciones internacionales de derechos humanos a documentar los quebrantos de los derechos humanos. Envío fuerzas de paz (aunque no incluían estadounidenses). Y dispuso los fondos para el más extenso puente aéreo humanitario desde el de Berlín.

Además, en su más radical afrenta a la soberanía nacional, el Consejo de Seguridad invocó el Convenio sobre Genocidio y creó el primer Tribunal Criminal Internacional desde Nuremberg.¹⁵³ La corte tendría su sede en La Haya y procesaría graves infracciones a la Convención de Ginebra, violaciones de la ley o costumbres de la guerra, crímenes de lesa humanidad y, por último, el genocidio. Una de las más incansables partidarias de la corte fue Madeleine Albright, embajadora de Estados Unidos en la ONU. Frente a la tendencia de sus colegas a mirar a Vietnam como punto de partida de sus políticas, Albright decía entusiasta: “Mi patrón es Munich”. Era la inusitada funcionaria del equipo de Clinton que bregaba sin cesar por bombardeos de la OTAN, y condimentaba sus denuncias públicas de la “exterminación” serbia con referencias al holocausto. Cuando el Consejo de Seguridad aprobó la creación de un tribunal internacional, la embajadora expresó: “Hay un eco en esta Cámara hoy. Los principios de Nuremberg se han reafirmado [...] Éste no será ningún tribunal de vencedores. La única vencedora que habrá de prevalecer en esta empresa será la verdad”.¹⁵⁴

Pero en la guerra de Bosnia lo que nunca escaseó fue la verdad. Lo que faltaba era la voluntad del gobierno de Estados Unidos para arriesgar a sus propios soldados en tierra, o para convencer a los aliados de la OTAN a emprender bombardeos aéreos. En consecuencia, continuaron la limpieza étnica y el genocidio contra los musulmanes, con un saldo de 200 000 bosnios muertos.

En junio de 1995, el presidente Clinton y el vicepresidente Gore aparecieron en *Larry King Live* [Larry King en vivo] para defender su política. Sostuvo Gore: “Ésta es una tragedia que se desarrolla desde hace mucho, algunos dirían 500 años”, y Clinton lo superó: “Su enemistad se remonta a 500 años, algunos dirían hasta 1 000”. También sostuvo que murieron 130 000 personas en 1992, mientras que menos de 3 000 murieron en 1994. Clinton dijo: “Aún es trágico,

pero no puedo pensar que eso constituya un fracaso colosal”.¹⁵⁵

Jim Hooper, que trabajó con ambos gobiernos y decidió no renunciar, compara las luchas:

No hacía falta convencer al gobierno de Bush de que la intervención estaba justificada. Eso hizo en el Golfo. Sólo tenía que convencerse de que esta guerra era el lugar apropiado para hacerlo. En el caso de Clinton, teníamos que convencerlos de que estaba justificado y de que era apropiado. Su base era que la intervención militar nunca era correcta. Esto lo dificultaba doblemente.

En la época que siguió a la victoria electoral de Clinton, el ex secretario británico de Relaciones Exteriores y negociador europeo, lord David Owen, había advertido a los bosnios que no confiaran en las promesas estadounidenses. En diciembre de 1992, de pie en la pista del aeropuerto de Sarajevo, con las mejillas enrojecidas por el frío invernal, Owen dijo: “Nunca, nunca, nunca se hagan ilusiones de que Occidente va a intervenir y a arreglar este problema. No sueñen”.¹⁵⁶ Más allá de la frialdad del sentimiento, Owen instó a los bosnios honrada y precisamente a que se dieran cuenta de que estaban solos.

Los funcionarios del gobierno de Clinton a menudo usaban palabras fuertes para referirse la brutalidad serbia, y criticaban los proyectos de paz europeos y de las Naciones Unidas que habrían dividido a Bosnia y “compensado la agresión”. Pero si Clinton se las ingenió para mantener viva la esperanza del rescate, durante sus primeros dos años y medio dejó que los desamparados bosnios se las arreglaran por su cuenta. Fue hasta julio de 1995 cuando Clinton actuaría. Para entonces, otro genocidio habría cobrado 800 000 víctimas en Ruanda.

X. RUANDA: “MÁS QUE NADA EN ACTITUD DE ESCUCHA”

“NUNCA MÁS SERÉ TUTSI”

Al atardecer del 6 de abril de 1994, a dos años justos del comienzo de la guerra en Bosnia, el general de división Romeo Dallaire estaba sentado en el sofá de su chalet en Kigali, Ruanda, mirando el canal de la CNN con su asistente, Brent Beardsley. Éste planeaba un día nacional del deporte en que se cotejarían soldados rebeldes tutsis contra sus rivales gubernamentales en un partido de fútbol. Dallaire, comandante de la misión de la ONU, dijo: “Oye, Brent, si aquí llegara toda esa porquería de fanatismo, nada de esto tendría la menor importancia, ¿verdad?” En eso sonó el teléfono. Había sido derribado en su avión *Mystère Falcon*, regalo del gobierno de Francia, el presidente de Ruanda, Juvénal Habyarimana, junto con su colega de Burundi, Cyprien Ntaryamira. Al colgar Dallaire, sonó de nuevo el teléfono. Toda esa noche y el día siguiente los teléfonos de las Naciones Unidas no cesaron de sonar, promediando 100 llamadas por hora. Incontables políticos, el personal local de la ONU y el pueblo de Ruanda pedían auxilio. Los dos canadienses subieron a su *jeep* de las Naciones Unidas y volaron al cuartel general del ejército de Ruanda, donde se desarrollaba una reunión de emergencia. Jamás volvieron a su residencia.

A la llegada de Dallaire al cuartel, encontró al coronel Théoneste Bagosora, jefe de la plana mayor, y a un hutu de línea dura, sentado a la cabecera de una mesa en U. Parecía estar firmemente al mando. Bagosora anunció que, en vista de la muerte del presidente, esto significaba el colapso del gobierno y la necesidad de que el ejército tomara el mando. Dallaire sostuvo que, si bien en efecto el “rey” había muerto, el gobierno aún existía. Les recordó a los oficiales reunidos que la primera ministra, Agathe Uwilingiyimana, una importante moderada, era ahora la legítima jefa de Estado. Muchos de los oficiales de cara circunspecta reunidos alrededor de la mesa comenzaron a reír con disimulo ante la perspectiva.

En Washington, Kevin Aiston, de la oficina de Ruanda del Departamento de Estado, golpeó la puerta de la vicesubsecretaria de Estado, Prudence Bushnell, y le comunicó lo de la muerte de los dos presidentes. “¡Carajo! —dijo—. ¿Estás seguro?” El hecho era que nadie estaba seguro al principio, pero las tropas de Dallaire lo confirmaron en menos de una hora. Las autoridades de Ruanda anunciaron con rapidez un toque de queda, y las milicias hutus y soldados del gobierno erigieron barreras de control alrededor de la capital. Radio Mille Collines, estación extremista hutu, nombró a los grupos étnicos tutsis, a quienes llamaban *inyenzi*, “cucarachas”, como los objetivos de la represión.

Bushnell redactó con urgencia un memorándum al secretario de Estado, Warren Christopher. Temía un desenlace de matanzas tanto en Ruanda como en el vecino Burundi. Decía: “Si, como parece, ambos presidentes están muertos, existe una fuerte probabilidad de violencia extensiva en cualquiera de los países o en ambos, máxime si se comprobara que el avión fue derribado. Nuestra estrategia es llamar a la calma en los dos países, por medio de declaraciones públicas y otras maneras”.¹ Las declaraciones fueron la única estrategia de Washington en las semanas que siguieron.

El teniente general Wesley Clark, que más adelante dirigiría la guerra aérea de la OTAN en Kosovo, era director de la planificación estratégica de la plana mayor conjunta del Pentágono. Al enterarse del siniestro, Clark recuerda, los oficiales preguntaron: “¿Cómo es, hutu y tutsi, o tutu y hutsi?” Buscó frenético en todo el Pentágono información sobre la dimensión étnica de los hechos en Ruanda. Por desgracia, Ruanda nunca había sido más que de interés marginal para los planificadores más influyentes de Washington.

El observador de Ruanda mejor informado de Estados Unidos no era un funcionario público, sino una ciudadana particular, Alison des Forges, historiadora y miembro de la comisión directiva de Human Rights Watch, quien vivía en Buffalo, Nueva York. Des Forges visitaba Ruanda desde 1963. Se doctoró en Yale en historia africana, con una especialización en Ruanda, y hablaba el idioma, kinyarruanda. A la media hora de estrellarse el avión, recibió el llamado de una amiga muy cercana que estaba en Ruanda, la activista de derechos humanos Monique Mujawamariya. Des Forges había estado preocupada por ella durante semanas porque la radio propagadora del odio, Mille Collines, la señaló como “mala patriota que merece morir”. Mujawamariya mandó a Human Rights Watch una escalofriante advertencia una semana antes: “Las dos últimas

semanas, todo Kigali ha vivido bajo la amenaza constante de una operación instantánea, bien planificada, para eliminar a todos los que le causan problemas al presidente Habyarimana”.²

Ahora, con Habyarimana muerto, Monique Mujawamariya supo en seguida que los hutus de línea dura utilizarían el incidente como pretexto para comenzar matanzas extensivas. “Ya empieza”, le dijo a su amiga por teléfono. Durante las siguientes 24 horas, Alison la llamó cada media hora. En cada conversación el sonido de los disparos se hacía más fuerte al acercarse las milicias hutus. Al final entraron en su casa. Monique susurró: “No quiero que oigas esto. Cuida a mis hijos”. Y colgó.

Sus instintos fueron correctos. A las pocas horas de la muerte de Habyarimana, hutus armados tomaron el control de las calles de Kigali. Dallaire percibió en seguida que se perseguía a los promotores del pacto de paz entre hutus y tutsis. Los pobladores de los alrededores de la capital imploraban a los soldados de paz del cuartel general de Unamir (Misión de Asistencia a Ruanda de las Naciones Unidas) que los rescatasen. A Dallaire le preocupaba sobre todo la suerte de la primera ministra Uwilingiyimana, la reformadora que pasó a ser la jefa de Estado. Justo después del amanecer del 7 de abril, cinco soldados de paz de Ghana y diez de Bélgica llegaron al hogar de la primera ministra para conducirla a Radio Ruanda y para que transmitiera urgentemente un pedido de calma.

Joyce Leader, vicejefa de la embajada estadounidense, vivía al lado de Agathe Uwilingiyimana. Pasó las primeras horas de la mañana detrás de los portones de rejas de acero de su residencia, propiedad de la embajada, mientras los matones hutus ubicaban y liquidaban a sus primeras víctimas. Sonó el teléfono de Joyce Leader. Era la primera ministra: “Por favor, ocúlteme”, le imploró. Joyce no la conocía bien: “Ella era primera ministra, yo una simple diplomática”. Pero se conocían por las funciones diplomáticas y, durante un corte de luz, la primera ministra había pasado alguna vez por la casa de la estadounidense para arreglarse el cabello. Eso se consideraba una emergencia.

Minutos después de la conversación telefónica, un soldado de paz de la ONU intentó pasar a la primera ministra por encima del muro que separaba sus recintos. Al oír disparos, Joyce Leader le rogó al soldado que cesara. “¡Pueden verlos!” gritó. Agathe Uwilingiyimana pudo escapar junto con su esposo y sus hijos a otra propiedad, ocupada por el Programa de Desarrollo de las Naciones

Unidas. Pero los milicianos los siguieron hasta ahí, y la pareja se entregó. Hubo más tiros. Recuerda la diplomática: “La oímos gritar y luego, de pronto, cuando terminaron los disparos, ya no hubo más gritos, y oímos vítores”. Los hombres armados de la guardia presidencial hutu buscaron y eliminaron a prácticamente todos los políticos moderados de Ruanda ese día.

La redada en el recinto de Uwilingiyimana no sólo le costó a Ruanda una reconocida partidaria de la paz y del poder compartido, sino que también provocó el fracaso de la misión de la ONU con Dallaire. Conforme un plan previo, soldados hutus rodearon a los soldados de paz en la residencia de la primera ministra, los llevaron a un campamento militar, dejaron a salvo a los ghaneses y luego mataron y mutilaron salvajemente a los 10 belgas. Al retirarse Estados Unidos de Somalia, tras la muerte de 18 de sus soldados, los atacantes hutus creyeron que esta masacre provocaría una retirada belga. Y así sucedió, cuando se produjo en Bélgica la exigencia de ampliar la presencia de la Unamir o de retirarse de inmediato.

Hasta las 9 de la mañana se enteró Dallaire del asesinato de los belgas. Viajó al hospital de Kigali, donde ya se apilaban más de 1 000 cadáveres de los pobladores. Dallaire entró en la oscura morgue e iluminó con su linterna los cadáveres de sus hombres. Al principio no entendía por qué había 11 cuerpos cuando le habían dicho que los muertos eran 10. Luego se dio cuenta de que habían sido despedazados en forma tan extrema que era imposible contarlos. Dallaire negoció con las autoridades de Ruanda para que sus cuerpos se dispusieran de manera más digna y se preservara lo que quedaba de sus uniformes.

En el Pentágono, la noticia de la masacre de los belgas se veía como la confirmación de que la misión de la ONU en Ruanda pasaba de “una Somalia en potencia” a una Somalia en cumplimiento. Para muchos el incidente se alimentó y fortaleció por arraigadas opiniones respecto de las misiones de paz de la ONU, pues los belgas permitieron que los desarmaran. James Woods, vicesubsecretario de defensa para África desde 1986, recuerda:

Bueno, hubo horror y consternación por las muertes y, sobre todo, el que hubieran muerto así. Pero también hubo consternación porque no se defendieron. No desenfundaron sus pistolas. Creo que le daba a entender a mucha gente que seguía las operaciones de paz de las Naciones Unidas que había una buena cantidad de tonterías románticas en los principios básicos, y ésta era una razón más para mantenerse al margen de las operaciones de paz de la ONU [...] Oí decir a una persona: “Bueno, al

menos sabemos que nuestros exploradores murieron peleando en Somalia. A estos tipos, con sus boinas azules, los acribillaron sin que siquiera dispararan un tiro”.³

Una fiebre se apoderó de Ruanda. Las listas de víctimas se prepararon con antelación. Hasta ahí quedaba claro, a través de Radio Mille Collines, que transmitía nombres, direcciones y números de placas de tutsis y hutus moderados. Un sobreviviente contó: “La escuchaba, porque si a uno lo mencionaban al aire, era seguro que al poco tiempo venía a llevárselo el Interahamwe. Uno sabía que tenía que cambiar de dirección sin demora”.⁴

En respuesta a las matanzas iniciales del gobierno hutu, los rebeldes tutsis del Frente Patriótico de Ruanda (FPR), apostados en Kigali en las condiciones de un reciente acuerdo de paz, salieron de sus cuarteles y reanudaron su guerra civil contra el régimen hutu. Pero con la cobertura de esa guerra había ya claras indicaciones de que se desarrollaba un genocidio sistemático. Del 7 de abril en adelante, el ejército al mando de los hutus, la gendarmería y las milicias obraron en conjunto para exterminar a los tutsis de Ruanda. Muchas de las primeras víctimas tutsis vieron que se les perseguía adrede, no espontáneamente. El sobreviviente de una masacre en el hospital de Kibuye declaró haber oído leer la lista por altoparlante antes del comienzo del ataque. Otro sobreviviente contó que, una vez terminada la matanza,

mandaron gente a fijarse entre los cadáveres quiénes eran los muertos. Dijeron: “Aquí está el tesorero, y su mujer e hija, pero ¿dónde está el hijo menor?” O: “Aquí está el padre de Josué, su esposa y su madre, pero ¿dónde está él?” Y después, en los días siguientes, trataban de acorralarte si pensaban que seguías vivo. Gritaban: “¡Eh, Josué, ya te vimos!” para hacer que salieras y trataras de correr, así te veían moverte, y te agarraban más fácilmente.⁵

En Kigali, durante los primeros días, los asesinos eran soldados bien armados del gobierno y milicianos que se valían sobre todo de armas de fuego automáticas y granadas. La matanza se extendió poco a poco en el campo, donde se llevaba a cabo inicialmente con armas de fuego, pero a medida que participaban más hutus se emplearon armas cada vez más primitivas: cuchillos, machetes, lanzas y los tradicionales *masu*, pesados garrotes con puntas de clavos. Y más tarde se añadieron al arsenal destornilladores, martillos y manubrios de bicicleta. Los asesinos normalmente llevaban el arma en una mano y un radio para recibir órdenes en la otra.

Decenas de miles de tutsis que huyeron de sus hogares presas del pánico

fueron atrapados y masacrados en intersecciones de caminos. Se ocuparon poco de deshacerse de los cadáveres; algunos fueron llevados a basureros. La carne humana se pudría al sol. En las iglesias, los cadáveres se mezclaban con gente que se ocultaba. Si los asesinos se hubieran tomado el tiempo necesario para cuestiones de sanidad, se hubieran distraído de su misión de “sanear” su país.

Ya que los hutus y los tutsis habían vivido mezclados unos con otros y, en muchos casos, habían celebrado matrimonios mixtos, las matanzas obligaron a parientes y amigos de ambos grupos a tomar la decisión vital de abandonar a sus seres queridos para salvar su propia vida. En la iglesia Mugonero, en el pueblo de Kibuye, dos hermanas hutus casadas con sendos tutsis se vieron ante ese dilema. Una de ellas decidió morir con su esposo. La otra, con la esperanza de salvar la vida de sus 11 hijos, decidió huir. Como su marido era tutsi, sus hijos eran considerados como tales y, por ello, técnicamente tenían prohibido vivir. Pero los hutus, armados con machetes, le aseguraron que los niños podrían partir libremente si ella accedía a acompañarlos. Cuando la mujer salió de la iglesia, sin embargo, vio a los atacantes matar brutalmente a ocho de los once niños. El más pequeño, de tres años, tras ver la muerte de sus hermanos, suplicó: “Por favor no me maten. Nunca más seré tutsi”. Pero los asesinos lo mataron sin apenas parpadear.⁶

El genocidio de Ruanda sería la matanza más rápida y eficiente del siglo xx. En 100 días fueron asesinados unos 800 000 tutsis y hutus moderados. Estados Unidos no hizo prácticamente nada para detenerlo. Antes de la caída del avión del 6 de abril, ignoraron una y otra advertencia sobre la inminente violencia. Dijeron que no a las peticiones de Bélgica de reforzar la misión de paz. Cuando comenzaron las masacres, el gobierno de Clinton no sólo omitió enviar tropas a Ruanda para enfrentarse a la masacre, sino que se negó a tomar muchas otras medidas posibles. El presidente Clinton no se reunió una sola vez con sus asesores en política exterior para hablar de las posibilidades de acción en el caso de Ruanda. Sus allegados cercanos rara vez condenaron la masacre. Estados Unidos no empleó su fuerza tecnológica para interferir e inutilizar la incendiaria radio de Ruanda ni cabildearon para hacer que se expulsara de la ONU al embajador del gobierno genocida. Lo que sí hizo el gobierno estadounidense tuvo consecuencias fatales. Washington exigió que salieran de Ruanda las fuerzas de paz de la ONU y después se negó a autorizar el despliegue de refuerzos. Con el recuerdo de Somalia muy presente, y al no escucharse en el país exigencias para

intervenir, el presidente Clinton y sus asesores sabían que el riesgo político y militar de involucrarse en un conflicto sangriento en África central era demasiado grande y, por el contrario, no costaba nada desentenderse por completo de Ruanda. Así, Estados Unidos se mantuvo de nuevo al margen.

ADVERTENCIA

Antecedentes: el destacamento de la ONU

Si hubo alguna vez alguien que creyó firmemente en la promesa de la acción humanitaria, era el general de 47 años que dirigió la misión de paz de la ONU en Ruanda. Romeo Dallaire, un francocanadiense de hombros anchos y ojos azules y profundos, tenía las manos gruesas y callosas de quien ha crecido en una cultura que valora la ocupación militar, el servicio y el sacrificio. Y Dallaire veía en la esencia de la ONU esos tres valores.⁷

Antes de ser enviado a Ruanda, Dallaire había sido comandante de una brigada que envió batallones de paz a Camboya y a Bosnia, pero él mismo nunca había estado en combate. “Era como un bombero que nunca ha asistido a un incendio, pero que ha soñado durante años cómo se iba a comportar cuando lo hiciera”, recuerda Dallaire. Cuando en el verano de 1993 recibió una llamada telefónica de la sede de la ONU en la que se le ofrecía el puesto en Ruanda, estaba extasiado. “Es muy difícil que alguien que no pertenezca al servicio entienda lo que significa recibir una encomienda como ésta. Uno vendería a su madre por ello. Cuando recibí la llamada, era una respuesta al objetivo de mi vida”, explica. “Es lo que ha estado uno esperando. Es *todo* lo que ha estado esperando.”

A Dallaire se le encomendó el mando de una fuerza de la ONU que asegurara la paz en Ruanda, una nación del tamaño de Vermont (pequeño estado de la Unión Americana de más o menos 25 000 km²), con ocho millones de habitantes, conocida como “la tierra de las mil Colinas”. Antes de independizarse de Bélgica en 1962, los tutsis, que constituían 15% de la población, gozaban de una posición privilegiada. Pero la independencia inauguró tres décadas de gobierno hutu, que discriminaba a los tutsis, con ocasionales oleadas de matanzas y limpieza étnica. En 1990 un grupo de rebeldes armados, en su mayoría tutsis, se concentró en la frontera con Uganda e invadió Ruanda. En los años siguientes, los rebeldes, conocidos como el FPR, ganaron terreno a las fuerzas gubernamentales hutus. En

1993, con el apoyo de las principales potencias occidentales, Tanzania patrocinó conferencias de paz, las que resultaron en un trato para compartir el poder, conocido como el Acuerdo de Arusha. Con los términos del mismo, el gobierno de Ruanda se comprometía a compartir el poder con los partidos opositores hutu y la minoría tutsi. Se enviaría una fuerza de la ONU para garantizar el cese al fuego y asistir en la desmilitarización y desmovilización, así como para lograr un clima seguro para el retorno de los tutsis exiliados. La esperanza de los moderados del país era que por fin los hutus y los tutsis pudieran coexistir en armonía.

Los elementos intransigentes del gobierno hutu, y los extremistas fuera de él, encontraban poco aceptable el acuerdo. Creían que perdían todo, peligraban y no tenían ventaja visible si cumplían con el tratado de paz. Los hutus dominaron el escenario político de Ruanda a lo largo de tres décadas, y temían que los tutsis, a quienes habían perseguido, se vengarían si llegaran a gobernar de nuevo. El acuerdo no concedía una amnistía a los asesinos por sus fechorías pasadas, de manera que a los líderes hutus con sangre en las manos les preocupaba que al integrar a los políticos y militares tutsis al gobierno, les pudiese costar la libertad o incluso la vida. Los recuerdos de los hutus de la Ruanda anterior a la independencia se transmitieron por generaciones, y los niños hutus recitaban con lujo de detalles los delitos cometidos por los tutsis contra sus antepasados.

Los extremistas hutus que se oponían a Arusha entraron a aterrorizar a los tutsis y a todos los que estaban a favor de compartir el poder. Aviones llenos de armas de fuego, granadas y machetes empezaron a llegar.⁸ Para 1992, las milicias hutus compraron, almacenaron y comenzaron a distribuir algo así como 85 toneladas de municiones, además de 581 000 machetes, para uno de cada tres varones adultos hutus.⁹ La situación se volvió lo bastante dramática en 1993 como para que se interesaran varias organizaciones internacionales y de la ONU. A comienzos de 1993, Monique Mujawamariya, directora ejecutiva de la Asociación para la Defensa de los Derechos Humanos de Ruanda, solicitó a grupos internacionales de derechos humanos que visitaran su país, esperando impedir más violencia. Des Forges, de Human Rights Watch, fue una de las 12 personas de 8 países miembros de la Comisión Investigadora Internacional. La comisión pasó tres semanas en Ruanda, entrevistando a cientos de ciudadanos. Los crímenes que describían incluso en ese entonces eran tan salvajes que no se podían creer. En un caso, los investigadores conocieron a una mujer que dijo que sus hijos fueron asesinados por extremistas hutus, y enterrados en el jardín del

alcalde. Frente al desmentido de las autoridades, el equipo supo que debía conseguir pruebas fidedignas. Se dirigieron a la casa del alcalde y exigieron que se les permitiera cavar en el jardín. El alcalde de manera despreocupada les permitió hacerlo, con la condición de que le rembolsaran las habas que maltratasen. Los investigadores, en su mayoría abogados que nunca habían cavado una sepultura o ni siquiera sabían de jardinería, comenzaron a trabajar. Des Forges recuerda: “Cavamos y cavamos y cavamos, mientras el alcalde se quedó sentado, mirándonos a los inexpertos con una expresión de sorna”. Con los bordes del hoyo a punto de desplomarse, el equipo no había hallado nada, y estaba a punto de retirarse. Sólo la mujer que los miraba desde un costado los impulsaba a seguir. Alison les dijo a sus compañeros: “Esta mujer es madre. Podrá equivocarse en muchas cosas, pero una cosa en que no se equivocará será en saber dónde están enterrados sus hijos”. Unos minutos más tarde los investigadores exhumaron un pie; siguieron otras partes del cuerpo.

El informe de la comisión de marzo de 1993 reveló que más de 10 000 tutsis fueron detenidos y 2 000 asesinados desde la invasión del FPR en 1990.¹⁰ Matones pagados por el gobierno perpetraron por lo menos tres matanzas importantes de tutsis. Proliferaban la retórica y las milicias extremistas, racistas. La comisión internacional y un investigador de la ONU que estuvo poco tiempo después advirtieron explícitamente de un posible genocidio.¹¹

Los analistas de Inteligencia de jerarquía menor estaban perfectamente conscientes de la historia de Ruanda y de la posibilidad de atrocidades. Un informe de la CIA de enero de 1993 advertía de la probabilidad de violencia étnica en gran escala, y otro de diciembre de 1993 reveló que se transportaron unas 40 toneladas de armas pequeñas de Polonia a Ruanda, vía Bélgica, cantidad extraordinaria para un gobierno supuestamente comprometido en un proceso de paz. En enero de 1994 un analista de Inteligencia del gobierno estadounidense predijo que si se reanudaba el conflicto en Ruanda, “en el peor de los casos moriría medio millón de personas”.¹²

El discurso público de los extremistas se mantenía a la par de los machetes, milicias y escuadrones de la muerte. En diciembre de 1990, el periódico hutu *Kangura* [Despertad] publicó sus Diez mandamientos del Hutu. Como las Leyes de Nuremberg de Hitler y los edictos de los serbiobosnios de 1992, estos diez mandamientos articulaban las reglas que los radicales esperaban imponer a la minoría:

1. Cada hutu debe saber que una mujer tutsi, no importa donde esté, obra en beneficio de su grupo étnico tutsi. En consecuencia, consideraremos traidor a cualquier hutu que

- se case con una tutsi,
- se amiste con una tutsi, o
- emplee a una tutsi de secretaria o de concubina.

2. Todo hutu debe saber que nuestras hijas hutus son más apropiadas y concienzudas en su papel de mujer, esposa y madre de familia. ¿No son bellas, buenas secretarias y más honestas?

3. Mujeres hutus, sed vigilantes y procurad traer de vuelta a la razón a vuestros esposos, hermanos e hijos.

4. Todo hutu debería saber que todo tutsi es deshonesto en los negocios. Su único objetivo es la supremacía de su grupo étnico. En consecuencia, cualquier hutu que haga lo siguiente es un traidor:

- Se asocie comercialmente con un tutsi.
- Invierta su dinero o el del gobierno en una empresa tutsi.
- Preste dinero o tome prestado de un tutsi.
- Otorgue favores comerciales a un tutsi (licencias de importación, préstamos bancarios, sitios para obras de construcción, mercados públicos...).

5. Toda posición estratégica, política, administrativa, económica, militar y de seguridad debe confiársele a los hutus.

6. El sector educativo (escolares, estudiantes, docentes) debe ser mayoritariamente hutu.

7. Las Fuerzas Armadas de Ruanda serán exclusivamente hutus. La experiencia de la guerra de octubre de 1990 nos dio una lección. Ningún militar se casará con una tutsi.

8. Los hutus deben dejar de mostrar piedad ante los tutsis.

9. Los hutus, dondequiera que estén, deben mostrar unidad y solidaridad, ocupándose de la suerte de sus hermanos hutus.

- Los hutus dentro y fuera de Ruanda deben buscar amigos y aliados para la causa hutu, empezando con sus hermanos bantúes.
- Deben destruir siempre la propaganda tutsi.
- Los hutus deben ser firmes y vigilantes contra su común enemigo tutsi.

10. Debe enseñarse la revolución social de 1959, el referéndum de 1961 y la ideología hutu a todo hutu en todo nivel. Todo hutu debe divulgar

extensivamente esta ideología. Todo hutu que ataque a otro por leer, divulgar y enseñar esta ideología es un traidor.¹³

Los políticos radicales hutus no ocultaban sus intenciones. En noviembre de 1992, Leon Mugesera, importante miembro del partido de Habyarimana, pronunció un discurso ante el Movimiento Nacional Revolucionario para el Desarrollo (MNRD), en el que dijo: “El error fatal que cometimos en 1959 fue permitir la fuga de los tutsis [...] Les corresponde estar en Etiopía, y les vamos a encontrar un atajo para llegar ahí tirándolos al río Nyabarongo. Debo insistir en esto. Debemos actuar. ¡Aniquílenlos!”¹⁴ Cuando el FPR, dominado por los tutsis, invadió Ruanda en febrero de 1993 por segunda vez, los medios de comunicación hutus extremistas pintaron a los tutsis como demonios y, en alusión al régimen de Pol Pot en Camboya, los identificaron como “Khmer Negros”. Al insólito estilo de los perpetradores del genocidio, como prelude para convocar a las masas, empezaron a alegar que los tutsis planeaban exterminar a los hutus, instando a la propia defensa preventiva.¹⁵ Aunque las amenazas contra los tutsis y los informes de violencia no tuvieron repercusión en los principales medios periodísticos de Occidente, sí se supo de ellos a través del Servicio de Información de Radiotransmisiones Extranjeras y cables diplomáticos a Washington.

Pero Dallaire estaba poco al tanto de la precariedad de los acuerdos de Arusha. En su viaje de reconocimiento preliminar a Ruanda en agosto de 1993 se le informó que el país estaba comprometido en el proceso de paz, y que era esencial la presencia de la ONU. Apenas sorprende que nadie condujera a un encuentro de Dallaire con aquellos que preferían la erradicación de los tutsis a ceder el poder. Pero llama la atención que ningún funcionario de la ONU en Nueva York pensara en llevar a Dallaire los alarmantes informes de la Comisión Internacional de Investigación ni de la ONU misma.

El total de los datos a disposición de Dallaire antes de ese primer viaje consistía en un resumen de la historia de Ruanda en una enciclopedia, que el mayor Beardsley, asistente ejecutivo de Dallaire, rescató en el último momento de una biblioteca pública. Dice Beardsley: “Volamos a Ruanda con un mapa de carreteras Michelin, una copia del Acuerdo de Arusha y ya. Suponíamos que la cuestión era muy sencilla: había un bando cohesionado gubernamental y otro rebelde, y se reunieron para firmar el tratado de paz y ahora querían que les

diéramos una mano para aplicarlo”.

Aunque Dallaire subestimó seriamente las tensiones que se concitaban en Ruanda, igual pensaba que haría falta un contingente de 5 000 soldados para aplicar el acuerdo. Pero a Estados Unidos no le entusiasmaba mandar ninguna misión de la ONU a Ruanda. Recuerda un funcionario estadounidense: “Cada vez que se mencionaba una misión de paz en África, aparecían los crucifijos y los ajos en cada puerta”. Washington se preocupaba de que la misión a Ruanda se echara a perder, como sucedía en ese momento con las de Bosnia, Somalia y Haití. Las iniciativas multilaterales con propósitos humanitarios parecían fangales en potencia. Pero el presidente Habyarimana viajó a Washington en 1993 para brindar garantías de que su gobierno estaba comprometido en cumplir los términos del Acuerdo de Arusha. Al final, tras intensas gestiones por parte de Francia (la principal patrocinadora diplomática y militar de Ruanda), los oficiales estadounidenses aceptaron la premisa de que Unamir sería la inusitada “ganadora de la ONU”. No obstante, dejaron bien en claro que Washington no consideraría enviar tropas propias ni pagaría por 5 000 soldados. De mala gana, Dallaire redujo su pedido por escrito a 2 500. Recuerda: “Me dijeron: ‘No pida una brigada, porque no hay’”. El 5 de octubre de 1993, dos días después de los combates en Somalia, Estados Unidos votó con desgano en el Consejo de Seguridad por la autorización de la misión de Dallaire.¹⁶

Una vez ahí, el mismo mes, carecía no sólo de datos de Inteligencia y de personal, sino también de apoyo institucional. El pequeño Departamento de Operaciones de Paz en Nueva York, manejado por el ghanés Kofi Annan (más adelante secretario general de la ONU), se encontraba abrumado. Madeleine Albright, embajadora de Estados Unidos ante la ONU e importante partidaria de la intervención militar en Bosnia, recuerda: “El teléfono 911 global estaba siempre ocupado o no contestaba nadie”. En la época del envío de la misión a Ruanda, con un reducido personal de algunos cientos de integrantes, la ONU tenía 70 000 soldados de paz apostados en 17 misiones alrededor del mundo.¹⁷ En medio de estas difundidas crisis y dolores de cabeza logísticos, Ruanda gozaba de poca importancia.

Tampoco le alivió la existencia a Dallaire ni a la oficina de misiones de paz de la ONU la menguante paciencia de Estados Unidos por las iniciativas de paz. El gobierno de Clinton había comenzado mejor dispuesto a estos menesteres que cualquier otro gobierno en la historia de Estados Unidos, pero el Congreso debía

500 millones de dólares en cuotas a la ONU y costos de misiones de paz. Se había cansado de su obligación de cubrir un tercio de los gastos de lo que había pasado a parecer un apetito mundial insaciable por la pillería y el igualmente insaciable de la ONU por las misiones. El gobierno de Clinton reconoció que al Departamento de Operaciones de Paz le hacía falta una que otra reparación, e insistió en que la ONU “aprendiera a decirles No” a las misiones inseguras o costosas.

A resultas de la experiencia en Somalia, los republicanos del Senado exigieron que el gobierno de Clinton confiara aún menos en las Naciones Unidas. En enero de 1994, el senador Bob Dole, uno de los principales defensores de los musulmanes bosnios a la sazón, propuso una legislación para limitar la participación de Estados Unidos en misiones de paz de la ONU.¹⁸ Enfrentado con la retirada de Somalia y la oposición congresista, el gobierno de Clinton aceleró la confección de una doctrina formal de Estados Unidos respecto de las misiones de paz.

De la tarea se ocupó Richard Clarke, del Consejo Nacional de Seguridad, un asistente especial del presidente conocido como uno de los más eficaces burócratas de Washington. En un proceso entre diversas agencias que duró más de un año, Clarke dirigió la producción de lineamientos para la decisión presidencial, PDD-25, que listaba 16 factores para decidir si apoyaba o no las actividades de paz; siete factores para que Estados Unidos votara en el Consejo de Seguridad de la ONU sobre operaciones de paz realizadas por soldados no estadounidenses; seis adicionales y más estrictos en el caso de participar fuerzas estadounidenses; y tres finales, si era probable que sus tropas tuvieran que pelear. La participación de Estados Unidos tenía que promover los intereses nacionales, ser necesaria para el éxito de la operación y contar con el apoyo del público y del Congreso. El riesgo de bajas debía ser “aceptable”. Debía establecerse una estrategia de salida.¹⁹ Como dijo el diputado David Obey de Wisconsin, la restrictiva lista de lineamientos buscaba satisfacer el deseo estadounidense por “cero grados de participación, cero grados de riesgo y cero grados de dolor y confusión”.²⁰ Los creadores de la doctrina eran sus más empedernidos defensores. Dice Clarke: “Muchos dicen que PDD-25 fue una cosa maligna, con intención de desbaratar las misiones de paz. La realidad es que éstas ya estaban muertas. No contaban con el apoyo de nuestro gobierno, y las tropas de paz eran ineficaces”. Aunque los lineamientos se hicieron públicos hasta el 3 de mayo de

1994, un mes después del comienzo del genocidio en Ruanda, las consideraciones de la doctrina y la frustración del gobierno con las iniciativas de paz influyeron en gran medida en el pensamiento de los funcionarios estadounidenses responsables de elaborar la política hacia Ruanda.

En Estados Unidos, Ruanda gozaba de muy baja prioridad. Cuando Woods, de la oficina de asuntos africanos del Departamento de Defensa, sugirió que el Pentágono agregara Ruanda-Burundi a su lista de posibles lugares de conflicto, sus jefes le dijeron: “Fíjate, si algo pasa en Ruanda-Burundi, a nosotros no nos importa. Quítalo de la lista. No están comprometidos los intereses nacionales de Estados Unidos ni podemos agregar todas estas tonterías humanitarias a las listas [...] Haz que se vaya”.²¹

Cada faceta de la Unamir de Dallaire funcionaba con fondos mínimos. Estaba equipada con neumáticos de segunda mano de la misión de la ONU en Camboya, y sólo 80 de los 300 que aparecieron eran utilizables. Cuando se agotaron los suministros médicos, en marzo de 1994, Nueva York anunció que no contaba con los medios para remplazarlos. Muy poco se conseguía en el lugar, pues Ruanda era una de las naciones más pobres de África. Era raro encontrar refacciones, baterías e incluso municiones. Dallaire empleó 70% de su tiempo luchando contra la logística de la ONU.²²

También tenía problemas importantes con su personal. Estaba al mando de tropas, observadores militares y personal civil de 26 países. Aunque la multinacionalidad se considera ventajosa en las misiones de la ONU, la diversidad produjo grandes discrepancias en cuanto a recursos. Mientras que las tropas belgas aparecieron en Ruanda bien equipadas y dispuestas a cumplir su tarea, los contingentes más pobres se hicieron presentes “con una mano atrás y otra adelante”, en palabras de Dallaire, y exigió que las Naciones Unidas los equiparan. Cuenta: “Como nadie más enviaba tropas, teníamos que arreglarnos con lo que había”. Cuando manifestó su inquietud, un funcionario superior de la ONU le indicó que redujera sus requerimientos. Recuerda: “Me dijeron: ‘Escucha, general, tienes entrenamiento de la OTAN. Esto no es la OTAN’”. Aunque llegaron 2 500 efectivos de Unamir para abril, pocos disponían del equipo para cumplir siquiera tareas básicas.

Las señales de la militarización de Ruanda eran tan generalizadas que, hasta con la escasez de personal de Inteligencia, Dallaire captó las siniestras intenciones de los extremistas. En diciembre, altos oficiales militares del

gobierno hutu le enviaron a Dallaire una carta que advertía que las milicias hutus planeaban masacres. Las listas de muerte eran ya tan conocidas que había individuos que les pagaban a las milicias locales para que los borrarán. Además de transmitir incitaciones contra los tutsis, Radio Mille Collines empezó a denunciar a las tropas de paz de la ONU como cómplices de aquéllos.

En enero de 1994, un informador hutu anónimo, supuestamente de alto rango en los círculos internos del gobierno de Ruanda, se acercó para describir el veloz equipamiento y entrenamiento de las milicias locales. En lo que ahora se conoce como el “Fax Dallaire”, éste retransmitió a Nueva York la afirmación del informante de que a los extremistas hutus “se les ordenó elaborar un registro de todos los tutsis de Kigali”. Dallaire escribió: “Sospecha que es para exterminarlos. El ejemplo que dio fue que, en 20 minutos, su personal podía matar hasta 1 000 tutsis”.

“Jean-Pierre”, como se conoció al informador, dijo que la milicia tenía intención primero de provocar y luego asesinar a un número determinado de tropas de paz belgas para “garantizar el retiro belga de Ruanda”. El hombre estaba dispuesto a identificar los principales depósitos de armas en toda Ruanda, entre ellos uno que contenía por lo menos 135 armas, pero quería pasaportes y protección para su esposa y cuatro hijos. Dallaire reconoció la posibilidad de una trampa, pero opinó que el informador era confiable. Él y sus fuerzas de las Naciones Unidas estaban listas para actuar dentro de 36 horas. Afirmó: “Con voluntad, todo se puede. ¡Adelante!”²³ No pedía permiso: sólo informaba al cuartel general de las incautaciones de armas que planeaba.

Iqbal Riza, el segundo de Annan, le volvió a telegrafiar a Annan de parte de su jefe para desautorizar los decomisos de armas. Observó: “Decíamos: ‘No más Somalias’. En Somalia, esas tropas —estadunidenses, paquistaníes— actuaban a sus órdenes cuando murieron. En este caso, Dallaire pretendía arriesgarse excediendo su mandato. Y le dijimos que no”.²⁴ El cable de Annan sugería que Dallaire se ocupara más bien de proteger a sus fuerzas y evitara una escalada. El general debía informar al presidente Habyarimana de los argumentos del informador. Dallaire cuestionó la decisión por teléfono y con cinco faxes. Incluso después de que Dallaire confirmase la confiabilidad de su informador, sus jefes políticos le dijeron clara y constantemente que Estados Unidos en particular no apoyaría una interpretación tan agresiva de su mandato. Rogó Dallaire: “Tienen que autorizarlo. Si no neutralizamos estas armas, algún día se van a usar en

contra nuestra”. En Washington desoyeron la alarma de Dallaire. El teniente coronel Tony Marley, enlace militar de Estados Unidos con el proceso de Arusha, respetaba a Dallaire, pero al saber que operaba en África por primera vez, recuerda: “Pensé que el novato tenía buenas intenciones, pero cuestionaba si sabía de lo que estaba hablando”.

Ni una escalada de asesinatos políticos en la primavera de 1994 pudo enfocar la atención pública hacia Ruanda. El 21 de febrero de 1994, extremistas de derecha asesinaron a Felicien Gatabazi, ministro de Obras Públicas. Martin Bucyana, presidente de la Coalición por la Defensa de la República (CDR), hutu de línea dura, murió asesinado en el poblado sureño de Butare al día siguiente, lo que daba la impresión de escaramuzas de represalia en lugar de un sondeo para algo más ambicioso.²⁵ Dallaire quiso investigar estos asesinatos, pero poco pudo hacer mientras observaba como las unidades del temido Interahamwe se hacían más conspicuas en público, con cantos y marchas, coloridos uniformes y armas. Colgaban machetes de sus cinturones, como alguna vez los revólveres pendían de los de los vaqueros. Se conseguían granadas en la feria por muy poco dinero. El 23 de febrero Dallaire comunicó que estaba abrumado de información acerca de listas de blancos de los escuadrones de muerte. Escribió: “El tiempo parece agotarse para las discusiones políticas; cualquier chispazo del lado de la seguridad podría tener consecuencias catastróficas”.²⁶

LOS ACTORES EN EL PROCESO DE PAZ

A Estados Unidos ya los alarmaba lo suficiente el deterioro de los acontecimientos, como para que la oficina de asuntos africanos del Departamento de Estado enviara a la vicesubsecretaria Bushnell y a la directora de la oficina de África central, Arlene Render, a Ruanda a fines de marzo. Hija de un diplomático, Prudence Bushnell entró al servicio extranjero en 1981, a los 35 años. Con su mente ágil y lacerante elocuencia, se ganó la atención de George Moose al trabajar para él en la embajada estadounidense en Senegal. Al nombrar a Moose vicesecretario de Estado para asuntos africanos en 1993, designó a Prudence Bushnell su segunda. En reuniones con el presidente Habyarimana, la hábil diplomática le advirtió que de no aplicar el Acuerdo de Arusha, Estados Unidos exigiría el retiro de las tropas de paz de la ONU, cuyo mandato estaba por revisarse el 4 de abril. Prudence Bushnell mencionó todos los “factores para la

intervención” del PDD-25. Describió el humor del Congreso estadounidense. Al despedirse dijo: “Presidente Habyarimana, su nombre estará a la cabeza de este capítulo de la historia de Ruanda. Usted decide si ha de ser un capítulo de gloria o uno de tragedia”.²⁷ Antes de su partida de Ruanda recibió una nota manuscrita del voluble presidente en que se comprometía a dar cumplimiento al Acuerdo de Arusha e instalar un gobierno de transición la siguiente semana.

Pese a la preocupación de los funcionarios estadounidenses que manejaban el tema de Ruanda, su diplomacia mostraba varios puntos débiles; uno, continuaba revelando su preferencia natural hacia los estados y las negociaciones. Debido a que la mayor parte del contacto diplomático tiene lugar entre los representantes de estados, los funcionarios estadounidenses tienden a fiarse de las garantías de los funcionarios de gobierno. En el caso de Ruanda, varios de éstos tramaban solapadamente un genocidio. Aquéllos del gobierno de Estados Unidos que mejor conocían Ruanda miraron la escalada de la violencia con un prejuicio diplomático que los rendía tanto institucionalmente orientados a favor del gobierno de Ruanda como reacios a dar ningún paso que pudiera malograr el proceso de paz. Esto significaba evitar todo enfrentamiento. Un examen del intercambio de telegramas entre la embajada de Estados Unidos en Kigali y Washington, desde la firma del Acuerdo de Arusha y el derribo del avión presidencial, demuestra que los reveses se percibían como “peligros para el proceso de paz” más que como “peligros para el pueblo de Ruanda”. Igual que en las guerras entre Irán e Irak y la de Bosnia, las críticas estadounidenses se dirigían siempre contra “ambos bandos”, aun cuando aquí los culpables habituales eran el gobierno y las fuerzas milicianas hutus.

El embajador de Estados Unidos en Kigali, David Rawson, demostró ser especialmente vulnerable a tal tendencia. Rawson creció en Burundi, donde su padre, misionero estadounidense, fundó un hospital cuáquero. Entró al servicio extranjero en 1971. Cuando a los 52 años se le nombró embajador en Ruanda en 1993, su primer puesto de esa naturaleza, no podría haber conocido más íntimamente la región, la cultura y el peligro. Hablaba el idioma local, algo casi sin precedentes para un embajador en África central. Pero a Rawson le resultaba difícil imaginar a los oficiales del entorno presidencial conspirando para cometer genocidio. Enviaba informes *pro forma* sobre las obstrucciones de Habyarimana para compartir el poder, pero el intercambio telegráfico demuestra que confiaba en la palabra del presidente de que hacía todo lo posible. La fe estadounidense en

el proceso de paz daba lugar a la irreal esperanza de ver la paz “a la vuelta de la esquina”. Recuerda Rawson:

Éramos ingenuos optimistas políticos, supongo. El hecho de que las negociaciones no pueden funcionar, prácticamente las descarta como opción para quienes desean la paz. Buscábamos los indicios de esperanza, no los tenebrosos; además, advertíamos la vista de los tenebrosos [...] Una de las cosas que aprendí y ya tendría que haber sabido era que, una vez que se lanza un proyecto, adquiere su propio impulso. Yo dije: “Probemos esto, y si no funciona podemos retirarnos”. Pero las burocracias no lo permiten. Una vez que se introduce en un proceso la política de Washington, se le persigue casi ciegamente.

Incluso después de que el gobierno hutu comenzara a exterminar a los tutsis en abril de 1994, los diplomáticos estadounidenses enfocaron la mayoría de sus esfuerzos a “restablecer un cese al fuego” y “volver a encaminar Arusha”. Para forzar esto, los funcionarios estadounidenses y la ONU amenazaban con retirar las tropas de paz por el mal comportamiento o por no aplicar los términos de Arusha.²⁸ El problema con esta política, que los diplomáticos siguieron también en Bosnia, era que los extremistas que creían en la pureza étnica nada deseaban con más fervor que un retiro de la ONU. Como señala un alto funcionario estadounidense: “La primera respuesta a cualquier problema es ‘Saquémosles las tropas de paz’. Pero eso es como creer que si los chicos se portan mal, la mejor solución es decir: ‘Echemos a la cuidadora’. Así se incendia la casa”.

Dos: la diplomacia estadounidense, antes y después del genocidio, también adolecía de la tendencia a la ceguera resultante de volver a lo conocido: los escasos individuos que prestaban atención a Ruanda antes del derribo del avión presidencial eran quienes ya venían observándola desde algún tiempo y, en consecuencia, daban por descartada la existencia de alguna violencia étnica en la región. Y como Estados Unidos había tolerado la muerte de unos 50 000 civiles en Burundi en 1993, estos funcionarios sabían que ese país no se alteraría por un sustancial derramamiento de sangre. Al comenzar las masacres en abril de 1994, algunos especialistas estadounidenses, sobre la región supusieron que Ruanda pasaba por otro “incendio regional” que resultaría en otra vuelta “aceptable” (si bien trágica) de asesinato étnico.

Rawson se informó acerca del genocidio previo a su nombramiento en Ruanda, con lo que ya era una relativamente abundante bibliografía erudita respecto de sus causas. Pero aunque esperaba matanzas mutuas, no anticipó la

escala en que terminó: “No hay nada en la cultura ni en la historia de Ruanda que pudiera sugerir semejante pronóstico. La mayoría pensamos que, si comenzaba una guerra, sería corta; que este pueblo pobre no tenía los recursos, los medios, para soportar una guerra elaborada. No podía saber que se despacharían entre sí con los medios más económicos a su disposición”. El subsecretario Moose comparte este parecer: “Psicológica e imaginativamente, fuimos demasiado limitados”.

Por su parte, Dallaire vio en seguida cómo daban ánimos a los militantes las amenazas de un retiro. Sabían que si presionaban y desorganizaban más, se librarían de las tropas de paz de la ONU que aplicaban el tratado de paz que ellos buscaban sabotear. El retiro de la ONU era una zanahoria, no un palo. Pero como el oficial canadiense resistió la postura política de sus colegas, recibió escarnio y reprensión. Beardsley afirma: “La actitud general era: ‘Cierra el pico. Eres soldado. Deja que los expertos manejen esto’”.

Pero a las pocas semanas los “expertos” se esfumaron, y Dallaire tuvo que arreglárselas solo.

RECONOCIMIENTO

Crímenes de lesa humanidad

A los primeros días de levantarse los puntos de control y comenzar las masacres el 6 de abril de 1994, Dallaire mantuvo sus contactos con el coronel Bagosora y otros oficiales del Ejército de Ruanda. Pero éstos, los cabecillas de la matanza, aseguraban a Dallaire y a los diplomáticos extranjeros su afán de poner fin a las matanzas y continuar con el proceso de paz. Incluso solicitaron a Dallaire que mediara para un cese al fuego. Sostuvieron, como Talaat y Milosevic, que necesitaban tiempo para frenar a los “elementos descontrolados”.

Al principio, aunque las matanzas horrorizaban a Dallaire, pensó que los pistoleros y las milicias hutus sólo perseguían a sus “enemigos políticos”. En los primeros días, los políticos moderados hutus y los principales tutsis fueron blanco de ataques. Como en Camboya, de aquí surgió la noción de que los asesinatos eran represalias específicas más que un presagio de un genocidio ambicioso. A la gente común, esperaban Dallaire y otros, se la dejaría tranquila.

Dallaire y otros observadores extranjeros pasaron por dos fases de reconocimiento. La primera era darse en cuenta de que no era sólo una guerra

convencional, sino que se trataba de masivos crímenes de lesa humanidad. La segunda era ver que lo que sucedía era genocidio.

La primera oleada de reconocimiento arrasó mediante el centro de las Naciones Unidas —para retransmitirse a las capitales occidentales— con celeridad. Dos días después del siniestro aéreo, el 8 de abril, Dallaire observó en un cable a Washington que la dimensión étnica era una de las causas que sustentaba las matanzas. El telegrama detallaba los asesinatos políticos, que entonces incluían, además de los 10 soldados de paz belgas y la primera ministra Uwilingiyimana, al presidente del Partido Liberal, los ministros de Trabajo y Agricultura, y docenas más. Desmentía la impresión (y la pretensión de las autoridades hutus) de que la violencia estaba sin control. Dallaire describió, en lugar de eso, una “campana de terror muy bien planificada, organizada, deliberada y manejada sobre todo por la Guardia Presidencial”. Instaba a que la ONU aceptara como tarea principal la de proteger a los dirigentes gubernamentales.²⁹ Todavía consideraba los asesinatos como los adjuntos políticos de una guerra civil y su propio papel como el de mediador en un cese al fuego.

Al día siguiente su forma de pensar sufrió un vuelco. Beardsley, el ayudante ejecutivo del general recibió una llamada desesperada por radio de un par de observadores militares polacos de la ONU que se encontraban en una iglesia dirigida por misioneros polacos al otro lado de la ciudad. Decían: “Vengan a buscarnos. Están masacrando a la gente aquí”. Beardsley obtuvo permiso de su jefe para cruzar la línea del frente con un transporte de personal blindado bengalí. Atravesó como 20 barreras de control y llegó a la iglesia.

Cuando llegamos, miré la escuela del otro lado de la calle, donde había chicos, no sé cuántos —40, 60, 80— apilados afuera, todos despedazados a machetazos. Algunas de sus madres los oyeron gritar y vinieron corriendo, y los milicianos las mataron a ellas también. Salimos del vehículo y entramos en la iglesia. Ahí encontramos a 150 personas, muertas en su mayoría, aunque otras todavía emitían quejidos, que fueron atacadas la noche anterior. Los curas polacos nos contaron que todo fue increíblemente bien organizado. El ejército de Ruanda despejó la zona, la gendarmería hizo una redada de todos los tutsis y la milicia los macheteó.

Beardsley dejó un botiquín y su ración de agua para los heridos. Prometió volver en la noche con ayuda, pero para cuando logró salvar los puntos de control, la milicia había finiquitado a los sobrevivientes. Los curas polacos,

inmovilizados contra una pared a punta de cañón, estaban desconsolados. Beardsley recuerda: “Repetían una y otra vez: ‘Eran nuestros feligreses’”. Todo lo que pudo hacer Beardsley fue asegurar que se comunicarían los detalles de la masacre a Nueva York.

Al cuarto día, 10 de abril, Dallaire llegó a la conclusión de que Bagosora y los militantes hutus dirigían una masiva campaña criminal de lesa humanidad contra cualquier portador de cédula tutsi: “Sólo cuando vi en persona a las milicias en los puntos de control sacar a los ocupantes de sus vehículos se me aclaró por completo. Ya no se podía sostener más que se tratara de una mera matanza política”. Los funcionarios hutus insistían en que la violencia era producto de la guerra, pero Dallaire se daba cuenta de que la guerra entre los rebeldes del FPR y las fuerzas gubernamentales era harina de otro costal: “Vi que uno de los bandos eliminaba civiles detrás de las líneas. Y lo que pasaba en el frente no tenía nada que ver con lo que pasaba en el fondo”.

Dallaire no se imaginó entonces un genocidio total por todo el país. De hecho, aunque rápido captó la naturaleza salvaje de la violencia, su imaginación estaba limitada por lo que sabía de la “última guerra” de la región, entre tutsis y hutus en el vecino Burundi: “Burundi acababa de estallar, y 50 000 murieron en cuestión de días. Así que cuando se estrelló el avión, lo que esperábamos eran más de 50 000 muertos. ¿Se imagina tener una expectativa así en Europa? El racismo se mete, y así nos cambia todo pronóstico”. Sin embargo, con un tufo de carne en descomposición ya intolerable, Dallaire sabía que, al margen del número de probables víctimas, iba a necesitar ayuda externa.

El 10 de abril Dallaire formuló la petición más importante de su vida. Llamó a Nueva York por teléfono para solicitar refuerzos y duplicar sus efectivos a 5 000. Igualmente básico, pidió facultades para que sus soldados de paz impidiesen las matanzas. Si no recibía respuesta positiva, sabía que no contaba con soldados, municiones, combustible, vehículos, equipo de comunicación, ni siquiera alimentos y agua —las pocas raciones de supervivencia que tenía estaban podridas e incomibles— para montar cualquier oposición de largo plazo contra los milicianos. No pudo hacer más que aguardar instrucciones. Estados Unidos, más que ningún otro país, habría de dictar la respuesta de la Organización de las Naciones Unidas.

David Rawson estaba sentado en su residencia junto a su esposa mirando una transmisión en video de la *MacNeil/Lehrer News Hour* [un programa de noticias], cuando oyó las dos explosiones seguidas que señalaron el derribo del avión del presidente Habyarimana. En su calidad de embajador estadounidense, Rawson debía ocuparse sobre todo de los ciudadanos estadounidenses, quienes, temía, podían morir o resultar heridos en cualquier brote de violencia. Estados Unidos decidió retirar a su personal y ciudadanos el 7 de abril. Aprisionado en su casa, Rawson no sentía que su presencia tuviera alguna utilidad. En retrospectiva, Rawson pregunta: “¿Teníamos responsabilidad moral de quedarnos ahí? ¿Podría haber cambiado las cosas? No lo sé, pero las matanzas se hacían a pleno día mientras estuvimos. No sentí que lográramos mucho”.

Sin embargo, unos 300 civiles del vecindario se congregaron en la residencia de Rawson en busca de refugio y, cuando los estadounidenses partieron, los locales quedaron abandonados a su suerte. Rawson recuerda: “Le dije a la gente que estaba ahí que nos íbamos, que arriábamos la bandera, y que tendrían que elegir qué hacer [...] Ninguno pidió en realidad que lo lleváramos con nosotros”. Dice que ni siquiera pudieron ayudar a los que trabajaban más cerca de ellos. Su mayordomo principal, que servía las comidas y lavaba la vajilla, llamó al embajador desde su casa para suplicarle: “Estamos en un peligro terrible. Por favor venga a buscarnos”. Dice Rawson: “Le tuve que decir: ‘No podemos movernos. No podemos ir’”. El mayordomo y su esposa fueron asesinados.

El vicesecretario de Estado para asuntos africanos, Moose, no estaba en Washington, de manera que Prudence Bushnell, vicesecretaria interina, dirigió la fuerza de tarea encargada de la evacuación de Ruanda. Su interés, como el de Rawson, era por la suerte de los ciudadanos estadounidenses. Dice: “Sentí con fuerza que mi principal obligación era hacia los estadounidenses. Me daba pena la gente de allá, pero mi encargo era sacar a los nuestros de ahí [...] Además, no se sabía que era un genocidio. Lo que se me dijo fue: ‘Mira, Pru, esta gente hace cosas así de tanto en tanto’. Supusimos que muy pronto estaríamos de vuelta”.

En una conferencia de prensa del Departamento de Estado del 8 de abril, Bushnell apareció y pronunció graves palabras sobre la escalada de violencia y la situación de los estadounidenses ahí. Al abandonar la tribuna, Michael McCurry, vocero del departamento, tomó su lugar y criticó a los gobiernos extranjeros por impedir la proyección de la película de Steven Spielberg *Schindler's List* [La lista de Schindler]: “Esta película pinta de manera conmovedora [...] la más horrible

catástrofe del siglo xx, y muestra que incluso en un genocidio un individuo puede lograr cosas”. McCurry recomendó que la película se mostrara en todo el mundo: “La manera más eficaz de evitar la recurrencia de la tragedia genocida es asegurar que los hechos pasados de esta naturaleza jamás se olviden”.³⁰ Nadie vio la conexión entre las declaraciones de Bushnell y las de McCurry. Ni periodistas ni funcionarios estadounidenses estaban pendientes de los tutsis.

El 9 y 10 de abril, en cinco convoyes diferentes, el embajador Rawson y 250 estadounidenses fueron evacuados de Kigali y otros lugares. Recuerda Rawson: “Cuando partimos, detuvieron e inspeccionaron los autos. Habría sido imposible hacer pasar a un tutsi”. En total, 35 empleados locales de la embajada murieron en el genocidio.

El secretario de Estado, Warren Christopher, sabía muy poco de África. En una reunión con sus asesores principales, varias semanas después del derribo del avión, sacó un atlas de su estante para ubicar el país. El ministro de Relaciones Exteriores belga, Willy Claes, recuerda que intentó hablar de Ruanda con su colega estadounidense, quien le dijo: “Tengo otras responsabilidades”. Christopher apareció en el programa de noticias de CBS *Meet the Press* [Conozca a la prensa] la mañana en que se completó la evacuación estadounidense. Se enorgulleció: “Según la gran tradición, el embajador viajó en el último auto, así que esa evacuación salió muy bien”. Destacó que aunque se mandó a infantes de marina a Burundi, no existían planes de enviarlos a Ruanda para reimplantar el orden. Estaban en la región como una red de seguridad, en caso de necesitarse para asistir en la evacuación: “Siempre es un momento triste cuando los estadounidenses tienen que irse, pero fue prudente hacerlo”.³¹ El dirigente minoritario republicano del Senado, Bob Dole, coincidía. El 10 de abril declaró: “No creo que tengamos intereses nacionales allí. Los estadounidenses están afuera y, en lo que a mí concierne respecto a Ruanda, eso debería ser el final del cuento”.³²

A Dallaire también le habían ordenado que la evacuación de los extranjeros fuese su prioridad. En la ONU, el Departamento de Operaciones de Paz de Kofi Annan, que rechazó la propuesta del comandante de campo de caer sobre los depósitos de armas en enero, le mandó un cable explícito: “Deberá hacer todo esfuerzo por no comprometer su imparcialidad o actuar más allá de su mandato, pero podrá usar su discreción al hacerlo, si resultara esencial para la evacuación de extranjeros. Esto no, repito, no debería extenderse a la participación en

posibles combates excepto en defensa propia”.³³ La neutralidad era fundamental. Evitar el combate era de importancia suprema, pero a Dallaire le quedaba la posibilidad de hacer una excepción para los extranjeros.

Mientras Estados Unidos evacuaba por tierra sin escolta militar, los europeos remitieron tropas a Ruanda para que su personal pudiera irse en avión. El 9 de abril Dallaire miró con apetencia la llegada de un poco más de 1 000 soldados franceses, belgas e italianos al aeropuerto de Kigali para evacuar a sus nacionales. Estos comandos estaban bien afeitados, bien alimentados y bien armados, en marcado contraste con la fatigada, hambrienta y harapienta fuerza de paz de Dallaire.

Si los soldados transportados para la evacuación se hubieran unido a Unamir, Dallaire habría contado con una competente fuerza de disuasión. Tenía a su mando 440 belgas, 942 bengalíes, 843 ghaneses, 60 tunecinos y 255 más de 20 países distintos. También podía valerse de una reserva de 800 belgas en Nairobi. Si los poderes principales hubieran reconfigurado los 1 000 efectivos de la fuerza de evacuación europea, más los 300 marines estadounidenses destinados a Burundi, por fin habría tenido lo suficiente para realizar operaciones de rescate y enfrentar a los asesinos. Recuerda: “Había matanza masiva, y de pronto ahí en Kigali teníamos las fuerzas necesarias para contenerla, o incluso pararla. Pero recogieron a su gente, se dieron la vuelta y se fueron”.

Las consecuencias de esta atención exclusiva a los extranjeros se resintieron de inmediato. En los días que siguieron al siniestro aéreo, unas 2 000 personas, incluyendo a 400 niños, se agruparon en la *École Technique Officielle* bajo la protección de unos 90 soldados belgas. Muchas personas en Ruanda ya padecían heridas de machete. Se congregaron en las aulas y en el campo de juego afuera del colegio. Fuerzas gubernamentales y milicianos de Ruanda acechaban desde las cercanías, cantando “Pawa, pawa”, es decir “poder hutu”. El 11 de abril se ordenó a los soldados de paz belgas reagruparse en el aeropuerto para ayudar en la evacuación de los civiles europeos. Al saberse atrapados, varios locales persiguieron los jeeps gritando: “¡No nos abandonen!” Los soldados de la ONU los espantaron con disparos de advertencia al aire. Cuando los soldados de paz salieron por uno de los portones, los milicianos hutu entraron por otro, dispararon ametralladoras y arrojaron granadas. La mayoría de los 2 000 allí agrupados murieron.³⁴

En los tres días en que se evacuó a unos 4 000 extranjeros, murieron unos 20

ooo locales. Una vez que los evacuados estadounidenses se encontraban a salvo y la embajada estadounidense quedó cerrada, Bill y Hillary Clinton visitaron a los funcionarios que dirigieron la operación de emergencia en el Departamento de Estado para felicitarlos por su “buen trabajo”.

¿CUÁNTO SABÍA ESTADOS UNIDOS?

¿En que momento exacto supo Washington de los siniestros planes hutus para los tutsis? Como siempre, la naturaleza y extensión precisas de la carnicería quedaron oscurecidas por la guerra civil, el retiro de las fuentes diplomáticas estadounidenses, algún periodismo confuso y las mentiras del gobierno perpetrador. No obstante, tanto el testimonio de funcionarios que trabajaban día a día en la cuestión así como los documentos liberados por el Archivo de Seguridad Nacional indican que se sabía una buena cantidad acerca de las intenciones de los asesinos. Aquellos funcionarios que más pronto diagnosticaron genocidio no miraban al número de muertos, que, como siempre, era difícil de precisar. Se fijaron en cambio en la intención de los perpetradores: ¿procuraban las fuerzas hutus eliminar a los tutsis de Ruanda? La contestación estuvo disponible desde temprano: “A las 8 horas del día siguiente al derribo del avión sabíamos lo que ocurría: que tenía lugar una matanza sistemática de tutsis”, nota Joyce Leader, vicejefa de misión. “La gente me llamaba y me contaba a quiénes mataban. Supe que iban de puerta en puerta.”

En el Departamento de Estado les explicó a sus colegas que había tres tipos de matanza: bajas de guerra, asesinato político y genocidio. De igual forma, los primeros cables de Dallaire a Nueva York describían el conflicto armado renovado entre rebeldes y fuerzas del gobierno, con la explícita declaración de que tenía lugar una salvaje “limpieza étnica” de tutsis. Los analistas estadounidenses advirtieron que la carnicería aumentaría. En un memorándum del 11 de abril para Frank Wisner, subsecretario de Defensa para la política, en anticipación a una cena con Henry Kissinger, uno de los temas principales era que “a menos que se convenza a ambos bandos de retomar el proceso de paz, seguirá un masivo (cientos de miles de muertes) baño de sangre”.³⁵

Cualesquiera hayan sido las imperfecciones de la Inteligencia estadounidense en los primeros momentos, los informes desde Ruanda eran lo bastante graves para distinguir a los asesinos hutus de los combatientes normales en cualquier

guerra civil. Y sin duda justificaban un fortalecimiento de la operación de adquisición de Inteligencia para tomar fotografías satelitales de concentraciones multitudinarias de civiles o de sepulturas masivas, para interceptar comunicaciones militares o infiltrar el país en forma personal. Además, en un nuevo y sorprendente trascendido, se envió a unas dos docenas de comandos a Kigali en una misión de reconocimiento de un día a poco de comenzar la campaña de matanzas. Según un oficial estadounidense, los marines volvieron de Kigali “pálidos como fantasmas” y describían “tantos cadáveres en las calles que se podía caminar de una a otra sin tocar el suelo”. Dijeron que las láminas de los autos se afilaban para convertirlos en cuchillos, y que la magnitud de la matanza era gigantesca. Se les tomó declaración de inmediato, y se envió el informe al Cuartel General del Comando Europeo, en Stuttgart, Alemania. El 26 de abril de 1994, un memorándum de Inteligencia de autoría desconocida, con el título “Responsabilidad por las masacres en Ruanda”, informaba que los cabecillas del genocidio, el coronel Bagosora y su comisión de emergencia, estaban decididos a liquidar a la oposición y a exterminar a la población tutsi. Un informe del 9 de mayo de la Defense Intelligence Agency [Agencia de Inteligencia de Defensa] decía lisa y llanamente que la violencia en Ruanda no era espontánea, sino dirigida por el gobierno, con listas de víctimas bien preparadas de antemano. La agencia observó que “el ejército aplica un esfuerzo genocida paralelo para liquidar a los líderes de la comunidad tutsi”.

Dallaire no ignoraba la importancia de los medios de comunicación. Aunque no había tenido ocasión anterior de cortejar la atención de la prensa en su carrera militar, dice haber percibido inmediatamente que “un periodista con una línea a Occidente valía un batallón en ese lugar”. Entre ocuparse de la seguridad de su propio personal y la protección de los lugareños, Dallaire paseaba a los periodistas por Kigali cada vez que podía. Afirma: “En ese momento, los periodistas en realidad eran todo lo que tenía”. Le permitió a Mark Doyle, de la BBC convivir con sus tropas de paz y enviar dos artículos por día por su teléfono satelital.

No todo el periodismo ayudó a aclarar la naturaleza de la violencia para el mundo exterior. Si bien todos los informes pintaban la matanza como extendida, muchos también trataron la violencia como habitual. Durante el conflicto de Bosnia, los funcionarios estadounidenses procuraron convencer a los periodistas de que había nacido de “antiguos odios tribales”. En Ruanda los periodistas

adoptaron esta postura por sí solos. Al preguntar qué causaba tal violencia, Gary Streiker, de CNN, informó por teléfono desde Nairobi que “lo que hay detrás de esta historia tal vez sea la peor hostilidad tribal de toda África, una hostilidad que se remonta a siglos, mucho antes de la colonización europea”.³⁶ También desde Nairobi, Michael Skoler, de NPR, habló de que había tutsis que mataban a hutus.³⁷ Cuando Daniel Zwerdling, de NPR, entrevistó a Georges Nzongola-Ntalaja, profesor adjunto de Estudios Africanos de la Universidad de Howard, simplemente no pudo aceptar la explicación matizada de la violencia de éste:

ZWERDLING: ¿Por qué está todo tan mal en África? ¿Por qué es tan profunda la violencia tribal?

NTALAJA: La mayoría ha sido exacerbada por políticos ávidos de poder.

ZWERDLING:: Bueno, sí, por supuesto, los políticos pueden exacerbar las tensiones que ya existen. Quiero decir, ¿no estará sugiriendo que estos odios tribales no estaban ya antes de que aparecieran los políticos modernos?

NTALAJA: Lo que digo es que los grupos étnicos sí tienen prejuicios y la gente sí puede sentir que es distinta de otros grupos, pero no tanto como para que una persona tome un cuchillo y mate a otra. Esto ocurre cuando vienen los políticos y excitan la pasión y amenazan a la gente, le hacen creer que está amenazada por otros grupos y que va a ser exterminada.

ZWERDLING: Claro, en la mayoría de estos campos de batalla, sin embargo, existe un antiguo odio étnico, y lo que me sorprende es que les eche la culpa a los políticos africanos modernos, contemporáneos, por dividir y conquistar, enfrentar una tribu contra otra.³⁸

Sin embargo, pese a todas las fallas en la cobertura (en especial de los apostados *fuera* de Ruanda), los medios más importantes le daban a cualquier lector o televidente causas para alarmarse en serio. A partir del 8 de abril, los periodistas describieron la extensiva persecución de tutsis y los cadáveres que se amontonaban en las calles de Kigali. Los periodistas estadounidenses relataron historias de misioneros y funcionarios diplomáticos que no pudieron salvar de la muerte a sus amigos locales. Una nota de primera plana en *Washington Post* del 9 de abril citó informes de que los empleados nacionales de las más importantes agencias internacionales de ayuda humanitaria fueron ejecutados “delante de los horrorizados empleados extranjeros”.³⁹ El 10 de abril, un artículo en la primera página del *New York Times* citó la afirmación de la Cruz Roja de que había “decenas de miles” de muertos, 8 000 sólo en Kigali, y cadáveres “en las casas, las calles, en todas partes”.⁴⁰ La nota principal del *Post* del mismo día describía “una pila de cadáveres de seis pies [unos dos metros] de alto” afuera del hospital

principal.⁴¹ El 12 de abril los evacuados estadounidenses, muchos de los cuales eran misioneros, contaron lo que vieron. Phil van Lanen, trabajador socorrista en la misión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Ruanda, rompió en llanto al contarle a William Schmidt, del *Times*, del asesinato de ocho niñas tutsis que trabajaban en su clínica dental.⁴² Chris Grundmann, otro evacuado estadounidense que trabajaba para el Center for Disease Control [Centro para el Control de Enfermedades] citó: “Fue el terror más básico”. Contó cómo él y su familia se agazaparon en su casa, con colchones contra las ventanas, y escucharon las tribulaciones de la gente local por un radiotransmisor: “La radio de la ONU estaba llena de nacionales pidiendo auxilio a gritos. Rogaban: ‘¡Vengan a salvarme! Me están volando la casa’ o ‘Me están matando’. No había nada que pudiéramos hacer. En cierto momento tuvimos que apagarla”.⁴³

El 16 de abril el *New York Times* informó de la muerte por armas de fuego y machetes de casi 1 200 hombres, mujeres y niños en la iglesia donde buscaron refugio.⁴⁴ El 19 de abril, Human Rights Watch, que gracias a Alison des Forges tenía excelentes fuentes en Ruanda, calculó el número de muertos en 100 000 y exhortó al Consejo de Seguridad a que usara el término “genocidio”.⁴⁵ La cifra de 100 000 (que resultó muy inferior a la verdadera) se adoptó de inmediato en los medios occidentales, la respaldó la Cruz Roja y se imprimió en la primera página del *Washington Post*.⁴⁶ El 24 de abril el *Post* informó que “las cabezas y miembros de las víctimas se clasificaban y apilaban en forma ordenada, un gélido orden en medio de un caos que recordaba al holocausto”.⁴⁷ La Cruz Roja declaró la cifra más cercana a las matanzas el 26 de abril: “Por lo menos 100 000, pero quizá 300 000 personas” murieron ya en Ruanda. El 28 de abril, la agencia británica humanitaria oxfam advirtió que estas cifras eran demasiado conservadoras y que ya se había denunciado la desaparición de 500 000 personas.⁴⁸

Los rebeldes tutsis del FPR solicitaron en público una respuesta de Occidente. El 13 de abril acusaron al gobierno de Ruanda de perpetrar un genocidio. Invocaron el holocausto. En una carta del 23 al presidente del Consejo de Seguridad, el representante del FPR, Claude Dusaidi, recordó a los miembros del consejo y al secretario general: “Al crearse la institución de la ONU al final de la segunda Guerra Mundial, uno de sus objetivos fundamentales era velar por que lo que sucedió a los judíos en la Alemania nazi nunca volviera a tener lugar”.⁴⁹ Pero al igual que lo descubrió el dirigente kurdo Jalal Talabani en Irak, y que el

gobierno de Bosnia aprendía en ese momento, a los que sufren genocidio se los tiene por parciales y poco dignos de confianza. Además, la analogía que más cautivaba la mente de los estadounidenses en ese momento no era el holocausto, sino Somalia. Dusaidi se reunió con la embajadora Albright cuatro veces durante el genocidio. Él no lo sabía, pero ella estaba consciente de sus limitaciones en los encuentros. Antes de una de ellas recibió un memorándum de instrucciones preliminares que le recordaba: “Adopte más que nada una actitud de escucha en esta reunión. Puede expresar simpatía general por la espantosa situación en Ruanda, pero no debe comprometer de ninguna manera al gobierno de Estados Unidos”.⁵⁰

LA “PALABRA CON G”

El olor a podrido en Kigali indicaba a Dallaire todo lo que necesitaba saber sobre la escala de las matanzas. Una vez efectuado el rebote mental de ver la violencia como guerra a verla como crímenes contra la humanidad, empezó a describir con la frase “limpieza étnica” la matanza por motivos étnicos, frase ya familiar tras enviar tropas canadienses a la antigua Yugoslavia.⁵¹ Describe su estado de ánimo:

Me cuidaba de decir que las matanzas eran “genocidio” porque, para nosotros los occidentales, éste era el equivalente al holocausto o los campos de matanzas de Camboya. Me refiero a millones de personas. “Limpieza étnica” parecía indicar cientos de miles de personas. “Genocidio” era el rango más elevado de crímenes contra la humanidad imaginable. Era tan alto, tan fuera de la lista, que costaba darnos cuenta de que *nosotros* pudiéramos estar en tal situación. Sabía también que si utilizaba el término demasiado pronto se me habría acusado de gritar “¡el lobo!”, y habría perdido mi credibilidad.

Dos semanas después del inicio de las matanzas, Dallaire telefoneó a Philippe Gaillard, quien dirigía la Comisión Internacional de la misión de la Cruz Roja en Ruanda, para pedirle un libro de derecho internacional. Dallaire hojeó las convenciones de Ginebra y la de genocidio, y buscó las definiciones pertinentes: “Caí en cuenta de que genocidio era un intento de eliminar a un grupo específico, y que era justo esto lo que veíamos en el lugar [...] Sólo me hacía falta una cachetada para que dijera: ‘¡La mierda! Esto es genocidio, no simple limpieza étnica’”.

Dallaire usó la palabra por primera vez en su informe de situación de la última semana de abril. Reuters lo citó el 30, y advirtió: “A menos que la comunidad internacional actúe, es posible que se encuentre sin defensa ante acusaciones de no hacer nada para impedir el genocidio”.⁵² Y empezó a usarlo con convencimiento en mayo. Incluso cuando adoptó el rótulo, dejó las batallas semánticas a otros: “No me dejé empantanar en el debate sobre la terminología del genocidio. Teníamos bastantes pruebas de que era genocidio y, para los que no coincidían, teníamos crímenes de lesa humanidad en escala masiva. ¿Qué más hacía falta saber para saber qué hacer?”

Incluso una vez que la realidad del genocidio en Ruanda era ya irrefutable, cuando aparecían cadáveres atollando el río Kagera cada noche en los noticieros estadounidenses, el crudo hecho de la matanza no influyó en la política de Estados Unidos, excepto de manera negativa. Igual que en el caso de Bosnia, los funcionarios volvieron a evitar la palabra con g. Temían que su empleo obligaría a Estados Unidos a actuar según las pautas de la Convención sobre Genocidio de 1948. También creían, con justicia, que empañaría la credibilidad de Estados Unidos nombrar el crimen y después no hacer nada por detenerlo. Un texto para el debate sobre Ruanda, preparado por un funcionario de la Oficina del Secretario de Defensa, fechado el 1 de mayo, ilustra el pensamiento oficial. Respecto de los temas que podían mencionarse en el siguiente grupo de trabajo entre agencias, indicaba: “1) Investigación de genocidio: lenguaje que da lugar a una investigación internacional por abusos de derechos humanos y posibles violaciones del Convenio sobre Genocidio. *Tener cuidado. El departamento legal de Estado estaba preocupado ayer por esto. Establecer genocidio obligaría al gobierno estadounidense a ‘hacer algo’*”.⁵³

En una teleconferencia a fines de abril, Susan Rice, una creciente estrella de la NSC que trabajaba con Richard Clarke, dejó mudos a algunos de los funcionarios participantes al preguntar: “Si usamos la palabra genocidio y se nos ve como inmóviles, ¿qué efecto tendrá esto en las elecciones (para congresistas) de noviembre?” El teniente coronel Marley recuerda la incredulidad de sus colegas en el Departamento de Estado: “Era de esperar que la gente se preguntara eso, pero no que lo dijeran abiertamente”. Rice no recuerda el incidente, pero reconoce: “Si lo dije, fue por completo inapropiado, además de irrelevante”.

El gobierno de Clinton se opuso a usar la palabra. El 28 de abril, Christine Shelly, vocera del Departamento de Estado, comenzó lo que se volvería un baile

de dos meses para evitar la palabra con g, recordando la simultánea evasiva semántica de Christopher respecto de Bosnia. Los funcionarios temían que usarlo daría lugar a exigencias de intervención que el gobierno no tenía intención de emprender. Al pedirle un periodista su comentario sobre si Ruanda era genocidio, sonó mucho como su jefe:

Bueno, como creo que sabrá, el uso del término “genocidio” tiene un significado legal muy preciso [...] Antes de emplearlo tenemos que saber lo más posible de la situación, sobre todo las intenciones de los que cometen los crímenes [...] No soy experta en este tema pero, en términos generales, lo que entiendo es que existen tres tipos de elementos que examinamos para tomar esa clase de determinación.

Susan Shelly dio a entender que Estados Unidos debía examinar “la clase de hechos” y la “clase de brutalidad” en operación. Tenía que ver quiénes cometían los actos y contra quiénes, es decir, “si son grupos específicos, sociales, étnicos o religiosos”. Y era necesario evaluar “con gran cuidado” la intención de los perpetradores y si trataban de eliminar a un grupo en parte o completamente: “Tenemos que realizar un estudio cuidadoso antes de poder llegar a algún tipo de determinación definitiva”.

Era evidente que los ejemplares del Convenio sobre Genocidio circulaban dentro del departamento, en vista de la impresionante familiaridad de Susan Shelly con su contenido. Al aplicar los términos del convenio dijo: “Ahora, sin duda, en esos elementos existen acciones, ya ocurridas, que se ajustarían”. Concedió que las matanzas se dirigían contra grupos étnicos específicos. El problema residía en precisar la intención. En este sentido se expresó de manera muy oscura, y se negó a comprometerse ella o al gobierno:

Las intenciones, las intenciones precisas, y si éstas se dirigen nada más que episódicamente o no o con la intención de eliminar en realidad a grupos en forma total o parcial, éste es un tema más complicado de manejar [...] No estoy en posición de fijarme en todos esos criterios en este momento como para decir sí, o no. Es algo que requiere un estudio muy cuidadoso antes de llegar a una determinación concluyente.

Al preguntársele si una determinación de genocidio obligaría a Estados Unidos a detenerlo, la vocera una vez más se refirió a los términos del Convenio sobre Genocidio, y afirmó que la ley no contenía una “exigencia absoluta [...] de intervenir directamente”. Presionada a revelar si Estados Unidos consideraba

genocidas los hechos, una vez más evadió:

Bueno, pienso que —una vez más, estaba tratando de hacer ver que esto es—, a fin de aplicar el rótulo de genocidio a las acciones que se están desarrollando, que éste es un proceso que implica fijarse en varias categorías de actos. Y como ya dije, algunas de las acciones muy claramente caben en algunas de las categorías que mencioné. Pero si se puede empaquetar todo esto de tal forma que lleve a esa conclusión, simplemente no estoy en una posición como para efectuar ese juicio ahora.⁵⁴

El Consejo de Seguridad se dividía en facciones encontradas respecto de usar la palabra o no. El embajador checo, Karel Kovanda, se quejaba de que 80% del tiempo del consejo se malgastaba en decidir retirar los soldados de paz de Dallaire y cómo hacerlo, y el restante 20% en obtener un cese al fuego para poner fin a la guerra civil, que comparó con “pretender que Hitler llegase a un cese al fuego contra los judíos”.⁵⁵ Nada de su atención se concentraba en el genocidio. Cuando el presidente del Consejo de Seguridad redactó una declaración que llamaba “genocidio” al crimen, Estados Unidos objetó. El borrador original decía: “El Consejo de Seguridad reafirma que la matanza sistemática de cualquier grupo étnico, con intención de destruirlo total o parcialmente, constituye un acto genocida [...] El consejo señala además que existe un importante cúmulo de derecho internacional para tratar con los perpetradores de genocidio”.⁵⁶

Pero Estados Unidos no quería saber nada de esto. En un telegrama de Nueva York a Washington, un asesor político escribió:

Los hechos en Ruanda claramente parecen ajustarse a la definición de genocidio en el inciso II del Convenio para la Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio de 1948. No obstante, si el consejo reconoce eso, se obligaría a “tomar la acción según el estatuto que considere apropiada para impedir y reprimir los actos genocidas” que contempla el artículo VIII.⁵⁷

Por insistencia de Estados Unidos (y Gran Bretaña), la palabra genocidio se excluyó de la declaración del Consejo de Seguridad. En un gesto que testimonia tanto al éxito de Lemkin al otorgarle censura moral al término, como su fracaso al alterar el cálculo político de los planificadores de estrategias, concluye:

El Consejo de Seguridad condena todas estas infracciones al derecho humanitario internacional en Ruanda, en particular las perpetradas contra la población civil, y recuerda que las personas que instigan o participan en tales actos son responsables individualmente. En este contexto, el Consejo de Seguridad recuerda que la matanza de los miembros de un grupo étnico con la intención de eliminarlo total o parcialmente constituye un crimen punible según el derecho internacional.⁵⁸

El enconado debate sobre el genocidio tuvo su comienzo en los círculos gubernamentales estadounidenses en la última semana de abril, pero fue hasta el 21 de mayo, seis semanas después del comienzo de la matanza en Ruanda, cuando el secretario Christopher dio su autorización diplomática para emplear el término “genocidio”, más o menos. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU estaba por reunirse en sesión extraordinaria, y la representante estadounidense, Geraldine Ferraro, necesitaba pautas para secundar una resolución que afirmara el genocidio. La terca postura estadounidense era ya insostenible internacionalmente.

El caso de genocidio era el más claro desde el holocausto. La vicesecretaria para Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado, Toby Gati, que analizó si las atrocidades de los serbiobosnios eran genocidio, una vez más se ocupó del análisis, que resumió en un memorándum confidencial del 18 de mayo: Se informaba que se elaboraron listas de nombres y direcciones de víctimas tutsis; las tropas del gobierno de Ruanda y las milicias y escuadrones juveniles hutus eran los principales perpetradores; se informaba de masacres en todas partes del país; los organismos humanitarios evaluaban las muertes ya “entre 200 000 y 500 000”. La funcionaria ofreció la opinión de la Oficina de Inteligencia: “Creemos que 500 000 sería una cifra exagerada, pero no existen datos fidedignos. Las matanzas sistemáticas comenzaron a unas cuantas horas de la muerte de Habyarimana. La mayoría de los muertos han sido civiles tutsis, entre ellos mujeres y niños”.⁵⁹ Se satisfacían las condiciones del Convenio sobre Genocidio. Afirma Toby Gati: “Jamás podremos conocer las cifras exactas, pero nuestros analistas informan de gigantescas cifras de muertos desde hace semanas. El archivo del procesador de texto que contenía el memorándum de Inteligencia llevaba el título NONAMERUANDAKILLINGS.”⁶⁰

Pese a esta evaluación realista, Christopher aún se resistía a llamar a las cosas por su nombre. Al emitir sus lineamientos el 24 de mayo, un mes completo después de que Human Rights Watch identificara las matanzas como “genocidio”, las instrucciones de Christopher eran imposiblemente confusas:

Se autoriza a la delegación acordar una resolución que afirme que han sucedido “actos genocidas” en Ruanda o que “ha tenido lugar genocidio en Ruanda”. Otras fórmulas que sugieran que algunas de las matanzas en Ruanda, pero no todas, son genocidio [...] *vgl.*: “tiene lugar genocidio en Ruanda”, quedan autorizadas. No se autoriza a la delegación acordar la caracterización de genocidio de ningún incidente específico o de cualquier formulación que indique que todas las matanzas en Ruanda son

genocidio.⁶¹

Cabe notar que Christopher confinó su permiso para reconocer genocidio pleno a la sesión por realizarse de la Comisión de Derechos Humanos. Fuera de esa ocasión, los funcionarios del Departamento de Estado quedaban autorizados a afirmar en público sólo que habían tenido lugar “actos genocidas”.

La vocera Shelly del Departamento volvió al podio el 10 de junio de 1994. Ante el reto del corresponsal de Reuters Alan Elsner procuró cumplir las instrucciones del secretario:

ELSNER: ¿Cómo describiría los hechos que acaecen en Ruanda?

VOCERA SHELLY: De acuerdo con la evidencia que vimos por observaciones en el lugar, tenemos motivos para pensar que han ocurrido actos genocidas en Ruanda.

ELSNER: ¿Qué diferencia hay entre “actos genocidas” y “genocidio?”

SHELLY: Bueno, pienso que, como sabrá, existe una definición legal de esto [...] Es claro que no todas las matanzas que han ocurrido en Ruanda son matanzas de esa categoría [...] Pero respecto de la distinción entre las palabras, tratamos de dominar lo que vimos de la mejor manera posible. Y de nuevo, según lo que hemos visto, tenemos abundantes motivos para creer que ocurrieron actos genocidas.

ELSNER: ¿Cuántos actos genocidas constituyen un genocidio?

SHELLY: Alan, ésa es una pregunta que simplemente no estoy en posición de responder.⁶²

El mismo día, en Estambul, Warren Christopher, ya bajo seria presión interna y externa de hablar claro, cedió: “Si existe alguna magia en particular en llamarlo genocidio, no tengo ninguna objeción a eso”.⁶³

RESPUESTA

“Ni siquiera un entremés”

Una vez evacuados los estadounidenses de Ruanda, las masacres ahí desaparecieron en su mayoría del radar de casi todos los funcionarios superiores de Clinton. En el recinto de situaciones en el séptimo piso del Departamento de Estado, se colgó con rapidez un mapa de Ruanda en la pared tras estrellarse el avión de Habyarimana, y ocho filas de teléfonos sonaban sin ce-sar. Ahora, con los ciudadanos estadounidenses a salvo, el Departamento de Estado conducía una reunión de emergencia diaria, a menudo por teleconferencia, para coordinar las

respuestas diplomáticas y humanitarias de nivel intermedio. El asesor de Seguridad Nacional, Anthony Lake, quien casualmente conocía África, rememora: “Estaba obsesionado con Haití y Bosnia en esa época, así que Ruanda era, en palabras del columnista William Shawcross, un ‘entremés’, pero ni siquiera un entremés, no entraba en escena en absoluto”. La persona del CSN que manejaba el tema de Ruanda no era Lake sino Richard Clarke, quien supervisaba la política hacia las tropas de paz, y para quien las noticias que llegaban de Ruanda sólo confirmaban un profundo escepticismo hacia la viabilidad de los esfuerzos de la ONU. Clarke estaba convencido de que otro fracaso destruiría las relaciones entre el Congreso y las Naciones Unidas. También velaba por proteger al presidente de la crítica pública y del Congreso. Donald Steinberg manejaba la cartera africana en el CSN, e intentaba hacer algo por los moribundos de Ruanda, pero no era un púgil experimentado y, dicen sus colegas, “jamás ganó una sola discusión” a Clarke.

Los estadounidenses que deseaban una mayor injerencia eran quienes mejor conocían Ruanda. Joyce Leader, segunda de Rawson en Ruanda, fue una de quienes pusieron llave definitivamente a la embajada estadounidense. De vuelta en Estados Unidos se le dio un minúsculo cuartucho en una oficina de segundo orden donde preparar resúmenes diarios sobre Ruanda para el Departamento de Estado con base en informes de la prensa y de Inteligencia. Increíblemente, a pesar de su idoneidad y sus contactos en Ruanda, rara vez se la consultaba, y tenía instrucciones de no tratar directamente con sus fuentes en Kigali. Una vez un funcionario del CSN pasó a preguntarle: “Fuera de mandar tropas, ¿qué se puede hacer?”, a lo que ella respondió con un mal recibido: “Mandar tropas”.

De todo el gobierno de Estados Unidos, los especialistas en África tenían la menor influencia y la menor posibilidad de influir en las medidas políticas. En cambio, los que más influencia tenían jamás habían visitado Ruanda ni conocían a nadie allí.

La escasez de conocimiento de países o regiones en las esferas más altas del gobierno no sólo reduce la capacidad de los funcionarios de evaluar las “noticias”, sino aumenta la probabilidad —una dinámica que identificó Lake en su artículo de 1971 en la revista *Foreign Policy*— de que las matanzas se vuelvan abstracciones. El “derramamiento de sangre étnico” en África se tenía por deplorable, pero no insólito en particular. Los funcionarios hablaban analíticamente de “intereses nacionales” o incluso de “consecuencias

humanitarias” sin parecer apreciar los costos humanos.

Cuando la crisis comenzó, el presidente Clinton tenía una conexión casual y personal con el país. En un café en la Casa Blanca, en diciembre de 1993, Clinton conoció a Monique Mujawamariya, la activista de derechos humanos de Ruanda. Le impresionó el valor de esta mujer que aún conservaba cicatrices en la cara de un accidente automovilístico provocado para amedrentarla. Clinton la individualizó, diciéndole: “Su valor es una inspiración para todos nosotros”.⁶⁴ El 8 de abril, dos días después de comenzadas las matanzas, el *Washington Post* publicó una carta que Alison des Forges envió a Human Rights Watch después de que Mujawamariya colgara el teléfono para enfrentar su destino. Decía: “Pienso que mataron a Monique hoy a las 6:30 horas. No tengo virtualmente ninguna esperanza de que siga con vida, pero procuraré recabar más información. Entre tanto [...] por favor informen a todos a quienes concierna”.⁶⁵

La noticia de su desaparición llegó a oídos del presidente, y preguntó repetidamente acerca de su paradero. Recuerda un funcionario: “No le puedo explicar el tiempo que invertimos en tratar de ubicar a Monique. A veces parecía que era la única persona en peligro en Ruanda”. Milagrosamente, Monique Mujawamariya no murió: se escondió en las vigas de su casa después de hablar con Alison des Forges, y al fin se puso a salvo mediante el convencimiento y el soborno. Se la evacuó a Bélgica, y el 18 de abril se reunió con Alison en Estados Unidos, donde ambas comenzaron a presionar al gobierno de Clinton en nombre de los que se quedaron. Con el salvamento de Monique, publicado en detalle en el *Post* y el *New York Times*, el presidente aparentemente perdió todo interés personal por los acontecimientos en Ruanda.

Es escandaloso que en los tres meses que duró el genocidio, Clinton no reuniera a sus asesores principales para analizar las matanzas. De igual modo, Lake jamás reunió a los “mandamases”, los miembros del equipo de política exterior de rango ministerial. Nunca se consideró que Ruanda justificara su propia reunión de alto nivel. Cuando el tema surgía, era junto, y subordinado, a los debates sobre Somalia, Haití y Bosnia. Mientras que estas crisis involucraban a personal estadounidense y suscitaba algún interés público, Ruanda no generaba sentido alguno de urgencia, por lo que Clinton podía obviarle sin costo político.

EL RETIRO DE LA ONU

Al comienzo de la matanza, Romeo Dallaire esperaba y solicitó refuerzos. A las pocas horas telegrafió al cuartel general de la ONU en Nueva York: “Denme los medios y puedo hacer más”. Enviaba a las tropas de paz en misiones de rescate alrededor de la ciudad, y sentía esencial aumentar el número y la calidad de la presencia de las Naciones Unidas. Pero Estados Unidos se opuso a la idea de enviar refuerzos, no importaba de dónde fueran. El temor, articulado sobre todo en el Pentágono, era que lo que comenzaría como una modesta acción de tropas extranjeras terminaría como una grande y costosa empresa para tropas estadounidenses. Ésta fue la lección de Somalia, donde las tropas de Estados Unidos se metieron en problemas luego de volver para salvar a los arrinconados paquistaníes. La consecuencia lógica de este temor fue un afán de mantenerse por completo al margen de Ruanda y asegurarse de que los demás hicieran lo mismo. Sólo al retirar las fuerzas de Dallaire Estados Unidos se podría proteger de una intervención más adelante. Un alto funcionario recuerda:

Cuando llegó el informe de la muerte de los 10 belgas, quedó claro que esto era Somalia en pequeño, y el sentimiento era que en todas partes se supondría que Estados Unidos intervendría. Pensábamos que dejar a las tropas de paz en Ruanda para que enfrentasen la violencia nos llevaría adonde ya habíamos estado. Se descontaba que Estados Unidos no intervendría y que el concepto de garantizar la paz de las Naciones Unidas no se sacrificaría de nuevo.

“Se descontaba”. Lo más asombroso de la respuesta de Estados Unidos al genocidio en Ruanda es no tanto la ausencia de acción militar estadounidense, sino que, durante todo el episodio, la posibilidad de intervenir ni siquiera se debatió. Estados Unidos se resistió a intervenir incluso por medios diplomáticos.

Los cadáveres de los belgas abatidos llegaron a Bruselas el 14 de abril. Una de las conversaciones cruciales durante el genocidio tuvo lugar por esas fechas, cuando Willie Claes, el ministro belga del Exterior, llamó al Departamento de Estado para solicitar “cobertura”. “Nos retiramos, pero no queremos que se nos vea como los únicos”, dijo, y solicitó a Estados Unidos que respaldara un retiro completo de la ONU. Dallaire no había anticipado que Bélgica retiraría sus fuerzas, quitándole la espina dorsal a su misión y dejando varados a los ciudadanos de Ruanda en su hora de peligro máximo. Recuerda: “Supuse que las ex potencias coloniales se mantendrían firmes, aunque les costaran bajas. Supuse que por una cuestión de orgullo se quedarían para arreglar el desorden. La decisión belga me tomó por sorpresa. Me quedé pasmado”.

Bélgica no quería irse con ignominia, por cuenta propia. Warren Christopher se comprometió a respaldar los reclamos belgas de un retiro completo. La política a lo largo del mes siguiente se describe con facilidad: no a la intervención estadounidense; fuertes demandas para un retiro de todas las tropas de Dallaire; no apoyar una nueva misión de la ONU para enfrentar a los asesinos. Bélgica tenía la cobertura que buscaba.

El 15 de abril el secretario Christopher mandó a la embajadora Albright en la ONU uno de los documentos más terminantes en los tres meses de genocidio. El telegrama instruía a la embajadora que exigiera un retiro total de la ONU. Las instrucciones, con fuerte influencia de Richard Clarke, del CSN, y pasando de largo a Steinberg, eran inequívocas en cuanto a los siguientes pasos. Con la indicación de que Estados Unidos tomó “cabalmente” en cuenta las “razones humanitarias ofrecidas para retener a los elementos de la Unamir en Ruanda”, escribió que había “insuficiente justificativo” para retener una presencia de las Naciones Unidas:

La comunidad internacional debe asignar la más alta prioridad al retiro completo y ordenado de todo el personal de Unamir lo más pronto posible [...] Nos opondremos a todo esfuerzo en este momento de conservar una presencia de la Unamir en Ruanda [...] Nuestra oposición a retener la presencia de Unamir en Ruanda es firme. Se asienta en nuestro convencimiento de que el Consejo de Seguridad tiene obligación de asegurar que sus operaciones de paz sean viables, capaces de cumplir sus mandatos, y que el personal de paz de la ONU no esté apostado a sabiendas en una situación insostenible.⁶⁶

Clarke comenta: “Cuando supimos que se iban los belgas, nos quedábamos con una misión desarmada incapaz de hacer nada para ayudar a la gente. No hacían nada por impedir las matanzas”.

Pero Clarke subestimaba el efecto disuasivo que ejercía el puñado de tropas de paz de Dallaire. Aunque muchos soldados se quedaban acurrucados de terror, otros recorrían Kigali para rescatar a los tutsis, y después establecieron posiciones defensivas en la ciudad para abrir sus portones a los tutsis afortunados que sorteaban las barreras para llegar a ellos. Un capitán senegalés, Mbaye Daigne, salvó unas 100 vidas por su cuenta. Unas 25 000 personas se reunieron en posiciones de la Unamir. En general, los hutus eran reacios a masacrar grupos numerosos de tutsis con extranjeros (armados o no) cerca. No requería muchos soldados de la ONU para disuadir a los hutus de atacar. En el

Hotel des Mille Collines, diez soldados de paz y cuatro observadores militares de la ONU bastaron para proteger a varios cientos de civiles refugiados ahí durante toda la crisis. Unos 10 000 habitantes se refugiaron en el estadio Amohoro, bajo ligera vigilancia de la ONU. Beardsley, el asistente de Dallaire, dice: “En cualquier lugar donde hubiera resistencia decidida, los tipos del gobierno tendían a retirarse”. Kevin Aiston, el funcionario de la oficina de Ruanda del Departamento de Estado, se mantenía al tanto de los civiles bajo la protección de las Naciones Unidas en Ruanda. Cuando la vicesubsecretaria Bushnell le contó de la decisión de Estados Unidos de exigir un retiro de Unamir, empalideció: “No podemos”, dijo, a lo que la señora respondió: “El tren ya salió”.

El 19 de abril, el coronel belga Luc Marchal se despidió de Dallaire y partió con sus últimos soldados. El retiro belga redujo la fuerza de Unamir a 2 100. Más importante todavía, Dallaire perdía sus mejores tropas. El mando y el control entre sus restantes tropas se volvió tenue. Dallaire pronto perdió toda línea de comunicación con la campaña. Le quedaba un solo teléfono satelital para comunicarse con el mundo externo.

El Consejo de Seguridad de la ONU llegó entonces a una determinación que selló la suerte de los tutsis, al dar vía libre a las milicias hutus. La exigencia de Estados Unidos de un retiro total de la ONU contó con la oposición de algunos estados africanos, además de la embajadora Albright, así que Estados Unidos bregó por una dramática reducción en el número de tropas. El 21 de abril, con informes periodísticos que hablaban de 100 000 muertos en Ruanda, el Consejo de Seguridad votó por reducir la fuerza de Unamir a 270.⁶⁷ Albright no pudo más que someterse, y declaró en público que permanecería una “pequeña operación esqueleto” en Kigali para “demostrar la voluntad de la comunidad internacional”.⁶⁸

Después de la votación, Clarke informó en un memorándum a Lake que el lenguaje acerca de “la seguridad de los habitantes de Ruanda bajo la protección de la ONU fue insertado por Estados Unidos y la ONU en el último momento para evitar que el unánime consejo abandonara por completo al grupo amenazado bajo protección de la ONU cuando la presencia se había reducido a 270”. En otras palabras, el escrito sugería que Estados Unidos estaba al frente de los esfuerzos para asegurar que los ciudadanos de Ruanda bajo la protección de la ONU no quedaran desamparados, cuando el caso era el contrario.

La mayoría de las tropas de Dallaire se fueron para el 25 de abril. Aunque se

suponía que sus efectivos serían 270, se quedaron 503. Ya para entonses, Dallaire estaba empeñado en tratar con un frenesí de sangre. Más tarde escribió: “Mi fuerza estaba hasta las rodillas en cuerpos mutilados, rodeada de los quejidos guturales de los moribundos, mirando los ojos de niños desangrándose, con las heridas abiertas al sol e invadidas de moscas y gusanos. Pasaba por aldeas en las que la única señal de vida era una cabra, una gallina o un pájaro, pues toda la gente estaba muerta, sus cuerpos devorados por hambrientas jaurías de perros silvestres”.⁶⁹

Dallaire tenía que trabajar con estrechos límites. Procuró mantener las posiciones que controlaba y proteger a los 25 000 individuos bajo supervisión de las Naciones Unidas, esperando a la vez que los estados miembro del Consejo de Seguridad cambiaran de parecer para enviarle ayuda mientras todavía sirviera.

Casualmente Ruanda ocupaba una de las bancas temporales del Consejo de Seguridad en la época del genocidio. Ni Estados Unidos ni otro Estado miembro sugirió en ningún momento la expulsión del representante del Estado genocida del consejo. Tampoco ninguno ofreció albergue a los refugiados que escapaban de la carnicería. En una ocasión las tropas de Dallaire pudieron enviar por avión a Kenya a un grupo de refugiados. Las autoridades en Nairobi permitieron el aterrizaje, para confinar la nave en un hangar y, reproduciendo la decisión estadounidense de mandar de vuelta al *USS St. Louis* durante el holocausto, obligó al avión a retornar a Ruanda. La suerte de sus ocupantes se desconoce.

En este periodo, el gobierno de Clinton se mantuvo callado en general. Lo más que se aproximó a una denuncia pública del gobierno de Ruanda ocurrió como resultado de la presión de Human Rights Watch, cuando Anthony Lake instó por nombre y apellido a los líderes militares de Ruanda a “hacer todo lo que estuviera en su poder para poner fin inmediato a la violencia”. Al informársele seis años después del genocidio que los grupos de derechos humanos y los funcionarios estadounidenses señalan esta declaración como la suma de los esfuerzos oficiales de presionar al gobierno de Ruanda, parece quedar anonadado: “Me está tomando el pelo; eso es en verdad triste”.

En el Departamento de Estado la diplomacia se manejaba en privado, por teléfono. Prudence Bushnell a menudo ponía su despertador a las dos de la mañana y llamaba a funcionarios del gobierno de Ruanda. Habló varias veces con Augustin Bizimungu, el jefe de la plana mayor del ejército de Ruanda. Dice: “Eran llamadas muy extrañas. Hablaba con el más encantador francés. ‘Oh, qué

placer oírla’, me decía. Yo contestaba: ‘Lo llamo para avisarle que el presidente Clinton le hará responder por estas matanzas’. Y replicaba: ‘Oh, ¡qué bueno que su presidente esté pensando en mí!’” Cuando llamaba al comandante rebelde tutsi Paul Kagame, decía: “Madame, están matando a mi pueblo”.

EL “GOLPE” DEL PENTÁGONO

A la reunión cotidiana del grupo conformado por diversas agencias para Ruanda asistían, en persona o por teleconferencia, los representantes de las diversas oficinas del Departamento de Estado, el Pentágono, el CSN y de Inteligencia. Toda propuesta que surgiera del grupo tenía que sobrevivir al “golpe” del Pentágono. “La intervención dura”, que significaba la acción militar de Estados Unidos, estaba fuera de la cuestión. Pero los funcionarios del Pentágono a menudo obstaculizaban también las medidas “blandas”.

El documento de discusión del 1 de mayo del Pentágono, ya mencionado, enumeraba los seis objetivos a corto plazo del grupo de tareas, criticando la mayoría. El temor al desbarranco era constante. Junto con la aparentemente inocua sugerencia de que Estados Unidos “apoye a la ONU y a los demás países en su intento de lograr un cese al fuego”, el oficial del Pentágono respondió: “Cambiar ‘intento’ por ‘esfuerzos políticos’; sin ‘políticos’ hay peligro de suscribirse a la contribución de tropas”.⁷⁰

La política que sí apoyó el Departamento de Defensa fue el esfuerzo de Estados Unidos por lograr un embargo de armas. Pero el mismo documento reconocía la ineficacia de este paso: “No vislumbramos que haya de ejercer un efecto significativo en las matanzas, pues las armas más comunes han sido machetes, cuchillos y otros implementos de mano”.⁷¹

Dallaire nunca habló con Prudence Bushnell ni con Tony Marley, nexo militar con el proceso de Arusha, durante el genocidio, pero cada uno llegó a la misma conclusión. En vista de que no se enviaban tropas, volcaron su atención a medidas de menor envergadura que aliviaran el sufrimiento. Dallaire rogó a Nueva York, y Bushnell y su equipo recomendaron en Washington, que algo se hiciera para neutralizar a Radio Mille Collines.

El país en mejor posición para impedir que los planificadores de genocidio transmitieran instrucciones asesinas directamente a la población era Estados Unidos. Podía destruir la antena; podía efectuar “contratransmisiones” que

instaran a los perpetradores a abandonar el genocidio; o podía interferir las transmisiones. Esto podía hacerse desde una plataforma aérea, como el avión *Commando Solo* de la Guardia Nacional Aérea. Anthony Lake le mencionó el tema al secretario de Defensa, William Perry, a fines de abril. El Pentágono consideró ineficaces todas las propuestas. El 5 de mayo, Frank Wisner, subsecretario de política de Defensa, preparó un memorándum a Sandy Berger, viceasesor sobre seguridad nacional. El memorándum muestra la falta de voluntad del gobierno estadounidense de hacer siquiera sacrificios monetarios para disminuir la matanza:

Estudiamos en el Pentágono las opciones para interrumpir las transmisiones, y debatimos con otras agencias; llegamos a la conclusión de que alterar las transmisiones es un mecanismo ineficaz y costoso que no cumplirá el objetivo del asesor del CSN.

Las convenciones legales internacionales complican la interferencia desde el aire o desde tierra, y el terreno montañoso reduce la efectividad de ambas opciones. *Commando Solo*, propiedad de la Guardia Aérea Nacional, es la única plataforma de interferencia adecuada. Cuesta más o menos 8 500 dólares por hora de vuelo, y necesita una zona de operaciones semisegura debido a su vulnerabilidad y defensa propia limitada.

Pienso que sería más recomendable usar el aire para ayudar en Ruanda en el esfuerzo de ayuda de alimentos.^{7 2}

El avión estadounidense tendría que permanecer en el espacio aéreo de Ruanda mientras esperaba el comienzo de las transmisiones. Sostiene Wisner:

Primero teníamos que decidir si tenía sentido usar el *Commando Solo*. Después teníamos que llevarlo desde donde estaba y asegurarnos de que podía trasladarse. Después habríamos necesitado permiso de sobrevuelo de todos los países vecinos. Por último, habría sido necesaria la autorización del gobierno. Para cuando hubiéramos conseguido todo esto habrían pasado semanas. Y no iba a resolver el problema fundamental, que requería un tratamiento militar.

Los planificadores del Pentágono entendían que el genocidio requería tratamiento militar. Ni ellos ni la Casa Blanca querían saber de ninguna solución militar. Sin embargo, en lugar de emprender alguna otra forma de intervención que por lo menos pudiese salvar algunas vidas, justificaron la inacción sosteniendo que hacía falta una solución militar.

Era evidente que interferir la radio no habría sido ninguna panacea, pero la mayoría de las demoras citadas por Wisner hubieran podido subsanarse si los

principales funcionarios del gobierno hubiesen puesto su esfuerzo. En su lugar, abundaban los pretextos para no hacer nada. A comienzos de mayo, la asesoría legal del Departamento de Estado dio a conocer una decisión contra la interferencia radial, con sustento en acuerdos internacionales de radiodifusión y en el compromiso estadounidense con la libertad de expresión. Cuando Bushnell mencionó una vez más el tema de las transmisiones en una reunión, un funcionario del Pentágono la reprendió por su ingenuidad: “Pru, no son las radios las que matan a la gente. ¡Es la *gente*!”

El Departamento de Defensa mostraba desdén no sólo ante las ideas que surgían en las reuniones del grupo de tareas —sino indican los memo-randos—, también ante quienes las proponían. Un memorándum de un ayudante del Departamento de Defensa observaba que la oficina africana del Departamento de Estado recibió una llamada del propietario de un hotel en Kigali para informar que su hotel y los civiles en él esperaban algún ataque. El memorándum insinuaba que la “solución” que proponía la oficina africana era que “Pru Bushnell llame a los militares de Ruanda y les diga que los consideraremos en persona responsables si algo pasa(!)”⁷³ (Da la casualidad que el propietario del hotel, quien sobrevivió al genocidio, reconoció luego que las llamadas telefónicas desde Washington tuvieron una importancia clave para disuadir a los asesinos de masacrar a los refugiados en el hotel.)

Por más significativo y obstruccionista que fuese el papel del Pentágono entre abril y mayo, los funcionarios del Departamento de Defensa daban pasos al vacío. En palabras de un funcionario: “Mire, ninguno de los superiores se fijaba en este desbarajuste. Y, sin liderazgo político desde arriba, cuando existe algún grupo que siente con fuerza que hay cosas que no se hacen, es muy probable que a la larga sean los que determinen las políticas estadounidenses”. El teniente general Wesley Clarke esperaba indicaciones de la Casa Blanca: “El Pentágono siempre va a ser el último en querer intervenir. Es cuestión de que los civiles nos digan que quieren hacer algo, y nosotros encontramos la forma de hacerlo”.

Pero a falta de personalidades poderosas o de funcionarios superiores que exigieran acción significativa, los funcionarios de nivel medio del Pentágono manejaban el asunto, vetaban o demoraban propuestas vacilantes del nivel medio del Departamento de Estado y el CSN. Si iban a superarse las objeciones del Pentágono, el presidente, el secretario Christopher, el secretario Perry o Lake tendrían que apersonarse y hacerse cargo del problema, lo cual nunca ocurrió.

Todo conspiraba contra el pueblo de Ruanda, que se escondía donde podía y rezaba por su rescate. El público estadounidense no expresó interés por Ruanda, y la crisis se trató como una guerra civil que requería un cese al fuego, o un problema de los emprendimientos de paz que reclamaba un retiro de la ONU. No se trataba como un genocidio que exigiese acción instantánea. Los políticos superiores confiaban en que sus subordinados hacían todo lo que podían, mientras que éstos operaban con un muy limitado entendimiento de lo que haría Estados Unidos.

UNA SOCIEDAD COMPLETAMENTE SILENCIOSA

El gobierno de Clinton no consideraba activamente la intervención militar de Estados Unidos, bloqueó el uso de tropas de paz por la ONU y se abstuvo de aplicar formas más blandas de intervención. La inacción puede atribuirse a las decisiones y falta de decisiones del CSN, del Departamento de Estado, del Pentágono e incluso de la misión estadounidense en las Naciones Unidas. Pero al igual que en genocidios anteriores, estos funcionarios realizaban potentes cálculos políticos acerca de cuánto toleraría el público estadounidense. Pensaban que éste se opondría a una intervención militar en África central, y temían que el público apoyase la intervención si se enteraba de que tenía lugar un genocidio. Como siempre, se fijaban en las páginas editoriales de los periódicos principales, en la protesta popular y en el ruido de los congresistas para evaluar el interés público. Ningún sector de Estados Unidos hizo sentir o temer al gobierno de Clinton que pagaría un precio político por no hacer nada para salvar al pueblo de Ruanda. Más aún, todas las señales le indicaban que se mantuviera ajeno. Sólo *después* del genocidio aparecería un grupo en favor de la acción.

En lo más álgido de la guerra de Bosnia, las páginas editoriales de la prensa estadounidense rugieron de indignación; durante el genocidio de tres meses en Ruanda se quedaron calladas, ignorantes y con una tendencia fatalista a aceptar la futilidad de la intervención externa. El editorial del *Washington Post* del 17 de abril preguntaba “qué se puede hacer, si acaso puede hacerse algo” respecto de las matanzas: “Por desgracia, la respuesta inmediata parece: no mucho”:

Estados Unidos no tiene un interés nacional visible para tomar ninguna medida, sin duda una importante. En teoría, los servicios de los bomberos internacionales están a disposición de todas las casas de la aldea global. Imagínese un destacamento de bomberos que sólo respondiera a los

incendios menores. Pero en un mundo de limitados recursos políticos y económicos, no se combatirán igual todos y cada uno de los incendios. Ruanda pertenece a una clase no preferencial.⁷⁴

Un editorial del *New York Times* del 23 de abril reconoció que tenía lugar un genocidio pero dijo que el Consejo de Seguridad había “tirado la toalla ensangrentada”:

Algo muy similar a un genocidio ocurre en Ruanda. Se baja a la gente de autos y autobuses, se le ordena mostrar sus papeles y se la mata en seguida si pertenece al grupo étnico equivocado [...] Es fácil justificar de forma legal, si no moral, el retiro, pues la fuerza diversamente entrenada de la ONU tenía como tarea vigilar la paz, no tomar partido en una guerra civil. Somalia ofrece amplia admonición contra la entrada sin miramientos en una misión “humanitaria”. Los horrores de Kigali manifiestan la necesidad de considerar si no haría falta una fuerza móvil de respuesta rápida de la ONU, bajo su mando, para tratar con semejantes calamidades. Ausente tal fuerza, el mundo no tiene más opción que quedarse al margen y esperar lo mejor.⁷⁵

El noticiero *Nightline* del 4 de mayo abrió con la pregunta de Ted Koppel: “Ruanda: ¿Está demasiado cansado el mundo para ayudar?” La nota incluía un comentario del presidente Clinton, a quien se le planteó una pregunta sobre Ruanda ese día. Invocó a Somalia: “Lección número uno: No meterse en uno de estos asuntos y decir, como Estados Unidos dijo cuando empezó lo de Somalia: ‘Por ahí, todo termina en un mes porque es una crisis humanitaria...’ Porque casi siempre hay problemas políticos y, a veces, conflictos militares que estas crisis producen”.⁷⁶

Los diarios estadounidenses incluían descripciones gráficas de las atrocidades pero, si bien la cobertura fue continua, no fue fuerte. En Sudáfrica se congregaron unos 2 500 periodistas para las elecciones históricas que desmantelaron oficialmente el *apartheid* y dieron el poder a Nelson Mandela en mayo de 1994. En Ruanda, en el momento de la mayor cobertura de las matanzas, el número de periodistas presentes nunca sobrepasó los 15.⁷⁷ Los directores deciden dónde, cuándo y por qué enviar sus “tropas” de forma muy parecida a un comandante en jefe. Y como la intervención militar de Estados Unidos o Europa en Ruanda se consideraba muy improbable, ninguna de las más importantes agencias occidentales hizo prioritaria la cobertura de la crisis. Por supuesto que, igual que en Camboya, debido a que la cobertura periodística era ligera, la presión pública y de la dirigencia en favor de la intervención permaneció tenue.

El Congreso también se mantuvo callado. Algunos congresistas sentían alivio de estar libres de otra misión fracasada de la ONU. El senador Dole presentó su proyecto de ley de los Poderes de Paz al Congreso en enero, y pregonaba en público su oposición a cualquier intervención. Otros congresistas no oían a sus votantes. El 30 de abril la diputada Patricia Schroeder (demócrata por Colorado) describió el silencio relativo de los suyos. Dijo: “Hay grupos muy preocupados por los gorilas”, al observar que Colorado era sede de una organización de investigación que estudiaba a los amenazados gorilas de Ruanda. “Pero —suena horrible— la gente no sabe lo que puede hacerse por la gente”.⁷⁸

Alrededor de la época en que se estrelló el avión del presidente Habyarimana en Ruanda, Randall Robinson, de TransAfrica, comenzó una huelga de hambre para protestar por la repatriación automática que el gobierno de Estados Unidos estaba aplicando a los haitianos que huyeron del golpe que derrocó a Jean-Bertrand Aristide. El *Washington Post* habló de Robinson en una nota del 12 de abril de 1994, una semana después del comienzo de las masacres en Ruanda, quien afirmaba de la política estadounidense respecto de los refugiados haitianos: “No recuerdo política oficial que me haya molestado tanto como ésta. No recuerdo política exterior de Estados Unidos tan dañina, discriminatoria y racista como ésta. Es tan mezquina que no puede tolerarse”.⁷⁹

Sólo en Kigali fueron asesinados unos 10 000 ciudadanos de Ruanda esa semana. El 21 de abril, seis miembros del Congreso fueron arrestados delante de la Casa Blanca por protestar contra la decisión del gobierno de mandar de vuelta a los refugiados haitianos.⁸⁰ Robinson fue hospitalizado brevemente por deshidratación el 4 de mayo; Clinton cambió oficialmente su política de repatriación el día 9 del mismo mes.

Algunos miembros de las subcomisiones africanas y el Comité de Congresistas Negros (CBC) llegaron a solicitar con humildad que Estados Unidos asumiera su papel para poner fin a la violencia, pero no se atrevieron a instar a la intervención, ni realizaron protestas públicas. El CBC no realizó huelgas de hambre ni manifestaciones; ninguno de ellos fue arrestado delante de la Casa Blanca; y por último, tras unas apariciones aisladas en TV, tres cartas y un puñado de contactos particulares, el comité no tuvo efecto en la política estadounidense. Holly Burkhalter, de Human Rights Watch, reconoce el letargo del CBC, pero señala: “No podemos olvidar que la facción blanca, que es mucho más blanca, tampoco fue muy eficaz que digamos”.

No sonaban teléfonos en los despachos de los congresistas. La diputada Alcee Hastings (demócrata por Florida) recordó después: “En mi distrito soy la primera en reconocer que el enfoque primario está en Haití. Tiene que recordar que vengo del sur de Florida y [...] nosotros hemos sufrido los fuertes efectos del influjo de refugiados. África parece tan lejos, y no tiene ningún interés vital para mis electores”. La diputada Maxine Waters, demócrata por California, dijo luego que le costó entender el curso de los acontecimientos: “No sabía si tenían razón los tutsis o los hutus. No le podía decir a nadie lo que creía que debían hacer. Había muchos como yo. No tenían la menor idea”.⁸¹

No había en Estados Unidos ninguna comunidad significativa de nacionales de Ruanda; pocos afroestadunidenses identifican sus tierras ancestrales específicas para ejercer presión en favor de ellas de la manera en que lo harían armenios, judíos o albaneses.

El 13 de mayo, el senador Paul Simon (demócrata por Illinois), presidente de la Subcomisión de Relaciones Exteriores Africanas del Senado, y el senador James Jeffords, por Vermont, el principal republicano de la subcomisión, llamaron por teléfono al general Dallaire en Kigali y le preguntaron qué necesitaba. El desesperado Dallaire les dijo que si tuviera 5 000 hombres pondría fin a las masacres. Los senadores redactaron de inmediato una nota que se entregó a mano en la Casa Blanca para solicitar que el gobierno lograra que el Consejo de Seguridad autorizara el envío de tropas: “Por supuesto que existen riesgos, pero no podemos seguir tranquilamente mirando desde lejos cómo se desenvuelve esta tragedia”. Los senadores no recibieron respuesta. Cuando telefonearon, 10 días después, no pudieron comunicarse con el asesor de Seguridad Nacional, Lake, pero otro funcionario les dijo: “No sentimos que haya una base de apoyo público para intervenir en África”.

Después Simon declaró: “Es posible que esto haya sido exacto, pero si no hay base de apoyo del público, el presidente puede aparecer en televisión y explicar nuestras razones para responder, y así armar un caso público. Aun así, si la respuesta del público sigue débil, el liderazgo exige acción en una situación como ésta”.⁸² Simon cree que la presión pública pudo cambiar la respuesta estadounidense: “Si cada congresista hubiera recibido 100 cartas de sus electores diciendo que debíamos hacer algo acerca de Ruanda en los primeros momentos de la crisis, creo que la respuesta habría sido otra”.⁸³ Se arrepiente de no haber llamado por teléfono directamente a Clinton, o por lo menos organizado una

conferencia de prensa: “Recuerdo que se me ocurrió llamar a la prensa, pero supuse que nadie aparecería”.

Clinton contestó la nota hasta el 9 de junio, y en su carta defendió la política estadounidense, enumerando las medidas más importantes que se tomaron, desde financiar suministros médicos hasta presionar por un cese al fuego: “Me he expresado en repudio a estas atrocidades. Hemos exigido una investigación a fondo de ellas”.⁸⁴

Aunque Human Rights Watch le brindó información valiosa al gobierno y participaba en las reuniones, carecía de la base popular con la cual movilizar la esencial presión pública que todos coincidían en que faltaba. Cuando Alison des Forges, Monique Mujawamariya y Holly Burkhalter, de Human Rights Watch, visitaron la Casa Blanca el 21 de abril y le preguntaron a Lake cómo podían cambiar la política de Estados Unidos, él se encogió de hombros: “Si quieren conseguir esto van a tener que cambiar a la opinión pública. Tienen que hacer más bochinche”.⁸⁵ Pero el único ruido que se oyó fue el de los machetes que se abrían paso a través del pueblo de Ruanda.

EL PDD-25 EN ACCIÓN

Ni bien se retiró la mayoría de las fuerzas de Dallaire a finales de abril de 1994, un puñado de miembros no permanentes del Consejo de Seguridad, horrorizados por el alcance de las matanzas, instó a las potencias a mandar un nuevo contingente reforzado (Unamir II) a Ruanda.

Cuando las tropas de Dallaire llegaron al principio, en el otoño de 1993, tenían un mandato muy tradicional de mantenimiento de la paz conocido como aplicación del capítulo VI, una misión que da por sentado un cese al fuego y el deseo de ambas partes de cumplir con un acuerdo de paz. El Consejo de Seguridad debía decidir ahora si estaba dispuesto a pasar del mantenimiento al establecimiento de la paz, es decir, una misión de capítulo VII en un entorno hostil. Esto requeriría más tropas de paz con mayores recursos, reglas de juego más agresivas y un reconocimiento explícito de que las tropas de la ONU estaban ahí para proteger civiles.

Surgieron dos propuestas. Dallaire presentó un plan que consideraba unir sus restantes tropas de paz con unos 5 000 soldados bien pertrechados que esperaba conseguir sin demora por el Consejo de Seguridad. Quería tomar Kigali y de ahí

salir en abanico y crear refugios para los nacionales que se reunían en grandes cantidades en iglesias, escuelas y colinas. Estados Unidos era uno de los pocos países que podía suministrar rápido el transporte aéreo y apoyo logístico necesarios para trasladar refuerzos a la región. En una reunión con el secretario general de la ONU, Boutros Boutros Ghali, el 10 de mayo, el vicepresidente Al Gore prometió la ayuda de Estados Unidos en el transporte.

Pero Richard Clarke y Tony Lake, del CSN, y los representantes de la plana mayor pusieron en duda la idea de Dallaire. Clarke preguntó: “¿Cómo piensa tomar control del aeropuerto de Kigali para que aterricen los refuerzos?” Le convencía más una estrategia de “afuera hacia adentro” en lugar de lo contrario. La propuesta estadounidense crearía zonas protegidas para refugiados en las fronteras de Ruanda. Mantendría a todo piloto participante en el transporte de las tropas a salvo fuera de Ruanda. Clarke insiste: “Nuestra propuesta era lo más factible y práctico que se podía hacer en el corto plazo. La propuesta de Dallaire, en cambio, no podía llevarse a cabo a la brevedad, ni atraería a los soldados de paz”. El plan de Estados Unidos, modelado en la Operación Dar Consuelo de 1991 para los kurdos del norte de Irak, parecía partir del supuesto de que los necesitados eran refugiados que huían a las fronteras, pero la mayoría de los tutsis en peligro no podían llegar a la frontera. Los más vulnerables eran los reunidos, a la espera de la salvación, en el interior de Ruanda. El plan de Dallaire era que los soldados de la ONU llegaran a los tutsis escondidos. El plan de Estados Unidos habría requerido que los civiles llegaran a las zonas de seguridad, atravesando mortíferas barreras de control en el camino. Dice Dallaire: “Los dos planes tenían objetivos muy distintos. Mi misión era salvar vidas. La de ellos, organizar un espectáculo sin riesgo”.

La nueva doctrina estadounidense de operaciones de paz, que Clarke ayudó a redactar, se estableció el 3 de mayo, y los funcionarios estadounidenses aplicaban sus pautas con celo. El PDD-25 no sólo circunscribía la participación de Estados Unidos en misiones de la ONU, también limitaba el apoyo de ese país a otros estados que pensaban llevar a cabo misiones de la ONU. Antes de que tales operaciones recibieran el visto bueno de Estados Unidos, los diseñadores de las políticas debían encuadrarse dentro de los lineamientos del PDD-25, demostrando que estaban en juego intereses estadounidenses, una meta clara, costos aceptables, apoyo público, aliado y del Congreso, un claro cuadro de mando y control, y una estrategia de salida.

Estados Unidos regateó en el Consejo de Seguridad y con el Departamento de Operaciones de Paz de la ONU durante las dos primeras semanas de mayo. Los funcionarios señalaban las fallas en la propuesta de Dallaire sin ofrecer los recursos que le habrían ayudado a superarlas. El 13 de mayo, el vicesecretario de Estado, Strobe Talbott, mandó a Madeleine Albright instrucciones para que Estados Unidos respondiesen al plan de Dallaire. Al señalar los peligros logísticos de transportar tropas a la capital, Talbott escribió: “Estados Unidos no está dispuesto en este momento a transportar equipo pesado y tropas a Kigali”. La operación “más factible” sería crear las zonas protegidas en la frontera, garantizar los envíos de ayuda humanitaria y “promover la restauración de un cese al fuego y un retorno al proceso de paz de Arusha”. Talbott reconocía que incluso la propuesta minimalista estadounidense contenía “muchas preguntas sin responder”:

¿De dónde vendrán las fuerzas necesarias, cómo se transportarán?, ¿dónde conviene crear estas zonas de seguridad?, ¿las fuerzas de la ONU tienen autorización de salir de las zonas para asistir a poblaciones afectadas fuera de ellas?, ¿los bandos en lucha de Ruanda estarán de acuerdo con este arreglo?, ¿qué condiciones harán falta para que la operación concluya bien?

No obstante, Talbott redondeó: “Solicitaremos a la ONU que explore y pule esta alternativa y presente al consejo un menú de por lo menos dos opciones en un informe formal al secretario general, así como un presupuesto antes de que el Consejo de Seguridad vote para cambiar el mandato de Unamir”.⁸⁶ Los responsables de las decisiones estadounidenses planteaban preguntas válidas. Sin duda el plan de Dallaire habría exigido que las tropas participantes corrieran riesgos al llegar hasta los pobladores en peligro, o al enfrentarse con la milicia y fuerzas gubernamentales hutus. Pero el tono tranquilo de la investigación estadounidense no parecía apropiado para la crisis sin precedentes y fuera de toda convención que se desarrollaba.

El 17 de mayo, para cuando la mayoría de las víctimas tutsis del genocidio ya estaban muertas, Estados Unidos por fin aceptó una versión del plan de Dallaire. Pero pocos países africanos ofrecieron tropas. Y aunque las tropas hubieran estado disponibles, la lentitud de las principales potencias habría entorpecido su empleo. Si bien el vicepresidente Gore comprometió a Estados Unidos para suministrar apoyo blindado si las naciones africanas ofrecían las tropas, la dilación del Pentágono continuó. El 19 de mayo la ONU solicitó 50 transportes de

personal blindados estadounidenses. El día 31, los funcionarios accedieron a mandarlos de Alemania a Entebbe, Uganda.⁸⁷ Pero surgieron diferencias de opinión entre el Pentágono y los planificadores de la ONU. ¿Quién pagaría los vehículos? ¿Tendrían que ser rodados o de oruga? ¿La ONU los compraría o sólo los alquilaría? ¿Y quién costearía el transporte? Para complicar la disputa estaba el reglamento del Departamento de Defensa, que impedía al ejército estadounidense preparar los vehículos para el transporte hasta que los contratos quedaran firmados. El Departamento de Defensa exigía el reembolso de 15 millones de dólares por transportar repuestos y equipo a Ruanda y desde allí. A mediados de junio, la Casa Blanca por fin intervino. El 19 de junio, a un mes del pedido de la ONU, Estados Unidos comenzó a transportar los vehículos, pero les faltaban las radios y las ametralladoras pesadas que se necesitarían si las tropas de la ONU eran atacadas. Los vehículos llegaron a Ruanda hasta julio.

“INTERVENCIONES”

En junio Francia, acaso el país menos apropiado para intervenir debido a su relación amistosa con el régimen genocida hutu, anunció su plan de mandar 2 500 soldados para establecer una zona de seguridad en el sudoeste del país.⁸⁸ Operation Turquoise se diseñó como medida temporal hasta la llegada de Unamir II.⁸⁹ Las tropas francesas salieron sin demora, entraron en Ruanda el 23 de junio y demostraron la rapidez con que un Estado decidido se movilizaba. Aunque sin duda salvaron vidas, hubo matanzas de limpieza en la zona de protección francesa. Cuando los hutus llevaron su transmisor de Radio Mille Collines a la zona, las fuerzas francesas no capturaron ni el equipo ni a los individuos responsables de orquestar el genocidio. Sin embargo, el presidente Mitterrand no demoró en adjudicarse crédito, diciendo que la operación había salvado “decenas de miles de vidas”. Francia no era responsable de los acontecimientos, dijo, porque las masacres tuvieron lugar después de que Francia abandonase Ruanda y porque Francia no podía intervenir durante el genocidio, pues ésta era tarea de la ONU.⁹⁰

Fueron los rebeldes tutsis (FPR) bajo el mando de Paul Kagame, quienes al final detuvieron el genocidio. Al lograr esto, produjeron la fuga de perpetradores hutus, entre los que se calcula como 1 700 000 refugiados hutus a los vecinos Zaire y Tanzania. El 19 de julio asumió el mando el gobierno de unidad nacional

del FPR, casi dos meses después de la resolución de enviar refuerzos del Consejo de Seguridad. Dallaire contaba con los mismos 503 soldados que le quedaron desde finales de abril. No se envió ni un solo soldado adicional.

Sólo tras la toma de casi toda Ruanda (excepto la zona francesa) por el FPR, el presidente Clinton por fin ordenó cerrar la embajada de Ruanda en Washington y congelar sus fondos. Clinton dijo que Estados Unidos no podía “permitir la permanencia en nuestro suelo de representantes de un régimen que respalda masacres genocidas”.⁹¹ El 25 de agosto de 1994, el Consejo de Seguridad dictaminó que Ruanda no podía hacer uso de su turno como presidente del consejo.⁹²

Clinton mandó tropas estadounidenses a la región de los Grandes Lagos. Los refugiados, hutus en su mayoría que huían del avance del FPR, padecían hambre, sed y cólera en el vecino Zaire. El editorial del *New York Times* del 23 de julio se tituló: “Por fin se siente el dolor de Ruanda”.⁹³ El 29 de julio el presidente Clinton ordenó a 200 soldados ocupar el aeropuerto de Kigali para enviar ayuda directamente a Ruanda. Antes de su arribo, Dallaire recibió una llamada; un funcionario estadounidense quería saber exactamente cuánta gente murió en Ruanda. Dallaire no entendió el motivo de la pregunta. El funcionario contestó: “Estamos sacando nuestros cálculos, y una baja estadounidense vale más o menos 85 000 muertos en Ruanda”.⁹⁴

Estas tropas, insistían los funcionarios gubernamentales, ayudarían a suministrar socorro humanitario. No ayudarían a mantener la paz. Somalia *no* era el modelo. Es más: misión de paz llegó a ser mala palabra. El 29 de julio el presidente declaró: “Quiero ser claro en esto. Cualquier envío de tropas a Ruanda tendrá el único e inmediato propósito de brindar ayuda humanitaria, no el de mantener la paz”. Les aseguró a los estadounidenses que no habría ninguna escalada esta vez.⁹⁵

El Senado autorizó sólo 130 millones de dólares de los 320 que solicitó Clinton, y añadió a la legislación que todas las fuerzas debían retirarse para el 1 de octubre, a menos que el Congreso aprobara específicamente una estadía más prolongada. Aunque el costo fue un factor detrás de la oposición de Estados Unidos a mandar refuerzos de la ONU a Ruanda antes y durante el genocidio, su contribución a las operaciones de paz habría sido de alrededor de 30 millones; acabó gastando 237 millones sólo en ayuda humanitaria.⁹⁶

A fines de agosto, el embajador David Rawson dio una conferencia de prensa

de vuelta en Kigali. Incluso después de la muerte de 800 000 personas, mantenía un firme compromiso con el proceso de paz de Arusha:

Puesto que todos hablan el mismo idioma, tienen básicamente la misma cultura y la misma historia, la realidad del caso es que si todos desean vivir en Ruanda, en algún momento tendrán que sentarse juntos alrededor de una mesa y encontrar la forma de hacer que esto pase. Creemos que las fórmulas de Arusha, negociadas en un año de intensas negociaciones, ofrecen el tipo de fórmula de poder compartido que podrían llevarlo a la realización. Y cuanto más pronto se aproximen, incluso con todo el horror que ha tenido lugar, los arreglos actuales a las fórmulas de Arusha, más posibilidades hay para el éxito.⁹⁷

En uno de sus telegramas de despedida, Dallaire resumió su experiencia en Unamir:

Lo que vivimos aquí es un bochorno. La comunidad internacional y los estados miembro de la ONU, por un lado, sintieron terror ante lo que sucedió en Ruanda, mientras que, por el otro, estas mismas autoridades, con pocas excepciones, no hicieron nada sustancial para remediar la situación [...] La fuerza de la ONU ha estado impedida de tener un mínimo de amor propio y efectividad en el lugar [...] Reconozco que esta misión es una pesadilla logística para su cuartel general, pero eso no es *nada* comparado con el infierno viviente que nos rodeó, además de la obligación de enfrentar a ambos bandos y aportar tan poca ayuda y credibilidad [...] Aunque Ruanda y Unamir han estado en el centro de una terrible tragedia humana, por no decir holocausto, y aunque todos han pronunciado muchas grandilocuentes palabras, incluyendo a los miembros del Consejo de Seguridad, el esfuerzo tangible [...] ha sido total y completamente ineficaz.⁹⁸

LOS CUENTOS QUE CONTAMOS

No es difícil imaginar cómo podría haber actuado Estados Unidos de otra manera. Antes de la matanza de abril, cuando aumentaba la violencia, pudo haber accedido a las peticiones belgas de refuerzos de la ONU. Una vez comenzadas las matanzas de miles por día, el presidente pudo enviar tropas estadounidenses a Ruanda, pudo haberse unido a las arrinconadas fuerzas Unamir de Dallaire o, si le asustaba asociarse con las ineptas operaciones de paz de la ONU, pudo intervenir por su lado con el respaldo del Consejo de Seguridad, como hizo Francia en junio. También pudo haber actuado sin el beneplácito de la ONU, como haría cinco años más tarde en Kosovo. La obtención del permiso del Congreso habría sido muy difícil, pero ya para la segunda semana de matanzas,

Clinton, uno de los presidentes más elocuentes del siglo xx, pudo presentar el caso de que tenía lugar algo que se aproximaba a un genocidio, que un inviolable valor estadounidense peligraba ante su ocurrencia, y que los contingentes estadounidenses podían detener el exterminio de un pueblo con un mínimo riesgo.

Aunque la Casa Blanca no lograra superar la oposición del Congreso al envío de tropas a África, igual quedaban varias opciones. En lugar de dejar en manos de los funcionarios de jerarquía media la comunicación tras bastidores con los dirigentes de Ruanda, los funcionarios superiores del gobierno pudieron encargarse del proceso. Pudieron denunciar con frecuencia la carnicería en público. Pudieron etiquetar los crímenes de “genocidio” mucho antes. Pudieron exigir la expulsión de la delegación de Ruanda del Consejo de Seguridad. Por teléfono, en la ONU, y por la *Voice of America*, pudieron amenazar con enjuiciar a los perpetradores del genocidio, dando nombres cuando fuese posible. Pudieron usar equipo del Pentágono para interferir —aun en forma temporal— las letales transmisiones radiales. En lugar de exigir un retiro de la ONU, regatear por los costos y ofrecer (tardíamente) un plan más apropiado para cuidar refugiados que para detener las masacres, los funcionarios pudieron buscar la forma de hacer de Unamir una fuerza digna de tomarse en cuenta. Pudieron instar a sus aliados belgas a que se quedaran y protegieran a los civiles de Ruanda. Si los belgas insistían en retirarse, Estados Unidos pudo hacer lo posible para garantizar el inmediato refuerzo para Dallaire. Los funcionarios superiores pudieron invertir el capital político estadounidense en convocar a las tropas de otras naciones y suministrar transporte aéreo y apoyo logístico a una coalición que hubiese contribuido a crear. En pocas palabras, Estados Unidos pudo ser líder del mundo.

Sorprende que la mayoría de los funcionarios a cargo de delinear la política estadounidense definiesen la decisión de no detener el genocidio como algo ético y moral. El gobierno puso en operación varios recursos para enmudecer el entusiasmo de actuar y mantener el sentido público —y sobre todo el propio— de que las decisiones políticas estadounidenses eran no sólo políticamente astutas sino también aceptables moralmente. Primero: las autoridades exageraron lo extremo de las respuestas posibles. Más de una vez los dirigentes presentaban la alternativa como entre mantenerse fuera de Ruanda y “meterse en todas partes”. Además, a menudo presentaban la opción como entre no hacer nada y

enviar cientos de miles de infantes de marina.

Segundo: los planificadores políticos apelaban a la noción del bien mayor. No mostraban la política estadounidense para promover el interés nacional o para evitar bajas propias. En cambio, muchas veces se oponían a la intervención desde el punto de vista de quienes estaban empeñados en proteger la vida humana. Debido a los fracasos recientes de las operaciones de paz de la ONU, a muchos intervencionistas humanitarios del gobierno les preocupaba el futuro de la relación estadounidense con la ONU en general y con las operaciones de paz en particular. Creían que la ONU y el humanitarismo no podían arriesgarse a otra Somalia. Muchos compartieron la creencia de que la ONU tenía más que perder si mandaba refuerzos y fracasaba, que si permitía la continuación de las matanzas. Su prioridad, tras evacuar a los estadounidenses, era cuidar a las fuerzas de paz y justificar su retiro con la garantía de un futuro para la intervención humanitaria. Dicho de otro modo, la misión de paz de Dallaire en Ruanda debía retirarse para que los pacificadores prosperaran en otra parte.

Un tercer aspecto de la respuesta que contribuyó al consuelo de los funcionarios fue la agitada actividad que desencadenaba el tema de Ruanda. Los funcionarios relacionados con Ruanda se solazaban con pequeñas victorias en favor de individuos, como Monique Mujawamariya, o grupos específicos, como los civiles albergados en el hotel o el estadio. Un funcionario superior comenta: “Éramos como la criatura en el gueto que enfoca toda su atención en proteger a su muñeca. Cuando se desploma su mundo no lo puede tolerar, pero se consuela con la muñeca, lo único que puede controlar”. Los funcionarios políticos se reunían constantemente y se atascaron en la burocracia; no mostraban ni sentían indiferencia. Aunque surgió poca intervención eficaz de las reuniones de nivel medio en Washington o en Nueva York, sí resultó una plétora de memorandos y otros documentos.

Por último, la ilusión casi deliberada de que lo que ocurría en Ruanda no llegaba a ser genocidio creó un marco ético que alimentó la inacción. “La guerra” era “trágica” pero no daba lugar a un imperativo moral.

Un funcionario llevó un diario durante la crisis. A fines de mayo, exasperado por la obstrucción que imbuía la burocracia, anotó el siguiente lamento:

Un ejército que no quiere ir a ninguna parte a hacer nada, ni prestar sus juguetes para que otro lo pueda hacer. Una Casa Blanca intimidada por la oficialidad (¿y nosotros somos los que damos lecciones de cómo las fuerzas armadas reciben órdenes de los civiles?) Un CSN que emprende

acciones de paz “por reglamento”, el reglamento de las finanzas, se entiende. Y un programa de asistencia que prefiere a los blancos (Europa) que a los negros. Cuando es cuestión de derechos humanos no tenemos reparo en trazar el límite en la arena del continente negro (no nos pidan que hagamos nada, retorcernos las manos es nuestra especialidad), pero no en China u otro lugar donde se pueda hacer buenos negocios.

Tenemos una política exterior manejada según nuestros amorales intereses económicos por aficionados que quieren defender algún principio —de ahí la agonía—, pero a final de cuentas no desean ejercer ningún liderazgo que implique un costo.

Dicen que puede haber hasta un millón de muertos en Ruanda. Las milicias siguen matando a los inocentes y a los alfabetizados [...] ¿En realidad no le costó nada a Estados Unidos?

SECUELA

La culpa

El genocidio en Ruanda le costó mucho a Dallaire. Es tanto paradójico como natural que el hombre que tal vez hizo más por salvar a la gente de Ruanda sea el que peor se siente. Ya en agosto de 1994 Dallaire deseaba la muerte. Recuerda: “Al final de mi gestión, circulaba en mi vehículo sin escolta, prácticamente buscando emboscadas. Procuraba hallar la destrucción y la liberación de la culpa”.

A su regreso a Canadá, al principio se comportó como si acabara de cumplir una misión de rutina. Al pasar los días empezó a manifestar signos de turbación. A fines de 1994, el Consejo de Seguridad de la ONU estableció un Tribunal de Crímenes de Guerra para Ruanda, según el modelo del recién creado para castigar los crímenes en la ex Yugoslavia. Cuando el tribunal llamó a declarar a Dallaire en febrero de 1998, cuatro años después del genocidio, volvió a revolver en sus recuerdos.⁹⁹ Pierre Prosper, el fiscal de la ONU, recuerda la escena: “Su porte era muy orgulloso e imponente. Un verdadero soldado. Saludó al presidente del tribunal. Todas sus respuestas fueron: ‘Sí, señor. No, señor’. Era muy estoico. Y al seguir el interrogatorio, se veía cómo se iba abriendo. Era como si lo viviese todo de nuevo ahí delante de nosotros”. Cuando hablaba Dallaire se notaba lo omnipresente que era el genocidio en su vida. En una ocasión, al describir su capacidad operativa, dijo: “Tenía varios cuerpos en el lugar”, pero hizo una pausa y corrigió: “Disculpe, varias tropas en el lugar”. La voz se le quebraba mientras buscaba palabras que dieran a entender su horror y

decepción: “Parece inconcebible... que uno pueda contemplar... masacrar a miles de personas... todos los días en los medios... y permanecer impávido”.¹⁰⁰

Parecía buscar respuestas en el tribunal. Seguía sin entender cómo las potencias pudieron mandar tropas a la región en que tenía lugar un genocidio, retirar a sus civiles y soldados, y abandonar a su suerte al pueblo de Ruanda y sus fuerzas de paz. Dallaire miró hacia adelante al decir sin pestañear que la salida de esas unidades militares, “con el conocimiento pleno del peligro que amenazaba a la debilitada fuerza de las Naciones Unidas, es inexcusable desde cualquier criterio humano”.¹⁰¹

El abogado defensor interrumpió en ese momento: “Parece que lamenta eso, general”. Dallaire elevó la vista como si se hubiera roto el trance, miró fijamente al abogado, y respondió: “No puede siquiera imaginárselo”.

En una conferencia de prensa después de testificar, dijo: “Me resultó muy difícil volver a los detalles [...] Es más: ayer en cierto momento tuve la sensación del olor de la matanza en la nariz y no me explico cómo apareció, pero de pronto se dio esta enorme inundación de mi cerebro y mis sentidos [...] Tal vez, al pasar el tiempo, duela menos”.¹⁰² Esperaba visitar Ruanda después de testificar: “Hasta que vea muchos de esos lugares, hasta que vea algunas tumbas, hasta que vea esas colinas y montañas y aldeas, no creo que jamás concluya esto para mí”.¹⁰³ Esperaba llevar consigo a su esposa.

El presidente Clinton visitó Ruanda un mes después de testificar Dallaire. Con el donaire de un avezado en manifestaciones públicas de remordimiento, expresó una especie de disculpa: “En Estados Unidos y en la comunidad mundial no hicimos cuanto pudimos y debimos para detener lo ocurrido. Podrá parecerles extraño a ustedes aquí, pero en todas partes del mundo hay gente como yo, sentada en oficinas, día tras día, que no apreciaba del todo la profundidad y la velocidad con que los ahogaba este inimaginable terror”.¹⁰⁴ Pero el remordimiento de Clinton llegó demasiado tarde para los 800 000 muertos, y para Dallaire, que a menudo lamenta haber sobrevivido.

Algunos colegas de Dallaire pensaban que reaccionaba emocionalmente porque la prensa belga y las familias de los soldados masacrados lo vilipendiaban. Dice estar reconciliado con sus decisiones: “Me critican los belgas por mandar a sus tropas a una ‘muerte segura’ con instrucciones de proteger a la primera ministra Agathe. Me hago cargo, pero no podría hacerme cargo de haberme acurrucado sin darle a Agathe la oportunidad de hacer un llamado a la nación

para evitar la violencia. No se podía dejar pasar de largo y mirar cómo sucedía”.

Su problema mayor es su sentido de culpa por la gente de Ruanda. Confiaron su suerte a la ONU, y fueron asesinados: “Fallé en mi misión. Simplemente no puedo disculparme diciendo que estas muertes no son mías cuando ocurrieron durante mi misión. No puedo borrar los miles y miles de ojos que veo, mirándome desorientados. Propuse, pero no convencí, así que fracasé”.

En un intento de ayudar a los canadienses a manejar la fatiga de sus experiencias militares, Dallaire consintió en producir un video de 30 minutos, *Testigos del mal* [Witness the Evil]. En él afirma que apenas dos años después le llegaron profundamente las experiencias, pero que al final llegó a un punto en que no lo podía seguir guardando: “Me volví suicida porque [...] no había otra solución. No podía vivir con el dolor y los sonidos y el olor. A veces, desearía haber perdido una pierna en vez de que se me descompaginara toda esa materia gris. El perder una pierna es obvio, y hay terapia y todo eso. Pero al aflojarse a uno los tornillos, es muy difícil encontrar una explicación y la ayuda necesaria”.¹⁰⁵

A medida que el tiempo lo distanciaba de Ruanda, las noches lo acercaban a su agonía interna. Llevaba un machete y les daba clases a los cadetes sobre los trastornos de fatiga postraumática, apenas dormía, y casi vomitaba en el supermercado, cuya vista lo transportaba de vuelta a los mercados de Ruanda y a los cadáveres diseminados en ellos. En octubre de 1998, el jefe de personal de Defensa canadiense, general Maurice Baril, invitó a Dallaire a que se tomara una licencia de un mes por su estado de tensión. Dallaire se sintió devastado. Después de colgar, dice, “lloré días y días”. Trató de mantener una postura digna en público, mandando a sus subordinados un correo electrónico de despedida que decía: “Se ha determinado que es esencial que recargue mis baterías por varios motivos, entre ellos el efecto de mi experiencia operativa en mi salud [...] No se retiren, no se rindan, no se den por vencidos”.¹⁰⁶

Dallaire volvió de su licencia, pero en diciembre de 1999 Baril llamó de nuevo. Habló con los médicos de Dallaire y decidió producir un cambio con un ultimátum: o abandonaba Dallaire el tema de Ruanda y dejaba de testificar en el tribunal internacional y culpar en público a la comunidad internacional por no haber hecho más, o se retiraba de sus amadas fuerzas armadas. Para Dallaire existía una única respuesta posible: “Les dije que jamás olvidaría Ruanda. Yo fui el comandante de la fuerza, y cumpliría con mi obligación, testificando y

haciendo todo lo que fuera necesario para llevar a esos tipos ante la justicia”. En abril del 2000, Dallaire fue dado de baja de las fuerzas armadas canadienses por motivos de salud.

Siempre había dicho: “El día que me quite el uniforme va a ser el día en que también responda a mi alma”. Pero desde que se convirtió en civil se ha dado cuenta de que el alma no se recupera con facilidad: “Mi alma está en Ruanda. Nunca jamás volvió, y no sé si alguna vez vuelva”. Siente como si lo vigilaran los ojos y los espíritus de los muertos.

En junio de 2000, una breve nota canadiense cableografiada informó que Dallaire fue encontrado sin sentido en el banco de una plaza, ebrio y solo. Consumió una botella de whisky, además de su dosis diaria de calmantes. Se encontraba en otra misión suicida. Después de su recuperación, mandó una carta a la Canadian Broadcasting Corporation para agradecerles su sensibilidad en la cobertura del episodio. La carta se leyó al aire:

Gracias por sus muy amables pensamientos y deseos.

Existen momentos en que la mejor medicación y terapia sencillamente no pueden ayudar a un soldado que sufre de esta nueva generación de lesiones de las misiones de paz. La ira, la furia, el dolor y la fría soledad que lo separan a uno de su familia, amigos, y la rutina diaria normal de la sociedad son tan poderosos que la opción de destruirse uno mismo es por igual real y atrayente. Eso es lo que pasó el lunes pasado. Aparece, crece, invade y se apodera de uno.

En mi actual estado de terapia, que muestra resultados muy alentadores, los mecanismos de control no han madurado todavía para estar siempre a la par de esta batalla. Mis doctores y yo continuamos trabajando para lograr el nivel de serenidad y productividad que tanto anhelo. Los terapeutas están de acuerdo en que la batalla que libré esa noche fue un sólido ejemplo de lo humano que busca mostrarse sobre el principio de un comandante militar, que dice: “Primero, mi misión, luego mi personal, al final yo”. Por supuesto que el lugar que elegí el lunes dejó bastante que desear, y será tema de mucho trabajo en el tiempo por venir.

Dallaire aún creía en Canadá, en las misiones de paz, en los derechos humanos. La carta seguía:

Esta nación, sin vacilación ni duda, puede —e incluso lo esperan de ella los menos afortunados del mundo— dirigir a los países desarrollados más allá del interés propio, de las ventajas estratégicas y del aislamiento, elevando sus miras al reino de la preeminencia del humanismo y la libertad [...] Donde el humanitarismo sufra la destrucción y los inocentes sean literalmente pisoteados en el suelo [...] soldados, marinos y pilotos [...] apoyados por sus compatriotas, que reconocen el costo en

sacrificio humano y recursos, forjarán en concierto con nuestros políticos [...] un único y ejemplar lugar para Canadá en la liga de las naciones, unidos bajo la Carta de las Naciones Unidas.

Espero que esto esté bien.

Gracias por la oportunidad.

Los más afectuosos saludos,

DALLAIRE

XI. SREBRENICA: “HECHOS POLVO”

EL 11 DE JULIO DE 1995, un año después de que los rebeldes tutsis por fin detuvieron el genocidio en Ruanda, y en el tercero de la guerra de Bosnia, los serbios de Bosnia hicieron lo que pocos suponían que ocurriría: arrollaron las débiles defensas de la ONU para apoderarse de la zona de seguridad de Srebrenica, hogar de 40 000 hombres, mujeres y niños musulmanes.

El enclave de Srebrenica se declaró zona de seguridad en la primavera de 1993, justo después de que el gobierno de Clinton abandonara su propuesta de levantar el embargo de armas contra los musulmanes y bombardear a los serbios. Srebrenica era uno de los seis lugares densamente poblados, en territorio musulmán, para cuya protección el Consejo de Seguridad de la ONU mandó tropas de paz con armas ligeras.

La ONU esperaba que se emplazarían suficientes tropas de paz para impedir ataques serbios, pero el presidente Clinton expresó claramente que Estados Unidos no mandaría tropas, y los países europeos que ya contribuían con las suyas en Bosnia no estaban dispuestos a enviar más soldados de paz para una fallida operación de las Naciones Unidas. Los “cascos azules” que sí llegaron se las vieron feas. Al palpar cierto prurito occidental hacia la posibilidad de bajas después de Somalia y Ruanda, las fuerzas serbias en los alrededores a menudo disparaban tiros furtivos contra los soldados de la ONU. También cortaron una y otra vez los suministros de combustible y alimentos.

Para la época del ataque a Srebrenica en julio, los 600 soldados de paz holandeses llevaban a cabo la mayoría de sus tareas a lomo de burro y subsistían con raciones de emergencia. Eran pocos y sabían que si los serbios llegaran a atacar necesitarían el apoyo de aviones de la OTAN. En 1994, las potencias occidentales establecieron un procedimiento mediante el que los soldados de paz en Bosnia podían solicitar respaldo aéreo restringido en caso de ser atacados, y solicitar ataques aéreos contra blancos prefijados si las zonas de seguridad musulmanas sufrieran ataques graves. Mediante un torpe arreglo de comando y control, dirigido a limitar el riesgo para las fuerzas de paz, los ministros del

Exterior de la OTAN se pusieron de acuerdo en que se debían girar “llaves gemelas” antes de mandar aviones de la Organización en apoyo de Bosnia. El jefe civil de la misión, Yasushi Akashi, debía girar la primera llave. Si sucedía esto, los comandantes de la OTAN tendrían que girar la segunda. La mayoría de los pedidos se inhabilitaron de entrada, pues los civiles de la ONU se mostraban abiertamente escépticos hacia los bombardeos de la OTAN. Pensaban que desestabilizarían el proceso de paz y harían que los serbios tomaran rehenes de la ONU, como hicieron en noviembre de 1994 y en mayo del año siguiente.

Cuando los serbios llamaron a que la comunidad internacional mostrara las cartas en julio de 1995, su asalto procedió virtualmente sin encontrar resistencia de las Naciones Unidas en tierra ni de la OTAN en el aire. A las 16:30 del día 11, el rechoncho y rubicundo comandante del ejército serbio de Bosnia, Ratko Mladic, entró en Srebrenica como de paseo. El general Radislav Krstic, jefe del cuerpo de Drina, que realizó el ataque, lo acompañó. Krstic había perdido una pierna el año anterior al pasar por encima de una mina plantada por musulmanes, así que la victoria era en especial grata. Con Krstic presente, Mladic anunció en la televisión serbia de Bosnia: “Por fin, después de la rebelión de los dahijas, llegó el momento de la venganza contra los musulmanes de la región”.¹

En el transcurso de la siguiente semana, Mladic separó a los varones musulmanes de Srebrenica de las mujeres. Envío a sus tropas a perseguir a los que huían a las colinas. Y, en total, mató a unos 7 000, la mayor masacre europea en 50 años.

La respuesta de Estados Unidos, aunque condensada en el tiempo, siguió el patrón de costumbre. Antes y durante el ataque serbio, los planificadores políticos estadounidenses (como los civiles de Bosnia) volvieron a revelar su propensión a la fantasía. Una vez caída la zona de seguridad, los funcionarios estadounidenses definieron a su criterio las posibilidades a su disposición. Colocaron una confianza indebida en la diplomacia y en la razón, y adoptaron medidas más apropiadas para “la guerra final”. Pero una diferencia notoria entre Srebrenica y genocidios previos del siglo XX fue que las masacres fortalecieron a los sectores que favorecían la intervención y el entendimiento.

En el gobierno de Clinton maduraba la idea de que la estrategia del no enfrentamiento era ya *políticamente* insostenible. Así, luego del acto genocida individual más grave en la guerra de Bosnia, gracias al tardío liderazgo de Estados Unidos, bombarderos de la OTAN realizaron una campaña de tres semanas contra

los serbios de Bosnia que contribuyó grandemente a poner fin a la guerra.

ADVERTENCIA

“La posición vulnerable”

Diplomáticos, periodistas, tropas de paz y musulmanes bosnios convivían desde hacía mucho con la posibilidad de que los serbios tomaran las zonas de seguridad del este de Bosnia. Los enclaves eran tan poco viables que los analistas de inteligencia de Estados Unidos apostaban sobre el tiempo que aguantarían. Richard Holbrooke elaboró la política estadounidense hacia Bosnia desde septiembre de 1994, cuando fue nombrado subsecretario de Estado para asuntos europeos y canadienses. Dice haberle comentado a la reina de los Países Bajos que las tropas holandesas en Srebrenica se hallaban en el *“Dien Bien Phu de Europa”* frente a una “catástrofe inminente”.

En junio de 1995, el comandante de la fuerza de la ONU, Bernard Janvier, presentó una propuesta al Consejo de Seguridad para retirar a los cascos azules de los tres enclaves orientales. Argumentó que las armas de las tropas eran muy ligeras y insuficientes para proteger a los civiles musulmanes. La embajadora estadounidense, Albright, decidida defensora de lo que quedaba de Bosnia, explotó. Dijo que el plan de Janvier para “desligarse de las zonas de seguridad” era “lisa y llanamente equivocado”. La embajadora había perdido incontables batallas en el Consejo de Seguridad Nacional para lograr que el presidente ordenara el bombardeo de los serbios. Ahora, aunque rechazaba la propuesta de Janvier por inhumana, sabía que no podía ofrecer sugerencias para que sobreviviesen los civiles musulmanes ni los soldados de paz a un ataque serbio. La realidad, evidente para todos, era que las zonas de seguridad serían seguras sólo en tanto los serbios lo decidiesen así.

Muchos planificadores políticos occidentales deseaban en su fuero interno que desaparecieran Srebrenica y las otras dos zonas de seguridad musulmanas en el este de Bosnia. Para el verano de 1995 tanto los serbios de Bosnia como el gobierno encabezado por musulmanes estaban exhaustos, y los negociadores occidentales pensaban que estaban más cerca de un arreglo que nunca. Pero debido a que los tres enclaves orientales no lindaban con otros territorios en posesión de musulmanes, eran un escollo recurrente en las negociaciones. La comunidad internacional difícilmente podía pedir a los musulmanes, las

principales víctimas de la guerra, que abandonaran voluntariamente los enclaves, sobre todo en vista de que la mayoría de los habitantes ya había sido expulsada de sus hogares en las poblaciones aledañas. El gobierno musulmán sería repudiado por sus propios ciudadanos si entregaba a los serbios alguna de las pocas ciudades que aún quedaban en manos musulmanas. Y los nacionalistas serbios no firmarían un acuerdo de paz que preservara los enclaves musulmanes, que inmovilizaban tropas y permitía la presencia de los indeseables en su seno. Toda la idea de la Republika Srpska era crear un Estado serbio étnicamente puro.

Cualesquiera que hayan sido las secretas esperanzas o temores expresados por Occidente de que los enclaves se desmoronaran, cuando los serbios comenzaron su ataque a Srebrenica, el 6 de julio de 1995, nadie, excepto los sitiados soldados de paz holandeses y los musulmanes dentro de la ciudad, lo tomó con particular seriedad. Las fuerzas de Mladic comenzaron el ataque disparando salvas con tanques a los puestos de vigilancia de la ONU, para que los holandeses los abandonasen. Los serbios tomaron rehenes holandeses, robaron sus armas, chalecos antibalas, vehículos, y cascos y boinas azules.

Las tropas de paz en Srebrenica tal vez eran las que menos sabían de todos. Como las debilitadas fuerzas de Dallaire en Ruanda, las tropas de la ONU en Bosnia carecían de capacidad propia para obtener información. Los observadores militares de las Naciones Unidas que suministraban inteligencia visual de la misión, por lo general no hablaban serbocroata, y circulaban por la región en luminosos vehículos blancos de doble tracción. Cualquiera que deseara ocultar algo, podía hacerlo si veía aproximarse a uno de los pesados vehículos. De esta forma, los comandantes de la ONU dependían, en cuanto a información de Inteligencia, de los estados más poderosos de la ONU, que rara vez la suministraban. Si los satélites espías de Estados Unidos o los aviones de la OTAN captaban evidencia visual o verbal de avances de tropas serbias hacia Srebrenica, no la compartían con las tropas de paz. Del mismo modo que las tropas de Dallaire tuvieron que encontrarse físicamente con las milicias si esperaban documentar sus actividades, también las tropas holandesas que querían enterarse de las tropas serbias tenían que patrullar hasta toparse con el fuego de las armas serbias.² Era un juego retorcido, balcánico, de “gallina ciega”.

En la conferencia de prensa matutina del 8 de julio en Sarajevo, el charlatán vocero de la ONU, Gary Coward, listó mecánicamente los nombres de los puestos de observación holandeses alrededor de Srebrenica que tomaron los serbios.

Cuando me acerqué a él después de la conferencia y le pedí su evaluación de los objetivos serbios, se encogió de hombros, tomó un papel de una mesa cercana y dibujó un gran círculo alargado que representaba la zona de seguridad: “Creemos que los serbios quieren hacer esto”, dijo, y tachó el tercio inferior del círculo. Con el control de la parte sur, pronosticaban Coward y los restantes analistas de la ONU, los serbiobosnios aseguraban las colinas a lo largo de una importante ruta de suministros. Coward dibujó otro círculo y dijo: “Pero lo que tememos es que los serbios quieran hacer esto”, y tachó todo el círculo. “Sencillamente no sabemos”.

Al día siguiente, cuando le pedí al primer ministro bosnio, Haris Silajdzic, que diera su versión de las intenciones serbias, señaló un gran mapa en la pared a su espalda. “¿Ve esos puntos verdes?”, preguntó, e indicó tres marcas que representaban las zonas de seguridad de la ONU en el este de Bosnia, aisladas del resto del territorio musulmán: “Los serbios quieren que desaparezcan”.

El gobierno de mayoría musulmana puso el grito en el cielo tantas veces en el pasado que era difícil confiar en sus advertencias. Silajdzic parecía haber recibido alarmas generales acerca del peligro de Srebrenica, pero no sabía exactamente lo que les esperaba a sus habitantes. Parecía claro que con la llegada del invierno los serbios buscarían establecerse de manera todavía más favorable. Aunque los serbios todavía controlaban 70% del país, el ejército musulmán había comenzado a mordisquearles algunas de sus ganancias. Abandonado por las naciones occidentales, el gobierno de Sarajevo empezó a recibir armas y asesoramiento de grupos y gobiernos islámicos de todo el mundo, y mostraba todas las señales de cobrar fuerza poco a poco. Los serbios necesitaban liberar las 1 000 tropas emplazadas alrededor de Srebrenica. Incluso sin información, sólo bastaba mirar el mapa para conocer los objetivos estratégicos de los serbios.

En cambio, los planes diarios de los serbios eran otro tema. Por más insostenibles que parecieran las islas de territorio, débilmente guarnecidas, el mapa también daba la impresión de que estaba destinado a durar. alguna combinación de cautela serbia, defensa de la ONU, aviones de la OTAN, resistencia musulmana e inercia histórica dejaría intactas las zonas de seguridad. Ninguna ciudad importante de Bosnia había cambiado de manos en los pasados dos años, y a la mayoría de los observadores de la región le costaba imaginar una franca conquista. Srebrenica en particular era un lugar que capturó la atención en 1993, cuando fue declarada una de las seis zonas de seguridad. Pero desde entonces

cayó en el olvido del público.

La advertencia del primer ministro Silajdzic sonó más como un suspiro que una sirena. Los musulmanes de Bosnia habían sufrido tanto tiempo y tan visiblemente que, tras años de quejas —“¿Cómo permitieron que nos pasara esto?”—, la mayoría parecía resignada ya a la indiferencia del mundo exterior. El embargo de armas de la ONU quedaba vigente. Los aviones de la OTAN sobrevolaban el territorio, pero apenas habían llevado a cabo unos contados bombardeos menores contra las fuerzas serbias que atacaban las zonas de seguridad. Cada vez que los serbios capturaban y humillaban a las tropas de paz de la ONU, la OTAN sólo se replegaba. Los políticos de Occidente se aferraban a su neutralidad, negándose a ponerse de parte de los musulmanes. El cáustico fatalismo de Silajdzic reflejaba el humor en la capital, donde la gente ya no corría a refugiarse detrás de las barricadas ante la eventualidad de metales voladores ni daba rodeos por la ciudad para esquivar lugares letales. La mayoría elegía ya el camino más rápido a su destino. Un dicho en Sarajevo rezaba: “Si uno corre, se da con la bala. Si camina, la bala da con uno”.

Los extranjeros que permanecían en la ciudad se consideraron mensajeros en su momento, pero ahora eran recordatorios de un mundo externo que sólo miró mientras perecía Bosnia. Las puertas se les cerraban en la cara a los periodistas; se ridiculizaba a la Fuerza de Protección de la ONU (Unprofor) como la Fuerza para la Protección *de sí misma*. Con tantas promesas quebrantadas y vidas destruidas, nada sorprendía a los bosnios. El primer ministro parecía un hombre al que se le habían agotado las opciones:

¿Con quién se supone que hable ya? Sabemos que los estadounidenses sienten simpatía por el que está en el piso. Saben lo que nos pasa y les molesta. Pero el gobierno estadounidense habla sólo de su interés, que significa hacer lo menos posible. Bosnia no es un interés vital de Estados Unidos, así que ¿por qué habría de arriesgar su nombre, credibilidad y prestigio aquí?

Sin embargo, también había desafío en el tono de Silajdzic: “En el primer año de la guerra estábamos en gran peligro de desaparecer de la faz de la tierra. Pero Bosnia escapó a la ejecución. Ahora somos como hombres que caminan por las calles saludando a los que nos veían ya colgando del cadalso el día anterior”. Pero la realidad futura era que, aunque muchos escaparon a la muerte, los hombres de Srebrenica no tendrían la misma suerte.

Los analistas de inteligencia estadounidenses vaticinaban que Srebrenica no

sobreviviría, pero cuando se inició el ataque, subestimaron las intenciones de los serbios. En la CIA, el *National Intelligence Daily* del 9 de julio de 1995 afirmaba que la ofensiva serbia contra Srebrenica “muy probablemente castigará al gobierno bosnio por las ofensivas en Sarajevo”. También era la manera de “forzar un cese al fuego”. El día 10, la evaluación de la CIA no había cambiado, los serbios no intentarían tomar la ciudad porque no querían ocuparse de sus habitantes.³ “Neutralizarían” la zona de seguridad antes que someterla del todo. Y el 11, el encargado de la embajada de Estados Unidos en Sarajevo mandó un cable a las 18:11, casi dos horas después de que el enclave había caído, transmitiendo el parecer del “agotado y cabizbajo” primer ministro Silajdzic:

No existe consenso entre contactos gubernamentales y diplomáticos aquí respecto de la ulterior estrategia serbia, pero la mayoría piensa que es interactiva, es decir, el ejército serbio de Bosnia tantea la resistencia y empuja hasta localizar una oportunidad. Los funcionarios musulmanes temen ahora que el objetivo serbio en Srebrenica sea “expulsar y ocupar”, efectuando lo primero con brutalidad [...] Otro contacto resumió el objetivo serbio: “Quieren todo”.⁴

La evidencia recogida más tarde indica que los serbios, de hecho, iniciaron su ofensiva con la intención de tomar sólo la sección sureña. Pero ni bien se dieron cuenta, asombrados, de que las potencias occidentales no opondrían resistencia, optaron por avanzar y ocupar toda la región.

El periodismo, por lo general móvil y hacendoso, prestó poca atención a Srebrenica antes de su caída. Los corresponsales estadounidenses y europeos apostados en Bosnia en el verano de 1995 no habían visitado la ciudad, que los serbios cerraron desde la primavera de 1994. Además, atrapados en Sarajevo, los periodistas no tenían más opción que depender en gran medida de las Naciones Unidas. Y los funcionarios superiores estadounidenses, impresionados largo tiempo por lo que decían era la capacidad militar del general Mladic, se dejaban engañar por las garantías serbias. Los holandeses en Srebrenica solicitaron primero que el comandante de la fuerza de la ONU, Janvier, obtuviera respaldo aéreo de la OTAN el 6 de julio, pero desechó el pedido y otros cuatro que siguieron, incluso uno crucial la noche anterior al avance final de los serbios. Janvier no creía que los serbios irían hasta el final. Es más, aunque los serbios dispararon contra las fuerzas holandesas en el lugar, lo que justificaba la fuerza en defensa propia, el general francés se quedó paralizado por su desconfianza de la OTAN y su creencia en las promesas serbias. El día 10, Janvier afirmó en una

reunión de emergencia: “Hablé con [el general serbiobosnio Zdravko] Tolimir, y me dice que no tienen planes de tomar el enclave. Le creo. Si llegan a tomarlo, sacaré mis conclusiones”. También les creyó a los serbios cuando aseguraron que no tomaron rehenes holandeses. Tolimir le dijo que todo holandés en custodia de los serbios “pidió ser tomado [...] por su propia seguridad”.⁵ La realidad era que más de 30 soldados de paz holandeses fueron desarmados a la fuerza y encarcelados.

Ya para esta etapa de la guerra, Janvier y otros oficiales de la ONU manejaban la información a través de la lente del prejuicio de que eran los musulmanes bosnios quienes desestabilizaban y provocaban a los serbios. En la misma reunión del 10, Janvier subrayó que eran los bosnios musulmanes los que atacaban a los serbios y a los holandeses con miras a “llevarnos a un camino que no deseamos”. Su contraparte civil, Yasushi Akashi, compartía su punto de vista, lo que contribuyó a justificar las negativas de la ONU de convocar al poder aéreo de la OTAN. Akashi afirmó: “El ejército musulmán inicia acciones y luego pide a la comunidad internacional que responda y se ocupe de su juicio erróneo”. Para 1995, los funcionarios superiores estadounidenses hablaban como si casi todo lo que hicieran los serbios fuera mera “represalia”, mientras que todo lo que hicieran los musulmanes era una “provocación”.

Había algo de cierto en gran parte de la retórica estadounidense. Los musulmanes de Bosnia emprendían ataques desde las zonas de seguridad, que se suponían desmilitarizadas. Tanto para bosnios como para extranjeros, no había peor sensación que oír la llegada de una pieza de artillería pesada justo afuera de su ventana, para luego ser disparada en la noche de Sarajevo; el fuego que llegaba de regreso siempre era desproporcionadamente severo. Pero la mayoría de los ataques eran salidas para recobrar alimentos y suministros de poblados serbios vecinos, ataques de venganza por los sitios a que los sometían los serbios o intentos de recobrar las tierras de las que los desalojaron. Sergio Vieira de Mello, que pasó 1993 viviendo bajo el sitio de Sarajevo como jefe de asuntos civiles de la ONU, recuerda haber hablado con los serbiobosnios acerca de una semana de bombardeos relativamente intensos. Primero contactó a su dirigente político, Radovan Karadzic, para quejarse de que por cada 60 tiros bosnios, la ciudad recibía 600. Karadzic dijo no saber de qué hablaba, y lo pasó al comandante militar serbiobosnio Ratko Mladic. Cuando le repitió su queja, el general lo miró y le dijo: “Ésa es la proporción apropiada”.

Si la primera etapa de fantasías consistió en no predecir que los serbios atacarían Srebrenica cuando lo hicieron, la segunda fue no anticipar la velocidad con que los serbios tomarían la zona de seguridad. Al no encontrar respuesta de Washington o de Nueva York, los serbios, al igual que el gobierno y milicias hutus de Ruanda antes de ellos, mantuvieron la presión. Muchos musulmanes de Srebrenica pensaban que el asalto serbio sería temporal y que la comunidad internacional intervendría. Un musulmán de 55 años recordó después:

Para el 11 de julio, los soldados de Unprofor estaban en constante retirada [...] Puse llave a la puerta de mi casa y me uní a los civiles y soldados que se retiraban [...] Tanta gente pensaba igual que yo, que lo que pasaba sería sólo pasajero [...] Era una zona de seguridad de las Naciones Unidas, pensé. No hay manera de que caiga. Por eso no me llevé nada conmigo cuando me fui de mi casa. Sólo cerré todo, pensando que estaría de vuelta en unas horas, o a lo sumo en unos días. Ahora todo lo que tengo —de todas las cosas que tuve— son las llaves de la puerta de calle.⁶

Mientras que los civiles musulmanes protegían sus llaves y erróneamente confiaban en la protección de la ONU, las tropas de paz esperaban que los musulmanes de la ciudad, en su mayoría sin armas, ofrecieran la primera línea de defensa, y la fuerza aérea de la OTAN, la segunda. Pero hacinados en lo que equivalía a un gueto étnico durante más de dos años, y asqueados por la corrupción de sus dirigentes locales, la moral de los musulmanes de Srebrenica se derrumbó. No tenían voluntad de pelear, y por mucho tiempo se les aseguró que no tendrían que hacerlo. Hasta horas antes de la entrada de los serbios a Srebrenica, el coronel Tom Karremans, comandante holandés de las tropas de las Naciones Unidas en Srebrenica, prometió bombardeos aéreos de la OTAN. El 10 se encontró con dirigentes militares musulmanes, a quienes garantizó la pronta llegada de entre 40 y 60 aviones de la OTAN, que harían ataques masivos. Karremans dijo a los desesperados líderes musulmanes, señalando una amplia franja de territorio que los serbios ocuparon al sur de Srebrenica: “Esta área será zona de muerte para la mañana. Los aviones de la OTAN destruirán cualquier cosa que se mueva”, prometió.⁷ Esa noche las tropas holandesas y los soldados y civiles bosnios mantuvieron un ojo en el cielo en espera de los bombarderos, y el otro en los camiones, vehículos de transporte, tanques y soldados serbios que sitiaban la ciudad. Debido a que las Naciones Unidas prometieron bombardeos, los musulmanes no reclamaron los tanques y cañones antiaéreos que entregaron a la ONU en 1993 como parte de un acuerdo de desmilitarización. Sabían que por

su cuenta, a la larga, terminarían arrasados por las fuerzas serbias. Necesitaban a la ONU y a la OTAN, y temían que, si recuperaban sus armas, los cascos azules usarían esto como pretexto para ignorar su obligación de defender el enclave.⁸

Al fin, alrededor del mediodía del 11, cuatro horas después de que el comandante holandés en Srebrenica hizo el vano pedido del día de apoyo de la OTAN, cinco días después de formular el primero, un escuadrón de 18 aviones de la OTAN partió de su base en Italia. Los pobladores musulmanes ya empezaban a huir de la ciudad. Cuando llegaron los aviones, un par de F-16 estadounidenses no pudo ubicar los blancos serbios, y otro bombardeó un tanque serbio, con poco resultado. Los serbios amenazaron con matar a los rehenes holandeses si continuaban los ataques, por lo que el gobierno de los Países Bajos y los comandantes de las Naciones Unidas optaron por negociar una rendición.

Mientras los rugientes bombarderos cruzaban los Balcanes hacia Srebrenica a las 14:30 (8:30 en Estados Unidos), el presidente Clinton desviaba una pregunta de un periodista acerca del ataque serbio.

Preguntó el periodista: “Señor, los serbiobosnios entran rápido en Srebrenica, según los informes. ¿Es hora de que la OTAN bombardee?”

El presidente contestó: “Podríamos tener algo que decir de eso más tarde hoy, pero déjeme mencionarle que estamos preocupados por la gente que está ahí, y también estoy preocupado por las tropas de Unprofor —los holandeses— que están ahí”.⁹

Entre tanto, unos 15 000 musulmanes, la mayoría hombres, de los que menos de un tercio estaban armados, y ninguno de los cuales creía que la ONU los protegería, escaparon a las colinas en anticipación de la llegada de Mladic. Tenían pocas probabilidades de sobrevivir a un viaje nocturno de 30 millas a través de densos bosques, ocasionales campos minados, y granadas y ametralladoras serbias, pero preferían correr el riesgo a confiar su suerte al general que comandó el ataque serbio desde 1992. Otros 25 000 musulmanes, entre ellos los dirigentes de la ciudad, permanecieron en el enclave, seguros de que la comunidad internacional se encargaría de su evacuación. Pasaron la noche del 11 apretados contra una base de la ONU en el villorrio de Potocari, cuatro millas al norte del centro de Srebrenica, trepándose para valerse de la protección de la base. El comandante holandés Karremans informó a sus superiores que los musulmanes reunidos allí estaban en una posición sumamente vulnerable: eran presa segura”.¹⁰

El general serbiobosnio Mladic tenía la suerte de los musulmanes de Srebrenica en sus manos. Al poco tiempo de tomar la ciudad el día 11, citó al coronel Karremans a un par de reuniones en el Hotel Fontana. Mladic se despachó con una furibunda catilinaria, y luego insistió en que Karremans lo acompañara con un trago para brindar por “una larga vida”, imagen de amabilidad que se transmitió alrededor del mundo. Fuera de cámara, Mladic avisó que si los aviones de la OTAN volvían a aparecer, los serbios bombardearían la empalizada en Potocari, donde se congregaron los musulmanes. Más tarde, en presencia de Karremans, Mladic le preguntó a un representante del gobierno de Bosnia, quien había comparecido para negociar, si los musulmanes querían sobrevivir o “desaparecer”.

RECONOCIMIENTO

“Están cayendo todos”

El general Mladic volvió a Srebrenica al día siguiente con camarógrafos de televisión. De aspecto descansado y quemado por el sol de la ofensiva de verano, les recomendó tener paciencia a los musulmanes de Srebrenica reunidos ante él. Él y sus hombres fueron filmados repartiendo chocolates a niños musulmanes. Dijo Mladic: “Los que quieran irse, pueden hacerlo. No hay por qué asustarse”. Dándole palmadas en la cabeza a un niño aterrorizado, Mladic pronunció palabras reconfortantes que no le resultaban fáciles a un hombre de temperamento brusco rodeado de miles de personas que había llegado a aborrecer. “Se les llevará a un lugar seguro”, dijo, y aseguró a la ansiosa multitud que las mujeres y los niños irían primero. Con la dirección logística del general Krstic, unos 50 o 60 autobuses y camiones arribaron en las siguientes 24 horas para realizar la deportación.

Los serbios permitieron al principio que los soldados de paz holandeses estuvieran presentes en los transportes, pero pronto cambiaron de parecer. Cuando uno de los soldados intentó impedir que se cargara un autobús sin supervisión de la ONU, Mladic sonrió: “Yo estoy a cargo aquí. Yo decido lo que se hace. Tengo mis planes y los voy a cumplir. Será mejor que coopere”.¹¹

En las siguientes horas en Potocari, el general serbio ordenó separar a los hombres de las mujeres y niños. Mientras los soldados de la ONU observaban, serbios armados arrancaron a padres, hermanos e hijos de las histéricas mujeres.

Mladic sostuvo que sólo examinaba a los hombres para saber si habían cometido “crímenes de guerra” o que los detenían para un intercambio de prisioneros. En su debido momento todos se reunirían sanos y salvos. Cualquiera que objetaba las órdenes de Mladic era brutalmente castigado. Una musulmana describió su horrorosa experiencia en la base de la ONU:

A las 4 del 12 de julio se llevaron a mi marido. Y después a mi hijo Esmir... Es difícil hablar de esto, no puedo, me parte el corazón... Lo tenía en mis brazos... Nos estábamos abrazando, pero... lo agarraron y lo degollaron. Lo mataron. No puedo hablar más, simplemente no puedo, tiene que entender que me parte el corazón. Todavía espero que las autoridades puedan conseguir la libertad de mi otro hijo o de mi marido.¹²

Muchos occidentales olvidaron con gusto los alevosos engaños de Mladic de días recientes y confiaron en las promesas serbias de adherirse a la Convención de Ginebra pero otros veían más claro. Christina Schmidt, enfermera nacida en Alemania que formaba parte de Médicos Sin Fronteras, mandó su anotación del día 12 en el libro de actas a la oficina de la organización en Belgrado, que la difundió públicamente. Escribió:

Todos deben de haber sentido la violencia en los semblantes de los soldados serbiobosnios mientras arreaban a la gente a los autobuses como animales. Un padre con su bebé de un año viene a mí, llorando, acompañado de soldados serbios. No tiene a nadie que cuide al bebé por él, y los serbios lo seleccionaron para quién sabe qué. Es una escena horrible —tengo que quitarle la criatura de sus brazos—, anoto su nombre y siento que nunca más volverá a verla.¹³

Los holandeses en la cercanía de Potocari empezaron a encontrar cuerpos el 12. Una niña de 14 años colgaba de una viga. La noche anterior se la llevaron soldados serbios por una hora; cuando regresó, la sangre le escurría por las piernas. Un niño musulmán condujo a dos soldados holandeses hasta donde había nueve musulmanes ejecutados. El chico esperó en silencio mientras los soldados tomaron fotos de los cadáveres. Cerca del poblado de Nova Kasaba, los holandeses pasaron un campo de fútbol donde vieron a miles de hombres musulmanes de rodillas con las manos en la cabeza. Se había dispuesto una mesa para registrarlos, y sus pequeñas mochilas y bolsas estaban en el pasto. Cuando estos mismos holandeses oyeron más tarde disparos individuales, algunos empezaron a suponer, en palabras de un sargento: “Están cayendo todos”.¹⁴ Otros se dejaron convencer por las historias que contaban los serbios:

los disparos eran en celebración por la incorporación de un nuevo recluta; o que las zonas que los holandeses deseaban inspeccionar eran “demasiado peligrosas”, debido a que continuaban los “ataques musulmanes”.

Funcionarios de la ONU en el cuartel general se fijaron en el daño que le causaría a la reputación del organismo la caída de la zona de seguridad. En una reunión del día 12, Akashi, el civil de más alto rango de la ONU, culpó a los musulmanes por sus “provocaciones”: “Ayudaría si tuviéramos algunas fotos de los holandeses dándole de comer a los refugiados”.¹⁵ Cuando le preguntaron en una conferencia de prensa el mismo día si la caída de Srebrenica representaba el mayor fracaso de la ONU en Bosnia, el secretario general Boutros Boutros-Ghali repuso: “No, yo no diría que esto representa un fracaso. Uno tiene que ver si la copa está medio llena o medio vacía. Todavía brindamos asistencia a los refugiados [...] y hemos podido mantener esta disputa dentro de los límites de la ex Yugoslavia”.¹⁶

A diferencia de Dallaire, quien rápidamente comunicaba horrendas noticias desde Ruanda y tomaba cualquier micrófono que se le acercaba, los oficiales de la ONU en la ex Yugoslavia se resistieron a pregonar informes de atrocidades. Los funcionarios del cuartel general de la ONU terminaron por enterarse más por los periodistas que por sus propios delegados. Un áspero cable del cuartel general a Akashid del 18 de julio preguntaba: “¿Qué hay de los informes de asesinato masivo que llegan de los refugiados? Son difundidos y constantes, y han sido confirmados por varios observadores internacionales. Sin embargo, no recibimos nada al respecto de Unprofor”.¹⁷

Los serbios subieron a mujeres, niños y ancianos a autobuses, y soportaron un viaje terrorífico de Potocari a las afueras de Tuzla, otra de las ciudades musulmanas que había sido declarada zona de seguridad en 1993. Durante el viaje de dos horas y media, muchos pegaban las caras contra los vidrios de las ventanillas con la esperanza de ver a sus hombres. Había cadáveres tirados al lado del camino, algunos mutilados, muchos degollados. Jóvenes musulmanes temblorosos eran obligados a dar el saludo de tres dedos de los serbios. Grandes grupos de hombres, con las manos atadas a sus espaldas, y sentados con las cabezas entre las rodillas, aguardaban instrucciones. Los autobuses se detenían con frecuencia en el camino para que los pistoleros serbios pudieran seleccionar a las mujeres jóvenes y atractivas y violarlas al costado del camino. Para las 20 horas del 13, la base de la ONU cerca de Srebrenica estaba virtualmente vacía.

Los ciudadanos y políticos estadounidenses y europeos siguieron la secuencia completa. Los medios occidentales informaron de la caída del enclave, el supuesto “filtrado” de los hombres por crímenes de guerra y el terror de los viajes en autobús.¹⁸ Los primeros indicios de ejecuciones sumarias aparecieron el 14. Aunque los periodistas se mostraban como siempre reacios a publicar informes individuales de asesinatos, los funcionarios y refugiados musulmanes bosnios describían un cuadro desolador.

En el Departamento de Estado, los periodistas le preguntaron al vocero Nicholas Burns si podía verificar que los serbios separaban a los hombres de las mujeres, los niños o los ancianos. Burns contestó:

No tengo información específica acerca de la separación de ancianos, mujeres y niños de los hombres. La información que sí poseo es de un gran número de personas que están siendo concentradas en un estadio de fútbol. Teniendo en cuenta lo que ocurrió hace tres o cuatro años en la misma zona a manos de la misma gente —los militares serbiobosnios— evidentemente estamos preocupados, muy preocupados, seriamente preocupados por la situación. Y les vamos a mandar hoy un mensaje a los serbios de Bosnia de que tienen una responsabilidad humanitaria de tratar bien a esta gente.

Pero la única amenaza que mandó de parte de Estados Unidos era que los pistoleros serbios serían juzgados por el Tribunal de Crímenes de Guerra de la ONU.¹⁹ El presidente Clinton no pronunció ninguna amenaza.

El embajador de Bosnia ante Naciones Unidas, Mohammed Sacirbey, recibió informes de masacres más perturbadores que cualquiera que hubiera oído antes. Se le había dicho que los hombres concentrados en el estadio habían sido masacrados. Un cable del 13 de julio de la embajada estadounidense en Londres al Departamento de Estado comunicó la “alarmante noticia” de Sacirbey de que los serbiobosnios cometían toda suerte de atrocidades. Era de público conocimiento que las mujeres de entre 15 y 35 eran seleccionadas y sacadas de los ómnibus, mientras que los jóvenes y hombres eran llevados a destinos desconocidos.

Pese a la indignación mundial por lo que hacían los serbios, los políticos no dieron el salto de la consternación por la toma de un territorio protegido por la ONU a la alarma por la suerte de la gente que vivía en él. El embajador Sacirbey procuró mantener la atención de la ONU en los contenidos vivientes de la zona de seguridad. “Lo más importante para recordar —repetía Sacirbey—, era que la zona de seguridad ya no existe, pero ésta no fue el país: era la gente, y todavía está a

tiempo de salvarse.”

Pero al igual que sucedió durante el genocidio en Ruanda, los funcionarios superiores de Estados Unidos y la ONU se comportaban como si todo fuera normal. El representante especial de la ONU, Akashi, mandó un dócil cable a Nueva York el 14 para describir el estado de las provisiones de alimentos y las necesidades de albergue de mujeres y niños que llegaban a Tuzla, y la situación de los rehenes holandeses. Hasta el octavo párrafo de la segunda hoja, Akashi mencionó de soslayo a los hombres faltantes: “Empezamos a detectar una falta en el número de personas esperadas en Tuzla. No disponemos de información adicional de los aproximadamente 4 000 varones en edad militar”.²⁰

En el gobierno de Estados Unidos ninguna de las atrocidades en Bosnia o Ruanda de los últimos tres años había vuelto menos abstracta la amenaza a extranjeros distantes. Holbrooke afirma: “La gente está muy lejos de estos temas. Muy poca gente en Washington ha visitado jamás un campo de refugiados. Se sienten en verdad ajenos a los valores en juego”. Eran limitadas la capacidad y la voluntad de los planificadores políticos para imaginar lo que ocurría más allá de los edificios de sus cámaras. Pero esto no podía disculparse exclusivamente por los límites de su experiencia. Anthony Lake, asesor de Seguridad Nacional, señala: “Visitar un campo de refugiados puede servir, pero no visitar uno no es excusa para carecer de imaginación”.

John Menzies, funcionario del servicio extranjero que desde hacía tiempo era favorable al bombardeo contra los serbios y firmante de la carta de los “doce del patíbulo” preparada por el funcionario Harris de la oficina de Bosnia en abril de 1993, acababa de ser nombrado embajador en Bosnia. El 13 de julio se reunió con Hasán Muratovic, el principal confidente del presidente de Bosnia. Menzies recuerda a Muratovic, un hombre por lo general sereno, “por completo fuera de sí”. Muratovic rogó que aviones de la OTAN arrojaran radios en el enclave de Srebrenica, para que los hombres desorientados que trataban de escapar hallaran con ellos una salida segura de los bosques. Menzies recuerda: “No tenía ni una sola idea constructiva. Nunca había visto este grado de impotencia”. En los días siguientes, Menzies no pudo hacer nada más que enviar señales del apuro musulmán a Washington. Recibió poco aliento de sus superiores.

RESPUESTA

Restricción: las reglas del juego

Cuando cayó la zona de seguridad, los planificadores estadounidenses se condicionaron por dos hechos básicos. Primero, como cuestión de política, Estados Unidos no utilizaría sus tropas para una guerra terrestre en los Balcanes. Eso seguía sin ser negociable. Segundo: aunque muchos en el gobierno de Clinton respaldaban la idea de ataques aéreos por la OTAN, consideraban que Estados Unidos estaba a merced del arreglo de las “dos llaves”, de las cuales colocó una en las manos de funcionarios de la ONU (respaldados por gobiernos europeos) decididos a permanecer neutrales en el conflicto. A los funcionarios estadounidenses “no les gustaba” el mecanismo, dijeron, pero las “reglas del juego” ya estaban determinadas y Estados Unidos tenía que obedecerlas. A los periodistas se les instruyó para que dirigieran sus inquietudes a los europeos que tenían tropas de paz en Bosnia. Olvidadas hacía mucho las promesas de campaña de Clinton, el vocero Burns dijo que Estados Unidos no era “un actor decisivo” en el debate:

Elegimos no mandar tropas terrestres porque no creemos que sea de interés vital para Estados Unidos hacerlo, lo que siempre debe ser la pauta para tomar una decisión de apostar tropas estadounidenses en situación de batalla, de combate. Nosotros lo decidimos, el último gobierno lo decidió, éste lo ratificó, reafirmó la decisión, y ésta es la política de Estados Unidos. Por tanto, Estados Unidos ejerce su influencia desde los costados.²¹

Había mucho más que pudo hacer el gobierno estadounidense. Pudo usar la toma de Srebrenica y las horrendas imágenes televisadas para convencer a sus aliados europeos de reescribir con urgencia las reglas del juego. Pudo bombardear a los serbios alrededor de Srebrenica y otras partes de Bosnia si sus tropas no abandonaban el enclave, devolvían ilesos a los prisioneros varones o, al menos, dejaban de bombardear a los musulmanes que estaban en los bosques tratando de escapar. Pudo actuar preventivamente con advertencias a los victoriosos serbios de que enfrentarían duras represalias si ponían las miras en Zepa, el área de seguridad un poco al sur de Srebrenica, en donde vivían 16 000 musulmanes vulnerables. Si Estados Unidos no obtenía apoyo para una respuesta tan agresiva, y si los aliados se negaban a apoyar los bombardeos, los funcionarios superiores pudieron, al menos, considerar la suerte de los varones musulmanes su prioridad diplomática. Pudieron advertir al presidente Milosevic que las sanciones económicas se ampliarían y prolongarían si se maltrataba a los

hombres en custodia de Mladic. Pudieron haber rastreado el paradero de los prisioneros para señalar a Mladic, Krstic y otros oficiales serbios que se les vigilaba. En cambio, Estados Unidos no hizo nada de esto.

Al internalizar los condicionamientos en cuanto a sus políticas, los funcionarios estadounidenses no desempeñaron un papel muy activo en la crisis. Como recuerda Sandy Vershbow, a la sazón director de Asuntos Europeos en el CSN: “Suponíamos lo peor. No estábamos en pie de guerra las 24 horas. Sólo mirábamos impotentes desde la orilla sin hacer nada”.

El día siguiente a la caída de Srebrenica, el presidente francés, Jacques Chirac, conocido como “la topadora”, reclamó el restablecimiento de las zonas de seguridad por la fuerza. El líder político serbiobosnio se mofó de esto: “No habrá retiro. Srebrenica nos pertenece”.²² Los funcionarios de la ONU y Estados Unidos también consideraron la idea del francés “irrealizable”. Chirac insistió, y llamó al presidente Clinton el 13 de julio para decirle que la separación por géneros le recordaba la segunda Guerra Mundial: “Debemos hacer algo”. “Sí” —respondió Clinton—, debemos actuar”.

Pero “actuar” era un verbo relativo. Para Chirac significaba transportar con helicópteros estadounidenses a las tropas francesas al enclave para recuperar Srebrenica. Para Clinton este plan carecía de sentido, y no se le ocurría ninguna otra acción. Después de colgar, Clinton murmuró que lo único que parecía resultar eran los bombardeos de la OTAN. Se volvió al joven edecán naval que propuso la conversación con Chirac: “¿Qué le parece que deberíamos hacer en Bosnia?” Su interlocutor balbuceó: “No lo sé, señor presidente”.²³

Mientras el gobierno de Clinton miraba desde afuera, incapaz de hacer nada, los musulmanes esperaban en vano. Para el anochecer del 13 de julio pertenecían a una de cuatro categorías: los que estaban vivos y trataban de escapar por los bosques; los que murieron en ese intento; los que se rindieron ante los serbios y fueron asesinados; y los que se rindieron y pronto estarían muertos.²⁴

Estados Unidos, con unos cinco satélites espía en el espacio en todo momento, que mandaban 5 000 imágenes diarias, ni siquiera se concentraron en verificar la suerte de los hombres. Cada vez que una cámara fotográfica satelital hacía una toma, captaba un pedazo de territorio de 100 millas cuadradas (230 km²). Cuando los analistas sabían exactamente qué buscaban y, más aún, cuando *estaban* buscando, las imágenes tenían un valor inestimable. Mostraban

las ubicaciones de las tropas enemigas, edificios adicionales en instalaciones supuestamente nucleares, e incluso fosas comunes. Pero la competencia para obtener imágenes era intensa, debido al costo de cada minuto que funcionaban los satélites. Los que pasaban encima de Bosnia tomaban fotos desde una perspectiva “SMO” (apoyo a operaciones militares). Intentaban detectar movimientos de tropas o localizar emplazamientos de defensa antiaérea serbia que pusiera en peligro los sobrevuelos de la OTAN. A menos que recibieran instrucciones específicas, los analistas de inteligencia no se pasaban el tiempo contando puntitos que parecían hombres en un estadio ni especulando acerca de tenues sombras que pudieran ser tierra recién aplanada alrededor de fosas. Toby Gati, subsecretaria de Estado de Inteligencia e investigación, recuerda: “Algún funcionario superior político tendría que haber solicitado un cambio en los planes de vuelo y una reorientación de los analistas. Analizábamos si los pilotos de la OTAN corrían peligro”. Los analistas de Inteligencia están entrenados para dar a los planificadores políticos la información que piden, no necesariamente lo que deben saber. Se les aconseja no ofrecer información ni hacer recomendaciones de política. La CIA incluso se jacta de tener un *ombudsman* para impedir la politización y que los analistas reaccionen en exceso y emprendan cualquier clase de asesoramiento. Sin embargo, como dijo un oficial de la CIA: “Es difícil precisar el límite entre lo que es un análisis politizado y que un agente diga: ‘Son estúpidos y se equivocan’”.

Aunque a los funcionarios de inteligencia se les hubiera mandado hallar evidencia de atrocidades, quizá no habrían detectado al instante las masacres. El examen de la información disponible, dicen los analistas, equivale a beber de una manguera de incendios.²⁵ Gati sostiene que incluso una campaña organizada para enterarse de la suerte de los prisioneros pudo haberlos dejado a oscuras: “Supongamos que hubiéramos tomado estas fotos y notado que los hombres desaparecían de los campos. La falta de gente puede significar que se le llevó a otra parte. Que no haya gente puede significar que los serbios los están haciendo mierda. Pero la falta de gente no necesariamente quiere decir que los musulmanes estén muertos”. De todos modos, un gobierno que anunciaba una vigilancia de los serbiobosnios y sus cautivos pudo al menos propiciar que algunos serbios lo pensaran dos veces antes de obedecer las órdenes asesinas de Mladic.

Los desaparecidos hombres y jóvenes de Srebrenica no estaban totalmente

olvidados. Después de una de sus conversaciones con el embajador Sacirbey en Nueva York, la embajadora Albright sí hizo averiguaciones. El 14 de julio de 1995 llamó al vicesesor de Seguridad Nacional, Sandy Berger y, a sugerencia suya, pidió a Inteligencia que corroborase la indicación de Sacirbey. No queda del todo claro lo que pasó después. Tal vez el Centro Nacional de Interpretación Fotográfica que analiza imágenes satelitales y del avión espía U-2 no lo haya puesto en operación hasta más tarde, como cuentan algunos.²⁶ O quizá los analistas volvieron a repasar sus imágenes por encima, y respondieron que no podían corroborar los informes. El resultado es que ningún funcionario superior se mantuvo vigilando el tema ni exigió actualizaciones diarias sobre la localización (y bienestar) de los hombres en custodia de Mladic. Si los analistas de fotos se fijaban, lo hacían sin urgencia. Como lo expresa un ex funcionario superior de Inteligencia: “Una cosa es decir ‘Muchachos, echen un vistazo, si no les molesta’ y otra: ‘¡Carajo!, estos hombres están en peligro e incluso podrían estar muertos. ¡Averigüémoslo! ¡Eso significa *ya!*’”

LIBRAR LA ÚLTIMA GUERRA

Estados Unidos tiende a “librar la última guerra” en respuesta al genocidio. Los funcionarios estadounidenses procesaron Camboya según las pautas de Vietnam; la masacre kurda, según la guerra entre Irán e Irak; y Ruanda, según Somalia. En el caso de Srebrenica, el precedente que daba forma a los juicios humanitarios internacionales y a las políticas estadounidenses no fue una guerra como tal, sino la batalla de 1992 para ganar acceso a los campos de concentración serbios. En ese momento, cuando *Newsday*, ITN y el *Guardian* publicaron fotos de escuálidos prisioneros y relatos de refugiados sobre tortura, hambre y ejecuciones, el gobierno de Bush adecuó sus amenazas a la obtención del permiso para efectuar visitas de inspección: “No descansaremos [...] hasta obtener acceso a los campos”. Y en efecto, aunque la mayoría de los ciudadanos continuó viviendo bajo terrorífico sitio, las exigencias estadounidenses y europeas de acceso procuraron la posibilidad de que la Cruz Roja comenzara inspecciones. Los campos más extremos se clausuraron, y se decía que el trato a los prisioneros en los demás había mejorado.

Para 1995, los dirigentes políticos occidentales ya eran expertos en tratar con la brutalidad y atrocidad serbias, y suponían que los patrones se repetirían. En la

conferencia de prensa del Departamento de Estado del 12 de julio, Nicholas Burns respondió así al interrogatorio de un periodista: “Con base en la experiencia del pasado”, Estados Unidos sin duda “tenía algunas preocupaciones respecto de la capacidad e inclinación de las fuerzas serbiobosnias para tratar bien y justamente a los cautivos”. En 1992, dijo, los serbios “mostraron a todo el mundo tendencias brutales” hacia los prisioneros musulmanes. Y advirtió: “No deben repetir esos graves y serios errores ahora. “Deben tratar bien a esta gente”.²⁷ Burns jamás imaginó que el cautiverio no sería una opción para los hombres y jóvenes de Srebrenica.

Los funcionarios occidentales concentraron sus esfuerzos diplomáticos en exigir acceso a la Comisión Internacional de la Cruz Roja. Esperaban que poco a poco, pero en su debido momento, mejoraran las condiciones en los campos. John Shattuck, vicesecretario de Estado para los derechos humanos, señala: “Recordábamos el modelo de Omarska. Suponíamos que a la larga obtendríamos acceso a estas personas y que estarían en muy mal estado”. Muchos mostrarían las señales de torturas lentas, estarían famélicos, humillados, y algunos hasta habrían sido ejecutados. Pero la mayoría sería conservada para cavar trincheras o servir de botín en intercambios de prisioneros. Se suponía que los serbios eran racionales, con patrones predecibles. Toby Gati recuerda: “No había nada en la historia de esa guerra, por más brutal que fuese, que indicara que Mladic mataría hasta el último de ellos”.

Los funcionarios que ahora se dedicaban a Bosnia las 24 horas no consideraban la posibilidad del exterminio. El asesor de Seguridad Nacional, Lake, observa: “Había prestado atención el tiempo suficiente para imaginar que los serbios harían algo de verdad espantoso, pero no me esperaba una ‘Srebrenica’ porque no había sucedido antes. Todavía era posible asombrarse. Era como Vietnam: se sabía lo terrible que era, se esperaba lo peor, pero igual uno podía quedar atónito ante un My Lai”.

El vicesecretario Holbrooke niega que lo que siguió en Srebrenica pudiese sorprender a los funcionarios superiores del gobierno de Clinton: “No necesitábamos informes específicos para saber que pasaba algo terrible. Es más: la búsqueda de información a menudo es una excusa deliberada para evitar o al menos demorar la acción. Sabíamos lo que había que hacer. Si hubiéramos bombardeado a estos hijos de perra como lo recomendé en noviembre y diciembre, Srebrenica no habría pasado”.

Estados Unidos y sus aliados europeos respondieron con generosidad a los musulmanes que llegaban, maltrechos pero vivos, a territorio musulmán. Instalaron una enorme ciudad de carpas en la base aérea de Tuzla, donde a mujeres y niños musulmanes se les alimentaba, cobijaba y daba asistencia médica. Los hombres brillaban por su ausencia.

Las filas del Departamento de Estado habían sido vaciadas de algunos de los funcionarios jóvenes que podrían haberse hecho oír en el foro público instando al rescate. Y las divisiones en cuanto a políticas en el gabinete de Clinton eran predecibles. Incluso los asesores principales más activistas ya aceptaban que, por más que deseaban cambiar de política, no lo podrían hacer a tiempo para modificar la suerte de los musulmanes desalojados de Srebrenica. Un funcionario del Departamento de Estado explica: “Una vez que los hombres estaban en poder de Mladic, nos olvidábamos de ellos, porque ya no podíamos ocuparnos de su suerte”.

En la semana siguiente a la caída de Srebrenica, se desplegó la tradicional división del trabajo. Las organizaciones de socorro, grupos de derechos humanos y agencias de la ONU intentaron ocuparse de la ola de personas expulsadas en Tuzla. Diplomáticos y políticos sopesaron las implicaciones geopolíticas de la caída de la zona de seguridad y debatían la forma de responder al asalto serbio a Zepa y a probables ataques futuros a otro territorio musulmán. Los funcionarios de la ONU se fijaban sobre todo en la suerte de los soldados de paz holandeses aún en poder de Mladic. Y le tocó a la Comisión Internacional de la Cruz Roja (CICR) en Suiza ocuparse de los prisioneros musulmanes de Srebrenica. La CICR era una pequeña organización no gubernamental sin mayor poder y con toda una biblioteca de convenciones a las que no se les había prestado atención en el pasado. Estaba programada para desempeñar su función de siempre, negociar accesos con los serbios, compilar listas de desaparecidos e inspeccionar las condiciones de los prisioneros. Cuando se desechaban sus pedidos de acceso, la organización no ponía el grito en el cielo. Los oficiales de la Cruz Roja, que operan sobre una base del consentimiento de todas las partes e intentan mantener un perfil bajo, esperaban que al día siguiente tendrían mejor suerte.

Igual que el gobierno iraquí mientras gaseaba a los kurdos, los serbios emplearon brillantes tácticas de demora en este periodo, con lecciones que aprendieron en la guerra. Jamás *negaron* acceso a los observadores internacionales: lo concedían para no dar lugar a sospechas, pero después lo

bloqueaban o “posponían” so pretexto de no garantizar la seguridad de los visitantes. Pese a lo repetitivo de la secuencia, los diplomáticos y la CICR tomaban parte en la pantomima, sin darse cuenta de que tenían el tiempo muy medido para influir en el comportamiento serbio.

ASESINATO

El testimonio vívido y constante acerca del asesinato continuaba llegando de los refugiados musulmanes, por lo que un puñado de funcionarios del gobierno estadounidense comenzó a sospechar. El 16 de julio, el *Washington Post* comenzó a relatar cruentos informes de refugiados respecto de ejecuciones masivas. Una adolescente, Senada Cvrk, recordó cómo se llevaban a unos 20 jóvenes musulmanes el atardecer del 12 de julio. A la mañana siguiente, antes de que partiera su autobús, fue a buscar agua a un campo junto a una vieja fábrica de baterías de auto donde los refugiados buscaron amparo. Allí encontró a sus amigos apilados, muertos, con las manos atadas a la espalda.²⁸ Otros musulmanes describieron a los medios estadounidenses las violaciones y degüellos que presenciaron. Los principales diarios y noticieros rebosaban de descripciones gráficas de la carnicería serbia. El 17 de julio el grupo de tareas de Bosnia de la CIA escribió en su informe diario reservado que, aunque no contaba con “información precisa, detallada”, los relatos de refugiados sobre atrocidades “ofrecen detalles que parecen verosímiles”.²⁹

En 1993, el presidente Clinton nombró a Peter Galbraith embajador en Croacia. El heroísmo de Galbraith en el norte de Irak en 1991 le ganó los aplausos de los influyentes senadores Al Gore y Daniel Patrick Moynihan. En la época de la toma de Srebrenica, Galbraith se encontraba casualmente en Vermont, donde leyó el artículo del *New York Times* sobre los kurdos gaseados siete años antes. Como Holbrooke, Galbraith había visitado Bosnia, incluyendo el campo de concentración Manjaca, en 1992. Entrevistó a refugiados y sobrevivientes musulmanes para la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, y recomendó frenar la agresión serbia con el poder aéreo de la OTAN. Ahora le resultaba incomprensible que Estados Unidos permitiera la caída de la zona de seguridad, la deportación de más de 20 000 mujeres y niños musulmanes, y la detención y posible ejecución de los hombres. Con base en su experiencia con camboyanos y kurdos, supuso con rapidez que los hombres en custodia de

Mladic ya habían sido asesinados. Recuerda: “La gente no desaparece así. Una vez que no teníamos noticias de ellos y no pudimos acceder a la zona, lo supimos. ¿Cómo dudarlo?” Dice haber pasado buena parte de esa semana hablando por teléfono con el subsecretario Holbrooke. Los dos hablaron de renunciar en repudio a la respuesta del gobierno a la caída de la zona de seguridad. Holbrooke concertó una reunión de Galbraith con el secretario de Estado, Christopher, el 17 de julio, la primera entrevista exclusiva que Galbraith tuvo jamás con el secretario, quien no ocultaba su desagrado hacia la franqueza del embajador. Galbraith temía que no podrían salvarse ni el territorio ni los hombres musulmanes de Srebrenica. No creyó tener la menor posibilidad de convencer a Christopher de revertir los avances serbios. Pero habló en contra de las masacres con el convencimiento de que aún se necesitaban firmes amenazas de bombardeos por parte de Estados Unidos para salvar a los musulmanes en la cercana zona de seguridad de Zepa, que Mladic comenzó a atacar el 14 de julio y que estaba defendido por sólo 79 soldados de paz. Galbraith se topó con una pared de piedra. Christopher y prácticamente todos los demás funcionarios estaban ya convencidos de que Zepa era insalvable. Era, decían, “insostenible”. La acción sería inútil.

Al día siguiente, Al Gore, uno de los que hacía mucho proponían bombardeos, se unió a la conversación de alto rango. Manifestó que consideraba genocidio los hechos de Bosnia. Gore afirmó, en una reunión de gabinete de Clinton: “La peor solución sería consentir el genocidio y permitir la violación de otra ciudad y más refugiados. No podemos dejarnos guiar sólo por imágenes, porque hay muchos otros lugares que no se fotografían donde pasan cosas terribles”, reconoció. Sin embargo, agregó: “Pero tampoco podemos hacer caso omiso de las imágenes”. La causa de la coherencia no podía derrotar a la de la humanidad.

John Pomfret, del *Washington Post*, acababa de publicar un impactante artículo sobre las atrocidades de Tuzla. Comenzaba:

La joven murió descalza. En algún momento, la noche del jueves se trepó a un alto árbol cerca de la barrosa zanja donde pasó 36 horas. Uniendo un raído chal floreado con su cinturón, los aseguró a una rama, introdujo su cabeza de negros cabellos por el improvisado dogal, y saltó... No tenía parientes, y lloró sola hasta el momento que se subió al árbol.³⁰

Gore le comentó al gabinete de Clinton que en la foto que acompañó al artículo la mujer parecía tener edad parecida a la de su hija. Dijo: “Mi hija de 21

años preguntó acerca de esa foto. ¿Qué le puedo decir? ¿Por qué ocurre esto y no hacemos nada?” Srebrenica daba pie a Gore, a la embajadora Albright y a Holbrooke para que retomaran la conversación acerca de los bombardeos de la OTAN. Aunque Gore parecía desafiar al presidente, los testigos afirman que sus observaciones pretendían menos convencer a Clinton que a los funcionarios superiores del Pentágono que seguían sin aceptar la utilidad del poder aéreo. Gore afirmó: “Mi hija se sorprende de que el mundo permita esto” y, tras una pequeña pausa, confesó: “Yo también”. Clinton aseguró que Estados Unidos actuaría y que el “consentimiento no es una opción”.³¹

El 19 de julio, en un memorándum confidencial, el subsecretario de Derechos Humanos, Shattuck, ofreció un informe preliminar de los abusos serbios, en el que sostenía que debían protegerse las demás áreas de seguridad:

Los abusos de derechos humanos que vemos se remiten a los peores tiempos en que comenzó la “limpieza étnica”. En Bratunac (un pueblo cerca de Srebrenica), de 4 000 a 5 200 hombres y jóvenes están detenidos, y los serbios de Bosnia aún niegan el acceso a ellos. Otros 3 000 soldados murieron al huir de Srebrenica, algunos matándose a mano propia antes que caer en las de los serbios. Existen informes creíbles de ejecuciones sumarias, y del secuestro y violación de mujeres bosnias.³²

Shattuck procuró que se protegiera a las restantes zonas de seguridad, pues los musulmanes confiaban en la “promesa de la comunidad internacional”, que era “clara, correcta y bien considerada”. Sostuvo que no actuar no sólo significaría la caída de las zonas de seguridad, sino un retiro de la ONU. Si los europeos quitaban sus tropas de paz, Estados Unidos tendría que cumplir sus garantías previas de ayudar en su evacuación. Ésta sería embrollada y humillante, previno Shattuck: “Las tropas estadounidenses estarán en tierra para retirar las tropas de la ONU mientras los serbiobosnios les disparan, y atemorizados civiles musulmanes tratarán de impedir la partida”. Ésta era la imagen que más molestaba a los políticos estadounidenses, y Shattuck esperaba que la amenaza de un futuro papel sangriento de Estados Unidos propiciase una intervención inmediata.

La evidencia más detallada de los crímenes de los serbiobosnios llegó el 20 de julio, cuando tres musulmanes salieron tambaleantes del bosque con las heridas de bala que daban fe de lo que hasta ese momento sólo se sospechaba: Mladic ejecutaba sistemáticamente a los hombres bajo su custodia.

La falta de comida, agua y sueño, y un exceso de terror, dejó delirantes a los

hombres, pero relataron sus historias primero a la policía musulmana bosnia y luego a los periodistas occidentales. Cada historia rebasaba lo creíble. Cada sobreviviente había rogado y supuesto que su experiencia no hubiera sido vivida por nadie más. Hubo sorprendentes paralelos en las tácticas de matanza en tres lugares distintos. Algunas ejecuciones se efectuaban por parejas, otras, en grupos de 20. Se ordenaba a los hombres sentarse en autobuses o en depósitos mientras llegaba su turno. Un hombre recordó la noche del 13 de julio, que pasó en un vehículo frente a una escuela en Bratunac. Los serbios bajaban a la gente de los vehículos para la ejecución sumaria. Dijo: “Toda la noche oímos disparos y quejidos desde el lado de la escuela. Ésa probablemente fue la peor experiencia, estar ahí en el autobús toda la noche oyendo los disparos y sin saber lo que a uno le iba a pasar”. Se sintió aliviado la mañana siguiente, cuando llegó un vehículo blanco de la ONU. Pero cuando los cuatro soldados de la ONU hicieron el saludo serbio y hablaron en serbio perfecto, se dio cuenta de que sus deseados salvadores eran en cambio refuerzos serbios que habían robado uniformes y vehículos blindados holandeses.³³

En el gimnasio de la escuela de Grbavici se reunió a varios miles de hombres y se les ordenó desvestirse hasta la ropa interior. En grupos de 25 se les subió a camiones, que los transportaron a las plazas de ejecución. Algunos se quitaron las vendas y vieron que el prado al que se acercaban estaba cubierto de musulmanes muertos. Un testigo, que sobrevivió debajo de cadáveres, describió su ordeal:

Nos bajaron de un camión en parejas y nos llevaron a una especie de prado. La gente se empezó a quitar las vendas de los ojos y gritaba de miedo porque el prado estaba cubierto de cadáveres. A mí me pusieron en la fila de adelante, pero me dejé caer a la izquierda antes de que empezaran a disparar para que los cuerpos me cayeran encima. Nos disparaban [...] desde todas direcciones. Alrededor de una hora más tarde levanté la cabeza y vi cadáveres por todas partes. Llegaban más camiones con más gente para ejecutar. Después de que se alejó el conductor de una topadora, me arrastré sobre los cuerpos hacia el bosque.³⁴

Los serbios hicieron marchar a cientos de prisioneros musulmanes a la población de Kravica y ahí los encerraron en un depósito. Soldados serbios tomaron posición en las ventanas y puertas del depósito, y dispararon sus rifles y granadas cohete, y tiraron granadas adentro del edificio donde los hombres estaban atrapados. Las esquirlas y balas destrozaron las carnes de los que

estaban adentro, dejando en las paredes un montaje de rojo y gris que ningún cloro fue capaz de limpiar. Los soldados remataban a los que todavía se movían, dejando un depósito lleno de muertos para las topadoras.³⁵

Sorprendentemente, los sobrevivientes musulmanes de la masacre continuaron con esperanza. Pocas horas después de que los soldados serbios prendieran fuego a un depósito y sus contenidos humanos, un serbio volvió y gritó: “¿Hay alguien vivo ahí adentro? Salgan. Los vamos a llevar en un camión de reclutas para nuestro ejército”. Varios hombres se pararon, crédulos. Los serbios volvieron de nuevo un rato más tarde, esta vez con la promesa de una ambulancia para los heridos. De nuevo los sobrevivientes se levantaron y salieron del depósito. Un sobreviviente de Kravica que se mantuvo escondido y al final escapó, recuerda su asombro ante la credulidad de sus compañeros. También recuerda su propia decepción al oír salvas de disparos afuera.³⁶

TUMBAS

El 21 de julio los dirigentes aliados se reunieron en Londres en una conferencia de emergencia para preparar una nueva política para Bosnia. El enclave de Zepa seguía en peligro y las atrocidades de Srebrenica eran públicamente conocidas, pero los aliados dejaron mudos a los musulmanes bosnios con lo que se conoció como “la Declaración de Londres”. La misma amenazaba con “poder aéreo sustancial y decisivo”, pero sólo en respuesta a un eventual ataque serbio a la zona de seguridad de Gorazde, una de las pocas que *no* recibía ataques en ese momento. La declaración no mencionaba a Sarajevo, que aún soportaba un feroz sitio de artillería, ni a Zepa, que aún no había caído, ni a los hombres de Srebrenica, de los que algunos seguían vivos.

Un convoy de tropas de paz holandesas partió de Srebrenica el mismo día. Se les dio una bienvenida de héroes en el cuartel general de la ONU en Zagreb. En una conferencia de prensa, el ministro de Defensa holandés anunció que los holandeses vieron que se llevaban a los musulmanes y oyeron disparos. También manifestó tener noticias de que unos 1 600 musulmanes fueron masacrados en el patio de una escuela local. Los rumores, dijo, eran demasiado numerosos y auténticos para ser falsos. No obstante, ésta fue la primera vez que los holandeses hablaron en público de sus sospechas. Aparte de su torva referencia, el ministro presentó un cuadro general bastante suave. Se quejó de que los

serbios todavía negaban acceso a la Cruz Roja a unos 6 000 prisioneros. Cuando habló el aturdido comandante holandés Karremans, alabó a Mladic por la “brillante planificación de su operación militar” al sostener que “las facciones en Bosnia no pueden dividirse en ‘buenos’ y ‘malos’”.³⁷ Esa noche, en el festivo cuartel general de la ONU en Zagreb, los holandeses bebieron y bailaron hasta la madrugada.

El 24 de julio, el enviado especial de la ONU para los derechos humanos en la ex Yugoslavia, el ex primer ministro polaco, Tadeusz Mazowiecki, describió los hallazgos de su investigación de una semana. Dijo que 7 000 de los 40 000 habitantes de Srebrenica parecían haber “desaparecido”. Invocó a las potencias occidentales para que los 16 000 de Zepa no corrieran la misma suerte. Los defensores musulmanes de Zepa continuaron peleando, aun cuando la ONU ya había anunciado que no organizaría ataques aéreos para su defensa.³⁸

El 27 de julio de 1995, Mazowiecki presentó su renuncia. Le asqueaba la negativa de la ONU a enfrentar a los serbios en Srebrenica y Zepa. En su carta de dimisión escribió:

No se puede hablar con credibilidad de la protección de los derechos humanos frente a la falta de congruencia y valor expuesta por la comunidad internacional y sus dirigentes [...] Se han cometido crímenes con celeridad y brutalidad, y en cambio la respuesta de la comunidad internacional ha sido lenta e ineficaz [...] La misma estabilidad del orden internacional está en juego por la cuestión de Bosnia. No estoy convencido de que el deseado viraje tendrá lugar, ni puedo continuar participando en el simulacro de protección a los derechos humanos.³⁹

Cuando Galbraith regresó a su puesto en Croacia, recibió noticias todavía peores acerca de los hombres de Srebrenica. Su novia, una funcionaria política de la ONU, por casualidad se hallaba en Tuzla, donde oyó una entrevista de la ONU con uno de los sobrevivientes de una ejecución masiva. El 25 de julio Galbraith mandó al secretario Christopher un cable estrictamente reservado con el título “Posible ejecución en masa de hombres de Srebrenica es motivo para salvar Zepa”:

1. Una funcionaria de la ONU me comentó acerca de una entrevista que sostuvo con un refugiado de Srebrenica en Tuzla. El relato, que juzgó por completo creíble, ofrece evidencia perturbadora de que los serbiobosnios han masacrado a muchos, si no a la mayoría, de los más de 5 000 varones en edad militar en su poder tras la caída de Srebrenica.

2. Si el ejército serbiobosnio masacró a los defensores de Srebrenica, podemos estar seguros de que una suerte semejante les espera a muchos de los 16 000 habitantes de Zepa. La Declaración de Londres implícitamente da por perdida a Zepa. En vista de los numerosos relatos de atrocidades en Srebrenica y la posibilidad de una masacre de grandes proporciones allí, recomiendo reconsiderar los ataques aéreos para asistir a Zepa...
3. Si este relato es correcto, podrían no quedar sobrevivientes entre los varones capturados en Srebrenica. Debemos redoblar nuestros esfuerzos para ver a estos hombres. Si los serbios niegan el acceso, la implicación es obvia.
4. Repito, no es demasiado tarde para impedir una tragedia semejante en Zepa. Sus valientes defensores aún resisten. Sin duda reconocen la suerte que les espera. No debemos abandonarlos.

El cable no tuvo efecto alguno en la política de la ONU o Estados Unidos respecto a Zepa, que se rindió dos días más tarde. La mayoría de los hombres que confiaron su destino a las autoridades serbias fue asesinada.

Inmediatamente después de recibir el telegrama de Galbraith, el secretario Christopher despachó al subsecretario de derechos humanos, Shattuck, y a la subsecretaria de Estado para refugiados, Phyllis Oakley, a Tuzla, para constatar las aseveraciones de los sobrevivientes. Estados Unidos fue mucho más rápido en oír los relatos de sobrevivientes y testigos de lo que fueron en los días de Charles Twining en la frontera de Camboya. Shattuck preparó un informe detallado de dos días de entrevistas con una docena de refugiados musulmanes, entre ellos dos sobrevivientes de ejecuciones en masa: un adolescente y un inválido de 55 años. Shattuck informó a Washington: “Es imposible en este momento calcular el número de ejecutados, pero es evidente que la cifra es muy alta. Los informes que he recibido [...] indican que existe importante evidencia de un nuevo genocidio”. Sin embargo, en vista de que Estados Unidos no pensaba enviar tropas terrestres, bombardear unilateralmente ni obtener la ayuda inmediata de sus aliados europeos para una acción multilateral, la única recomendación que Shattuck pudo ofrecer era la de que se presentaran nuevas acusaciones por crímenes de guerra en el Tribunal Criminal de la ONU en La Haya.⁴⁰

Las conclusiones de Shattuck por fin dieron lugar a una seria revisión de datos de inteligencia para buscar evidencia de ejecuciones masivas. Puesto que los musulmanes suministraron nombres y ubicaciones precisas de los supuestos lugares de las matanzas, la CIA podía examinar las fotografías aéreas de sus

satélites en las últimas semanas con coordenadas geográficas precisas. El 2 de agosto, un analista de imágenes de la CIA se quedó toda la noche examinando los cientos de fotografías aéreas alrededor de la pequeña aldea de Nova Kasaba, cerca de Srebrenica. Observó importantes discrepancias. En una fotografía varios cientos de prisioneros se encontraban reunidos en la cancha de fútbol del poblado donde los vieron los holandeses. Varios días después, los prisioneros desaparecieron y aparecían cerca cuatro montículos de tierra, evidencia de excavaciones recientes. El *National Intelligence Daily* informó de esta evidencia el 4 de agosto, y la embajadora Albright presionó por que se hiciera público. En una sesión cerrada del Consejo de Seguridad de la ONU del 10 de agosto, la embajadora presentó ampliaciones de las fotografías que mostraban la tierra apisonada. La evidencia indicaba que se trataba de fosas comunes:

- Tierra recién removida donde se sabía que había refugiados.
- Huellas de vehículos pesados donde poco tiempo antes no las había.
- Ninguna razón militar, industrial o agrícola aparente para tales huellas o tierra removida.
- Informes múltiples de refugiados que lo confirmaban.
- Ninguna vegetación en el lugar.

La embajadora concluyó: “Los serbiobosnios han ejecutado, apaleado y violado a personas indefensas. Han desarrollado un plan de atrocidades calculado lejos de cualquier campo de batalla y con la participación directa de oficiales de alto rango del ejército serbiobosnio. No puede haber excusa alguna”.⁴¹ Declaró:

Quedan en juego vidas inocentes. Faltan unos 10 000 civiles de Srebrenica y alrededor de 3 000 de Zepa, sin explicación. Algunos quizás estén escondidos; algunos, detenidos; algunos sin duda están muertos. Tenemos la responsabilidad de investigar y descubrir lo que podamos, de lograr que a los que estén escondidos se les conceda salvoconductos; que a los detenidos se les trate bien o se les ponga en libertad; que se den a conocer a sus familias los nombres de los asesinados; y que se juzgue a los responsables de actividades ilegales y atroces.

Algo maligno pasó, pero ni siquiera los más dispuestos a creer lo peor imaginaban *hasta qué grado*.⁴²

No había deseo fatuo ni diplomacia estadounidense renovada que pudiese alterar un hecho por demás horroroso: en el mes desde la caída de Srebrenica, y

sobre todo en los 10 días después de la rendición de los musulmanes, Ratko Mladic y su asociado Radislav Krstic supervisaron la matanza sistemática por emboscada o ejecución de más de 7 000 hombres y muchachos musulmanes.

No habría importado si Estados Unidos hubiera predicho con exactitud cuándo atacarían los serbios Srebrenica. Zepa cayó más de una quincena después de aquélla, a plena vista de la comunidad internacional, lo que evidenciaba que faltaba la voluntad de enfrentar a los serbios aún cuando había pleno conocimiento. Afirma la secretaria asistente, Gati: “El fracaso no fue de información. La limpieza étnica no era una prioridad en nuestras políticas [...] Cuando se toma la decisión original de que no se va a responder a estas cosas, entonces —cuánto lo lamento— estas cosas van a pasar”.

Estados Unidos intentó defender su fracaso de inteligencia y política. Esto era difícil. Los funcionarios de Clinton no querían reconocer que sabían que los serbios harían lo que hicieron y se mantuvieron al margen, pero reconocer que no anticiparon el ataque serbio revelaba otras fallas. Varias semanas después de la victoria serbia, el Departamento de Estado hizo circular un memorándum “de rendición de cuentas” que orientaba a los funcionarios para responder ante la prensa. Frente a un interrogatorio, los funcionarios debían decir que Estados Unidos no sabía más que las Naciones Unidas acerca de cualquier plan serbio de tomar el enclave, y que no tenía evidencia de movimientos de tropas serbiobosnias. Un funcionario escribió un pequeño recordatorio en una esquina del documento en cuanto a que Srebrenica estuvo sitiada tres años y los serbios podían lanzar un ataque en cualquier momento: “Supimos que todos los enclaves orientales eran insostenibles sin el refuerzo de unidades terrestres y fuerte apoyo aéreo. No teníamos información de ninguna intención serbiobosnia de cometer atrocidades contra los defensores musulmanes o la población de Srebrenica. Lo que sí conocíamos era la posibilidad de tal actividad por la historia de genocidio y limpieza étnica en los Balcanes”.⁴³ Los oficiales del Departamento de Estado y la Casa Blanca deploraron el “fracaso”, la “tragedia” y la “imperfecta realidad”, pero se cuidaron bien de no asumir responsabilidad por la caída del enclave por no querer encargarse del problema, que no daba señales de ceder.

Unos días después de la caída de Srebrenica, el vocero McCurry de la Casa Blanca entró en un intercambio con un periodista sobre la vergüenza de Estados Unidos:

MCCURRY: Creo que todos los miembros de este gobierno han manifestado constantemente que es

una situación devastadora y nadie está satisfecho con el desempeño de los que han sido facultados por la voluntad de la comunidad internacional para mantener la paz.

PERIODISTA: Pero ¿sentimos, aceptamos que tenemos alguna responsabilidad por lo que pasó?

MCCURRY: No hay forma de evaluar la responsabilidad por toda la tragedia que es Bosnia. Hay que examinar el trabajo de este gobierno y el anterior; con franqueza, hay que remitirse a las decisiones de muchos gobiernos en muchos lugares distintos.⁴⁴

Al mismo tiempo, el vocero Burns del Departamento de Estado sostuvo que el gobierno trabajaba entre bastidores con sus aliados europeos para desarrollar una estrategia militar. Además, dijo, igual que los voceros estadounidenses durante el genocidio de Ruanda, que Estados Unidos daba cinco millones de dólares adicionales para alimento, resguardo, agua y para “aliviar necesidades inmediatas en Srebrenica”.⁴⁵ Burns subrayó que Estados Unidos hacía algo: “Responderemos a cualquier pedido que nos hagan, porque sin duda tenemos un sentido de urgencia”.⁴⁶

Pero sentir la urgencia y actuar con urgencia eran dos temas distintos. Para que el gobierno de Clinton *actuara* según sus sentimientos, la guerra en Bosnia tendría que introducirse en la política estadounidense local. Fue Bob Dole, el sarcástico senador republicano de 72 años por Kansas, quien hizo presente a Bosnia en Estados Unidos.

SECUELA

Bob Dole, líder de la mayoría del Senado, apoyaba una política exterior más activista en los Balcanes desde 1990, cuando vio a la policía serbia apaleando a las multitudes albanesas de Kosovo que se aproximaron para dar la bienvenida a su delegación estadounidense. Su experiencia propia promovió un sostenido compromiso con la región. Su principal asesora de política extranjera, Mira Baratta, una croata estadounidense sensible a la agresión serbia, lo estimulaba todavía más. Dole criticaba de forma constante la política estadounidense con Bush y Clinton. Para el verano de 1995 se le veía como el principal adversario republicano de Bill Clinton en la elección presidencial de 1996, por lo que estaba bien ubicado para convertir la caída de Srebrenica en un tema político. Ésta fue la primera vez en el siglo xx que permitir el genocidio se llegó a sentir como políticamente costoso para un presidente estadounidense.

Desde siempre, la crítica central a la política estadounidense por los defensores de derechos humanos, congresistas comprometidos y disidentes del Departamento de Estado fue su timidez. La crítica central a la misma política de los funcionarios de la ONU y los aliados europeos de Estados Unidos fue que era retóricamente agresiva, débil o indiferente en la práctica, y más perjudicial para los musulmanes de Bosnia que si Estados Unidos hubiera permanecido por completo al margen.

Se estudiaba una modificación de la política estadounidense incluso antes de la caída de Srebrenica. Para la primavera de 1995 ya era claro que la misión de paz de la ONU en Bosnia no aguantaría. A mediados de junio, en una reunión de instrucción con sus consejeros principales, el presidente Clinton se mostró poco complacido por el modo en que Estados Unidos sencillamente se habían movido con la corriente, sin ninguna orientación política. Habían permitido que los nacionalistas balcánicos dictaran los acontecimientos. Impaciente, declaró: “Tenemos que enderezar la política, o vamos a encontrarnos pateando latas por el camino de vuelta. En este momento tenemos una situación sin una misión clara ni nadie que controle los sucesos”.⁴⁷ La mayoría de los observadores externos pensaban que el presidente tenía el control.

Después de que Mladic conquistara Srebrenica el 11 de julio, la presión para que Clinton hiciera más llegó desde varias direcciones, tanto internas como externas. En primer lugar, la crítica del Congreso, siempre dura pero nunca avasalladora, aumentó a un grado febril. Con el liderazgo de Dole, culminó en un decisivo voto del Congreso en favor de levantar unilateralmente el embargo de armas contra los musulmanes de Bosnia, lo que tal vez haría necesaria una participación de Estados Unidos en el retiro de tropas de paz de la ONU. Así, por primera vez en la guerra de tres años, el mantenimiento del estado de cosas parecía destinado a involucrar tropas estadounidenses en el escenario balcánico.

En segundo lugar, los periodistas, activistas, ex funcionarios de gobierno y otros que también presionaban a los funcionarios de gobierno de tanto en tanto durante la guerra, hicieron eclosión al unísono, lo que hizo la vida insoportable para todos los de la Casa Blanca que defendían la no intervención. Tercero, asqueados por el compromiso parcial de Estados Unidos, los líderes europeos comenzaron a criticarlo en público por su pusilanimidad e hipocresía. La toma serbia de Srebrenica y la guerra que continuaba en Bosnia dio lugar a una crisis en la dirigencia estadounidense.

A comienzos de enero de 1995, a casi tres años de guerra y a dos de su asociación con el senador Biden para que el Pentágono armara a los musulmanes, Dole presentó un proyecto en la Cámara para levantar el embargo de armas. Habló con considerable combatividad durante la primavera de ese año. Incluso antes de los sucesos del verano, Dole conquistó el apoyo de muchos congresistas demócratas que vieron el proyecto como una forma de expresar su inconformidad con la política bosnia de Clinton. Harto de las demoras del gobierno, Dole estaba decidido a lograr que el proyecto se votara en julio.⁴⁸

El que fuera Bob Dole quien se ocupaba de Bosnia era un problema para el presidente Clinton. En apariencia, Dole no parecía un candidato a presidente muy impresionante. Se había postulado dos veces antes, cuando Yugoslavia todavía era un solo país, y le había ido muy mal. Pero ahora la combinación de la propia experiencia de guerra de Dole, su aparente compromiso con los Balcanes al margen de intereses partidarios y las horribles imágenes de los aterrorizados refugiados de Srebrenica le otorgaban autoridad adicional. A punto de derrumbarse la misión de la ONU en Bosnia, los políticos estadounidenses parecían dispuestos a escuchar. El intento de Dole de levantar el embargo contra los musulmanes no representaba sólo un choque más entre los poderes ejecutivo y legislativo por política externa. Era un choque entre un presidente en funciones y su adversario. Lo que menos quería Clinton era parecer débil ante los votantes estadounidenses.

Clinton contestó con otros argumentos. Igual que la Casa Blanca de Reagan argumentó durante la campaña de sanciones a Irak de Galbraith, Clinton insistió en que la política exterior no debe manejarse desde el Congreso, pero su verdadero temor era que la iniciativa de Dole lo obligara a mandar tropas estadounidenses a Bosnia. El presidente prometió en público enviar tropas estadounidenses sólo en caso de darse “una paz genuina sin disparos ni peleas” o en el caso “muy improbable” de que las fuerzas de paz británicas y francesas intentaran retirarse y se encontraran “aisladas sin poder salir de algún lugar específico de Bosnia”.⁴⁹ Los gobiernos europeos habían dicho con toda claridad que se retirarían si el Congreso estadounidense levantaba el embargo. Entonces, si se aprobaba la iniciativa de Dole, casi garantizaría que Clinton tendría que cumplir el compromiso con sus aliados de la OTAN de ayudar a retirar a sus cascos azules. Clinton luchó contra el envío de tropas terrestres a los Balcanes desde su

primer día en la Casa Blanca. Decididamente iba a hacer todo lo posible para evitar una misión de rescate humillante en la víspera de su intento de reelección.

Lo que lo tenía mal era el secreto plan de retirada de la OTAN, conocido como operación 40-104, que comprometía a Estados Unidos a contribuir con 25 000 soldados como parte de una fuerza de extracción de 60 000 de la OTAN. Como declaró un funcionario de alto rango al *New York Times* el 8 de julio, tres días antes de la caída de Srebrenica: “Si le preguntara al presidente y sus consejeros superiores cuál es su mayor temor en Bosnia, darían la misma respuesta: la Operación 40-104”.⁵⁰ Por este temor Clinton argumentó antes de la caída de Srebrenica que Estados Unidos debía “romperse el trasero” para conseguir un tratado de paz. De otro modo —temía—, una intervención estadounidense “se volvería necesaria en medio de la campaña”.⁵¹

Para colocar bajo la lupa el apuro de Bosnia, las consideraciones de Dole no eran sólo humanitarias. Aunque el líder de la mayoría en el Senado sabía que no ganaría muchos votos gracias a Bosnia como tal, llegó a la misma conclusión a la que llegó Clinton en 1992 cuando empezó a atacar al presidente Bush por el tema. Veía que la política presidencial hacia Bosnia dejaba entrever defectos mayores, pero si Dole lograba hacerse de algún perdido punto político o dos, su extensa campaña de preocupación por el sufrimiento de la gente de los Balcanes indicaba que su razón principal de apremiar a Clinton por su política bosnia era que quería modificarla.⁵² Y no era el único.

Mientras Dole luchaba por terminar con el embargo, empleó la misma vena punzante de la que se quejarían los votantes estadounidenses al año siguiente al reelegir a Clinton. El 10 de julio, la víspera de la captura de Srebrenica, Dole dramatizó los peligros de la situación imperante en un airado discurso en el Congreso. Dijo que la noción de que se podía confiar en las fuerzas de paz de la ONU para proteger a los musulmanes bosnios exigía un juego multilateral de suposiciones:

A fin de creer que funciona la postura de Estados Unidos y Europa hacia Bosnia, hace falta sólo participar en el juego de “Hagamos de cuenta que...” Las reglas son sencillas. Es como sigue:

Hagamos de cuenta que las fuerzas de la ONU brindan ayuda humanitaria a los necesitados.

Hagamos de cuenta que las fuerzas de la ONU controlan el aeropuerto de Sarajevo.

Hagamos de cuenta que las fuerzas de la ONU protegen zonas de seguridad como Sarajevo y Srebrenica, y que no mueren bosnios en ataques de artillería.

Hagamos de cuenta que hay una amenaza creíble de serios ataques aéreos de la OTAN.

Hagamos de cuenta que se respeta la zona de prohibición de vuelos.

Hagamos de cuenta que el presidente serbio Milosevic no apoya a las fuerzas serbiobosnias...

Hacer de cuenta que las fuerzas de la ONU pueden quedarse en Bosnia para siempre, y que nunca tendremos que pensar en su retiro.⁵³

Al observar que varios puestos de observación de la ONU fueron arrollados y los tanques serbios se encontraban a menos de dos kilómetros de la ciudad de Srebrenica, Dole sostuvo que, pese a la presencia de la ONU, “los bosnios están siendo masacrados, las zonas de seguridad están asediadas y las Naciones Unidas continúan facilitando la brutal agresión y el genocidio [...] a los serbios”.⁵⁴

Esa tarde, mientras los artilleros serbios se aproximaban al centro de Srebrenica, Clinton y su equipo de seguridad nacional cenaron con los líderes congresistas de ambos partidos en la Casa Blanca en un esfuerzo de convencerlos de los peligros de terminar con el embargo. Dole se excusó de asistir.

Por supuesto que Dole se había ganado el derecho a hablar de guerra y sufrimiento 50 años antes de la caída de Srebrenica. Después de volver de Europa enyesado de la cabeza a los pies, tuvo que volver a aprender a caminar, a comer y a vestirse. Aunque su médico armenio-estadunidense de Chicago realizó una cirugía reconstructiva inmejorable, Dole perdió el uso de su brazo derecho. Las simples acciones de abotonarse la camisa, ponerse los zapatos sin cordones y cepillarse los dientes se transformaban en retos mayores. En el Senado, Dole era conocido por llevar torpemente una lapicera en la mano derecha para recordar a quienes le daban la mano que debían arreglarse con la izquierda. Su lema siempre había sido: “Hay hacedores y hay indecisos”, y el bravo senador creía que la ONU, Europa y Estados Unidos no habían hecho más que vacilar en la cuestión bosnia.

Con la caída de Srebrenica el 11 de julio, Dole se puso loco. En las tres semanas siguientes no se dedicó a casi ninguna otra cosa que a lograr la aprobación de la ley para levantar el embargo, con el apoyo de Joseph Lieberman (demócrata por Connecticut), en ambas cámaras. Habló en el Senado seis veces e hizo interminables apariciones en televisión, corriendo de un estudio a otro. Como Lemkin, Dole se convirtió en un cabildero unipersonal. Todos los argumentos del equipo de Clinton para retener el embargo se veían huecos con la conquista serbia y la humillación de la ONU. El día de la victoria de Mladic, Dole afirmó:

El argumento principal del gobierno en contra de retirar las fuerzas de la ONU y levantar el embargo de armas contra Bosnia era que tal acción provocaría la caída de los enclaves y un desastre humanitario. Bien, ese desastre acaba de ocurrir hoy, con vigilancia de la ONU, con sobrevuelos de aviones de la OTAN [...] Señor presidente [...] ¿qué hace falta para que el gobierno declare fracasada esta misión de la ONU? ¿Hará falta que caigan primero las seis zonas de seguridad?⁵⁵

Los defensores de Clinton también se hicieron oír en el aire, para quejarse de que el proyecto de Dole obligaría a un retiro de las tropas de paz de la ONU, creando así un vacío que tendrían que llenar tropas estadounidenses. Dole dijo que las apuestas eran lo bastante elevadas en Bosnia para que, si era necesario, él respaldara una intervención militar estadounidense bien planeada. Modificó la legislación para terminar el embargo, sin forzar un éxodo de la ONU. Sin embargo, los funcionarios del gobierno no dejaron de acusarlo de tomar medidas que de manera irresponsable “estadunizarían” la guerra de Bosnia. Dole refutó metódicamente cada afirmación. En *This Week with David Brinkley* [Esta semana con David Brinkley], por ejemplo, señaló que era el presidente Clinton quien “estadunizaba” el problema:

Mi parecer es que el presidente Clinton ya prometió dos veces enviar tropas estadounidenses. Si hay paz, mandará 25 000 soldados para mantenerla. Mandará 25 000 para retirar a los franceses, británicos, holandeses y otros en el lugar. Eso sería “estadunización”. Hablamos de poner fin al embargo sin intervención estadounidense; me parece que sería muy distinto [...] Los serbios han sido los agresores. Lo hemos sabido. No hemos hecho nada por dos años y medio, y es por eso que el Congreso —no Bob Dole—, es por eso que el Congreso, demócratas y republicanos, dice “ya basta”.⁵⁶

El gobierno de Clinton se aprestó a aplastar lo que el vocero de la Casa Blanca, McCurry, denominó la “alocada” iniciativa Dole-Lieberman. John Shalikashvili, sucesor de Colin Powell como presidente de la plana mayor conjunta, y el secretario Christopher se presentaron en el Congreso para convencer a los senadores de demorar su voto. En respuesta a las quejas del gobierno acerca del momento elegido por Dole, éste replicó que siempre le decían eso: “Siempre es el momento inapropiado. Hemos esperado, y esperado, y esperado, deseando que pase algo bueno. Y no ha pasado nada bueno”.⁵⁷

El 19 de julio Clinton llamó a Dole por teléfono para solicitarle que pospusiera el voto hasta después de que se reuniesen en Londres los dirigentes aliados. El presidente insistió en que la reunión generaría una política occidental más

enérgica. Pero cuando Dole se enteró de que la Declaración de Londres daba por perdidos Srebrenica, Zepa y Bihac, condenó lo que denominó “otra brillante exhibición de esquivar el problema” y rechazó toda demora adicional.⁵⁸ Dijo el 24: “Pero si la planificación jamás fue el problema. La aplicación de esos planes fue y aún es el problema. Este debate nunca ha sido acerca de opciones políticas, sino de voluntad política”.⁵⁹ Dole, y no el presidente, pasó a ser el vocero de Estados Unidos sobre las atrocidades cometidas por los serbios.⁶⁰

Dole siempre dominó la frase punzante, pero el sardónico senador también era avezado en pelear en forma individual, modalidad poco apropiada para granjearse suficientes votos en el Congreso para revocar el inevitable veto de Clinton. No es que no se estimase a Dole. Pese a un falso comienzo en el Senado, en el que un colega republicano lo describió como “tan falto de popularidad que no vendería cerveza en un barco de transporte de tropas”, sus 27 años de congresista le ganaron amplio respeto.⁶¹ Pero si Dole llegó a ser un eficaz líder de la mayoría en el Senado, no siempre era hábil al solicitar ayuda, se trataba de los botones de su saco o de la legislación. Una vez, cuando estaba programada la aparición de Dole en *Face the Nation* [De cara a la nación], un asistente se dio cuenta de que el senador se había perdido en alguna parte del estudio. Tras recorrer las instalaciones, al final lo encontró solo frente a una maciza puerta doble. Dole no la podía abrir por sí solo, ni se le ocurría pedir auxilio. En cambio, el senador levantó la cabeza y observó: “Tenemos una puerta acá”.⁶²

Pero en el tema del embargo de armamentos la terquedad de Dole resultó más una virtud que un defecto. No se paraba a hablar con prosa grandilocuente y romántica acerca del honor, la libertad o el derecho a la defensa propia. En su lugar dejaba que las imágenes televisivas de miles de desesperados refugiados musulmanes hablaran por él. La repetición compensó su estilo. Con su modo directo y cándido, pronunciaba casi a diario una sencilla serie de argumentos respecto de la fracasada política del gobierno y sus consecuencias tanto para los musulmanes de Bosnia como para Estados Unidos.

Tampoco carecía de apoyo. En febrero de 1994, un puñado de disidentes del Departamento de Estado, entre ellos Marshall Harris y Steve Walker, quienes dimitieron, y Jim Hooper y John Menzies, que se quedaron, se reunieron con George Soros, un judío húngaro que llegó a Estados Unidos de adolescente, ganó una fortuna y hace poco comenzó a financiar causas humanitarias. Soros organizó el encuentro porque sentía que quienes se oponían a la política de

Clinton protestaban en forma difusa. Necesitaban combinar sus esfuerzos. Los consejeros principales de Soros eran Aryeh Neier, quien dejó Human Rights Watch para convertirse en presidente de la organización filantrópica de Soros, y Morton Abramowitz, el diplomático de carrera que dejó el Departamento de Estado en 1992 y fue presidente de la Carnegie Endowment for International Peace [Fundación Carnegie para la Paz Internacional], donde comenzó a presionar en favor de la intervención militar estadounidense en Bosnia. Con el respaldo de Soros, el grupo formó una nueva organización, el Consejo de Acción para la Paz en los Balcanes. Su función era construir un apoyo concertado para la intervención en Bosnia entre elementos populares y dirigentes. Hooper recuerda: “Hacía mucho que quedaba claro que presionar desde adentro no iba a funcionar. La única forma en que cambiaríamos las políticas era cambiando el clima fuera del edificio”. Entre su fundación en 1994 y la caída de Srebrenica, el grupo publicó artículos y cartas, armó una poderosa dirigencia bipartidista de notables y ayudó a reunir a varios grupos populares judíos y otros en la Comisión de Acción para Salvar a Bosnia.

Cuando Dole lanzó su cruzada por el levantamiento del embargo en julio de 1995, el consejo ofreció su apoyo. Harris, desocupado desde la derrota electoral de McCloskey, se encargó de codirigir el consejo junto con su colega también renunciante al Departamento de Estado, Steve Walker. De este modo, Harris se encontró de nuevo en el edificio del Congreso, esta vez como parte de un grupo de presión. Recuerda Harris: “No resultó una experiencia grata acercarse a la gente y decirle: ‘Sé que no quiere, pero ¿tendría la bondad de hacer esto?’ Era muy incómodo, en realidad”. Además del cabildeo generalizado, el consejo comisionó análisis militares para combatir las afirmaciones del Pentágono de que ni el uso del poder aéreo de la OTAN ni dejar sin efecto el embargo afectarían la situación. Mira Baratta, la principal consejera de Dole sobre política extranjera, recuerda: “De pronto nos encontramos con los militares de nuestro lado, diciendo: ‘Sí, puede hacerse’. Especificaron en detalle cuáles armas serían eficaces contra los equipos serbios y cómo podían abastecerse los musulmanes”.

Los funcionarios del gobierno se defendieron con una conocida serie de argumentos que esperaban aplacar el entusiasmo para el proyecto Dole-Lieberman. Las fuerzas de paz de la ONU —y pronto soldados estadounidenses— se encontrarían en peligro, sostenían. Levantar el embargo sería inútil, porque los musulmanes no sabrían cómo usar las armas, ni quedaba claro quién las

suministraría. Y, para colmo, la medida tendría consecuencias adversas porque, como notaba el subsecretario de Estado, Peter Tarnoff, pese a la afirmación de Dole de que la situación no podía empeorar: “Ese senador se equivoca. Puede empeorar muchísimo”.⁶³ Pero los límites de la imaginación resultaron útiles de nuevo. Era imposible concebir una situación peor para los musulmanes de Bosnia. Los argumentos de futilidad, adversidad y peligro tanto tiempo vigentes ya no convencían. Las consecuencias de la no intervención estadounidense eran ya demasiado visibles y graves.

El 26 de julio, el Senado votó 69 a 29 en favor de exigir a Estados Unidos que dejaran de hacer cumplir el embargo de armas. La ley autorizaba dejar sin efecto la veda sólo después de que las tropas de la ONU se retiraran de Bosnia o 12 semanas después de que el gobierno de Bosnia, de mayoría musulmana, solicitara su retiro. El presidente Clinton también podía solicitar excepciones ilimitadas de 30 días. Sin embargo, era el más tajante repudio de la política estadounidense a la fecha. Virtualmente todos los senadores republicanos (48) y casi la mitad de los demócratas (24) aprobaron la medida. Dole manifestó luego de la votación: “Éste no es sólo un voto acerca de Bosnia, sino de Estados Unidos. Tiene que ver con lo que defendemos, con nuestra humanidad y nuestros principios”.⁶⁴

Para los demócratas que votaron contra Clinton, uniéndose a los republicanos para cuestionar la política exterior del presidente, Srebrenica fue la clave. La senadora Dianne Feinstein, de California, que antes se oponía a levantar el embargo, sostuvo: “Para mí, el hecho que desencadenó todo fue el ataque a Srebrenica, ese fin de semana con toda la gente desaparecida. Una imagen me golpeó: esa mujer joven colgando del árbol. Para mí eso lo dijo todo”.⁶⁵

En una conferencia de prensa con el presidente Kim Young-sam, de Corea del Sur, el día siguiente a la votación, Clinton intentó negar que tenía un problema de liderazgo, y culpó a la ONU y al ex presidente Bush por la medida del Senado: “No se puede andar por el mundo diciendo que se va a hacer algo y después no hacerlo”, y reprochó a la ONU por no solicitar ataques aéreos a la OTAN. Dijo que su conducción no estaba en falta: “Toda esta distribución de la responsabilidad creció a partir de una decisión tomada antes de mi presidencia —que no critico, repito— de tratar de decir: ‘Bien, aquí tenemos un problema en Europa. Que se ocupen los europeos’”.⁶⁶ Mientras en público Clinton esquivaba la responsabilidad, en privado el presidente de Estados Unidos se sentía en

posición muy peligrosa.

PRESIÓN DE LOS MEDIOS Y LAS ONG

Con la caída de Srebrenica, el gobierno de Clinton empezó a entrever cómo se sentía estar bajo sitio. Editorialistas, activistas de derechos humanos, ex diplomáticos y periodistas se manifestaron de manera inequívoca a lo largo de la guerra en contra de la política de Clinton, pero nada atizó tanto su furia como la caída de la llamada “zona de seguridad”. Los hechos de mediados de julio provocaron un inusitado grado de unanimidad en las páginas editoriales de Estados Unidos, y en las de París y Londres también. Como señaló Charles Trueheart, del *Washington Post*: “Tal es la indignación ante la impotencia de Occidente, y frente a los particulares fracasos de los dirigentes, que a veces las atrocidades de los combatientes de Bosnia no reciben la atención debida”.⁶⁷

Sólo en el *Washington Post* y el *New York Times* la lista de críticos en la semana que siguió a la caída del enclave incluía a Anthony Lewis, William Safire, Jim Hoagland, George Will, Margaret Thatcher, Zbigniew Brzezinski, Brent Scowcroft, Charles Gati, Robert Kagan, Charles Krauthammer, Anna Husarska y George Soros. Lewis, crítico de larga data, escribió que la caída “pone en cuestionamiento el futuro de la Alianza del Atlántico Norte” y señala “el vacío de liderazgo en la Casa Blanca”. Richard Cohen, del *Washington Post*, habló del gobierno de “boca grande y sin palo” de Clinton. Safire escribió que la “falta de firmeza” de Clinton transformó “una superpotencia en una infrapotencia”.⁶⁸ En las páginas de *New Republic*, Zbigniew Brzezinski, último consejero de seguridad nacional de un presidente demócrata, ofreció un discurso presidencial que, dijo, podía pronunciarse “si el puesto de dirigente del mundo libre no estuviera hoy en día desocupado”. Esta revista dedicó un número completo a la caída de Srebrenica. Su inimitable director literario, Leon Wieseltier, escribió:

Estados Unidos parece tomar un sabático de la seriedad histórica, ciegos ante el genocidio y sus consecuencias, y al soslayar los imperativos morales y prácticos de su propio poder [...] O se “estadunidiza” la guerra o se “estadunidiza” el genocidio. Puesto que Estados Unidos es el único poder del mundo que puede detener la limpieza étnica, es responsable si ésta continúa. Bueno, no exactamente Estados Unidos. El presidente estadounidense es cómplice del genocidio. No así el pueblo estadounidense. El presidente de Estados Unidos no tiene derecho de hacer que su pueblo parezca tan indecente como él. Tiene el poder, pero no el derecho.⁶⁹

Incluso anteriores opositores a la intervención cambiaron de parecer. El ex consejero de seguridad nacional del presidente Bush, Brent Scowcroft, que estuvo tan en contra de usar la fuerza en 1992, dijo que algo distinto estaba en juego ahora: “Ya hay un nuevo elemento presente, y es sólo el desmoronamiento total de la confianza tanto en la capacidad como en la voluntad de Occidente, y eso es algo que no debemos permitir”. Al preguntársele si valía algunas bajas estadounidenses el detener a los serbios, no vaciló en contestar: “Sí, sí”.⁷⁰

El resuelto periodismo no mostró compasión hacia los voceros Nicholas Burns y Mike McCurry, del Departamento de Estado y la Casa Blanca. En la semana que siguió a la caída de Srebrenica, les dieron duro a los defensores de Clinton con animosos soliloquios y reprensiones encubiertas. Casi todas las preguntas iban precedidas de un largo recuento del fracaso moral estadounidense. Siguen algunos ejemplos.

El 12 de julio, un periodista se dirige a Burns:

Habla de la ONU como si fuera una distante operación en la luna. Quiero decir, lo hace el Departamento de Estado. Número uno, ¿no tiene Estados Unidos la autoridad para pedirle a la OTAN que realice bombardeos como propuso el presidente en su campaña, pero dejó de lado cuando resultó electo? ¿Por qué se la pasan encuestando a los europeos antes de decidir su postura?

El 14, a McCurry: “¿Hay alguien en la Casa Blanca que sienta la menor vergüenza por lo que les pasó a los bosnios de Srebrenica que confiaban en la política de la ONU y Estados Unidos?”

El 14, a Burns:

Nick, puedes filibustear todo lo que quieras y regurgitar todas las palabras que quieras y hablar de ignominioso y brutal, pero la realidad es que las palabras ya no tienen importancia en este caso, y hace tiempo que no la tienen. Así que la pregunta es ¿qué acción, si acaso la hay, está dispuesta a emprender la comunidad internacional por esta situación que tú mismo has descrito repetidamente con, esos términos tan horribles?

El 14, a Burns: “Dices que tienes muy en cuenta la estabilidad de la alianza y todo eso. Pero, ¿qué pasa con la alianza de la OTAN de continuar este genocidio? ¿No queda por completo desacreditado como organismo que impida sucesos de este tipo en el corazón de Europa?”

El 17 a Burns:

Con todas las reuniones que ya describiste [...] es como si Estados Unidos planteara las preguntas

esperando que otro contestara [...] ¿No corresponde a Estados Unidos asumir una especie de papel de líder para encontrar la vuelta de cómo hacerlo y dejar que los demás formulen las preguntas? ¿Por qué no contestan y toman el control en todo esto?

El 18, a McCurry: “Muchos en este país parecen pensar que la política de ustedes es loca y falsa [...] así que mi pregunta es ¿van a continuar con esta política supuestamente neutral cuando hay gente a la que se masacra?”⁷¹

Muchos periodistas se engancharon personalmente con Bosnia cuando el gobierno de Bush se echó para atrás en 1992 con la cuestión de los campos. Ahora, tres años después, su enojo se trasvasaba a sus artículos. Peter Jennings, anfitrión de noticias de ABC, acababa de completar su tercer documental de una hora sobre el fracaso occidental en Bosnia. Estuvo a pocas cuadras del mercado de Sarajevo, en febrero de 1994, en que murieron 68 personas. Se sentía asqueado. Al abrir con esta historia el programa, afirmó: “Una vez más los civiles de Bosnia están obligados a huir de sus hogares, aterrorizados, mientras las naciones del oeste de Europa y Estados Unidos no hacen nada al respecto”.⁷²

Casi de inmediato se mencionó el holocausto tras el derrumbe de la ONU. Los corresponsales de prensa del Departamento de Estado llegaban a las mismas conclusiones que las de los funcionarios del servicio exterior, Hooper, Fox, Johnson, Harris y Western: Estados Unidos *de nuevo* permite un genocidio. Un periodista preguntó: “¿Te das cuenta del precedente histórico para eso, cuando hace 60 años el Departamento de Estado tampoco actuó?” Otro periodista acusó al gobierno de una respuesta de “seguir como de costumbre”, que fue exactamente “como reaccionó el gobierno de Estados Unidos en 1939 ante una situación totalmente paralela”.⁷³

William Safire lamentó el triunfo de la “limpieza étnica al estilo nazi” y sostuvo que, enfrentado con el “desafío moral-militar central de su presidencia”, a Clinton se le recordará como un hombre que “temió, titubeó y tropezó”.⁷⁴ Charles Gati, ex funcionario del Departamento de Estado y sobreviviente del holocausto, censuró al gobierno de Clinton en el *Washington Post* del 13 de julio:

Presidente Clinton, por favor, vaya a ver a la gente de Srebrenica. Dígale que el “nunca más” estaba pensado para consumo local [...] Secretario Perry, por favor, vaya a ver a la gente de Srebrenica. Dígale que nuestro presupuesto de defensa aumentará y que nuestras fuerzas armadas seguirán siendo las mejores de todas. Estamos, y estaremos, en condiciones de librar dos guerras regionales a

la vez. Pero dígales que no les puede informar acerca de qué guerra regional vamos a librar —es secreto absoluto—, pero que ninguna de las dos es por Srebrenica. Seguramente el pueblo de Srebrenica comprenderá que queremos un bombardero nuevo, no otro cenagal. Perdón, nuestros intereses vitales no están en juego [...] Dondequiera que estén y cuantos sean los que sigan con vida, el pueblo de Srebrenica apreciará la candidez de la exposición.⁷⁵

El presidente de la Cámara de Diputados, Newt Gingrich, repitió las acusaciones de Dole en el Senado, y denominó a Bosnia “la peor humillación para las democracias de Occidente desde los años treinta”.⁷⁶ Chirac, el presidente francés, comentó sin cesar sobre la crisis, y comparó la reacción mundial ante la caída de Srebrenica con el congraciamiento británico y francés con Hitler en Munich. En *Nightline*, Holbrooke, un miembro del gobierno en favor de los bombardeos, lo llamó “el más grande fracaso colectivo de Occidente desde los años treinta”. Soros repitió la acusación de entreguismo y dijo que los serbios manipularon a la ONU “de manera muy parecida al uso de Kapos en los campos de concentración de la Alemania nazi”.⁷⁷ A Anthony Lewis le parecía risible la idea de que los europeos podían dejar sus tropas en Bosnia e intentar negociar la paz: “No se podía negociar con Hitler. Eso lo entendió el mundo después de que Neville Chamberlain se ufanara de que al achicarse frente a Hitler en Munich en 1938 compró la ‘paz en nuestro tiempo’. Para Hitler la diplomacia no era más que un interludio en el camino hacia la victoria militar”.⁷⁸ Lo mismo era cierto, decían Lewis y otros, de los serbios.

En respuesta a la insistencia de la Casa Blanca de que la acción militar de la OTAN podría “volver a encender la guerra” y poner en peligro las cruelmente mal llamadas “zonas de seguridad”, George Wills preguntó cómo podía “volver a encenderse una conflagración”, y recordaba a sus lectores: “Esta fatuidad trae a la mente la carta de 1944 en que el subsecretario de guerra estadounidense John J. McCloy dijo que el motivo por el que no se bombardeaba Auschwitz y las vías férreas que llevaban a él era por que hacerlo ‘podría provocar acciones con más saña todavía por parte de los alemanes’. No queríamos irritar a los operadores de los crematorios”.⁷⁹

Scott Simon, de la National Public Radio, se preocupaba de que las comparaciones con el holocausto, aunque apropiadas, podrían provocar que quienes miraban desde afuera no hicieran nada. El holocausto y los genocidios de Camboya y Ruanda establecieron pautas demasiado altas (o bajas) para la preocupación o la acción estadounidenses. En *Weekend Edition* sostuvo:

“Podemos observar el asesinato, violación y despojo de los musulmanes de Bosnia, pero nos reconfortamos porque las cifras todavía no se comparan con la eficiente crueldad de Auschwitz o los miles de cráneos que dibujaban un siniestro mosaico en los campos de muerte de Camboya”, y abundó:

La gente inteligente e informada ha aprendido a usar la razón como pretexto para no actuar. Conocemos las noticias lo bastante bien para entender que se mató a más gente con mayor rapidez en Ruanda que en Bosnia; o que Sarajevo, una ciudad sitiada por la guerra, puede sufrir tantas muertes por francotiradores en un fin de semana como los muertos por disparos en Nueva York u otras ciudades estadounidenses asoladas por el crimen. No nos impresiona ningún crimen de guerra por debajo de los de Hitler. ¿Hasta qué punto tienen que parecerse al holocausto para que las personas razonables sientan que no están dispuestas a tolerar más que cierto grado de genocidio?⁸⁰

Por primera vez en su historia, varios grupos de derechos humanos superaron su oposición al uso de la fuerza y reclamaron intervención militar para detener el genocidio serbio. Dos semanas antes de la caída del enclave, Holly Burkhalter, directora de defensa de causas de Human Rights Watch, exhortó a su organización a pedir que la ONU se encargara de transportar en autobús a los musulmanes de Srebrenica. Sus colegas, defensores de la causa musulmana, se negaron, porque era “obligación de la ONU” defender a los civiles de Srebrenica. El 20 de julio, con la zona de seguridad arrasada, Burkhalter publicó una carta en el *Washington Post*, “Lo que podemos hacer para detener este genocidio”. Hizo notar que el proceso de los serbiobosnios para eliminar a la población no serbia “en forma total o parcial” constituía “un caso de genocidio de libro de texto” que Estados Unidos por ley estaba obligado a detener. Escribió: “Cada estadounidense que visita el Museo del Holocausto se va pensando: ‘Desearía que hubiéramos podido hacer algo antes de que murieran tantos’. Esta vez podemos”. Convocó al presidente Clinton para que se uniesen voluntarios del ejército estadounidense a los europeos para proteger las restantes zonas de seguridad, se entregara información estadounidense al Tribunal de Crímenes de Guerra de la ONU y, más inmediatamente, se hiciera todo lo posible por ubicar a los varones faltantes: “Los centros de detención deben identificarse y abrirse, y liberar a la gente todavía con vida en ellos”.⁸¹

Una coalición de 27 organizaciones, la mayoría de las cuales jamás apoyó el uso de la fuerza militar en ninguna parte, publicó una carta para exigir intervención militar: “Debe usarse la fuerza para detener el genocidio, no tan

sólo retirarse de él [...] Se requiere en particular el liderazgo estadounidense. Nada más ha funcionado”. Entre los firmantes se encontraban la Comisión Judía Estadunidense, la Asociación Estadunidense de Enfermeras, la Liga Antidifamación, el Comité Estadunidense-Árabe en contra de la Discriminación, Refugiados Internacional, Visión Mundial, Médicos pro Derechos Humanos y Human Rights Watch.⁸² Burkhalter comenta: “No te imaginas lo complicado que fue esto para algunos de estos grupos. Hay que observar que jamás en la historia muchos de nosotros estuvimos en favor de usar la fuerza militar. Hasta los cuáqueros se sumaron”. El director de Human Rights Watch, Kenneth Roth, usó la oportunidad para apelar a la comisión de HRW a que determinara un grado de matanza que generase el reclamo de intervención militar en el futuro. Tras un acalorado debate, HRW decidió que, en adelante, siempre que se diagnosticase “genocidio o matanza en masa”, en cualquier parte del mundo, el grupo debería dejar a un lado su desconfianza del poder militar y recomendar intervención armada. En la época de Camboya, los grupos de derechos humanos partieron del supuesto de que el gobierno estadounidense no podía hacer nada correcto. Ahora, dos décadas más tarde, después de Ruanda y Srebrenica, muchos animaban a Estados Unidos a hacer lo correcto *con bombas*.

PRESIÓN EUROPEA

Una tercera influencia en el gobierno se clasificaba como lo que incluso los analistas más estrictos del interés nacional estadounidense llamarían “vital”: las relaciones de Estados Unidos con sus aliados europeos se hundieron a su punto más bajo desde la fundación de la OTAN, al término de la segunda Guerra Mundial.

Antes de julio, cuando el gobierno de Clinton rechazó una partición completa de Bosnia, los europeos refunfuñaron para sí por el entremetimiento estadounidense. Después de la caída de Srebrenica manifestaron en público su fastidio. Chirac era presidente de Francia desde el 17 de mayo. Cuando llamó a Estados Unidos y a Francia a trabajar en equipo por la reconquista de Srebrenica, tomó desprevenido a Clinton. La propuesta de Chirac dificultaba que Estados Unidos siguiera culpando a sus aliados europeos por inactivos. Esta vez era Clinton quien parecía declinar una propuesta europea de enfrentamiento militar. Holbrooke recuerda: “Chirac decía básicamente: ‘Si ustedes no se meten,

nosotros nos vamos'. Éste era un cambio drástico en la dinámica”.

Funcionarios de alto rango en Londres, París y Bonn describieron su creciente exasperación por la negativa de Washington de cumplir con su papel tradicional como líder de la alianza del Atlántico. Se le preguntó a Chirac si la reticencia estadounidense a mandar tropas a Bosnia socavaba el liderazgo de Estados Unidos. El *Washington Post* publicó su respuesta: “No hay líder de la alianza del Atlántico”. Semejante frustración se oyó en Londres también. Lawrence Freedman, profesor de estudios de guerra del King’s College de la Universidad de Londres, declaró al *Post*: “No recuerdo una época en que se repudiase tanto la política estadounidense. No se encuentra nadie aquí que piense que Estados Unidos esté manejándose como se debe. Se nos dice que lo que hacemos no es lo bastante bueno, pero no hay ningún intento de ayudarnos”.⁸³ Los europeos estaban hartos de lo que Harold Nicolson describió en su relato del fracaso del presidente Woodrow Wilson en Versalles en 1919: “Estados Unidos, siempre protegido por el Atlántico, deseó satisfacer su sentido de racionalidad propia al mismo tiempo que se desligaba de su responsabilidad”.⁸⁴

La humillación de la caída de Srebrenica corroía a Clinton. Tal salvajismo en el corazón de Europa lo hacía quedar como débil. Por primera vez creyó que los hechos en Bosnia podrían impedir otros objetivos ansiados. Uno de los consejeros superiores de Clinton recuerda: “Este tema se convirtió en un cáncer en nuestra política exterior y en el liderazgo de su gobierno. Era claro que el fracaso en Bosnia iba a derramarse y a dañar el resto de nuestra política nacional y exterior”. Clinton vio que Estados Unidos debía tomar sus propias decisiones. La pasividad en presencia de la agresión de los serbiobosnios ya no era una opción viable.

En esos turbulentos días de julio, Clinton a menudo parecía más conmovido por el daño que la caída de Srebrenica producía en su presidencia que por el efecto que tenía en las vidas de los indefensos musulmanes. La noche del 14 de julio el presidente, que se encontraba en la cancha de minigolf de la Casa Blanca, recibió un mensaje de Sandy Berger y Nancy Soderberg, sus números dos y tres en el Consejo de Seguridad Nacional. Se dio cuenta de que por fin corría el peligro de pagar un precio político por la no intervención. En una filípica de 45 minutos, adornada con groserías, Clinton dijo: “Esto no puede continuar [...] Tenemos que tomar el control de esto [...] Me está haciendo polvo”.⁸⁵

En la reunión del 18 de julio en que el vicepresidente Gore aludió a la joven

que se ahorcó, Clinton dijo que estaba a favor de usar poder aéreo intenso: “Estados Unidos no puede ser más el costal de boxeo del mundo”.⁸⁶ La discusión, aunque con influencia de la conciencia de un genocidio, se arraigaba sobre todo en la política. Srebrenica estaba perdida. Zepa seguiría muy pronto. Clinton tenía que interrumpir el ciclo de humillación.

La inacción dejaba tan mal parado al presidente que incluso Dick Morris, el encuestador de Clinton, cabildeaba en favor del bombardeo. Morris recordó luego que “Bosnia se había convertido en una metáfora de la debilidad clintoniana”. Estaba asombrado por la actitud de Clinton: “Vi que cada vez que discutía sobre Bosnia con el presidente, nos topábamos una y otra vez con la frase *no podemos*. ‘¿A qué te refieres con *no podemos*?’, le pregunté en una reunión. ‘Tú eres comandante en jefe; ¿de dónde sale ese *no podemos*?’”⁸⁷

FINAL DEL JUEGO

Al estar comprometida la presidencia de Clinton, había que detener la guerra de Bosnia. En junio, el consejero de Seguridad Nacional, Lake, sugirió a los miembros del gabinete de Clinton que decidieran qué aspecto deseaban para una Bosnia reconstituida y partiesen de ahí. Lake había tratado de que el equipo de política exterior pensara de manera estratégica para que no se empantanaran en el manejo de la crisis. El 17 de julio Lake terminó de correr el velo de su “estrategia de final de juego” en un desayuno con el equipo de política exterior. Estados Unidos asumiría el manejo de la diplomacia y respaldaría la propia con amenazas de bombardear a los serbios y levantar el embargo.⁸⁸ El presidente dio el paso inusitado de aparecer en la reunión. Clinton dijo que se oponía a la situación actual: “La política está causando enorme daño a Estados Unidos y a nuestra imagen en el mundo. Parecemos débiles”. Y pronosticó que sólo empeoraría: “La única vez que progresamos fue cuando fortalecimos la OTAN para que fuera una verdadera amenaza contra los serbios”.⁸⁹

No había mucho tiempo. El 26 de julio de 1995 el Senado aprobó la Ley Dole-Lieberman para poner fin al cumplimiento estadounidense con el embargo. El 1 de agosto, la Cámara de Diputados le siguió los pasos y autorizó el levantamiento por un margen que imposibilitaba el veto. Los serbios comenzaron a reunir tropas alrededor de la zona de seguridad de Bihac. Clinton y Lake coincidieron en que había llegado el momento de informar a los europeos de la nueva política

estadunidense. Se valieron de la legislación de Dole sobre el levantamiento del embargo como palanca para “establecer las órdenes de marcha”. En marcado contraste con los periodos anteriores de la guerra y con su completo descuido del genocidio de Ruanda, los consejeros sobre seguridad nacional del presidente se reunieron 21 veces entre el 17 de julio y la salida de Lake a Europa, el 8 de agosto. El presidente asistió a las reuniones del 2, 7 y 8 de agosto.⁹⁰ Con el avance del reloj reconocieron que era hora de una “reunión plenaria”. A diferencia del viaje del secretario Christopher, en mayo de 1993, en que promovió en forma tibia la política de Clinton de “levantar y golpear”, Lake presentó una versión de esa política al expresar a los europeos: “Esto es lo que estamos dispuestos a hacer si no hay arreglo. Esto es lo que pensamos hacer. Esperamos que quieran acompañarnos”.⁹¹

Muchos de los del equipo de Clinton todavía se sentían nerviosos respecto de usar la fuerza. Los recuerdos de Vietnam les causaban especial preocupación a Lake y a los planificadores militares estadounidenses cuando se trataba de participar sin un final a la vista. Pero los funcionarios superiores se sintieron animados por un nuevo acontecimiento en los Balcanes. Croacia, ocupada por serbios rebeldes desde su guerra de independencia en 1991, lanzó una ofensiva dirigida a reconquistar el territorio perdido y expulsar a los miembros de su minoría serbia. Mientras Lake desenfundaba el “juego final” de Estados Unidos, el ejército croata barría con todo en los territorios en poder de los serbios en Croacia y en el oeste de Bosnia. El éxito de Croacia demostraba que el llamado “implacable monstruo serbio” era más un tigre de papel, una noticia vital para todos los que durante años creyeron en las alarmistas advertencias de numerosas bajas del Pentágono. Mostraba también, y esto era muy importante, que el presidente serbio, Slobodan Milosevic, estaba dispuesto a mantenerse a distancia y permitir que los serbios de Croacia y Bosnia fueran arrollados. Si la OTAN intervenía, se enfrentaría sólo a los serbiobosnios, no al Ejército Nacional Yugoslavo.

Unos cuantos negociadores occidentales se sintieron aliviados de que los serbios tomasen Srebrenica y Zepa, pues la pérdida de dos enclaves musulmanes pulió el mapa de Bosnia al eliminar dos inquietantes porciones de tierra no lindantes. Parecía más cercano un arreglo de paz y, una vez logrado, más fácil de aplicar. Y los diplomáticos de Occidente por fin se daban cuenta de que no trataban con caballeros, sino con el mal. La fuerza militar era la única respuesta

posible.

La reunión plenaria produjo resultados inmediatos. En la conferencia de dirigentes occidentales de julio, Estados Unidos obtuvo el compromiso de bombardear a los serbios si atacaban la zona de seguridad de Gorazde. En las semanas siguientes, Lake, Holbrooke y otros presionaron con éxito para extender el escudo protector de la OTAN a tres zonas de seguridad más: Bihac, Tuzla y Sarajevo. Se retiró una de las “llaves” que hacía falta empuñar antes de los ataques aéreos de las manos del tímido jefe civil de la misión de la ONU, Akashi, y se puso en las del comandante de las fuerzas de la ONU, Janvier, con lo que quedaban por lo menos dos generales a cargo. Más importante, Washington y sus aliados europeos entendían que la siguiente vez que la OTAN bombardease, no podían ser sólo pinchazos de alfiler ni podían permitir que la toma de rehenes por los serbios disminuyera la determinación de los aliados. Los soldados de paz se retiraron hacia fines de agosto del territorio serbio, donde no lograban casi nada más que servir de rehenes en potencia.

El 14 de agosto el secretario Christopher puso al vicesecretario Holbrooke a cargo de la diplomacia estadounidense en Bosnia. El 19, las cinco personas del equipo de negociaciones de Holbrooke llegaron por carretera a Sarajevo, tras cruzar el monte Igman. El aeropuerto de Sarajevo estaba inhabilitado por el bombardeo serbio, y los serbios se negaban a garantizar la seguridad de los vuelos internacionales. En consecuencia, la delegación estadounidense no tuvo más opción que viajar en sus pesados vehículos por la peligrosa ruta de montaña, que había sido ensanchada, aunque no lo suficiente, para permitir el tránsito de los camioneros bosnios que transportaban mercaderías a la ciudad. Un transporte blindado de personal de la ONU, en el que viajaba parte de la delegación estadounidense, se deslizó del camino y rodó por la ladera. Murieron tres colegas y amigos de Holbrooke: Nelson Drew, Robert Frasure y Joseph Kruzel. Ésta fue la primera vez que morían funcionarios estadounidenses en las guerras balcánicas. Holbrooke trajo los cuerpos de vuelta a Estados Unidos, viajando con las rodillas dobladas contra uno de los ataúdes. La desventura agregó ímpetu al nuevo esfuerzo diplomático y aumentó la decisión estadounidense de ponerle fin a la guerra. Holbrooke afirma: “Por primera vez en todo el conflicto hubo que lamentar muertes. Y eran las de tres estimados funcionarios superiores y amigos. Todos quedamos destruidos. De pronto, la guerra llegó a casa”.

El 28 de agosto cayó una granada cerca de la mismísima feria de Sarajevo, donde murieron 68 personas en febrero de 1994. Esta vez el ataque serbio mató a 37 e hirió a 88. Desde París, Holbrooke llamó a Washington fuera de sí. Clinton, Gore, Christopher, Perry y Lake estaban todos de vacaciones. El vicesecretario de Estado, Strobe Talbott, le preguntó a Holbrooke qué les recomendaba a Christopher y a Clinton. Éste contestó: “Llama al equipo de negociaciones para bombardeos. Tenemos que bombardear”.

Y por fin, la OTAN lo hizo. A partir del 30 de agosto de 1995 y continuando sin parar durante las tres semanas siguientes, los aviones de la OTAN realizaron 3 400 salidas y 750 misiones de ataque contra 55 objetivos. Evitaron los tanques derruidos y oxidados para concentrarse en depósitos de municiones, instalaciones para el lanzamiento de misiles y centros de comunicación. Llamaron a la misión Operación Fuerza Deliberada, para hacer ver que lo que pudo llamarse “Operación Fuerza Desanimada” era cosa del pasado. El ejército serbiobosnio quedó descoyuntado, y los soldados musulmanes y croatas lograron recuperar más o menos 20% del territorio que se capturó y purgó en 1992. Cuando Lake se enteró de que los aviones dejaban caer una tormenta de bombas sobre las posiciones serbias, llamó al presidente, quien estaba en Wyoming.

“¡Hurra!”, murmuró Clinton, confirmando que, tal como se lo pronosticó el diputado Frank McCloskey, bombardear a los militares serbios decididamente lo hacía sentir bien.⁹²

Respaldado por la ya creíble amenaza de la fuerza militar, Estados Unidos convenció con facilidad a los serbios de que dejaran de bombardear a civiles. En noviembre de 1995, el gobierno de Clinton ofició de mediador en un Acuerdo de Paz en Dayton, Ohio. El mismo dejó a los serbios 31% de la población con 49% del país; los croatas, que constituían 17% de la población, recibieron 25%; y a los musulmanes, que eran 44%, se les adjudicó sólo 25%. Tres franjas de tierra étnicamente puras eran casi todo lo que quedó de Bosnia. Los tres grupos quedaban en un solo país, pero con un gobierno central muy débil. Habían muerto más de 200 000 personas desde el comienzo de la guerra, en abril de 1992. Una de cada dos personas perdió su hogar. En diciembre de 1995, desde el despacho oval, el presidente Clinton evocó en términos emotivos las masacres en Srebrenica y las recientes matanzas en la feria de Sarajevo para justificar el envío de 20 000 soldados estadounidenses a Bosnia.

Aunque la guerra estaba terminada, le quedaba un pequeño problema a Clinton. Desde que su gobierno había depuesto su propuesta política de “levantar y golpear” en mayo de 1993, los funcionarios superiores sostenían que Bosnia constituía “un problema infernal”. Decían que la intervención sería fútil o dañaría los intereses estadounidenses. Así se volvía difícil para esos mismos funcionarios retractarse ahora y convencer al pueblo estadounidense de la súbita validez de contribuir con tropas para hacer cumplir la paz de Dayton. En vísperas de un año electoral, los líderes republicanos del Congreso se aprestaban para golpear.

Varios de los adversarios republicanos obtuvieron puntos a costa de Clinton, diciéndole al público que Bosnia no valía ni una sola vida estadounidense. Pero el contrincante republicano de Clinton, el senador Dole, apoyó al comandante en jefe. A fines del otoño, Dole se asoció con el senador John McCain, republicano por Arizona, y también héroe de guerra. Los dos apoyaron en público la decisión del presidente de enviar tropas a Bosnia. Dole y McCain sabían que sus colegas republicanos se sentirían molestos por su negativa de atacar a Clinton. Los que manejaban la campaña de Dole en New Hampshire le dijeron: “Ya tienes problemas. ¡No necesitas esto!” Dole trató de desviar parte de la crítica partidista mediante una reunión con una docena de enojados senadores republicanos. McCain recuerda la sesión: “La oratoria era intensa y emocional. ‘No pongan en peligro a nuestros muchachos.’ ‘Bolsas para cadáveres.’ Todo eso. Nos estaban aporreando [...] Cada vez me deprimía más”. Cuando la reunión por fin terminó y los críticos republicanos salieron al vestíbulo, el senador por Arizona sintió desesperación. Pero cuando McCain salió del recinto al lado de Dole, quien no pronunció palabra, éste le dijo, alegre: “¡Tamos progresando!” Feo, como fue, Dole se esperaba algo mucho peor.⁹³ Al final, Dole ayudó a convertir a 28 republicanos a la causa de Clinton. El Senado aprobó el envío de tropas a Bosnia por 60 votos contra 39.

Clinton sabía que si hubiera bajas significativas, esto perjudicaría sus perspectivas en noviembre. “La sabiduría política convencional”, dijo, era que no había “ventajas, y sí toneladas de desventajas” en el envío de tropas. Pero estaba dispuesto a correr ese riesgo: “Uno tiene que preguntarse qué decisión preferiría defender dentro de 10 años, cuando ya no se ocupara el puesto. Yo preferiría explicar por qué lo intentamos” y no por qué “la alianza de la OTAN quedó destruida, y la influencia de Estados Unidos quedó comprometida por 10

años”.⁹⁴ Por primera vez Clinton veía los costos de la no intervención más altos que los de intervenir.

El presidente Clinton derrotó con facilidad al senador Dole en la elección de 1996. Un año más tarde, en noviembre de 1997, Clinton nombró a su antiguo adversario presidente de la Comisión Internacional para las Personas Desaparecidas, creada para ubicar a algunos de los 40 000 aún faltantes de las guerras en la ex Yugoslavia, incluidas las más de 7 000 de Srebrenica. La comisión balcánica financiaba la recopilación de datos forenses, la identificación por ADN y la remoción de minas de los lugares de sepultura. Al aceptar el cargo, Dole pronunció unas breves palabras: “Algunos pueden cuestionar, y de hecho cuestionan, por qué estamos en Bosnia en primer lugar. Creo que eso tiene una contestación muy sencilla: porque da la casualidad que somos los líderes del mundo”.⁹⁵

XII. KOSOVO: UN PERRO Y UNA RIÑA

EL CAMINO AL ENFRENTAMIENTO

En las épocas que siguieron al bombardeo y envío de tropas de la OTAN, Bosnia se mantuvo en una relativa paz. Muchos extranjeros se quejaron de la hostilidad residual entre musulmanes, croatas y serbios, y de la negativa de las autoridades nacionalistas a permitir que los refugiados volvieran a sus hogares. Pero por frágiles e insatisfactorios que fuesen los términos y la aplicación del Acuerdo de Paz de Dayton, el liderazgo estadounidense puso fin a la salvaje guerra de Bosnia. Mientras 60 000 soldados de la OTAN patrullaban el devastado país, también supervisaron la remoción de minas en las antiguas líneas de enfrentamiento, ayudaron a desmovilizar soldados y a entrenar nuevas fuerzas militares y policiales, acompañaron a familias que volvían a poblados incendiados y crearon una sensación general de seguridad y de comienzos de normalidad.

Pero las fuerzas de la OTAN sólo anduvieron una parte del camino. Desde su creación en 1993, el Tribunal de Crímenes de Guerra de la ONU en La Haya compilaba una larga nómina de sospechosos. Cuando el presidente serbio Slobodan Milosevic firmó el Acuerdo de Dayton en nombre de sus cómplices serbiobosnios, recomendó a los funcionarios estadounidenses que se abstuvieran de decidir si los sospechosos de crímenes de guerra podían ocupar puestos de importancia en Bosnia. Dijo: “En la casa de un ahorcado reciente, no hablen de sogas”.¹

Los líderes occidentales le prestaron atención. El lenguaje del Acuerdo de Dayton era deliberadamente impreciso, y Washington, temeroso de bajas y de “otra Somalia”, se abstuvo de ordenar arrestos. Es más: al poco tiempo de desplegarse las fuerzas de la OTAN, el comandante, almirante Leighton Smith, apareció en la televisión serbiobosnia y negó en público que sus tropas tuvieran autoridad para capturar sospechosos. Smith no suministró a sus tropas los nombres ni las fotos de los acusados que debían buscar. Los oficiales militares de Estados Unidos dijeron que sólo efectuarían arrestos por órdenes directas del

presidente. No iban a sacar la cara por nadie, como sintieron que les pasó en Somalia. Durante los primeros dos años de “paz”, por tanto, los matones nacionalistas de los Balcanes continuaron haciendo de las suyas.

En el Pentágono había una sola voz de disenso: la de Wesley C. Clark. Veterano condecorado de Vietnam, fue el J-5, o director de estrategia y planificación de la jefatura conjunta, durante el genocidio en Ruanda y gran parte de la guerra de Bosnia. Estuvo con Holbrooke en agosto de 1995, cuando el transporte blindado de la ONU se estrelló, matando a sus tres colegas. Y sirvió de nexo militar para las negociaciones de paz de Dayton, estudiando a Milosevic. Recomendó que se arrestara de inmediato a los criminales de guerra, mientras las partes todavía se lamían las heridas del bombardeo de la OTAN. No fue la última vez que se ignoró a Clark. En vez de ordenar los arrestos, los diplomáticos estadounidenses y europeos continuaron confiando en Milosevic para estabilizar la situación. Aunque consideraban al dictador culpable del genocidio en Bosnia, los políticos occidentales lo trataron como un socio diplomático indispensable. Su primera parada siempre era Belgrado.

La ciudadanía serbia tenía en menor estima a su presidente. Las guerras orquestadas y financiadas por Milosevic, y llevadas a cabo en Croacia y Bosnia por serbios, devastaron Serbia. Cinco años de militarización, exacerbada por las estrictas sanciones económicas de Occidente, produjeron un notorio aumento en la desocupación y la inflación, y una sensible merma en la calidad de vida del pueblo. En 1996 y 1997, la intranquila población de Serbia organizó manifestaciones masivas. Engañados por años de propaganda que sostenía que los serbios eran víctimas de genocidio, los manifestantes no mencionaban los crímenes de guerra de Serbia. Más bien exigían el fin del corrupto régimen y de la opresión de Milosevic. Éste reprimió la protesta, autorizó asesinatos políticos, cerró estaciones de los medios independientes, ganó mediante fraude elecciones que su partido no podía ganar, y empezó a golpear a los grupos étnicos albaneses en la sureña provincia serbia de Kosovo.

Los serbios tenían una relación emocional con la paupérrima provincia de Kosovo. Desde tiempo atrás había sido inmortalizada como el lugar de la batalla del Campo de los Mirlos de 1389, en el que los turcos derrotaron a los serbios cristianos ortodoxos, para dar lugar a cinco siglos de gobierno otomano.² En la segunda mitad del siglo xx, serbios y albaneses competían por tierra, trabajos y privilegios políticos en la provincia. Debido a una explosiva tasa de natalidad

albanesa y al éxodo serbio, 1 700 000 albaneses pasaron a constituir 90% de su población total. Ya para 1980, los serbios de Kosovo, sintiéndose en inferioridad, comenzaron a quejarse de discriminación. Recibieron apoyo moral de los nacionalistas de la Academia Serbia de Ciencias y Artes. En un incendiario documento público de 1986, los intelectuales serbios acusaron a los albaneses de Kosovo de ser los instigadores del “genocidio político, legal y cultural de la población serbia de Kosovo”.³ Al año siguiente, Milosevic, en esa época un *apparatchik* comunista sin distinción, viajó a Kosovo y promovió el sentimiento antialbanés y el fervor serbio. Proclamó frente a una airada turba serbia que “nadie debería atreverse a insultarlos”.⁴ En 1989, Milosevic mejoró sus credenciales nacionalistas al quitarle a Kosovo la autonomía que le otorgó el dirigente yugoslavo, mariscal Tito. Los albaneses perdieron sus empleos, se cerraron las escuelas y se aumentó la presencia policial serbia.

En 1995, cuando el bombardeo de la OTAN obligó a los serbios a negociar un acuerdo para Bosnia, los albaneses de Kosovo esperaban que Estados Unidos y sus aliados presionaran a Serbia para restituir la autonomía a la provincia. En cambio, los negociadores occidentales en Dayton afirmaron la integridad territorial de Serbia y no mencionaron el tema de Kosovo. Esto llevó a que se resintieran muchos albaneses de Kosovo, y allanó el camino para el surgimiento de una sombría banda de milicianos albaneses que se hizo llamar Ejército de Liberación de Kosovo (ELK).⁵ Este grupo se comprometió a proteger a los albaneses en sus hogares y a ganar la independencia para la provincia. El ELK recolectó dinero de emigrados albaneses y contrabandeó armas de su anárquica vecina, Albania, pero fracasó en su primer intento de atraer muchos reclutas a Kosovo. La situación cambió en marzo de 1998, cuando el ELK baleó a varios policías serbios y Milosevic respondió con tal saña que se agigantó el apoyo popular al ELK. Fuerzas serbias cayeron sobre la región de Drenica y asesinaron a unos 58 parientes del jefe del ELK, Adem Jashari, incluidos mujeres y niños. Con cada ataque a un funcionario serbio, las represalias serbias se intensificaron, con el incendio de poblados enteros sospechosos de albergar a simpatizantes del ELK. En el año siguiente resultaron muertos unos 3 000 albaneses, y a 300 000 más se les desalojó de sus hogares, se incendió su propiedad y se destruyó su sustento. Las cámaras de televisión captaron a civiles ateridos por la nieve del invierno y el terror.

Para las postrimerías de los años noventa, los observadores occidentales

estaban al tanto de Kosovo. Incluso en 1992, cuando el gobierno de Bush insistió en que no tenía “perro” en la riña de Bosnia, mostró preocupación por la suerte de Kosovo. En lo que pasó a conocerse como la “Advertencia de Navidad” de Bush, su secretario de Estado interino, Eagleburger, advirtió a Milosevic que en caso de un ataque serbio a Kosovo, Estados Unidos estaría “dispuesto a usar la fuerza militar contra los serbios de Kosovo y contra la misma Serbia”.⁶ En abril de 1993, el secretario de Estado, Warren Christopher, tímido en otros aspectos, distinguió a Kosovo de Bosnia en razón de que un deterioro en Kosovo tal vez “propiciaría la intervención de otros países de la región, Albania, Grecia y Turquía”. Estados Unidos temía, dijo, que un conflicto ahí, “como sucedió en una ocasión anterior, se convirtiera en una guerra mundial”.⁷ Siempre se consideró a Kosovo como “diferente” de Bosnia por su potencial para desencadenar la violencia en el resto de los Balcanes.

Al cometer más y más atrocidades la policía y la milicia serbias en 1998, llegaron a la región periodistas y grupos de derechos humanos informados. Las atrocidades de los años noventa aleccionaron a muchos formadores de opinión estadounidenses respecto a que no podían exigir al mismo tiempo poner fin al genocidio y una política no intervencionista. La diplomacia sin la amenaza intencionada de usar la fuerza militar había fracasado con demasiada frecuencia para detener los abusos. El gobierno de Clinton se encontró presionado para actuar militarmente.

En octubre de 1988, el mediador Richard Holbrooke volvió a negociar un trato con Milosevic. A cambio de evitar ataques aéreos de la OTAN, Milosevic se comprometió a retirar algunas de sus fuerzas de Kosovo y permitir el despliegue de 2 000 verificadores internacionales no armados. Pero las fuerzas serbias ignoraron su presencia. El 15 de enero, después de asolar la pequeña ciudad de Racak durante tres días con fuego de artillería, unidades paramilitares y policiales serbias capturaron y ejecutaron a 45 civiles albaneses, entre ellos tres mujeres, un niño de 12 años y varios ancianos. Las fuerzas serbias dejaron a los ejecutados boca abajo en una helada cañada. Antes de 24 horas, el embajador William Walker, jefe de la Misión de Verificación de Kosovo, llegó a la escena del crimen. Walker, que conoció atrocidades por primera vez como diplomático en América Central, interrogó a los pobladores y subió a una colina vecina, donde encontró el primer cuerpo. Walker declaró a un periodista: “El cadáver estaba cubierto con una frazada, y cuando la quitaron vi que no tenía cabeza, sólo un

increíble mazacote sangriento en el cuello”. Examinó tres cuerpos más. En cada uno había una herida de bala debajo de cabello canoso o blanco. Walker rugió ante la cámara televisiva que los serbios habían cometido “un crimen contra la humanidad”.⁸

Los funcionarios superiores del gobierno de Clinton quedaron asqueados y enfurecidos. Madeleine Albright, desde hacía mucho partidaria de la intervención, remplazó a Christopher como secretaria de Estado. Ella y el resto del equipo de Clinton recordaban Srebrenica, todavía luchaban con la culpabilidad del genocidio en Ruanda y querían reivindicarse. Temían que Racak fuera sólo el comienzo de una campaña de minisrebrenicas. Incluso circulaba la especie de que el lema del día de las fuerzas serbias era: “Una masacre al día mantiene alejada a la OTAN”. Los funcionarios estadounidenses estaban acompañados de diplomáticos europeos mucho más agresivos que los que conocieron a mediados de los noventa. El primer ministro británico, Tony Blair, y su canciller, Robin Cook, tenían toda la intención de detener a Milosevic. En febrero de 1999, Estados Unidos y sus aliados europeos se reunieron en el Palacio de Rambouillet, cerca de París, y presentaron una propuesta perentoria: se le exigía a Serbia retirar la mayoría de sus tropas de Kosovo, otorgar significativa autonomía a los albaneses y permitir el envío de 25 000 soldados de paz armados (4 000 estadounidenses entre ellos) a Serbia. Si los serbios se negaban, la OTAN bombardearía. Los serbios estaban acostumbrados a las huecas amenazas de la OTAN. No se proponían entregar el control de una provincia de gran importancia histórica y simbólica. Los negociadores serbios se negaron siquiera a considerar la propuesta.

A partir del 24 de marzo, aviones de la OTAN, al mando del general Clark, comandante supremo aliado en Europa, comenzaron a bombardear Serbia. Los dirigentes aliados dijeron que continuarían con los bombardeos hasta que Serbia aceptara las condiciones autonomistas. Fue la primera vez en la historia que Estados Unidos o sus aliados europeos intervinieron para impedir un genocidio potencial.⁹

RESPUESTA

Valores e intereses

La acción de la OTAN no fue sólo humanitaria. Las atrocidades serbias, por supuesto, desencadenaron la acción de la OTAN, pero el Operativo Fuerza Aliada tal vez no se habría emprendido sin la sentida amenaza a los intereses más tradicionales de Estados Unidos. Por reales que fuesen los padecimientos de los albaneses, la amenaza a la credibilidad estadounidense también fue un factor crucial para convencer al presidente Clinton de actuar. En una secuencia que recordaba al verano de 1995 en Bosnia, la intensificación de la violencia serbia y los gestos ya redundantes y falsos de Milosevic comenzaban a hacer quedar como tontos a Clinton, a su gabinete y a la misma OTAN, a la que a menudo se invocaba en las amenazas estadounidenses. Se había vuelto humillante para la alianza fracasar en el intento de detener a Serbia, un país de 11 millones a un paso de Hungría, uno de los miembros más recientes de la OTAN, y fracasar en el intento. A los líderes occidentales esto de nuevo —para usar la frase de Clinton— los estaba “haciendo polvo”.

Además, tras una década de conflicto y con el surgimiento del ELK, era claro que el problema —para los albaneses, pero también para Estados Unidos y Europa— no desaparecería. La continua lucha entre serbios y albaneses podía desestabilizar el frágil equilibrio étnico en la vecina Macedonia, que en una cuarta parte era albanesa y no podía soportar la llegada de más albaneses desplazados de Kosovo. La ofensiva serbia hacía peligrar la endeble paz en Bosnia, en la que para entonces Estados Unidos había desembolsado 10 000 millones de dólares. Washington no deseaba malgastar su inversión regional. Tal vez lo más significativo haya sido que, tras seis años en el poder, el gobierno de Clinton se había formado una memoria institucional de sus tratos con este régimen en particular. Debido a que Milosevic era un “reincidente” y se había burlado de los aliados cientos de veces en la década anterior, los diplomáticos estadounidenses abandonaron su tradicional tendencia a ver la paz “a la vuelta de la esquina”. En resumen, cuando la OTAN comenzó a bombardear, el gobierno de Clinton actuó con la cabeza además de con el corazón.

El presidente Clinton habló desde la sala oval la noche en que comenzó la campaña aérea de la OTAN. Esta vez fue él quien invocó el holocausto. Preguntó: “¿Qué habría pasado si alguien hubiera escuchado a Winston Churchill y se hubiera enfrentado antes a Hitler? Imagínense si los dirigentes de entonces hubieran actuado con el criterio y la anticipación necesaria, cuántas vidas podrían haberse salvado, cuántos estadounidenses no tendrían que haber

muerto”.¹⁰ Clinton adoptó las tácticas de quienes estaban a favor de la intervención, dentro y fuera del gobierno, y a quienes se había descalificado por flojos y emocionales.

Pero Clinton pensó que también tenía que demostrar el peligro para los intereses estadounidenses: “¿Justifican nuestros intereses en Kosovo los riesgos para nuestras fuerzas armadas? He pensado largo y tendido sobre esa cuestión. Estoy convencido de que los peligros de no actuar superan con mucho los de actuar, peligros para un pueblo indefenso y para nuestros intereses nacionales”. La lucha entre serbios y albaneses en la región podía envolver a los aliados de Estados Unidos en una contienda más dilatada: “Tenemos interés en evitar una guerra todavía más cruel y más costosa. Nuestros hijos necesitan y merecen una Europa libre, pacífica, estable”. El holocausto, el interés estadounidense y la estabilidad europea... Clinton necesitaba todo esto, y lo utilizó. El apoyo del público estadounidense era necesario para lo que en esencia era una guerra estadounidense.¹¹ El presidente le aseguró al electorado que la guerra no se convertiría en otro Vietnam o Somalia: “No pienso mandar a nuestras tropas a Kosovo para pelear”.¹² La OTAN tendrá que ganar la guerra desde el aire.

Desde el comienzo de los bombardeos se reunieron unidades militares regulares serbias con la policía y la milicia para llevar a cabo algo inesperado y sin precedentes: expulsaron casi por completo a la población albanesa a punta de fusil. En una campaña bien concertada, serbios armados lanzaron el Operativo Herradura. Con práctica en la limpieza étnica desde sus épocas en Bosnia, unidades del Ejército Nacional Yugoslavo rodearon ciudades y poblados de Kosovo, y usaron fuego de artillería masivo para asustar y hacer huir a los habitantes. En muchas zonas, los serbios separaron a mujeres, niños y ancianos de los hombres en edad militar. Ejecutaron a algunos de éstos a fin de eliminar la resistencia y demostrar el costo de permanecer en Kosovo. Sistemáticamente hicieron trizas los documentos de identidad, certificados de nacimiento, y escrituras de propiedad de los albaneses, y saquearon todo lo que encontraban. Llenaron vagones de tren con familias enteras y obligaron a otros a caminar. Los pobladores caminaron en silencio, resistiéndose a mirar atrás mientras les incendiaban sus hogares. Los serbios encargados del trabajo sucio llevaban largos cuchillos y armas automáticas. Algunos usaban boinas rojas. Muchos usaban pasamontañas de lana, como si la existencia del tribunal de guerra de la ONU los hubiera hecho tomar conciencia, por primera vez, de que podrían ser

identificados y castigados más tarde. Pero el cuidado de los pistoleros en encubrir sus crímenes de guerra no los volvió más reacios a cometerlos.

En total, las fuerzas de Milosevic expulsaron a más de 1 300 000 kosovares de sus hogares, de los cuales unos 740 000 pasaron a las vecinas Macedonia y Albania. Fue el mayor acto individual de limpieza étnica de la década, y ocurrió *mientras* Estados Unidos y sus aliados intervenían para impedir mayores atrocidades.

Debido a que los refugiados cruzaron rápido la frontera, sus relatos circularon velozmente alrededor del mundo. Si los refugiados de los horrores anteriores necesitaron semanas o incluso años para ganarse la confianza de los periodistas occidentales, los endurecidos corresponsales en Kosovo aprendieron por fin a dirigir el peso de las pruebas hacia los supuestos perpetradores. Mejor confiar en lo que no se podía confirmar, aunque luego resultara falso, que al contrario. Christiane Amanpour, de CNN, fue una de los muchos veteranos de la carnicería bosnia que reapareció en los Balcanes para cubrir el éxodo más grande de Europa en medio siglo. Un albanés, Mehmet Krashniki, le contó una historia típica. Dijo que al día siguiente del comienzo del operativo de la OTAN, llegaron las tropas serbias y separaron a los hombres de las mujeres. “A las mujeres les dijeron: ‘Pueden ir a la frontera’, y llevaron a los hombres a dos grandes cuartos. Dijeron: ‘Ahora los puede salvar la OTAN’, y empezaron a disparar. Y cuando terminaron de balearnos nos cubrieron con paja y granos y prendieron fuego. Éramos 112 personas. Yo sobreviví junto con otro hombre”. Como tantos sobrevivientes, Krashniki se hizo el muerto, y huyó cuando los serbios fueron a buscar más combustible para su pira. Tenía quemaduras en la cara, y las manos envueltas en gruesas vendas blancas.¹³

Los aviones de la OTAN tuvieron poco éxito en frenar el operativo de limpieza serbia. Volaban a 15 000 pies para estar a salvo de las recias defensas antiaéreas serbias. Los pilotos no eran eficaces contra paramilitares. El tiempo y la visibilidad eran deficientes desde el comienzo, lo que impedía el uso de misiles guiados por láser. Las tropas serbias construyeron puentes falsos, camuflaron equipo valioso y usaron cebos, como tanques inflables de goma, para que la OTAN desperdiciara costosos misiles. Un aviador de alto rango, el brigadier general Daniel Leaf, quien participó en sus primeras misiones de combate bajo fuego en su F-16, recordó el sentimiento de impotencia que experimentaron los pilotos: “Los veía quemar casas. Era asombroso y espantoso”.¹⁴ Las fuerzas serbias se

mantuvieron fuera de la vista, mezclándose con la población albanesa a la que aterrorizaban para desalentar los ataques de la OTAN. No había forma de saber si los serbios alguna vez cederían a las exigencias de la OTAN o si ésta mantendría su frágil coalición para apoyar su primera misión importante.

La determinación de bombardear Serbia marcó un corte radical respecto de las anteriores respuestas estadounidenses ante la atrocidad. No obstante, la intervención repitió muchos de los patrones acostumbrados. Estados Unidos de nuevo libró una “última guerra”, esperando que los serbios respondieran al bombardeo de Kosovo de la misma manera que lo hicieron a los de Bosnia en 1995. Los funcionarios occidentales y las víctimas albanesas volvieron a hacerse ilusiones, al no imaginarse la malicia y suponer que en todo esto participaban actores racionales, incluso al presentar a Milosevic como el Hitler de los Balcanes. Una vez más la OTAN participó con las mismas restricciones que habían impedido cualquier intervención en Bosnia y en Ruanda: el temor de bajas estadounidenses. Y aunque la campaña de bombardeos brindó considerables dividendos a la mayoría de los grupos étnicos albaneses, su ejecución y sus consecuencias se han utilizado para confirmar la futilidad, perversidad y peligro de actuar en prevención de atrocidades. Sus resultados positivos han recibido mucho menos atención.

LA “ÚLTIMA GUERRA”: FANTASÍAS

La intervención de la OTAN se llevó a cabo sin mayor empeño al principio: gozaba de una superioridad de 35 a 1 sobre Serbia en cuanto a números, y de 300 a 1 en recursos económicos.¹⁵ Los funcionarios superiores estadounidenses pensaban que con sólo mandar una señal de la seriedad de los aliados a Milosevic, éste se precipitaría a la mesa de negociaciones, lapicera en mano. En 1995 cedió a las exigencias aliadas después de sólo dos semanas de bombardeos de la OTAN. Con el recuerdo de la insignificante resistencia y las rápidas concesiones de los serbios, los funcionarios del Pentágono y el gabinete de Clinton predijeron que, cuando mucho, la OTAN necesitaría bombardear una semana.

Otra suposición influyó en la OTAN. Puesto que Milosevic renunció con tanta facilidad en 1995 a partes de Bosnia en Dayton, los planificadores políticos comenzaron a hablar del líder serbio como un actor racional cuyo interés primario no era la creación de una “Gran Serbia”, sino ocuparse del bien de un

“Más Grande Sloba”. Según esta teoría, el presidente serbio habría estado dispuesto a sacrificar a los serbios en Kosovo, como hizo con los de Croacia y Bosnia, siempre que esto le permitiera retener el poder (sobre todo si esto trajera aparejado un relajamiento de las sanciones económicas internacionales), pero necesitaba la excusa del bombardeo de la OTAN para hacerlo. Así, los observadores occidentales supusieron que un poco de bombardeo ligero conseguiría este resultado. La OTAN lanzó su intervención con apenas un tercio de los aviones que más adelante emplearía.

Además de no prever la resistencia sostenida de los serbios, los planificadores tampoco supusieron que Milosevic respondería a los bombardeos con represalias tan violentas y audaces contra la población albanesa de Kosovo. Una vez más, los funcionarios del gobierno estadounidense no estuvieron solos en esto. A congresistas, inspectores de derechos humanos y periodistas también les fallaron los cálculos. Como para no creerse, de las 120 preguntas relacionadas con Kosovo planteadas por periodistas al Departamento de Estado en una ronda de tres días previos al comienzo de los bombardeos, sólo una versaba sobre la suerte de los albaneses kosovares. De los 19 editoriales y opiniones del *Washington Post* y el *New York Times*, en las dos semanas que precedieron a los bombardeos, la posibilidad de una represalia sangrienta en Kosovo se mencionó en apenas tres referencias de una sola línea.¹⁶

Sin duda había señales de los infortunios por venir. Era del conocimiento público que Kosovo formaba parte de Serbia y que la ocupaban unos 40 000 efectivos militares, policíacos y paramilitares serbios, respaldados por 300 tanques. Según el *Washington Post*, Nebosja Pavkovic, comandante del tercer cuerpo del Ejército Yugoslavo, manifestó unos días antes de intervenir la OTAN: “Si es atacada de fuera, Serbia se ocupará de los terroristas que quedan en Kosovo”. “Terrorista”, como se estableció desde Bosnia, era el término oficial para todo hombre (armado o no) mayor de 16 años de edad. Sin embargo, pocos observadores occidentales supusieron que, en caso de ser atacado, Milosevic limpiaría a Kosovo de la integridad de su población albanesa. Una vez más cayeron en el error de equiparar las condiciones locales de Kosovo con las de Bosnia. La realidad es que las dos situaciones tenían en común poco más que la localidad. Los rebeldes del ELK dominaban una que otra colina, pero los soldados y policías serbios controlaban todas las ciudades y las rutas principales. En cambio, para cuando la OTAN comenzó su masiva campaña de bombardeos en

Bosnia en 1995, no quedaba prácticamente ningún croata o musulmán en el territorio ocupado por los serbios. De esa forma, éstos no pudieron responder con deportaciones a los bombardeos de fines del verano de 1995. El país era étnicamente limpio, de una manera que no lo era Kosovo (todavía).

Los estrategas de la OTAN fueron incapaces de imaginar el mal gratuito en la escala en que lo proyectó Milosevic. No obstante los cientos de miles de crímenes cometidos en Bosnia por los serbios bajo su mando, a los funcionarios y ciudadanos de Estados Unidos les costaba creer que Milosevic mismo organizaría una campaña sistemática de destrucción. Para la psicología estadounidense, los asesinos seriales tenían aspecto insensible, como Charles Manson, o tendían a dejar rastros sangrientos en la escena del crimen, como el finado caudillo paramilitar serbio Zeljko *Arkan* Raznjatovic. Sencillamente no tenían el aspecto de Milosevic, ni hablaban como él, un hombre que se ganaba a todos con su simpatía, y mantenía una engañosa distancia de las escenas de sus crímenes. En las negociaciones de paz de Dayton, en 1995, con su sentido del humor y su carisma, Milosevic se granjeó el afecto de muchos. Aprendió rápido los nombres de las camareras del Packy's Sports Bar que frecuentaba. Cantó *Tenderly* [Tiernamente] acompañado por el pianista del club de oficiales local.¹⁷ Y los negociadores estadounidenses lo juzgaron “brillante” y “educado”, adjetivos que no les asignaban a sus contrapartes croatas y musulmanas. Los asesinos seriales modernos vienen bien disfrazados. Como nota Lake, asesor de Seguridad Nacional del primer gobierno de Clinton: “Hay pocos Genghis Khanes por aquí a quienes les guste jugar polo con las cabezas de sus enemigos”.

Durante la campaña de bombardeos de la OTAN, Milosevic se mantuvo visible para el público occidental. El 30 de abril de 1999, en una entrevista con Arnaud de Borchgrave, de United Press International, negó que sus fuerzas incendiasen poblados albaneses: “Casas individuales, sí, pero no poblados enteros como se vio en Vietnam por TV, cuando las fuerzas estadounidenses incendiaron aldeas que sospechaban que ocultaban al Viet Cong”. Criticó la conferencia de paz de Rambouillet, y mencionó a un hombre que admiraba: “Henry Kissinger ha dicho que Rambouillet fue un mecanismo para la permanente creación de problemas y enfrentamientos. El presidente Clinton tendría que haber escuchado a este sabio, experto en geopolítica, en lugar de oír a algunos de sus propios consejeros menos perspicaces”.¹⁸

Si había alguno que tendría que haber visto más allá de la máscara de

Milosevic era el general Clark, quien dirigió el operativo de la OTAN. Desde su presencia en la Conferencia de Paz de Dayton, Clark conocía bien la falsedad de la simpatía de Milosevic, la frecuencia de sus mentiras y la dureza de su corazón. Milosevic incluso se burló de Clark al jactarse de que en sólo cinco días podía deportar a todos los albaneses de Kosovo.¹⁹ Del mismo modo, hasta el equipo de Clark calculó que el bombardeo lograría rápido su objetivo, y que los serbios no expulsarían a más de 200 000 albaneses.

Las inminentes víctimas de la ira veleidosa de Milosevic también calcularon mal. Los dirigentes albaneses de Kosovo habían pedido bombardeos hacía meses, y los funcionarios estadounidenses supusieron que sabían de lo que hablaban. Baton Haxiu, director del diario independiente kosovar *Koha Ditore* [Noticias del día], llevaba una camiseta con un logo que captaba el sentimiento albanés: la insignia de Nike y el lema NATO AIR = JUST DO IT [Fuerza aérea de la OTAN. Sólo háganlo]. Blerim Shala, director del semanario de noticias *Zeri* [Voz] y miembro de la delegación de Kosovo en Rambouillet, regresó de Francia a su país consciente de los peligros por venir: “Tienen que entender que el valor de la vida humana en Kosovo antes del bombardeo era cero. Los serbios eran los señores de nuestras vidas. Una vez que se toca fondo, no importan las consecuencias [...] Para el albanés común era preferible morir que vivir bajo el control de Serbia”. De elegir, prácticamente cualquier albanés en Kosovo prefería arriesgarse a los bombardeos de la OTAN a seguir como estaban con Milosevic. Uno de los pocos editoriales del *New York Times* que mencionó la posibilidad de represalias serbias apareció el 24 de marzo, día en que la OTAN empezó su ataque, al mencionar que ése “es un riesgo que los albaneses están dispuestos a correr”.²⁰

LA CONSIGNA: NADA DE BAJAS

Al principio de la guerra aérea, los estrategas políticos y militares aliados esperaban que la dirigencia serbia estaría pronta a concederles autonomía a los dos millones de grupos étnicos albaneses de Kosovo. Pero al darles el bombardeo pretexto a los serbios para intensificar sus matanzas y expulsiones, el general Clark intentó distraer la atención de Washington de evitar bajas y dirigirla a la derrota de los serbios y a revertir su operativo de limpieza. Clark trató de acelerar el operativo de la OTAN con una invasión por tierra y helicópteros Apache, que

podían volar mucho más cerca del suelo y golpear a los paramilitares. Pero su propuesta fue rechazada. De esta manera, la OTAN apenas sirvió para detener la limpieza étnica en Kosovo, que fue el motivo por el que intervino inicialmente. El general Klaus Naumann, ex presidente de la comisión militar de la OTAN, dijo después: “No se pueden impedir las violaciones de los derechos humanos a distancia. Hay que estar dispuesto a emplear tropas terrestres, o todo se vuelve un huero simulacro”.²¹ Los críticos reprobaron el mantra de “ninguna tropa de tierra” de Clinton, al sostener que la negativa de arriesgar soldados estadounidenses constituía un nuevo principio de “inmunidad del *combatiente*”. Clark insistió en que dificultaban la eficacia de la OTAN y ponían en peligro las vidas de civiles serbios y albaneses.

Clark no recibió respaldo del secretario de defensa William Cohen ni del Estado Mayor conjunto. Cohen, ex senador republicano por Maine, sustituyó al secretario de Defensa, William Perry, al comienzo del segundo periodo de Clinton. No transitó la curva de aprendizaje de otros funcionarios que vieron dañarse la presidencia de Clinton por su impotencia, en un primer momento, respecto de Bosnia. Es más: como senador, Cohen había preguntado si los que proponían la intervención contaban con la solidez necesaria: “Y los corazones que laten tan fuertes y entusiastas para que se haga algo, para que se intervenga en cuestiones en las que no existe amenaza inmediata contra nuestros intereses vitales, cuando esos corazones que habían latido con tanto vigor contemplan los ataúdes, entonces cambian y se preguntan: ‘¿Qué es lo que estamos haciendo ahí?’”²² Ni Cohen ni la oficialidad superior de Estados Unidos incluyó a Clark, su comandante en el lugar, en sus reuniones de alto rango. Sospechaban de su belicosidad y de sus canales de comunicación con una Casa Blanca de la que desconfiaban. A Clark a su vez le exasperaba su lejanía y su negativa de ponerle en las manos las herramientas que necesitaba para triunfar. En un intercambio con los jefes conjuntos en Washington, le recordaron a Clark que como Estados Unidos tenía que estar listo para librar guerras simultáneas en el Golfo y en Corea, no podían extenderse a los Balcanes. Clark respondió: “Seguramente no me van a decir que tenemos que rendirnos y perder la única pelea que tenemos en este momento para estar listos para otras dos guerras que no nos amenazan por ahora”.²³

Los que apoyaban la misión de la OTAN pensaban que la decisión de Estados Unidos de evitar bajas bien podría aniquilar el operativo. El 8 de abril de 1999,

Holly Burkhalter, en ese momento parte de Physicians for Human Rights [Médicos por los Derechos Humanos], leyó un escrito en la National Public Radio, en el que instaba al presidente Clinton a emplear tropas terrestres para poner fin a lo que temía era genocidio:

Es claro que Milosevic y sus fuerzas destruyen al menos una parte de este grupo étnico al expulsar a casi la mitad de su población de Kosovo, asesinar líderes comunitarios, ejecutar a hombres y muchachos kosovares, y demoler en gran escala hogares, poblados y lugares religiosos. Si el presidente Clinton esquivo la dolorosa acción necesaria para expulsar a las fuerzas serbias de Kosovo, se le recordará como el presidente durante cuyo mandato se perpetraron tres genocidios.²⁴

A Holly Burkhalter y otros críticos progresistas se les unieron voces conservadoras que sostenían en efecto: “Ya que estamos en el baile, ganemos”. A poco de comenzar el operativo, Henry Kissinger escribió en *Newsweek*: “La OTAN no puede sobrevivir si ahora abandona la campaña sin lograr su objetivo de poner fin a las masacres”.²⁵ Al mes siguiente se lamentó de la “brecha generacional” que socavaba la campaña: “Las experiencias formativas del personal clave de Clinton tuvieron lugar en las trincheras del movimiento de protesta por Vietnam o en las campañas presidenciales, o en ambas cosas. Al sospechar del papel que ejerce el poder en política exterior, lo usan sin eficacia ni convencimiento”.²⁶ El senador republicano de Arizona, McCain, dijo: “¿Qué hacer ahora? Ganar, cueste lo que cueste”.²⁷

Con el correr del tiempo, a medida que los estrategas políticos estadounidenses y europeos comenzaban a darse cuenta de que la derrota era una clara posibilidad, la OTAN intensificó sus ataques y empezó a jugar para ganar. En lugar de desmoronarse, como muchos pensaban que haría ante las dificultades, la heterogénea alianza fortaleció su decisión. En la primera fase los aviones de la OTAN atacaron defensas antiaéreas serbias y cuarteles generales. El 29 de marzo de 1999 entró en la segunda fase y aumentó el plantel de aviones de 400 a 1 000, además de ampliar su lista de blancos para incluir la infraestructura de Yugoslavia por debajo del paralelo 44, muy al sur de Belgrado. El 3 de abril, el undécimo día de la guerra, pasó a la tercera fase, que permitía ataques a Belgrado. A comienzos de abril la OTAN anunció que enviaría a Albania la fuerza de tareas Hawk de 5 000 miembros, con 24 helicópteros Apache. Éste era un gesto que sugería una invasión terrestre. Clinton y su gabinete aún rechazaban el uso de tropas de tierra, pero Clark se las arregló lo mejor que pudo para realizar

movimientos en falso y fintas que hicieran pensar a Milosevic que aún era una posibilidad una invasión por tierra. Aunque Washington al final acordó mandarle a Clark los Apaches, el mismo tipo de dilación que demoró el envío de transportes blindados de personal durante el genocidio de Ruanda hizo que los helicópteros llegaran hasta fines de abril. Y a pesar de su insistencia constante para usarlos, nunca recibió el permiso de la Casa Blanca.

Cuanto más decididos se volvían los aliados, más acercaban la guerra al pueblo serbio. El 23 de abril, en la conferencia cumbre de la OTAN, los líderes convinieron en dirigir ataques contra la propiedad personal y comercial de Milosevic y sus asociados más próximos, y destruir instalaciones para que afectara a millones de civiles, con la interrupción de transporte, agua y energía eléctrica. Unos 40 días después del inicio de la guerra, el 3 de mayo, los aviones de la OTAN comenzaron a arrojar “patitos de goma”: dispensadores del tamaño de pelotas de tenis, cada uno con su paracaídas individual, en la red eléctrica yugoslava, en que largaban enseguida ovillos de hilo grafitado, causando cortes de energía instantáneos.²⁸ Los ataques de la OTAN a la infraestructura civil convirtieron la guerra en lo que Veton Surroi, director de *Koha Ditore*, llamó “de la máquina de café exprés”: “Los serbios sólo abandonarían la guerra cuando afectara a Milosevic y a sus amigos personalmente en casa, cuando los cortes de electricidad les impidiesen tomar su ‘exprés’ cotidiano”.

Debido a que el operativo era una “intervención humanitaria”, los estrategas de la OTAN tuvieron especial cuidado de evitar violaciones de la ley humanitaria internacional. La Convención de Ginebra prohibía el bombardeo de objetivos civiles o militares, si “la eventual pérdida de vidas civiles individuales [...] fuera excesiva en relación con la ventaja militar directa y concreta”. Los abogados estadounidenses y europeos tenían casi tanta influencia en la conducta del operativo como sus superiores políticos. Los abogados del departamento jurídico del Pentágono cotejaban cada blanco potencial con las leyes de la guerra, lo que limitó mucho lo que terminaba en la lista de Clark.

Pese a la actitud *in crescendo* de la OTAN, a la intensa supervisión legal y a la exactitud sin precedentes de los nuevos armamentos, algunos misiles se desviaron, e incluso los que se mantuvieron en el camino correcto provocaron controversia. Los aviones de la OTAN atacaron una columna de refugiados albaneses, un tren de pasajeros serbio y otros convoyes civiles. El caso más notorio fue el 7 de mayo, cuando bombarderos B-2 estadounidenses de la OTAN,

guiados por un viejo mapa, dieron en la embajada china, matando a tres civiles chinos e hiriendo a otros veinte. El general Clark recibió un aluvión de faxes burlones en su cuartel general europeo: “Estimado general Clark. Nos mudamos. Nuestra nueva dirección es.”²⁹ Al atacar infraestructura civil o militar en Serbia, los bombarderos de la OTAN dieron en puentes, plantas de energía, instalaciones de comunicaciones, canales de televisión y sedes políticas. Los ataques se justificaban como esenciales para desorganizar el comando y control de los serbios, pero los críticos se quejaron de que el mismo misil que puso fuera de funcionamiento el generador del Tercer Ejército Yugoslavo también clausuró el hospital contiguo. La misma bomba que le quitó a Milosevic el satélite con que transmitía sus mentiras por televisión noche a noche también privó a los ciudadanos serbios del derecho a ver los noticieros. El deseo de la OTAN de no arriesgar a sus pilotos pareció aumentar los costos civiles de la guerra.³⁰

¿VICTORIA?

El 24 de mayo de 1999, cumplidos dos meses de la campaña de la OTAN, el Tribunal de Crímenes de Guerra en la ex Yugoslavia de la ONU, que se estableció originalmente para ocuparse de las atrocidades cometidas en Croacia y Bosnia, acusó al presidente serbio Slobodan Milosevic de crímenes de lesa humanidad y de guerra cometidos los dos meses anteriores en Kosovo. Era la primera vez que se acusaba por violaciones del derecho internacional a un jefe de Estado durante un conflicto armado. Si de por sí existían pocos indicios de que Milosevic tiraría la toalla, muchos en el gobierno de Clinton temieron que la acusación volviese a Milosevic aún más tenaz y aferrado al poder. Según la fiscal principal de la ONU, Louise Arbour, hubo funcionarios estadounidenses de alto rango que intentaron bloquear la acción legal.

Preocupado de que la OTAN perdiese su primera guerra, el primer ministro británico sugirió a Clinton una invasión terrestre. Los funcionarios estadounidenses empezaron a refunfuñar que no habían quitado ninguna opción “de la mesa”. Al final se instruyó al general Clark que elaborara un plan preliminar. Conocido como el “plan Wes”, implicaba un ataque a territorio hostil desde el sur, con 175 000 hombres de la OTAN. Ni a los comandantes conjuntos ni a Cohen les gustaba el plan, y le comunicaron sus recelos a Clinton. No obstante, el 2 de junio el consejero de Seguridad Nacional Sandy Berger se

encontró con varios asesores internos de política exterior, para enumerar cuatro puntos. El primero era: “Vamos a ganar”, el número cuatro, “Todas las opciones están en la mesa”. Cuando le preguntaron si eso incluía fuerzas terrestres estadounidenses dijo: “Vuelvan al punto número uno”.³¹

En Serbia aumentaba el disenso. Algunas unidades serbias comenzaron a amotinarse y a desertar. No querían morir por Kosovo, mucho menos por Milosevic. Los compinches de éste lo presionaban para que protegiera sus intereses comerciales, aunque eso significase abandonar Kosovo. Y el presidente ruso, Boris Yeltsin, en cuyo respaldo confiaba Milosevic, despachó a su enviado, el ex primer ministro Viktor Chernomyrdin, con la instrucción: “No me importa lo que tengas que hacer, pero térmalo. Está arruinando todo”.³² Yeltsin privilegiaba sus relaciones con Occidente por sobre cualquier confraternidad romántica entre rusos y serbios. De pronto Milosevic se encontró presionado por soldados disconformes, sus familias, sus propios socios y Rusia. También temía que si la OTAN emprendía una invasión terrestre, sería arrestado por crímenes de guerra.

El 3 de junio se rindió. El 9 de junio, después de 78 días de bombardeos, el dictador serbio firmó un acuerdo que obligaba a que las tropas y la policía serbias abandonaran Kosovo, y permitía la entrada a 50 000 soldados de paz de la OTAN. Aunque Kosovo aún formaba parte de Serbia, la salida de las tropas serbias por fin permitía a los albaneses gobernarse a sí mismos. Más de un millón de grupos étnicos albaneses retornaron a lo que quedaba de sus hogares y comenzaron poco a poco a reconstruir sus vidas, con la garantía de que, quizá por primera vez, no estaban sujetos a los caprichos de Belgrado. Después de 34 000 misiones, sólo dos aviones de la OTAN fueron derribados. No hubo una sola muerte entre los aliados. El general Clark venció el temor de bajas de la Casa Blanca, la hostilidad del Pentágono hacia él y su misión, la discordia entre los aliados de la OTAN, y una lista de blancos muy restringida. El hombre al que se atacó por su juicio estratégico y sus instintos políticos ganó la primera guerra de la OTAN.

En el verano de 1999, a poco de la llegada de las tropas de la OTAN para asistir en la transición a la autonomía, viajé por Kosovo y conocí a una niña albanesa de 14 años con los rasgos claros de Sidbela Zimic de Sarajevo. Se llamaba Drita Hyseyni y acababa de sobrevivir a una masacre en la que sus padres, abuelos y hermanos murieron ante sus ojos. Aunque Drita misma recibió cinco balazos en la ejecución masiva, escapó de la escena del crimen arrastrando su propio cuerpo

ensangrentado y el de su hermana menor fuera de la casa que los paramilitares serbios acababan de incendiar.

Al escuchar la terrible historia de Drita estuve tentada a ver su vivencia como una consecuencia del bombardeo de la OTAN. Después de todo, por mal que les hubiese ido a los albaneses bajo el dominio serbio antes de la intervención, no había llegado a nada parecido a esto. Los serbios mataron a unos 3 000 albaneses antes de la intervención, pero a la mayoría los habían dejado tranquilos en sus hogares. A primera vista, parecía que la OTAN intervino para arreglar una fuga y terminó por inundar la casa. Drita recordó la mofa de los asesinos cuando acribillaron a sus padres: “¿Dónde está la OTAN ahora, *shiptar*?”, repetían, mientras descargaban sus ametralladoras contra la familia Hyseyni: “Bill Clinton no te puede salvar”.³³

Pero Drita opinaba distinto. Su rostro, cubierto de cicatrices, se iluminó al recordar el primer momento en que oyó sobrevolar los aviones de la OTAN: “Supe entonces, con los aviones de la OTAN en el aire, que ganaríamos. Y así fue”. Por difícil que fuera ver a Kosovo como vencedor cuando el precio fue de familias enteras, los sobrevivientes albaneses miraban estos sacrificios como el precio de la libertad. Convencida, afirmó: “Tienes que entender que nos iban a matar de cualquier forma. Sólo era cuestión de tiempo. Sabíamos que era mejor morir peleando. La OTAN peleó, y ahora nosotros, al menos, somos libres”.

SECUELA

Las críticas

Un presidente Clinton victorioso viajó a Kosovo tras la rendición serbia. Habló con un grupo de albaneses reunidos en un centro deportivo próximo a la principal base estadounidense en el sur de Kosovo, y resumió el triunfo de la OTAN: “El señor Milosevic quería mantener el control en Kosovo deshaciéndose de todos ustedes, y le dijimos: ‘No’”. Los albaneses reunidos en el estadio coreaban desenfrenadamente: “Clin-ton, Clin-ton”. El presidente continuó: “Ahora ha perdido su posesión de Kosovo y ustedes han vuelto. Ya basta de días escondidos en sótanos, basta de noches congelándose en montañas y bosques”.³⁴

El veredicto sobre el éxito de la guerra de la OTAN y si tal intervención

humanitaria debería repetirse, es mixto en el mejor de los casos. Las opiniones varían según a quién se pregunte, y *en qué momento*. Los funcionarios del gobierno de Clinton defendieron tanto la forma de operar como los efectos de la campaña de bombardeos de 78 días, pero muchos no están convencidos. Durante todo el siglo xx, los funcionarios estadounidenses a menudo se pronunciaron en contra de intervenir para evitar el genocidio, por motivos de futilidad, perversidad o peligro. Y cuando Estados Unidos al fin intervino para poner coto a los abusos de Serbia contra los albaneses, los críticos de fuera del gobierno estadounidense expresaron estas mismas opiniones. Cuando Estados Unidos y sus aliados intervinieron finalmente para impedir el genocidio, el apoyo resultó débil. Muchos observadores sostuvieron que la forma que adoptó la intervención y las atrocidades a las que dio lugar confirmaban las razones que habían dado para mirar a otro lado.

Perversidad

La primera crítica al operativo de la OTAN fue que, cualesquiera que hayan sido sus objetivos de restablecer la credibilidad de la OTAN y asistir a los albaneses de Kosovo, el Operativo Fuerza Aliada generó resultados adversos. La OTAN salió perjudicada y causó mayor sufrimiento a los albaneses. Los críticos conservadores cuestionaron el uso de preciados recursos militares estadounidenses para rescatar a remotos extranjeros. Decían que el “trabajo social” no era asunto de la OTAN. Los serbios humillaron simbólicamente a Occidente al resistir tanto tiempo, y el estado de alistamiento de la OTAN fue socavado por tantos recursos balísticos en un país sin importancia vital.

Los críticos progresistas acusaban que Estados Unidos demostró la superficialidad de sus compromisos humanitarios al volar a 15 000 pies. El teórico político Michael Walzer fue uno de los que escribió que existía una contradicción moral entre la voluntad de la OTAN de matar a soldados serbios y causar daños colaterales, y su reticencia a comprometer soldados estadounidenses en el combate: “Ésta no es una postura moral viable. No se puede matar a menos que se esté dispuesto a morir”.³⁵ Aquellos que cuestionaban la sinceridad de los objetivos humanitarios de la OTAN comenzaron a buscar motivos ulteriores. Algunos argumentaban que la misión tuvo la finalidad de justificar la presencia continua de los militares estadounidenses, y así mantener en funcionamiento las

bases militares en Estados Unidos y ayudar al continuo florecimiento de Boeing. Elementos marginales que no pasaron mayor tiempo en los Balcanes insistían en que la OTAN buscaba asegurar todavía más mercados para compañías estadounidenses, o hacerles tragar a la fuerza el capitalismo a socialistas ejemplares. Harold Pinter, dramaturgo británico de izquierda, sostuvo: “El hecho es que ni a Clinton ni a Blair les importan un comino los albaneses kosovares. Esta acción fue otra desvergonzada y brutal afirmación del poderío estadounidense, con la OTAN como misil. Parte del objetivo de lograr una sola cosa: la dominación de Europa por Estados Unidos”.³⁶ Puesto que la intervención tuvo lugar justo después del escándalo de Clinton, muchos decían que ésta era su forma de distraer la atención pública de sus andanzas o, en palabras de Enrique IV, de ocupar “las mentes excitables en conflictos extranjeros”.³⁷ Otros se encogían de hombros y murmuraban que, cualesquiera fueran los motivos más profundos de la participación estadounidense, si *esto* sería la intervención humanitaria, no querían saber de ella. Llegaban a la conclusión de que se justificaba su anterior desconfianza de los gobiernos. Cuando los objetivos eran humanitarios, los estados no ofrecían más que mezquindad.

En febrero de 2000, Human Rights Watch, organización que se había fracturado en cuanto a exigir el empleo de la fuerza durante la guerra de Bosnia, publicó un informe muy crítico de la intervención de la OTAN en Kosovo. Con base en entrevistas, informes periodísticos, una misión de estudio en Serbia durante tres semanas de agosto de 1999 y el examen de estimaciones de daños por bombas e informes de forenses, el grupo estableció que murieron unos 500 civiles serbios y albaneses durante el operativo de la OTAN en Kosovo. Un tercio de las bajas y más de la mitad de las muertes resultaron de ataques a blancos cuestionables, como centrales de radio y televisión serbias. El grupo recomendó restringir los ataques de día, prohibir el uso de bombas de dispersión en zonas pobladas, mayor cuidado al atacar blancos móviles y una selección más cuidadosa de los objetivos.³⁸

El mismo mes, la Asociación Estadunidense de Juristas y un grupo de expertos legales occidentales y rusos enviaron un informe especial al Tribunal de Crímenes de Guerra de la ONU en La Haya, con el alegato de que la campaña de bombardeo de la OTAN violó la ley internacional con su descuidada matanza de civiles. Aunque la fiscalía de la corte terminó por desestimar los cargos, llevó a cabo una investigación preliminar que puso nerviosos a los oficiales de la OTAN

en cuanto a cualquier intervención humanitaria en el futuro, y el peligro que representaban las cortes internacionales. Éste era justo el tipo de examen de la actividad militar estadounidense que querían evitar los opositores a la ratificación del Convenio sobre Genocidio en el Senado de Estados Unidos.

El secretario general de la OTAN, George Robertson, dio a conocer una declaración en respuesta al informe de Human Rights Watch en que ponderó los “extraordinarios esfuerzos” de la OTAN por evitar muertes de civiles, pero reconoció que por desgracia ocurrieron. Instó a los observadores a no ver equivalencias falsas: “Lamento que la acción de la OTAN haya causado una sola muerte civil, pero estos incidentes indeseables de ninguna manera pueden equipararse con la sistemática e indescriptible violencia cometida contra civiles por las tropas y los paramilitares de Milosevic”.³⁹ Pero para muchos escépticos, ambos grupos de violaciones se confundían.

Futilidad

Una segunda crítica de la intervención fue que la violencia cometida por albaneses en las secuelas de la victoria de la OTAN demostraba que “no había buenos en la película”. La supuesta igualdad de los bandos tenía que demostrar la futilidad de tratar de brindar un servicio neto a la humanidad. En la década que precedió a la intervención de la OTAN en marzo de 1999, a los albaneses de Kosovo se les despidió de sus trabajos, se les sometió a exámenes corporales al desnudo, se les excluyó de colegios, y en general se les escupió encima por parte de serbios armados y no armados por igual. Justo antes, y durante, la campaña de bombardeo, los albaneses presenciaron ejecuciones sumarias, golpizas, violaciones y el incendio de cientos de poblados. El 90% de la población albanesa fue expulsada de sus hogares durante el Operativo Herradura de los serbios. Sin embargo, cuando Milosevic se rindió, muchos extranjeros idealistas esperaban que los albaneses volverían a casa, ofrecerían la otra mejilla y se comportarían de manera responsable. Como explicó Surroi, del *Koha Ditore*: “La moralidad era su inversión aquí, así que esperaban moralidad como recompensa”.⁴⁰

Pero cuando la OTAN invirtió los papeles y permitió que los albaneses ejerciesen sus derechos y controlaran sus propios destinos, muchos de los albaneses que retornaron se comportaron con brutalidad. Al año siguiente de la victoria de la OTAN, mientras unos 50 000 soldados de la misma patrullaban las

calles de Kosovo, extremistas albaneses expulsaron a más de 100 000 serbios de sus hogares en Kosovo y mataron a unos 1 500. Importantes medios de comunicación albaneses publicaban los nombres de aquellos a quienes llamaban “criminales de guerra” serbios. Los que eran marcados así, a menudo terminaban baleados. Las autoridades albanesas, por lo general oficiales del ELK que sólo dejaron de lado sus uniformes (pero rara vez sus armas), miraban para otro lado, alentaban o participaban en saqueos, golpizas y asesinatos. El número real de los perpetradores albaneses de actos de violencia era muy reducido, pero la actitud general entre los albaneses era: “Se lo merecen por lo que hicieron”. Los serbios al final se las veían feas. Se puso de moda la culpabilidad colectiva del tipo que Lemkin y otros atribuyeron a los alemanes durante el holocausto. La mayoría de los serbios que se quedaron en Kosovo terminó arrinconada en la parte norte de la provincia, en una especie de gueto serbio militante.

En el mismo discurso de noviembre de 1999, en el que Clinton recibió tan entusiástico aplauso de los albaneses al proclamar la victoria de la OTAN, mencionó el candente tema de la coexistencia con los serbios. Afirmó, al son de los aplausos de los albaneses: “No pueden olvidar la injusticia que se cometió con ustedes. Nadie los puede obligar a perdonar lo que les hicieron”, y una vez más la respuesta fue estruendosa. “Pero deben tratar de hacerlo”, concluyó, y esta vez el público guardó silencio.

La historia no ofrece muchos ejemplos de víctimas de violencia masiva que pasen a ejercer poder sobre sus anteriores opresores, en gran medida porque las potencias externas, como Estados Unidos, han sido muy reacias a intervenir en defensa de las minorías perseguidas. A menos que otro país actúe por motivos de interés propio, como en el caso de la invasión vietnamita a Camboya en 1979, o los miembros armados de la minoría logren resistir y ganar, como los rebeldes tutsis en Ruanda en 1994, los perpetradores de genocidio por lo general conservan el poder. Sin embargo, el hecho de que las víctimas pocas veces les quitasen el poder a los victimarios no impide a los estrategas políticos de Estados Unidos justificar la inacción con base en la supuesta equivalencia de todas las partes en el conflicto. Decían: “No podemos hacer que estas personas se lleven bien entre sí”. Aunque todas las partes pocas veces actuaban de la misma forma cuando se afirmaba algo como esto, los funcionarios estadounidenses a menudo advertían que, si las víctimas (kurdos, tutsis, musulmanes de Bosnia) hubieran acaparado la capacidad y el poder, ellos también se volverían contra los

miembros del otro grupo. La lógica de estas aseveraciones era que, sin importar lo atractiva que resultara la perspectiva del rescate en el corto plazo, a la larga no se obtendría nada. La gente que Estados Unidos salvara y dotara de poder hoy, tarde o temprano terminaría por atormentar a quienes se derrotó. Así, como hemos visto, los que creían en la futilidad de la intervención se preguntaban, en efecto: “¿Para qué molestarse?”

La historia no comprueba esta justificación de la no intervención por futilidad. El sobreviviente del holocausto Primo Levi examinó esta tendencia a equiparar el comportamiento del perpetrador con la capacidad de la víctima en *The Drowned and the Saved* [Los ahogados y los salvados]:

No sé, ni me interesa mucho saber, si en el fondo de mi ser se esconde un asesino, pero sí sé que fui una víctima sin culpa y no fui un asesino. Sé que los asesinos existieron [...] y que confundirlos con sus víctimas es la enfermedad moral de una afectación estética, o siniestra señal de complicidad; por sobre todo es un valioso servicio prestado (a propósito o no) a los negadores de la verdad.⁴¹

Levi no negaba que las víctimas pudiesen cometer actos malvados. Reconoció que la tendencia a la venganza después de un sufrimiento terrible es muy real y muy comprensible. Pero Levi cuestionó la suposición de que semejante retribución fuese inevitable. También dudó de la posibilidad de la equivalencia después de un genocidio.

Es un poco irónico que haya sido Kosovo el que terminó por provocar la primera intervención estadounidense del siglo en contra de la atrocidad. Es posible que fuera la menos probable, de todas las potenciales “paces” susceptibles de imponerse, de procurar la reconciliación. Más aún, no había conciliación original que recrear. Albaneses y serbios convivieron en la provincia durante generaciones, pero a diferencia de Ruanda y Bosnia, en que un mapa étnico mostraba puntos y manchas entremezclados como un cuadro de Jackson Pollock, los dos grupos en Kosovo rara vez se mezclaban. Los matrimonios mixtos eran virtualmente desconocidos. Esta historia no significaba que albaneses y serbios no pudieran convivir; sólo indicaba que era improbable que lo hicieran por algún tiempo.

Pero las agencias internacionales y los gobiernos occidentales querían resultados rápidos y baratos. Después de la rendición de Serbia, las Naciones Unidas establecieron una administración civil en la que los extranjeros decidían los impuestos locales, el contenido de los noticieros, los programas escolares y

las penas de prisión. Pero la policía era el ingrediente más crucial en una provincia de la que desapareció el sistema legal con la partida de un día para otro de las autoridades serbias. La policía de la ONU llegó a paso de tortuga y los donantes eran tacaños. El general alemán Klaus Reinhardt, comandante de la fuerza kosovar manejada por la OTAN, notó que el presupuesto anual de la ONU para Kosovo era de 64 millones de dólares, “la cuarta parte de lo que gastó la OTAN en *un día de bombardeos*”.⁴²

Se establecieron en Kosovo miles de trabajadores humanitarios extranjeros, a quienes se conoció como “imperialistas humanitarios”. Pero les faltaban los recursos y la suficiente comodidad ideológica para dictar la velocidad y las pautas del desarrollo de Kosovo. En su lugar intentaron usar sus recursos para influir en las decisiones políticas locales y utilizar su dinero para construir capacidad local. Puesto que los locales no controlaban aún su propio destino —los albaneses de Kosovo quedaron con “considerable autonomía y gobierno propio” pero no independencia—, los habitantes culpaban con frecuencia a los extranjeros de problemas que ellos mismos creaban. No obstante, al cabo de dos años de gobierno de transición de la ONU, cuando los albaneses de Kosovo concurrieron a las urnas en octubre de 2000 para elegir su propio gobierno, revelaron sus tendencias moderadas. En lugar de elegir al ELK de línea dura para manejar el país, votaron por Ibrahim Rugova, filósofo pacifista que dirigió la lucha por la autonomía albanesa desde mucho tiempo antes de que el ELK se formara.

Pero los críticos extranjeros ignoraron esta alentadora señal. La socorrida, sangrienta paz de Kosovo tan sólo ratificaba las anteriores nociones de los observadores respecto de que quienes se hacían pasar por víctimas rápido se convertirían en abusadores una vez que se les permitiese. A resultas de la represión albanesa, los críticos estadounidenses acusaron a la OTAN de producir dos rondas de limpieza étnica. El bombardeo aliado desencadenó la expulsión serbia de 1 300 000 albaneses entre marzo y junio de 1999, y luego permitió a los albaneses expulsar a 100 000 serbios.⁴³ La dinámica étnica particular entre serbios y albaneses escapaba al entendimiento de muchos extranjeros. Cuando los escépticos estadounidenses leyeron sobre violencia en la provincia, suspiraron y pensaron: “Ahí van de nuevo”. Muchos de los que observaban, para justificar su inacción previa ante las atrocidades de Bosnia, comenzaron a señalar a Kosovo como la prueba de que, cuando “las partes” no querían vivir juntas, no había nada que pudieran hacer los extranjeros acomedidos, por más bombas o

chequeras que tuvieran.

Perfidia

Una tercera crítica de la intervención fue que, a medida que progresaba, los gobiernos y los refugiados con intereses exageraron lo extremo de la violencia. Los críticos sostuvieron que los funcionarios estadounidenses mintieron y los refugiados exageraron las atrocidades, llamándolas “genocidio” e inventando gigantescas cifras de asesinatos. Supuestamente lo hicieron para fomentar los bombardeos.

La controversia de la “exageración” se arraiga en la ineludible dificultad de estimar con exactitud la escala de las atrocidades en el momento en que se cometen.⁴⁴ Cuando se nombró a Madeleine Albright secretaria de Estado en 1996, creó una Dirección de Análisis de Crímenes de Guerra en el Departamento de Estado, según la idea de que la mejor forma de lograr que la burocracia se fijara en las atrocidades era convertirlas en la tarea única de un grupo de funcionarios. Durante la intervención de la OTAN en Serbia en 1999, abogados de esta dependencia trabajaron junto con la gente de Inteligencia para analizar y dar a conocer los crímenes de guerra apenas se descubrían. El gobierno de Clinton reveló un mayor compromiso en averiguar sobre la situación de civiles y refugiados desaparecidos de lo que había hecho él o cualquier otro gobierno anterior. Mucho había cambiado desde 1975, cuando los refugiados camboyanos inundaron Tailandia y se encontraron con pocos extranjeros. Cuando Milosevic deportó a la población albanesa, el jefe de la nueva Dirección de Crímenes de Guerra del Departamento de Estado, el embajador David Scheffer, abogado internacionalista que había sido el segundo de Albright ante la ONU durante los genocidios de Ruanda y Srebrenica, voló de inmediato a Macedonia, adonde llegaban los refugiados. Scheffer realizó entrevistas que duraron 15 horas en Blace, Macedonia, con más de 200 refugiados. Sus conclusiones, combinadas con las de los más importantes grupos de derechos humanos y periodistas, eran tan inquietantes que los funcionarios estadounidenses comenzaron a preguntarse si esta deportación al por mayor de albaneses constituiría genocidio.

Ésta fue la tercera controversia del Departamento de Estado por la palabra con “g” en seis años. En crisis anteriores, los que se oponían a la intervención estadounidense tendían a estar en contra de usar la palabra. En este caso, muchos

de los que estaban *a favor* de la campaña de la OTAN preferían que no se rotulara de genocidio a las atrocidades de Milosevic. Una intervención humanitaria estadounidense se justificaba por la brutalidad de la limpieza étnica y de los crímenes de lesa humanidad de los serbios. ¿Por qué no dejarlo ahí? Un funcionario del Departamento, que se opuso al uso del término, explicó luego: “Mi forma de ver era: ‘¿Para qué tenemos que meterle la etiqueta de genocidio? Se está asesinando. Se viola a las mujeres y después se las acuchilla’. Miremos los hechos. Los hechos requieren acción. Éste fue un ataque sistemático a una población civil. Eso basta. Todo el mundo se entretiene con el ‘¿es o no es?’ No hace falta ese debate”.

No obstante, hubo tal debate y Scheffer se salió con la suya. Después de un siglo de esquivar la palabra “genocidio”, el Departamento de Estado autorizó su uso provisional después de sólo 10 días de conflicto entre la OTAN y Serbia. En ese momento los funcionarios estadounidenses temían que los serbios estaban separando a los hombres albaneses del resto de los refugiados a fin de ejecutarlos. El precedente de Srebrenica helaba a los que veían que los primeros convoyes de refugiados que pasaban a Albania y a Macedonia constaban sobre todo de mujeres y niños. En una conferencia de prensa, Scheffer declaró: “Lo que vemos desarrollarse en Kosovo son crímenes de guerra, limpieza étnica, crímenes de lesa humanidad. Y tienen lugar tan sistemática y profusamente que debemos llegar a la conclusión de que lo que presenciamos puede describirse como *indicios de un genocidio* que se despliega en Kosovo”.⁴⁵ Scheffer sabía que sería imposible un diagnóstico certero de genocidio durante la campaña de terror serbia, pero hizo lo que mucho tiempo antes recomendara Lemkin. Las expulsiones y matanzas serbias eran tan generales y bien planificadas que Scheffer usó la frase “indicios de genocidio” para incluir lo que describían los refugiados y suponían los grupos de derechos humanos. No se arriesgó a un diagnóstico formal de genocidio, pero planteó la posibilidad. El presidente Clinton mismo usó la palabra el 25 de junio: “propósitos de genocidio deliberados, sistemáticos”.⁴⁶ Éste fue su estreno en boca de un presidente estadounidense.

Aunque la conclusión de Scheffer de “indicios de genocidio” era relativamente provisoria y —según el convenio— exacta, hubo editorialistas, activistas no gubernamentales y otros sectores que criticaron al equipo de Clinton por usar el vocablo. Veían a cientos de miles de albaneses expulsados, pero no asesinados.

Debido a que la mayoría identificaba el genocidio con el exterminio total, acusaron a Estados Unidos de exagerar el terror serbio para justificar la misión de la OTAN y las bajas que resultaran de ella. Sin duda, una parte de la frustración con el gobierno era razonable. No era casual que, tras evitar el término en Bosnia y Ruanda, cuando quería mantenerse al margen, el gobierno de Clinton aplicara el rótulo sólo cuando buscaba el apoyo del público. En este caso, la calificación de “genocidio” no era una vergüenza para Estados Unidos; al contrario, elevaría su autoridad moral. Sin embargo, una lectura directa del convenio captaba el tipo de desplazamientos y matanzas étnicamente condicionados que tenían lugar: Milosevic eliminaba a la población albanesa de Kosovo.

También se criticó a los funcionarios por sus estimaciones supuestamente exageradas en cuanto al número de asesinados. La realidad es que la documentación muestra más bien la cautela de la mayoría al mencionar cifras. En una conferencia de prensa del Departamento de Estado del 9 de abril, los periodistas presionaron a Scheffer a que diera una estimación. Respondió: “Creo que sería imprudente arriesgarse a dar cifras en este momento. Me preocupa que cualquier número que mencione pudiera estar muy por debajo de lo real. Me parece que vamos a tener que esperar para averiguarlo”.⁴⁷ El 19 de abril declaró el vocero del Departamento, James Rubin: “Quedan todavía 100 000 hombres que no han aparecido, simplemente con base en el número que tendría que haber acompañado a las mujeres y niños a Macedonia y Albania”. Les recordó a los periodistas la forma de proceder de los serbios en el pasado reciente: “En vista de las últimas prácticas, da escalofríos pensar dónde pueden estar esos hombres. No lo sabemos”.⁴⁸ Rubin lo dijo bien. Nadie lo sabía en ese momento.

La forma de expresarse de Rubin fue el modelo para otros funcionarios. La mayoría notaba que a los hombres en edad militar se los separaba sistemáticamente de las columnas de refugiados. Mencionaron casos concretos de matanzas en masa y asesinatos individuales, y los calcularon en 4 600. Pero aunque posiblemente suponían lo peor, no sacaban conclusiones en público. Diferenciaban entre los albaneses que suponían muertos y los que sólo no aparecían. El 7 de mayo, por ejemplo, el vocero del Departamento, Kenneth Bacon, dijo también:

Faltan 100 000 hombres en edad militar. Calculamos que más de 4 600 han sido ejecutados en masa en más de 70 localidades [...] Esto bien puede ser un juicio conservador del número de muertes por ejecuciones masivas. A algunos quizá se les obligó a cavar fosas; a otros, a trabajar para los militares

serbios en una forma u otra. Poseemos informes de que algunos sirvieron como escudos humanos. Algunos pueden haber muerto en las montañas o trabajando. Simplemente no sabemos, y ése es uno de los misterios que se van a resolver sólo hasta que acabe este conflicto.

Al continuar la presión de los periodistas, Bacon pareció perder la paciencia. Igual que Claiborne Pell durante la crisis kurda de 1988, señaló lo obvio: “El que faltan quiere decir que no podemos entrevistarlos y averiguar con exactitud lo que les pasó”.⁴⁹ Unos días más tarde, la secretaria Albright dijo que inevitablemente quedarían abiertas muchas interrogantes hasta que los investigadores independientes obtuvieran acceso pleno: “Sólo una vez que haya terminado la guerra y el pueblo de Kosovo pueda regresar con seguridad a sus hogares conoceremos la magnitud del mal que se desencadenó en Kosovo. Pero que no sepamos todo no quiere decir que no sepamos nada; y que no nos sea posible impedir esta tragedia no significa que la debamos ignorar ahora”.⁵⁰ La secretaria hacía un corte respecto de la anterior práctica oficial al comunicar lo que le parecía era la cruda verdad, aun a sabiendas de que esto podía generar mayor presión para que Estados Unidos interviniera con tropas terrestres.

En el año que siguió a la rendición de Milosevic, los investigadores comenzaron a excavar fosas comunes en Kosovo. En septiembre de 1999, un equipo forense español sostuvo haber descubierto víctimas de crímenes de guerra, pero mucho menos de las que esperaba. El inspector principal de una unidad española, Juan López Palafox, declaró: “Nos dijeron que íbamos a la peor parte de Kosovo, y que tendríamos que estar dispuestos a hacer más de 2 000 autopsias, y que tendríamos que trabajar hasta fines de noviembre. El resultado ha sido muy otro. Descubrimos 187 cuerpos, y ya estamos de vuelta”. Los investigadores españoles trajeron nuevas expectativas a sus informes sobre Kosovo. Prosiguió Palafox: “En la ex Yugoslavia hubo crímenes, algunos sin duda horrorosos, pero siempre relacionados con la guerra. En Ruanda vimos los cadáveres de 450 mujeres y niños apilados en una iglesia, todos con los cráneos abiertos”.⁵¹ Lo de Ruanda estableció parámetros modernos, por completo nuevos para el genocidio. Se hizo un recuento de los cadáveres, y se juzgó que el caso de Kosovo no tenía la misma jerarquía.

En noviembre, los fiscales de crímenes de guerra de la ONU anunciaron el hallazgo de unos 4 000 cuerpos enterrados. Los periodistas se valieron de esta “reducida” cifra para suponer que el gobierno de Estados Unidos había mentido. Wolf Blitzer, de CNN, afirmó: “La cantidad es importante, pero nada al lado de la

que indicaron los funcionarios durante la lucha. Eso es 7 000 menos de los 11 000 que se denunciaron a la ONU después de la guerra”. El informe de Blitzer no mencionaba los más de 300 sitios que no se habían investigado en absoluto ni de la notoria costumbre serbia de encubrir la evidencia. En cambio, recordó a un funcionario del gobierno de Bush que describió la “tentación de valerse de licencias poéticas con los hechos” del gobierno.⁵²

La verdad de lo que las fuerzas serbias les hicieron a los albaneses entre el 24 de marzo y el 10 de junio de 1999, desde luego, sigue saliendo a la luz. Desde noviembre de 2000, el Tribunal de Crímenes de Guerra de la ONU en La Haya confirmó 4 000 cuerpos o partes exhumadas de más de 500 lugares.⁵³ Los funcionarios destacaron que no todos los ejecutados o muertos a golpes en Kosovo fueron enterrados en fosas comunes. Se arrojó a muchos en zanjas al lado de los caminos, pozos y huertos. A algunos albaneses, a quienes al principio se les apiló en fosas para su inhumación, se les retiró después. Se taparon los rastros de los serbios con topadoras, que diseminaron partes corporales en sitios variados o llevaron los cuerpos para su incineración en fogatas o fábricas. En la población de Izbica, por ejemplo, los habitantes albaneses enterraron a 143 víctimas de una masacre serbia antes de huir a comienzos de abril. Imágenes satelitales confirmaban la existencia de 143 tumbas. Pero para cuando los investigadores llegaron, en junio, las únicas señales de vida destruida que quedaban eran las huellas de las orugas de las topadoras que entrecruzaban la región. Los cuerpos habían desaparecido.

El cuidadoso examen de las afirmaciones estadounidenses y de los refugiados revela que las estimaciones de ambos demostraron ser sorprendentemente exactas. A pesar de la desesperación de los refugiados de alcanzar la frontera cuanto antes, y del terror de la experiencia, Human Rights Watch logró confirmar 90% de lo que se comunicó a sus investigadores. El fiscal de la ONU en La Haya también halló que cuatro de cada cinco informes de refugiados kosovares sobre el número de cadáveres en las sepulturas eran precisos.

Los cuerpos siguen apareciendo. En 2001 se exhumaron 427 cadáveres albaneses de cinco fosas comunes masivas escondidas en Serbia. Se descubrieron tres fosas más, con más de 1 000 cuerpos, en un suburbio de Belgrado, y aguardaban su exhumación. Cada uno de los nuevos hallazgos se encuentra en la cercanía de cuarteles militares o policiales yugoslavos.⁵⁴

Se han verificado algunos de los más descabellados rumores que circulaban

durante el operativo de deportación serbio. Mientras la OTAN bombardeaba, el ensayista Christopher Hitchens recibió una carta de un ex estudiante serbio acerca de un amigo suyo, camionero, al que el ejército yugoslavo le ordenó transportar a Serbia cadáveres albaneses en su vehículo refrigerado. Hitchens, fervoroso partidario de la intervención de la OTAN, no publicó la carta porque hasta a él le parecía “grotesca y fantástica”. Desconfiaba de los rumores en tiempo de guerra.⁵⁵ Pero en julio de 2001 Zivadin Djordjevic confirmó el rumor. Djordjevic era un buzo serbio de 56 años que se ganaba la vida zambulléndose en el Danubio para rescatar vehículos y personas que se ahogaban. En abril se le pidió que examinara un camión frigorífico Mercedes blanco que se encontró en el Danubio cerca del poblado de Kladovo, 150 millas al este de Belgrado. Supuso que no sería más que otro vehículo desafortunado, así que se puso el equipo y nadó hasta la puerta trasera del camión. Cuando la abrió, descubrió un espeluznante cargamento de hombres, mujeres y niños. Lo primero que vio fue una “hermosa mujer semidesnuda, de cabellos negros y grandes dientes blancos”. Luego pudo discernir dos niños “de no más de ocho años”. Los cadáveres entremezclados se deslizaron en sus brazos. Al tratar de reintroducirlos en el camión, resbalaba otro para afuera. Dijo: “Fue la primera y única vez de mi vida que presencié algo tan terrible”.⁵⁶

Dos días después del comienzo del bombardeo de la OTAN, sabemos ahora, Milosevic le ordenó a su ministro del Interior, Vlatko Stojilkovic, “despejar” la evidencia de crímenes de guerra en Kosovo. Éste utilizó todos los camiones refrigerados disponibles para retirar cadáveres de los lugares de ejecución en Kosovo y eliminarlos o volver a enterrarlos en Serbia. Según testigos, algunos de los cuerpos se cremaron en Bor, Serbia, y Trepca, en Kosovo. El gobierno de Milosevic no sólo permitió, alentó y ordenó a sus fuerzas a asesinar a los albaneses, sino que también intentó ocultar los crímenes. El tribunal de la ONU ha recibido informes de que unos 11 334 albaneses están enterrados en 529 lugares, sólo en Kosovo.⁵⁷

Por alta que sea la cifra de muertos, es mucho menor que si la OTAN no hubiera actuado en absoluto. Después de años de evitar el enfrentamiento, Estados Unidos y sus aliados tal vez salvaron cientos de miles de vidas. Además, aunque críticos prospectivos y retrospectivos de la intervención estadounidense recitaran desde hace mucho los dañinos efectos colaterales posibles, la campaña de la OTAN inauguró algunas consecuencias inesperadas muy positivas. Acusado

por el Tribunal de Crímenes de Guerra por las atrocidades serbias en el Operativo Herradura y derrotado en batalla, el presidente Milosevic se volvió más vulnerable localmente. El pueblo serbio se percató de que el régimen de Milosevic significaba corrupción, opresión, muerte, y un futuro de aislamiento internacional y desolación económica. Cuando un profesor serbio de economía, Vojislav Kostunica, se enfrentó a Milosevic en las elecciones de 2000 sobre una plataforma de cambio, Milosevic fue rotundamente derrotado. Al intentar Milosevic impugnar los resultados, mineros, obreros, policías y soldados se unieron a los intelectuales y estudiantes de Belgrado para poner fin a su mortífero reino de 13 años. En marzo de 2001, el gobierno de Kostunica arrestó a Milosevic, y en junio, a cambio de unos 40 millones de dólares de urgente ayuda financiera de Estados Unidos, Belgrado lo entregó a La Haya. El cambio político por fin le permitió a la ciudadanía serbia tomar conciencia de los crímenes de guerra serbios, requisito para la estabilidad de largo plazo de la región.

El hombre que tal vez contribuyó más que cualquier otro a la derrota de Milosevic en el campo de batalla fue el general Wesley Clark. La campaña de bombardeo de la OTAN logró retirar brutales unidades policiales de Kosovo, garantizar el regreso de 1 300 000 albaneses kosovares y brindarles la posibilidad de gobernarse a sí mismos. Sin embargo, en Nueva York, Clark era un paria. En julio de 1999 se le informó con sequedad que se le remplazaría como comandante supremo aliado en Europa. Esto forzó su retiro, tras 34 años de distinguido servicio militar. Obrar en favor de la intervención humanitaria nunca fue un muy buen movimiento para su carrera profesional.

XIII. EL LEGADO JUDICIAL DE LEMKIN

DRAMAS EN LA CORTE

Cuando el presidente serbio Slobodan Milosevic llegó al Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra en La Haya, era el trigésimo noveno yugoslavo acusado de crímenes de guerra por terminar tras las rejas de la ONU. Al principio se le acusó sólo de crímenes de lesa humanidad en Kosovo, pero la fiscalía de la ONU amplió más tarde la acusación para incluir genocidio en Bosnia. Su esposa y cómplice política, Mirjana Markovic, condenó al tribunal como un “campo de concentración con cámaras de gas para serbios”. En su primera aparición en la corte, Milosevic fustigó al “falso tribunal” y se negó a aceptar un abogado. Al preguntársele si deseaba se le leyera la acusación de 51 páginas, respondió: “Eso es problema de ustedes”.¹ En una sesión posterior amplió: “No me molesten haciéndome oír durante horas un texto escrito en el nivel intelectual de un niño de siete años, o —corrijo— un niño retardado de siete años”.²

Pero por más recia que conservase Milosevic su actitud, los tiempos habían cambiado. Preparándose para una larga escena legal contra la OTAN y el tribunal “ilegítimo”, el juez principal, Richard May, lo interrumpió. Irritado por la indiferencia del acusado, el juez sólo apagó el micrófono de Milosevic y levantó la sesión. May justificó: “No es momento para discursos”. Se condujo al otrora poderoso líder serbio de vuelta a su celda de tres por cinco metros. En agosto de 2001, desesperado por llamar la atención, Milosevic infringió las reglas del tribunal con un llamado prohibido a Fox News. Al aire repitió sus cargos contra la corte “ilegal”, y acerca de su papel en las guerras balcánicas dijo: “Estoy orgulloso de todo lo que hice”.³ La corte lo reprendió y amenazó con revocarle los privilegios telefónicos. Al hombre que tuvo a Occidente en ascuas durante casi una década se le informaba que una transgresión más le costaría su tarjeta telefónica mensual y sus siete minutos de llamadas diarias asignadas.

El Centro de Detención de La Haya, que en algún momento fue el desierto emblema del desgano occidental, se convirtió en la ajetreada residencia de

muchos socios, subordinados y enemigos de Milosevic. El general serbiobosnio Radislav Krstic, comandante de la división Drina, que realizó el ataque a Srebrenica, también terminó encerrado en la cárcel neerlandesa. Lo pescaron en Bosnia oriental tropas estadounidenses en diciembre de 1998.⁴ El arresto fue algo especial, pues las tropas estadounidenses presentes en Bosnia para imponer el Tratado de Paz de Dayton de 1995 se habían abstenido en general de hacer redadas. En la víspera de la llegada de las tropas, el encuestador de Clinton, Dick Morris, le preguntó al público estadounidense qué tareas deberían realizar los soldados en Bosnia. Las respuestas asombraron al presidente. Morris afirmó: “Al arresto de criminales de guerra era a lo que más se oponían; tal vez como herencia de Somalia, ir de cacería tras el malo”. Morris pensaba que los criminales de guerra bosnios nunca se conocieron lo suficiente para odiarlos. Estimó que el nombre del líder político serbiobosnio Radovan Karadzic tenía 20% de reconocimiento contra cerca de 100% de Saddam Hussein: “No creo que el público haya sabido jamás el gran hijo de puta que era Karadzic. Como no era jefe de Estado, sino sólo un general, creo que la mayoría de la gente no conocía el nombre”,⁵ pero da la casualidad de que Karadzic no era general, sino “presidente” por decisión propia.

En Washington estaban tan nerviosos por la posibilidad de bajas que el comandante de la OTAN, el almirante estadounidense Leighton Smith, impartió órdenes precisas a las tropas: “No provoquen; vivan y dejen vivir”. Aunque la base estadounidense estaba a 17 kilómetros del cuartel general de Ratko Mladic, el hombre más buscado de Bosnia, Estados Unidos permitió que el confiado general siguiera trabajando. Ansiosos por evitar inflamar la ira del general, de ya notoria agresividad, las fuerzas estadounidenses anunciaban sus visitas al cuartel de Mladic con buena anticipación.

Pero para finales de 1998, la unidad serbia estaba resquebrajada y la OTAN cambió su política sobre arrestos. Los oficiales de inteligencia sabían que Krstic no era tan peligroso como Mladic (como el mismo Krstic sostendría repetidas veces en el tribunal). Y como la ONU mantenía en secreto su acusación, no estaba en guardia cuando se le prendió.⁶

Krstic fue el oficial militar de más alto rango que se juzgaría por una corte internacional desde 1945. El 13 de marzo de 2000, poco menos de cinco años después de la decisiva toma de Srebrenica, el general serbio se encontró en el banquillo de los acusados. Perdió la pierna derecha en un accidente de mina en

época de guerra, y mientras escuchaba el discurso inicial de un fiscal estadounidense, Mark Harmon, Krstic se frotaba el muñón. “Éste es un caso del triunfo sobre el mal”, dijo Harmon:

una historia acerca de soldados y oficiales del ejército serbiobosnio, hombres educados, que declararon ser soldados profesionales, creer en el Todopoderoso y representar un pasado serbio encumbrado y distinguido, que organizaron, planearon y participaron de buena gana en un genocidio, o se mantuvieron callados frente a él.⁷

Harmon expuso la planeación cuidadosa y elaborada necesaria para matar a tantos muchachos y hombres con la celeridad con que lo lograron las fuerzas de Mladic y Krstic: “Consideren por un momento lo que hizo falta para poner en marcha este operativo de matanza masiva”. Harmon dijo a la corte:

- Impartir, transmitir, y distribuir órdenes a todas las unidades que participaron o asistieron en el movimiento, la matanza, entierro y reentierro de las víctimas.
- Reunir un número suficiente de autobuses y camiones para transportar a las miles de víctimas musulmanas hacia los centros de detención cercanos a los lugares de ejecución.
- Obtener suficiente combustible para estos vehículos, en una época en que era escaso a causa del embargo de combustibles.
- Identificar y obtener instalaciones de detención adecuadas cerca de los lugares de ejecución en donde reunir a los prisioneros antes de matarlos.
- Conseguir vendas para los ojos y ligaduras suficientes para estos prisioneros.
- Organizar los escuadrones de la muerte.
- Requisar y transportar equipo pesado necesario para cavar fosas comunes.
- Enterrar a las miles de víctimas ejecutadas en variadas localidades (y más tarde hacer lo mismo al reenterrarlas).
- Preparar y coordinar propaganda de la división Drina y de todos los niveles militares y gubernamentales [...] para rebatir las bien fundadas afirmaciones de que se cometieron atrocidades.⁸

Lo que estaba por determinarse no era sólo la responsabilidad individual de Krstic, sino la álgida cuestión de la comisión de genocidio por parte de las fuerzas serbias en Bosnia.

Aunque las atrocidades bosnias evocaban vívidos recuerdos del holocausto, la

cuestión del genocidio continuó en debate por años después de terminada la guerra. Era evidente que los serbiobosnios, respaldados por Milosevic en Serbia, se valieron de la guerra de 1992-1995 para purgar de musulmanes todo el territorio bajo su control, y mataron a decenas de miles de civiles. Sin embargo, no liquidaron a cada musulmán que les cayera en las manos, como hicieron los nazis y los hutus de Ruanda. Mientras que el holocausto y Ruanda eran claros genocidios, Bosnia presentaba a los jueces el desafío de decidir la definición por adoptar. Puesto que sólo se ejecutó a los varones en edad militar en Srebrenica, mientras que se deportaba a las mujeres y a los niños en su mayoría, el equipo de defensa de Krstic argumentó que los serbios no cometieron genocidio.

Si Lemkin dio nombre al crimen de genocidio en 1944, había hecho falta la creación del Tribunal Criminal de la ONU en La Haya para que los perpetradores finalmente recibieran castigo por cometerlo y para precisar aún más el significado del término. El medio siglo entre ellos no fue bondadoso con el vocablo. Con él se describieron innumerables prácticas, entre ellas segregación, desegregación, esclavitud, control de la natalidad y abortos, esterilización, clausura de sinagogas en la Unión Soviética y hasta suburbanización. El mal uso y abuso del idioma es inevitable. Pero una consecuencia de la ausencia de un organismo internacional funcional que pudiera desechar absurdas acusaciones de genocidio y sopesar las más complicadas era que se dificultaba distinguir a las víctimas reales de genocidio de las de crímenes de lesa humanidad, marginación social o persecución.

En el juicio de 16 meses de Krstic, el tribunal entrevistó a 128 testigos y examinó 1 093 pruebas, incluso fotografías de fosas que mostraban cráneos con vendas y los huesos de las muñecas atados con alambres y cuerdas. En agosto de 2001, la corte anunció su decisión. Krstic apareció en un traje azul marino, camisa blanca, y corbata amarilla y negra. El juez principal, Almiro Rodrigues, comenzó por describir los hechos:

El caso no trata únicamente del exterminio sólo de los varones bosnios en edad militar, sino también de que es una decisión deliberada de matar a los hombres con la plena conciencia del efecto que los asesinatos inevitablemente tendrían en el grupo en su conjunto. Al decidir matar a todos los hombres de Srebrenica en edad militar, se decidió imposibilitar la sobrevivencia de los musulmanes bosnios de ese lugar.

Rodrigues resumió: “Dicho de otra manera, lo que era limpieza étnica pasó a

ser genocidio”.⁹ La corte de la ONU determinó que el Convenio sobre Genocidio suponía la destrucción física y biológica, pero no exigía un plan de exterminar a todos los miembros de un grupo. Al ocuparse de la responsabilidad individual de Krstic, el juez sostuvo: “En julio de 1995 usted se prestó para el mal [...] Usted es culpable de haber estado de acuerdo con el plan de dirigir las ejecuciones en masa de todos los hombres en edad militar. Por tanto, usted es culpable de genocidio, general Krstic”. Puesto que los jueces de Nuremberg ignoraron las solicitudes de Lemkin y excluyeron el genocidio de sus veredictos, ésta fue la primera sentencia de genocidio en Europa. Krstic, de 53 años, fue sentenciado a 46 años de prisión, la sentencia más dura de la corte hasta la fecha.

ANTECEDENTES: EL CAMINO A LA PUESTA EN VIGOR

Si Lemkin pudiera haber observado el desarrollo del proceso en La Haya, se habría sentido complacido. La creación del Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra para la ex Yugoslavia en 1993 contribuyó a su vez a la creación, en 1994, de una corte de la ONU para someter a juicio a quienes ordenaron o cometieron el genocidio en Ruanda. También impulsó la aplicación de justicia a los perpetradores del Khmer Rouge en Camboya y el castigo de Saddam Hussein por sus atrocidades. Estos hechos movilizaron a estados en apoyo de la creación de una Corte Criminal Internacional por la que se bregaba desde hacía mucho. Los fiscales que hoy intentan acusar de genocidio se pasan los días estudiando los papeles de Lemkin a fin de vislumbrar la “intención original” del abogado polaco.

Lemkin siempre sostuvo que era cuestión de tiempo para que los dirigentes mundiales vieran tanto el valor moral como la utilidad de castigar a los perpetradores de genocidio. Mientras peleaba para que se aprobara el convenio, jamás fue tan ingenuo para pensar que la sola aprobación sería condición suficiente para que entrara en vigor. Sólo pensaba que era necesaria. En primer lugar, el convenio permitiría a la corte de la opinión pública condenar el crimen; de ahí, las cortes nacionales proseguirían con el enjuiciamiento de acusados que aparecieran en su fuero; y por último, años más tarde, cuando el mundo estuviera “listo”, un cuerpo criminal internacional castigaría a los sucesores de Talaat y Hitler. Estos juicios internacionales de crímenes de guerra castigarían e incapacitarían a perpetradores culpables, impedirían el genocidio en el futuro,

establecerían un recuento histórico de los hechos y, al señalar la responsabilidad individual, permitirían que coexistieran grupos étnicos o religiosos incluso después de horribles atrocidades.

Pero en 1959, año en que murió Lemkin, los caminos legales a la puesta en vigor eran callejones sin salida.¹⁰ ¿Por qué comenzó de repente el mundo en los años noventa a castigar el genocidio, cuando el Convenio sobre Genocidio se violó e ignoró de manera tan flagrante y sin miramientos desde el holocausto? ¿Y qué han logrado, si es que lo han hecho, las nuevas cortes?

Irak

La primera oleada de entusiasmo de posguerra por el enjuiciamiento de crímenes de guerra internacionales llegó en 1990, después de que Saddam Hussein invadiera Kuwait. Margaret Thatcher fue la primera en proponer la idea de llevar a juicio por crímenes de guerra al dictador iraquí porque capturó a rehenes occidentales. En una entrevista para la televisión, en septiembre de 1990, la primera ministra británica dijo: “Si algo les llegara a pasar a esos rehenes, tarde o temprano, cuando se acaben las hostilidades, podríamos hacer lo que hicimos en Nuremberg, enjuiciar a los responsables por su comportamiento totalmente brutal y falta de civilización [...] No pueden decir ‘Actuamos por órdenes’”.¹¹ El presidente Bush respaldó las recomendaciones de Thatcher a mediados de octubre. Advirtió: “Recuerden que cuando terminó la guerra de Hitler se entablaron los procesos de Nuremberg”.¹² El 28 de octubre abundó:

Saddam Hussein saqueó a un vecino pacífico, tomó rehenes inocentes y gaseó a su propio pueblo. Y todos esos crímenes son punibles según los principios adoptados por los aliados en 1945, y ratificados por unanimidad por las Naciones Unidas en 1950. Hace dos semanas mencioné los procesos de Nuremberg. Saddam Hussein debe entender lo mucho que hay en juego, la justicia de la causa y, hoy más que nunca, la realidad de la intención.¹³

La idea cobró fuerza en abril de 1991, después de ganarse la Guerra del Golfo, y al comenzar a circular de nuevo el rumor de que Hussein mataba a civiles kurdos. A instancias de varios cancilleres europeos, algunos abogados internacionales recomendaron la creación de una corte criminal o la presentación de acusaciones de genocidio según el convenio ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya. El ministro de Relaciones Exteriores

alemán, Hans-Dietrich Genscher, fue el principal vocero en favor de procesar a Hussein, hablando del tema repetidamente en sus discursos públicos de 1991.¹⁴ Pese a esta erupción de entusiasmo y a la meticulosa documentación de la campaña Anfal ofrecida por Human Rights Watch, ni la ONU ni los estados miembro actuaron en consecuencia. Sólo con los crímenes en la ex Yugoslavia se formó un Tribunal de Crímenes de Guerra.

La ex Yugoslavia

Mirko Klarin, periodista yugoslavo de primera línea, quizá fue el primero en instar a la comunidad internacional a procesar a criminales de guerra balcánicos. El 16 de mayo de 1991, aun antes de comenzar las guerras en Eslovenia y Croacia, y un año antes del conflicto de Bosnia, el previsor Klarin escribió una vigorosa arenga en el diario yugoslavo *Borba* [Lucha] con el título “Nuremberg iya!” Klarin ridiculizó a los dirigentes políticos yugoslavos que decían que se ocuparían de los crímenes de lesa humanidad una vez que el conflicto terminara. Eran estos mismos líderes, insistió Klarin, quienes incitaban a la violencia étnica y azuzaban el odio que desembocaría en las atrocidades. Preguntó: “¿No sería mejor que a nuestros dirigentes grandes y pequeños se les sentara en el banquillo de los acusados en lugar de la mesa de negociaciones?” Propuso que formaran un tribunal “expertos en derecho de guerra internacional imparciales, no importa cuán pequeño y modesto”, para someter a juicio a los líderes responsables de crímenes contra la paz y contra la humanidad que ya se habían cometido: “No existe motivo para aplazar el mininuremberg yugoslavo para cuando ‘se haya acabado’ esto. Sería mucho más eficaz hacerlo *antes* o, mejor todavía, *en lugar de esto*”.¹⁵

Pero nadie le hizo caso. Y siguieron las guerras de Eslovenia, Croacia y Bosnia. Con la carnicería de Bosnia a plena vista de los medios internacionales, los dirigentes occidentales a menudo respondían a las barbaridades con advertencias a los autores de atrocidades y crímenes de guerra de que se les haría “individualmente responsables”. Human Rights Watch, que sistemáticamente recopilaba evidencia de los crímenes, comenzó a exigir el establecimiento de una corte a partir de julio de 1992. Al quedar a la vista los campos de concentración unos días más tarde, la llamada tuvo consecuencias. El 13 de agosto, Estados Unidos, con la presión de formadores de opinión de elite, se unieron a una

solicitud del Consejo de Seguridad para que estados y organizaciones humanitarias internacionales presentaran “información fidedigna” de crímenes de guerra.¹⁶ Fue alrededor de esta época cuando el candidato Clinton ayudó a avergonzar al presidente Bush para que éste ordenara compilar toda la evidencia disponible acerca de los campos de concentración. El holocausto, dijo Clinton, nos enseñó el costo del silencio frente al genocidio: “Debemos averiguar quiénes son los responsables de estas acciones y dar los pasos para enjuiciarlos por estos crímenes de lesa humanidad”.¹⁷ Altos diplomáticos europeos de nuevo propusieron la creación de un tribunal internacional. El ministro de Relaciones Exteriores alemán, Klaus Kinkel, retomó el tema donde lo dejó Genscher, su predecesor. En una conferencia de la UE y de la ONU en Londres, a finales de agosto de 1992, pronunció un discurso en que destacó: “Lo que está pasando aquí es genocidio. La comunidad de naciones perseguirá todos los crímenes, sin importar quién los haya cometido”.¹⁸ Pero “persecución” y “responsabilidad” eran términos imprecisos. Aunque un Estado podía utilizar la Corte Internacional de Justicia para acusar a otro de genocidio, no existía aún ningún fuero para procesar a *individuos* por atrocidades.

En octubre de 1992, el tema cobró ímpetu. Por recomendación de Tadeusz Mazowiecki, el encargado especial de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU para la ex Yugoslavia, quien después renunció a raíz de Srebrenica, los aliados reclamaron la creación de una comisión imparcial de expertos para estudiar la información recopilada.¹⁹ Estados Unidos intervino con toda deliberación para que se utilizara el término “comisión”. En busca de asociaciones con el holocausto, los abogados internacionales estadounidenses pensaban que el nombre vincularía esta empresa a la Comisión Aliada de Crímenes de Guerra, el ineficaz organismo de la segunda Guerra Mundial dirigido por Herbert Pell que, sin embargo, sirvió de precursor al Tribunal de Nuremberg.²⁰

En diciembre de 1992, con el gobierno de Bush a punto de dejar el poder, el secretario de Estado interino, Eagleburger, prestó a la comisión de la ONU una gran ayuda cuando mencionó nombres en Ginebra. Pero más allá del respaldo verbal de Estados Unidos, la comisión carecía de la fuerza financiera y política, personal y de la seguridad necesarias para efectuar investigaciones independientes y oportunas de las atrocidades. Más aún, el nombre de la comisión parecía haber sido elegido con propiedad, al mostrar todas las señales

de repetir el fracaso de la comisión de Pell. Gran Bretaña y Francia en ese momento miraban a Belgrado con más simpatía que Alemania o Estados Unidos. El primer ministro John Major y el presidente Mitterrand procuraron acotar la independencia de la comisión al considerar que asignar responsabilidad a los asesinos podía interferir en su búsqueda de un arreglo negociado. Buscar justicia, decían, demoraría la paz.²¹

Pero otros insistían en que no podía haber paz duradera en los Balcanes sin justicia. Incitada por el liderazgo de Cherif Bassiouni, profesor de derecho internacional y tesorero propulsor de la justicia internacional, la comisión de la ONU siguió adelante y reunió una plétora de testimonios de refugiados y otras evidencias de las atrocidades. En febrero de 1993, los cinco abogados de la comisión presentaron un informe preliminar al secretario general de la ONU en el que definían la “limpieza étnica”, expresión que se usaba como una especie de eufemismo a mitad de camino entre crímenes de lesa humanidad y genocidio. Los comisionados afirmaron que la limpieza étnica —“volver totalmente homogénea una región mediante el uso de la fuerza para retirar a personas de determinados grupos”— se llevó a cabo por medio de “asesinato, tortura, arresto y detención arbitrarios, ejecuciones extrajudiciales, violación y acoso sexual, confinamiento de civiles en guetos, expulsión forzada, cambio de lugar y deportación de civiles, ataques deliberados o amenazas de ataques a civiles o zonas civiles, y destrucción gratuita de propiedad”. Afirmaban que tales eran crímenes contra la humanidad y bien podrían considerarse genocidio, según el convenio. También mencionaban formalmente la posibilidad de establecer un tribunal de la ONU para enjuiciar estos crímenes. En febrero de 1993, los miembros del Consejo de Seguridad, presionados por organizaciones de derechos humanos y un inquieto público que ya no estaba paralizado por el veto de la Guerra Fría, votaron por el establecimiento de la Corte Internacional de La Haya.

Nunca sabremos si otra guerra en otro lugar en otro momento habría generado a la larga un proceso similar. Pero un factor para la creación del Tribunal de Crímenes de Guerra en la ex Yugoslavia fue la coincidencia de imágenes entre la guerra de Bosnia y el holocausto. Quienes reclamaban el procesamiento de los perpetradores en Bosnia —como Jon Western, del Departamento de Estado, el diputado Frank McCloskey, la embajadora ante la ONU, Madeleine Albright, e innumerables más—, tenían la motivación de los

recuerdos de Nuremberg. El vínculo visual que hacía la gente entre los campos de Hitler y sus imágenes de los campos serbios en Bosnia llevaban a reclamar justicia. Al aumentar la presión pública para que los líderes estadounidenses y europeos “hicieran algo” para detener la carnicería bosnia, la creación de una corte internacional para castigar a sus autores parecía una manera de bajo costo y riesgo para que los estados occidentales dieran a entender que, pese a su oposición a la intervención militar, no eran indiferentes al padecimiento de Bosnia.

Si el recuerdo de Nuremberg ayudó en 1992 y 1993 a persuadir a los funcionarios aliados y de la ONU de la idea de una corte, Nuremberg también podía ofrecer el fundamento de la jurisprudencia a La Haya. Su importancia en promover la desnazificación de Alemania y su reintegración a Europa era un muy difundido ejemplo de cómo la ex Yugoslavia también podía avanzar y avanzaría, finalizadas sus guerras. Incluso los contornos físicos de la Corte de La Haya tenían el modelo de los del Palacio de Justicia de Nuremberg. Y los baberos blancos que usaban los fiscales y defensores en los años noventa parecían elegidos deliberadamente para recordar al progenitor funcional del Tribunal de la Organización de las Naciones Unidas.

Ruanda

Fue un año después de existir el Tribunal de La Haya, cuando los milicianos hutus de Ruanda y sus soldados liquidaron a 800 000 de sus compatriotas tutsis y hutus moderados. Con una corte de la ONU lista para oír alegatos sobre el asesinato de 200 000 bosnios, habría sido políticamente espinoso y manifiestamente racista conceder impunidad a los estrategas de la matanza en Ruanda, el caso más claro de genocidio desde el holocausto. Así, el Consejo de Seguridad aprobó una resolución para el establecimiento de un tribunal que enjuiciase a los perpetradores de Ruanda. A fin de crear una corte bajo su jurisdicción, el Consejo de Seguridad tenía que demostrar la existencia de una “amenaza a la paz y seguridad internacionales” con la cual neutralizar la prohibición de entrometerse en los asuntos internos de un Estado de la Carta Magna de la ONU. Esto fue posible en el caso de la ex Yugoslavia porque Serbia, en efecto, invadió Bosnia, su vecina internacionalmente reconocida. Ruanda era más complicada, porque las masacres fueron internas. Sin embargo, el Consejo

de Seguridad consideró que el desborde de refugiados de Ruanda a países vecinos significaba, también en este caso, como en el de la ex Yugoslavia, una amenaza al orden internacional. Las atrocidades dentro de un Estado así, resultaron las cartas de triunfo contra la prohibición tradicional de la ONU de violar la soberanía de un Estado.

El consejo votó 14 a 1 en favor de establecer la corte, en Arusha, Tanzania, sede del otrora prometedor proceso de paz entre líderes hutus y tutsis.²² Ruanda, dirigida sobre todo por tutsis rebeldes y sobrevivientes del genocidio, fue el único país que votó en contra. Los funcionarios de Ruanda opinaban que los ofensores debían recibir la pena de muerte, pero las reglas de la ONU la prohibían. El líder de Ruanda, Paul Kagame, dijo luego del arresto del dirigente del genocidio Théoneste Bagosora: “Bélgica perdió aquí diez hombres al lado del millón que perdimos a manos de este hombre. Y el tribunal sólo le puede sentenciar a cadena perpetua, mientras que nosotros sentenciamos a muerte por delitos menores. Tendría que procesarse en el país vejado y, en caso de hallarse culpable, tendría que ser ahorcado”.²³ Con el resquemor de que los jueces de ciertos estados (como Francia y Bélgica) serían tendenciosos, el gobierno de Ruanda también se opuso a que los juicios se realizaran fuera de Ruanda. El irritado representante de Ruanda en el consejo dijo que “un tribunal tan ineficaz como éste sólo puede aliviar la conciencia internacional más que responder a las expectativas del pueblo de Ruanda”.²⁴ Los resultados fueron mixtos.

En 1998, en la primera causa por genocidio en un tribunal criminal internacional, Pierre Prosper, fiscal de 35 años, estadounidense de origen africano de Los Ángeles, procuró convencer a la corte de que la violencia sexual contra las mujeres podía llevarse a cabo con una intención virtualmente genocida. Prosper trató de demostrar que Jean-Paul Akayesu, el alcalde hutu de la comuna de Taba, en Ruanda, se propuso destruir a los tutsis violando a sus mujeres. Prosper desestimó la letra del Convenio sobre Genocidio para centrarse en su espíritu. Presentó a la corte las ideas de Lemkin y ofreció una especie de reseña legislativa y sostuvo, como muchas cortes supremas estadounidenses respecto de la Constitución, que el convenio era un “documento viviente”. Señaló la importancia de una interpretación lata de la ley, pues la humanidad podría rebajarse a actitudes aún más deleznable. Era, en lenguaje legal, el primer caso de su tipo. Recuerda Prosper: “Para mí, la cuestión de si Akayesu cometió genocidio se centró en la palabra ‘eliminar’. ¿Qué significaba ‘eliminar’? El que

50 años antes los delegados ignorasen ‘eliminar’ me llevó a revivir a Lemkin. Si le podía dar significado a la palabra, sabía que podía darle vida al convenio”.

Prosper preparó borrador tras borrador sobre el significado de la palabra “eliminar”. Al final optó por la que equiparaba la eliminación con ataques a las “bases mismas” del grupo, a tal punto que los miembros que quedaran ya no pudieran contribuir de manera significativa a la sociedad. Prosper recordaba a Lemkin al insistir: “El completo aniquilamiento o la intención de aniquilamiento de un grupo [...] no necesita ocurrir”. Mantenía que la eliminación podía tener lugar si resultaba muerta la gente, pero también si se liquidaba a la clase intelectual de un grupo o se violaba a las mujeres de manera sistemática. Prosper pensaba que el grupo podía existir físicamente, o escapar al exterminio, y sin embargo quedar tan marginado o tan irrelevante para la sociedad como si lo eliminaran en efecto.

El 2 de septiembre de 1998, el Tribunal de la ONU para Ruanda aceptó el parecer de Prosper y emitió el primer veredicto judicial. La violación sistemática de mujeres tutsis en la comuna de Taba en Ruanda constituía el acto genocida de “causar serio daño físico o mental a miembros del grupo”. El ex alcalde de Taba pareció encogerse un poco, y el juez de la ONU, Laity Kama, pronunció: “Acusado Jean-Paul Akayesu, se le declara culpable de genocidio”.

El trabajo de la corte apenas comenzaba. En el mismo remoto poblado de Arusha, Tanzania, donde se sentenció a Akayesu, el otrora poderoso coronel Bagosora pasaba su tiempo en una instalación de detención, esperando su aparición en la corte. El hombre, que se mofó de los buenos oficios de Dallaire, ignoró las llamadas telefónicas de la vicesubsecretaria Bushnell, y quien fuera el autor intelectual de la matanza de 800 000 personas en Ruanda fue arrestado en marzo de 1996. Mientras aguardaba su transferencia al Tribunal de la ONU, Bagosora preparó una verbosa defensa de 28 páginas en la que se valió de la oportunidad para expresar su antipatía a los tutsis, a quienes se eliminó sólo en parte: “Jamás hubo un pueblo tutsi, ni en Ruanda ni en ninguna otra parte. Son inmigrantes que deberían moderar su comportamiento arrogante y codicioso”.²⁵ A partir de noviembre de 2001, Bagosora era uno de los 53 acusados en custodia de la ONU en Arusha. A ocho se les declaró culpables de genocidio. Si no hubieran sido arrestados, tal vez seguirían tramando una matanza de tutsis en Ruanda.

Cuando comenzaron los juicios a los acusados de la ex Yugoslavia y Ruanda, todos los ojos se volvieron rápidamente a otros países que habían sufrido violencia catastrófica. No hubo que esperar mucho para que gobiernos occidentales, la ONU y organizaciones no gubernamentales (ONG) de Camboya comenzaran a reclamar que se pusiera en operación un mecanismo parecido para procesar a los veteranos jefes de los Khmer Rouge.

Hacía tiempo que se venía propugnando un tribunal para Camboya. En 1992, Craig Etcheson, un estudioso de la revolución de los KR, se adueñó de una coalición de ONG conocida como la Campaña de Oposición al Retorno de los Khmer Rouge. La coalición presionó sin éxito para excluir a los KR de los acuerdos de paz de París en 1991. Aunque los acuerdos le garantizaron a los KR un lugar en la coalición que gobernaba Camboya y en las elecciones de 1993, Etcheson sabía que los KR no participarían en forma pacífica en ningún gobierno. Guió a las ONG hacia una nueva estrategia:

Era evidente que no íbamos a lograr mantener a los KR fuera del acuerdo de paz. Pero también lo era que los Khmer Rouge no estaban dispuestos a hacer las paces. Puesto que era ineludible que estropearan la paz, supe que la gente se enojaría con ellos. Y cuando esto pasara, tal vez sería buen momento para tratar de mandarlos a la cárcel. Así que dije: “Empecemos a cabildear para que se cree un tribunal”, y eso hicimos.

En los dos años siguientes creció la coalición reestructurada de Etcheson, que operaba en el edificio metodista en la colina del Capitolio, en Washington. Dirigió sus esfuerzos al ámbito internacional, pero también comenzó a apuntar a determinados distritos electorales para la publicación de cartas y peticiones. El senador de Virginia Chuck Robb y el diputado por Nueva York Stephen Solarz organizaron audiencias en el Congreso que legitimaban la causa. A comienzos de 1994 el gobierno de Clinton asignó a Charles Twining, embajador en Camboya, para que colaborara con los legisladores y las ONG para ayudar a la justicia de Camboya. Etcheson se sorprendió ante el giro en la actitud del gobierno estadounidense. Recuerda: “Antes, el Departamento de Estado había dicho que no iba a haber un tribunal internacional, y querían saber qué estaba fumando yo y dónde podían conseguirlo. Pero casi de un día para otro dejaron de estar por completo en contra para pasar a estar totalmente a favor. Pasé de enemigo a hombre clave”.

En 1994, el Congreso de Estados Unidos aprobó la Ley de justicia por el

genocidio camboyano, que asignaba 400 000 dólares para recopilar datos sobre los crímenes de lesa humanidad y genocidio de los KR y alentar la creación de un tribunal nacional o internacional para el enjuiciamiento de sus autores. Más importante todavía era que constituía un apoyo para un tribunal de política oficial estadounidense, una marcada separación respecto de más de una década de respaldo diplomático al KR.²⁶ Etcheson y el historiador de Yale Ben Kiernan ganaron la licitación abierta por los fondos y establecieron el Programa del Genocidio Camboyano en Yale. En 1995 emplearon a Youk Chhang, un camboyano, para que ayudara a manejar la oficina ejecutiva del programa en el lugar, que comenzó a reunir evidencia colectiva de las atrocidades a fin de establecer una documentación histórica y crear presión política en favor de los juicios.

La vida de Chhang se dividía en tres fases. En los “años del genocidio”, entre 1975 y 1979, no sólo perdió a su hermana y a su padre, sino que, como un entusiasta adolescente de 15 años, aplaudió la matanza de un hombre y una mujer que cometieron el pernicioso crimen de enamorarse sin permiso oficial. No podía olvidar haberse burlado de los condenados mientras los golpeaban con bambúes en la nuca y luego los enterraban vivos. Durante sus años estadounidenses, pasó de un campo de refugiados en Tailandia a Dallas, Texas, donde comenzó a trabajar para el gobierno de la ciudad y se obsesionó con el ícono caído de Estados Unidos, John F. Kennedy. La fase actual, si se sale con la suya, será la de los “años justicieros”.

Mucho tiempo antes de que los juicios se volvieran una posibilidad realista para Camboya, el Centro de Documentación llevó a cabo una extraordinaria tarea al identificar más de 20 000 fosas comunes en todo el país. Etcheson piensa que contienen por lo menos 1 100 000 víctimas de ejecuciones. El centro recopiló evidencia de criminalidad en forma de propaganda partidaria oficial, correspondencia entre oficiales de los KR, minutas de reuniones, “confesiones” de víctimas, y cuadernos diarios personales de oficiales de los KR. Los documentos ofrecen un panorama de la actividad de los cuadros en los ámbitos regional, distrital y de poblados. Los KR, como los nazis antes de ellos y los iraquíes después, eran animales de manada.²⁷ Al conducir los juicios de Nuremberg, el juez Robert Jackson acopió más de cinco millones de páginas de documentación; Chhang confía en ofrecer a los fiscales un paquete semejante para cuando comiencen los juicios en Camboya. Cada oficial de los KR, a fin de

demostrar su lealtad y ser bien visto por sus superiores, documentó cada uno de sus movimientos. Chhang afirma: “Creo que llenaban informes no a diario, sino a cada hora del día. Consignaron en el papel hasta el menor detalle”.

Los documentos muestran que los cabecillas de los KR exigían informes secretos sobre torturas y ejecuciones a cada momento. Uno del 25 de septiembre de 1976 a Nuon Chea, el segundo jefe de los KR, detalla la tortura a un prisionero, Man San, en Tuol Sleng. Primero, según el informe, los interrogadores de los KR lo torturaron “con unos 20 o 30 azotes con un alambre” y luego pasaron a un látigo de ratán. Los torturadores le advirtieron al prisionero que su familia sería ejecutada si él no confesaba. “¿Te das cuenta de que tu mujer y tus hijos están aquí? ¿Conoces su estado de salud?” A las 10 de la noche, cuando sus torturadores se disponían a pasar a las “manos desnudas”, Man San confesó. Enseguida fue ejecutado, así como su mujer e hijos.²⁸

Chhang insiste en que, aunque los horrores de Pol Pot son bien conocidos en Occidente, los detalles contenidos en estos documentos serán una sorpresa para más de la mitad de la población camboyana, nacida después del reino del terror. Dice Chhang: “Hasta el día de hoy, la mayoría de los camboyanos sabe lo que hizo Pol Pot más por la película estadounidense *The Killing Fields* [Los gritos del silencio] que por cualquier cosa que haya aprendido localmente. Tienen que saber más. Necesitan saber”.

Pero la verificación era sólo una de las finalidades de la documentación. Chhang estará satisfecho sólo si los principales jefes de los KR implicados en la densa huella de papel terminan detrás de las rejas. Ninguno de los líderes de los KR ha reconocido jamás ser responsable de las atrocidades. En una entrevista final con la *Far Eastern Economic Review* antes de morir, en 1998, Pol Pot sostuvo que la mayor parte de las muertes en Camboya fue obra de “agentes vietnamitas”. Negó conocer el terrorífico centro de torturas de Tuol Sleng. Explicó: “Yo estaba arriba del todo. Sólo me ocupaba de grandes decisiones sobre grandes cuestiones. Quiero decirles [...] Tuol Sleng fue una exhibición vietnamita. Un periodista escribió eso. Todo el mundo habla de Tuol Sleng, Tuol Sleng, Tuol Sleng... La primera vez que oí nombrar Tuol Sleng fue en La Voz de América”.²⁹ Después de la muerte de Pol Pot, sus subordinados convenientemente lo culparon de cualquier “exceso”. Meas Muth, un comandante militar de los KR requerido, dijo: “Los subalternos tenían que respetar las órdenes. Era como con Hitler. Hitler le encomendó a Goering la

matanza de los judíos. Si Goering no hubiera cumplido, lo habrían matado”.³⁰ El KR Nuon Chea desestimó la evidencia documental como “inventos”. Entre risotadas, preguntó: “¿Tengo aspecto de asesino?”³¹

El primer ministro Hun Sen propuso una corte internacional por primera vez en 1997. Acababa de derrotar militarmente a los KR, y con los dos tribunales *ad hoc* en funcionamiento para Yugoslavia y Ruanda, y con dos millones de muertes todavía sin respuesta en Camboya, el deseo de justicia era enorme. Pero después de solicitar ayuda de la ONU, Hun Sen se resistió a los esfuerzos internacionales de crear una corte modelada a semejanza de los tribunales para Yugoslavia y Ruanda. La independencia jurídica no era algo que quisiera que los camboyanos empezaran a reclamar para sí mismos. Ex miembro de los KR como era, quería controlar el proceso legal. Habló de la importancia de preservar la soberanía de Camboya. Después de tantos años de ser pisoteado por entrometidos extranjeros, dijo, su país no podía permitir ser tratado como “el perro guardián afuera de la corte”. Al primer ministro camboyano también lo inquietaba la idea de trabajar con las Naciones Unidas, a las que culpaba de aislar su régimen y legitimar a los Khmer Rouge en los años ochenta.³² Sin embargo, como la mitad de los ingresos de Camboya provenían del extranjero, a la larga cedió. Veinticinco años después de la caída de Phnom Penh ante los KR y la brutal evacuación de la capital, el gobierno camboyano y las Naciones Unidas llegaron a un acuerdo: pondrían un tribunal mixto camboyano-internacional para enjuiciar a los líderes de los KR aún con vida.

Hun Sen obtuvo mucho de lo que exigió. La corte tendría su sede en Camboya y no, como se propuso al principio, en La Haya o en las Filipinas. El tribunal limitará el número y jerarquía de los imputados. La policía camboyana arrestó a *Duch*, el hombre que dirigió la notoria prisión de Tuol Sleng y que virtualmente comandaba la policía secreta, y a Ta Mok, un alto dirigente político y militar que ejerció dominio absoluto sobre la zona sudoeste de los KR. Pero Hun Sen pareció no querer arrestar a Khieu Samphan, el ex jefe de Estado, o a Ieng Sary, el ex ministro del Exterior. Ambos vivían tranquilos en la provincia norteña de Pailín, cultivando sus huertas y ocupándose de sus nietos. Todavía más significativo para garantizar el dominio de Hun Sen sobre la corte es que, aunque participarán extranjeros, la mayoría de los jueces y fiscales serán camboyanos. Con la severa circunscripción de los jueces y fiscales extranjeros, los negociadores de la ONU temen que los juicios se conviertan en espectáculos políticos puestos en escena

por Hun Sen.

Irak

El caso iraquí es el más complicado para los abogados y promotores de justicia internacionales. En 1997, tres años después del fracasado intento de Human Rights Watch de presentar una imputación contra Irak en la CIJ, una coalición gubernamental y extragubernamental de la Cámara de los Comunes británica lanzó lo que llamó su campaña Indict [Acusar]. La coalición pidió al Consejo de Seguridad de la ONU que estableciera otra corte *ad hoc* como las de Yugoslavia y Ruanda. Indict instó a que esta corte juzgara a miembros del régimen Ba'ath de Saddam Hussein, no sólo por la “campaña genocida Anfal contra los kurdos”, sino también por la invasión iraquí a Irán y Kuwait, su represión y ejecución de ciudadanos iraquíes y otros crímenes. En el caso iraquí, a diferencia de Camboya, Ruanda y, en última instancia, Serbia, el mismo régimen que cometió el crimen seguía en el poder. Sin embargo, los promotores esperaban establecer una institución cuyas acusaciones al menos impidieran que funcionarios iraquíes viajaran por temor a ser arrestados. Las víctimas podrían esperar hasta que un sucesor de Hussein considerara oportuno entregar a los iraquíes acusados de crímenes de guerra a una institución internacional. El gobierno de Clinton y el Congreso estuvieron a favor de la iniciativa. En octubre de 1998 Clinton rubricó la Ley de liberación de Irak, de la que la sección sexta exigía el establecimiento de un tribunal internacional para Irak. Pero hasta ahora no se han tomado medidas para llevarlo a efecto.

La Corte Criminal Internacional (CCI)

Entre toda esta actividad de enjuiciar a los pasados autores de atrocidades en casos nacionales específicos, se percibía una campaña mucho más ambiciosa alrededor del mundo. Uno por uno, de un modo que recordaba al proceso de aprobación del Convenio sobre Genocidio, los estados miembro de la ONU comenzaron a conceder su ratificación al Tratado de Roma de 1998, el estatuto que creaba una Corte Criminal Internacional (CCI) para juzgar a autores de crímenes de guerra, de lesa humanidad y de genocidio *futuros*. El tribunal internacional se formará cuando ratifiquen el tratado 60 países. Para noviembre

de 2001, 43 ya lo habían hecho, de los que casi un tercio eran naciones europeas occidentales. Se consideraba posible que la corte funcionase para fines de 2002. Pese al fundamental apoyo de Estados Unidos a los tribunales *ad hoc* y la corte mixta camboyana, este país se opuso a la creación de la CCI porque estados delincuentes la utilizarían para hostigar a soldados estadounidenses. Los abogados y diplomáticos internacionales modificaron el estatuto de la corte en consideración a las preocupaciones estadounidenses, concediéndole jurisdicción a la corte sólo como último recurso. Pero ni el gobierno de Clinton ni su sucesor consideraban que los beneficios para Estados Unidos justificasen cualquier restricción de la soberanía estadounidense.

EL RESULTADO

Un gigante sin brazos ni piernas

Antes de apoyar a la CCI, vale la pena indagar acerca del desempeño de las cortes de la ONU para Yugoslavia y Ruanda. Desde su creación, ambas han sido censuradas como “hojas de parra” para la apatía internacional. Si se criticó a la Corte de Nuremberg como herramienta del poder estatal (“justicia de vencedor”), a los estados no parecía importarles mayormente el resultado de los tribunales de La Haya y de Arusha. Estados Unidos y Europa no le dieron, de entrada, el apoyo nacional que necesitaban las cortes para funcionar. Como los soldados de paz de la ONU en Ruanda y Srebrenica, los abogados en los tribunales *ad hoc* se sintieron decepcionados por la aparente indiferencia de los estados miembro de la ONU. Llegaron a la conclusión de que las principales potencias tenían menos interés en castigar a los delincuentes de los Balcanes y de Ruanda que en sacar las crisis de los titulares de los diarios. De hecho, mientras tenía lugar la guerra de Bosnia, entre 1993 y la firma del Acuerdo de Dayton en noviembre 1995, el Consejo de Seguridad trató a la Corte de La Haya más como una molestia que como una herramienta diplomática. El primer presidente del tribunal, Antonio Cassesse, apareció ante la Asamblea General alrededor de la época del Tratado de Dayton, y declaró: “Nuestro tribunal es como un gigante que no tiene brazos ni piernas. Para caminar y obrar necesita miembros artificiales. Éstos son las autoridades estatales”.³³ Las autoridades estadounidenses debían proporcionar interceptaciones telefónicas y fotos satelitales de campos llenos de hombres desarmados bajo supervisión serbia que se convertían en pilas de tierra recién cavada.

Pero en los primeros dos años de vida de la corte, esta información no aparecía. Cassesse manoteaba por dinero y personal, lo cual, sin resultados a la vista de los primeros recursos invertidos, era difícil justificar. Cada moneda tenía que ganarse, y por tanto escatimarse. Los investigadores del tribunal tuvieron dificultad en acceder a testigos y lugares de inhumación. Los arrestos eran por casualidad. Las cortes sólo obtenían custodia de los sospechosos que se desviaban a territorio enemigo o que se encontraban con inquietos sobrevivientes en el extranjero.

Con el envío de unas 60 000 tropas de la OTAN a Bosnia desde fines de 1995 en adelante, muchos esperaban que el proceso de La Haya llegara a parecerse más a Nuremberg. Pero la política inicial de la OTAN de arrestar sólo a los acusados de crímenes de guerra que sus fuerzas encontraran de casualidad creó una situación surrealista en el lugar: los periodistas occidentales se reunían con los presuntos culpables que frecuentaban los cafés locales. Los curiosos desarmados visitaban a los acusados en edificios de departamentos donde sus nombres figuraban en sus timbres. Y los sobrevivientes de torturas que miraban la televisión local identificaban a sus anteriores victimarios en conciertos de rock, sentados al lado de dignatarios estatales. Todo este tiempo los soldados de la OTAN guardaron distancia. Durante los primeros 18 meses de presencia de la OTAN, ésta no arrestó a un solo acusado. Los sospechosos de crímenes de guerra no sólo vivían en libertad sino que aún ocupaban posiciones de autoridad, obstruían el retorno de refugiados y usaban los medios de comunicación para satanizar a sus anteriores enemigos. “Proteger las fuerzas propias” o evitar bajas parecía a menudo la más alta prioridad de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

Pero esta política de evitar el enfrentamiento no les salía gratis a los estrategas políticos estadounidenses. Grupos de derechos humanos, editorialistas y legisladores no desaparecieron con la firma del Acuerdo de Dayton. Persiguieron al gobierno de Clinton por su “abyecta” negativa a realizar detenciones. En julio de 1997, Human Rights Watch, Amnistía Internacional, la Federación Internacional de Helsinki y la Coalición por la Justicia Internacional, otro grupo no gubernamental financiado por el filántropo George Soros, publicaron una lista completa de los acusados. En su campaña conjunta ¡Arresten ya!, los promotores de derechos humanos proveyeron las direcciones particulares y de trabajo, y además los lugares en que solían tomar café, pasear y hacer ejercicio. También incluyeron información sobre la fuerza y nacionalidad de los efectivos

de la OTAN en las inmediaciones. Los oficiales estadounidenses y de la OTAN fueron humillados.

El senador Jesse Helms (repblicano por Carolina del Norte), presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, le envió una carta burlona a la secretaria Albright tras ofrecer el Departamento de Estado una recompensa de cinco millones de dólares por información que llevase al arresto de los principales culpables serbios. “Tengo la información que busca.” Helms escribió:

Tanto el señor Milosevic como el señor Mladic residen en Belgrado. El señor Milosevic hace poco colocó una ofrenda floral en la Tumba del soldado desconocido en el Monte Avala (para marcar el primer aniversario del bombardeo a Serbia de la OTAN). Su dirección es Palacio Presidencial, calle Uzicka 15, Dedinje, Belgrado.

El señor Mladic parece ignorar que debería mantenerse escondido; dio un tranquilo paseo vespertino por la calle Knez Mihailova el viernes 24 de marzo, saludaba a los belgradinos mientras caminaba y se le vio justo este fin de semana en el estadio de Belgrado, cuando disfrutaba de un partido de fútbol.

El señor Karadzic permanece en la zona de Pale, en Bosnia —vive entre miles de soldados de paz de la OTAN—, donde se le ve con regularidad en público desde hace varios meses.

El pago de la recompensa debe efectuarse al Samaritan Purse [Monedero Samaritano], del reverendo Franklin Graham, organización de beneficencia conocida y muy respetada de Carolina del Norte (Franklin es hijo de Billy Graham).

Con mis mejores deseos,

Jesse Helms³⁴

El cambio en la política de la OTAN se desató por esta publicidad negativa, por los esfuerzos internos de funcionarios estadounidenses, como Madeleine Albright, por la elección del internacionalista liberal Tony Blair como primer ministro británico y por el reconocimiento de que las tropas de la OTAN jamás podrían salir de los Balcanes si los criminales de guerra conservaban el control local.

En julio de 1997, a iniciativa de Tony Blair, la OTAN realizó su primer arresto. Tropas británicas se enfrentaron a un par de guardias serbios de campos de concentración cerca de su anterior escena de actividades en Prijedor, en el norte de Bosnia, e hirieron fatalmente a uno de ellos. Los serbios presentaron algunas protestas aquí y allá, sin resultado. Expuesto de nuevo el mito de la solidaridad serbia, las potencias principales comenzaron a mandar un constante flujo de

culpables a La Haya. Aumentó la lista en el centro de detención. Además, las propias autoridades bosnias comenzaron a detener a los sospechosos, en espera de ayuda monetaria internacional y con buena conducta política local. Puesto que las amenazas de la OTAN adquirieron credibilidad gracias a los arrestos reales, algunos sospechosos se entregaron, pues preferían la vida en una prisión europea a la de prófugo.

Cada vez que la Corte de la ONU en La Haya parecía a punto de extinguirse, recibía una inyección de dinero, criminales o credibilidad. En 1996, cuando necesitaba obtener jurisdicción sobre un acusado de crímenes de guerra para enjuiciarlo, Dusan Tadic, un guardián de campo serbiobosnio, entró en un bar alemán, donde una de sus víctimas lo reconoció. En el verano de 1997, cuando el tribunal recibió un alud de airadas quejas por los asesinos serbios que pasaban tranquilos por los puntos de control de la OTAN, las tropas británicas realizaron su operativo en Prijedor. En el otoño, cuando se criticó a la corte por tendenciosa contra los serbios, los diplomáticos occidentales presionaron a Croacia para que entregara al comandante croata bosnio Tihomir Blaskic y 10 acusados croatas más. En 1999, después de seis años de escapar a la inculpación, el presidente serbio Milosevic participó en la fiscalía sobre la comisión de atrocidades en Kosovo, una provincia de su propia república. Esto posibilitó a los fiscales en La Haya establecer una cadena de mando mucho más clara, y acusarlo en público de crímenes de lesa humanidad y de guerra, el primer paso en un procedimiento de dos años que por fin terminó colocándolo en poder de la Organización de las Naciones Unidas.

La Corte de La Haya ha crecido más allá de lo imaginado. La misma institución que tuvo un presupuesto de 11 millones de dólares en 1994 gastó más de 96 millones en 2000. El centro de detención contuvo al principio al preso de relativamente bajo rango Tadic; para noviembre de 2001 tenía 48 detenidos. Y el personal, que en su origen sólo era el vicefiscal Graham Blewitt, superó a los 1 000 en 2001, incluyendo unos 300 del personal del fiscal. Una corte que alguna vez ocupó unos cuartos en el edificio de la compañía de seguros Dorint, ya no tenía más lugar, y se encontraba a punto de anexar propiedad adicional en el vecindario. Con tres salas funcionales, un visitante en el juicio de Krstic también podía oír testificar en defensa propia a los guardias del campo de concentración de Omarska, o atender los desgarradores relatos de una anciana musulmana sobre la masacre de su familia. Después de un comienzo lento, el gobierno de

Clinton desempeñó un papel preponderante en el crecimiento de la institución. Durante el segundo gobierno de Clinton, Estados Unidos facilitó más apoyo financiero a la corte, así como personal jerárquico. Lo que resultó más significativo fue que Estados Unidos entregó información técnica y fotográfica que simplificó en gran medida los juicios, como el del general Krstic. Eso sí, Clinton terminó su mandato mientras los tres personajes centrales de la guerra bosnia, Mladic, Karadzic y Milosevic, permanecían en libertad.

En los arrestos de los acusados principales, la Corte de la ONU para Ruanda mostró ser más eficaz que la mejor publicitada y financiada de La Haya. En Bosnia, ya que las ganancias de la limpieza étnica se conservaron por el Acuerdo de Dayton, los sospechosos de crímenes de guerra pudieron resguardarse y aun prosperar en territorio que, después de la guerra, continuaba bajo el control de su grupo étnico. En Ruanda, en cambio, los grupos étnicos tutsis que gobernaban el país tras el genocidio amenazaron con arrestar y enjuiciar a los asesinos que se atrevieran a volver. Así, la mayoría de los sospechosos huyó a países africanos vecinos, donde se les capturó y extraditó a la Corte de la ONU en Arusha. Entre los 53 que se encontraban en el centro de detención de Arusha, estaban muchos de los altos funcionarios del gobierno hutu y estrategias claves e incitadores del genocidio, incluidos no sólo el cabecilla, el coronel Bagosora, sino el primer ministro, el director de la Radio Mille Collines y los líderes de varias milicias de macheteros.

Pese a su éxito impresionante en poner bajo llave a los antes temibles genocidas, la corte ha tenido sus dificultades. En sus etapas iniciales, abogados y jueces padecieron problemas por el servicio telefónico intermitente, la ausencia de acceso a internet y escaso apoyo en peritajes, en el sentido de que a menudo el personal de la fiscalía no podía comunicarse con los investigadores en diversos lugares. Pero incluso después de que terminaron los dolores de cabeza logísticos, la corte estaba plagada de corrupción, nepotismo y mala administración. Escondidos en el este del África central, en un lugar de paso para safaris y excursiones al cercano monte Kilimanjaro, muchos miembros del personal haraganeaban en Arusha gracias a los pródigos salarios de la ONU. La corte era tan ineficiente que se descubrió que algunos de los escribientes de las primeras épocas no sabían escribir a máquina.

Aunque se despidió a algunos de los empleados corruptos originales, el tribunal seguía sin el ritmo necesario a fines de 2001. Los observadores

internacionales continuaron criticando el paso de tortuga de su actividad. Los retrasos repetidos exasperaron a los sobrevivientes de Ruanda. Además, los defensores de los derechos humanos comenzaron a notar las severas ramificaciones de mantener detenidos a acusados durante años sin proceso.

LLAMADO DE ATENCIÓN

Pese a la presencia de importantes acusados en custodia de la ONU, ninguno de los procesos originales tuvo el efecto en los sobrevivientes que el que tuvo, por ejemplo, el juicio a Adolf Eichmann, el oficial nazi a cargo de las deportaciones de judíos, en los israelíes. Los ciudadanos de Ruanda y Bosnia apenas se fijaban en los procesos. Los israelíes recuerdan los días en que se pegaban a sus radios para enterarse por primera vez de los detalles de los horrores nazis, mientras que la gente de Bosnia y Ruanda simplemente se encoge de hombros al mencionárseles las cortes. Las consideran irrelevantes para su vida diaria. La ignorancia campea por doquier.

En sus primeros seis años de existencia, los tribunales mismos no hicieron casi nada por vincularse a los países en cuyo beneficio obraban. Las cortes malgastaron así oportunidades de impedir hechos, legitimar testimonios de víctimas y determinar culpabilidades individuales (a diferencia de las colectivas). Aunque casi todos los bosnios poseían televisor, los juicios en La Haya no se transmitían en vivo en la región. Peor todavía, la oficina de prensa de la ONU tradujo sus comunicados al serbocroata hasta febrero de 2000. Sólo contados procesos estaban disponibles en internet. Los jueces y abogados, acostumbrados a trabajar en sistemas jurídicos nacionales que no necesitaban promoción, vivían asiduamente escapándole a la prensa; no tenían experiencia en llamar la atención, tal como se hacía necesario si pretendían captar el interés de la gente de Bosnia o Ruanda por los procesos. Así lo expresó un abogado jerárquico en el registro de la Corte de La Haya:

En Occidente, las cortes automáticamente gozan de cierto respeto. Son reconocidas en la comunidad. La gente entiende cuál es su finalidad; la prensa las cubre; los ciudadanos pueden ser llamados a ser jurados. Simplemente no les hace falta promoverse. Pero si se hace lo que hacemos nosotros, a cientos de millas de distancia, en un idioma distinto y un sistema distinto, hay que hacer cosas que normalmente las cortes no hacen [...] Si uno se queda sentado a escuchar causas, sencillamente no se puede hacer el trabajo.

Los juicios también se movían con tal lentitud que era difícil mantener el interés local. Realizar investigaciones complejas en países extranjeros, con intérpretes, tras años de cometidos los crímenes y sin mayores antecedentes internacionales, no era trabajo fácil. Los participantes en la sala tenían que ajustarse a la naturaleza híbrida de la ley en sí. El estatuto de los tribunales tomaba su postura adversaria de la tradición angloestadunidense, pero, como en Europa continental, negaba el juicio por jurado, admitía el testimonio indirecto y permitía interrogar a los acusados. Al sentar precedentes y comenzar a establecer los tribunales un informe de jurisprudencia, histórico, de la guerra, el paso de los juicios se aceleró un poco.

Pero la lentitud no podía atribuirse por entero a la novedad y complejidad del proceso. Las salas de los tribunales de La Haya y Arusha estaban con frecuencia más vacías que llenas. Los jueces permitían innumerables interrupciones a los procedimientos, y rara vez discutían la pertinencia de las líneas de cuestionamiento, a menudo digresoras, de los abogados. El abogado defensor ganaba más de 110 dólares por hora, honorarios nada sorprendentes en Estados Unidos o en Europa, pero era un sueldo mensual, o un golpe de fortuna, para un abogado balcánico o africano. La estructura de un incentivo así invitaba al palabrerío afectado, pues de este modo los abogados facturaban más horas.

A finales de 1999, el Tribunal de La Haya lanzó un programa de acercamiento para que los juicios llegaran a los ciudadanos de la ex Yugoslavia. Esta pequeña oficina de cinco personas se dedicó a realizar seminarios educativos, organizar visitas del personal de la corte a los Balcanes y a tratar de generar cobertura por parte de los medios de difusión locales. Aunque era una tarea formidable ganar (o siquiera abrir) las mentes de un público bosnio escéptico, la nueva oficina de acercamiento tuvo algunos éxitos. Con su ayuda, Mirko Klarin, el mismo periodista independiente que en 1991 recomendara la creación de un tribunal internacional de crímenes de guerra y que cubrió los procesos de La Haya desde su comienzo, preparó resúmenes televisivos de 15 minutos semanales acerca de las actividades de la corte. Sólo las redes independientes de Bosnia se valieron de ellos, pero al menos esto significaba un poco de público. Una propuesta aún más osada era la de que tuvieran lugar algunos de los tramos de los procesos de la ONU en suelo balcánico. Algunos no quisieron saber nada de los grandes riesgos de movilizar a acusados, abogados y jueces a una región volátil. Otros sostenían que el dinero podía utilizarse con mayor propiedad en las investigaciones, o que

la naturaleza rebuscada de un viaje haría parecer los procesos más un espectáculo que un juicio. El mayor estímulo para el interés en los tribunales era el juicio de Milosevic, que comenzó en 2002.

La radio es el medio de comunicación preferido en Ruanda. Pero aunque el Tribunal de la ONU procesó a acusados conocidos y de alto nivel ya desde el principio, poca gente de ese país escuchó los juicios. En 2000, Internews, una emprendedora ONG estadounidense, preparó un documental en el idioma de Ruanda sobre los juicios de la ONU en Arusha. La productora neoyorquina Mandy Jacobson organizó proyecciones de prueba en cines de barrio a través de Ruanda. Los habitantes que se reunieron jamás habían visto material fílmico de un juicio, y se quedaron sin aliento al ver a sus antiguos atormentadores en el banquillo.

LA VERDAD SEA DICHA

Pese a las múltiples imperfecciones de ambos tribunales, una razón por la que muchos miembros de su personal estaban a favor de mudar parte de los procesos a los Balcanes y a Ruanda era que pensaban que las alternativas de los juicios emitían en forma creciente mensajes esenciales para la reconciliación. Por vez primera los autores de genocidios y crímenes de lesa humanidad se veían obligados a comparecer ante una corte judicial, donde sus argumentos se cuestionaban formalmente. Si Slobodan Milosevic, de Serbia, y Théoneste Bagosora, de Ruanda, insistieron en su momento en que los responsables de las matanzas eran “elementos fuera de control”, los fiscales de los tribunales para Yugoslavia y Ruanda tuvieron oportunidad de echar por tierra estas afirmaciones y de mostrar que estos hombres tuvieron buen control de la situación. La evidencia demostraba que lo que en su momento se dio en llamar “Estados fracasados” eran más bien demasiado exitosos en imponer sus designios.

A fin de cumplir sus objetivos de mostrar la verdad, los acusadores presentaron evidencia visual y oral condenatoria, con huellas de papel documentales y cientos de entrevistas a testigos. Se demostró una y otra vez que los propios acusados, que afirmaban estar al margen de los hechos, estuvieron, muy por el contrario, en el centro de los mismos. Los abogados describían los elaborados arreglos de comando y control dentro de cada una de las facciones, para demostrar que los dirigentes políticos y militares estaban en estrecho

contacto con las fuerzas que cometían las atrocidades.

Por ejemplo, en el juicio por Srebrenica, el general Krstic dijo que el general Mladic, el verdadero villano, ya lo había despachado a Zepa cuando Mladic comenzó a matar a los hombres en los alrededores de Srebrenica.³⁵ Krstic sostuvo que esta comisión no fue ningún accidente, pues el general Mladic jamás se habría atrevido a ordenar la matanza de tantos hombres en su presencia. Sin embargo, los fiscales presentaron evidencia que ubicaba a Krstic en la escena del crimen y describía sus instrucciones. Mostraron que el líder serbiobosnio Karadzic llamó a Krstic un “gran comandante” y lo condecoró por su heroísmo al “planear y aplicar el operativo de Srebrenica”.³⁶

Tanto en los juicios de Yugoslavia como en los de Ruanda, los intereses personales de los imputados sirvieron para los acusadores. Con la esperanza de conseguir penas más livianas, los acusados a menudo se traicionaron entre sí. Esto facilitó la condena de varios perpetradores y permitió a las cortes establecer varios “hechos” por amplio consenso. Krstic, como se mencionó, comprometió al general Mladic y cinco oficiales de menor jerarquía al describirlos como “dementes” y responsables de “cualquier cosa que pueda haber ocurrido”.³⁷

Los juicios también desmintieron una segunda afirmación de los perpetradores (y, de paso, estrategias políticos de Occidente), en cuanto a que la violencia “étnica” estalló de manera espontánea. Hay montañas de evidencia detallada que demuestran la planeación y organización elaboradas tras los operativos más sangrientos. La compleja requisa de hombres, vehículos, municiones y lugares apartados era indispensable para la mayoría de las masacres en gran escala. Los juicios de Ruanda demostraron que las listas de víctimas tutsis se elaboraban y distribuían a lo largo de la cadena de mando, del ámbito estatal al regional, a las prefecturas, a las comunas y, por último, a los barrios o células individuales. La escasa cantidad de perpetradores y estrategias, y su fácil identificación, indicaba también que podía detenerseles.

En el caso del tribunal yugoslavo, aunque quedaba claro que los autores cometieron sus crímenes por motivos étnicos, el clima en el centro de detención que resguardaba a los sospechosos de crímenes de guerra reveló los límites de gran parte de la pasión étnica en los Balcanes. Tim McFadden, el irlandés de cara rosada, fumador empedernido que administra la prisión de la ONU, organizó la institución para obligar a la mezcla de prisioneros de todas las etnias. Ninguno de los pisos de la prisión está segregado por cuestiones de nacionalidad. Aquéllos

dedicados a la matanza de miembros de grupos étnicos rivales se vieron forzados a mirar televisión, tomar clases de inglés o alfarería, o levantar pesas en compañía de sus enemigos de otros tiempos. Los detenidos no provocaron problemas de seguridad entre sí o para los guardias. Irónicamente, a medida que avanzaban los juicios y los acusados de un mismo grupo étnico comenzaron a implicarse entre sí en un esfuerzo por mitigar sus propias sentencias, surgieron serios riesgos de seguridad *intraétnicos*. McFadden ahora piensa separar a miembros de un mismo grupo étnico que antes fueron conspiradores.

Los juicios en los tribunales *ad hoc* confirmaron también las terribles historias de sobrevivientes, refugiados y periodistas occidentales. Las cortes se crearon, como antes de ellas la de Nuremberg, para verificar “hechos increíbles por medio de evidencia creíble”.³⁸ Hasta el momento han brindado algún reconocimiento a víctimas que habían recibido burlas, a quienes se les decía que nadie notaría sus sufrimientos, que nadie los recordaría y, sobre todo, que nadie los resarciría. Aunque estos crímenes se documentaron en última instancia por periodistas de países occidentales, los medios locales en los Balcanes y en Ruanda desacreditaban por lo general los informes como “mentiras occidentales”. Así, muchos ciudadanos todavía se niegan a aceptar la naturaleza o la escala de los crímenes cometidos en su nombre.

Durante el juicio de Krstic, una vez más, un ex soldado serbiobosnio dio testimonio para la defensa: “Como ser humano, no puedo creerlo”. Un ex oficial de la división Drina pensaba igual: “No deseo ni quiero creerlo”. Afirmó que los “medios de difusión musulmanes” exageraron hasta el absurdo la cantidad de hombres muertos, y expresaban que era “increíble” la cifra de más de 7 000 musulmanes asesinados: se habrían notado “7 000 gorrones muertos; de personas, ni hablar”.³⁹

Pero el equipo acusador presentó vívidas fotos en color de las fosas comunes y los esqueletos vestidos en ellas. Proyectaron fotos satelitales de hombres reunidos en los campos en espera de su ejecución. Proyectaron material fílmico de la televisión serbiobosnia que mostraba a los serbios arrastrando a hombres desde los bosques y metiéndolos en autobuses, y disparando cañones antiaéreos a los bosques donde los musulmanes corrían para salvar sus vidas. Un soldado serbiobosnio de baja jerarquía testificó que los escuadrones de ejecución dispararon “una y otra vez... hasta que les dolían los dedos”. Y, acaso lo más comprometedor de todo, los acusadores reprodujeron conversaciones telefónicas

interceptadas entre altos funcionarios serbios. Después de semanas de negar su propio papel, el general Krstic sólo pudo mostrar una muda estupefacción al escuchar una grabación del 15 de julio de 1995 en que un coronel serbio y Krstic discutían como asesinar y deshacerse de sus cautivos musulmanes. El coronel le pregunta si es posible que le den más tropas, porque “todavía me quedan 3 500 paquetes por distribuir”. “Paquetes” era el código para hombres musulmanes, y “distribuir”, para asesinar. “Carajo —se le oye decir a Krstic—, voy a ver qué puedo hacer.”⁴⁰

Krstic se agitó en la sala al escuchar la grabación, pero rápido se recompuso y negó su participación. Sin embargo, fue significativo que los defensores de Krstic en ningún momento cuestionaran el asesinato de más de 7 000 hombres. Cuando se interrogó a Krstic respecto de por qué no denunció estos crímenes, dijo que “tuvo la intención” de hacerlo, pero “temía por mi seguridad y la de mi familia”.⁴¹ “Ni en sueños pude tomar medidas”, dijo Krstic, confirmando el hecho salvaje y el encubrimiento.⁴² Los serbios fueron los agresores originales en las guerras en Eslovenia, Croacia, Bosnia y Kosovo, pero sus dirigentes locales hablaban sólo de sus padecimientos. Poco a poco, gracias en parte a la negativa de La Haya a desaparecer, la población de Serbia comenzó a cobrar conciencia de las atrocidades cometidas en su nombre. Muchos reconocieron incluso que, debido a que el Tribunal de La Haya establecía responsabilidades individuales, pudo hacer mucho para rehabilitarlos a los ojos del resto del mundo.

No eran sólo los perpetradores ni los civiles serbios comunes quienes necesitaban conocer la evidencia de lo que sucedió; también las víctimas, muchas de las cuales seguían aferradas a la esperanza. En noviembre de 2000, una musulmana dio testimonio sobre la caída de Srebrenica y la desaparición de su esposo y sus dos hijos. Antes de dejar el podio pidió permiso a los jueces para plantearle una pregunta al general Krstic. Uno de sus hijos tenía 13 años cuando los soldados serbios se lo arrebataron fuera de la base neerlandesa. “Le ruego que le pregunte al señor Krstic si existe alguna esperanza —le pidió al juez, con un nudo en la garganta—. Al menos para esa criatura que me quitaron viva de las manos. Sueño con él. Me habla. ¿Sabe el señor Krstic si está en alguna parte, con vida?” Krstic se quedó inmóvil, con la cabeza gacha.⁴³

XIV. CONCLUSIÓN

En el transcurso del pasado siglo, Estados Unidos registró modestos avances en sus respuestas al genocidio. La persistencia y la proliferación de disidentes dentro del gobierno y de defensores de derechos humanos fuera de él provocaron que una política de silencio en caso de genocidio fuera mucho más difícil de sobrellevar. Como descubrió Milosevic, la soberanía de un Estado ya no alcanza necesariamente para escudar a un genocida de la intervención militar ni del castigo judicial.

Pero tales adelantos se han visto eclipsados por la tolerancia que Estados Unidos ha mostrado respecto a atrocidades espantosas, a menudo cometidas a plena vista. Las personalidades y los condicionamientos geopolíticos que influyen en la toma de decisiones cambian con las épocas, pero Estados Unidos se ha resistido a correr riesgos para impedir el genocidio. No está solo en esto. Los estados vecinos de sociedades genocidas y las potencias europeas también miran para otro lado. Pese al amplio consenso público de que “nunca más” debe permitirse que ocurra, y a la vanagloria del ascenso de los valores liberales democráticos, la década final del siglo XX fue una de las más letales en el más funesto siglo de la historia. Los hutus de Ruanda pudieron, en 1994, de manera libre, jubilosa y sistemática, matar a 8 000 tutsis por día durante 100 días sin ninguna interferencia extranjera. El genocidio ocurrió *después* de la Guerra Fría, *después* del florecimiento de los grupos de derechos humanos, *después* del desarrollo tecnológico que posibilitó las comunicaciones instantáneas; *después* de la construcción del Museo del Holocausto en Washington, Distrito de Columbia.

Es perverso, pero la conciencia pública estadounidense del holocausto muchas veces pareció colocar tan arriba la valla de nuestra preocupación que nos convencimos de que los genocidios contemporáneos no se comparaban con él. Como señaló el escritor David Rieff, “nunca más” bien puede definirse como “nunca más matarán a judíos los alemanes de Europa en los años cuarenta”.¹ Ya sea al mirar hacia otro lado o al prestar atención a asuntos estratégicos y políticos

convencionales más urgentes, los dirigentes estadounidenses que denuncian una y otra vez el holocausto han permitido el genocidio.

Lo que resulta más repugnante de la reacción estadounidense a la matanza de armenios en Turquía, al holocausto, al reino de terror de Pol Pot, a la matanza iraquí de kurdos, al asesinato masivo de musulmanes por los serbiobosnios y a la eliminación hutu de los tutsis no es su decisión de no emplear tropas terrestres para combatir las atrocidades. Durante gran parte del siglo ni siquiera los intervencionistas más ardientes pedían invasiones terrestres de Estados Unidos. Lo que más repugna es que los estrategas políticos estadounidenses no hicieron nada por impedir el crimen. Debido a que el mero genocidio no ponía en peligro los “intereses nacionales vitales” del país, los altos funcionarios no le prestaron la atención moral que se merecía. En lugar de dar pasos a lo largo de una gama de intervenciones —desde condenar a los perpetradores, negar ayuda económica, o hasta bombardear o conjuntar una fuerza multinacional de invasión—, los funcionarios tendieron a confiar en la negociación, a aferrarse a sutilezas diplomáticas y a la “neutralidad”, y a enviar ayuda humanitaria.

Más aún, hubo ocasiones en que Estados Unidos ayudó directa o indirectamente a quienes cometían genocidio. Manejó el voto en la Comisión de Credenciales de la ONU para favorecer al Khmer Rouge. Favoreció a Irak y le brindó créditos agrícolas e industriales mientras Saddam Hussein eliminaba a los kurdos del país. Junto con sus aliados europeos, mantuvo un embargo de armas contra los musulmanes de Bosnia, aun cuando era claro que la prohibición imposibilitaba que los musulmanes pudieran defenderse. Usó su influencia para obligar al retiro de tropas de paz de la ONU en Ruanda y para bloquear toda tentativa de enviar más. A los pueblos de Bosnia y Ruanda, Estados Unidos y el Consejo de Seguridad les extendieron una promesa de protección, promesa que no estaban dispuestos a cumplir.

La pregunta clave es, tras un siglo de promesas falsas, ¿por qué Estados Unidos se queda mirando sin hacer nada?

CONOCIMIENTO

La respuesta más habitual es: “No sabíamos”. Esto no es verdad. Sin duda la información que llegaba de los países que sufrían genocidio era imperfecta. Se retiraba al personal de las embajadas, los recursos en el lugar eran escasos, los

directores de los diarios naturalmente eran reacios a enviar periodistas a lugares que no significaban nada para los intereses estadounidenses ni para el público lector, y la movilidad de los que sí intentaban informar sobre las atrocidades era limitada. En consecuencia, las afirmaciones de los refugiados eran difíciles de confirmar, y el cómputo de víctimas, muy difícil de establecer. Debido a que el genocidio por lo general se disimula con la guerra, al principio algunos funcionarios estadounidenses tuvieron verdaderos inconvenientes en distinguir entre las atrocidades deliberadas contra civiles y la guerra convencional.

Pero aunque los funcionarios no conocieran todos los detalles de la naturaleza y la escalada de la violencia, sabían bastante. De Henry Morgenthau padre, el bien vinculado embajador en Constantinopla en 1915, a Jon Western, el joven analista de inteligencia sobre Bosnia en 1993, los funcionarios estadounidenses han producido un constante flujo de información que llegó a los estrategas políticos de alto rango, tanto advertencias previas al genocidio como documentación fehaciente durante su transcurso. Una buena cantidad de la mejor información aparecía en los matutinos. En 1915, cuando las comunicaciones eran precarias, el *New York Times* llegó a publicar 145 notas sobre la masacre turca de los armenios. Casi 80 años más tarde, el mismo diario informó apenas cuatro días después del comienzo del genocidio en Ruanda que “decenas de miles” ya habían sido asesinados. Dedicó más espacio a los horrores de Bosnia entre 1992 y 1995 que a ninguna otra noticia extranjera.

En una era de información instantánea, los funcionarios estadounidenses han pasado de afirmar que “no supieron” a dar a entender que “no lo apreciaron a cabalidad”. Esto también es un engaño. Es cierto que las atrocidades conocidas eran abstractas y remotas, y muy pocas veces llegaban a producir gran efecto en los estadounidenses comunes. Puesto que el salvajismo del genocidio escapa en tal medida a nuestra experiencia diaria, muchos no lo pudimos captar. Poco a poco llegamos a aceptar la depravación del holocausto, pero pronto lo catalogamos mentalmente como “historia”. Nos resistimos a admitir que el genocidio ocurre en el presente. Los sobrevivientes y testigos tuvieron dificultad para volver creíble lo que tanto costaba creer. Los circunstantes pudieron así retraerse al “crepúsculo entre saber y no saber”.

Pero ésta no es una coartada. Somos responsables de nuestra incredulidad. Las noticias que provienen de sociedades genocidas son increíbles por definición. Ésa era la lección que nos tendría que haber enseñado el holocausto. En caso

tras caso de genocidio los informes que sonaban descabellados y no podían verificarse independientemente resultaron verídicos una y otra vez. Con tantas fantasías desacreditadas, hace mucho que debimos pedir pruebas no a los refugiados, sino a los escépticos, a quienes se les debe exigir que ofrezcan razones valederas para ignorar los informes de testigos oculares. Un sesgo en favor de la creencia haría menos daño que uno en contra.

Los funcionarios se resisten a imaginar lo inimaginable debido a las consecuencias. De hecho, en lugar de buscar por todos los medios enterarse más a fondo o dar a conocer lo que ya sabían, se han cobijado en la vaguedad de la negabilidad plausible. Han usado la búsqueda de la certeza como excusa para la parálisis y la dilación. En la mayoría de los genocidios documentados en este libro, los funcionarios estadounidenses que “no supieron” o “no se daban cuenta cabal”, eligieron no hacerlo.

INFLUENCIA

Una segunda respuesta a la pregunta de por qué Estados Unidos hizo tan poco, es que no podía hacer gran cosa para detener los horrores. Aunque las categorías de Albert Hirschman (futilidad, perversidad, peligro) contribuyeron a clasificar las principales justificaciones estadounidenses para no actuar, no nos posibilitan entender lo que Estados Unidos *pudo* haber logrado, ni a qué costo. La única forma de determinar las consecuencias de medidas diplomáticas, económicas o militares por parte de Estados Unidos habría sido asumiéndolas. Sin embargo, sabemos que los genocidas eran ejemplares a la hora de estar pendientes tanto de las tácticas de sus brutales predecesores como de la respuesta del mundo. De sus predecesores aprendieron todo: a deshumanizar a sus víctimas y a emplear eufemismos, hasta construir campos de concentración, mentir y disimular sus crímenes. Y del mundo externo aprendieron la lección de la impunidad.

Si algo atestigua la influencia estadounidense, es la medida en que los genocidas tenían la mirada puesta en Washington y en otras capitales occidentales al decidir su proceder. Talaat Pasha a menudo mencionó que nadie le impidió al sultán Abdul Hamid asesinar a los armenios. Hitler se sintió animado por el hecho de que “nadie recordaba a los armenios”. Saddam Hussein, al ver la tranquila respuesta de la comunidad internacional a su uso de armas químicas contra Irán y su destrucción de aldeas kurdas, supuso con acierto que

no sería castigado por usar gases letales contra su propio pueblo. Pistoleros de Ruanda deliberadamente ultimaron a los soldados de paz belgas al comienzo de su genocidio, a sabiendas de que, por la muerte de 18 soldados estadounidenses en Somalia, era probable que la matanza de tropas occidentales precipitara su retiro. Los serbiobosnios celebraron en público las bajas de Mogadiscio, pues sabían que nunca tendrían que pelear contra fuerzas terrestres estadounidenses. Milosevic vio que no hubo consecuencias a su brutal represión de un movimiento independentista en Croacia, y juzgó que le acarrearía mayores trastornos un genocidio en Bosnia y en Kosovo. Debido a que tantos genocidas individuales mataban por vez primera y decidían día a día hasta qué punto llegar, Estados Unidos y sus aliados pasaron por alto oportunidades críticas para detenerlos. Al ignorar los genocidios alrededor del mundo, los funcionarios estadounidenses no pretendieron darles bandera verde, pero como algunos perpetradores pensaban que le hacían un favor al mundo al “limpiarlo” de “indeseables”, es probable que interpretasen el silencio como consentimiento o incluso apoyo.

Aunque es imposible demostrar el resultado de acciones que nunca tuvieron lugar, el mejor testimonio de lo que Estados Unidos pudo haber logrado es lo que sí lograron. Pese a lo que se decía de la futilidad de la intervención de Estados Unidos, en los contados casos en que intervino marcó una diferencia. Después de las condenas del secretario de Estado George Schultz, y de los fallidos esfuerzos del senador Claiborne Pell por imponer le sanciones en 1988, Saddam Hussein no volvió a usar gases contra los kurdos. Luego del llamado de Turquía y del encuentro personal del secretario de Estado James Baker con refugiados kurdos, Estados Unidos se unió a sus aliados en la creación de una zona de seguridad en el norte de Irak, lo que permitió a más de un millón de kurdos retornar a sus hogares. Un hotelero de Ruanda sostiene que con unas cuantas llamadas telefónicas de un diplomático estadounidense las milicias decidieron no atacar su establecimiento durante el genocidio. El bombardeo de la OTAN en Bosnia, cuando por fin llegó, puso rápido fin a ese conflicto de tres años y medio. El bombardeo de Kosovo por la OTAN en 1999 liberó a 1 700 000 albaneses del tiránico gobierno serbio. Y un puñado de arrestos de la OTAN en la ex Yugoslavia propició que se entregaran docenas de sospechosos de crímenes de guerra. No se puede suponer que toda medida considerada por funcionarios estadounidenses habría sido eficaz, pero no cabe duda de que incluso estos pequeños y tardíos

pasos salvaron cientos de miles de vidas. Si Estados Unidos hubiera tenido como prioridad evitar el genocidio, habría salvado muchísimas más.

VOLUNTAD

La verdadera razón por la que Estados Unidos no hizo lo que podía y debía para detener el genocidio no fue una carencia de conocimiento sino de voluntad. En palabras simples: los dirigentes estadounidenses no actuaron porque no quisieron. Creían que el genocidio era malo, pero no estaban dispuestos a invertir el capital militar, monetario o político local que requería detenerlo. Las políticas en respuesta a cada caso de genocidio examinado en este libro no fueron productos accidentales del descuido. Fueron decisiones concretas de los más altos mandos de este país tomadas luego de sopesar costos y beneficios en forma tácita y explícita.

En cada caso, los dirigentes del poder ejecutivo (por lo general con el apoyo pasivo de la mayoría del Congreso) tenían dos objetivos. En primer lugar deseaban evitar la intervención en conflictos que no amenazaran intereses nacionales, en su sentido más estrecho; y, en segundo, deseaban evitar los costos políticos y el estigma moral asociados con permitir el genocidio. A grandes rasgos cumplieron ambos objetivos. Para desbaratar las consecuencias políticas los funcionarios recalcaron la ambigüedad de los datos. Destacaron la probable futilidad, perversidad y peligro de cualquier intervención que se propusiera. Evitaron con firmeza la palabra “genocidio”, que suponían encerraba en sí un imperativo legal y moral (y por ende político) para actuar. Y se consolaron con la operación normal de la burocracia de la política exterior, lo que permitía la ilusión de la deliberación constante, la actividad compleja y la intensa preocupación. Una de las conclusiones más importantes a que he llegado, por tanto, es que el desempeño de Estados Unidos no ha sido un fracaso, sino un éxito. Por mucho que preocupe reconocerlo, los funcionarios manejaron el sistema, y el sistema funcionó.

Para entender por qué Estados Unidos no hizo más para detener el genocidio no basta, por supuesto, enfocar las acciones de los presidentes o de sus equipos de relaciones exteriores. En una democracia se puede presionar para que actúe incluso a un gobierno reacio a hacerlo. Esta presión puede ser interna o externa. Los burócratas dentro del sistema que entienden la realidad pueden presionar

pacientemente o instigar abiertamente con la esperanza de obligar a sus jefes a considerar una gama de opciones. Por desgracia, aunque cada genocidio generó alguna actividad en el fuero de la política exterior estadounidense, los empleados públicos civiles y de política exterior se atuvieron a lo que interpretaron como indiferencia presidencial o apatía pública. Supusieron que la política estadounidense era inmutable, que sus jefes ya comprendían sus inquietudes y que hablar (o renunciar) sólo reduciría su capacidad de mejorar la política. Bosnia fue el único genocidio del siglo xx que trajo aparejada toda una oleada de renuncias en el gobierno de Estados Unidos. Es probable que no sea coincidencia que éste fuese el único caso en que las protestas de los empleados se apoyaron todos los días en continuas protestas públicas y de la prensa fuera de Foggy Bottom.

El poder ejecutivo tampoco se siente presionado por la otra opción: la opinión local. Los dirigentes se desentienden del asunto porque el genocidio en tierras distantes no cautiva a senadores, camarillas de congresistas, cabilderos en Washington, formadores de opinión importantes, grupos populares, ni ciudadanos individuales. La batalla por ponerle fin al genocidio se pierde así en el ámbito de la política local. Aunque voces aisladas protestan contra la matanza, los estadounidenses fuera del gobierno se quedan en su mayoría mudos cuando en realidad importa hablar. Debido a este silencio de la sociedad, los funcionarios gubernamentales de todas las jerarquías calcularon que los costos políticos de intervenir para impedir el genocidio superaban por mucho los de dejar las cosas como estaban. Las excepciones que comprueban la regla fueron la ratificación del Convenio sobre Genocidio tras la debacle de Bitburg de Reagan, y la campaña aérea de la OTAN en Bosnia después de que el líder de la mayoría en el Senado, Bob Dole, se uniera con activistas populares y de elite para hacer sentir al presidente Clinton que “lo estaban haciendo polvo” por permitir las atrocidades serbias.

Con las crisis de política exterior en todo el mundo, que afectan los intereses estadounidenses más tradicionales, el genocidio jamás obtuvo la atención merecida en los niveles superiores. Se requiere presión política para que Washinton lo vea figurar en el mapa. Cuando Alison des Forges, de Human Rights Watch, se reunió con el consejero de Seguridad Nacional, Anthony Lake, a dos semanas de comenzado el genocidio en Ruanda, él le informó que los teléfonos no sonaban: “Hagan más ruido”. A causa de tan poco ruido acerca del

genocidio, los responsables de las decisiones en Estados Unidos están en contra de la intervención y tratan de convencerse de que hacen todo lo posible —y, más importante, todo lo que deben— a la luz de los intereses estadounidenses y de un muy limitado entendimiento de lo que podía hacer localmente Estados Unidos.

En último análisis, empero, la inercia de los gobernados no puede separarse de la indiferencia del gobierno. Los dirigentes estadounidenses tienen una relación tanto circular como deliberada con la opinión pública; circular porque los votantes en los distritos rara vez o nunca se dejan conmover por crisis extranjeras, aun genocidas, en ausencia de liderazgo político, y sin embargo, al mismo tiempo, los funcionarios se apoyan todo el tiempo en la ausencia de apoyo público como motivo para la inacción. La relación es deliberada porque la dirigencia no ha estado ausente en esas circunstancias; ha existido, pero sobre todo para minimizar la indignación pública.

RENDICIÓN DE CUENTAS

Un mecanismo para modificar el razonamiento de los dirigentes estadounidenses sería volverlos pública o profesionalmente responsables por no actuar. Los funcionarios temen las repercusiones de sus pecados por comisión, por las decisiones que toman y las políticas que emprenden y que luego salen mal, pero ninguno teme pagar un precio por sus pecados de omisión. Mientras todo el gobierno está motivado para prevenir “otra Somalia” u “otro Vietnam”, pocos piensan dos veces el papel que desempeñan al permitir “otra Ruanda”.

Otros países e instituciones cuyo personal se encontraba presente cuando hubo genocidio, al menos realizaron un análisis de la situación. Los Países Bajos, Francia y la ONU emprendieron investigaciones respecto de su responsabilidad en la caída de Srebrenica y las masacres siguientes. Pero cuando los investigadores de la ONU pidieron ayuda a la misión de Estados Unidos en Nueva York, no recibieron respuesta. Al final, al equipo de la ONU se le prohibió todo contacto independiente con empleados gubernamentales estadounidenses. A los investigadores se les concedió acceso a un grupo de funcionarios de nivel medio e inferior expresamente designado, quienes no revelaron casi nada acerca de lo que los funcionarios estadounidenses supieron durante las masacres de Srebrenica.

Los franceses, los belgas, la ONU y la Organización por la Unidad Africana

efectuaron investigaciones de su desempeño en el genocidio de Ruanda, pero en Estados Unidos, cuando algunos miembros inconformes de la Agrupación de Congresistas Negros intentaron organizar audiencias para conocer la actuación (o la falta de ella) de Estados Unidos, fueron rechazados. Dos funcionarios del gobierno de Clinton, uno del Departamento de Estado y el otro del Consejo de Seguridad Nacional, realizaron estudios internos sobre la respuesta del gobierno a la carnicería de Ruanda, pero sólo examinaron la documentación y no publicaron sus hallazgos. Estados Unidos necesita peritajes del Congreso con la facultad de obligar a la entrega de documentación y mandar comparecer a funcionarios de todas las jerarquías de los poderes ejecutivo y legislativo. Sin revelaciones significativas, conciencia pública, ni vergüenza oficial, es difícil imaginar una mejoría en la respuesta estadounidense la próxima vez.

Incluso los intentos extragubernamentales de rendir cuentas pueden ser importantes. En septiembre de 2001, el *Atlantic Monthly* publicó los resultados de mi investigación de tres años sobre la respuesta del gobierno de Clinton al genocidio de Ruanda. Unas semanas más tarde, según funcionarios del Consejo de Seguridad Nacional, llegó un memorándum al despacho del presidente George W. Bush sobre el tema de la prevención del genocidio. El documento resumía las conclusiones del artículo del *Atlantic*, y advertía de la probable erupción de violencia étnica en Burundi. Durante su campaña presidencial del año previo, Bush sostuvo que la prevención del genocidio no era asunto de Estados Unidos. Declaró a Sam Donaldson, de ABC: “No me gusta el genocidio y no me gusta la limpieza étnica, pero no mandaré a nuestras tropas”.² Sin embargo, después de resultar electo, y frente a un recuento de los fracasos del gobierno de Clinton, Bush escribió con énfasis al margen del memorándum: ¡NO DURANTE MI GESTIÓN! Mientras él fuera comandante en jefe, decía, no habría genocidios.

La anotación de Bush sin duda constituía una bienvenida declaración de intenciones, pero la realidad es que el presidente se realineaba con los demás presidentes estadounidenses que prometieron “nunca más”. Para poner en operación el sentimiento tendría que haberse comprometido con el público y la burocracia a impedir el genocidio. Él y sus ayudantes de política exterior de alto rango tendrían que poner en vigor una instrucción explícita de la decisión presidencial, obtener apoyo con sus discursos y exigir la elaboración de planificación militar de contingencia. De otro modo, es poco probable que los

funcionarios o ciudadanos estadounidenses se comporten de forma distinta la próxima vez que racistas fanáticos vuelvan a eliminar a un grupo minoritario. De todas maneras, el 11 de septiembre de 2001, a los pocos días de las notas al margen escritas por el presidente, terroristas islámicos convirtieron cuatro aviones civiles estadounidenses en bombas de combustible, asesinando a más de 3 000 civiles, haciendo añicos del sentido de invulnerabilidad de la nación y llevando al presidente a enfocar los recursos de Estados Unidos hacia una “guerra al terrorismo” de largo plazo.

EL FUTURO

El ataque del 11 de septiembre naturalmente provocará un cambio de rumbo en la política exterior. Puede fortalecer el sentimiento de los estadounidenses dentro y fuera del gobierno hacia los pueblos víctimas de genocidios. Los fanáticos que atacan a Estados Unidos se parecen a los genocidas en asignar responsabilidad colectiva del tipo más salvaje. Atacan a civiles no por sus acciones individuales, sino por su nacionalidad. Para ganarse una sentencia de muerte bastó, en el siglo XX, ser armenio, judío o tutsi. El 11 de septiembre incluyó a los estadounidenses. En 1994, Ruanda, un país de apenas ocho millones de habitantes, experimentó el equivalente numérico a más de dos ataques al Centro de Comercio Mundial, diariamente, a lo largo de 100 días. En escala estadounidense esto significaría la matanza de 23 millones de personas en tres meses. El 11 de septiembre, cuando Estados Unidos pidió socorro a sus amigos alrededor del mundo, los estadounidenses se sintieron agradecidos por la masiva respuesta. En cambio, cuando los tutsis pidieron ayuda, todos los países del mundo miraron para otro lado.

Aunque los estadounidenses sean más capaces de imaginar la matanza e identificarse con sus víctimas, el gobierno de Estados Unidos tal vez mirará la prevención del genocidio como un tema del que difícilmente pueda ocuparse, al estar dedicado con más ahínco a la protección de sus propios ciudadanos. Muchos postulan ahora —y es comprensible— que la lucha antiterrorista supone ahorrar los recursos del país y evitar la intervención humanitaria, que socavaría la preparación de Estados Unidos. La intervención en Kosovo y el proceso a Milosevic podrían representar puntos culminantes en la prevención y el castigo del genocidio.

Éste sería un error trágico y, al final, contraproducente. Estados Unidos debe impedir el genocidio por dos motivos. El primero y más fundamental es el moral. Cuando se destruye vida inocente en tal escala y Estados Unidos está en posición de detenerlo a un costo razonable, tiene la obligación de actuar. Ésta es la creencia de la mayoría de los que favorecen la intervención. Pero la historia ha demostrado que el sufrimiento de las víctimas a duras penas bastó para conseguir la intervención estadounidense.

Así, incluso aquéllos impulsados por el sentido de la responsabilidad moral estadounidense han tratado de lograr resultados al apelar al segundo motivo: aclarando el propio interés. Advirtieron que permitir el genocidio minaba la estabilidad regional e internacional, creaba refugiados militarizados y le daba a entender a los dictadores que el odio y el asesinato eran herramientas permisibles para un estadista. Debido a que estas amenazas a los intereses estadounidenses eran a largo plazo y no visibles en lo inmediato, apenas convencieron a los altos estrategas políticos. El genocidio sí afectaba la estabilidad regional, pero estas zonas tendían a estar fuera de la esfera de preocupación de Estados Unidos. Los refugiados sí se militarizaban, pero tendían a no acercarse a las costas de Estados Unidos. Los dictadores en todas partes sí vieron las señales, pero su forma de tratar a sus propios ciudadanos parecía tener poco efecto en la seguridad militar o económica de Estados Unidos. De esta forma, la intervención humanitaria llegó sólo en esos pocos casos en que estaba en juego el interés político de corto plazo de los políticos estadounidenses.

Si antes del 11 de septiembre era difícil conseguir que los políticos estadounidenses vieran los costos a largo plazo de permitir el genocidio, lo será aún más hoy en día, cuando las necesidades estadounidenses de seguridad son tan agudas y visibles. Pero la seguridad de los estadounidenses dentro y fuera del país depende de la estabilidad internacional, y acaso no haya mayor fuente de calamidades que un grupo de extremistas bien armados decididos a exterminar a un pueblo por motivos étnicos, nacionales o religiosos.

Los gobiernos occidentales por lo general intentan contener el genocidio apaciguando a sus estrategas. Pero la triste historia del pasado siglo demuestra que los muros que Estados Unidos trata de construir alrededor de sociedades genocidas siempre se desploman. Los estados que asesinan y atormentan a sus propios ciudadanos terminan por atacar a los ciudadanos de otros países. Sus apetitos se vuelven insaciables. Hitler comenzó por perseguir a su propio pueblo

y luego le hizo la guerra al resto de Europa, y, al final, a Estados Unidos. Saddam Hussein exterminó la vida kurda rural y luego volvió la atención a Kuwait, enviando a su secuaz genocida, Alí Hassán al-Majid, a gobernar el territorio recién ocupado. Estados Unidos tiene ahora motivos para temer que las sustancias tóxicas que Hussein empleó contra los kurdos pronto se usarán contra estadounidenses. Milosevic llevó sus guerras contra Eslovenia y Croacia a Bosnia, y después a Kosovo. Estados Unidos y sus aliados europeos aún pagan por su original descuido de los Balcanes con la escalada de violencia en Macedonia, que amenaza la estabilidad del sudeste europeo.

Los ciudadanos afectados por el genocidio o abandonados por la comunidad internacional no se vuelven buenos vecinos, pues su sed de venganza, su precaria situación resultante y su aceptación de la violencia como medio para producir el cambio los convierten en amenazas futuras. En Bosnia, donde Estados Unidos y Europa mantuvieron un embargo de armas contra los musulmanes, combatientes y proselitistas islámicos extremistas aparecieron para ofrecer auxilio. Algunos ciudadanos musulmanes seculares se radicalizaron en la transacción, y el fracasado Estado de Bosnia se volvió un punto de encuentro para terroristas islámicos rechazados en otras partes del mundo. Aparentemente una de las organizaciones que infiltró a Bosnia en su momento de necesidad y que la usó como base de entrenamiento fue al-Qaeda, del cerebro terrorista saudita Osama bin Laden.³

Estados Unidos no debería plantear sus alternativas políticas en términos de no hacer nada o mandar unilateralmente a la infantería de marina. El liderazgo estadounidense será indispensable para alentar a los aliados y a las instituciones regionales e internacionales a aumentar sus compromisos y capacidades. Por el inmenso daño que produce el genocidio, su prevención es una carga que hay que compartir. Al mismo tiempo, Estados Unidos debe llevar a cabo determinadas acciones en cada caso. Debe responder al genocidio con un sentido de urgencia, con la identificación pública de sus autores y la amenaza de enjuiciarlos, con la solicitud de expulsión de los representantes del régimen genocida de instituciones internacionales como la ONU, con el cierre de sus embajadas en Estados Unidos y con exhortos a los países alineados con los perpetradores para que ejerzan su influencia. Cuando las circunstancias lo justifiquen, Estados Unidos debe imponer sanciones económicas, congelar fondos y usar los recursos técnicos disponibles para privar a los asesinos de sus medios de propagar el odio.

Con sus aliados debe establecer zonas de seguridad para guarecer refugiados y civiles, y protegerlos con tropas de paz bien armadas y con la debida libertad de acción, aviones o las dos cosas. Por la afrenta que representa el genocidio a sus más preciados valores e intereses, Estados Unidos también debe estar dispuesto a arriesgar la vida de sus soldados en aras de detener este crimen monstruoso.

En la mayor parte de la segunda mitad del siglo xx, la existencia del Convenio sobre Genocidio no ha parecido lograr gran cosa. Estados Unidos no ratificó el tratado en 40 años. Los países que sí lo ratificaron, nunca lo invocaron para impedir o castigar el genocidio. Y en lugar de volver a los políticos estadounidenses más dispuestos a detener el genocidio, la tardía ratificación estadounidense sólo pareció volverlos más quisquillosos de usar la palabra con “g”. No obstante, el concepto acuñado por Raphael Lemkin ha generado más beneficios que daños. Los tribunales internacionales para la ex Yugoslavia y Ruanda, y la futura Corte Criminal Internacional, quizá no existirían de no ser por la aprobación del convenio. El castigo impuesto por estas cortes puede contribuir a desalentar el genocidio en el largo plazo. Más aún, gracias a la existencia del convenio y a la labor proselitista de Lemkin, la palabra “genocidio”, que se mencionó hasta 1948, ha cobrado un potente estigma moral. Las promesas de políticos estadounidenses de no permitir nunca más este crimen, y los esfuerzos que han hecho, incluso mientras permitieron el desarrollo de genocidios para negar su ocurrencia en sí mismos, son testimonio del estigma. La esperanza para la puesta en vigor del convenio se encierra en este oprobio y en la decisión de los que ayudaron a obligar a Estados Unidos a cumplir con sus promesas.

Pocos de los que procuraron que la plomiza maquinaria del gobierno estadounidense respondiera al genocidio comenzaron como combatientes o siquiera mensajeros. La mayoría experimentó algún momento de reconocimiento que agudizó su visión y los sacó de un estado de negación. A menudo se transformaban por una exposición personal a la escena del crimen: Lemkin y Dallaire sin duda, pero también Morgenthau, Karski, Becker, Twining, Quinn, Galbraith, Dole, McCloskey, Holbrooke y cientos más que no han sido nombrados. Vieron algo que los impresionó, que convirtió los relatos periodísticos de cada día en vibrantes llamadas desde la tumba, voces que traspasaron el “cordón sanitario” que filtra las noticias desagradables.

Durante la segunda Guerra Mundial, Arthur Koestler describió a los pocos

frustrados que denunciaron las atrocidades nazis en los diarios y conferencias públicas como “chillones”. Los *Chillones* lograron llegar a sus públicos por un momento, sólo para verlos sacudirse como “cachorros a los que se les mojó la pelambre” y volver al dichoso lugar de la ignorancia y la no intervención. Dijo Koestler: “Se les puede convencer por una hora”, pero a la larga “su media defensa mental entra en funcionamiento y en una semana su incredulidad retorna, como un reflejo temporalmente debilitado por el sacudón”.⁴

La mayoría de quienes protestaron contra la política estadounidense pensaba al principio que con sólo comunicarles los horrores a quienes no los habían presenciado, la comunidad de oyentes (locales, nacionales, internacionales) actuaría. Tenían fe en las instituciones a las que se habían plegado. Lemkin, el inmigrante, creía en Estados Unidos. No albergaba duda de que este país adoptaría su gesta, y ratificaría y aplicaría el Convenio sobre Genocidio. William Proxmire, el quijotesco senador, creyó que el convenio no se había ratificado por alguna peculiaridad del proceso legislativo. Cuando se comprometió a pronunciar un discurso por día en el Congreso, pensó que la demora del Senado duraría un año cuando mucho. Aunque Peter Galbraith estaba al tanto de los fuertes intereses especiales en el Congreso, creyó que había ciertos límites que los legisladores estadounidenses no permitirían franquear. Romeo Dallaire creyó en la nobleza y la promesa de las Naciones Unidas de que jamás abandonaría a ciudadanos que se había comprometido a proteger. Y los disidentes del Departamento de Estado creían en él. Estaban dispuestos a usar el canal disidente, hablar en el foro abierto y mandar sinceros memorandos al secretario de Estado. Creyeron que “nunca más” Estados Unidos permitiría que en Europa se encerrara a hombres y mujeres en campos de concentración donde se les privaría de alimento, violaría y mataría.

Todos los *Chillones* posteriores vieron en el silencio otro crimen de lesa humanidad. Hablaban de una analogía con el holocausto porque supusieron que eso ayudaría a vincular una crisis actual con una tragedia pasada, y a separar una decisión actual de una anterior de entreguismo. La mayoría de éstos vio la oportunidad y la alternativa donde los anteriores se sintieron atrapados por la inevitabilidad y la “realidad”, que no cuestionaban y, por tanto, no lograron alterar. Sabían que eran individuos los que tendrían que comprometerse, lo que no equivalía a suponer que lo harían. Muchas veces se los tildaba de “emocionales”, “irracionales”, “flojos” o “ingenuos”. Muchos arruinaron sus

carreras por las posturas que asumieron. Algunos se derrumbaron; otros, como Dallaire, quizá no se recuperarán jamás.

Debido a la manera en que terminaron las historias, y sobre todo por la manera en que *aún* terminan los genocidios, es fácil considerar en exceso crédulos o políticamente obtusos a estos individuos. Pero ¿cuántos de nosotros que repasemos los genocidios del siglo xx, incluso el holocausto, no pensamos que esta gente tuvo razón? ¿Cuántos no opinamos que los presidentes, senadores, burócratas, periodistas y ciudadanos comunes que no actuaron y prefirieron mirar para otro lado antes que enfrentarse a elecciones difíciles y dilemas morales, estaban equivocados? Y ¿cómo es que algo en retrospectiva tan claro pueda mostrar tal desorientación en el momento a raíz de racionalizaciones, restricciones institucionales y falta de imaginación? ¿Cómo puede ser que los que luchan por estos principios sean a los que se tiene por poco razonables?

George Bernard Shaw escribió: “El hombre razonable se adapta al mundo; el irrazonable persiste en tratar de adaptar el mundo a él. Por tanto, todo progreso depende del irrazonable”. Después de un siglo de hacer tan poco por impedir, reprimir y castigar el genocidio, los estadounidenses deben pasarse a las filas de los irrazonables, y así legitimarlas.

BIBLIOGRAFÍA

TURQUÍA

- Ahmad, Feroz, *The Young Turks: The Committee of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914*, Calderon Press, 1969.
- Alexander, Edward, *A Crime of Vengeance: An Armenian Struggle of Justice*, Free Press, 1991.
- Ambrosius, Lloyd E., *Woodrow Wilson and the American Diplomatic Tradition: The Treaty Fight in Perspective*, Cambridge University Press, 1987.
- Auron, Yair, *The Banality of Indifference: Zionism and the American Genocide*, Transaction, 2000.
- Baker, Ray Stannard y William E. Dood (comps.), *The Public Papers of Woodrow Wilson*, Harper, 1925.
- Balakian, Peter, *Black Dog of Fate: A Memoir*, Basic Books, 1997.
- Boyajian, Dickran H., *Armenia: The Case in a Forgotten Genocide*, Educational Book Crafters, 1972.
- Bryce, James, *The Treatment of the Armenians in the Ottoman Empire, 1915-1916*, Gomidas Institute Books, 2000.
- Dadrian, Vahakn N., *The History of the American Genocide Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*, Bergham Books, 1995.
- Davis, Leslie A., *The Slaughterhouse Province: An American Diplomat's Report on the Armenian Genocide, 1915-1917*, Susan K. Blair (ed.), A. D. Caratzas, 1989.
- Derogy, Jacques, *Resistance and Revenge: The Armenian Assassination of the Turkish Leaders Responsible for the 1915 Massacres and Deportations*, A. M. Berret (trad.), Transaction, 1990.
- Evans, Laurence, *Unites States Policy and the Partition of Turkey, 1914-1924*, Johns Hopkins University Press, 2001.
- Gilbert, Martin, *The First World War: A Complete History*, Henry Holt, 1994.
- Horne, John y Alan Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, Yale

- University Press, 2001.
- Hovannisian, Richard (comp.), *The Armenian Genocide in Perspective*, Transaction, 1986.
- (comp.), *Remembrance and Denial: The Case of Armenian Genocide*, Wayne State University Press, 1998.
- Keegan, John, *The First World War*, Knopf, 1999.
- Lewis, Bernard, *The Emergence of Modern Turkey*, Oxford University Press, 1961.
- Mazian, Florence, *Why Genocide? The American Jewish Experience en Perspective*, Iowa State University Press, 1990.
- Melson, Robert F., *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, University of Chicago Press, 1992.
- Miller, Donald E. y Lorna Touryan Miller, *Survivors: And Oral History of the Armenian Genocide*, University of California Press, 1993.
- Morgenthau, Henry, *Ambassador Morgenthau's Story*, Taderon Press, 2000.
- Morgenthau, Henry III, *Mostly Morgenthau: A Family History*, Ticknor & Fields, 1991.
- Morison, Elting E. (comp.), *The Letters of Theodore Roosevelt: The Days of Armageddon, 1914-1919*, vol. 8, Harvard University Press, 1954.
- Riggs, Henry H., *Day of Tragedy in Armenia: Personal Experience in Harpoot, 1915-1917*, Gomidas Institute, 1997.
- Roosevelt, Theodore, *Fear God and Take your Own Part*, George H. Doran, 1916.
- Shaw, Stanford J. y Ezel Rural Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, vol. 2, Cambridge University Press, 1977.
- Suny, Ronald Grigar, *Looking Toward Ararat: Armenia in Modern History*, Indiana University Press, 1993.
- Toynbee, Arnold, *Armenian Atrocities: The Murder of a Nation*, Hodder & Stoughton, 1915.
- Werfel, Franz, *The Forty Days of Musa Dagh*, Viking, 1934.
- Winter, Jay y Blaine Baggett, *The Great War and the Shaping of the 20th Century*, Penguin Studio, 1996.

- Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Viking, 1963.
- Avisar, Ilan, *Screening the Holocaust: Cinema's Images of the Unimaginable*, Indiana University Press, 1988.
- Bartlett, Robert Merrill, *The Stand Invincible: Men Who Are Reshaping Our World*, Thomas Y. Crowell, 1959.
- Berenbaum, Michael, *The World Must Know: The History of the Holocaust as Told in the United States Holocaust Memorial Museum*, Little, Brown, 1993.
- Bierman, John, *Righteous Gentile: The History of Raul Wallenberg, Missing Hero of the Holocaust*, Viking, 1981.
- Block, Gay y Malka Drucker, *Rescuers: Portraits of Moral Courage in the Holocaust*, Holmes & Meier, 1992.
- Breitman, Richard, *Official Secrets: What the Nazis Planned, What the British and Americans Knew*, Hill & Wang, 1998.
- y Alan M. Kraut, *American Refugee Policy and European Jewry, 1933-1945*, Indiana University Press, 1987.
- Browning, Christopher R., *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Harper Collins, 1992.
- Clendinnen, Inga, *Reading the Holocaust*, Cambridge University Press, 1999.
- Cole, Tim, *Selling the Holocaust*, Routledge, 1999.
- Cole, Wayne S., *Charles A. Lindbergh and the Battle Against American Intervention in World War II*, Harcourt Brace Javanovich, 1974.
- Delbo, Charlotte, *Auschwitz and After*, Yale University Press, 1995.
- Favez, Jean-Claude, *The Red Cross, and the Holocaust*, Cambridge University Press, 1999.
- Feingold, Henry L., *The Politics of Rescue, the Roosevelt Administration and the Holocaust, 1938-1945*, Rutgers University Press, 1970.
- Fogelman, Eva, *Conscience and Courage: Rescue of Jews During the Holocaust*, Anchor Books, 1994.
- Frank, Anne, *Anne Frank: The Diary of a Young Girl*, B.M. Mooyart (trad.), Doubleday, 1993.
- Friedlander, Saul (comp.), *Probing the Limits of Representation: Nazism and the Final Solution*, Harvard University Press, 1992.
- Friedman, Saul S., *No Haven for the Oppressed: United States Policy Toward*

- Jewish Refugees, 1938-1945*, Wayne State University Press, 1973.
- Geras, Norman, *The Contract of Mutual Indifference: Political Philosophy After the Holocaust*, Verso, 1998.
- German Reich Ministry for National Enlightenment and Propaganda, *The Secret Conferences of Dr. Goebbels; the Nazi Propaganda War, 1939-1943*, E.P. Dutton, 1970.
- Gilbert, Martin, *Auschwitz and the Allies*, Holt, Rinehart y Winston, 1981.
- , *The Second World War*, Fontana/Collins, 1990.
- Goldhagen, Daniel Jonah, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Knopf, 1996.
- Golub, Jennifer y Renae Cohen, *What Do Americans Know About the Holocaust?* American Jewish Committee, 1993.
- Goodwin, Doris Kearns, *No Ordinary Time*, Simon & Schuster, 1994.
- Gross, Jan T., *Neighbors: The Destruction of Jewish Community in Jedwabne, Poland*, Princeton University Press, 2001.
- Hallie, Philip, *Lest Innocent Blood Be Shed: The Story of Le Chambon and How Goodness Happened There*, Harper & Row, 1979.
- Hilberg, Raul, *The Destruction of the European Jews*, Holmes & Meier, 1985.
- Horowitz, Gordon J., *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen*, Free Press, 1990.
- Insdorf, Annette, *Indelible Shadows: Film and the Holocaust*, Cambridge University Press, 1989.
- Jaspers, Karl, *The Question of the German Guilt*, Greenwood Press, 1948.
- Karski, Jan, *Story of a Secret State*, Houghton Mifflin, 1944.
- Katz, Steven T., *The Holocaust in Historical Context*, vol. 1: *The Holocaust and Mass Death Before the Modern Age*, Oxford University Press, 1994.
- Langer, Lawrence L., *Admitting the Holocaust: Collected Essays*, Oxford University Press, 1995.
- , *The Age of Atrocity: Death in Modern Literature*, Beacon Press, 1978.
- Lanzmann, Claude, *Shoah: An Oral History of Holocaust*, Pantheon Books, 1985.
- Laqueur, Walter, *The Terrible Secret: An Investigation of the Truth About Hitler's "Final Solution"*, Owl Books, 1980.
- y Richard Breitman, *Breaking the Silence*, Simon & Schuster, 1986.
- Lemkin, Raphael, *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis*

- of Government, Proposals for Redress*, Carnegie Endowment for International Peace, Division of International Law, 1994.
- Levi, Primo, *The Drowned and the Saved*, Summit Books, 1986.
- , *Survival at Auschwitz: The Nazi Assault on Humanity*, Touchstone, 1996.
- Lifton, Robert Jay, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, 1986.
- Linenthal, Edward T., *Preserving Memory: The Struggle to Create America's Holocaust Museum*, Viking, 1995.
- Lipstadt, Deborah L., *Beyond Belief: The American Press and the Coming of the Holocaust, 1933-1945*, Free Press, 1986.
- , *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory*, Maxwell Macmillan International, 1993.
- Lochner, Louis Paul, *What About Germany?*, Dodd, Mead, 1942.
- Lookstein, Haskel, *Were We Our Brothers' Keepers? The Public Response of American Jews to the Holocaust, 1938-1944*, Hartmore House, 1985.
- Marrus, Michael R., *The Holocaust in History*, Meridian, 1987.
- , *The Nuremberg War Crimes Trials, 1945-1946*, Bedford, 1997.
- Mazower, Mark, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Knopf, 1998.
- Meltzer, Milton, *Rescue: The Story of How the Gentiles Saved Jews in the Holocaust*, Harper & Row, 1988.
- Miller, Judith, *One by One, by One: Facing the Holocaust*, Simon & Schuster, 1990.
- Morse, Arthur D., *While Six Million Died: A Chronicle of American Apathy*, Random House, 1968.
- Müller, Ingo, *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich*, Deborah Schneider (trad.), Harvard University Press, 1991.
- Novick, Peter, *The Holocaust in American Life*, Houghton Mifflin, 1999.
- Oliner, Samuel P. y Pearl M. Oliner, *The Altruistic Personality: Rescues of Jews in Nazi Europe*, Free Press, 1998.
- O'Neill, William L., *A Democracy at War: America's Fight at Home and Abroad in World War II*, Harvard University Press, 1995.
- Robinson, Greg, *By Order of the President: FDR and the Internment of Japanese Americans*, Harvard University Press, 2001.
- Rosenbaum, Alan S., *Is the Holocaust Unique? Perspectives on Comparative*

- Genocide*, Westview Press, 1996.
- Rosenbaum, Ron, *Explaining Hitler: The Search for the Origins of His Evil*, Random House, 1998.
- Rosenfeld, Alvin H., *Thinking About the Holocaust: After Half a Century*, Indiana University Press, 1997.
- Rubenstein, Richard L., *The Cunning of History: Mass Death and the American Future*, Harper & Row, 1975.
- Sereny, Gitta, *Into That Darkness: An Examination of Conscience*, Vintage Books, 1983.
- Shandler, Jeffrey, *While America Watches: Televising the Holocaust*, Oxford University Press, 1999.
- Simpson, Christopher, *The Splendid Blond Beast: Money, Law and Genocide in the Twentieth Century*, Grove Press, 1993.
- Steiner, George, *Language and Silence: Essays on Language, Literature and the Inhuman*, Yale University Press, 1998.
- Visser 't Hooft y Willem Adolph, *Memoirs*, SCM Press, 1973.
- Wiesel, Elie, *All Rivers Run to the Sea: Memoirs*, Knopf, 1996.
- Wood, E. Thomas y Stanislaw M. Jankowsky, *Karski: How One Man Tried to Stop the Holocaust*, John Wiley, 1994.
- Wyman, David S., *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*, New Press, 1998.
- , *Paper Walls: American and the Refugee Crisis, 1938-1941*. Pantheon Books, 1985.
- (comp.), *America and the Holocaust: A Thirteen-Volume Set Documenting the Editor's Book, The Abandonment of the Jews*, vol. 3, *The Mock Rescue Conference: Bermuda*, Garland, 1990.
- Zelizer, Barbara, *Remembering to Forget: Holocaust Memory Through the Camera's Eye*, University of Chicago Press, 1998.

CAMBOYA

- Acharya, Amitav, Pierre Lizée y Sorpong Peou, *Cambodia: The 1989 Paris Peace Conference, Background Analysis and Documents*, Kraus International, 1991.
- Becker, Elizabeth, *When the War Was Over: Cambodia and the Khmer Rouge*

- Revolution*, Public Affairs, 1998.
- Bilton, Michael y Kevin Sim, *Four Hours in My Lai*, Viking, 1992.
- Chanda, Nayan, *Brother Enemy: The War After the War*, Harcourt Brace Javanovich, 1986.
- Chandler, David P., *Voices from S-21: Terror and History in Pol Pot's Secret Prison*, University of California Press, 1999.
- Fenton, James, *All the Wrong Places: Adrift in the Politics of Asia*, Penguin, 1988.
- Hass, Michael, *Genocide by Proxy: Cambodian Pawn on Superpower Chessboard*, Praeger, 1991.
- Hildebrand, George C. y Gareth Porter, *Cambodia: Starvation and Revolution*, Monthly Review Press, 1976.
- Jackson, Karl D., *Cambodia 1975-1978: Rendezvous with Death*, Princeton University Press, 1989.
- Kamm, Henry, *Cambodia: Report from a Stricken Land*, Arcade, 1998.
- Kiernan, Ben, *How Pol Pot Came to Power: A History of Communism in Kampuchea, 1930-1975*, Verso, 1985.
- , *The Pol Pot Regime: Race, Power and Genocide in Cambodia Under the Khmer Rouge, 1975-1979*, Yale University Press, 1996.
- (comp.), *Genocide and Democracy in Cambodia: The Khmer Rouge, The United Nations and the International Community*, Yale University Southeast Asia Studies, 1993.
- McNamara, Robert S. y Brian Van DeMark, *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*, Times Books, 1995.
- Metzl, Jamie Frederic, *Western Responses to Human Rights Abuses in Cambodia, 1975-1980*, St. Martins Press, 1996.
- National Foreign Assessment Center, *Kampuchea: A Demographic Catastrophe*, Document Expediting (DOCEX) Project, Exchange and Gift Division, Library of Congress, 1980.
- Ponchaud, François, *Cambodia, Year Zero*, Penguin, 1978.
- Pran, Dith y Kim DePaul (comps.), *Children of Cambodia's Killing Fields: Memoirs by Survivors*, Yale University Press, 1997.
- Rodman, Peter W., *More Precious Than Peace: The Cold War and the Struggle for the Third World*, Charles Scribner's Sons, 1994.
- Russell, Bertrand, *War Crimes in Vietnam*, Monthly Review Press, 1967.

- Schanberg, Sydney H., *The Death and Life of Dith Pran*, Penguin, 1985.
- Shawcross, William, *Cambodia's New Deal: A Report*, Carnegie Endowment for International Peace, 1994.
- , *The Quality of Mercy: Cambodia, Holocaust and Modern Conscience*, Simon & Schuster, 1984.
- , *Sideshow: Kissinger, Nixon and the Destruction of Cambodia*, Simon & Schuster, 1987, ed. revisada.
- Vann Nath, *A Cambodian Prison Portrait: One Year in the Khmer Rouge's S-21*, White Lotus Press, 1998.
- Welaratna, Usha, *Beyond the Killing Fields: Voices of Nine Cambodian Survivors in America*, Stanford University Press, 1993.
- Wetterhahn, Ralph, *The Last Battle: The Mayaguez Incident and the End of the Vietnam War*, Carroll & Graft, 2001.

IRAK

- Burck, Gordon M. y Charles C. Flowerree, *International Handbook on Chemical Weapons Proliferation*, Greenwood Press, 1991.
- Carus, W. Seth, "The Genie Unleashed: Iraq's Chemical and Biological Weapons Program", *Policy Papers*, núm. 14, Washington Institute for Near East Policy, 1989.
- Chaliand, Gerard (comp.), *A People Without a Country: The Kurds and Kurdistan*, Olive Branch Press, 1993.
- Cordesman, Anthony H., *Weapons of Mass Destruction in the Middle East*, Brassey's, 1991.
- y Abraham R. Wagner, *The Lessons of Modern War*, vol. 2: *The Iran- Iraq War*, Westview Press, 1990.
- Dekker, Ige F. y Harry H. G. Post (comps.), *The Gulf War of 1980-1988: The Iran-Iraq War in International Legal Perspective*, Martinus Nijhoff, 1992.
- Eagleton, William, *The Kurdish Republic of 1946*, Oxford University Press, 1963.
- Gunter, Michael M., *The Kurds of Iraq: Tragedy and Hope*, St. Martin's Press, 1992.
- Hassanpour, Amir, *Nationalism and Language in Kurdistan*, Mellen Research University Press, 1992.
- Kreyenbroek, Philip G. y Christine Allison, *Kurdish Culture and Identity*, Zed

- Books, 1996.
- y Stefan Sperl (comps.), *The Kurds: A Contemporary Overview*, Routledge, 1992.
- Lazier, Sheri, *Martyrs, Traitors and Patriots: Kurdistan After the Gulf War*, Zed Books, 1996.
- Makiya Kanan, *Cruelty and Silence: War, Tyranny, Uprising and the Arab World*, W.W. Norton, 1993.
- , *Republic of Fear: The Politics of Modern Iraq*, University of California Press, 1998.
- McDowall, David, *The Kurds*, Minority Rights Group, 1991.
- , *A Modern History of the Kurds*, I.B. Tauris, 1996.
- Meiselas, Susan, *Kurdistan: In The Shadows of History*, Random House, 1997.
- Middle East Watch, *Genocide in Iraq: The Anfal Campaign Against the Kurds*, Human Rights Watch, 1993.
- , *Human Rights in Iraq*, Yale University Press, 1990.
- National Security Archive (comp.), *Iraqgate: Saddam Hussein, U.S. Policy and the Prelude to the Persian Gulf War (1980-1994)*, Chadwyck-Healey, 1995.
- Olson, Robert (comp.), *The Kurdish Nationalism Movement in the 1990s: Its Impact on Turkey and the Middle East*, University Press of Kentucky, 1996.
- Pelletiere, Stephen C., *The Iran-Iraq War: Chaos in Vacuum*, Preager, 1992.
- y Douglas V. Johnson II, *Lessons Learned: The Iran-Iraq War*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College, 1991.
- Randal, Jonathan C., *After Such Knowledge, What Forgiveness? My Encounters with Kurdistan*, Farrar, Straus and Giroux, 1997.
- Shiloah Center for Middle East and African Studies, Tel Aviv University, *Middle East Contemporary Survey*, vols. 1-3, Holmes & Meier, 1978-1980.
- U.S. Senate Committee on Foreign Relations, *Chemical Weapons Use in Kurdistan: Iraq's Final Offensive*, 100th Cong., 2nd sess., 1998, S. Prt. 100-148.
- , *War in the Gulf*, 98th Cong, 2nd sess., S. Prt. 98-225.
- , *War in Persian Gulf: The U.S. Takes Sides*, 100th Cong., 1st sess., 1987, S. Prt. 100-160.

- Article 19, *Forging War: The Media in Serbia, Croatia and Bosnia-Herzegovina*, Article 19, 1994.
- Banac, Ivo, *The National Question in Yugoslavia: Origins, History, Politics*, Cornell University Press, 1984.
- Cohen, Ben y George Stamkoski (comps.), *With No Peace to Keep: United Nations Peacekeeping and the War in the Former Yugoslavia*, Grainpress, 1995.
- Cohen, Leonard J., *Broken Bonds: Yugoslavia's Disintegration and Balkan Politics in Transition*, Westview Press, 1995.
- Cohen, Roger, *Hearts Grown Brutal: Sagas of Sarajevo*, Random House, 1998.
- Cushman, Thomas y Stjepan G. Mestrovic (comps.), *This Time We Knew: Western Responses to Genocide in Bosnia*, New York University Press, 1996.
- Daalder, Ivo H., *Getting to Dayton: The Making of America's Bosnia Policy*, Brookings Institution, 2000.
- Gjelten, Tom, *Sarajevo Daily: A City and Its Newspaper Under Siege*, HarperCollins, 1995.
- Glenny, Misha, *The Fall of Yugoslavia: The Third Balkan War*, Penguin, 1993.
- Gutman, Roy, *Witness to Genocide: The 1993 Pulitzer Prize-Winning Dispatches on the "Ethnic Cleansing" of Bosnia*, Mcmillan, 1993.
- Halberstam, David, *War in a Time of Peace: Bush, Clinton, and the Generals*, Scribner, 2001.
- Hall, Brian, *The Impossible Country*, Penguin, 1994.
- Haviv, Ron, *Blood and Honey: A Balkan War Journal*, TV Books/Umbrage, 2001.
- Helsinki Watch, *War Crimes in Bosnia-Herzegovina*, vols. 1-2, Human Rights Watch, 1992-1993.
- Holbrooke, Richard, *To End a War*, Random House, 1998.
- Honig, Jan Willem y Norbert Both, *Srebrenica: Record of a War Crime*, Penguin, 1997.
- Hukanovic, Reazk, *The Tenth Circle of Hell: A Memoir of Life in the Death Camps of Bosnia*, Basic Books, 1996.
- Human Rights Watch, *Bosnia-Herzegovina: The Fall of Srebrenica and the Failure of U.N. Peacekeeping*, Human Rights Watch, 1995.
- Ignatieff, Michael, *Blood and Belonging*, Farrar, Straus and Giroux, 1994.

- , *The Warrior's Honor: Ethnic War and the Modern Conscience*, Henry Holt, 1998.
- International Commission on the Balkans, *Unfinished Peace: Report of the International Commission on the Balkans*, Carnegie Endowment, 1996.
- Judah, Tim, *The Serbs: History, Myth, and the Destruction of Yugoslavia*, Yale University Press, 1997.
- Kaplan, Robert, *Balkan Ghosts: A Journey Through History*, St. Martin Press, 1993.
- Malcolm, Noel, *Bosnia: A Short History*, New York University Press, 1996.
- Mestrovic, Stjepan (comp.), *The Conceit of Innocence: Losing the Conscience of the West in the War Against Bosnia*, Texas A & M University Press, 1997.
- Mousavizadeh, Nader (comp.), *The Black Book of Bosnia: The Consequences of Appeasemen*, New Republic-Basic Books, 1996.
- Owen, Robert C. (comp.), *Deliberate Force: A Case Study in Effective Air Campaigning*, Air University Press, 2000.
- Peress, Gilles, *Farwell to Bosnia*, Scala, 1994.
- Reieff, David, *Slaughterhouse: Bosnia and the Failure of the West*, Simon & Schuster, 1995.
- Rogel, Carole, *The Breakup of Yugoslavia and the War in Bosnia*, Greenwood Press, 1998.
- Rohde, David, *Endgame: The Betrayal and the Fall of Srebrenica, Europe's Worst Massacre Since World War II*, Farrar, Straus and Giroux, 1997.
- Silber, Laura y Allan Little, *Yugoslavia: Death of a Nation*, Penguin, 1997.
- Stover, Eric y Gilles Peress, *The Graves: Srebrenica and Vukovar*, Scalo, 1998.
- Sudetic, Chuck, *Blood and Vengeance: One Family's Story of the War in Bosnia*, Norton, 1998.
- Thompson, Mark, *A Paper House: The Ending of Yugoslavia*, Pantheon Books, 1992.
- United Nations, *Report of the Secretary General Pursuant to General Assembly Resolution 53/35: The Fall of Srebrenica*, UN Doc. No. A/54/549, 15 de noviembre de 1999.
- Vulliamy (comp.), *Seasons in Hell: Understanding Bosnia's War*, St. Martin Press, 1994.
- West, Rebecca, *Black Lamb and Grey Falcon: A Journey Through Yugoslavia*, Viking, 1941.

- Western, Jon, "Warring Ideas: Explaining U.S. Military Intervention in Regional Conflicts", tesis doctoral, Columbia University, 2000.
- Zimmermann, Warren, *Origins of Catastrophe: Yugoslavian and Its Destroyers — the Last Ambassador Tells What Happened and Why*, Times Books, 1996.
- et al.*, *Bosnia: What Went Wrong? A Foreign Affairs Reader*, Council on Foreign Relations, 1998.

RUANDA

- Aldeman, Howard y Astri Suhrke (comps.), *The Path of a Genocide: The Rwanda Crisis from Uganda to Zaire*, Transaction, 1999.
- African Rights, *Rwanda: Death, Despair, Defiance*, African Rights, 1995.
- Barnett, Michael, *Eyewitness to Genocide: The United Nations and Rwanda*, Cornell University Press, 2002.
- Berkeley, Bill, *The Graves Are Not Yet Full: Race, Tribe and Power in the Heart of Africa*, Basic Books, 2001.
- Des Forges, Alison, *Leave None to Tell the Story: Genocide in Rwanda*, Human Rights Watch, 1999.
- Destexhe, Alain, *Rwanda and Genocide in the Twentieth Century*, New York University Press, 1995.
- Feil, Scott R., *Preventing Genocide: How the Early Use of Force Might Have Succeeded in Rwanda*, Carnegie Corporation of New York, 1998.
- Gourevitch, Philip, *We Wish to Inform You That Tomorrow We Will Be Killed with Our Families: Stories from Rwanda*, Farrar, Straus and Giroux, 1998.
- Human Rights Watch, *The Aftermath of Genocide in Rwanda: Absence of Prosecution, Continued Killings*, Human Rights Watch, 1994.
- , *Beyond the Rhetoric: Continuing Human Rights Abuses in Rwanda*, Human Rights Watch, 1993.
- , *Shattered Lives: Sexual Violence During the Rwanda Genocide and Its Aftermath*, Human Rights Watch, 1996.
- Keane, Fergal, *Season of Blood: A Rwanda Journey*, Viking, 1995.
- Klinghoffer, Arthur Jay, *The International Dimension of Genocide in Rwanda*, New York University Press, 1998.
- Kuperman, Alan J., *The Limits of Humanitarian Intervention: Genocide in*

- Rwanda*, Brookings Institution, 2001.
- Lemarchand, René, *Rwanda and Burundi*, Praeger, 1970.
- Mamdani, Mahmood, *When the Victims Become Killers: Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda*, Princeton University Press, 2001.
- Melvorn, Linda, *A People Betrayed: The Role of the West in Rwanda's Genocide*, Zed Books, 2000.
- Moore, Jonathan (comp.), *Hard Choices: Moral Dilemmas in Humanitarian Intervention*, Rowman & Littlefield, 1998.
- Organization of African Unity, International Panel of Eminent Personalities to Investigate the 1994 Genocide in Rwanda and the Surrounding Events, *Rwanda: The Preventable Genocide*, Organization of African Unity, 2000.
- Peress, Gilles, *The Silence*, Scalo, 1995.
- Peterson, Scott, *Me Against My Brother: A War in Somalia, Sudan and Rwanda*, Routledge, 2000.
- Prunier, Gerard, *The Rwanda Crisis: History of a Genocide*, Columbia University Press, 1995.
- United Nations, *Report of Independent Inquiry into the Actions of the United Nations During the 1994 Genocide in Rwanda*, UN Doc. No. A/54/549, 15 de diciembre de 1999.
- Uvin, Peter, *Aiding Violence: The Development Enterprise in Rwanda*, Kumaria Press, 1998.

KOSOVO

- Buckley, William Joseph (comp.), *Kosovo: Contending Voices on Balkan Interventions*, William B. Eerdmans, 2000.
- Clark, Wesley K., *Waging Modern War: Bosnia, Kosovo and the Future of Combat*, Public Affairs, 2001.
- Daalder, Ivo y Michael O'Hanlon, *Winning Ugly: NATO's War to Save Kosovo*, Brookings Institution, 2000.
- Ignatieff, Michel, *Virtual War: Kosovo and Beyond*, Metropolitan Books, 2000.
- Independent International Commission on Kosovo, *The Kosovo Report: Conflict, International Response, Lessons Learned*, Oxford University Press, 2001.
- Judah, Tim, *Kosovo: War in Revenge*, Yale University Press, 2000.

- Malcom, Noel, *Kosovo: A Short History*, New York University Press, 1998.
- Physicians for Human Rights, *War Crimes in Kosovo: A Population-Based Assessment of Human Rights Violation Against Kosovar Albanians*, Physicians for Human Rights, 1999.
- U.S. State Department, *Ethnic Cleansing in Kosovo: An Accounting*, U.S. State Department, 1999.
- Vikers, Miranda y James Pettifer, *Albania: From Anarchy to a Balkan Identity*, New York University Press, 1997.

HISTORIA Y POLÍTICA GENERALES

- Allison, Graham, *The Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*, Little, Brown, 1971.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, 1983.
- Baker, James A. III y Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, G.P. Putman's Sons, 1995.
- Becker, Ernest, *The Denial of Death*, Free Press, 1973.
- Berlin, Isaiah, *The Crooked Timber of Humanity: Chapters in the History of Ideas*, John Murray, 1990.
- Beschloss, Michael y Strobe Talbott, *At the Highest Level: The Inside Story of the End of the Cold War*, Little, Brown, 1993.
- Boutros-Ghali, Boutros, *Unvanquished: A U.S-U.N. Saga*, Random House, 1999.
- Bowden, Mark, *Black Hawk Down: A Story of Modern War*, Atlantic Monthly Press, 1999.
- Brodsky, Joseph, *Less Than One: Selected Essays*, Farrar, Straus and Giroux, 1986.
- Brzezinski, Zbigniew, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981*, Farrar, Straus and Giroux, 1985.
- Bush, George H. W. y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Knopf, 1998.
- Christopher, Warren, *Chances of a Lifetime*, Scribner, 2001.
- Clinton, W. David, *The Two Faces of National Interest*, Louisiana State University Press, 1994.
- Cohen, Stanley, *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering*,

- Polity Press, 2001.
- Cramer, Richard Ben, *Bob Dale*, Vintage Books, 1995.
- , *What It Takes: The Way to the White House*, Random House, 1999.
- Croizer, Michael, *The Bureaucratic Phenomenon*, University of Chicago Press, 1967.
- Damrosch, Lori Fisler, *Enforcing Restraint: Collective Intervention in Internal Conflicts*, Council on Foreign Relations Press, 1993.
- Dobbs, Michael, *Madeleine Albright*, Henry Holt, 1999.
- Drew, Elizabeth, *On the Edge: The Clinton Presidency*, Simon & Schuster, 1994.
- Fishkin, James S., *The Limits of Obligation*, Yale University Press, 1982.
- Gamson, William A., *Talking Politics*, Cambridge University Press, 1992.
- Gay, Peter, *The Cultivation of Hatred*, Norton, 1993.
- Gelb, Leslie y Richard Betts, *The Irony of Vietnam: The System Worked*, Brookings Institution, 1979.
- Gellner, Ernest, *Nations and Nationalism*, Cornell University Press, 1983.
- Gilbert, Felix, *To the Farwell Address: Ideas of Early American Foreign Policy*, Princeton University Press, 1961.
- Glendon, Mary Ann, *A World Made New: Eleanor Roosevelt and the Universal Declaration of Human Rights*, Random House, 2001.
- Goodwin, Richard, *Remembering America*, Little, Brown, 1988.
- Haass, Richard, *Intervention: The Use of American Military Force in the Post-Cold War World*, Brookings Institution, 1999.
- Haass, Richard, *The Reluctant Sheriff: The United States, After the Cold War*, Council Foreign Relations Press, 1997.
- Halberstam, David, *The Best and the Brightest*, Random House, 1972.
- Halperin, Morton H., *Bureaucratic Politics and Foreign Policy*, Brookings Institution, 1974.
- Hartz, Louis, *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of America Political Thought Since the Revolution*, Harcourt Brace, 1955.
- Hearden, Patrick J., *Vietnam: Four American Perspectives: Lectures by George S. McGovern*, Purdue University Press, 1990.
- Henkin, Louis, *The Age of Rights*, Columbia University Press, 1990.
- Hersh, Seymour M., *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House*, Summit Books, 1983.
- Hirsch, John L. y Robert B. Oakley, *Somalia and Operation Restore Hope*:

- Reflections on Peacemaking and Peacekeeping*, United States Institute of Peace Press, 1995.
- Hirschman, Albert O., *Exit, Voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Harvard University Press, 1970.
- , *The Passions and the Interests: Political Arguments for Capitalism Before Its Triumph*, Princeton University Press, 1977.
- , *The Rhetoric of the Reaction: Perversity, Futility, Jeopardy*, Belknap Press, 1991.
- Hobsbawm, Eric, *Nations and Nationalism Since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge University Press, 1990.
- Hoffman, Stanley, *Duties Beyond Borders: On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics*, Syracuse University Press, 1981.
- , *The Ethics and Politics of Humanitarian Intervention*, University of Notre Dame Press, 1996.
- Humphrey, John P., *Human Rights and the United Nations: A Great Adventure*, Transnational, 1984.
- Isaacson, Walter, *Kissinger: A Biography*, Simon & Schuster, 1992.
- Jackall, Robert, *Moral Mazes: The World of Corporate Managers*, Oxford University Press, 1988.
- Janello, Amy y Brennon Jones (comps.), *A Global Affair: An Inside Look at the United Nations*, Jones & Janello, 1995.
- Johnson, Robert David, *The Peace Progressives and American Foreign Relations*, Harvard University Press, 1995.
- Kelsen, Hans, *Pace Through Law*, University of North Carolina Press, 1994.
- Kennedy, John F., *Profiles in Courage*, Harper, 1956.
- Knightley, Phillip, *The First Casualty: From the Crimea to Vietnam: The War Correspondent as Hero, Propagandist and Myth Maker*, Harcourt Brace Jovanovich, 1975.
- Korey, William, *NGOs and the Universal Declaration of Human Rights: "A Curious Grapevine"*, St. Martin's Press, 1998.
- Krasner, Stephen, *Sovereignty: Organized Hypocrisy*, Princeton University Press, 1999.
- Kull, Steven e I. M. Destler, *Misreading the Public: The Myth of a New Isolationism*, Brookings Institution, 1999.
- Lippman, Thomas, *Madeleine Albright and the New American Diplomacy*,

- Westview Press, 2000.
- Lippmann, Walter, *Public Opinion*, Harcourt Brace, 1922.
- , *The Public Philosophy*, Little, Brown, 1955.
- Mansbridge, Jane J. (comp.), *Beyond Self-Interest*, University of Chicago Press, 1990.
- May, Ernest R., *“Lessons” of the Past: The Use and Misuse of History in American Foreign Policy*, Oxford University Press, 1973.
- McDougall, Walter, *Promised Land, Crusader State: The American Encounter with the World Since 1776*, Houghton Mifflin, 1997.
- Milgram, Stanley, *Obedience to Authority: An Experimental View*, Harper & Row, 1974.
- Moeller, Susan, *Compassion Fatigue: How the Media Sell Disease, Famine, War, and Death*, Routledge, 1999.
- Morgenthau, Hans J. y Kenneth W. Thompson, *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, 6^a ed., Knopf, 1985.
- Morris, Dick, *Behind the Oval Office: Winning the Presidency in the Nineties*, Random House, 1997.
- Morris, Roger, *Uncertain Greatness: Henry Kissinger and American Foreign Policy*, Harper & Row, 1977.
- Muravchik, Joshua, *The Uncertain Crusade: Jimmy Carter and the Dilemmas of Human Rights Policy*, Hamilton Press, 1986.
- Neustadt, Richard E. y Ernest R. May, *Thinking in Time: The Uses of History for Decision-Makers*, Free Press, 1986.
- Nicolson, Harold George, *Peacemaking 1919*, P. Smith, 1984.
- Niebuhr, Reinhold, *Moral Man and Immoral Society: A Study in Ethics and Politics*, Charles Scribner’s Sons, 1932.
- Powell, Colin y Joseph E. Persico, *My American Journey*, Random House, 1995.
- Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter*, 1979, GPO, 1979.
- Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan*, 1987, GPO, 1987.
- Ratcliffe, James M. (comp.), *The Good Samaritan and the Law*, Anchor Books, 1966.
- Reed, Laura W. y Carl Kaysen, *Emerging Norms of Justified Intervention*,

- American Academy of Arts and Sciences, 1993.
- Scarry, Elaine, *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*, Oxford University Press, 1985.
- Sheleff, Leon Shaskolsky, *The Bystander: Behavior, Law, Ethics*, Lexington Books, 1978.
- Shklar, Judith, *Legalism: Law, Morals and Political Trials*, Harvard University Press, 1986.
- , *Ordinary Vices*, Belknap Press of Harvard University Press, 1984.
- Shute, Stephen y Susan Hurley (comps.), *On Human Rights: The Oxford Amnesty Lectures 1993*, Basic Books, 1993.
- Smith, Tony, *Foreign Attachments: The Power of Ethnic Groups in the Making of American Foreign Policy*, Harvard University Press, 2000.
- Sobel, Richard, *The Impact of Public Opinion on U.S. Foreign Policy Since Vietnam: Constraining the Colossus*, Oxford University Press, 2001.
- Stephanopoulos, George, *All Too Human: A Political Education*, Little, Brown, 1998.
- Stewart, Graham, *Burying Caesar: Churchill, Chamberlain, and the Battle for the Tory Party*, Weidenfeld and Nicolson, 1999.
- Strobel, Warren P., *Late-Breaking Foreign Policy: The News Media's Influence on Peace Operations*, United States Institute of Peace Press, 1997.
- Sykes, Jay G., Proxmire, R.B. Luce, 1972.
- Szulc, Tad, *The Illusion of Peace: Foreign Policy in the Nixon Years*, Viking, 1978.
- Tananbaum, Duane, *The Bricker Amendment Controversy: A Test of Eisenhower's Political Leadership*, Cornell University Press, 1988.
- Taylor, John, *War Photography: Realism in the British Press*, Routledge, 1991.
- Walzer, Michael, *The Company of Critics: Social Criticism and Political Commitment in the Twentieth Century*, Basic Books, 1988.
- , *Just and Unjust Wars: A Moral Argument with Historical Illustrations*, 2^a ed., Basic Books, 1992.
- Wills, Garry, *Inventing America: Jefferson's Declaration of Independence*, Doubleday, 1978.
- Woodward, Bob, *The Agenda: Inside the Clinton White House*, Simon & Schuster, 1994.
- , *The Choice*, Simon & Schuster, 1996.

GENOCIDIO

- Andreopoulos, George J. (comp.), *Genocide: Conceptual and Historical Dimensions*, University of Pennsylvania Press, 1994.
- Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt, Brace, 1951.
- Bowen, Michael, Gary Freeman y Kay Miller, *Passing By: The United States and Genocide in Burundi*, Carnegie Endowment for International Peace, 1973.
- Chalk, Frank Robert y Kurt Jonassohn, *The History and Sociology of Genocide: Analyses and Case Studies*, Yale University Press, 1990.
- Chang, Iris, *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*, Basic Books, 1997.
- Charny, Israel W. (comp.), *Genocide: A Critical Bibliographic Review*, Mansell, 1998.
- , *How Can We Commit the Unthinkable? Genocide: The Human Cancer*, Hearst Books, 1982.
- (comp.), *Toward the Understanding and Prevention of Genocide. Proceedings of the International Conference on the Holocaust and Genocide*, Westview Press, 1984.
- Churchill, Ward. *A Little Matter of Genocide: Holocaust and Denial in the Americas, 1492 to the Present*, City Lights Books, 1997.
- Conquest, Robert, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Oxford University Press, 1986.
- Dunn, James, *Timor: A People Betrayed*, ABC Books, 1996.
- Fein, Helen, *Accounting for Genocide: National Responses and Jewish Victimization During the Holocaust*, Free Press, 1979.
- Hochschild, Adam, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Houghton Mifflin, 1998.
- Horowitz, Irving Louis, *Taking Lives: Genocide and State Power*, Transaction, 1997.
- Jacobs, Dan, *The Brutality of Nations*, Knopf, 1987.
- Jonassohn, Kurt y Karin Solveig Bjornson, *Genocide and Gross Human Rights Violations*, Transaction, 1998.
- Korey, William, *An Epitaph for Raphael Lemkin*, Jacob Blaustein Institute for the Advancement of Human Rights, 2001.
- Kuper, Leo, *Genocide: Its Political Use in the Twentieth Century*, Yale University Press, 1981.

- LeBlanc, Lawrence J., *The United States and the Genocide Convention*, Duke University Press, 1991.
- Lemarchand, René, *Burundi: Ethnic Conflict and Genocide*, Woodrow Wilson Center Press, 1996.
- , *Burundi: Ethnocide as Discourse and Practice*, Woodrow Wilson Center Press, 1994.
- Lemkin, Raphael, Archivo personal, Microfilm, New York Public Library Collection.
- Lifschultz, Lawrence, *Bangladesh, The Unfinished Revolution*, Zed Press, 1979.
- Muhith, A.M.A., *American Response to Bangladesh Liberation War*, University Press Limited, 1996.
- Nekrich, Aleksandr M., *The Punished Peoples: The Deportation and Fate of Soviet Minorities at the End of the Second World War*, Norton, 1978.
- Packenham, Thomas, *The Scramble for Africa: The White Man's Conquest of the Dark Continent from 1876 to 1912*, Random House, 1991.
- Rabe, John, *The Good Man of Nanking: The Diaries of John Rabe*, Knopf, 1998.
- Rotberg, Robert I. y Thomas G. Weiss, *From Massacres to Genocide: The Media, Public Policy and Humanitarian Crises*, Brookings Institution, 1996.
- Rummel, R. J., *Lethal Policies: Soviet Genocide and Mass Murder Since 1917*, Transaction, 1990.
- Sartre, Jean-Paul, *On Genocide*, Beacon Press, 1968.
- Schabas, William A., *Genocide in International Law: The Crimes of Crimes*, Cambridge University Press, 2000.
- Staub, Ervin, *The Roots of Evil: The Origins of Genocide and Other Group Violence*, Cambridge University Press, 1989.
- Taylor, John G., *East Timor: The Price of Freedom*, Zed Books, 1999.
- Todorov, Tzvetan, *The Conquest of America: The Question of the Other*, Harper & Row, 1984.
- , *Facing the Extreme: Moral Life in the Concentration Camps*, Metropolitan Books, 1996.
- Totten, Samuel, William S. Parsons e Israel W. Charny (comps.), *A Century of Genocide: Eyewitness Accounts and Critical Views*, Garland, 1997.
- Wallimann, Isidor y Michael N. Dobkowski (comps.), *Genocide and the Modern Age: Etiology and Case Studies of Mass Death*, Greenwood Press, 1987.

- Ball, Howard, *Prosecuting War Crimes and Genocide: The Twentieth Century Experience*, University Press of Kansas, 1999.
- Bass, Gary Jonathan, *Stay the Hand of Vengeance: The Politics of War Crimes Tribunals*, Princeton University Press, 2000.
- Bassiouni, M. Cherif, *Crimes Against Humanity in International Criminal Law*, M. Nijhoff y Kluwer Academic, 1992.
- Brackman, Arnold C., *The Other Nuremberg: The Untold Story of the Kyoto War Crimes Trials*, Morrow, 1987.
- Cassese, Antonio, *Violence and Law in the Modern Age*, Princeton University Press, 1988.
- Fuller, Lon L., *The Morality of Law*, Yale University Press, 1964.
- Goldstone, Richard J., *For Humanity: Reflections of a War Crimes Investigator*, Yale University Press, 2000.
- Hart, Herbert Lionel Adolphus, *The Concept of Law*, Oxford University Press, 1961.
- Hayner, Priscilla B., *Unspeakable Truths: Confronting State Terror and Atrocity*, Routledge, 2001.
- Kritz, Neil (comp.), *Transitional Justice*, 3 vols., United States Institute of Peace, 1995.
- Maguire, Peter H., *Law and War: An American Story*, Columbia University Press, 2000.
- Minow, Martha, *Between Vengeance and Forgiveness: Facing History After Genocide and Mass Violence*, Beacon Press, 1998.
- Morris, Virginia y Michael P. Scharf, *An Insider's Guide to the Criminal Tribunal for the Former Yugoslavia: A Documentary History and Analysis*, Transnational, 1995.
- , *An Insider's Guide to the Criminal Tribunal for Rwanda*, Transnational, 1998.
- Neier, Aryeh, *War Crimes: Brutality, Genocide, Terror, and the Struggle for Justice*, Times Books, 1998.
- Osiel, Mark, *Mass Atrocity, Collective Memory, and the Law*, Transaction, 1997.
- Persico, Joseph, *Nuremberg: Infamy on Trial*, Viking, 1994.
- Post, Robert y Carla Hesse (comps.), *Human Rights in Political Transitions: Gettysburg to Bosnia*, Zone Books, 1999.

- Scharf, Michael P., *Balkan Justice: The Story Behind the First International War Crimes Trial Since Nuremberg*, Carolina Academic Press, 1997.
- Sewall, Sarah y Carl Kaysen (comps.), *The United States and the International Criminal Court: National Security and International Law*, Rowman & Littlefield, 2000.
- Taylor, Telford, *The Anatomy of the Nuremberg Trials: A Personal Memoir*, Knopf, 1992.
- , *Nuremberg and Vietnam: An American Tragedy*, Quadrangle, 1970.
- Teitel, Ruti G., *Transitional Justice*, Oxford University Press, 2000.
- Weschler, Lawrence, *A Miracle, a Universe: Settling Accounts with Torturers*, University of Chicago Press, 1990.
- West, Rebecca, *A Train of Powder: Six Reports on the Problem of Guilt and Punishment in Our Time*, Viking, 1955.

RECONOCIMIENTOS

Es extensa la lista de quienes me auxiliaron y asistieron en este proyecto, al tiempo que me inspiraron.

Esta obra es en gran parte resultado de la energía y las ideas que se generaron en el Carr Center for Human Rights Policy, en la Kennedy School of Government. El Centro es producto de la visión de Greg Carr, y su compromiso lo sostiene. Le agradezco a él y a Graham Allison, quien me dio la bienvenida. El director del Centro, Michael Ignatieff, me ofreció un constante estímulo, aunque eso significara una distracción para un director ejecutivo. Jill Clarke se las arregló de alguna manera para mantener a flote el Centro como una máquina bien aceiteada, sin dejar de asegurarse de que yo nunca faltase a una entrevista. Serge Troie, mi brillante asistente en investigaciones, indagó a tal profundidad que bien puede ya redactar su propia enciclopedia de varios volúmenes acerca de las medidas estadounidenses ante el genocidio. Jeremy Freeman intervino de manera heroica para ofrecer un inapreciable apoyo y comentarios a la investigación en los ajetreados días finales del libro. Ingrid Tamm Grudin proporcionó sabios consejos a las múltiples personas que participaron en el proyecto. Camilla Catenza, Jim Fleming, Jasmine Friedman, Jess Hobart y la inigualable Sarah Sewall contribuyeron a edificar una institución de primera clase que generará análisis políticos muy influyentes en los años por venir.

El financiamiento del Open Society Institute de George Soros me permitió entrevistar a cientos de hombres y mujeres de Camboya, el Kurdistan, Ruanda y Bosnia. Muchos de estos sobrevivientes accedieron a revivir sus traumas porque creyeron que sus historias serían un grano de arena que contribuiría a salvar a otros seres humanos en desgracia. Sus testimonios, junto con su fe tenaz en Estados Unidos, fueron una motivación constante. Asimismo, agradezco a los funcionarios y ex funcionarios gubernamentales estadounidenses que se sinceraron al referir sucesos que la mayoría esperaba olvidar. Algunos de ellos son personajes del libro, pero en su mayor parte sólo son visibles de modo indirecto en la restructuración de las narraciones o en las perspectivas que

transmiten. Intenté retratar de manera justa la lógica que sustentó sus decisiones y su falta de decisiones; si resultó que no conseguí hacerlo, espero que ellos tomen la palabra y ofrezcan sus propias versiones.

Es necesario examinar estos casos y estudiar los nuevos de manera más detallada, y más internacional. El National Security Archive impulsará la investigación futura; con sede en Washington, es una invaluable organización no lucrativa que, con base en la Ley de libertad de información (Freedom of Information Act), se asegura de la desclasificación de documentos gubernamentales estadounidenses. Cuando ingresé al Archivo como pasante no me imaginé lo beneficioso que más tarde me resultaría su actividad. Will Ferroggiaro, director de su proyecto Ruanda, merece un agradecimiento especial. Muchos altos funcionarios estadounidenses accedieron a entrevistarse conmigo sólo gracias a que él me concedió el acceso a documentos que ellos firmaron.

El incansable Morton Abramowitz, mi primer jefe, fue una brújula confiable. Fue su dedicación a Bosnia, junto con el genio preceptivo del gran Frederick C. Cuny, ya finado, lo que me convenció de ir a los Balcanes a ver por mí misma lo que acaso podría hacerse. Muchos años después, cuando comencé mi primera ronda de entrevistas en Washington, recibí una llamada telefónica. Mort tenía que comunicarme algo urgente. Refunfuñó: “Cuando entrevistes a la gente, debes evitar dos cosas, la memoria selectiva y la deshonestidad absoluta”. Entonces no sabía que él resultaría un personaje en tantos casos, y mi reportaje sólo confirma que su candor y convicción preceden a la guerra de Bosnia. En algún momento durante el mes final de la redacción de este libro me llamó de nuevo, esta vez para plantearme una pregunta: “En toda tu investigación, ¿algún funcionario estadounidense alguna vez te comentó, sin preocuparse por las limitaciones que enfrentaba, ‘¡Hombre, de verdad me equivoqué!’?” Al revisar docenas de cuadernos de anotaciones me di cuenta de que sólo una persona expresó algo así: el mismo Morton. Me honra haber trabajado con él. Sé que aprendí de él. Espero que se note.

Cuatro individuos desempeñaron papeles cruciales hace seis años al animarme a convertir en libro una encuesta *amateur* y demasiado general de medidas estadounidenses respecto al genocidio. Miro Weinberger, mi confiable amigo para quien todo es posible, me presionó a explicar y no sólo a exponer la brecha entre las promesas y las prácticas estadounidenses ante el genocidio. Anthony Lewis, cuyas columnas contribuyeron a mantener a Bosnia “en el

candelero” en Estados Unidos aunque se borrara de los Balcanes, me convenció de que no había nada parecido en los editoriales. Martin Peretz, cuyo *New Republic* me dio voz durante la guerra de Bosnia y les dificultó las cosas a los estrategas políticos estadounidenses, colaboró en persuadir a Basic Books de publicarlo. Y Leon Wieseltier, la persona más inteligente en Washington y el moralista más conmovedor de los alrededores, me ofreció asesoría invaluable desde el principio hasta el agotador final.

Por su apoyo incondicional, agradezco a Arthur Applbaum, Murat Armbruster, Amy Bach, Charlotte Bourke, Doreen Beinart, Peter Berkowitz, Tom Blanton, Julian Borger, Steven Bourke, Bina Breitner, Sally Brooks, Robert Brustein, Gillian Caldwell, Jack Caldwell, Diane Caldwell, Casey Cammann, Mark Casey, Lenore Cohen, Roger Cohen, Rebecca Dale, Romeo Dallaire, Owen Dawson, Debra Dickerson, Christine Dionne, Scott Faber, Gregg Farano, Helen Fein, Marshall Ganz, David Gelber, Pumla Gobodo-Madikizela, Oren Harman, Lukas Haynes, Arnold Hiatt, Stanley Hoffman, Hrvoje Hranski, Swannee Hunt, Tom Keenan, Peter Kornbluh, Roy Kreitner, Kate Lowenstein, Victor Luftig, Jane Mansbridge, Pedro Martínez, Taddy McAllister, Erin McBreen, Jamie Metzl, Bob Mnookin, Katie Moore, Elizabeth Neuffer, Luis Ocampo, Frank Pearl, Ann Peretz, Stephen Power, Josh Prager, David Rieff, Ken Roth, Debra Ryan, Moshe Safdie, Maurice Saah, John Schumann, Alexis Sinduhije, Ann-Marie Slaughter, Mary Smart, Alison Smith, Chuck Sudetic, Stacy Sullivan, Doug Stone, Fred Strebeigh, Rebecca Symington, Margaret Talbot, Piotr Wandycz, Liz Wilcox y Curt Wood.

Contraí una deuda especial con quienes dedicaron un tiempo a leer borradores, y así me evitaron errores y divagaciones. Martha Minow me enseñó a ver el aspecto legal sin soslayar sus sustentos políticos ni sus consecuencias morales. Nick Papandreou, el desafortunado primer lector de la primera versión de esta obra, puso en acción su mirada de novelista y su corazón aventurero ante un texto revuelto. Una gran cantidad de amigos y colegas me ofrecieron comentarios: Michael Barnett, Gary Jonathan Bass, Elizabeth Becker, Antonia Chayes, Ben Cohen, Chuck Cohen, Alison des Forges, Craig Etcheson, Kate Galbraith, Arkadi Gerney, Philip Gourevitch, Joost Hilterman, Jonathan Moore, Andy Moravcsik, Aryeh Neier, Jennifer Pitts, Jonathan Randal, Frederick Wiseman y Jay Winter. Agradezco a Mike Kelly, Cullen Murphy e Yvonne Rolzhausen, del *Atlantic Monthly*, el excepcional cuidado que dedicaron a mi

artículo sobre Ruanda, y a Ron Haviv, Susan Meiseles y Gilles Peress, quienes engalanaron las páginas del libro, en su edición en inglés, con sus sorprendentes fotografías.

Dos personas llevaron a la imprenta *A Problem from Hell*. Sarah Chalfant, de Wylie Agency, aceptó mi encargo cuando este libro no era más que un destello en los ojos de una estudiante de derecho desempleada. Nunca permitió que los accesos de indiferencia del mundo editorial perturbasen su fe en el valor del proyecto. Vanessa Mobley, mi editora en Basic Books, se esforzó por el libro y lo promovió con una poco frecuente combinación de celo y gracia. Fui de lo más afortunada al contar con el apoyo de este comprometido y talentoso equipo. Gail Winston y Christine Walsh, de HarperCollins, confiaron en que el libro alcanzaría un público más amplio y daría a su mensaje más energía vital con una presentación de bolsillo. Jim Fussell elaboró un índice mediante el cual el libro y sus lecciones son más accesibles para los investigadores y el público en general.

Por último, debo agradecer a mi equipo de ensueño. Siete valerosos amigos — Holly Burkhalter, Sharon Dolovich, Laura Pitter, David Rohde, Elizabeth Rubin, Elliot Thomson y el ya mencionado Miro Weinberger— me guiaron con su interés, su asistencia y su abierta disposición a remar contra la corriente. Anna Husarska, quien comparte más que un cumpleaños y una patria con Raphael Lemkin, me enseñó a reportear la guerra y a observar a la gente. Frederick Zollo me mostró unos Estados Unidos que nunca había visto, aprovisionó mi biblioteca, insistió en la importancia de este libro cuando parecía que no la tenía y se convirtió en la vocecita en mi cabeza que me mantuvo dentro de la honestidad. Michal Safdie me ofreció comodidad y apasionamiento en los momentos más difíciles; hizo de su familia la mía, y me proporcionó sustento y belleza a diario. Con su generosidad sin par, Doris Kearns Goodwin y Dick Goodwin no me dejaron flaquear, y con sus inteligentes opiniones acerca de la política estadounidense y su fe en el potencial de esta nación me recordaron por qué vale la pena buscar “mejores almas”. Sayres Rudy me dio su tiempo, su mente crítica, su ingenio y su amistad inquebrantable. Me impresionó y el libro cambió.

Y mis padres, Vera Delaney y Edmund Bourke: que cuando su hija de 23 años les dijo que iría a cubrir una guerra en la que moría gente inocente, esperaban que fuera una fase pasajera. Al ver que no lo sería, con resquemores la apoyaron y le obsequiaron una *lap-top* inaugural, almacenaron con pulcritud un montón

de información sobre Bosnia y con esmero estudiaron cada palabra de cada borrador de este libro. Además de ser mis padres, mis maestros y mis mejores amigos, son simplemente los dos individuos más extraordinarios que jamás haya conocido.

SAMANTHA J. POWER

¹ Declaración del presidente Clinton respecto de las propuestas para manejar la situación en Bosnia, Federal News Service, 9 de febrero de 1994.

² Warren Christopher en *Face the Nation*, CBS, 28 de marzo de 1993.

* Las citas cuya fuente no se menciona en las notas provienen de entrevistas exclusivas realizadas entre julio de 1993 y noviembre de 2001. Las vierto en tiempo presente (por ejemplo, “El senador McGovern recuerda...”).

³ Tomo prestadas las categorías de justificación —futilidad, perversidad y peligro— de Albert O. Hirschman, *Rhetoric of Reaction: Perversity, Futility, Jeopardy*, Belknap Press, Cambridge, Mass., 1991. Hirschman muestra cómo los que se oponen a la reforma progresista tienden a criticar no los objetivos de la medida propuesta sino sus probables “consecuencias imprevistas”. Los funcionarios y ciudadanos que se oponen a la acción ofrecen informes detallados de todo lo que puede funcionar mal, pero rara vez reconocen la posibilidad de éxito, de consecuencias imprevistas *deseables* o de consecuencias imprevistas negativas, pero con una ganancia neta positiva.

⁴ “Comisión presidencial sobre el Holocausto: Comentarios al recibir el informe definitivo de la Comisión”, 27 de septiembre de 1979, *Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter, 1979*, GPO, Washington, 1979, p. 1773.

⁵ “Comentarios en la Convención Internacional de B’nai B’rith”, 6 de septiembre de 1984, *Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan, 1987*, GPO, Washington, 1987, p. 1244.

⁶ “Apreciaciones del presidente George Bush en la cena Simon Wiesenthal, Century Plaza Hotel, Los Ángeles, California”, Federal News Service, 16 de junio de 1991.

⁷ Clifford Krauss, “U.S. Backs Away from Charges of Atrocities in Bosnia Camps”, *New York Times*, 5 de agosto de 1992, p. A12.

⁸ “Comentarios en la inauguración del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos”, 22 de abril de 1993, *Public Papers of the Presidents of the United States: William Clinton, 1993*, GPO, Washington, 1994, p. 479.

⁹ Véase Leslie Gelb y Richard Betts, *The Irony of Vietnam: The System Worked*, Brookings Institution, Washington, 1979.

¹ Edward Alexander, *A Crime of Vengeance: An Armenian Struggle for Justice*, Free Press, Nueva York, 1991, p. 10; Jacques Derogy, *Resistance and Revenge: The Armenian Assassination of the Turkish Leaders Responsible for the 1915 Massacres and Deportations*, trad. A. M. Berrett, Transaction, New Brunswick, N.J., 1990, pp. xix-xxi.

² Los cálculos del número de armenios que murieron en 1915-1916 muestran grandes variaciones. Algunos historiadores turcos afirman que murieron apenas 200 000, sobre todo en la legítima represión de la rebelión. Véase, por ejemplo, Stanford J. Shaw y Ezel Kural Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, t. 2, Cambridge University Press, Cambridge, 1977, pp. 315-316. Fuentes armenias a menudo calculan más de un millón y medio; véase Ronald Grigar Suny, *Looking Toward Ararat: Armenia in Modern History*, Indiana University Press, Bloomington, 1993, p. 114; Robert F. Melson, *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, University of Chicago Press, Chicago, 1992, p. 147. El historiador británico Martin Gilbert estima que unos 600 000 fueron masacrados en Anatolia, y otros 400 000 murieron como resultado de las brutalidades y el hambre durante las deportaciones forzadas de Anatolia a los desiertos de Siria y Mesopotamia; unos 200 000 fueron convertidos por la fuerza al islam. Véase Martin Gilbert, *The First World War: A Complete History*, Henry Holt, Nueva York, 1994, p. 167.

³ “Says Turks Advise Christians to Flee”, *New York Times*, 11 de enero de 1915, p. 2.

⁴ “A People Killed Twice”, *Guardian Weekend*, 27 de enero de 2001, p. 35.

⁵ Traducción del Departamento de Estado de la Ley de deportación presentada por el gobernador turco de Trebizonda al cónsul estadounidense Oscar Heizer, 28 de junio de 1915, reproducida en el apéndice a, Leslie A. Davis, *The Slaughterhouse Province: An American Diplomat's Report on the Armenian Genocide, 1915-1917*, Susan K. Blair (ed.), A. D. Karatzas, New Rochelle, N. Y., 1989.

⁶ Rusia era el hogar de 1 700 000 armenios antes de la guerra; unos 2 000 000 vivían bajo el severo régimen otomano. Cuando los Jóvenes turcos tomaron el poder en Turquía en 1908, los armenios que bregaban por una reforma constitucional obtuvieron algunas concesiones al principio, pero las masacres periódicas continuaron, y el chovinismo étnico del triunvirato regente condujo a una explosión de “turquización”. Turquía se alineó con Alemania y Austria en la

primera Guerra, lo que posibilitó a Alemania controlar los Dardanelos, la única salida de agua cálida de Rusia, y llevó a Rusia a declararle la guerra a Turquía en 1914.

⁷ Alexander, *A Crime of Vengeance*, pp. 69-70.

⁸ “Armenian Atrocities Scouted by Bernstorff. Calls Reports ‘Pure Inventions’—Says the Catholics Wrote Under Pressure”, *New York Times*, 28 de septiembre de 1915, p. 2; “Armenians’ Own Fault Bernstoff Now Says. They Brought Reprisals on Themselves by Trying to Stir up Rebellion Against Turkey”, *New York Times*, 29 de septiembre de 1915, p. 1. El conde Johann Heinrich von Bernstorff era el embajador alemán en Estados Unidos.

⁹ Friends of Armenia, la Anglo-Armenian Association y el British Armenia Committee obtuvieron entrevistas con altos políticos británicos. Al principio de su carrera de investigador, el historiador británico Arnold Toynbee participó en la subcomisión de propaganda del British Armenia Committee con la publicación en 1915 de un panfleto que acusaba a los otomanos de planear “nada menos que el exterminio de toda la población cristiana dentro de las fronteras otomanas”. Arnold Toynbee, *Armenian Atrocities: The Murder of a Nation*, Hodder & Stoughton, Londres, 1915, p. 27. Véase también Arnold Toynbee, “A Summary of Armenian History up to and Including the Year 1915”, en Arnold Toynbee (ed.), *The Treatment of Armenians in the Ottoman Empire, 1915-1916: Documents Presented to Viscount Grey of Fallodon, Secretary of State for Foreign Affairs, by Viscount Bryce, with a Preface by Viscount Bryce* (Sir Joseph Causton & Sons, Londres, 1916).

¹⁰ Sir Edward Grey a Sir Francis Bertie, embajador británico en Francia, 11 de mayo de 1915, citado en Gray Jonathan Bass, *Stay the Hand of Vengeance: The Politics of War Crimes Tribunals*, Princeton University Press, Princeton, 2000, pp. 115, 348-349.

¹¹ “Allies to Punish Turks Who Murder”, *New York Times*, 24 de mayo de 1915, p. 1. El concepto de crímenes de lesa humanidad tiene su origen en el concepto romano de ofensas *ius gentium*, es decir, las leyes de todas las naciones. La mayoría de los europeos se identificaba con el sufrimiento de los armenios porque eran correligionarios cristianos, pero cuando los rusos propusieron condenar por “crímenes contra la cristiandad” se consideró demasiado estrecho, y se sustituyó con la frase “crímenes contra la humanidad y la civilización”.

¹² Jay Winter, “Under the Cover of War: Genocide in the Context of Total

War”, ensayo presentado en el Museo Nacional del Holocausto, Washington, 28 de septiembre de 2000.

¹³ Henry Morgenthau, *Ambassador Morgenthau's Story*, Taderon Press, Reading, Inglaterra, 2000, p. 217. El embajador Morgenthau fue padre de Henry Morgenthau Jr., quien después propuso el famoso plan de pastoralización (o la solución del “plantío de papas”), que habría suprimido la industria de Alemania después de la segunda Guerra Mundial.

¹⁴ Henry Morgenthau al secretario de Estado Robert Lansing, 10 de julio de 1915, citado en Bass, *Stay the Hand of Vengeance*, p. 346.

¹⁵ Morgenthau, *Ambassador Morgenthau's Story*, p. 218.

¹⁶ *Ibid.*, p. 222.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 220, 223.

¹⁸ *Ibid.*, p. 227.

¹⁹ *Ibid.*, p. 225.

²⁰ Henry Morgenthau al secretario de Estado Robert Lansing, 11 de agosto de 1915, citado en Bass, *Stay the Hand of Vengeance*, p. 346.

²¹ Morgenthau, *Ambassador Morgenthau's Story*, p. 218.

²² “Turks Are Evicting Native Christians”, *New York Times*, 12 de julio de 1915, p. 3.

²³ “Bryce Asks US to Aid Armenia. Says That All Christians in Trebizond, Numbering 10 000, Were Drowned”, *New York Times*, 21 de septiembre de 1915, p. 3.

²⁴ “800 000 Armenians Counted Destroyed”, *New York Times*, 7 de octubre de 1915, p. 3.

²⁵ “Million Armenians Killed or in Exile”, *New York Times*, 15 de diciembre de 1915, p. 3.

²⁶ “500 000 Armenians Said to Have Perished. Washington Asked to Stop Slaughter of Christians by Turks and Kurds”, *New York Times*, 25 de septiembre de 1915, p. 3.

²⁷ “Armenian Officials Murdered by Turks. Confirmation from Cairo of the Wholesale Atrocities That von Bernstoff Belittles”, *New York Times*, 30 de septiembre de 1915, p. 2. Los crímenes de Leopoldo fueron inmensos, pero, a diferencia de los de Abdul Hamid, no pretendían borrar a ningún grupo étnico en particular. Todo esclavo africano era vulnerable. Cuando una aldea no cumplía con su aporte de caucho, los soldados belgas o “centinelas” de las compañías

explotadoras de caucho a menudo asesinaban a comunidades enteras, o les cortaban las manos a los esclavos dejándolos sin modo de cuidarse a sí mismos o a sus familias. Pilas de manos tronchadas y esqueletos completos poblaban el vasto imperio de Leopoldo. Los nativos que huían ante la llegada de los europeos encontraban su aldea en cenizas cuando volvían a ella. Los obreros extenuados, mal alimentados, sucumbían a las enfermedades, que se propagaban con rapidez. En total, según Jan Vansina, historiador y antropólogo de la Universidad de Wisconsin, la población del Congo se redujo “por lo menos a la mitad” entre 1880 y 1920. Unos 10 millones de personas murieron como resultado de la presencia de Leopoldo. Citado en Adam Hochschild, *King Leopold’s Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Houghton Mifflin, Boston, 1998, pp. 225-234.

²⁸ “Pleas for Armenia by Germany Futile”, *New York Times*, 10 de octubre de 1915, sec. 2, p. 19.

²⁹ “Turkish Official Denies Atrocities”, *New York Times*, 15 de octubre de 1915, p. 4.

³⁰ George R. Montgomery, “Why Talaat Pasha’s Assassin Was Acquitted”, *Current History*, julio de 1921, p. 554.

³¹ Henry Morgenthau III, *Mostly Morgenthau: A Family History*, Ticknor & Fields, Nueva York, 1991, p. 170.

³² “Armenian Women Put up at Auction; Refugee Tells of the Fate of Those in Turkish Hands”, *New York Times*, 29 de septiembre de 1915, p. 3. La Comisión para Atrocidades Armenias pasó a ser la Comisión de Ayuda al Cercano Oriente y luego la Fundación para el Cercano Oriente.

³³ Theodore Roosevelt a Samuel Dutton, 24 de noviembre de 1915, en Theodore Roosevelt, *Fear God and Take Your Own Part*, George H. Doran, Nueva York, 1916, p. 377. Peter Balakian, autor de *Black Dog of Fate: A Memoir*, Basic Books, Nueva York, 1997, me condujo a los escritos de Roosevelt acerca de las atrocidades con su trabajo “From Ezra Pund to Theodore Roosevelt: An American Intellectual and Cultural Response to the Armenian Genocide”, presentado en el Museo Nacional del Holocausto, Washington, 28 de septiembre de 2000.

³⁴ Roosevelt, *Fear God*, pp. 381-382.

³⁵ Balakian, “From Ezra Pound”, citando a Theodore Roosevelt, *The Letters of Theodore Roosevelt*, t. 8: *The Days of Armageddon*, Elting E. Morison (ed.),

Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1954, pp. 1316-1318.

³⁶ “Would Send Here 550 000 Armenians; Morgenthau Urges Scheme to Save Them from the Turks—Offers to Raise \$1 000 000”, *New York Times*, 14 de septiembre de 1915, p. 2.

³⁷ “Turkey Bars Red Cross”, *New York Times*, 19 de octubre de 1915, p. 4.

³⁸ “Appeals for Armenians”, *New York Times*, 18 de febrero de 1916, p. 2.

³⁹ *Ambassador Morgenthau’s Story*, pp. 13-14.

⁴⁰ “Government Sends Plea for Armenia”, *New York Times*, 5 de octubre de 1915.

⁴¹ Lansing estaba consciente del salvajismo de esa deportación, pues agregó: “Para mí no era la deportación lo objetable, sino la horrible brutalidad empleada en efectuarla”. El secretario de Estado Robert Lansing al presidente Woodrow Wilson, 21 de noviembre de 1916, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States: The Lansing Papers, 1914-1920*, t. 1, GPO, Washington, 1939, p. 42.

⁴² *Ambassador Morgenthau’s Story*, p. 385.

⁴³ Woodrow Wilson, *The Public Papers of Woodrow Wilson*, t. 5, Stannard Baker y William E. Dodd (eds.), Harper & Brothers, Nueva York, 1927, pp. 135-136.

⁴⁴ Michael Marrus, *The Nuremberg War Crimes Trials, 1945-1946*, Bedford, Nueva York, 1997, pp. 8-10. Unos cuantos años antes, el asesor del presidente Wilson, Edward House, observó que Lansing era propenso a permitir que la soberanía de un Estado primara sobre cualquier tipo de comportamiento estatal. House escribió: “Piensa que casi cualquier forma de atrocidad es permisible, siempre que esté en juego la seguridad de una nación”. Christopher Simpson, *The Splendid Blonde Beast: Money, Law, and Genocide in the Twentieth Century*, Grove, Nueva York, 1993, p. 23.

⁴⁵ Bass, *Stay the Hand of Vengeance*, p. 103.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 125-129.

⁴⁷ Talaat Pasha, “Posthumous Memoirs of Talaat Pasha”, trad. M. Zekeria, *Current History*, noviembre de 1921, pp. 287-295.

⁴⁸ Cerca del final del siglo xx, los genocidas serbios en Bosnia también habrían de evitar sanciones internacionales al tomar como rehenes a soldados de paz europeos con la finalidad de desalentar ataques aéreos de la OTAN.

⁴⁹ Bass, *Stay the Hand of Vengeance*, p. 144.

¹ Robert Merrill Bartlett, *They Stand Invincible: Men Who Are Reshaping Our World*, Thomas Y. Crowell, Nueva York, 1959, pp. 96-97. Los papeles y memorias de Lemkin están diseminados en diversas instituciones. La Biblioteca Pública de Nueva York ha microfilmado cuatro cajas. Hay mayores colecciones de los papeles personales de Lemkin en la Sociedad Histórica Judía Estadunidense, en el Centro de Historia Judía, en Nueva York, y en el Centro Jacob Rader Marcus de los Archivos Históricos Judíos del campus de la Unión Hebrea-Instituto de Religión Judía, en Cincinnati, Ohio. El rabino Steven L. Jacobs, del Templo B'nai B'rith Sholom en Huntsville, Alabama, tiene la colección más completa de los archivos y correspondencia de Lemkin, y en la actualidad organiza el material para su publicación. Jacobs publicó un manuscrito hasta entonces inédito de Lemkin: Steven L. Jacobs (ed.), *Raphael Lemkin's Thoughts on Genocide: Not Guilty*, Edwin Mellen Press, Lewiston, N.Y., 1992. La única biografía completa de Lemkin es un libro de James Martin, *The Man Who Invented Genocide*, publicado en Torrance, California, en 1984, por el llamado Institute of Historical Review, una organización dedicada a la negación del holocausto. Martin despotrica contra Lemkin en una extensa vena antisemita.

² Raphael Lemkin, "Totally Unofficial: The Autobiography of Raphael Lemkin", cap. 1. La autobiografía inédita e incompleta de Lemkin, que se halló entre sus papeles después de su muerte y ahora se encuentra en la colección de Jacobs, está compaginada al azar.

³ George R. Montgomery, "Why Talaat Pasha's Assassin Was Acquitted", *Current History*, julio de 1921, pp. 551-555. Tehlirían pasó el resto de su vida en California.

⁴ Varios años más tarde, Lemkin se enteró de que Scholom Schwarzbart, un sastre judío que quedó huérfano por un pogromo en Ucrania en 1918, mató a balazos al ministro de Guerra ucraniano Semion Petliure en París. Al igual que en el caso de Tehlirían, al jurado le resultó complejo absolver o condenar al afligido asesino. Lo declararon "demente" y después lo dejaron en libertad. Tras el juicio de Schwarzbart, Lemkin escribió un artículo en que describió el acto del hombre como "un hermoso crimen" y deploró la inexistencia de una ley que prohibiera la destrucción de grupos nacionales, raciales y religiosos.

⁵ *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York, rollo 2.

⁶ "Acts Constituting a General (Transnational), Danger Considered as Offences Against the Law of Nations", quinta conferencia de la Oficina

Internacional para la Unificación del Derecho Penal, auspiciado por la Liga de Naciones, 14 de octubre de 1933, trad. James T. Fussell. Disponible en <http://www.preventgenocide.org/lemkin/madrid1933-english.htm>. Formuló su propuesta así: Quienquiera que, por odio hacia una colectividad racial, religiosa o social, o con miras al exterminio de la misma, llevare a cabo una acción punible contra la vida, integridad física, dignidad o existencia económica de una persona perteneciente a dicha colectividad, es pasible, por el crimen de barbaridad, de la pena de [...] a menos que su acto se encuadre dentro de una provisión más severa de dicho código. Quienquiera que, por odio hacia una colectividad racial, religiosa o social, o con miras al exterminio de la misma, destruyere sus obras culturales o artísticas será pasible por el crimen de vandalismo a una pena de [...] a menos que su acto se encuadre dentro de una provisión más severa de dicho código. Dichos crímenes serán juzgados y castigados sin que importe el lugar donde se cometieren ni la nacionalidad del delincuente, según la ley del país donde fuere capturado el mismo.

⁷ Lemkin, “Autobiography”, cap. 1.

⁸ El este de Polonia fue escenario de luchas entre ejércitos y nacionalidades durante siglos. Los ejércitos suecos y napoleónicos, los rusos, lituanos, ucranianos y, antes, los mongoles y los tártaros, lucharon por sus colinas y ríos. En *Neighbors*, Princeton University Press, Princeton, 2001, el historiador polaco Jan Gross presenta un desgarrador relato de la masacre de 1 600 hombres, mujeres y niños judíos a manos de polacos en julio de 1941 en el pequeño poblado de Jedwabne, también en la región de Bialystok.

⁹ Raphael Lemkin, “The Evolution of the Genocide Convention”, p. 1, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

¹⁰ En sus posteriores conferencias y campañas, Lemkin afirmó explícitamente que presentó su trabajo en la conferencia de Madrid. *Epitaph for Raphael Lemkin*, de William Korey, Jacob Blaustein Institute for the Advancement of Human Rights, Nueva York, 2001, corrigió el dato y demostró que Lemkin no viajó a Madrid en absoluto.

¹¹ Korey menciona *Proceedings of the Forty-Fourth Annual Session of the North Carolina Bar Association*, Christian Printing, Durham, N.C., 1942, pp. 107-116, puesto a su disposición por James Fussell, quien trabaja en una biografía de Lemkin.

¹² Lemkin, “Autobiography”, cap. 1.

¹³ Korey, *Epitaph for Raphael Lemkin*, p. 12.

¹⁴ Raphael Lemkin, “The Evolution of the Genocide Convention”, p. 1, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

¹⁵ Lemkin, “Autobiography”, cap. 1.

¹⁶ Reunión del 22 de agosto de 1939 con jefes militares en Obersalzberg; cursivas mías. En una entrevista confidencial en junio de 1931 con Richard Breitling, director del diario derechista alemán *Leipziger Neueste Nachrichten*, Hitler habló de la “gran política de reubicación” que planeó, y ofreció una lista de modelos históricos: “Piense en las deportaciones bíblicas y las masacres de la Edad Media y recuerde el exterminio de los armenios. Se llega poco a poco a la conclusión de que las masas humanas son mera plastilina biológica”. Citado en Louis Paul Lochner, *What About Germany?*, Dodd, Mead, Nueva York, 1942, pp. 1-4. Véase también Kevork B. Bardakjian, *Hitler and the Armenian Genocide*, Zoryan Institute, Cambridge, Mass., 1985, p. 28. El “olvido” histórico de las atrocidades fue un fenómeno observado por más de un régimen brutal. Mientras firmaba sentencias de muerte, Stalin dijo: “¿Quién va a recordar a toda esta caterva dentro de 10 o 20 años? Nadie. ¿Quién recuerda ya los nombres de los boyardos de los que se deshizo Iván el Terrible? Nadie”. Citado por Jonathan Glover, *Humanity: A Moral History of the Twentieth Century*, Yale University Press, New Haven, 2000.

¹⁷ Jacques Derogy, *Resistance and Revenge: The Armenian Assassination of the Turkish Leaders Responsible for the 1915 Massacres and Deportations*, trad. A. M. Berrett, Transaction, New Brunswick, N.J., 1990, p. 195.

¹⁸ Lemkin, “Autobiography”, cap. 3, p. 39. Lemkin claramente se ubica en el bando “intencionalista” al suponer que Hitler planeó el holocausto muy por adelantado a su puesta en acción. Los historiadores “funcionalistas” piensan que Hitler se decidió por la Solución Final hasta la guerra, en respuesta a diversos estímulos producidos por la misma.

¹⁹ *Ibid.*, cap. 3, pp. 39-40.

²⁰ *Ibid.*, p. 44.

²¹ Bartlett, *They Stand Invincible*, p. 100; Lemkin, “Autobiography”, cap. 4, p. 50.

²² Lemkin, “Autobiography”, cap. 4, p. 57.

²³ *Ibid.*, p. 65. A medida que aprendía nuevos idiomas, a Lemkin le gustaba citar a Victor Hugo: “Cuantos idiomas se sepa, tantas veces es uno un ser

humano”.

²⁴ *Ibid.*, pp. 66, 69.

²⁵ *Ibid.*, cap. 6, p. 96.

²⁶ *Ibid.*, p. 105.

²⁷ *Ibid.*, cap. 7, p. 2.

²⁸ *Ibid.*, p. 3.

²⁹ *Ibid.*, p. 5.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*, cap. 7, p. 7.

³² En Winston S. Churchill, *The Churchill War Papers: The Ever-Widening War*, t. 3: 1941, Martin Gilbert (ed.), W. W. Norton, Nueva York, 2000, pp. 1099-1106. Churchill pronunció el discurso en público el 24 de agosto de 1941, poco tiempo después de reunirse con el presidente Roosevelt para discutir el Convenio Atlántico. Aunque Estados Unidos todavía no entraba en la guerra, Churchill dijo que el encuentro simbolizaba el “alistamiento de las fuerzas del bien del mundo contra las del mal”. Llamó a los pueblos conquistados de Europa a seguir resistiendo: “Tengan fe, tengan esperanza. La liberación es segura”. Al pronosticar que en algún momento Hitler se volcaría en contra de Estados Unidos, les aseguró a sus oyentes que ese país “continuaba poseyendo el poder de alistar su enorme fuerza y, al encontrar la propia salvación, brindarle un servicio incomparable a la humanidad”. La línea que Lemkin encontró tan memorable no se refería al exterminio de los judíos europeos (que Churchill no mencionó), sino a la matanza “metódica, sin cuartel” de los rusos por Alemania.

¹ Martin Gilbert, *Auschwitz and the Allies*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1981, p. 40.

² David S. Wyman, *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*, New Press, Nueva York, 1998, p. 21. Atribuir culpabilidad colectiva era común en esos tiempos. Earl Warren, más tarde presidente de la Suprema Corte, en esa época fiscal general de California, testificó en una audiencia del Congreso después de Pearl Harbor que “cada japonés debería considerarse un potencial quintacolumnista”. Unos 150 000 japoneses fueron “reubicados”, es decir, internados en campos de detención durante la guerra. Véase Greg Robinson, *By Order of the President: FDR and the Internment of Japanese Americans*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2001.

³ Gilbert, *Auschwitz, and the Allies*, p. 44.

⁴ E. Thomas Wood y Stanislaw M. Jankowski, *Karski: How One Man Tried to Stop the Holocaust*, John Wiley, Nueva York, 1994, p. 150. Cursivas mías.

⁵ *Ibid.*, pp. 150-151.

⁶ *Ibid.*, p. 119. Véase también Claude Lanzmann, *Shoah: An Oral History of the Holocaust*, Pantheon Books, Nueva York, 1985, pp. 167-175. Michael T. Kaufman, “Jan Karski Dies at 86; Warned West About Holocaust”, *New York Times*, 5 de julio de 2000, p. C15.

⁷ Jan Karski, *Story of a Secret State*, Houghton Mifflin, Boston, 1944, p. 336.

⁸ Wood y Jankowski, *Karski*, pp. 151-152.

⁹ Intercambio citado en William Shawcross, *The Quality of Mercy: Cambodia, Holocaust, and Modern Conscience*, Simon & Schuster, Nueva York, 1984, p. 47.

¹⁰ Michael Ignatieff, “Raphael Lemkin and the Moral Imagination”, conferencia en el Museo Nacional del Holocausto, Washington, 13 de diciembre de 2000.

¹¹ Ministerio para la Cultura y Propaganda Nacional del Reich Alemán, *The Secret Conferences of Dr. Goebbels*, E.P. Dutton, Nueva York, 1970, p. 309.

¹² Comisión Internacional de la Cruz Roja, *Report of the International Committee of the Red Cross on its Activities During the Second World War, September 1, 1939-June 30, 1947*, t. 1, Comisión Internacional de la Cruz Roja, Ginebra, 1948, p. 21; Walter Laqueur, *The Terrible Secret: Suppression of the Truth About Hitler's “Final Solution”*, Owl Books, Nueva York, 1980, p. 60.

¹³ Véase la bibliografía para una extensa lista de fuentes sobre el tema.

¹⁴ Laqueur, *Terrible Secret*, p. 67.

¹⁵ Walter Laqueur observa con sagacidad que la ubicación que le asignaron a estos artículos en el periódico deja entrever la duda del *New York Times* respecto de su exactitud: “Es claro que los redactores no sabían qué hacer con ellos. Si era cierto que murió un millón de personas, tendría que haber estado en la primera página... Si no era cierto, el relato no tendría que haberse publicado en absoluto”. Llegaron a un acuerdo, razonaron que el informe contenía un poco de verdad y otro poco de exageración, por lo que correspondía relegarlo a un lugar poco prominente. *Ibid.*, p. 74.

¹⁶ Albert Müller, *Neue Zürcher Zeitung*, 5 de mayo de 1979, citado en *ibid.*, p. 89.

¹⁷ Hershel Johnson al secretario de Estado Cordell Hull, 5 de abril de 1943, citado en Laqueur, *Terrible Secret*, p. 98.

¹⁸ Laqueur, *Terrible Secret*, p. 201.

¹⁹ W. A. Visser't Hooft, teólogo protestante y primer secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, pasó los años de la guerra en Suiza y usó esta frase en sus *Memoirs*, SCM Press, Londres, 1973, p. 166. Escribió que para el antisemitismo no era tanto una razón la indiferencia del mundo sino “que la gente no podía hacer lugar en su conciencia para horrores tan inimaginables, y no tenían ni la imaginación ni el valor de enfrentarse a ellos”.

²⁰ Karski no podía confiar en nada más que en sus propias palabras: “No tengo pruebas, fotografías. Todo lo que puedo decir es que lo vi, y que es la verdad”. Jan Karski, “Polish Death Camp”, *Collier's*, octubre 14, 1944, pp. 18-19. El relato de Karski iba acompañado no de una fotografía sino de un dibujo de caras anónimas horrorizadas. El uso generalizado de imágenes visuales que aparecieron sin subtítulos o referencias específicas se aborda en Barbie Zelizer, *Remembering to Forget: Holocaust Memory Through the Camera's Eye*, University of Chicago Press, Chicago, 1998.

²¹ Estos excesos fueron resultado de las exageraciones de la prensa británica sobre los crímenes de los bóers contra ciudadanos británicos y, por supuesto, del periodismo sensacionalista de William Randolph Hearst, dirigido a provocar la entrada de Estados Unidos en la guerra contra España en 1898. Véase también Raphael Lemkin, “Totally Unofficial: The Autobiography of Raphael Lemkin”, cap. 7, p. 2, en lo que se refiere a la descripción de Lemkin de la reacción de sus colegas en el gobierno estadounidense y su tendencia a utilizar las atrocidades belgas como justificativo para no creer.

²² La historia de la fábrica para procesar cadáveres fue invento de un brigadier general británico. Un periodista recordó su búsqueda de pruebas fehacientes de las atrocidades: “No encontré atrocidades [...] Ofrecí sumas de dinero por fotografías de niños con las manos amputadas, o de quienes hubieran sido heridos de otras maneras. Jamás encontré un relato de primera mano sobre atrocidades contra los belgas; y cuando investigué los de segunda, la pista siempre desaparecía”. Véase John Taylor, *War Photography: Realism in the British Press*, Routledge, Londres, 1991, p. 79; Philip Knightley, *The First Casualty: From the Crimea to Vietnam: The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1975, pp. 105-106.

²³ Vernon McKenzie, “Atrocities in World War II—What Can We Believe?”, *Journalism Quarterly*, septiembre de 1942, p. 268, citado en Deborah L. Lipstadt, *Beyond Belief: The American Press and the Coming of the Holocaust, 1933-1945*, Free Press, Nueva York, 1986, pp. 9, 27. Hasta 2001 publicaron John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities 1914: A History of Denial*, Yale University Press, New Haven, 2001, donde documentan una brutal campaña alemana que resultó en la muerte de unos 6 500 civiles belgas y franceses, con la que cuestionan la suposición aceptada durante la mayor parte del siglo xx de que los relatos sobre atrocidades en la primera Guerra Mundial eran exageraciones.

²⁴ Se estima que el total de las personas que escaparon con éxito de la persecución nazi hacia Estados Unidos entre 1938 y 1945 fueron unas 250 000, cifra que incluye a refugiados e inmigrantes que, acogidos al sistema de cupos de la Ley de inmigración de 1924, admitía a 150 000 inmigrantes anuales (con unos 27 000 de Alemania y Austria). Resulta asombroso, pero ni siquiera se cubrió 50% del cupo anual entre 1938 y 1940. Hacia finales de la guerra, el número total de inmigrantes según el cupo cayó 10% por debajo del límite máximo anual. Véase Departamento de Trabajo de Estados Unidos, Dirección de Inmigración y Naturalización, *Annual Report of the Immigration and Naturalization Service*, GPO, Washington, 1943/44/45; y David S. Wyman, *Paper Walls: America and the Refugee Crisis, 1938-1941*, Pantheon Books, Nueva York, 1985. La presión pública porque se actuara respecto de la situación de los refugiados en Europa y en Estados Unidos condujo a la Conferencia de Bermudas de 1943, en la que estuvieron presentes diplomáticos aliados y otros funcionarios gubernamentales. Pero la conferencia no produjo más resultado que sugerir el envío de pequeños

contingentes de refugiados a las colonias en posesión de los europeos, solicitar cooperación y transporte a países neutrales, y fortalecer a la impotente Comisión Intergubernamental para Refugiados, creada en la Conferencia de Evian en 1938. Según Wyman, sólo se aplicó uno de estos planes: después de un año completo de la conferencia, se estableció un campamento cerca de Casablanca para albergar a algunos refugiados que llegaron a España. Al final, sólo 360 personas lo ocuparon. Como comentó el rabino Israel Goldstein: “Parece que la tarea de la Conferencia de Bermudas no fue rescatar víctimas del terror nazi sino rescatar a nuestro Departamento de Estado y al Ministerio de Relaciones Exteriores británico”. Consúltase David S. Wyman (ed.), *America and the Holocaust*, t. 3: *The Mock Rescue Conference: Bermuda*, Garland, Nueva York, 1990, pp. v, vi. Uno de los tres representantes oficiales de Estados Unidos en la conferencia, el senador Scott Lucas (demócrata por Illinois), advirtió que los intentos de las organizaciones judías para salvar a los judíos europeos causaría la muerte de 100 000 soldados estadounidenses, lo que a su vez produciría una peligrosa reacción antisemita en Estados Unidos. Véase la página del Centro Simon Wiesenthal en <http://www.wiesenthal.com/text/x15/xm1522.html>.

²⁵ Laqueur, en *Terrible Secret*, p. 96, cita una carta de Goldberg a Laqueur.

²⁶ “Pole’s Suicide Note Pleads for Jews”, *New York Times*, 4 de junio de 1943, p. 4. El 22 de julio de 1997 se develó en Varsovia un monumento a Szmul Zygielbojm, cuyo seudónimo fue *Artur*, en el 55º aniversario de la deportación de los judíos de esa ciudad. En 1998 la carta quedó instalada en la colección permanente del Museo Nacional del Holocausto, en Washington Karski habló en una ceremonia que marcó el acontecimiento.

²⁷ “Jews’ Last Stand Felled 1 000 Nazis”, *New York Times*, 22 de mayo de 1943, p. 7. Más de 10 000 judíos murieron en el alzamiento del gueto de Varsovia. Los 56 000 sobrevivientes fueron llevados al campo de exterminio de Treblinka.

²⁸ El *New York Times* no volvió a mencionar a Zygielbojm hasta la muerte de Karski, en julio de 2000. La esposa de Karski, Pola Nirenska, ella misma sobreviviente del holocausto en el que perdió a su familia, se arrojó en 1992 del balcón de su departamento en Bethesda, Maryland, a la edad de 82 años. A *Dancer*, su última pieza, presentada en Washington en 1990, se inspiraba en las víctimas del holocausto: “In Memory of Those I Loved... Who Are No More”. Véase Michael T. Kaufman: “Jan Karski Dies at 86; Warned West About

Holocaust”, *New York Times*, 5 de julio de 2000, p. C15.

²⁹ Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*, Carnegie Endowment for International Peace, Division of International Law, Washington, 1944. La primera parte del libro trató de los distintos aspectos del gobierno nazi: la administración alemana de las tierras ocupadas y su usurpación de la soberanía; el papel y la función de la policía alemana y la policía secreta, la Gestapo; la introducción de la ley discriminatoria alemana en los territorios ocupados; la organización de las cortes; la propiedad; la administración de las finanzas; la explotación del trabajo mediante la esclavitud y la despoblación; el trato tan inhumano a los judíos, y la destrucción de grupos étnicos y nacionales.

³⁰ Melchior Palyi, crítica de *Axis Rule* de Raphael Lemkin, *American Journal of Sociology*, vol. 51, núm. 5, marzo de 1946, pp. 496-497. Palyi era un economista liberal, antikeynesiano, húngaro, que dictó cátedra en varias universidades de Alemania y de Estados Unidos.

³¹ Arthur K. Kuhn, crítica de *Axis Rule*, de Raphael Lemkin, *American Journal of International Law*, vol. 39, núm. 2, abril de 1945, pp. ix, 360-362.

³² Linden A. Mander, crítica de *Axis Rule*, de Raphael Lemkin, *American Historical Review*, vol. 51, núm. 1, octubre de 1945, pp. 117-120.

³³ Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Knopf, Nueva York, 1996.

³⁴ Lemkin, *Axis Rule*, pp. xiv, xxiii.

³⁵ Otto D. Tolischus, “Twentieth Century Moloch: The Nazi-Inspired Totalitarian State, Devourer of Progress—and of Itself”, *New York Times Book Review*, 21 de enero de 1945, pp. 1, 24.

³⁶ Raphael Lemkin, “Genocide”, *American Scholar*, vol. 15, núm. 2, 1946, pp. 227-230. Waldemar Kaempffert, “Genocide Is the New Name for the Crime Fastened on the Nazi Leaders”, *New York Times*, 20 de octubre de 1946, p. E13, contiene un debate acerca de los otros términos posibles que podría haber elegido Lemkin. Es probable que Lemkin le facilitase este material al periodista.

³⁷ “Introduction to Part I, The New Word”, en “History of Genocide”, cap. 1, sec. 5; rollo 3, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

³⁸ “Introduction to Part I, The New Word”, cap. 1, sec. 6 (“Words as Moral Judgments”), p. 4.

³⁹ Jean Améry, *Jenseits von Schuld und Sühne: Bewältigungsversuche einer*

Überwältigten [Más allá de la culpa y la expiación: intentos de sobreponerse de una culpa superada], Szczesny Véaselag, Munich, 1996, traducido y citado por Lawrence L. Langer, *The Age of Atrocity: Death in Modern Literature*, Beacon Press, Boston, 1978, p. 51. Véase también George Steiner, *Language and Silence: Essays on Language, Literature, and the Inhuman*, Yale University Press, New Haven, 1998.

⁴⁰ Lemkin, *Axis Rule*, p. 79. Cursivas mías.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Raphael Lemkin, “The Importance of the Convention”, p. 1, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

⁴³ *Proceedings of the Forty-fourth Annual Session of the North Carolina Bar Association*, p. 112, citado en William Korey, *An Epitaph for Raphael Lemkin*, Jacob Blaustein Institute for the Advancement of Human Rights, Nueva York, 2001, p. 11.

⁴⁴ “Genocidio” se incorporó a la *Encyclopédie Larousse* francesa en 1953, previa aprobación de la Academia Francesa. El *Oxford English Dictionary* incluyó “genocidio” por primera vez en la actualización de 1955 a la tercera edición, en su sección de “Addenda and Corrigenda”. El hebreo, el yiddish y el serbocroata adoptan “genocidio” sin mucha modificación. Aunque la palabra ganó gran fama alrededor del mundo, muchos idiomas tradujeron el término, en contra de la intención de Lemkin, como “matanza masiva”. El polaco usa *ludobostwo*, que quiere decir “matanza de la gente”. En armenio es *tseghasbanutiun*, “matanza de raza”. El khmer emplea *prolái puch sah*, “destruir la raza”. En alemán es *Völkermord*, “asesinato de una nación”. El idioma de Ruanda, el kinyarruandano, lo vierte como *n’itsembabwoko*, “masacrar a un grupo étnico”.

⁴⁵ “History of Genocide”, 1ª parte, p. 7.

⁴⁶ El gobierno de Roosevelt fue muy lerdo en comentar sobre la suerte de los judíos. El 24 de marzo de 1944, Roosevelt condenó al final el “asesinato sistemático de los judíos” que procedía “sin descanso a cada hora”. Advirtió que todo aquel que en Alemania y en los países satélites tomara parte a sabiendas en la deportación de los judíos era “por igual culpable al lado de los verdugos” y compartiría el castigo. El 8 de noviembre de 1944, el general Dwight D. Eisenhower, de acuerdo con el Consejo de Refugiados de Guerra, amenazó con un “castigo severo”: “¡Alemanes!, no obedezcáis orden alguna [...] que os aliente

a molestar, causar daño o perseguirlos [a los internos de los campos de concentración], sea cual fuere su religión o nacionalidad”. “Eisenhower Warns Reich on Prisoners”, *New York Times*, 8 de noviembre de 1944, p. 21.

⁴⁷ “Genocide”, *Washington Post*, 3 de diciembre de 1944, p. B4.

⁴⁸ En un libro inédito sobre la historia del genocidio, Lemkin enlistó una cantidad asombrosa de supuestos hechos de los escritores que aspiraba a emular. Demostró un deslumbrante dominio de la literatura, la ciencia y la política, y las diversas raíces y autoría de varios términos. Descubrí luego que tomó, *verbatim*, casi todas sus referencias literarias panorámicas, así como numerosos párrafos enteros, de Bruno Migliorini, *The Contribution of the Individual to Language: Tylorian Lecture, 1952*, Clarendon Press, Oxford, 1952. Lemkin los incluyó sin reconocer su fuente, en lo que esperaba sería su obra maestra. No le preocupaba plagiar si podía servir a su causa.

¹ Juristas como Hans Kelsen cuestionaron la “teología del Estado” al ver la deferencia hacia la soberanía como una falsa necesidad. La soberanía podría redefinirse. Kelsen, *Peace Through Law*, Chapel Hill, North Carolina, 1944: “Podemos derivar del concepto de soberanía nada más que lo que supuestamente hemos puesto en su definición”.

² Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*, Carnegie Endowment for International Peace, Division of International Law, Washington, 1944, p. 31, n. 25. Véase Ingo Müller, *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich*, trad. Deborah Schneider, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1991.

³ Mark Mazower, *The Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Knopf, Nueva York, 1998, p. 197.

⁴ Carta de lector, *New York Times*, 8 de noviembre de 1946.

⁵ Robert Merrill Bartlett, *They Stand Invincible: Men Who Are Reshaping Our World*, Thomas Y. Crowell, Nueva York, 1959, p. 102.

⁶ Hubo críticos del tribunal de Nuremberg por su legislación *ex post facto*. Decían que la prohibición de los crímenes de lesa humanidad se introdujo después de cometidos los crímenes. Los defensores de la corte hicieron hincapié en la ley común y sostuvieron que quienes cometieron estos actos terribles no podían haber supuesto que actuaban dentro de límites legales al exterminar a civiles indefensos. También se apoyaron en que la mayoría de las naciones se comprometió a proscribir la agresión en 1925, en el Pacto Kellog-Briand. La exigencia de un vínculo con la agresión también inmunizaba técnicamente a los soldados aliados contra su enjuiciamiento por crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad, pues los nazis, no los aliados, fueron los invasores originales. Pero éste no fue el motivo de la decisión jurisdiccional, ya que el tema de las transgresiones de guerra aliadas pocas veces se mencionaba en esa época.

⁷ Bartlett, *They Stand Invincible*, p. 2. Lemkin se enteró de que la parte principal de la ciudad en que vivieron sus padres fue incendiada, y que unas 20 000 personas se hacinaron en un gueto cerca de la estación de trenes. En su autobiografía, Lemkin escribió: “Esto ocurrió más de un año antes de transportar a mis padres a_____, para ser gaseados”. Al parecer, Lemkin nunca descubrió dónde fueron asesinados sus padres. Raphael Lemkin, “Totally Unofficial: The Autobiography of Raphael Lemkin”, cap. 6, p. 105.

⁸ El fiscal británico Hartley Shawcross también usó el término varias veces en

su resumen. Waldemar Kaempffert, “Genocide Is the New Name for the Crime Fastened on the Nazi Leaders”, *New York Times*, 20 de octubre de 1946, p. E13.

⁹ William Korey, *An Epitaph for Raphael Lemkin*, Jacob Blaustein Institute for the Advancement of Human Rights, Nueva York, 2001, p. 25.

¹⁰ Herbert Yahraes, “He Gave a Name to the World’s Most Horrible Crime”, *Colliers*, 3 de marzo de 1951, p. 56.

¹¹ Lassa Oppenheim, *International Law*, 7ª ed., t. 1, Hersch Lauterpacht (ed.), Longmans, Londres, 1948, p. 583, afirmaba que “por lo general se reconoce que un Estado tiene derecho a tratar a sus propios ciudadanos a su discreción, y que el modo en que los trata no es un asunto del que se ocupe el derecho internacional como tal”. En cuanto a la intervención humanitaria, “en virtud de su supremacía personal y territorial, un Estado puede tratar a sus propios ciudadanos a su albedrío”.

¹² “Anti-Genocide Gains Termed Significant”, *New York Times*, 20 de diciembre de 1947, p. 8.

¹³ Raphael Lemkin, “The Importance of the Convention”, p. 2, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

¹⁴ Las organizaciones utilizaron una pista de patinaje en interior remodelada en Flushing Meadow (a veinte minutos de viaje) para las sesiones de la Asamblea General. Ésta fue la última escala de la ONU antes de mudarse a su sede permanente en Turtle Bay.

¹⁵ Kathleen Teltsch, “The Early Years”, en *A Global Affair: An Inside Look at the United Nations*, Amy Janello y Brennon Jones (eds.), p. 12.

¹⁶ A. M. Rosenthal, “A Man Called Lemkin”, *New York Times*, 18 de octubre de 1988, p. A31.

¹⁷ Bartlett, *They Stand Invincible*, p. 103. Una noche su insomnio valió la pena. En agosto de 1948, mientras paseaba alrededor del lago Lemán en Ginebra a primeras horas de la mañana, Lemkin se encontró con el embajador canadiense, David Wilgress, quien tampoco podía dormir. Lemkin aprovechó la oportunidad y deslumbró al embajador, amante de la historia, con relatos de las atrocidades atenienses en Mitilene, el genocidio de los mongoles y la matanza de los armenios. El nuevo amigo de Lemkin lo presentó con Herbert Evatt, presidente de la Asamblea General. Con apoyo de éste, Lemkin dijo que ya no se sentía más un “solicitante” sino un “miembro pleno”. Lemkin, “Autobiography”, cap. 10, pp. 13, 15.

¹⁸ White prosiguió: “Si los planificadores de la ONU se ponen los anteojos y se fijan debajo de su nariz y sacan el mismo conejito, es muy probable que todos colguemos por separado, nación contra nación, poder contra poder, defensa contra defensa, pueblo (a su pesar) contra pueblo (a su pesar). Si se las ingenian para extraer a las Naciones Unidas de la bolsa, con todos sus atributos, con autoridad constitucional y una estructura federal que tenga significado popular, apoyo popular y una autoridad total superior a la de cualquiera de sus miembros, o a la combinación de éstos, bien podríamos estar en el comienzo de un nuevo camino”. E. B. White, “Notes and Comment”, *New Yorker*, 24 de febrero de 1945, p. 17.

¹⁹ En los primeros años de la ONU, todos los diarios principales mandaban entre media docena y una docena de periodistas a la sede general, a enorme diferencia de hoy en día, en que muchos medios de comunicación no tienen ni uno, y los que sí lo tienen, mandan apenas uno o cuando mucho dos cables.

²⁰ Raphael Lemkin, “Genocide”, *American Scholar*, vol. 15, núm. 2, 1946, p. 228.

²¹ Lemkin, “Autobiography”, cap. 9, p. 8.

²² *Ibid.*, p. 14.

²³ “Genocide Under the Law of Nations”, *New York Times*, 5 de enero de 1947, p. E11.

²⁴ William Korey, *An Epitaph for Raphael Lemkin*, p. 29.

²⁵ Este borrador instaba a la creación de una “Oficina Internacional para la administración de todo asunto” que tuviera relación con el Convenio sobre Genocidio, que recopilaría material sobre las causas de éste y que haría recomendaciones para aliviar el crimen. Cada oficina contratante también establecería oficinas nacionales vinculadas con la central a fin de reunir los nombres de sus autores, detalles de sus técnicas genocidas, y recomendar el castigo y la prevención. Estas oficinas eran mucho más amenazadoras para la soberanía nacional que una mera ley, y se tacharon en borradores posteriores. *Ibid.*, pp. 30-31.

²⁶ Raphael Lemkin, “The Evolution of the Genocide Convention”, p. 7, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

²⁷ Rosenthal, “A Man Called Lemkin”.

²⁸ Lemkin, “The Evolution of the Genocide Convention”, p. 5.

²⁹ En 1948, el Consejo Económico y Social (Ecosoc) de la ONU designó una

Comisión *Ad Hoc* sobre Genocidio compuesta de representantes de China, Francia, Líbano, Polonia, Estados Unidos, la Unión Soviética y Venezuela. Esta comisión adoptó por unanimidad un borrador que el consejo transmitió a la Asamblea General en agosto de 1948. Ésta, a su vez, refirió el informe a la Sexta Comisión de la asamblea, que dedicó 51 reuniones en dos meses a discutir y enmendar el convenio.

³⁰ Véase Lemkin, “Autobiography”, cap. 10, pp. 5-8.

³¹ *Ibid.*, p. 22.

³² El presidente de la Asamblea General, Evatt, amigo de Lemkin, le permitió elegir al presidente de la Comisión legal. A fin de eliminar toda demora, Lemkin también reunió varias delegaciones que apoyaran la idea de soslayar la práctica habitual de la ONU de exigir primero la aprobación por una subcomisión. En este caso, la Comisión legal sola prepararía la versión final. Tenía dos borradores anteriores sobre los cuales trabajar, uno preparado por la Secretaría en 1947 con la participación de Lemkin, y otro de la Comisión especial del Ecosoc elaborado en mayo de 1948, con influencia de Lemkin tras bastidores.

³³ Lemkin, “Autobiography”, cap. 11, p. 27.

³⁴ Aunque la ley avanzó, Lemkin se sintió consternado al enterarse de que se iban a insertar dos cláusulas que limitaban la duración inicial de la ley a 10 años si 16 estados la denunciaban, y permitían revisiones del texto después de determinado número de años. Lemkin estaba demasiado agotado y demasiado desesperado para luchar contra estas cláusulas, pero más tarde dijo que se sintió como “una niñera que se toma una siesta en el momento equivocado. Los opositores le asestaron ‘golpes y cuchillos’ al recién nacido para que luego muriera”. El hecho es que nunca se invocó esta estipulación, pero Lemkin no tenía forma de saberlo en ese momento. Su temor de que el convenio caducara alimentó su paranoia en los años siguientes. Lemkin, “Autobiography”, cap. 11, p. 58; cap. 13, p. 36.

³⁵ “Genocide and the UN”, *Washington Post*, 9 de noviembre de 1946, p. 8.

³⁶ La ONU estaba compuesta en ese entonces por 58 estados (21 de América, 16 de Europa, 14 de Asia, cuatro de África y tres de Oceanía).

³⁷ Lemkin, “Autobiography”, cap. 12, p. 59.

³⁸ “U.N. Votes Accord Banning Genocide”, *New York Times*, 10 de diciembre de 1948, p. 12.

³⁹ John Hohenberg, “The Crusade That Changed the UN”, *Saturday Review*, 9

de noviembre de 1968, p. 87.

⁴⁰ Rosenthal, “A Man Called Lemkin”.

⁴¹ Teltsch, “Library Show Recalls Man Behind Treaty on Genocide”.

⁴² Lemkin, “Autobiography”, cap. 1.

⁴³ *Ibid.*, cap. 12, p. 61.

¹ Rollo 4, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

² Debido a que varios países ratificaron el convenio casi al mismo tiempo, sucedió que hubo 21 “ratificaciones sin reserva”: Arabia Saudita, Australia, Camboya, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Etiopía, Francia, Guatemala, Haití, Islandia, Israel, Jordania, Liberia, Mónaco, Noruega, Panamá, República de Corea, Sri Lanka, Turquía y Yugoslavia. Bulgaria y las Filipinas también lo ratificaron para mediados de octubre de 1950, pero con reservas. El convenio entró formalmente en vigor el 12 de enero de 1951. “Pact on Genocide Effected by U.N.”, *New York Times*, 15 de octubre de 1950, p. 23.

³ Steven Schnur, “Unofficial Man: The Rise and Fall of Raphael Lemkin”, *Reform Judaism*, otoño de 1982, p. 11. En el *New York Times* del día siguiente a la ratificación del convenio, Lemkin apareció fotografiado al lado de una breve nota de la sede general de la ONU en el lago Success. La fotografía, poco nítida, con el pie “UN Representatives Ratify Pact Against Genocide”, muestra a Lemkin con un clásico traje de color claro, en la última fila. Delante de él están los representantes, de traje oscuro, de los cuatro últimos países en ratificar el convenio: Corea, Haití, Francia y Costa Rica, así como el presidente de la Asamblea General, Nasrollah Entezam, de Irán. A su lado están Iván Kerno, el subsecretario general para asuntos legales; Trygvie Lie, el secretario general, y Fernando Fournier, de Costa Rica. Otros en la foto se identifican por sus títulos; Lemkin, quien mira fijo a la cámara, sólo se menciona como “el principal promotor del pacto”. “U.N. Representatives Ratifying Pact Against Genocide”, *New York Times*, 17 de octubre de 1950, p. 18.

⁴ Comisión del Senado de Relaciones Exteriores, *The Genocide Convention: Hearings Before the Senate Subcommittee on the International Convention on the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide*, 81 Congr., 2ª ses., 1950, p. 15.

⁵ *Ibid.*, pp. 204-205.

⁶ Lemkin, “The Truth About the Genocide Convention”, p. 2, rollo 3, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

⁷ Un par de estudios de la ONU sobre el Convenio intentó aclarar el sentido de su texto. En 1978, *Study on the Question of the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide*, de N. Ruhashyankiko, Doc. de la ONU E/CN.4/Sub.2/416 (1978), pp. 14-15, hacía una reflexión sobre el debate de la sexta comisión y concluía que “era suficiente que un acto genocida tuviera como objetivo la

destrucción parcial de un grupo [...] No era necesario matar a todos los miembros del grupo para cometer genocidio”. La Subcomisión de la ONU para la Prevención de la Discriminación y Protección de las Minorías, *Revised and Updated Report on the Question of the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide* (Informe Whittaker), Doc. de la ONU E/CN.4/Sub.2/1985/6, p. 18, resolvió que la palabra *parcial* “parece suponer una cantidad razonablemente significativa en relación con el total de todo el grupo, o bien una sección significativa del grupo, como su dirigencia”. Preocupados de que una interpretación demasiado amplia restase valor a la “gravedad del concepto de genocidio”, el funcionario recomendó una estimación de escala proporcional y cifras totales: “Otros ataques y matanzas, por supuesto, son aún crímenes odiosos, aunque no se clasifiquen en el concepto de genocidio”.

⁸ Véase Ward Churchill, *A Little Matter of Genocide: Holocaust and Denial in the Americas, 1492 to the Present*, City Light Books, S. Francisco, 1997.

⁹ El representante chino casualmente había querido que la estipulación “daño mental” cubriera el “genocidio por narcóticos” que los ocupantes japoneses usaron como arma contra los chinos en la segunda Guerra Mundial, destruyéndoles permanentemente las facultades mentales y su voluntad de resistencia. ONU, informe de la Comisión *Ad Hoc* sobre Genocidio, Consejo Económico y Social, Actas Oficiales: 3er año, 7ª sesión, supl. núm. 6, 5 de abril a 10 de mayo de 1948, p. 15; 6ª Comisión, pp. 177, 179. Como testificó Adrian Fisher, asesor legal del Departamento de Estado, en 1950, la disposición acerca del daño mental se aplicaría a actos de violencia dirigidos a causar trastornos permanentes de las facultades mentales de la víctima. No se aplicaría a la “incomodidad u ofensa, ni siquiera al sentido de indignación proveniente de acciones como la discriminación o segregación racial, por más desagradables que sean”. Comisión del Senado de Relaciones Exteriores, *The Genocide Convention*, pp. 263-264.

¹⁰ Raphael Lemkin a Gertrude Samuels, 6 de junio de 1950, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

¹¹ *Hearings on the Genocide Convention*, p. 132.

¹² LeBlanc, *The United States and the Genocide Convention*, Duke University Press, Durham, N.C., 1991, p. 20. Las transcripciones de las sesiones ejecutivas de la Comisión del Senado sobre Relaciones Exteriores no se hacen públicas en 25 años. Véase *Executive Sessions of the Senate Foreign Relations Committee*,

Historical Series, 1976, p. 645.

¹³ Quienes se oponían a incluir grupos políticos también sostenían que, a diferencia de los grupos étnicos o nacionales, los políticos no eran lo bastante “cohesivos” o reconocibles. Por supuesto que los grupos religiosos, que sí estaban cubiertos, también carecían de identificadores puntuales. Más aún, la preferencia religiosa era tan mutable como la afiliación política.

¹⁴ Lemkin deseaba prohibir el genocidio cultural, pues hacía mucho que estaba convencido de que la destrucción del idioma, bibliotecas, templos y tradiciones era a menudo, además de un salvaje agravio por derecho propio, el preludio de un genocidio. Solía decir: “Primero queman libros, luego cuerpos”. Pero abandonó la lucha por castigar la destrucción del idioma, monumentos, archivos y otros fundamentos culturales cuando se dio cuenta de que se acababa el tiempo en la sesión de la Asamblea General. La Comisión legal no prestaba apoyo, y no podía correr el riesgo de que se pospusiera el voto hasta el año siguiente, porque no existía garantía de que el presidente de la Asamblea General (después de Evatt) apoyara la ley. Se consoló diciéndose que tal vez podría conseguir que la ONU adoptara un protocolo adicional más adelante. En palabras de Joel Wolfsohn, de la Comisión judía estadounidense, Lemkin “estaba dispuesto a tirar lo que fuera por la borda con tal de salvar el barco”. William Korey, en *An Epitaph for Raphael Lemkin*, Jacob Blaustein Institute for the Advancement of Human Rights, Nueva York, 2001, p. 39, cita una carta que le dio James Fussell.

¹⁵ Duane Tananbaum, *The Bricker Amendment Controversy: A Test of Eisenhower's Political Leadership*, Cornell University Press, Ítaca, N.Y., 1988, p. 31, que cita los papeles de John Bricker en la Sociedad Histórica de Ohio.

¹⁶ Eisenhower se sentía frustrado por tener que mantener a distancia a los aislacionistas de su propio partido, y culpaba a Bricker. Le dijo a su secretario James Hagerty que “si es cierto que cuando uno muere las cosas que lo molestaron más son las que están grabadas en la memoria, estoy seguro de que voy a tener ahí el barro y la suciedad de Francia durante la invasión y el nombre del senador Bricker”. *Ibid.*, p. 51, que cita *Foreign Relations of the United States, 1952-1954*, t. 1, pp. 1843-1846. Enfrentados por la presión del gobierno, los republicanos de Eisenhower se pasaron al otro bando para unirse a los demócratas y derrotar con facilidad (50 a 42) la versión de Bricker de la medida, que en este caso requería los dos tercios de los votos. Pero una alternativa demócrata suavizada (la resolución George) perdió por apenas un voto (60 a 31),

en febrero de 1954, *ibid.*, pp. 167-180.

¹⁷ Carta a Thelma Stevens, rollo 1, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

¹⁸ Rollo 1, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

¹⁹ Véase Jessica Tutchman Matthews, “Power Shift”, *Foreign Affairs*, enero/febrero de 1997, pp. 50-66.

²⁰ Otras organizaciones incluían la Alianza Mundial por la Amistad Internacional a través de la Religión, la Liga Internacional por los Derechos del Hombre, la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO), la Conferencia Nacional para Cristianos y Judíos, la Comisión de Amigos Estadunidenses para el Servicio, la Conferencia Católica Nacional por el Bienestar y la Federación General de Clubes de Mujeres.

²¹ Incluso durante la segunda Guerra Mundial, cuando se podría haber supuesto que la atención se dirigiría a la Solución Final de Hitler, Hollywood esquivó el tema. De las más de 500 películas sobre temas relacionados con la guerra producidas entre 1940 y 1945, por ejemplo, virtualmente ninguna abordaba la persecución o matanza de judíos. La deficiencia de la cobertura sorprende más si recordamos que los judíos estadounidenses tenían un papel preponderante al escribir, dirigir, financiar y actuar en Hollywood. Sin embargo, en el momento de poder de Harry Cohn, Louis B. Mayer y otros no los inspiraba enfatizar una temática judía. Muchos actores judíos famosos, como Kirk Douglas, Tony Curtis, John Garfield y Edward G. Robinson, se cambiaron los nombres para que no sonaran judíos. Véase Ilan Avisar, *Screening the Holocaust: Cinema's Images of the Unimaginable*, Indiana University Press, Bloomington, 1988, pp. 96-97. Avisar observa que *Great Dictator*, de Charles Chaplin, era una excepción por que atendió a los padecimientos judíos. Avisar cita a Lewis Jacobs, “World War II and the American Film”, *Cinema Journal* 1, invierno de 1967-1968, p. 21.

²² Jeffrey Shandler, *While America Watches: Televising the Holocaust*, Oxford University Press, Oxford, 1999, pp. 30-34. Véase también David Margolick, “Television and the Holocaust: an Odd Couple”, *New York Times*, 31 de enero de 1999, pp. A31-32.

²³ Lawrence Langer escribió: “Hay poco horror en la versión teatral; hay muy poco en el *Diario* en sí... Permiten que la imaginación maneje la idea del holocausto sin obligarla a enfrentar sus tenebrosos detalles”. Véase “The

Americanization of the Holocaust on Stage and Screen”, en Langer, *Admitting the Holocaust: Collected Essays*, Oxford University Press, Oxford, 1995.

²⁴ “How Cheerful is Anne Frank?”, *Variety*, 1 de abril de 1959, p. 2, citado por Tim Cole en *Selling the Holocaust*, Routledge, Nueva York, 1999, p. 34.

²⁵ Cynthia Ozick, “Who Owns Anne Frank?”, *New Yorker*, 6 de octubre de 1997, pp. 76-87.

²⁶ *Judgment at Nuremberg* incluía material fílmico editado de las fuerzas aliadas al entrar en Alemania y liberar los campos de concentración. El documental de los aliados *Nazi Concentration Camps* fue presentado por primera vez como evidencia por los fiscales durante los procesos de Nuremberg. Véase Lawrence Douglas, “Film as Witness: Screening ‘Nazi Concentration Camps’ Before the Nuremberg Tribunal”, *Yale Law Journal*, noviembre de 1995, pp. 449-481. Los estadounidenses vieron imágenes de los campos y sus sobrevivientes por primera vez en la primavera de 1945, cuando las compañías de cine, con el aliento del general Eisenhower, produjeron noticieros con material documental pertinente. Shandler, *While America Watches*, p. 10.

²⁷ Shandler, *While America Watches*, pp. 77-78. Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, rechazado por múltiples editoriales, se publicó en 1961, subsidiado por una familia de sobrevivientes. Véase Leon A. Jick, “The Holocaust: Its Use-Abuse Within the American Public”, *Yad-Vashem Studies*, núm. 14, 1981, p. 307.

²⁸ Irving Spiegel, “Shrine Honours Hitler’s Victims”, *New York Times*, 30 de mayo de 1959, p. A5. El artículo comenta la inscripción en un relicario recién dedicado en Jerusalén a la memoria de los que murieron en el “holocausto nazi en los años de 1933-1945” (en inglés, la palabra todavía se escribía con minúscula). Proviene del griego *holokauston*; es una traducción del hebreo *churban*, que significa una ofrenda quemada para Dios y aparece en el Antiguo Testamento (1 Samuel 7:9). Los estudiosos discrepan en cuanto a cómo y cuándo se introdujo en el léxico estadounidense. Algunos le dan crédito a *Night* (1959), de Elie Wiesel, por popularizar “holocausto” como sustantivo propio. Hilberg no usó el término en *The Destruction of the European Jews* (1961). Jick, “The Holocaust”, p. 309.

²⁹ Gerd Korman, “The Holocaust in American Historical Writing”, *Societas*, verano de 1972, p. 261; Jick, “The Holocaust”, p. 314.

³⁰ Como el mismo Wiesel recordó, “Las grandes editoriales vacilaron,

debatieron y mandaron sus disculpas”. Una razón que ofrecieron era que el lector estadounidense “parecía preferir libros optimistas”; Elie Wiesel, *All Rivers Run to the Sea: Memoirs*, Knopf, Nueva York, 1996, p. 325. Primo Levi observó que varias grandes editoriales rechazaron su manuscrito, y la pequeña que lo aceptó publicó apenas 2 500 ejemplares y quebró al poco tiempo. En las notas de Levi a la versión italiana de *Survival in Auschwitz*, anotó que el libro cayó en el olvido: “En ese duro periodo después de la guerra la gente tenía poco interés en que le recordaran esa época dolorosa que apenas había terminado”. Ruth K. Angress, “Primo Levi in English”, *Simon Wiesenthal Center Annual*, t. 3, Rossel Books, Chappaqua, N.Y., 1986, p. 319.

³¹ La Declaración Universal de los Derechos Humanos se aprobó por 48 votos contra 0, con 8 abstenciones (de Belarús, Checoslovaquia, Polonia, Ucrania, la URSS, Yugoslavia, Sudáfrica y Arabia Saudita). Lemkin se equivocaba al pensar que la prensa favorecía la Declaración. En 1948, por ejemplo, el *New York Times* publicó 87 artículos sobre la declaración y 58 sobre el convenio, pero Lemkin se ofendió con los artículos sobre el convenio que aparecieron con títulos como “Two UN Achievements” (Dos logros de la ONU).

³² Para un informe detallado de la redacción de la Declaración, véase Mary Ann Glendon, *A World Made New: Eleanor Roosevelt and the Universal Declaration of Human Rights*, Random House, Nueva York, 2001.

³³ Véase Josef L. Kunz, “The United Nations Convention on Genocide”, *American Journal of International Law*, vol. 43, núm. 4, octubre de 1949, pp. 738-746.

³⁴ Esta campaña por crear convenios obligatorios sobre derechos humanos al final se deshizo por las políticas de la Guerra Fría. Se introdujeron dos pactos separados —uno sobre derechos civiles y políticos, el otro sobre los económicos y sociales—, pero ninguno se preparó para la firma antes de 1966, ni entró en vigor hasta 1976. La falta de obligatoriedad de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH) tal vez ejerció más influencia que estas dos leyes internacionales.

³⁵ Lemkin, “The UN Is Killing Its Own Child”, pp. 1-2, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

³⁶ Lemkin también libró una campaña enérgica contra una propuesta de Francis Biddle de redactar un código de derecho criminal internacional, o un “Code of Offenses Against the Peace and Security of Mankind”, que tenía por

“crimen supremo” la guerra agresiva. Lemkin temía que este énfasis en la agresión repetiría el descuido de Nuremberg del genocidio, que para él era el único “crimen supremo”. Véase “Text of Biddle’s Report on Nuremberg and Truman’s Reply”, *New York Times*, 13 de noviembre de 1946, p. 14. Aunque el código redactado incluía la definición de *genocidio*, omitía el término en sí.

³⁷ Lemkin, “Memo on Genocide Convention” (1953), rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York. Al parecer, fue Lemkin mismo quien redactó el memorándum para otra persona.

³⁸ Raphael Lemkin al senador H. Alexander Smith, 12 de junio de 1952, reenviado al vicesecretario de Estado John D. Hickerson; de éste a Lemkin, 26 de junio de 1952, rollo 2, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

³⁹ Eleanor Roosevelt se convirtió en el blanco preferido. En diciembre de 1951 se hizo acreedora del eterno desprecio de Lemkin cuando un periodista le pidió que comentara sobre los cargos presentados por grupos de exiliados y refugiados del este europeo respecto de que la Unión Soviética cometía genocidio. Ella respondió con cautela: “¿Cómo probarlo? No estoy segura de que se puede probar. A menos que se pueda probar, no hay motivo para mencionarlo”. Lemkin trabajó en estrecha colaboración con grupos no gubernamentales provenientes de las repúblicas soviéticas antes independientes, y esperaba armar una acusación contra la Unión Soviética. Era difícil reunir evidencia de atrocidades cometidas detrás de la Cortina de Hierro, pero estaba seguro de que había conseguido las suficientes para mover a la opinión pública en contra de los soviéticos. Aunque la señora Roosevelt era una asidua crítica de los abusos de la Unión Soviética, Lemkin tomó su duda como una forma habitual de desligarse. La ex primera dama podría haber estado desestimando la causa de Lemkin en Madrid en 1933. “The U.N. Review: U.N. Keeps Hopes Alive for Missing Corea P.O.Ws; Trygve Lie Urges Effort to Bar New War”, *New York Herald Tribune*, 30 de diciembre de 1951, p. 12.

⁴⁰ Glendon, *A World Made New*, p. 60, que cita a “Verbatim Record”, 12 de junio de 1947, reunión de comisión redactora, *Papeles de Charles Malik*, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.

⁴¹ Lemkin, “The Truth About the Genocide Convention”, p. 13.

⁴² “The Crime of Genocide”, *New York Times*, 20 de octubre de 1957, sec. 4, p. 10.

⁴³ Steven Schnur, “Unofficial Man: The Rise and Fall of Raphael Lemkin”,

Reform Judaism, otoño de 1982, p. 45. Una carta de una Clara Hoover, no identificada, aparece en su correspondencia. Escribía que se sentía destruida por la “indiferencia” de Lemkin hacia ella, sus largas ausencias y sus contestaciones bruscas. “Usted dice no *ser* feliz”, le escribió Clara en 1959. “Yo *tampoco* lo soy. La mejor forma de sobreponerse a la infelicidad es hacer feliz a otra persona. Usted puede hacer esto con gran facilidad [...] No me agregue a su lista de odios y enemigos. ¿No cabe el perdón en su corazón?” Clara Hoover a Lemkin, rollo 1, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

⁴⁴ “28 Are Nominated for Nobel Peace Prize, Including Truman, Churchill, and Marshall”, *New York Times*, 28 de febrero de 1950, p. 21; “Nobel Peace Group Lists Nine Americans”, *New York Times*, 24 de febrero de 1951, p. 15; y Steven Jacobs, “The Papers of Raphael Lemkin: A First Look”, *Journal of Genocide Research*, vol. 1, núm. 1, 1999, p. 108. Parece que Lemkin estuvo activamente involucrado en el tema de la nominación, alentando a diversos conocidos alrededor del mundo a mandar cartas a la comisión del Premio Nobel en favor de él, e incluso redactándoles las cartas.

⁴⁵ Richard J. Walsh a Lemkin, 16 de febrero de 1955, rollo 1, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York. Walsh le sugería contactarse con John Hersey, para ver si éste se interesaba en escribir una biografía de Lemkin, una idea que Lemkin mismo propuso antes. Walsh escribió que, aunque no conocía a Hersey en persona, “estoy convencido de que le convendrá mucho más contactarse con él personalmente, utilizando su famosa habilidad para hacer conocer su punto de vista a las más diversas personas”.

⁴⁶ Cartas de editores, rollo 1, *Papeles de Lemkin*, Biblioteca Pública de Nueva York.

⁴⁷ Schnur, “Unofficial Man”, p. 45.

⁴⁸ A. M. Rosenthal, “A Man Called Lemkin”, *New York Times*, 18 de octubre de 1988, p. A31. Lemkin está sepultado en el cementerio de Mt. Hebron, de Queens, Nueva York. Su lápida reza: “Doctor Raphael Lemkin (1900-1959), Padre del Convenio sobre Genocidio”.

⁴⁹ Para 1967, 51 países adoptaron el convenio sin más, y otros 17 con reservas.

⁵⁰ Jay G. Sykes, *Proxmire*, R.B. Luce, Washington, 1972, p. 35. Wisconsin fue el lugar de origen de los primeros impuestos a los réditos y a las herencias del país, la primera ley sobre trabajo de menores y la primera ley de compensación por desempleo.

⁵¹ *Ibid.*, p. 72.

⁵² *Ibid.*, p. 90.

⁵³ “Pledge to Plead Daily for Ratification of the Genocide Treaty”, *Congressional Record*, 90 Congr., 1ª ses., 1967, pt. 1:266.

* *Golden Fleece Award*. *Fleece* significa “vellón”, pero también, en lenguaje coloquial, “despellejar, cometer usura extrema”. [T.]

⁵⁴ William Proxmire, *The Fleecing of America*, Houghton Mifflin, Boston, 1980, pp. 6-7.

⁵⁵ Proxmire le reconoció el mérito a Jacob Javits (republicano por Nueva York) por mantener el asunto “al rojo vivo” en la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado durante sus 24 años como senador. “Jacob Javits: A Superb Senator”, *Congressional Record*, 99 Congr., 2ª ses., 1986, 132, pt. 27:4123.

⁵⁶ “International Convention on the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide”, *Congressional Record*, Senado, 99 Congr., 2ª ses., 1986, 132 S 1355, pt. 2:2331.

⁵⁷ *Ibid.*, 90 Congr., 2ª ses., 1968, 114, pt. 21:27918.

⁵⁸ Dan Jacobs, *The Brutality of Nations*, Knopf, Nueva York, 1987.

⁵⁹ “Dissent from US Policy Toward East Pakistan”, cónsul general estadounidense, Dacca, al secretario de Estado Henry Kissinger, 6 de abril de 1971, citado en Lawrence Lifschultz, *Bangladesh: The Unfinished Revolution*, Zed Press, Londres, 1979, pp. 158-159.

⁶⁰ *Congressional Record*, 92 Congr., 2ª ses., 1972, 118, pt. 12:15091.

⁶¹ Véase René Lemarchand, *Burundi: Ethnic Conflict and Genocide*, Woodrow Wilson Center Press, Washington, 1996.

⁶² Roger Morris, *Uncertain Greatness: Henry Kissinger and American Policy*, Harper & Row, Nueva York, 1977, p. 267. En el otoño de 1972 se suspendió un programa de 100 000 dólares de ayuda a Burundi, pero se volvió a otorgar sin demora después de que se descubriera ahí un depósito de níquel de 14 000 millones y los agentes de Kennecott, Bethlehem Steel y American Metals Climax comenzaron a presionar al Departamento de Estado a estrechar vínculos para influir en la “disposición final” del níquel.

⁶³ Korey, *An Epitaph for Raphael Lemkin*, p. 89.

⁶⁴ *Congressional Record*, 92 Congr., 2ª ses., 1972, 118, pt. 16:20593.

⁶⁵ *Ibid.*, 90 Congr., 1ª ses., 1967, 113, pt. 1:876.

⁶⁶ *Ibid.*, pt. 1:1197.

⁶⁷ 95 Congr., 1ª ses., 1977, 123, pt. 2:2601.

⁶⁸ 90 Congr., 1ª sesión, 1967, 113, pt. 3:3680.

¹ “Khmer Rouge Troops Enter Phnom Penh”, *Washington Post*, 15 de abril de 1975, p. A1.

² Sydney H. Schanberg, *The Death and Life of Dith Pran*, Penguin, Nueva York, 1985, p. 26. El nuevo régimen estableció lo que llamó la República de Kampuchea Democrática.

³ David Chandler, *Voices from S-21: Terror and History in Pol Pot's Secret Prison*, University of California Press, Berkeley, 1999, p. 32, que cita a John Bryan Starr y a Nancy Dyer (eds.), *Post Liberation Works of Mao Zedong: Bibliography and Index*, Center for Chinese Studies, Berkeley, 1976, p. 173.

⁴ William Shawcross, *Sideshow: Kissinger, Nixon, and the Destruction of Cambodia*, ed. rev. Simon y Schuster, Nueva York, 1987, p. 362.

⁵ François Ponchaud, *Cambodia, Year Zero*, Penguin, Nueva York, 1978, pp. 11-13.

⁶ Según fuentes oficiales estadounidenses y sudvietnamitas, también murieron unos 4 954 soldados sudvietnamitas, 58 373 de Vietnam del Norte y 14 300 civiles. Citado en Don Oberdorfer, *Tet!*, Doubleday, Nueva York, 1971, p. v.

⁷ El 16 de marzo de 1968, el teniente William Calley llevó la Compañía Charlie a la aldea de My Lai, Vietnam. Calley les dijo a sus hombres el día anterior que todos los aldeanos eran partidarios del enemigo, y todos los niños, futuros vietcong. Aunque ningún aldeano disparó sobre los soldados estadounidenses, éstos incendiaron todas las casas, escalaron o destriparon a los aldeanos, y violaron a mujeres y niñas o, si estaban embarazadas, abrieron sus vientres. Los ametrallaron y pasaron por las bayonetas a docenas de aldeanos. Cuatro horas después de llegar la Compañía Charlie había 500 vietnamitas muertos. Michael Bilton y Kevin Sim, *Four Hours in My Lai*, Viking Press, Nueva York, 1992, p. 21.

⁸ Shawcross, *Sideshow*, pp. 19-27; Walter Isaacson, *Kissinger: A Biography*, Simon y Schuster, Nueva York, 1992, p. 176.

⁹ Tad Szulc, *The Illusion of Peace: Foreign Policy in the Nixon Years*, Viking Press, Nueva York, 1978, p. 54.

¹⁰ “Transcript of President's Address to the Nation on Military Action in Cambodia”, *New York Times*, 1 de mayo de 1970, p. 2. Nixon explicó en público la escalada en Camboya al mismo tiempo que bajaba en Vietnam: “Si esos vietnamitas no estuvieran en Camboya, estarían en otra parte matando estadounidenses. Esa inversión de 250 millones de dólares en armas ligeras para ayudar a Camboya a que se defienda de un agresor extranjero —esto no es una

guerra civil, no tiene ningún aspecto de guerra civil— [...] los dólares que enviamos a Camboya salvan vidas estadounidenses y nos permite traer a estadounidenses de vuelta a casa [sic]”. “The President’s News Conference of December 10, 1970”, *The Nixon Presidential Press Conferences*, Earl M. Coleman Enterprises, Nueva York, 1978, p. 224.

¹¹ Isaacson, *Kissinger*, p. 638.

¹² 1 850 millones de dólares representan la suma total de la ayuda militar y económica al régimen de Lon Nol mientras estuvo en el poder; Shawcross, *Sideshow*, p. 350; “The President’s News Conference of November 12, 1971”, *The Nixon Presidential Press Conferences*, Earl M. Coleman Enterprises, Nueva York, 1978, p. 224.

¹³ Elizabeth Becker, *When the War Was Over: Cambodia and the Khmer Rouge Revolution*, Public Affairs, Nueva York, 1998, p. 99. Pol Pot estudió en la Escuela Técnica de Phnom Penh y se especializó en carpintería. Viajó a París en 1949 para estudiar electrónica, pero no aprobó los exámenes de ingreso a la universidad y, en 1953, regresó a Phnom Penh, donde se forjó una reputación de periodista de izquierda. Al ser uno de los 34 disidentes denunciados públicamente por Sihanouk en 1963, tuvo que huir al campo.

¹⁴ James Pringle, “Sihanouk Adapts to ‘Austere Life’”, *Washington Post*, 18 de julio de 1973, p. A18.

¹⁵ El corresponsal del *New York Times* Henry Kamm recuerda su encuentro con el Primer Batallón de Comandos de la Profesión Docente, una chusma de 474 maestros de escuela que llevaba armas jamás disparadas. Cada uno recibía ocho cartuchos y era enviado al frente. Henry Kamm, *Report from a Stricken Land*, Arcade, Nueva York, 1998, pp. 66-67.

¹⁶ Ben Kiernan, “The American Bombardment of Kampuchea, 1969-1973”, *Vietnam Generation*, vol. 1, núm. 1, invierno de 1989, pp. 4-41. En los últimos seis meses de bombardeo, Estados Unidos tiró 250 000 toneladas (comparadas con las 160 000 toneladas tiradas en Japón durante la segunda Guerra Mundial); Isaacson, *Kissinger*, p. 636. Kissinger jamás reconoció públicamente ninguna fechoría estadounidense en Camboya. En 1991 dijo: “Los periodistas siguen diciendo ‘bombardean Camboya’. Bombardeábamos a cuatro divisiones vietnamitas que mataban a 500 estadounidenses por semana”; citado por Ben Kiernan, *The Pol Pot Regime: Race, Power, and Genocide in Cambodia Under the Khmer Rouge, 1975-1979*, Yale University Press, New Haven, 1996, p. 24.

¹⁷ Aunque se desconocen las cifras exactas, según Kiernan, la evidencia de sobrevivientes de muchas partes de Camboya sugiere que el bombardeo causó “por lo menos decenas de miles de muertes, entre 50 000 y 150 000”; Kiernan, “The American Bombardment of Kampuchea”, p. 32.

¹⁸ Jamie Frederic Metzl, *Western Responses to Human Rights Abuses in Cambodia, 1975-1980*, St. Martin's Press, Nueva York, 1996, p. 6.

¹⁹ Kiernan, *op. cit.*, pp. 21-22, menciona una entrevista con el periodista Bruce Palling y el misionero católico François Ponchaud en París, enero de 1982.

²⁰ “Ousted Cambodian Premier Speaks Out”, *New York Times*, 24 de marzo de 1973, p. 3.

²¹ Kenneth Quinn, “The Khmer Krahom Program to Create a Communist Society in Southern Cambodia”, 20 de febrero de 1974.

²² Elizabeth Becker, “Who Are the Khmer Rouge?”, *Washington Post*, 10 de marzo de 1974, p. B1.

²³ En noviembre de 1974, James Fenton, colega de Becker, escribió para el *Washington Post* desde apenas adentro de la frontera vietnamita. Unos 40 000 camboyanos llegaron ahí después de huir de territorio bajo control de los khmer. Transmitió afirmaciones de los refugiados de que en las zonas KR se llevaba a cabo una “acelerada transformación por la fuerza que afecta todos los aspectos de la vida, desde las leyes del matrimonio hasta el mismo idioma khmer”. “Reconstrucción”, dijo Fenton, fue una de las palabras con que se daba una idea del tratamiento que le aguardaba a cualquier hombre que violara las leyes KR comenzando un amorío ilícito. James Fenton, “Cambodia: Communism Alters Lifestyle”, *Washington Post*, 24 de noviembre de 1974, p. K1.

²⁴ Elizabeth Becker, “Cambodians Fear Rebel Drive for Seat at U.N.”, *Washington Post*, 23 de abril de 1974, p. A18.

²⁵ Sylvana Foa, “Sihanouk Recalled Fondly in Cambodia”, *Washington Post*, 14 de agosto de 1974, p. A6.

²⁶ Metzl, *Western Responses*, p. 9.

²⁷ Según Elizabeth Becker, oficialmente murió medio millón del lado de Lon Nol en la guerra, mientras que se hablaba de 600 000 muertos en las zonas KR: *When the War Was Over*, p. 170. Un informe demográfico de la CIA sobre Camboya calcula entre 600 000 y 700 000 las “muertes por causa de la guerra” durante la guerra civil entre los KR y el gobierno de Lon Nol. Centro Nacional de Cálculos Exteriores, CIA, *Kampuchea: A Demographic Catastrophe*, Document

Expediting [DOCEX], Project, Exchange, and Gift Division, Library of Congress, Washington, 1980, p. 2.

²⁸ Ponchaud, *Year Zero*, p. 2.

²⁹ Jacques Leslie, "Phnom Penh Civilians Fatalistic; Rockets Fail as a Political Strategy", *Los Angeles Times*, 30 de marzo de 1975, sec. 1, p. 10.

³⁰ Sydney H. Schanberg, "The Enigmatic Cambodian Insurgents: Reds Appear to Dominate Diverse Bloc", *New York Times*, 13 de marzo de 1975, p. A1.

³¹ Schanberg fue evacuado en uno de los dos últimos convoyes el 30 de abril, pero su anterior asistente, Dith Pran, se quedó allí para enfrentarse a la ira del KR. En un relato revivido en la ganadora del Oscar de 1984, *Killing Fields*, dirigida por Roland Joffe, Schanberg, a quien atormentaba el sentimiento de culpa por no salvar a Pran, pasó gran parte de los siguientes tres años tratando de ubicar a su colega y amigo. Cuando los dos se reunieron milagrosamente en la frontera tailandesa en 1980, Schanberg le pidió perdón por no refugiar a Pran en la embajada francesa. Pran respondió, apretándole la mano a Schanberg: "No, no, no es así. No hay nada que perdonar. Los dos tomamos una decisión. Los dos decidimos quedarnos, ninguno forzó al otro. Hiciste todo lo que pudiste para retenerme, pero no funcionó. No fue culpa tuya. Nos quedamos porque no creímos en un baño de sangre. Fuimos tontos. Pensamos que habría reconciliación. ¿Pero quién habría pensado que los Khmer Rouge serían tan brutales?" Schanberg, *The Death and Life of Pran*, p. 61.

³² Metzl, *Western Responses*, p. 11.

³³ *Ibid.*, citando "Cambodia Fact Sheets", Consejo de Seguridad Nacional, Sven Kramer a Bill Kendall, 17 de marzo de 1975, caja 5, Archivo (1), de Vietnam, Biblioteca Gerald Ford, Ann Arbor, Michigan.

³⁴ *Congressional Record*, 94 Congr., 1ª ses., 1975, 121, pt. 7:8796.

³⁵ Sydney H. Schanberg, "Indochina Without Americans: For Most, a Better Life", *New York Times*, 13 de abril de 1975, sec. 4, p. 1.

³⁶ Audiencias Ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Cámara de Diputados, 94 Congr., 1ª ses., 1975, p. 298.

³⁷ *Ibid.*, pp. 299-300. En su entrega escrita, la diputada Abzug recomendó: "El secretario Kissinger debería dedicar sus talentos a este asunto". Véase p. 302.

³⁸ *Congressional Record*, 94 Congr., 1ª ses., 1975, 121, pt. 6:7902.

³⁹ "Cambodian Aid: Administration's Choice", *Washington Post*, 17 de marzo de 1975. Al intensificarse el debate acerca del baño de sangre, el debate se

convirtió en una historia por derecho propio. Dos semanas antes de caer Phnom Penh en manos comunistas, el *New York Times* publicó un artículo llamado “The Cambodian Bloodbath Debate” en que el periodista Donald Kirk señalaba que “el debate parece un griterío en que uno acusa a otro de mentiroso, y ninguno tiene la evidencia final para hacer valer su punto de vista”. Donald Kirk, “The Cambodian Bloodbath Debate”, *New York Times*, 5 de abril de 1975, p. 9.

⁴⁰ Jean-Jacques Cazaux, “Gathering of the Conquered: Lon Nol’s Brother Led Surrender in Phnom Penh”, *Washington Post*, 9 de mayo de 1975, p. A22.

⁴¹ Lewis M. Simons, “Khmer Rouge: Victors’ Incongruities Begin with Sihanoul”, *Washington Post*, 18 de abril de 1975, p. A14.

⁴² Tom Mathews, Harry Rolnick y Lloyd Norman, “We Beat the Americans”, *Newsweek*, 5 de mayo de 1975, p. 34.

⁴³ Los funcionarios de la embajada francesa segregaron a los ocupantes. A unos 800 occidentales que se reunieron ahí se les permitía entrar a los cuatro edificios de la embajada, mientras que a los aproximadamente 500 camboyanos y otros asiáticos se les obligó a acampar en el pasto, afuera. Schanberg, *The Death and Life of Dith Pran*, p. 28.

⁴⁴ Kim Willenson y Paul Brinkley-Rogers, “Cambodia’s Purification”, *Newsweek*, 19 de mayo de 1975, pp. 30-36; Jean-Jacques Cazaux y Claude Juvenal, “Khmer Rouge Acts to ‘Purify’ Nation”, *Washington Post*, 9 de mayo de 1975, pp. A1, A16.

⁴⁵ Sydney H. Schanberg, “Cambodia Reds Are Uprooting Millions as They Impose a ‘Peasant Revolution’”, *New York Times*, 9 de mayo de 1975, p. A1. Cursivas mías.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. A1, A15.

⁴⁷ Cazaux y Juvenal, “Khmer Rouge Acts to ‘Purify’ Nation”.

⁴⁸ Schanberg, “Cambodia Reds Are Uprooting Millions”.

⁴⁹ Jack Anderson y Les Whitten, “Cambodia: Most Brutal Dictatorship”, *Washington Post*, 21 de julio de 1977, p. D15.

⁵⁰ Comisión de Relaciones Internacionales de Diputados, *The Vietnam-Cambodia Emergency, 1975, Part I: Vietnam Evacuation and Humanitarian Assistance: Hearings Before the Committee on International Relations on H.R. 5960 (To Clarify Restrictions on the Availability of Funds for Use of United States Forces in Indochina), and H.R.5961 (To Authorize Additional Economic Assistance for South Vietnam)*, 94 Congr., 1ª ses., 18 de abril de 1975, p. 152.

⁵¹ Schanberg, “Cambodia Reds Are Uprooting Millions”.

⁵² “‘Blood bath’ in Cambodia”, *Newsweek*, 12 de mayo de 1975, p. 27. “Cambodian Officers, Wives Reported Slain by Khmer Rouge”, *Washington Post*, 6 de mayo de 1975, p. A14.

⁵³ Jack Anderson y Les Whitten, “Reports Hint ‘Blood Debt’ Being Paid”, *Washington Post*, 12 de mayo de 1975, p. C25. Los dos columnistas denunciaron insistentemente las atrocidades de los KR, pero al mismo tiempo reconocían su falta de certeza. En una columna del 4 de junio de 1975 escribieron que los KR “podrían ser culpables de genocidio contra su propio pueblo” y mencionaron que tres millones de camboyanos fueron expulsados de sus hogares, pero también reconocieron que los informes interceptados eran “esporádicos y fragmentarios”. Sus fuentes dijeron: “Ni siquiera hay pruebas de que las cifras de muertos lleguen a los 80”, cantidad que Ford citó a principios de mayo. Jack Anderson y Les Whitten, “What Befell 3 Million Cambodians?”, *Washington Post*, 4 de junio de 1975, p. F11.

⁵⁴ “Kissinger Sees Atrocity in Events in Cambodia”, *New York Times*, 14 de mayo de 1975, p. 5.

⁵⁵ Willenson y Brinkley-Rogers, “Cambodia’s Purification”.

⁵⁶ Nuon Chea a un periodista danés, citado en Laura Summers, “The CPK: Secret Vanguard of Pol Pot’s Revolution”, *Journal of Communist Studies*, vol. 3, núm.1, marzo de 1987, p. 11, citado en Chandler, *Voices from S-21*, p. 16.

⁵⁷ “Winner Seen in Struggle for Top Cambodian Post”, *Washington Post*, 26 de septiembre de 1977, p. A21.

⁵⁸ Lewis Simons, “Cambodian Leader Moves to Counter Image of Brutality”, *Washington Post*, 30 de septiembre de 1977, p. A20.

⁵⁹ Ponchaud, *Year Zero*, p. 50.

⁶⁰ Shawcross, *Sideshow*, p. 56.

⁶¹ Metzl, *Western Responses*, p. 31. El interés de Estados Unidos en Camboya se intensificó en mayo de 1975 por la amenaza a las vidas de *estadunidenses* en la cuestión *Mayaguez*. El 12 de mayo la marina camboyana capturó al *USS Mayaguez* a 60 millas de la costa camboyana y se acusó a la tripulación de espionaje. Dos días más tarde, 250 infantes de marina estadounidenses atacaron la isla de Koh Tang, donde se pensaba que estaba la tripulación prisionera. Aviones estadounidenses también bombardearon una pista de aterrizaje cercana y destruyeron 17 aviones y la refinería de petróleo camboyana. La cobertura

periodística de este hecho eclipsó los informes de atrocidades durante el mes de mayo. El ataque se veía al principio como una exhibición de valentía estadounidense, un testamento crucial de la decisión de Estados Unidos y una forma de revivir la credibilidad estadounidense en la región. Evidenciaba, en palabras de Henry Kissinger, que quedaban “límites más allá de los cuales no se puede presionar a Estados Unidos”. Al final, debido a que el ataque dejó a 38 soldados estadounidenses muertos (al principio sólo se reconocieron dos bajas) y tres helicópteros destruidos, se criticó al gobierno de Ford por su mal manejo del asunto. Peter Goldman, Thomas M. DeFrank, Henry W. Hubbard y Bruce von Vorst, “Ford’s Rescue Operation”, *Newsweek*, 26 de mayo de 1975, pp. 18-27, y Ralph Wetterhahn, *The Last Battle: The Mayaguez Incident and the End of the Vietnam War*, Carroll and Graf, Nueva York, 2001.

⁶² Metzl, *Western Responses*, pp. 51, 91.

⁶³ William C. Adams y Michael Joblove, “The Unnewsworthy Holocaust: T.V. News and Terror in Cambodia”, en William C. Adams (ed.), *Television Coverage of International Affairs*, Ablex, Norwood, N.J., 1982, p. 224.

⁶⁴ “Cambodia’s Crime...”, *New York Times*, 9 de julio de 1975, p. A36.

⁶⁵ Véase Adams y Joblove, “The Unnewsworthy Holocaust”, pp. 217-226.

⁶⁶ “Cambodia Executions Confirmed”, *Washington Post*, 2 de noviembre de 1975, p. A11.

⁶⁷ En los primeros meses de gobierno de los KR, cientos de refugiados que escaparon a Tailandia decidieron volver a Camboya, esperando trabajo forzado y adoctrinamiento comunista, pero ansiando reunirse con sus familias. Nada más se supo de ellos, salvo de unos cuantos.

⁶⁸ Bruce Palling, “Refugees: Life Harsh in Cambodia”, *Washington Post*, 13 de julio de 1975, p. A1.

⁶⁹ Dan Morgan, en “Deaths in Cambodia Laid to U.S. Policy”, *Washington Post*, 30 de septiembre de 1975, p. A14, cita el informe de la organización sin fines de lucro Indochina Resource Center, “The Politics of Food: Starvation and Agricultural Revolution in Cambodia”.

⁷⁰ Metzl, *Western Responses*, p. 56; Noam Chomsky y Edward S. Herman, “Distortions at Fourth Hand”, *Nation*, 25 de junio de 1977, pp. 789-794.

⁷¹ Amnistía Internacional, *Amnesty International: Annual Report, 1974/75*, Amnesty International Publications, Londres, 1975, p. 86.

⁷² Amnistía Internacional, *Amnesty International: Annual Report, 1975/76*,

Amnesty International Publications, Londres, 1976, pp. 137-138.

⁷³ Departamento de Investigaciones Asiáticas a los Grupos de Coordinación de Secciones Nacionales para el este y sudeste asiático, Amnistía Internacional, ASA/23/01/77, 3 de marzo de 1977; citado en Metzl, *Western Responses*, pp. 63-64.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 82-83. La Comisión Internacional de Juristas también exigió evidencia irrefutable antes de censurar públicamente a los Khmer Rouge.

⁷⁵ Ben Kiernan, “Cambodia and the News, 1975-1976”, *Melbourne Journal of Politics*, diciembre de 1976/enero de 1977, p. 6; citado en Metzl, *Western Responses*, p. 53.

⁷⁶ Lewis Simons, “Disease, Hunger Ravage Cambodia as Birthrate Falls”, *Washington Post*, 22 de julio de 1977, p. A16. Simons cita a un diplomático europeo que no ponía en duda la brutalidad KR, pero dijo: “Ahora parece que quizá no hayan sido ejecutados más que 200 000. Por lo que sabemos del tamaño de las fuerzas armadas de los KR [en ese entonces calculado en 80 000], simplemente no existe el mecanismo para ejecuciones a escala mayor”.

⁷⁷ Shawcross, *Sideshow*, p. 47.

⁷⁸ Los cálculos del número de camboyanos reunidos en la frontera tailandesa variaban. Para julio de 1975 había unos 7 000; ese número se duplicó en los años siguientes, pero la mayoría de los camboyanos estaban atrapados en el país.

⁷⁹ Elizabeth Becker, *When the War Was Over*, p. 141.

⁸⁰ Seath K. Teng, “The Death of Childhood”, en Dith Pran (comp.) y Kim DePaul (ed.), *Children of Cambodia’s Killing Fields: Memoirs by Survivors*, Yale University Press, New Haven, 1997, pp. 157-158.

⁸¹ A mediados de 1976, terminada la purga inicial de los funcionarios civiles y militares afiliados a Lon Nol, el KR, según palabras de Becker, “volvió la atención de eliminar la burguesía a eliminar las tendencias burguesas del partido”. Elizabeth Becker, *When the War Was Over*, p. 274.

⁸² Savuth Penn, “The Dark Years of My Life”, en Dith Pran (comp.) y Kim DePaul (ed.), *Children of Cambodia’s Killing Fields: Memoirs by Survivors*, Yale University Press, New Haven, 1997, pp. 44-46.

⁸³ Chandler, en *Voices from S-21*, cita la traducción de David Ashley del juicio de Pol Pot en Anlong Veng el 25 de julio de 1997.

⁸⁴ Joan D. Criddle y Teeda Butt Mam, *To Destroy You Is No Loss: The Odyssey of a Cambodian Family*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1987, pp. 90-105.

⁸⁵ Chandler, en *Voices from S-21*, cita a Henri Locard, *Le petit livre rouge de Pol Pot, ou les paroles de l'Angkar*, L'Harmattan, París, 1996, p. 175.

⁸⁶ "Cambodia's Crime", *New York Times*, 9 de julio de 1975, p. 36.

⁸⁷ H. D. S. Greenway, "The New Cambodia: A Harsh, Joyless Land", *Washington Post*, 2 de febrero de 1976, pp. A1, A12.

⁸⁸ François Ponchaud, "Le Cambodge neuf mois après: I. Un travail gigantesque", *Le Monde*, 17 de febrero de 1976, pp. 1, 4; y François Ponchaud, "Le Cambodge neuf mois après: II. Un nouveau type d'homme", *Le Monde*, 18 de febrero de 1976, p. 2.

⁸⁹ "Pickaxe Executions by Khmer Rouge Alleged", *Times*, Londres, 23 de abril de 1976, p. 7; y "Un réfugié affirme avoir participé 'à l'exécution de cinq mil personnes'", *Le Monde*, 23 de abril de 1976, p. 3.

⁹⁰ "The Khmer Rouge: Rampant Terror", *Time*, 19 de abril de 1976, p. 65.

⁹¹ Ann Mariano, "Forced Cambodia Labor Depicted", *Washington Post*, 8 de abril de 1977, p. A12. Fue hasta marzo de 1978 cuando entró en Camboya la primera "delegación" de periodistas yugoslavos; David A. Andelman, "Yugoslavs, After Rare Tour, Tell of a Primitive Cambodia", *New York Times*, 24 de marzo de 1978, p. A2. Incluso entonces tuvieron que preguntarle al líder KR: "¿Quién es usted, camarada Pol Pot?" Kiernan, *The Pol Pot Regime*, p. 9. "Aunque restringidos por las convenciones de la fraternidad comunista [...] en sus despachos", un periodista yugoslavo le dijo confidencialmente al columnista del *New York Times*, Henry Kamm, que el grupo se sintió "apabullado por mucho de lo que vio" en Camboya; Henry Kamm, "Cambodian Refugees Depict Growing Fear and Hunger", *New York Times*, 13 de mayo de 1978, p. A1.

⁹² Elizabeth Becker, *When the War Was Over*, p. 375.

⁹³ En 1976 Twining envió cables que documentaban en detalle los traslados de la población, relatos de refugiados individuales acerca de ejecuciones, los efectos de la enfermedad y la estructura del régimen Khmer Rouge.

⁹⁴ Véase Metzl, *Western Responses*, p. 62, que cita el secretario de Estado a las embajadas, 8 de junio de 1976. El secretario había "hablado claro al público" apenas en abril de 1975, justo después de la toma de poder del régimen.

⁹⁵ *Congressional Record*, 95 Congr., 2ª ses., 1978, 124, pt. 25:33873.

⁹⁶ *Ibid.*, pt. 26:34655.

⁹⁷ Comisión Social del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (UNESCO), sesión 62ª, resumen de la reunión 811ª, 4 de mayo de 1977,

E/AC.7/SR.811, 6 de mayo de 1977, p. 7, citada en Metzl, *Western Responses*, pp. 87-88.

⁹⁸ La Comisión de Derechos Humanos de la ONU estaba muy politizada y era ineficaz. El dictador Idi Amín, de Uganda, había desviado la discusión o la crítica de su régimen durante cuatro años porque era el jefe de la Organización para la Unidad Africana. El foro había degenerado en un escenario para denunciar sólo a Israel, Sudáfrica y los colonizadores occidentales.

⁹⁹ David Hawk, "Pol Pot's Cambodia: Was It Genocide?", *Toward the Understanding and Prevention of Genocide: Proceeding of the International Conference on the Holocaust and Genocide*, Westview Press, Boulder, Co., 1984, p. 52.

¹⁰⁰ *Human Rights in Cambodia*, Audiencia ante la Subcomisión de Organizaciones Internacionales, de la Comisión de Relaciones Exteriores, Cámara de Diputados, 95 Congr., 1ª ses., 26 de julio de 1977, p. 15.

¹⁰¹ Carta de Ieng Sary a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, Ginebra, abril de 1978.

¹⁰² Shawcross, *Sideshow*, pp. 61-62.

¹⁰³ George McArthur, "China Reportedly Ships Arms to Cambodia", *Los Angeles Times*, 3 de marzo de 1978, sec. 1, p. 24; Henry Kamm, "Indochina Fighting Breaks out Again", *New York Times*, 18 de mayo de 1978, p. A9; Bates Gill y J.N. Mak (eds.), *Arms, Transparency and Security in South-East Asia*, informe de investigación núm. 13 del Instituto Investigador para la Paz Internacional de Estocolmo, Oxford University Press, Nueva York, 1997, p. 103.

¹⁰⁴ Zbigniew Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1985, p. 199.

¹⁰⁵ "Human Rights Violations in Cambodia", p. 18618.

¹⁰⁶ *Human Rights in Cambodia*, Audiencia ante la Subcomisión de Organizaciones Internacionales, de la Comisión de Relaciones Exteriores, Cámara de Diputados, 95 Congr., 1ª ses., 3 de mayo de 1977, pp. 19, 35.

¹⁰⁷ Las primeras cinco de estas columnas fueron escritas por Jack Anderson y Les Whitten entre junio de 1975 y fines de 1977. Jack Anderson escribió otras diez columnas sobre Camboya en el transcurso de 1978.

¹⁰⁸ Jack Anderson y Les Whitten, "Cambodia: Most Brutal Dictatorship", *Washington Post*, 21 de julio de 1977, p. D15.

¹⁰⁹ Jack Anderson y Les Whitten, "Human Rights Effort Losing Its Zeal",

Washington Post, 30 de noviembre de 1977, p. B15.

¹¹⁰ Jack Anderson, “In Cambodia: Obliterating a Culture”, *Washington Post*, 2 de mayo de 1978, p. B12.

¹¹¹ Jack Anderson, “Cambodia: A Modern-Day Holocaust”, *Washington Post*, 3 de mayo de 1978, p. E10.

¹¹² “Out of the Silence”, *Economist*, 10 de septiembre de 1977, p. 131.

¹¹³ William Safire, “Silence Is Guilt”, *New York Times*, 24 de abril de 1978, p. A23.

¹¹⁴ “The Cambodian Holocaust”, *Congressional Record*, 95 Congr., 2ª ses., 1978, 124, pt. 10:13508. Véase también Stephen Solarz (demócrata por Nueva York), “The Human Rights Problem in Cambodia”, *Congressional Record*, 95 Congr., 2ª ses., 1978, 124, pt. 12:16020; diputado James Mattox (demócrata por Texas), “Cambodia: The Worst Human Rights Violator”, *Congressional Record*, 95 Congr., 2ª ses., 1978, 124, pt. 11:15131; senador George McGovern (demócrata por Dakota del Sur), “A Question of Conscience and Civilization”, *Congressional Record*, 95 Congr., 2ª ses., 1978, 124, pt. 21:27755-27757.

¹¹⁵ *Congressional Record*, 95 Congr., 2ª ses., 1978, 124, pt. 27:35961.

¹¹⁶ *Human Rights in Cambodia*, 26 de julio de 1977, pp. 2, 23.

¹¹⁷ *Ibid.*, pp. 15-16.

¹¹⁸ Jack Anderson, “In Cambodia: Obliterating a Culture”, *Washington Post*, 2 de mayo de 1978, p. B12.

¹¹⁹ Adams y Joblove, “The Unnewsworthy Holocaust”, p. 221. La primera descripción se empleó en el noticiero de NBC del 8 de julio de 1975; las otras dos cifras se dieron en el noticiero de CBS del 21 de agosto de 1978, y el de NBC del 21 de septiembre.

¹²⁰ Smith Hempstone, “The Need to Bear Witness to Cambodia’s Holocaust”, *Washington Post*, 7 de mayo de 1978, p. C5.

¹²¹ “Human Rights Violations in Cambodia”, 21 de abril de 1978, *Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter, 1978*, t. 2, GPO, Washington, 1979, pp. 767-768.

¹²² Amnistía Internacional, *Amnesty International Report, 1978*, Amnesty International Publications, Londres, 1978, p. 169.

¹²³ Merece observarse que la capacidad de la organización creció notablemente en los tres años anteriores. Entre 1975 y 1978, sus gastos aumentaron a aproximadamente 1 130 000 dólares (equivalente a unos 3 200 000 de 1999), un

incremento real de 225% comparado con 1975.

¹²⁴ Amnistía Internacional, *Allegations of Human Rights Violations in Democratic Kampuchea*, declaración dirigida a la Subcomisión para la Prevención de la Discriminación y la Protección de Minorías de la ONU, agosto de 1978.

¹²⁵ Presentación de Estados Unidos a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, 6 de julio de 1978; citado en Metzl, *Western Responses*, p. 85.

¹²⁶ George McGovern, “America in Vietnam”, en Patrick J. Hearden (ed.), *Vietnam: Four American Perspectives*, Purdue University Press, West Lafayette, Ind., 1990, p. 24.

¹²⁷ Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, *Hearing on the Current Situation in Indochina*, 95 Cong., 2ª ses., 1978, p. 24.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 23.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 29.

¹³⁰ William F. Buckley Jr., “Cambodia—Our Sinful Sloth”, *Los Angeles Times*, 16 de septiembre de 1977, sec. 2, p. 7.

¹³¹ Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, *Hearing on the Current Situation in Indochina*, 95 Cong., 2ª ses., 1978, pp. 25-26.

¹³² *Ibid.*, pp. 26, 33.

¹³³ *Ibid.*, p. 30.

¹³⁴ Don Oberdorfer, “McGovern and Cambodia: ‘Old Shock Technique’”, *Washington Post*, 26 de agosto de 1978, p. A8.

¹³⁵ McGovern se enlistó a los 19 años, después del bombardeo de Pearl Harbor, pero dice que creía, incluso entonces, que al que había que parar era a Hitler: “Siempre me causaba sorpresa, después de la guerra, oír decir a la gente que no sabía nada de los crímenes de Hitler, cuando me acuerdo perfectamente de haber leído de ellos antes de Pearl Harbor. Hubo informes por lo menos lo bastante prominentes para llamar la atención de un estudiante de preparatoria”. McGovern voló en 35 misiones de bombardeo en Europa y ganó la Cruz de Distinción Aérea.

¹³⁶ *Facts on File*, 1 de septiembre de 1978, p. 659.

¹³⁷ Oberdorfer, “McGovern and Cambodia: ‘Old Shock Technique’”.

¹³⁸ Robert Kaiser, “Press U.N. on Cambodia, 80 Senators Urge Vance”, *Washington Post*, 13 de octubre de 1978, p. A10.

¹³⁹ Los senadores al secretario de Estado Cyrus Vance, 12 de octubre de 1978.

El informe estadounidense incluía extractos de entrevistas a refugiados camboyanos en la frontera tailandesa, extractos de 12 informes anteriores de la embajada de Estados Unidos en Bangkok, la afirmación de Carter a Oslo, las declaraciones de Christopher en enero, transcripciones de las audiencias del Congreso y dos resoluciones de diputados condenando Camboya, y copias completas de *Year Zero* de Ponchaud y *Murder of a Gentle Land: The Untold Story of a Communist Genocide in Cambodia*, Reader's Digest Press, Nueva York, 1977. El caso íntegro —997 páginas en total— se presentó formalmente a la Subcomisión para la Prevención de la Discriminación y la Protección de Minorías, de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, E/CN.4/Sub.2/414, 14 de agosto de 1978; citado en Metzl, *Western Responses*, pp. 115-118.

¹⁴⁰ John Sharkey, "Vietnam, Cambodia Exchange Bitter Charges", *Washington Post*, 1 de enero de 1978, p. A8; David Binder, "Vietnam Holds Cambodian Region After Bitter Fight, U.S. Aides Say", *New York Times*, 4 de enero de 1978, pp. A1, A6.

¹⁴¹ Elizabeth Becker, "Cambodia Offers to Open Borders to Westerners", *Washington Post*, 14 de octubre de 2001, p. A1.

¹⁴² En un lugar encontraron niños trabajando como obreros de una fábrica, a quienes Becker reconoció de inmediato como los mismísimos que se filmaron en un documental preparado antes por los periodistas yugoslavos.

¹⁴³ Elizabeth Becker, *When the War Was Over*, p. 406.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 409.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 426.

¹⁴⁶ Este intento fracasó sobre todo porque Estados Unidos no estaba del todo listo para la reconciliación, pero también a raíz de la insistencia de Hanoi en pedir compensaciones por la guerra y por su falta de rendición de cuentas acerca de los soldados estadounidenses perdidos en acción.

¹⁴⁷ Embajada de Estados Unidos en Bangkok al secretario de Estado Cyrus Vance, 18 de agosto de 1979; citado en Metzl, *Western Responses*, pp. 123-124.

¹⁴⁸ Elizabeth Becker, *When the War Was Over*, p. 394.

¹⁴⁹ Era imposible verificar el número de muertos, dado que el último censo nacional en Camboya se realizó en 1962. El historiador de Yale Ben Kiernan calculó 1 700 000 muertos; Craig Etcheson, del Centro de Documentación Camboyana, cree que murieron más de dos millones durante el gobierno de los KR, más de la mitad de los cuales tal vez fueron ejecutados. Para agosto de 2001,

el centro había identificado a más de 1 100 000 víctimas de ejecuciones, y aún no se estudiaba a casi un cuarto de los subdistritos de Camboya.

¹⁵⁰ La *s* es por *sala*, y 21 era el código numérico de *santebal*, una palabra khmer que significa “policía de seguridad”. Chandler, *Voices from S-21*, p. 3.

¹⁵¹ Incluido uno a quien se le perdonó porque se ocupaba del mantenimiento del equipo electrógeno de la prisión, otro que pintaba los retratos de Pol Pot, y un tercero que esculpió su busto.

¹⁵² Hurst Hannum, “International Law and Cambodian Genocide: The Sounds of Silence”, *Human Rights Quarterly*, vol. 11, núm. 1, febrero de 1989, p. 91.

¹⁵³ Las instrucciones todavía pueden verse en el Museo Tuol Sleng, Phnom Penh, Camboya.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 130.

¹⁵⁵ “Pro-Vietnam Journalist Cites Cambodian Torture”, *Washington Post*, 11 de mayo de 1979, p. A23. Algunos de los artículos de primavera y verano de 1979 tenían reservas acerca de los informes sobre atrocidades, ya sea al mencionar que la fuente de información era Vietnam o periodistas con simpatías comunistas, o que había pocos testigos presenciales en las escenas de las atrocidades mencionadas. Véase, por ejemplo, Henry Kamm, “Chinese Invasion Overshadows Cambodia’s Plight”, *New York Times*, 4 de marzo de 1979, p. 11; “Cambodia Situation Unclear”, *New York Times*, 27 de marzo de 1979, p. A3; “Vietnam Reports Discovery of Cambodian Mass Graves”, *New York Times*, 3 de abril de 1979, p. A5; y “Vietnam Says the Pol Pot Forces Beat 26 000 Prisoners to Death”, *New York Times*, 27 de julio de 1979, p. A2. Al volver a permitir el gobierno respaldado por Vietnam el ingreso de periodistas occidentales a Camboya, los informes de atrocidades se hicieron más decididos. Véase James Matlack, “Cambodia: Desolate and Devastated”, *Washington Post*, 25 de octubre de 1979, p. A1.

¹⁵⁶ Don Oberdorfer, “U.S. Accuses Hanoi, Calls for Withdrawal”, *Washington Post*, 8 de enero de 1979, pp. A1, A18.

¹⁵⁷ Véase James Dunn, “Genocide in East Timor”, en *A Century of Genocide: Eyewitness Accounts and Critical Views* de Samuel Totten, William S. Parsons, Israel W. Charny (eds.), Garland, Nueva York, 1997, pp. 264-290; Henry Kamm, “The Silent Suffering of East Timor”, *New York Times*, 15 de febrero de 1981, sec. 6, p. 35.

¹⁵⁸ Medios de comunicación británicos revelaron que comandos del Special Air

Service (SAS, Servicio Aéreo Especial), desde mediados de los años ochenta entrenaron en secreto a guerrilleros apostados en Tailandia, incluso de los KR, para oponerse al gobierno respaldado por Vietnam. Véase Simon O'Dwyer-Russell, "SAS Training Jungle Fighters", *Sunday Telegraph*, 24 de septiembre de 1989, p. 14; y Robert Karniol, "UK Trained Cambodian Guerrillas", *Jane's Defence Weekly*, 30 de septiembre de 1989, p. 629. Aunque la injerencia estadounidense no haya sido tan directa como la británica, Estados Unidos sí financió compras de material, incluyendo armas, para los aliados no comunistas del KR a través de varios países miembros de ASEAN. Véase Paul Quinn-Judge, "Asia Allies Want Open U.S. Aid for Kampuchea Guerrillas", *Christian Science Monitor*, 12 de octubre de 1984, p. 11; Elaine Sciolino, "Tainted Cambodia Aid: New Details", *New York Times*, 1 de noviembre de 1988, p. A3. Estados Unidos limitó técnicamente su ayuda a las fuerzas no comunistas de Camboya, pero el predominio de los KR sobre sus compañeros de coalición hacía que el KR fuera el probable beneficiario. Sydney Schanberg, "Needed: A Public Outcry on Cambodia", *Newsday*, edición para Nassau y Suffolk, 18 de mayo de 1990, p. 90.

¹⁵⁹ Según Richard Holbrooke, vicesecretario de Estado para asuntos del este asiático y el Pacífico, los embarques militares soviéticos a Vietnam por lo menos se cuadruplicaron de 1978 a 1979 para respaldar la ocupación vietnamita; Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, subcomisión de asuntos asiáticos y del Pacífico, 24 de marzo de 1980. Suministraron unos 2 000 millones de dólares en armamento a Hanoi, entre 1979 y 1980, y alrededor de 750 millones por año de ahí en adelante, además de 1 000 millones en ayuda económica. Nayan Chanda, *Brother Enemy: The War After the War*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1986, p. 397.

¹⁶⁰ Elizabeth Becker, *When the War Was Over*, p. 440.

¹⁶¹ John Burgess, "Khmer Rouge, Fighting to Regain Power, Admit 'Mistakes'", *Washington Post*, 10 de agosto de 1980, p. A21.

¹⁶² Daniel Burstein, "A Visit with the Khmer Rouge", *Washington Post*, 9 de marzo de 1980, p. C1.

¹⁶³ John Burgess, "Cambodia Thanks U.S. for Help at U.N.", *Washington Post*, 8 de agosto de 1980, p. A1.

¹⁶⁴ Elizabeth Becker, "Sihanouk Seeks Backing for Neutral Cambodia", *Washington Post*, 23 de febrero de 1980, p. A21.

¹⁶⁵ Junto con Estados Unidos, China, Bélgica, Ecuador, Pakistán y Senegal

votaron por continuar reconociendo el gobierno KR, mientras que la Unión Soviética, Congo, Guinea-Bissau y Panamá votaron en contra de aprobar sus credenciales. Benín, Congo, Guinea-Bissau, India, Madagascar, Sao Tomé y Príncipe, y Sierra Leona propusieron una “enmienda” al proyecto de resolución que habría mantenido vacante la banca de Camboya en la ONU, pero la Asamblea General optó por no votar sobre la medida.

¹⁶⁶ El embajador camboyano ante la ONU no fue Ieng Sary sino Thiounn Prasith, quien vive hasta la fecha en Westchester County, pese a los esfuerzos de activistas pro Camboya por hacerlo deportar.

¹⁶⁷ Debate de la Asamblea General, 34ª ses., 3ª reunión plenaria, 18 de septiembre de 1979.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 50.

¹⁶⁹ John Burgess, “Cambodia Thanks U.S. for Help at U.N.”, *Washington Post*, 8 de agosto de 1980, p. A1.

¹⁷⁰ “No Thanks”, *Washington Post*, 11 de agosto de 1980, p. A18.

¹⁷¹ “Hold Your Nose Diplomacy”, *Washington Post*, 17 de septiembre de 1980, p. A18.

¹⁷² Jack Anderson, “Pol Pot or Not?”, *Washington Post*, 14 de septiembre de 1980, p. C7.

¹⁷³ Don Oberdorfer, “U.S. to Support Pol Pot Regime for U.N. Seat”, *Washington Post*, 16 de septiembre de 1980, p. A1.

¹⁷⁴ Algunos de los individuos cuya oposición al KR podrían haber llevado a suponer que favorecerían a Vietnam, sorprendentemente instaron al apoyo a la coalición de cuatro partidos que incluía a los Khmer Rouge. El diputado Stephen Solarz fue uno de ellos. A mediados de los años ochenta inició esfuerzos en el Congreso para ayudar a la resistencia no comunista: “Lo que menos quería ver era el retorno de los Khmer Rouge, pero lo segundo que menos quería ver era una Camboya dominada por Vietnam”. Solarz sostenía que el debate en la Comisión de Credenciales, por simbólico que haya sido, era un tributo exagerado al remordimiento que muchos sentían por el terror de los KR: “El debate en la ONU fue su propio espectáculo secundario. Ya se llenara la banca, ya quedara vacía, nada tenía que ver con los Khmer Rouge. Tenía más que ver con una afirmación de moralidad. Yo tuve la impresión de que las protestas eran desestimables. A lo que me refiero es, ¿dónde estaba esa gente cuando Pol Pot estaba llevando adelante su malvada voluntad?”

¹⁷⁵ Elaine Sciolino, "Tainted Cambodia Aid: New Details", *New York Times*, 1 de noviembre de 1988, p. A3.

¹⁷⁶ La combinación del aislamiento occidental y el mal manejo vietnamita llevó a una hambruna. Es muy difícil compilar estadísticas de población significativas en Camboya, pero un análisis demográfico reciente estima el número de muertos por la hambruna en 300 000; véase Patrick Heuveline, "The Demographic Analysis of Mortality Crises: The Case of Cambodia, 1970-1979", en *Forced Migration and Mortality*, Holly E. Reed y Charles B. Keely (eds.), National Academy Press, Washington, 2001, pp. 102-129. Otros sostienen que no tuvo lugar una hambruna generalizada; véase Judith Banister y E. Paige Johnson, "After the Nightmare: The Population of Cambodia", en *Genocide and Democracy in Cambodia: The Khmer Rouge, the United Nations and the International Community*, de Ben Kiernan (ed.), (Yale University Southeast Asian Studies, New Haven, 1993, pp. 65-139; y Ben Kiernan, "Review Essay: William Shawcross, *Declining Cambodia*", *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, enero-marzo de 1986, pp. 56-63.

¹⁷⁷ Informe al Consejo Económico y Social, 2 de julio de 1985, 4/SUB.2/1985/6.

¹⁷⁸ Elizabeth Becker, *When the War Was Over*, pp. 503-504.

¹⁷⁹ Naciones Unidas, Serie de Tratados, "United States of America, Democratic Republic of Vietnam, Provisional Revolutionary Government of the Republic of South Vietnam, and the Republic of Vietnam: Protocol to the Agreement on Ending the War and Restoring Peace in Vietnam Concerning the Return of Captured Military Personnel and Foreign Civilians and Captured and Detained Vietnamese Civilian Personnel. Signed at Paris on 27 January 1973", *Treaties and International Agreements Registered or Filed or Reported with the Secretariat of the United Nations*, p. 203, N° 13296, 1974.

¹ Comentarios de diciembre de 1968 de William Korey, “The Genocide Treaty: Unratified 35 Years”, *New York Times*, 23 de junio de 1984, sec. 1, p. 23.

² *Spotlight*, 14 de mayo de 1979. Véase Charles R. Allen Jr., “The Genocide Convention: America’s Shame”, *Reform Judaism*, vol. 10, núm. 4, verano de 1982, p. 12.

³ *Ibid.*

⁴ *Congressional Record*, 99 Congr., 2ª ses., 1986, 132, pt. 15:S1355.

⁵ *Ibid.*

⁶ Kathleen Teltsch, “Library Show Recalls Man Behind Treaty on Genocide”, *New York Times*, 4 de diciembre de 1983, sec. 1, p. 62.

⁷ Korey, “The Genocide Treaty”; William Korey, “Lemkin and Trifka: Memory and Justice”, *Christian Science Monitor*, 30 de agosto de 1984, p. 11.

⁸ *Congressional Record*, 99 Congr., 1ª ses., 1985, 131, pt. 46:S4386.

⁹ *Ibid.*, pt. 78:S7961.

¹⁰ *Ibid.*, pt. 48:S4520. Proxmire obtuvo la estadística de la Cámara de Diputados de un discurso del diputado Stephen Solarz la semana previa.

¹¹ *Ibid.*, 99 Congr., 2ª ses., 1986, 132, pt. 6:S392.

¹² *Ibid.*, pt. 14:S1252.

¹³ “Soviet Hypocrisy”, *New York Times*, 5 de mayo de 1954, p. 30.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Congressional Record*, 99 Congr., 2ª ses., 1986, 132, pt. 14:S1252.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ “U.S. Urges Ratification of Genocide Convention”, Department of State, *Bulletin*, noviembre de 1984, p. 66. “Remarks at the International Convention of B’nai B’rith”, 6 de septiembre de 1984, *Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan, 1984*, t. 2, GPO, Washington, 1987, pp. 1242-1246.

¹⁸ Bernard Gwertzman, “Reagan Will Submit 1948 Genocide Pact for Senate Approval”, *New York Times*, 6 de septiembre de 1984, p. A1.

¹⁹ Bernard Weinraub, “Reagan’s German Trip: Furor over Remembrance”, *New York Times*, 18 de abril de 1985, p. A1.

²⁰ David Hoffman, “Reagan Defends Plan to Visit German Military Cemetery”, *Washington Post*, 13 de abril de 1985, p. A1.

²¹ Hoffman, “Reagan Defends Plan”.

²² “Transcript of Remarks by Reagan and Wiesel at White House Ceremony”, *New York Times*, 20 de abril de 1985, sec. 1, p. 4.

²³ David Hoffman, “Honoring Wiesel, Reagan Confronts the Holocaust: Bergen-Belsen Put on Trip Itinerary”, *Washington Post*, 20 de abril de 1985, p. A1.

²⁴ David Hoffman, “German Soldiers Called ‘Victims’ Reagan Defends Itinerary”, *Washington Post*, 18 de abril de 1985, p. A1.

²⁵ Estados Unidos puso dos reservas, cinco supuestos y una declaración. La segunda reserva suponía que el Convenio sobre Genocidio no podía autorizar legislación por Estados Unidos si la prohibiera la Constitución nacional. Esta reserva ha pasado a convertirse en un compañero acostumbrado de la ratificación de todo tratado internacional de derechos humanos por parte de Estados Unidos. Es problemático porque, una vez más, deja librado al poder ejecutivo la decisión, si surgiera un caso de genocidio, de si el cumplimiento del tratado en ese caso puntual viola o no algún principio de la Constitución, según su interpretación. Presidentes futuros pueden de esta manera volver a abrir algunos de los debates que postergaron la ratificación durante casi 40 años. Con este par de reservas el Senado de Estados Unidos mostró claramente que no reconocía la ley como “obligatoria”. El entendimiento del Senado sostenía que las palabras “intención de destruir, total o parcialmente” debía interpretarse como la intención de destruir “por completo o en parte *sustancial*” al grupo en cuestión. En su reglamentación de 1988 el Senado definiría “parte sustancial” como “una parte de un grupo de tal importancia numérica que la destrucción o pérdida de esa parte causaría la destrucción del grupo como entidad viable dentro de la nación de la que forma parte dicho grupo”. El Senado entendió las palabras “daño mental” como la “discapacitación permanente mediante drogas, tortura o técnicas parecidas”. También “entendió” que no habría de participar en ningún tribunal penal internacional futuro sin ratificar un tratado pertinente por separado.

²⁶ *Congressional Record*, 99 Congr., 1ª ses., 1985, 131, pt. 103:S10203.

²⁷ *Ibid.* Una enmienda propuesta por el senador Chris Dodd (demócrata por Connecticut) para modificar el efecto de la reserva respecto de la CIJ fue derrotada por ocho votos a nueve.

²⁸ *Congressional Record*, 99 Congr., 2ª ses., 1986, 132, pt. 15:S1355.

²⁹ *Ibid.*, pt. 16:S1441.

³⁰ *Ibid.*, pt. 15:S1355.

³¹ *Ibid.*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 8:S552.

³² “Remarks by President Ronald Reagan on the Occasion of Signing the Genocide Convention Implementation Act of 1987”, Servicio Federal de Noticias, 4 de noviembre de 1988.

³³ *Congressional Record*, 100 Congr., 2^a ses., 1988, 134, pt. 149:S16798.

¹ Middle East Watch, *Genocide in Iraq: The Anfal Campaign Against the Kurds*, Human Rights Watch, Nueva York, 1993, pp. 4, 5, 56.

² Los kurdos se dividen no sólo por partido sino por idioma: los soraniparlantes de la Unión Patriótica del Kurdistan se ubican al este del río Sab mayor; los kurmanyiparlantes del Partido Democrático Kurdo viven cerca de la frontera turca, al norte y oeste de aquel río. El 17 de diciembre de 1988, a instancias del gobierno de Clinton, Barzani y Talabani firmaron el Acuerdo de Washington, por el que el PDK y la UPK afirmaron la integridad territorial de Irak, se comprometieron a mejorar la administración de las tres provincias nortenas y condenaron las luchas intestinas entre ellos, conviniendo en “dejar de valerse de la violencia para arreglar las diferencias entre ellos, o buscar intervención externa en favor de uno contra el otro”; Barton Gellman, “Kurdish Rivals Cement U.S.-Brokered Pact; Leaders of Northern Iraq Rebels Set Aside Bitter Feud, Agree to Share Power and Resources”, *Washington Post*, 18 de septiembre de 1998, p. A26.

³ Véase el Informe de la Comisión Pike, reimpresso como “The Select Committee’s Investigative Record”, *Village Voice*, 16 de febrero de 1976, p. 85.

⁴ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 35.

* Nombre del partido de Hussein, en general se transcribe como Ba’ath. Opté por dejarlo así, en contraposición a Baaz, debido a la confusión que genera en los hispanohablantes americanos. [T.]

⁵ *Ibid.*, pp. 37-38. Véase también Ismet Sherif Vanly, “Kurdistan in Iraq”, en Gerard Challand (ed.), *A People Without a Country: The Kurds and Kurdistan*, Olive Branch Press, Nueva York, 1993, pp. 185-188; David Hirst, “Rebels Without Recourse”, *The Guardian*, 7 de diciembre de 1976, p. 4; Shiloah Center for Middle Eastern and African Studies, Tel Aviv University, *Middle East Contemporary Survey*, t. 1, 1976-1977, Holmes & Meier, Nueva York, 1978, pp. 410-411; t. 2, 1977-1978, Holmes & Meier, Nueva York, 1979, p. 521; y t. 3, Holmes & Meier, Nueva York, 1980, pp. 568-570.

⁶ Middle East Watch, *Human Rights in Iraq*, Yale University Press, New Haven, 1990, pp. 103-104.

⁷ El Export-Import Bank interrumpió un programa a préstamos a corto plazo cuando los clientes iraquíes no cumplieron con los pagos, pero en 1987, por presión del gobierno de Reagan, reanudó garantías de préstamos a corto plazo, estableciendo un fondo revolvante de hasta 200 millones de dólares para la

compra de productos estadounidenses.

⁸ Véase, por ejemplo, el informe de 1985 de Amnistía Internacional, que documenta la ejecución de aproximadamente 300 civiles en una ciudad; el comunicado de prensa de enero de 1988 de Amnistía Internacional, “Iraqi Security Forces’ Use of Rat Poison, or Thallium, Against Political Opponents”; Elaine Sciolino, “The Big Brother: Iraq Under Saddam Hussein”, *New York Times*, 3 de febrero de 1985, sec. 6, p. 16.

⁹ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 41, en que se cita *Al-Iraq*, 3 de septiembre de 1983.

¹⁰ El gobierno de Nixon ordenó una moratoria sobre la producción de armas químicas en 1969, como resultado de la protesta pública por el uso del agente naranja y napalm en Vietnam. Sin embargo, después de varios años de presión por parte de funcionarios del gobierno de Reagan, el Pentágono obtuvo fondos para una nueva producción de armas químicas en 1985 para modernizar y remplazar las existencias obsoletas. En esa época se calculaba *grosso modo* que Estados Unidos poseía 30 000 toneladas de armas químicas (algunos opinaban que llegaban incluso a 35 000 o 45 000 toneladas), la gran mayoría de las cuales fueron declaradas obsoletas por el Departamento de Defensa. Véase Michael Weisskopf, “Reagan Seeks to End Chemical Weapons Ban; Superior Soviet Nerve-Gas Stocks Cited”, *Washington Post*, 1 de marzo de 1985, p. A6; Bill Keller, “U.S. Preparing New Production of Nerve Gases”, *New York Times*, 11 de agosto de 1985, sec. 1, p. 1; y Steven R. Bowman, “IB94029: Chemical Weapons Convention: Issues for Congress”, *Congressional Research Service Issue Brief*, 20 de septiembre de 2000. El Protocolo de Ginebra de 1925 prohíbe “el uso bélico de gases asfixiantes, venenosos u otros”. No prohíbe la producción o almacenamiento de armas químicas y compromete a los firmantes a dismantelar las armas químicas y sus plantas de producción para 2007, a menos que las partes acuerden extender el plazo. La puesta en práctica en Estados Unidos se ha demorado debido a debates acerca de los métodos para destruirlas. Un reciente análisis independiente veía difícil que Estados Unidos completara su destrucción de armas químicas para 2007. A partir de mayo de 2001, según el sitio web “Program Manager for Chemical Demilitarization” del ejército estadounidense, quedan más de 24 000 toneladas por destruir del producto almacenado original.

¹¹ Anthony H. Cordesman, *Weapons of Mass Destruction in the Middle East*, Brassey’s, Londres, 1991, p. 89; W. Seth Carus, “The Genie Unleashed: Iraq’s

Chemical and Biological Weapons Program”, Instituto para el Cercano Oriente de Washington, escrito 14, p. 3.

¹² Atribuido al teniente general Mahid Abd al-Roshid, comandante del 7º cuerpo del ejército iraquí, alrededor de 1985. CIA, “Iraq’s Chemical Warfare Program: More Self-Reliant, More Deadly”, *A Research Paper*, agosto de 1990, p. 3.

¹³ Cordesman, *Weapons of Mass Destruction in the Middle East*, p. 92.

¹⁴ Declaración leída por el vocero del Departamento de Estado John Hughes, el 5 de marzo de 1984, citado por el Departamento de Estado, *Bulletin*, abril de 1984, p. 64.

¹⁵ George P. Schultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, Charles Scribner’s Sons, Nueva York, 1993, p. 239.

¹⁶ El informe de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de 1987 agregó esta resolución. La ONU envió equipos de inspectores al Golfo en 1984, 1985, 1986, 1987 y 1988, y en cada ocasión llegaron a la conclusión de que Irak utilizó armas químicas. Para septiembre de 1988 los equipos habían descubierto siete casos distintos de su uso por Irak. Sin embargo, Estados Unidos extendió sus relaciones diplomáticas con Irak apenas unos meses después del primer hallazgo, en 1984. En julio de 1988 Irak reconoció haberlas usado, pero sostuvo que Irán había iniciado la práctica y que era en defensa propia. “Creemos que cada nación tiene el derecho de protegerse contra la invasión. Los medios podrán ser polémicos, existen diferencias en este asunto desde distintos ángulos”, dijo el ministro de Relaciones Exteriores iraquí, Tareq Aziz. “A veces esas armas las usaron ambas partes en la sangrienta guerra. Fue un conflicto muy sangriento.” Serge Schmemmann, “Iraq Acknowledges Its Use of Gas but Says Iran Introduced It in War”, *New York Times*, 2 de julio de 1988, p. A3. En agosto, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una resolución apoyada por el Reino Unido, Alemania Federal, Italia y Japón —no por Estados Unidos— que condenó el uso de armas químicas en el conflicto entre Irán e Irak, afirmando por primera vez que se tomarían “medidas apropiadas y eficaces” si esas armas volvían a usarse.

¹⁷ David Segal, “The Iran Iraq War: A Military Analysis”, *Foreign Affairs*, verano de 1988, p. 956. Incluso en 1988, este artículo presentó la elección como “entre los posibles efectos adversos de ofender a la opinión mundial y los verdaderos efectos contrarios de ser arrollados por soldados iraníes”.

¹⁸ Los peritos de la ONU hallaron evidencia de uso de armas químicas entre

1984 y 1985, pero no mencionaron a Irak. En 1986, 1987 y 1988 culparon explícitamente a Irak. Los peritos comenzaron a perder esperanzas. En su informe del 6 de mayo de 1987 escribieron: “Todos creemos firmemente que, como especialistas, hicimos todo lo posible por identificar los tipos de sustancias y armas químicas empleadas en el conflicto iraní-iraquí. Si en el futuro se requiere de otra misión, por supuesto que estaremos dispuestos a responder. No obstante, sentimos que ya es poco lo que podemos hacer para ayudar a las Naciones Unidas en sus esfuerzos por impedir la utilización de armas químicas en el presente conflicto. A nuestro parecer, sólo pueden dar resultado esfuerzos políticos organizados”. Informe del secretario general al Consejo de Seguridad de la ONU, S/18852, 8 de mayo de 1987, pp. 13-19, 25-31. *Cursivas mías.*

¹⁹ Acababa de descubrirse que el asesor de seguridad nacional de Reagan, Robert McFarlane, había viajado a Teherán con pasaporte irlandés, llevando una Biblia dedicada por el presidente para el ayatolá. El asunto McFarlane es sólo un atisbo de los delitos de la Casa Blanca, en los que, con la ayuda del funcionario del CSN, Oliver North, el gobierno de Reagan le había vendido armas a Irán a través de un intermediario y, con las ganancias, había respaldado la resistencia anticomunista de los “contras” nicaragüenses.

²⁰ Middle East Watch, *Human Rights in Iraq*, p. 133.

²¹ *Ibid.*, pp. 16-17, citando al *Sun* de Londres, 8 de septiembre de 1981.

²² Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, *War in the Persian Gulf: The U.S. Takes Sides*, 100 Congr., 1ª ses., 1987, S. Prt. 100-160, p. 19.

²³ Haywood Rankin, “Travels with Galbraith—Death in Basra, Destruction in Kurdistan”, memorándum del gobierno estadounidense, 27 de septiembre de 1987, p. 16.

²⁴ *Ibid.*, p. 3.

²⁵ *Ibid.*, p. 6. Las autoridades iraníes extendieron estos festejos incluso a extranjeros, mandando un telegrama de felicitación a la familia de un periodista alemán muerto en el frente.

²⁶ Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, *War in the Persian Gulf*, p. 15.

²⁷ Departamento de Estado de Estados Unidos, *Country Reports on Human Rights Practices for 1987*, informe presentado a la Comisión de Relaciones Exteriores de Diputados y a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, 100 Congr., 1ª ses., 1987, p. 1172.

²⁸ “Iranis Repulse ‘Karabala X’”, cable confidencial de la embajada estadounidense en Bagdad al secretario de Estado George Schultz, 27 de abril de 1987, p. 2; reproducido como 00423 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate: Saddam Hussein, U.S. Policy and the Prelude to the Persian Gulf War (1980-1994)*, Chadwyck-Healey, Alexandria, Virginia, 1995.

²⁹ “The Internal Situation in Iraq”, cable de los comandantes en jefe de la Agencia de Inteligencia de Defensa, 4 de agosto de 1987, p. 2; reproducido como 00453 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

³⁰ Loren Jenkins, “Iranians Detail Charges of Gas Warfare”, *Washington Post*, 11 de mayo de 1987, p. A1.

³¹ Alan Cowell, “Iraqis Are Facing a Growing War from Within”, *New York Times*, 22 de septiembre de 1987, p. A6.

³² Reunión con los miembros de la Oficina del Norte y con los directores del cuartel general del partido ba’athista en las provincias nortenas; la cinta está fechada el 26 de mayo de 1988, pero Middle East Watch cree que, por el contexto, se grabó en 1987. Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 349.

³³ Incluso después de que un avión iraquí disparara un misil al USS Stark en el Golfo Pérsico en 1987, matando a 37 marineros estadounidenses, el gobierno de Reagan aceptó la explicación de Bagdad de que había sido un “error”.

³⁴ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 105.

³⁵ Entrevista con Sirwa, kurdo residente en Inglaterra, en Sheri Laizer, *Martyrs, Traitors, and Patriots: Kurdistan After the Gulf War*, Zed Books, Londres, 1996.

³⁶ Kanan Makiya, *Cruelty and Silence: War, Tyranny, Uprising, and the Arab World*, W.W. Norton, Nueva York, 1993, p. 137.

³⁷ *Ibid.*, pp. 137-138.

³⁸ Patrick E. Tyler, “Kurdish Guerrillas Pose Growing Threat to Iraq: Rival Factions Unify, Gain Iran’s Backing”, *Washington Post*, 19 de febrero de 1988, p. A15.

³⁹ “Iran Says It Has Iraqi Border City”, *Washington Post*, 18 de marzo de 1988, p. A19.

⁴⁰ Patrick E. Tyler, “Poison Gas Attack Kills Hundreds; Iran Accuses Iraq of Atrocity in Kurdish Region Near Border”, *Washington Post*, 24 de marzo de 1988, p. A1.

⁴¹ *Ibid.* Cursivas mías.

⁴² Theodore Stanger, “Massacre in Halabja”, *Newsweek*, 4 de abril de 1988, p. 38; énfasis agregado.

⁴³ Russel Watson y John Barry, “Letting a Genie out of a Bottle”, *Newsweek*, 19 de septiembre de 1988, p. 30.

⁴⁴ David B. Ottaway, “U.S. Decries Iraqi Use of Chemical Weapons: ‘Grave Violation’ of International Law Cited”, *Washington Post*, 24 de marzo de 1988, p. A37.

⁴⁵ Jim Hoagland, “Atrocity du Jour”, *Washington Post*, 26 de marzo de 1988, p. A2.

⁴⁶ Los labios azulados de las víctimas de Halabja se atribuían al gas cianhídrico, que la inteligencia estadounidense no creía que Iraq poseyera. Los expertos en salud pública opinan que otros gases también podrían haber causado la decoloración. La vehemencia de algunos estadounidenses en sostener que la evidencia no era contundente persiste hasta hoy. Por ejemplo, Stephen C. Pelletiere, ex funcionario de inteligencia de Estados Unidos, y dos colegas hicieron una investigación para el Colegio Militar del Ejército, en la que sostuvieron que “ambos bandos” usaron armas químicas en Halabja; Stephen C. Pelletiere, Douglas V. Johnson II y Leif R. Rosenberger, *Iraqi Power and U.S. Security in the Middle East*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College, Carlisle Barracks, Pa., 1990. En un libro más reciente, Pelletiere escribió: “El 23 de mayo, en enfrentamientos por toda la ciudad, ambos bandos usaron gas. Como resultado murieron veintenas de civiles kurdos iraquíes. Ya es bastante seguro que fue gas iraní el que mató a los kurdos”; Stephen C. Pelletiere, *The Iran-Iraq War: Chaos in a Vacuum*, Praeger, Nueva York, 1992, pp. 136-137.

⁴⁷ David B. Ottaway, “U.S. Decries Iraqi Use of Chemical Weapons: ‘Grave Violation’ of International Law Cited”, *Washington Post*, 24 de marzo de 1988, p. A37.

⁴⁸ David Ottaway, “In Mideast, Warfare with a New Nature”, *Washington Post*, 5 de abril de 1988, p. A1.

⁴⁹ “The Gulf, The Battle, The War”, *Washington Post*, 20 de abril de 1988, p. A20.

⁵⁰ “Baghdad’s Repressive Measures Against the Kurds”, cable de los comandantes en jefe de la Agencia de Inteligencia de Defensa, 19 de abril de 1988, p. 2; reproducido como 00555 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

⁵¹ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 232.

⁵² *Ibid.*, p. 245.

⁵³ *Ibid.*, p. 17.

⁵⁴ Makiya, *Cruelty and Silence*, p. 187.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 193-194.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 195.

⁵⁷ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, pp. 252-258; Makiya, *Cruelty and Silence*, pp. 176-199.

⁵⁸ En una breve nota el *New York Times* afirmó: “Iraq Says It Routed Iranians and Kurds in Fight in Northeast”, 3 de abril de 1988, sec. 1, p. 14.

⁵⁹ Elaine Sciolino, “Kurdish Chief Gains Support in U.S. Visit”, *New York Times*, 22 de junio de 1988, p. A3. En realidad, la alianza de Talabani con Irán fue previa a la campaña de destrucción más reciente de Hussein.

⁶⁰ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 15 de junio de 1988.

⁶¹ Resolución 408 del Senado, “Condemnation of the Use of Chemical Weapons by Iraq”, *Congressional Record*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 95:58533.

⁶² Elaine Sciolino, “How the U.S. Cast off Neutrality in the Gulf War”, *New York Times*, 24 de abril de 1988, sec. 4, p. 2.

⁶³ Robert Pear, “Khomeini Accepts ‘Poison’ of Ending War with Iraq: U.N. Sending Mission”, *New York Times*, 21 de julio de 1988, p. A1.

⁶⁴ El cálculo del total de muertos en la guerra irano-iraquí oscila entre 450 000 y 730 000 del lado iraní, y entre 150 000 y 340 000 del iraquí. Anthony H. Cordesman y Abraham R. Wagner, *The Lessons of Modern War*, t. 2: *The Iran-Iraq War*, Westview Press, Boulder, Co., 1990, p. 3.

⁶⁵ Alan Cowell, “A Gulf Truce Leaves Rebels in a Quandary”, *New York Times*, 28 de agosto de 1988, sec. 1, p. 15; Elaine Sciolino, “Iraqis Reported to Mount Drive Against Kurds”, *New York Times*, 1 de septiembre de 1988, p. A1.

⁶⁶ Memorándum de Kenneth Roth, director ejecutivo de Human Rights Watch, a funcionarios de un Ministerio de Relaciones Exteriores europeo, Washington, sobre “Proposed ICJ Action Against Iraq on Basis of Genocide Convention”, 30 de septiembre de 1994, p. 6.

⁶⁷ “More Chemical Attacks Reported”, *New York Times*, 28 de agosto de 1988, sec. 1, p. 15.

⁶⁸ Véase texto de S.2763, *Congressional Record*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 123:S12137-S12138.

⁶⁹ Muhyeddin Abdula, uno de los kurdos que organizó la huelga, le dijo al *New York Times*: “Podríamos haber hecho otras cosas, como secuestrar un avión, pero eso no nos pareció bien”; Clyde F. Farnsworth e Irvin Molotsky, “Washington Talk; Briefing: To Hijack or Fast?”, *New York Times*, 19 de septiembre de 1988, p. A18.

⁷⁰ Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, *Chemical Weapons Use in Kurdistan: Iraq’s Final Offensive*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, S. Prt. 100-148:40.

⁷¹ Morton Abramowitz, “Swan Song for Iraq’s Kurds?”, cable secreto del vicesecretario de Estado de Inteligencia e Investigación, Morton Abramowitz al secretario de Estado George Schultz, 2 de septiembre de 1988, pp. 2-3, reproducido como 00625 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

⁷² “Iraqi Attacks on Kurds”, cable secreto del secretario de Estado George Schultz a la embajada estadounidense de Bagdad, 3 de septiembre de 1988, p. 3; reproducido como 00626 en Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

⁷³ “Iraqi Attacks on Kurds”, cable secreto de la embajada en Bagdad al secretario de Estado George Schultz, 4 de septiembre de 1988, sec. 2, pp. 1-2; reproducido como 00627 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*. A partir de septiembre, el intercambio interno de cables parte de los siguientes hechos como premisas: “Después del cese al fuego Irak comenzó una campaña mayor para detener la rebelión kurda y despoblar el campo, incluyendo el uso de armas químicas, deportaciones/ejecuciones masivas”. Véase “Your Treaty with Iraqi Minister of State for Foreign Affairs Saadoun Hammadi, Thursday September 8, 1988 at 4.15 P.M.”, memorándum secreto de comunicación del vicesecretario de Estado para Asuntos del Cercano Oriente y Sudasiáticas, Richard Murphy, al secretario de Estado George Schultz, 7 de septiembre de 1988, p. 3; reproducido como 00628 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

⁷⁴ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 6 de septiembre de 1988. Los voceros del Departamento de Estado Oakley y Redman afirmaron no tener información del 25 y 31 de agosto, y 1, 2, 6 y 7 de septiembre. El comunicado de Redman también fue comentado en el *Washington Post*. David P. Ottaway, “U.S. Concern is Expressed to Baghdad; Confirmation Lacking on Chemical Attacks”, 7 de septiembre de 1988, p. A24.

⁷⁵ Jonathan C. Randal, “Refugees Travel Deeper into Turkey to Escape Iraqi

Troops”, *Washington Post*, 5 de septiembre de 1988, p. A19; Alan Cowell, “Fleeing Assault by Iraqis, Kurds Tell of Poison Gas and Lives Lost”, *New York Times*, 5 de septiembre de 1988, p. A1. Un grupo de derechos humanos mandó un equipo de médicos a la frontera iraquí. Con base en su investigación, del 7 al 16 de septiembre, Physicians for Human Rights llegó a la conclusión categórica de que “aviones iraquíes atacaron aldeas kurdas en el norte de Irak con bombas que contenían gas letal el 25 de agosto”. Pero para cuando el grupo emitió su opinión había transcurrido más de un mes desde los ataques y la atención internacional en el caso se había desviado.

⁷⁶ Clyde Haberman, “Kurds’ Symptoms: Gas or Poor Diet?”, *New York Times*, 12 de septiembre de 1988, p. A1.

⁷⁷ Theodore Stanger, “A Recipe for Disaster”, *Newsweek*, 26 de septiembre de 1988, p. 38.

⁷⁸ Clyde Haberman, “What Drove the Kurds out of Iraq?”, *New York Times*, 13 de septiembre de 1988, p. A6.

⁷⁹ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 8 de septiembre de 1988.

⁸⁰ *Ibid.*, 9 de septiembre de 1988.

⁸¹ Julie Johnson, “U.S. Adamant in Charge Against Iraq”, *New York Times*, 10 de septiembre de 1988, p. A4.

⁸² Julie Johnson, “U.S. Asserts Iraq Used Poison Gas Against Kurds”, *New York Times*, 9 de septiembre de 1988, p. A1.

⁸³ “Secretary’s Meeting with Iraqi Minister of State for Foreign Affairs Saadoun Hammadi”, cable secreto del secretario de Estado George Schultz a la embajada en Bagdad, 9 de septiembre de 1988, p. 6; reproducido como 00633 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

⁸⁴ Patrick E. Tyler, “Iraqi Official Says Kurds Fleeing Army Operation; Envoy Denies Use of Chemical Weapons”, *Washington Post*, 4 de septiembre de 1988, p. A33.

⁸⁵ Vicesecretario de Estado para Inteligencia e Investigación, Morton Abramowitz, “Iraq’s Use of Chemical Weapons on the Kurds”, memorándum informativo secreto al subsecretario de Estado para Asuntos Políticos Michael Armacost, 17 de septiembre de 1988, p. 2; reproducido como 00648 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

⁸⁶ Patrick E. Tyler, “Iraq Denies Using Chemical Weapons on Kurds”,

Washington Post, 16 de septiembre de 1988, p. A19.

⁸⁷ Jim Hoagland, "Iraq Is One Place Where Sanctions Might Work", *Washington Post*, 15 de septiembre de 1988, p. A25.

⁸⁸ Peter Galbraith, "The Tragedy of Iraqi Kurdistan: The Destruction of a People and a Culture", observaciones a la conferencia internacional "The Kurds: Human Rights and Cultural Identity", París, 14 de octubre de 1989.

⁸⁹ Middle East Watch, *Human Rights in Iraq*, p. 123, que cita una carta de Nizar Hamdoon a Edward J. van Kloborg III, 22 de agosto de 1985, como también una denuncia archivada el 28 de diciembre de 1987, en el Departamento de Justicia.

⁹⁰ Julie Johnson, "U.S. Adamant".

⁹¹ Patrick E. Tyler, "Kurds Disappoint Iraqi PR Effort", *Washington Post*, 18 de septiembre de 1988, p. A30.

⁹² Middle East Watch, *Human Rights in Irak*, p. 109.

⁹³ "Iraqi CW Use: Ambassador's Meeting with Hamdun", cable secreto de la embajada en Bagdad al secretario de Estado George Schultz, 10 de septiembre de 1988, sec. 1, p. 3, y sec. 2, pp. 2, 3; reproducido como 00634 en Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

⁹⁴ Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, *Chemical Weapons Use in Kurdistan: Iraq's Final Offensive*, pp. 14-26.

⁹⁵ Abramowitz, "Iraq's Use of Chemical Weapons on the Kurds".

⁹⁶ *Congressional Record*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 122:S12035.

⁹⁷ *Ibid*, pt. 123:S12136.

⁹⁸ Senador Claiborne Pell, conferencia de prensa, 21 de septiembre de 1988, en que anuncia la publicación del informe de Galbraith para la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado.

⁹⁹ *Legislation to Impose Sanctions Against Iraqi Chemical Use, Markup Before the Committee on Foreign Affairs*, Cámara baja, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, p. 15.

¹⁰⁰ *Congressional Record*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 123:S12136.

¹⁰¹ William Safire, "Stop the Iraqi Murder of the Kurds", *New York Times*, 5 de septiembre de 1988, p. A21.

¹⁰² *Ibid*.

¹⁰³ "Murder Within Sovereign Borders", *New York Times*, 5 de septiembre de 1988, p. A20.

¹⁰⁴ Jim Hoagland, “Make No Mistakes—This Is Genocide”, *Washington Post*, 8 de septiembre de 1988, p. A21.

¹⁰⁵ Jim Hoagland, “A ‘Furlough’ for Iraq”, *Washington Post*, 12 de octubre de 1988, p. A19. Cursivas mías.

¹⁰⁶ “Too Tough on Iraq?”, *Washington Post*, 20 de septiembre de 1988, p. A20.

¹⁰⁷ Pamela Fessier, “Congress and Iraq: A Chronology of a Decade’s Debate over Relations”, *Congressional Quarterly*, 27 de abril de 1991, p. 1071.

¹⁰⁸ “Overview of US-Iraq Relations and Political Pressure Points”, documento interno secreto redactado por la Oficina de Asuntos del Cercano Oriente/Golfo Norte, 9 de septiembre de 1988, p. 2; reproducido como 00632 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

¹⁰⁹ Respondiendo a las garantías del gobierno de que Irak era sincero en su promesa de renunciar a su uso en el futuro, el senador Pell preguntó: “¿Es posible que de nosotros se espere que ignoremos el gaseo de miles de personas sobre la base de una promesa que en sí misma está basada en una mentira?” *Congressional Record*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 144:S15574.

¹¹⁰ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 20 de septiembre de 1988.

¹¹¹ *Legislation to Impose Sanctions Against Iraqi Chemical Use*, p. 19.

¹¹² *Ibid.*, p. 20.

¹¹³ James A. Baker III con Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, G.P. Putnam’s Sons, Nueva York, 1995, p. 273.

¹¹⁴ Véase, por ejemplo, “Kurdistan Resistance Forces at Peril”, cable de la Agencia de Inteligencia de Defensa, 24 de octubre de 1988; reproducido como 00683 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

¹¹⁵ “Overview of US-Iraq Relations and Political Pressure Points”, p. 1.

¹¹⁶ “U.S. Policy Towards Iraq and CW Use”, memorándum secreto de acción del vicesecretario de Estado para Asuntos del Cercano Oriente y del Sureste Asiático, Richard Murphy, al subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, Michael Armacost, 19 de septiembre de 1988, pp. 1, 2, 5; reproducido como 00650 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

¹¹⁷ “Overview of US-Iraq Relations and Political Pressure Points”, p. 3.

¹¹⁸ “After U.S. Actions, Saddam Changes His Tone”, cable confidencial de la embajada estadounidense en Bagdad al secretario de Estado George Schultz, 12 de

septiembre de 1988, p. 2; reproducido como 00635 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

¹¹⁹ Milton Viorst, “Poison Gas and Genocide: The Shaky Case Against Iraq”, *Washington Post*, 5 de octubre de 1988, p. A25.

¹²⁰ “U.S. Policy Towards Iraq and CW Use”, pp. 1, 2, 5.

¹²¹ George Schultz, apreciaciones ante la comisión directiva de la Federación General de Clubes de Mujeres, Departamento de Estado, 9 de septiembre de 1988.

¹²² Marlin Fitzwater, conferencia de prensa, Hotel Waldorf-Astoria, Nueva York, 26 de septiembre de 1988. La conferencia se celebró en París en enero de 1989 y, lejos de censurar a Irak, la declaración de clausura simplemente reafirmó “la importancia y la continuada validez” del protocolo de 1925. A los kurdos se les prohibió asistir a la conferencia, disponible sólo para estados. Y Estados Unidos ignoró el pedido de Human Rights Watch de que mencionara el tema de enmendar el protocolo de 1925 para que específicamente prohibiera a todo Estado el uso de armas químicas contra sus propios ciudadanos. Middle East Watch, *Human Rights in Iraq*, pp. 112-113.

¹²³ Patrick E. Tyler, “The Kurds: It’s Not Genocide”, *Washington Post*, 25 de septiembre de 1988, p. A20.

¹²⁴ Simande Siaband [Mehrddad Izady], “Mountains, My Home: An Analysis of the Kurdish Psychological Landscape”, *Kurdish Times*, núm. 2, verano de 1988, pp. 7, 9, citado en Michael M. Gunter, *The Kurds of Iraq: Tragedy and Hope*, St. Martin’s, Nueva York, 1992, p. 35.

¹²⁵ “Export-Import Financing for Iraq”, memorándum secreto del vicesecretario de Estado para Asuntos del Cercano Oriente y del Sureste Asiático, Richard Murphy, del vicesubsecretario de Estado para Asuntos Comerciales y Económicos, Larson, y del subsecretario de Estado para Asuntos Humanitarios, Schifter, al secretario de Estado George Schultz, 12 de diciembre de 1988, p. 5; reproducido como 00739 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

¹²⁶ *Developments in the Middle East, October 1988*, Audiencia ante la Subcomisión para Europa y Medio Oriente de la Comisión de Asuntos Extranjeros, Cámara de Diputados, 100 Congr., 2ª ses., 13 de octubre de 1988, pp. 31, 43. Los opositores del proyecto de ley en el Congreso también se cuidaban de no aparentar condonar el comportamiento de Irak. La declaración del presidente de la Comisión Agraria, E. “Kika” de la Garza (demócrata por Texas),

es significativa. Observó que Irak era un “mercado grande y creciente para las exportaciones agrícolas estadounidenses [...] En vista de las dificultades que sufrieron nuestros agricultores en los últimos años, estoy profundamente preocupado ante la posibilidad de perder un mercado importante para productos agropecuarios estadounidenses. Al mismo tiempo, de ninguna manera deseo condonar el uso de armas químicas por Irak o ningún otro país”. *Congressional Record*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 133:H8343.

¹²⁷ La influencia de los grupos de presión ha aumentado; es cosa del pasado la época en que el diputado John Steven McGroarty, de California, le escribía a un votante en 1934: “Una de las múltiples desventajas de pertenecer al Congreso es que estoy obligado a recibir cartas insolentes de un asno como usted, en la que dice que prometí hacer reforestar la Sierra Madre, y que he estado en el Congreso dos meses y aún no lo he hecho. ¿Me haría el favor de irse al diablo?” John F. Kennedy, *Profiles in Courage*, Harper, Nueva York, 1956, p. 10.

¹²⁸ Walter Lippmann, *The Public Philosophy*, Little, Brown, Boston, 1955, p. 27.

¹²⁹ Kennedy, *Profiles in Courage*, p. 122.

¹³⁰ Véase Galbraith, *Iraq Sanctions Legislation*, p. 14. Sostenía que, debido a que el petróleo importado de Irak estaba sujeto a una tasa de importación, las sanciones reducirían las rentas del Tesoro, con lo que la ley de sanciones se convertía en una de rentas. En realidad, dado que las importaciones de Irak se habrían remplazado por las de otros países, las tasas de importación netas no se habrían visto afectadas. Si la aseveración de Rostenkowski se hubiera llevado a su conclusión lógica, virtualmente ninguna legislación se podría haber originado en el Senado. Las leyes que exigían advertencias sobre el alcohol, por ejemplo, habrían reducido el consumo de alcohol de mujeres embarazadas, y así reducido las rentas por el impuesto al alcohol.

¹³¹ *Congressional Record*, 100 Congr., 2ª ses., 1988, 134, pt. 151:S17203.

¹³² Véase, por ejemplo, Gordon M. Burck y Charles C. Flowerree, *International Handbook on Chemical Weapons Proliferation*, Greenwood Press, Nueva York, 1991, pp. 101-114.

¹³³ Elaine Sciolino, “U.S. Retaliates for Iraqi Expulsion of Diplomat by Replying in Kind”, *New York Times*, 18 de noviembre de 1988, p. A15.

¹³⁴ Middle East Watch, *Human Rights in Iraq*, p. 110.

¹³⁵ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 299.

¹³⁶ *Ibid.*, pp. 306-307.

¹³⁷ Carta N° 14951, fechada el 23 de noviembre de 1988, del Secretariado de Seguridad para la Región Autónoma a la Oficina de Seguridad para Suleymaniye, mencionando instrucciones del Comando de la Oficina del Norte. Citado en Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, pp. 300-301.

¹³⁸ Declaraciones de una reunión del 8 de noviembre de 1988, extendidas a los jefes de la *Amn* (la fuerza de seguridad interna iraquí), en las regiones autónomas, en una serie de instrucciones del director de seguridad regional, fechadas el 21 de noviembre de 1988, y marcadas como “secreto y confidencial”. Citado en Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 321.

¹³⁹ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, pp. 323-324.

¹⁴⁰ Citado en *ibid.*, pp. 352-353.

¹⁴¹ “Guidelines for U.S.-Iraq Policy”, documento interno secreto del Departamento de Estado, 20 de enero de 1989, p. 2; reproducido como 00761 en el Archivo de Seguridad Nacional, *Iraqgate*.

¹⁴² Baker y DeFrank, *The Politics of Diplomacy*, p. 263.

¹⁴³ *Ibid.*

¹⁴⁴ “Guidelines for U.S.-Iraq Policy”, p. 6.

¹⁴⁵ Middle East Watch, *Human Rights in Iraq*, p. 113. La resolución no se aprobó por 13-17 votos. Véase Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, Comisión para los Derechos Humanos, Archivos Oficiales, suplemento 2, *Report on the 45th Session (30 January-10 March 1989)*, E/1989/20,E/CN.4/1989/86, p. 178.

¹⁴⁶ Pamela Fessler, “Congress’ Record on Saddam: Decade of Talk, Not Action”, *Congressional Quarterly*, 27 de abril de 1991, p. 1074.

¹⁴⁷ Véase Alan Cowell, “Iraq Chief, Boasting of Poison Gas, Warns of Disaster if Israelis Strike”, *New York Times*, 3 de abril de 1990, p. A1; Patrick E. Tyler, “Iraqi Warns of Using Poison Gas; Leader Says Attacker Faces Devastation; U.S. Decries Remarks”, *Washington Post*, 3 de abril de 1990, p. A1.

¹⁴⁸ La delegación de cinco que se reunió con Hussein el 12 de abril de 1990 incluía a Dole, Simpson, el demócrata por Ohio Howard Metzenbaum, y los republicanos James McClure, por Idaho, y Frank Murkowski, por Alaska. Aunque le entregaron a Hussein una carta al comienzo de la sesión en que expresaban su “profunda preocupación” por su crecimiento militar y amenazas de utilizar armas químicas contra Israel, la reunión fue más adulatora que

exigente. Después de la invasión de Kuwait, los iraquíes dieron a conocer una transcripción de la reunión que los senadores no desmintieron. Según la misma, Metzenbaum dijo: “Ya estoy consciente de que usted es un hombre fuerte e inteligente que desea la paz”. Simpson, a su vez: “Pienso que sus problemas son con la prensa occidental y no con el gobierno de Estados Unidos [...] La prensa es consentida y altanera. Todos estos periodistas se consideran brillantes científicos políticos. No quieren ver que nada tenga éxito, o logre sus objetivos. Mi consejo es que les permita a todos esos hijos de puta que vengan aquí y vean las cosas por sí mismos”. Douglas Waller, “Glass House”, *The New Republic*, 5 de noviembre de 1990, p. 14. Véase también Pamela Fessler, “Haunted by a Meeting with Saddam”, *Congressional Quarterly*, 27 de abril de 1991, p. 1077.

¹⁴⁹ Pamela Fessler, “Congress’ Record on Saddam: Decade of Talk, Not Action”, *Congressional Quarterly*, 27 de abril de 1991, p. 1075.

¹⁵⁰ *Congressional Record*, 101 Congr., 2ª ses., 1990, 136, pt. 99:S10904.

¹⁵¹ *Ibid.*, pt. 99:S10908.

¹⁵² Amnistía Internacional, *Irak: Children, Innocent Victims of Political Repression*, Amnesty International, Nueva York, 1989; *Congressional Record*, 101 Congr., 2ª ses., 1990, 136, pt. 98:S10832.

¹⁵³ Al rechazar el ofrecimiento de Hussein de retirarse de Kuwait, el presidente Bush repitió esta afirmación por lo menos dos veces en el curso del día; una delante de la Academia Estadunidense para la Promoción de la Ciencia en Washington, y otra frente a empleados de la planta de sistemas misilísticos Raytheon en Andover, Massachusetts. Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 15 de febrero de 1991.

¹⁵⁴ Durante las luchas de marzo, Estados Unidos intervino una sola vez, cuando Irak usó aviones de alas fijas para atacar a los kurdos, lo cual violaba los términos del acuerdo de cese al fuego del 5 de marzo. Cazas estadounidenses derribaron dos bombarderos iraquíes que habían atacado Kirkuk. La situación en el sur apenas era mejor; los soldados iraquíes que lograron escapar de sus unidades dijeron que sus comandantes habían prometido 250 dinares iraquíes por cada mujer o niño que mataran, y hasta 5 000 por cada varón adulto. Los altoparlantes a menudo anunciaban un camino seguro para salir de las ciudades por rutas designadas, mismas que después eran ametralladas por helicópteros. Todos los emblemas de la vida chiita eran atacados: mezquitas, cementerios y bibliotecas. Bob Drogin, “Iraq: Saddam Hussein Offers Bounty for Killing Babies

— Shiites Face Retribution”, *Guardian*, 29 de marzo de 1991, p. 22.

¹⁵⁵ *Congressional Record*, 102 Congr., 1ª ses., 1991, 137, pt. 56:S4647.

¹⁵⁶ Unos 800 000 más habían huido a Irán y otros 700 000 estaban en camino.

¹⁵⁷ Thomas L. Friedman, “Baker Sees and Hears Kurds’ Plan in a Brief Visit at Turkish Border”, *New York Times*, 9 de abril de 1991, p. A1.

¹⁵⁸ William Safire, “Follow the Kurds”, *New York Times*, 28 de marzo de 1991, p. A25.

¹⁵⁹ William Safire, “Bush’s Moral Crisis”, *New York Times*, 1 de abril de 1991, p. A17.

¹⁶⁰ “A Quagmire After All”, *Newsweek*, 29 de abril de 1991, p. 23.

¹⁶¹ *Ibid.*

¹⁶² El operativo representaba un incremento respecto de las acciones aliadas de asistencia previas. Transportes aéreos de la Fuerza Aérea de Estados Unidos comenzaron a suministrar víveres y otros enseres a los refugiados kurdos el 7 de abril de 1991. Las últimas tropas estadounidenses en el norte de Irak partieron en julio. La seguridad se garantizaba mediante una fuerza de choque móvil estacionada en Turquía y aviones aliados.

¹⁶³ Memorándum interno manuscrito de “La Persona a Cargo de Asuntos Políticos”, *Amn* (Erbil), 18 de octubre de 1990; citado en Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 343.

¹⁶⁴ Véase Christine Gosden, “Halabja 11 Years Later; More Deaths, Little Progress”, *Washington Post*, 10 de marzo de 1999, p. A35; Christine Gosden y Mike Amitay, “Lessons from Halabja”, *Washington Post*, 20 de agosto de 1999, p. A35; Christine Gosden, “Why I Went, What I Saw”, *Washington Post*, 11 de marzo de 1998, p. A19.

¹⁶⁵ Christine Gosden, “Why I Went, What I Saw”.

¹⁶⁶ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 30.

¹⁶⁷ Judith Miller, “Iraq Accused”, *New York Times Magazine*, 3 de enero de 1993, p. 13.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 32.

¹⁶⁹ Middle East Watch, *Genocide in Iraq*, p. 345.

¹⁷⁰ Memorándum del 4 de junio de 1993, por el profesor de derecho Lori Damrosch de la Universidad de Columbia al director de Middle East Watch, Andrew Whitley, “Kurdish Genocide Case—Legal Memorandum for

Governments”.

¹ Carole Rogel, *The Breakup of Yugoslavia and the War in Bosnia*, Greenwood Press, Westport, Conn., 1998, p. 31.

² Véase Ed Vulliamy, *Seasons in Hell: Understanding Bosnia's War*, St. Martin's Press, Nueva York, 1994; Roy Gutman, *Witness to Genocide: The 1993 Pulitzer Prize-Winning Dispatches on the 'Ethnic Cleansing' of Bosnia*, Macmillan, Nueva York, 1993; y Rezak Hukanovic, *Tenth Circle of Hell: A Memoir of Life in the Death Camps of Bosnia*, Basic Books, Nueva York, 1996. El mejor relato de las maquinaciones políticas detrás del terror es el de Laura Silber y Allan Little, *Yugoslavia: Death of a Nation*, Penguin, Nueva York, 1997.

³ Claude Lanzmann, *Shoah: An Oral History of the Holocaust*, Pantheon, Nueva York, 1985, p. 139.

⁴ Anna Husarska, "City of Fear", *New Republic*, 21 de septiembre de 1992, p. 18. En 1992 los serbios expulsaron y asesinaron a ciudadanos musulmanes y croatas por igual. Aun cuando las autoridades croatas y serbias al final se juntaron para destruir Bosnia, mi enfoque en este capítulo se centra en la destrucción serbia de los musulmanes de Bosnia. Hubo, por supuesto, decenas de miles de croatas y serbios que permanecieron leales al gobierno de Bosnia dominado por musulmanes durante el transcurso de la guerra. Muchos se expusieron a mucho mayor peligro al quedarse en territorio bosnio y negándose a protegerse con nacionalistas étnicos en tierras serbias o croatas.

⁵ Richard Ben Cramer, *Bob Dole*, Vintage, Nueva York, 1995, pp. 60-62.

⁶ Bob Dole, "Odd Men Out", *Congressional Record*, 101 Congr., 2ª ses., 1990, 136, pt. 87:S9475.

⁷ Bob Dole, "Yugoslavia", *Congressional Record*, 101º Congr., 2ª ses., 1990, 136, pt. 117:S13488.

⁸ Bob Dole, "Get Smart About Foreign Aid", *Washington Post*, 18 de marzo de 1991, p. A11.

⁹ Dole, "Yugoslavia".

¹⁰ Helsinki Watch, *War Crimes in Bosnia-Herzegovina*, t. 1, Human Rights Watch, Nueva York, 1992, p. 2.

¹¹ *Ibid.*, p. 17.

¹² *Ibid.*, p. 2.

¹³ Boris Johnson y Michael Montgomery, "Yugoslav Ceasefire; Agreed EC Ultimatum: Fighting Must Stop 'if you want to enter Europe of the 20th Century'", *Daily Telegraph*, 29 de junio de 1991, p. 1.

¹⁴ James A. Baker III con Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War, and Peace, 1989-1992*, G.P. Putnam's Sons, Nueva York, 1995, p. 637.

¹⁵ Warren Zimmermann, *Origins of a Catastrophe: Yugoslavia and Its Destroyers— The Last Ambassador Tells What Happened and Why*, Times Books, Nueva York, 1996, p. 24.

¹⁶ Graham Stewart, *Burying Caesar: Churchill, Chamberlain, and the Battle for the Tory Party*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1999, p. 300.

¹⁷ Zimmermann, *Origins of a Catastrophe*, p. 22.

¹⁸ “After the War: The White House; Excerpts from Bush’s News Conference on Postwar Plans”, *New York Times*, 2 de marzo de 1991, p. A5.

¹⁹ “Excerpts from Address of Weinberger”, *New York Times*, 29 de noviembre de 1984, p. A5. La doctrina desde luego se aplicó de manera errática, como, por ejemplo, cuando el gobierno de Reagan intervino en América Latina, promoviendo y entrenando fuerzas anticomunistas.

²⁰ Colin Powell, *My American Journey*, Random House, Nueva York, 1995, pp. 148-149, 576-577.

²¹ “Deterring Serbian Aggression in Bosnia-Herzegovina”, memorándum confidencial de acción de Thomas M. T. Niles y Eugene McAllister al vicesecretario de Estado, Lawrence Eagleburger, 20 de abril de 1992.

²² “Ethnic Cleansing”, *Newsweek*, 17 de agosto de 1992, p. 19.

²³ “Bosnia-Herzegovina Stabilization”, memorándum confidencial de información de Thomas M. T. Niles al vicesecretario de Estado, Lawrence Eagleburger, 14 de abril de 1992.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Laura Blumenfeld, “A Sense of Resignation: The Bosnia Dissenters; Three Young Men Cut Short Their Careers on Principle”, *Washington Post*, 8 de agosto de 1993, p. F1.

²⁶ Stephen A. Holmes, “State Dept. Balkan Aides Explain Why They Quit”, *New York Times*, 26 de agosto de 1993, p. A12.

²⁷ Russell Johnston, *The Yugoslav Conflict: Chronology of Events from 30th May 1991-8th November 1993*, Defence Committee of the Western European Union, París, 1993.

²⁸ Cable confidencial del embajador Warren Zimmermann al secretario de Estado James Baker, 12 de mayo de 1992. El padre de Milosevic se suicidó en

1962; la madre, en 1973.

²⁹ En 1896, el general español Valeriano Weyler impuso ley marcial en partes de Cuba y transfirió a todos los no combatientes de ciertas zonas a campos de concentración. Destruyó las aldeas evacuadas. Cualquiera al que se encontrara fuera de los campos era considerado rebelde. En la época se calculaba que hasta 400 000 o 500 000 fueron asesinados en los campos, pero cálculos más recientes sugieren que un cuarto de la suposición original podría ser más exacto. Los generales Frederick Roberts y Horatio Kitchener organizaron campos de concentración en Sudáfrica como parte de sus tácticas de tierra quemada contra los bóers. En un esfuerzo por contrarrestar las tácticas guerrilleras de los bóers, y crear un frente militar mejor definido, los británicos comenzaron a destruir las granjas bóers y a trasladar a los habitantes a campos. La enfermedad hizo estragos en éstos. Los cálculos de los muertos en ellos han oscilado entre 18 000 y 28 000. Véase S. B. Spies, *Methods of Barbarism: Roberts and Kitchener and Civilians in Boer Republics*, Human & Rousseau, C. del Cabo, 1977, p. 148; Thomas Packenham, *The Boer War*, Random House, Nueva York, 1993, p. 287.

³⁰ Mark Danner, “America and the Bosnia Genocide”, *New York Review of Books*, 4 de diciembre de 1997, p. 64.

³¹ Vulliamy, *Seasons in Hell*, p. 201.

³² Roy Gutman, “Prisoners of Serbia’s War”, *Newsday*, 19 de julio de 1992, p. 7.

³³ Roy Gutman, “Like Auschwitz”, *Newsday*, 21 de julio de 1992.

³⁴ Roy Gutman, “If Only They Could Flee”, *Newsday*, 26 de julio de 1992; Roy Gutman, “There Is No Food, There Is No Air”, *Newsday*, 19 de julio de 1992, p. 39.

³⁵ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 3 de agosto de 1992. Cursivas mías.

³⁶ *Developments in Yugoslavia and Europe—August 1992*, audiencia ante la Subcomisión de Europa y Medio Oriente de la Comisión de Asuntos Extranjeros, Cámara de Diputados, 102 Congr., 2ª ses., 4 de agosto de 1992, p. 5.

³⁷ Don Oberdorfer, “State Dept. Backtracks on Atrocity Reports; Calls for Action on Serb Camps Rise”, *Washington Post*, 5 de agosto de 1992, p. A1.

³⁸ Warren Strobel, *Late-Breaking Foreign Policy*, U.S. Institute for Peace, Washington, 1997, p. 150.

³⁹ *Developments in Yugoslavia and Europe—August 1992*, p. 14.

⁴⁰ R. W. Apple Jr., “State Dept. Asks War Crimes Inquiry into Bosnia Camps”, *New York Times*, 6 de agosto de 1992, p. A1; Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 5 de agosto de 1992.

⁴¹ Judy Keen, “Bush Blames ‘Sleaze’ for Lag in Polls”, *USA Today*, 5 de agosto de 1992, p. A1.

⁴² Timothy Clifford, “Clinton, Gore Slam Foreign Failures”, *Newsday*, 6 de agosto de 1992, p. 17.

⁴³ Clifford Krauss, “U.S. Backs Away from Charge of Atrocities in Bosnia Camps”, *New York Times*, 5 de agosto de 1992, p. A12.

⁴⁴ “Clinton-Gore on the Road Again”, *Inside Politics*, CNN, 5 de agosto de 1992.

⁴⁵ Krauss, “U.S. Backs Away from Charge of Atrocities”.

⁴⁶ Nigel Baker, “Sending in the Troops”, *RTNDA Communicator*, febrero de 1996, p. 25, citado por Susan Moeller, *Compassion Fatigue: How the Media Sell Disease, Famine, War, and Death*, Routledge, Nueva York, 1999, p. 267.

⁴⁷ Richard Sobel, *The Impact of Public Opinion on U.S. Foreign Policy Since Vietnam: Constraining the Colossus*, Oxford University Press, Oxford, 2001, p. 183.

⁴⁸ “Rescue Bosnia”, *The New Republic*, 17 y 24 de agosto de 1992, p. 7.

⁴⁹ Jon Western, “Warring Ideas: Explaining U.S. Military Intervention in Regional Conflicts”, tesis doctoral, Universidad de Columbia, 2000, p. 300; *Network Evening News Abstracts*, Television News Archives, Vanderbilt University.

⁵⁰ Joel Brand, Karen Breslav y Rod Norland, “Life and Death in the Camps”, *Newsweek*, 17 de agosto de 1992, p. A18.

⁵¹ Citado por Susan Moeller, *Compassion Fatigue*, p. 269.

⁵² “Europe’s Trail of Tears”, *U.S. News and World Report*, 27 de julio de 1992, p. 42.

⁵³ “Atrocity in Bosnia”, *Washington Post*, 3 de agosto de 1992, p. A18.

⁵⁴ “Milosevic Isn’t Hitler, But...”, *New York Times*, 4 de agosto de 1992, p. A18; “What Goes on in Bosnia’s Camps?”, *Chicago Tribune*, 6 de agosto de 1992, sec. 1, p. 24.

⁵⁵ “Stop the Death Camps: An Open Letter to World Leaders”, *New York Times*, 5 de agosto de 1992, p. A14.

⁵⁶ “Atrocity and Outrage”, *Time*, 17 de agosto de 1992.

⁵⁷ Anthony Lewis, “Yesterday’s Man”, *New York Times*, 3 de agosto de 1992, p.

A19.

⁵⁸ Ruth Marcus y Barton Gelman, “Bush Pushes for Access to Serb Camps But Is Wary of Getting Bogged Down”, *Washington Post*, 8 de agosto de 1992, p. A15. Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 7 de agosto de 1992.

⁵⁹ Richard Holbrooke, *To End a War*, Random House, Nueva York, 1998, p. 36.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 39.

⁶¹ *Ibid.*, p. 42.

⁶² Apenas en octubre de 1992 se le asignó a Inteligencia la tarea de compilar evidencia de crímenes de lesa humanidad. Anteriormente habían juntado imágenes, pero sólo para resguardarse de la posibilidad de que se enviaran fuerzas militares estadounidenses a la región. Habían averiguado el número de tropas serbias, los detalles de su emplazamiento y el orden habitual de su doctrina de lucha. Si una imagen no ayudaba a responder a estas preguntas, se catalogaba y archivaba.

⁶³ Richard Sobel, *Impact of Public Opinion*, p. 185.

⁶⁴ Comisión de Asuntos Extranjeros de Diputados, audiencia de la Subcomisión para Europa y Medio Oriente, *Developments in Yugoslavia*, 4 de agosto de 1992.

⁶⁵ Transcripción de conferencia de prensa del presidente Bush, “Situation in Bosnia-Her-egovina, from Kennebunkport, Maine”, Servicio Federal de Noticias, 8 de agosto de 1992.

⁶⁶ Western, “Warring Ideas”, p. 304.

⁶⁷ Entrevista, *Newsmaker Saturday*, CNN, 1 de agosto de 1992.

⁶⁸ Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 6 de agosto de 1992.

⁶⁹ Departamento de Estado, *Dispatch Supplement*, septiembre de 1992, p. 14.

⁷⁰ Mark Danner, “Clinton, the UN, and the Bosnian Disaster”, *New York Review of Books*, 18 de diciembre de 1997, p. 66, que cita “Method to the Madness”, documento de decisión, Centro de Políticas de Seguridad, Washington, 2 de octubre de 1992, p. 3.

⁷¹ “News Conference with President Bush”, Servicio Federal de Noticias, 7 de agosto de 1992.

⁷² Barton Gellman, “Defense Planners Making Case Against Intervention in Yugoslavia”, *Washington Post*, 13 de junio de 1992, p. A16; Eric Schmitt,

“Conflict in the Balkans: Bush Calls Allies on a Joint Effort to Help Sarajevo”, *New York Times*, 29 de junio de 1992, p. A6.

⁷³ Audiencia de la Comisión de las fuerzas armadas del Senado, “Situation in Bosnia and Appropriate US and Western Responses”, Servicio Federal de Noticias, 11 de agosto de 1992.

⁷⁴ Western, “Warring Ideas”, p. 287.

⁷⁵ Después de la fallida intervención estadounidense en Somalia, en que cayeron 18 soldados en una lucha en Mogadishu, el cuco pasó a conocerse como “Vietmalia”.

⁷⁶ Laura Silber y Bruce Clark, “US Threatens Serbs with Tougher Bombing Action: Attacks on Bihac Continue Despite NATO Raid on Airfield”, *Financial Times*, Londres, 23 de noviembre de 1994, p. 28.

⁷⁷ Roger Cohen, “NATO and the U.N. Quarrel in Bosnia as the Serbs Press on”, *New York Times*, 27 de noviembre de 1994, sec. 1, p. 1.

⁷⁸ John Burns, “Nationalist Says Serbs’ Rejection of Pact Means the End of Bosnia”, *New York Times*, 17 de mayo de 1993, p. A1.

⁷⁹ Michael Gordon, “Powell Delivers a Resounding No on Using Limited Force in Bosnia”, *New York Times*, 28 de septiembre de 1992, p. A1. La comisión de redactores del *New York Times* respondió que “la guerra Bosnia no es una pelea limpia y no es guerra. Es una carnicería [...] El presidente Bush le debería decir al general Powell lo que el presidente Lincoln le dijo una vez al general McClellan: ‘Si usted no quiere usar el ejército, me gustaría tomarlo prestado un ratito’”. *New York Times*, “At Least Slow the Slaughter”, 4 de octubre de 1992, p. A16.

⁸⁰ Colin L. Powell, “Why Generals Get Nervous”, *New York Times*, 8 de octubre de 1992, p. A35.

⁸¹ Zimmermann, *Origins of a Catastrophe*, p. 170.

⁸² Las tres redes mencionaron Somalia en sólo 15 notas antes de la decisión de Bush de hacer participar a Estados Unidos en el puente aéreo. Véase Strobel, *Late-Breaking Foreign Policy*, p. 132.

⁸³ Western, “Warring Ideas”, p. 309, en que cita datos de *Network Evening News Abstracts*, Television News Archives, Vanderbilt University.

⁸⁴ Don Oberdorfer, “Aide Resigns over Balkan Policy; Administration’s Handling of Civil War Decried as ‘Ineffective’”, *Washington Post*, 26 de agosto de 1992, p. A1.

⁸⁵ Mary Battiata, “War of the Worlds”, *Washington Post Magazine*, 30 de

junio de 1996, p. 8.

⁸⁶ Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 6 de agosto de 1992.

⁸⁷ Steven Kull y I. M. Destler, *Misreading the Public: The Myth of a New Isolationism*, Brookings Institution, Washington, 1999, p. 5.

⁸⁸ Resolución 780 del Consejo de Seguridad de la ONU, 6 de octubre de 1992.

⁸⁹ Lawrence Eagleburger, declaración en la Conferencia internacional para la ex Yugoslavia, Ginebra, Suiza, 16 de diciembre de 1992. Véase también Elaine Sciolino, “US Names Figures It Wants Charged with War Crimes”, *New York Times*, 17 de diciembre de 1992, p. A1.

⁹⁰ También incluía a Borislav Herak, un serbiobosnio que confesó haber matado a más de 230 civiles; Drago Prcac, el jefe de Omarska; y Adem Delic, comandante del campo Celibici, de los croatas.

⁹¹ Elaine Sciolino, “US Names Figures”.

⁹² Richard Johnson, “The Pinstripe Approach to Genocide”, en Stjepan G. Mestrovic (ed.), *The Conceit of Innocence: Losing the Conscience of the West in the War Against Bosnia*, Texas A&M University Press, College Station, Tx., 1997, pp. 66-67.

⁹³ Resolución A/47/121 del 18 de diciembre de 1992, de la Asamblea General de la ONU; aprobado con 102 votos (incluido el de Estados Unidos) a favor, o en contra y 57 abstenciones. La porción que acusa de genocidio a las fuerzas serbias y montenegrinas está oculta en un párrafo del preámbulo.

⁹⁴ Patricia Diaz Dennis, vicesecretaria de Estado para derechos humanos y asuntos humanitarios, comunicado especial del Departamento de Estado acerca del informe al Congreso sobre la práctica de derechos humanos en 1992, Servicio Federal de Noticias, 19 de enero de 1993.

⁹⁵ Sobel, *Impact of Public Opinion*, p. 185.

⁹⁶ Anthony Lake y Roger Morris, “The Human Reality of Realpolitik”, *Foreign Policy*, núm. 4, otoño de 1971, p. 158.

⁹⁷ Holbrooke, *To End a War*, p. 50.

⁹⁸ Marshall Harris, “Clinton’s Debacle in Bosnia”, en Mestrovic (ed.), *The Conceit of Innocence*, p. 241.

⁹⁹ *Ibid.*

¹⁰⁰ Comunicado de prensa del Departamento de Estado, conferencia de prensa y declaración del secretario de Estado Warren Christopher, “New Steps Toward

Conflict Resolution in the Former Yugoslavia”, 10 de febrero de 1993, Oficina de Asuntos Públicos del Departamento, Washington.

¹⁰¹ Citado por John Darnton, “Does the World Still Recognize a Holocaust?”, *New York Times*, 25 de abril, sec. 4, p. 1. Me dijo Wiesel que no había tenido otra opción que improvisar, pues el discurso que preparó para la ceremonia de inauguración se mojó en un chaparrón, volviéndose ilegible.

¹⁰² Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 23 de abril de 1993.

¹⁰³ Audiencia de la Subcomisión de Operaciones Extranjeras de la Comisión de Apropiación del Senado, Servicio Federal de Noticias, 30 de marzo de 1993.

¹⁰⁴ También se preguntaban si podrían haber hecho más por proteger a sus seres queridos y se sentían culpables por haberse salvado. De los 650 hombres, mujeres y niños de Italia entregados a Auschwitz junto con Primo Levi, él fue uno de los únicos tres sobrevivientes. En 1986, antes de su presunto suicidio, escribió que su vergüenza de sobrevivir “anidaba en la profundidad como un gusano de la madera; aunque no se vea desde afuera, roe y raspa”. En su último libro Levi escribió que “no se puede excluir. No es más que una suposición, no, la sombra de una suposición: que cada hombre es el Caín de su hermano, que cada uno de nosotros [...] ha usurpado el lugar de su vecino, y vivido en vez de él”. *The Drowned and the Saved*, Summit Books, Nueva York, 1986, pp. 81-82.

¹⁰⁵ Audiencia de la Subcomisión de Operaciones Internacionales de la Comisión de Asuntos Extranjeros de Diputados, Servicio Federal de Noticias, 1 de abril de 1993.

¹⁰⁶ Los firmantes fueron Marshall Harris, Janet Bogue, Eric Rubin, Gordana Earp, Jon Benton, Jim Moriarty, Brady Kiesling, Ellen Conway, Scott Thompson, Drew Mann, John Menzies y Mirta Alvarez. Véase Michael R. Gordon, “12 in State Department Ask Military Move Against the Serbs”, *New York Times*, 23 de abril de 1993, p. A1. Jim Hooper, John Fox, y Richard Johnson no firmaron la carta porque técnicamente no se ocupaban de la región. A Johnson lo había contratado por un año el diputado McCloskey, en cuya oficina estaba empleado.

¹⁰⁷ Margaret Thatcher, en una entrevista para la televisión en la BBC, 13 de abril de 1993, como relata Marion Finlay, “Thatcher Sparks Row over Bosnia”, *Toronto Star*, 14 de abril de 1993. William Safire, “Clinton Abdicates as Leader”, *New York Times*, 27 de julio de 1995, p. A23.

¹⁰⁸ Joseph R. Biden Jr., *To Stand Against Aggression: Milosevic, The Bosnian*

Republic, and the Conscience of the West, informe preparado para la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, 103 Congr., 1ª ses., 4 de agosto de 1993, impresión de la comisión, 103-5, p. 3.

¹⁰⁹ Robert Kaplan, *Balkan Ghosts: A Journey Through History*, St. Martin's Press, Nueva York, 1993.

¹¹⁰ Bob Dole, "Bosnia: It's Not Too Late; A Plan for Military and Diplomatic Action", *Washington Post*, 1 de agosto de 1993, p. C3.

¹¹¹ Audiencia sobre el papel de Estados Unidos en Bosnia, de la Comisión de las Fuerzas Armadas del Senado, Servicio Federal de Noticias, 7 de junio de 1995.

¹¹² Charles Krauthammer, "War and Public Opinion", *Washington Post*, 11 de enero de 1991, p. A21.

¹¹³ Richard Morin, "Two Ways of Reading the Public's Lips on Gulf Policy; Differently Phrased Questions Seem at First Glance to Yield Contradictory Results", *Washington Post*, 14 de enero de 1991, p. A9.

¹¹⁴ Paul Taylor y Richard Morin, "Poll Finds Americans Back U.S. Response, but Warily", *Washington Post*, 10 de agosto de 1990, p. A1.

¹¹⁵ Ronald Brownstein, "The Times Poll: Americans More Wary About the Prospect of War", *Los Angeles Times*, 16 de noviembre de 1990, p. A1. Los guarismos de las encuestas son notorias por su falta de confiabilidad, pues la mayoría de los estadounidenses prefiere contestar: "No, pero...", o "Sí, mientras...". Sin embargo, pueden dar alguna idea del estado de ánimo del público.

¹¹⁶ Durante los conflictos de Vietnam y Corea, la oposición a la guerra creció 15% cuando el número de bajas llegó a 1 000, y otro 15% cuando llegó a 10 000.

¹¹⁷ Ronald Brownstein, "The Times Poll; Americans Back Bush Decision Overwhelmingly", *Los Angeles Times*, 19 de enero de 1991, p. A1. El apoyo a la guerra de Corea nunca superó 66%, mientras que en el caso de Vietnam llegó a un pico en agosto de 1965 y se redujo en forma sistemática a medida que aumentaban las bajas. En 1973 sólo 29% estaba a favor. Richard Morin, "Backing for War, Bush Role Grows with Ground Attack", *Washington Post*, 26 de febrero de 1991, p. A6.

¹¹⁸ Elizabeth Drew, *On the Edge: The Clinton Presidency*, Simon and Schuster, Nueva York, 1994, p. 153.

¹¹⁹ Entrevista a Warren Christopher, *Face the Nation*, CBS, 28 de marzo de 1993.

¹²⁰ Entrevista a Warren Christopher, *Nightline*, ABC, 25 de mayo de 1993.

¹²¹ Dick Morris, *Behind the Oval Office: Winning the Presidency in the Nineties*, Random House, Nueva York, 1997, p. 253.

¹²² Johnson, "The Pinstripe Approach to Genocide", p. 70.

¹²³ Anna Husarska, "Tough on Crime, Murky on Genocide", *Los Angeles Times*, 16 de febrero de 1994.

¹²⁴ Audiencia de la Comisión de Asuntos Extranjeros de Diputados, Servicio Federal de Noticias, 18 de mayo de 1993.

¹²⁵ Johnson, "The Pinstripe Approach to Genocide", p. 72. En junio de 1993 Estados Unidos se adhirió a un pedido de la Conferencia Mundial para los Derechos Humanos de la ONU al Consejo de Seguridad de la ONU de "dar los pasos necesarios para poner fin al genocidio en Bosnia y Herzegovina".

¹²⁶ "An Officer and Nerve Shock", *Times*, Londres, 31 de julio de 1917, p. 8.

¹²⁷ John Gannan, subdirector de Inteligencia de la CIA, "Ethnic Cleansing and Atrocities in Bosnia", deposición ante una audiencia conjunta de la Comisión de Relaciones Exteriores, y la Comisión Selecta de Inteligencia del Senado, Servicio Federal de Noticias, 7 de agosto de 1995. El mismo mes en que la CIA dio este informe, el ejército de Croacia se apoderó de territorio en Krajina, región fronteriza del país, que había sido tomada en la guerra de 1991 por fuerzas serbias. En el operativo de tres días, Croacia expulsó por la fuerza, o causó que huyeran por temor, a 200 000 serbios.

¹²⁸ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 21 de julio de 1993.

¹²⁹ John F. Burns, "Thousands of Shells Hit Sarajevo as Serbian Units' Pincers Close In", *New York Times*, 24 de julio de 1993, p. A1.

¹³⁰ James C. Thomson Jr., "How Could Vietnam Happen? An Autopsy", *Atlantic Monthly*, abril de 1968, p. 49; Michael Crozer, *The Bureaucratic Phenomenon*, University of Chicago Press, Chicago, 1964. Véase Albert O. Hirschman, *Rhetoric of Reaction: Perversity, Futility, Jeopardy*, Belknap Press, Cambridge, Mass., 1991, p. 115. Thomson mismo se fue del CSN en 1966 en lo que describió como una "partida confusa" típica. Debido a una combinación de frustración y fatiga, le llevó tiempo expresar su parecer. En mayo de 1967, al dictar cátedra en la Universidad de Harvard, escribió una carta memorable al *New York Times* en la que declaraba que las personalidades de Washington tenían una encumbrada obligación, "pues la mayor potencia del mundo posee un poder que le es negado a las demás: el poder de tomar medidas unilaterales, y de

seguir tomándolas; el poder de ser lo más ingeniosa e implacable en la búsqueda de la paz como lo somos en el causar dolor; el poder de perder imagen; el poder de reconocer el error y el poder de actuar con magnanimidad”. James Thomson, “Alternatives Rejected”, *New York Times*, 4 de junio de 1967, p. E13. La observación de Thomson sería un epígrafe apropiado para este libro.

¹³¹ Hirschman describió la actitud oficial del gobierno de “mi país, acertado o equivocado” y su reticencia a retirarse y así abandonar su país en el momento en que más le hace falta arreglar. Escribió que la actitud puede llegar a ser “cuanto más equivocado, más mío”. Los burócratas a menudo ven la opción no como entre hablar o irse, sino como entre tener voz dentro del sistema y no tenerla fuera. Véase Hirschman, *Rhetoric of Reaction*, pp. 39, 104.

¹³² Michael Gordon, “A State Dept. Aide on Bosnia Resigns on Partition Issue”, *New York Times*, 5 de agosto de 1993, pp. A1, A11.

¹³³ Conferencia de prensa, Congreso, Servicio Federal de Noticias, 5 de agosto de 1993.

¹³⁴ Gordon, “A State Dept. Aide on Bosnia Resigns”.

¹³⁵ Steven Walker, Carta de dimisión, Servicio Federal de Noticias, 23 de agosto de 1993.

¹³⁶ Steven A. Holmes, “State Dept. Expert on Croatia Resigns to Protest Policy in Balkans”, *New York Times*, 24 de agosto de 1993, p. A6. También el secretario de Prensa de Clinton, Dee Dee Myers, dijo: “Creo que el presidente entiende a la gente que, por una cuestión de conciencia, siente que le corresponde renunciar”. Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 25 de agosto de 1993.

¹³⁷ Elizabeth Drew, *On the Edge*, p. 150.

¹³⁸ Véase Mark Bowden, *Black Hawk Down: A Story of Modern War*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 1999.

¹³⁹ Perry, 9 de marzo de 1995, mencionado en Sobel, *Impact of Public Opinion*, p. 225.

¹⁴⁰ Audiencia de la Comisión de Asuntos Extranjeros de Diputados acerca del presupuesto de ayuda al exterior para el año fiscal 1994, Servicio Federal de Noticias, 18 de mayo de 1993.

¹⁴¹ Audiencia de la Subcomisión para Europa y Medio Oriente, de la Comisión de Asuntos Extranjeros de Diputados, Servicio Federal de Noticias, 15 de septiembre de 1993.

¹⁴² Toby Gati al secretario de Estado Warren Christopher, “Legal Analysis”, 1993, p. 2. Desclasificado como anexo al memorándum del 18 de mayo de 1994, de Joan Donohue, de la Oficina de Asesoría Legal a un número de despachos del Departamento de Estado acerca de la existencia de un posible genocidio legal en Ruanda.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 3. Cursivas mías.

¹⁴⁴ *Ibid.*

¹⁴⁵ Johnson, “The Pinstripe Approach to Genocide”, p. 69; Frank McCloskey, “Christopher, Resign”, *New York Times*, 24 de octubre de 1993, sec. 4, p. 15.

¹⁴⁶ Audiencia de la Comisión de Asuntos Extranjeros de Diputados sobre el Acuerdo Estadunidense de Libre Comercio (NAFTA), Servicio Federal de Noticias, 5 de noviembre de 1993.

¹⁴⁷ *Ibid.*

¹⁴⁸ McCloskey mencionó Bosnia en una audiencia en 1992, ocho en 1993 y seis en 1994.

¹⁴⁹ Jason Vest, “Battle Cry of the Anti-War Congressman”, *Washington Post*, 19 de febrero de 1994, p. G1.

¹⁵⁰ Comunicado de la Casa Blanca, “Statement by President Clinton Regarding Proposals to Deal with Situation in Bosnia”, Servicio Federal de Noticias, 9 de febrero de 1994.

¹⁵¹ Dick Kirschten, “How Will Bosnia Play This Fall?”, *National Journal*, 5 de febrero de 1994, p. 336; y Vest, “Battle Cry of the Anti-War Congressman”.

¹⁵² Kirschten, “How Will Bosnia Play This Fall?”

¹⁵³ Resolución 827 del Consejo de Seguridad de la ONU, 25 de mayo de 1993.

¹⁵⁴ Michael P. Scharf, *Balkan Justice: The Story Behind the First International War Crimes Tribunal Since Nuremberg*, Carolina Academic Press, Durham, N.C., 1997, p. 54.

¹⁵⁵ Anna Husarska, “Weak Voices”, *New York Times*, 25 de julio de 1995, p. A14.

¹⁵⁶ Michael Adler, “Owen Fears Beirut-Style Division of Sarajevo”, *Agence France-Presse*, 19 de diciembre de 1992.

¹ Memorandum de la vicesubsecretaria de Estado Prudence Bushnell, a través del subsecretario de Estado para Asuntos Políticos Peter Tarnoff, al secretario de Estado Warren Christopher, “Death of Rwanda and Burundi Presidents in Plane Crash Outside Kigali”, 6 de abril de 1994. Los documentos sobre Ruanda se entregaron a Will Ferroggiaro del Archivo de Seguridad Nacional en virtud de la Ley de Libertad de Información.

² Alison des Forges, “The Method in Rwanda’s Maddness; Politics, Not Tribalism, Is the Root of the Bloodletting”, *Washington Post*, 17 de abril de 1994, p. C2.

³ James Woods, entrevista, “The Triumph of Evil”, *Frontline*, PBS, 26 de enero de 1999, p. 15; puede accederse en <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/evil/interviews/woods.html>. El *Interahamwe*, que significa “los que atacan juntos”, eran milicianos extremistas hutus apoyados por el partido Movimiento Revolucionario Nacional por el Desarrollo, que colaboró en la organización de la matanza de civiles tutsis.

⁴ Cita Linda Melvern, *A People Betrayed: The Role of the West in Rwanda’s Genocide*, Zed Books, Londres, 2000, p. 71.

⁵ Alison des Forges, *Leave None to Tell the Story: Genocide in Rwanda*, Human Rights Watch, Nueva York, 1999, pp. 207-208.

⁶ *Ibid*, p. 212.

⁷ Los canadienses se muestran siempre muy dispuestos para las tareas de resguardar la paz internacional. Aproximadamente 80% de los encuestados en 1994 estaba a favor de la participación de fuerzas canadienses en la intervención armada de la ONU. Un estudio de 1998 dio la cifra de 82%. National Defense Headquarters, “Canadians on Defense”, abril de 1988.

⁸ Alison des Forges, *Leave None to Tell the Story*, pp. 96-179; Naciones Unidas, *Report of the Independent Inquiry into the Actions of the United Nations During the 1994 Genocide in Rwanda*, núm. de doc. ONU A/54/549, 15 de diciembre de 1999, pp. 3-11, 47-52; Organización de Unidad Africana, Panel Internacional de Personalidades Eminentes para la Investigación del Genocidio de 1994 en Ruanda y Hechos Anexos, *Rwanda: The Preventable Genocide*, Organización de Unidad Africana, 2000, cap. 7.

⁹ Documento de información sobre Ruanda del FMI, 1992, artículo IV, “Consultations and Discussions on a Second Annual Arrangement”, 14 de mayo de 1992, entregado a Linda Melvern y citado en *A People Betrayed*, pp. 64-65.

¹⁰ Africa Watch, Federación Internacional de Ligas pro Derechos Humanos, Unión Interafricana pro Derechos Humanos y Populares, y el Centro Internacional pro Derechos Humanos y Desarrollo Democrático, *Report of the International Commission of Investigation of Human Rights Violations in Rwanda Since October 1, 1990*, París, 1993.

¹¹ Naciones Unidas, *Report of the Independent Inquiry*, pp. 3-4. Véase también el informe de B. W. Ndiaye, enviado especial, acerca de su misión en Ruanda, 8-17 de abril de 1993, *Extrajudicial, Summary, or Arbitrary Executions*, E/CN.4/1994/7/Add.1, Naciones Unidas, Ginebra, 1993.

¹² Organización de Unidad Africana, *Rwanda: The Preventable Genocide*, cap. 9, p. 5.

¹³ Reimpreso y traducido en African Rights, *Rwanda: Death, Despair, and Defiance*, A.R., Nueva York, 1995, pp. 42-43. Los mandamientos en realidad se referían a “Muhutu” y “Mututsi” para el singular, y “Bahutu” y “Batutsi” para el plural. He omitido los prefijos aquí.

¹⁴ oua, *Rwanda: The Preventable Genocide*, cap. 9, p. 4, que cita a la Fédération Internationale des Ligues des Droites de l’Homme, informe sobre Ruanda de marzo de 1993, pp. 24-25.

¹⁵ El informe de HRW de Alison des Forges, *Leave None to Tell the Story*, incluye 32 páginas de advertencias tempranas previas a abril de 1994. El informe de la OUA afirmaba: “Si el resto del mundo era incapaz de contemplar que podrían llegar tan lejos, sin duda se sabía que estaban dispuestos a ir a muy grandes extremos”; OUA, *Rwanda: The Preventable Genocide*, cap. 9, p. 3.

¹⁶ Resolución 827 del Consejo de Seguridad de la ONU, 5 de octubre de 1993.

¹⁷ De 1956 a 1977 las Naciones Unidas pusieron en práctica apenas 10 operativos de paz; de 1978 a 1987 fue una sola. Pero en los turbulentos años antes de 1994, el Consejo de Seguridad autorizó 20 misiones.

¹⁸ Bob Dole, “Peacekeeping and Politics”, *New York Times*, 24 de enero de 1994, p. A15. Dole señaló que el Consejo de Seguridad, con el beneplácito de Estados Unidos, había iniciado, continuado o extendido operativos de paz en Mozambique, en la frontera entre Irak y Kuwait, Somalia, Georgia, Chipre, El Salvador, Haití, Ruanda, la ex Yugoslavia y Liberia. Al único país al que le dijo que no, señaló Dole, fue a Burundi. El proyecto de Potencias para la Paz que presentó al día siguiente habría impedido que tropas estadounidenses sirvieran bajo mando extranjero en operativos de la ONU: “A nuestros militares se les

debería pedir que arriesguen sus vidas sólo por los intereses estadounidenses, en operativos comandados únicamente por jefes estadounidenses”. El proyecto también exigía que la Casa Blanca consultara más al Congreso antes de votar por intervenciones en el Consejo de Seguridad. E instaba a que se avisara a la ONU que Estados Unidos no continuaría pagando 31.7% de los costos de las misiones de paz, ni sometiéndose a “los distorsionados métodos de contabilidad de la ONU”.

¹⁹ “The Clinton Administration’s Policy on Reforming Multilateral Peace Operations”, directiva presidencial de decisiones núm. 25, 3 de mayo de 1994.

²⁰ Jim Wold, “Clinton Moves to Limit UN Peacekeeping Role”, Reuters, 5 de mayo de 1994. Otro funcionario del Pentágono describió la nueva política como: “Sólo vamos a ir adonde no hagamos falta”; Woods, entrevista en *Frontline*.

²¹ Woods, entrevista en *Frontline*.

²² Romeo Dallaire, “The End of Innocence: Rwanda 1994”, *Hard Choices: Moral Dilemmas in Humanitarian Intervention* en Jonathan Moore (ed.), Rowman & Littlefield, Lanham, Md., 1998, pp. 71-86.

²³ Philip Gourevitch, *We Wish to Inform You That Tomorrow We Will Be Killed with Our Families: Stories from Rwanda*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1998, pp. 104-107.

²⁴ Iqbal Riza, entrevista, “The Triumph of Evil”, *Frontline*, PBS, 26 de enero de 1999. Puede consultarse en <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/evil/interviews/riza.html>.

²⁵ El *New York Times* publicó una breve nota que sólo describía “violencia entre los grupos étnicos tutsi y hutu”; “New Government Is Delayed as Violence Rocks Rwanda”, 24 de febrero de 1994, p. A13.

²⁶ Naciones Unidas, *Report of the Independent Inquiry*, p. 9.

²⁷ Cable confidencial, prioritario de la embajada estadounidense en Kigali al Departamento de Estado, 24 de marzo de 1994.

²⁸ En el segundo informe sobre Unamir del secretario general, dado a conocer una semana antes del comienzo de las matanzas masivas, escribió: “La continuación del apoyo a la Unamir dependería de la aplicación plena e inmediata del Acuerdo de Paz de Arusha entre las partes. La presencia de las Naciones Unidas puede justificarse únicamente si las partes demuestran la voluntad política necesaria para atenerse a sus compromisos y aplicar el acuerdo”. “Second Progress Report of the Secretary-General on the United

Nations Assistance Mission for Ruanda”, S, 1994, 360, 30 de marzo de 1994.

²⁹ Alison des Forges, *Leave None to Tell the Story*, pp. 19, 599; Naciones Unidas, *Report of the Independent Inquiry*, p. 27.

³⁰ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 8 de abril de 1994.

³¹ *Meet the Press*, NBC, 10 de abril de 1994.

³² *Face the Nation*, CBS, 10 de abril de 1994.

³³ Citado en OUA, *Rwanda: The Preventable Genocide*, cap. 10, sec. 15.

³⁴ Alison des Forges, *Leave None to Tell the Story*, p. 22.

³⁵ Memorandum confidencial del vicesecretario de Defensa para Medio Oriente/África James Woods, a través del vicesecretario de Defensa para Asuntos de Seguridad Internacional, Chas Freeman, para el subsecretario de Defensa para la Política Frank Wisner, “Talking Points on Rwanda/Burundi”, 11 de abril de 1994.

³⁶ *CNN News*, 7 de abril de 1994.

³⁷ *Weekend Edition*, NPR, 9 de abril de 1994.

³⁸ *All Things Considered*, NPR, 9 de abril de 1994.

³⁹ Keith B. Richburg, “Slayings Put Rwanda in Chaos; Clerics, Foreigners Among Casualties; Americans to Leave”, *Washington Post*, 9 de abril de 1994, p. A1.

⁴⁰ Robert McFadden, “Western Troops Arrive in Rwanda to Aid Foreigners”, *New York Times*, 10 de abril de 1994, sec. 1, p. A1.

⁴¹ Keith B. Richburg, “Westerners Begin Fleeing Rwanda; 170 Americans Leave by Convoy”, *Washington Post*, 10 de abril de 1994, p. A1.

⁴² William Schmidt, “Refugee Missionaries from Rwanda Speak of Their Terror, Grief, and Guilt”, *New York Times*, 12 de abril de 1994, p. A6.

⁴³ Donatella Lorch, “Strife in Rwanda: Evacuation; American Evacuees Describe Horrors Faced by Rwandans”, *New York Times*, 11 de abril de 1994, p. A1.

⁴⁴ “Tribes Battle for Rwandan Capital, New Massacres Reported”, *New York Times*, 16 de abril de 1994, p. A5.

⁴⁵ Otros grupos también respondieron sin demora. El 21 de abril la Federación Internacional pro Derechos Humanos declaró que las matanzas eran genocidio. Instituciones oficiales y estados comenzaron a seguir el ejemplo. El papa usó la palabra por primera vez el 27 de abril; el mismo día, checos y argentinos

presentaron un proyecto de resolución al Consejo de Seguridad que decididamente incluía el término; y Boutros-Ghali declaró un “real genocidio” en *Nightline*, de ABC, el 4 de mayo de 1994.

⁴⁶ Julia Preston, “Death Toll in Rwanda Is Said to Top 100 000; U.N. Votes to Pull out Most Peacekeepers”, *Washington Post*, 22 de abril de 1994, p. A1.

⁴⁷ Jennifer Parmelee, “Fade to Blood: Why the International Answer to the Rwandan Atrocities Is Indifference”, *Washington Post*, 24 de abril de 1994, p. C3.

⁴⁸ “Aid Agency Fears Genocide Under Way in Rwanda”, Press Association Newsfile, 28 de abril de 1994.

⁴⁹ Linda Melvern y citado en *A People Betrayed*, p. 177.

⁵⁰ Memorándum confidencial a la embajadora Albright de John S. Boardman, a través del embajador Walker, “Subject: Your Meeting with Rwandan Patriotic Front (RPF), Representative Claude Dusaidi, Thursday April 28, 3:00 P.M.”, 28 de abril de 1994.

⁵¹ El 8 de abril Dallaire había advertido que una implacable campaña de “limpieza étnica y terror” estaba en marcha. Riza recordó: “No hubo referencia a un genocidio en ciernes [...] Este término de matanzas étnicas y limpieza étnica había estado ahí mucho tiempo y se adoptó, por supuesto, de Bosnia. La limpieza étnica no necesariamente significa genocidio; quiere decir terror para hacer que la gente se vaya”; Iqbal Riza, entrevista en *Frontline*, pp. 9-10.

⁵² Alison des Forges, *Leave None to Tell the Story*, p. 636.

⁵³ Despacho del Secretario de Defensa, “Secret Discussion Paper: Rwanda”, 1 de mayo de 1994. Cursivas mías.

⁵⁴ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 28 de abril de 1994, pp. 1-4.

⁵⁵ Linda Melvern, *A People Betrayed*, p. 179.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 80.

⁵⁷ Cable confidencial de Estados Unidos-ONU al secretario de Estado Warren Christopher y embajadas, 27 de abril de 1994.

⁵⁸ Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, “Statement by the President of the Security Council”, 30 de abril de 1994, S/PRST/1994/21.

⁵⁹ Memorándum secreto de la subsecretaria de Inteligencia e Investigación Toby Gati al subsecretario de Estado para Asuntos Africanos, George Moose y asesor legal Conrad Harper, “Ruanda—Violaciones del Convenio de Ginebra”, 18 de mayo de 1994.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Cable confidencial del secretario de Estado Warren Christopher a la misión estadounidense ante la ONU en Ginebra y embajadas, “Subject: UN Human Rights Commission: ‘Genocide’ at Special Session on Rwanda”, 24 de mayo de 1994.

⁶² Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 10 de junio de 1994.

⁶³ Michael R. Gordon, “U.S. to Supply 60 Vehicles for U.N. Troops in Rwanda”, *New York Times*, 16 de junio de 1994, p. A12.

⁶⁴ Rita Beamish, “Clinton Shocked at Presidents’ Death, Subsequent Violence”, Associated Press, 7 de abril de 1994.

⁶⁵ “Take Care of My Children”, *Washington Post*, 8 de abril de 1994, p. A21.

⁶⁶ Cable confidencial del secretario de Estado Warren Christopher a la misión de Estados Unidos ante la ONU, 15 de abril de 1994.

⁶⁷ Resolución 912 del Consejo de Seguridad de la ONU, 21 de abril de 1994.

⁶⁸ OUA, *Rwanda: The Preventable Genocide*, cap. 12, sec. 42.

⁶⁹ Dallaire, “The End of Innocence”, p. 82.

⁷⁰ Grupo de Trabajo Interagencial, “Secret Discussion Paper: Rwanda”, 1 de mayo de 1994.

⁷¹ *Ibid.*

⁷² Memorándum del subsecretario de Defensa para la Política, Frank Wisner, al subconsejero de Seguridad Nacional Sandy Berger, “Rwanda: Jamming Civilian Radio Broadcasts”, 5 de mayo de 1994.

⁷³ Grupo de Trabajo Interagencial, “Secret Discussion Paper: Rwanda”.

⁷⁴ “One, Two, Many Rwandas?”, *Washington Post*, 17 de abril de 1994, p. C6. El *Washington Post* publicó una carta del director ejecutivo de Amnistía Internacional, William Schultz, casi dos semanas más tarde, el 1 de mayo, “U.S. Leadership in Rwanda Crisis”, p. C6. La carta de Schultz expresaba asombro ante la suposición del *Post* de que Estados Unidos no tenía un papel que desempeña en la crisis de Ruanda. “En un desastre de tan gigantescas proporciones, es entendible que podamos sentirnos impotentes y tentados a manejar la situación mediante nuestro retiro. Debemos resistir esta tendencia, sin embargo, puesto que es precisamente ese aislamiento y esa distancia lo que nos permite aceptar como inevitable la matanza de 100 000 personas en dos semanas”. Comparó el valiente apoyo editorial del diario por la intervención en Bosnia con su timidez respecto de Ruanda: “A medida que la tragedia se despliega, uno tiene que

preguntarse por qué las atrocidades en Bosnia reciben atención de todos, mientras que la masacre de decenas de miles en un país africano provoca un colectivo lavado de manos y una retirada apresurada”. Recomendó a Estados Unidos “volcar su atención en hacer lo que puedan para aliviar la suerte de la población civil igualmente inocente e indefensa de Ruanda, cuyas vidas son merecedoras de igual protección”. Schultz instó a que Estados Unidos apoyara aumentar la presencia de la ONU, y asistiera en la evacuación de la gente de Ruanda en situación de riesgo.

⁷⁵ “Cold Choices in Rwanda”, *New York Times*, 23 de abril de 1994, p. A24.

⁷⁶ *Nightline*, ABC, 4 de mayo de 1994.

⁷⁷ Steven Livingstone y Todd Eachus, “Rwanda: U.S. Policy and Television Coverage”, Howard Adelman y Astri Suhrke (eds.), *The Path of a Genocide: The Rwanda Crisis from Uganda to Zaire*, Transaction, New Brunswick, N.J., 1999, p. 209.

⁷⁸ Paul Richter, “Rwanda Violence Stumps World Leaders; Africa: Though Clinton and Boutros Boutros-Ghali Have Made Guarded Threats, Calls for Action Have Been Eerily Absent”, *Los Angeles Times*, 30 de abril de 1994, p. A15.

⁷⁹ Kevin Merida, “TransAfrica Leader to Fast in Protest; Robinson Labels U.S. Policy on Haitians Discriminatory, Racist”, *Washington Post*, 12 de abril de 1994, p. A15.

⁸⁰ “The Month in Review”, *Current History*, septiembre de 1994, p. 293.

⁸¹ Eleanor Clift y Tom Brazaitis, *War Without Bloodshed: The Art of Politics*, Scribner, Nueva York, 1996, p. 304.

⁸² P.S.: The Autobiography of Paul Simon, Bonus Books, Chicago, 1999, pp. 340-341.

⁸³ *All Things Considered*, NPR, 22 de julio de 1994.

⁸⁴ Linda Melvern, *A People Betrayed*, pp. 202-203.

⁸⁵ Alison des Forges, *Leave None to Tell the Story*, pp. 624-625.

⁸⁶ Cable confidencial del vicesecretario de Estado Strobe Talbot a la misión estadounidense ante la ONU, 13 de mayo de 1994.

⁸⁷ Holly Burkhalter, “The Question of Genocide: The Clinton Administration”, *World Policy Journal*, invierno de 1994, p. 50.

⁸⁸ El FPR se oponía al envío de tropas, tanto por su desconfianza hacia Francia como porque los rebeldes estaban tratando de consolidar sus ganancias territoriales en el sur y en el oeste, donde se planeaba lanzar el Operativo

Turquesa.

⁸⁹ El 22 de junio de 1994 el Consejo de Seguridad, por la Resolución 929 de la ONU, autorizó a Francia a mandar una “fuerza multinacional temporal”, según el capítulo VII, a fin de establecer zonas humanitarias seguras. La duración de esta operación estaba limitada a dos meses. Alrededor de Gisenyi, antes de la llegada de los franceses, los funcionarios hutus transmitieron un mensaje a las “chicas hutus”: “Lávense y pónganse un buen vestido para darles la bienvenida a nuestros aliados franceses. Todas las chicas tutsis están muertas, así que aquí tienen su oportunidad”. Citado por Gerard Prunier, *The Rwanda Crisis: History of a Genocide*, Columbia University Press, Nueva York, 1995, p. 292.

⁹⁰ SWB/France 2 TV, 14 de julio de 1994, citado en *ibid.*, p. 297.

⁹¹ Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 15 de julio de 1994.

⁹² Consejo de Seguridad de la ONU, declaración del presidente del mismo, 25 de agosto de 1994, S/PRST/1994/48.

⁹³ “At Last, Rwanda’s Pain Registers”, *New York Times*, 23 de julio de 1994, p. A18.

⁹⁴ El teniente general estadounidense Daniel Schroeder, comandante de la fuerza de tareas para Ruanda, pareció dispuesto al principio a darle todo apoyo a Dallaire, su contraparte de la ONU. Pero luego sus jefes políticos le pusieron en claro las reglas de juego, y Schroeder se echó para atrás. “No se le permitía una sola herida, así que esencialmente ni entró en Ruanda”, recuerda Dallaire. “Era surrealista. Había ONG estadounidenses por todas partes en Ruanda. No obstante, las tropas estadounidenses no podían abandonar su base”.

⁹⁵ Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 29 de julio de 1994.

⁹⁶ Citado en Milton Leitenberg, “U.S. and UN Acts Escalate Genocide and Increase Costs in Ruanda”, en *The Prevention of Genocide: Rwanda and Yugoslavia Reconsidered*, Helen Fein (ed.), Institute for the Study of Genocide, Nueva York, 1994, pp. 41-42.

⁹⁷ Conferencia de prensa de la U.S. Information Agency, Ruanda, Servicio Federal de Noticias, 24 de agosto de 1994.

⁹⁸ Linda Melvern, *A People Betrayed*, pp. 216-217.

⁹⁹ El secretario general Kofi Annan no permitió al principio que Dallaire testificara, pero gracias a la presión pública, Annan le concedió permiso al

general para aparecer como testigo en asuntos directamente relacionados con la causa contra un alcalde de Ruanda, Jean Paul Akayesu. El permiso excluía explícitamente el intercambio de documentos y cables confidenciales entre Ruanda y la misión de la ONU en Nueva York. Daphna Shrager, un funcionario de asuntos legales de la ONU, dijo que el juicio “no es el contexto apropiado para evaluar el desempeño de un operativo de paz, la propiedad y eficacia de su mandato, sus actividades operativas y los procesos definitivos pertinentes”. “General Dallaire, Former Commander of UNAMIR, Gives Testimony Before International Criminal Tribunal for Rwanda”, comunicado de prensa L/2856, 25 de febrero de 1998, p. 2.

¹⁰⁰ Lara Santoro, “Rwanda Massacres Were Avoidable, General Says”, *Christian Science Monitor*, 27 de febrero de 1998, p. 7.

¹⁰¹ Dallaire, “The End of Innocence”, p. 79.

¹⁰² Allan Thompson, “General May Recount Rwanda Horror Again; Tribunal Likely to Recall Canadian”, *Toronto Star*, 27 de febrero de 1998, p. A1.

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ James Bennet, “Clinton Declares U.S., with World, Failed Rwandans”, *New York Times*, 26 de marzo de 1998, pp. A6, A12.

¹⁰⁵ Mike Blanchfield, “General Battles Rwanda ‘Demons’; After Witnessing the Atrocities of Genocide, Romeo Dallaire Has Had to Endure the Belgian Government’s Criticism”, *Ottawa Citizen*, 13 de diciembre de 1998, p. A3.

¹⁰⁶ Luke Fisher, “Besieged by Stress: The Horrors of Rwanda Haunt a General”, *Maclean’s*, 12 de octubre de 1998, p. 24.

¹ La rebelión a que se refirió Mladic fue un levantamiento serbio aplastado por los turcos en 1804. David Rohde, *Endgame: The Betrayal and Fall of Srebrenica, Europe's Worst Massacre Since World War II*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 1997, p. 167.

² *Ibid.*, p. 79.

³ *Ibid.*, p. 369.

⁴ Cable confidencial de la embajada estadounidense en Sarajevo al secretario de Estado Warren Christopher, 11 de julio de 1995; estos documentos fueron desclasificados por la Ley de libertad de información a pedido de Bob Silk, un abogado neoyorquino que presentó el reclamo en nombre del grupo Students Against Genocide.

⁵ Rohde, *Endgame*, p. 101.

⁶ Human Rights Watch, *Bosnia-Herzegovina: The Fall of Srebrenica and the Failure of U.N. Peacekeeping*, Human Rights Watch, Nueva York, 1995, p. 16.

⁷ Rohde, *Endgame*, p. 132.

⁸ ONU, *Report of the Secretary General Pursuant to General Assembly Resolution 53/35, The Fall of Srebrenica*, 15 de noviembre de 1999, p. 106, párr. 478.

⁹ "President Clinton's Remarks Before Meeting with Congressional Leaders", U.S. Newswire, 11 de julio de 1995.

¹⁰ ONU, *Report of the Secretary General*, p. 72, párr. 315.

¹¹ Stephen Engelberg y Tim Weiner, "Massacre in Bosnia; Srebrenica: The Days of Slaughter", *New York Times*, 29 de octubre de 1995, sec. 1, p. 1.

¹² Human Rights Watch, *The Fall of Srebrenica*, p. 20.

¹³ Engelberg y Weiner, "Massacre in Bosnia".

¹⁴ Rohde, *Endgame*, pp. 242, 256, 280.

¹⁵ *Ibid.*, p. 194.

¹⁶ Informe Internacional de DPI, boletín en internet, 12 de julio de 1995, citado en Human Rights Watch, *The Fall of Srebrenica*, p. 48. Esta propensión de la ONU a disimular sus desastres y debacles fue uno de los aspectos más feos de la misión. Los esfuerzos de Akashi en 1995 no eran más, sino los más recientes en una larga tradición de empaquetar el fracaso como éxito. En 1992, el primer año de la guerra, el teniente coronel Barry Frewer se hizo famoso por informarle a un grupo de periodistas boquiabiertos que Sarajevo no estaba sitiada, sino que el enemigo tenía "una posición tácticamente ventajosa". Cuando los serbios

tomaban territorio, quemando y saqueando casas y expulsando a los civiles de su camino, los funcionarios de la ONU decían que estaban “ajustando” la línea de confrontación. David Rieff, “Nothing Was Delivered”, *New Republic*, 1 de mayo de 2000, p. 27. Y durante ataques serbios anteriores a zonas de seguridad, los funcionarios de la ONU reiteradamente trataron de ponerle cara feliz al decreciente territorio bajo su protección, ofuscando los límites de las zonas de seguridad y declarándose poseedores de un diámetro cada vez menor bajo su autoridad. Los periodistas hacían chistes en el sentido de que los ataques serbios llevaban a esfuerzos tan predecibles de reducir sus enclaves por parte de los funcionarios de la ONU que la única definición confiable de “zona de seguridad” era “el menor espacio concéntrico al que no puede entrar una bala”.

¹⁷ ONU, *Report of the Secretary General*, p. 87, párr. 390.

¹⁸ Chris Hedges, “Balkans: ‘Srebrenica is Our Country’, Serbs Boast; Leader Rejects U.N. Demand to Return Safe Area”, *New York Times*, 13 de julio de 1995, p. A6.

¹⁹ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 12 de julio de 1995.

²⁰ Yasushi Akashi a Kofi Annan, 14 de julio de 1995.

²¹ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 12 de julio de 1995.

²² Rohde, *Endgame*, p. 225.

²³ Bob Woodward, *The Choice*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996, pp. 259-260; Chuck Lane, “The Fall of Srebrenica”, *The New Republic*, 16 de agosto de 1995, pp. 14-18.

²⁴ ONU, *Report of the Secretary General*, p. 80, párr. 350.

²⁵ Engelberg y Weiner, “Massacre in Bosnia”.

²⁶ Michael Dobbs y R. Jeffrey Smith, “New Proof Offered of Serb Atrocities; U.S. Analysts Identify More Mass Graves”, *Washington Post*, 29 de octubre de 1995, p. A1.

²⁷ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 12 de julio de 1995.

²⁸ John Pomfret, “Witnesses Allege Abuses by Serbs; Killings, Abductions Cited; Search for Missing to Begin”, *Washington Post*, 16 de julio de 1995, p. A1.

²⁹ Rohde, *Endgame*, p. 332.

³⁰ John Pomfret, “‘We Count for Nothing’; Srebrenicas Refugees Unwelcome

in Tuzla”, *Washington Post*, 15 de julio de 1995, p. A1.

³¹ Woodward, *The Choice*, pp. 262-263.

³² Memorandum de información confidencial al secretario de Estado Christopher del subsecretario de Estado para la Democracia, Derechos Humanos y Trabajo John Shattuck: “Subject: Defense of the Safe Areas in Bosnia”, 19 de julio de 1995.

³³ Human Rights Watch, *The Fall of Srebrenica*, p. 39. El testimonio contenido aquí no corresponde exactamente al de los primeros tres sobrevivientes musulmanes. La transcripción detallada de su testimonio no está disponible, pero sus experiencias correspondieron a grandes rasgos con las citadas por HRW.

³⁴ *Ibid.*, p. 44.

³⁵ Rohde, *Endgame*, p. 265.

³⁶ *Ibid.*, p. 287.

³⁷ *Ibid.*, p. 326. Un rehén holandés manifestó al diario croata *Slobodna Dalmacija* [Dalmacia Independiente], el 25 de julio de 1995, haber visto un camión lleno de cadáveres cuando los serbios lo transportaron a él y a otros rehenes a Bratunac. “Anduvimos al lado del camión. Había cadáveres a la derecha y la izquierda de él, y el camión en sí estaba lleno de cuerpos hasta el tope”, dijo el soldado Ynse Schellens, pero enseguida agregó que probablemente eran de soldados musulmanes bosnios. Citado en Human Rights Watch, *The Fall of Srebrenica*, p. 46.

³⁸ Roy Gutman, “An Appeal for Zepa”, *Newsday*, 25 de julio de 1995, p. A6.

³⁹ Mazowiecki a Tan Sri Dato’ Musa Hitam, presidente de la CDH de la ONU, 27 de julio de 1995.

⁴⁰ Secretario de Estado Warren Christopher a la embajada en Sarajevo, 16 de agosto de 1995. Entretanto, Holbrooke tenía su propia línea personal de comunicación con Tuzla. Su hijo de 25 años, Anthony, también ayudaba a entrevistar refugiados que cruzaban de territorio serbio a zonas musulmanas, y a menudo le gritaba por teléfono a su padre que éste tendría que “ponerse en movimiento”. Richard Holbrooke, *To End a War*, Random House, Nueva York, 1998, p. 70.

⁴¹ Embajadora Madeleine Albright al Consejo de Seguridad, 10 de agosto de 1995.

⁴² El 11 de agosto un cable clasificado de la misión estadounidense en Ginebra al Departamento de Estado puso al tanto al secretario sobre el progreso de la Cruz

Roja en ubicar a los desaparecidos. Daba las funestas nuevas de que “todas las poblaciones que han sido visitadas hasta la fecha han estado vacías u ocupadas por residentes de otras ciudades”. Sin embargo, el cable suavizó lo que sugería adelantando el punto de vista de la CICR de que algunos de los desaparecidos habían sido reintegrados al ejército bosnio, o devueltos a sus familias sin informarse de esto a la Cruz Roja. La CICR solicitó formalmente a Estados Unidos copias de fotografías satelitales que la ayudaran en su búsqueda después de ver en CNN imágenes de sepulturas masivas.

⁴³ Memorándum no clasificado, “BOTTOM LINES: Following Are Direct Answers to Possible Issues”, sin fecha. Véase también Dobbs y Smith, “New Proof Offered”.

⁴⁴ Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 14 de julio de 1995.

⁴⁵ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 14 de julio de 1995.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Clinton increpó a la ONU por sus “alocadas” reglas de intervención, y agregó: “Jamás habría enviado tropas en una situación semejante”, usando el modo condicional, lo que era inapropiado para un jefe de Estado que no envió tropas. Woodward, *The Choice*, p. 255.

⁴⁸ De hecho, 11 meses antes el Senado había votado 58–42 a favor de poner fin a la participación estadounidense que mantenía en vigor el embargo, pero se demoró su aplicación después de que los senadores George Mitchell (demócrata por Maine) y Sam Nunn (demócrata por Georgia) negociaron un acuerdo de compromiso.

⁴⁹ El encuestador de Clinton, Dick Morris, dijo que su investigación mostraba que los estadounidenses se oponían al envío de tropas terrestres para imponer la paz por 38 a 55. Una vez que Clinton comenzó a persuadirlos, las cifras saltaron a 45-45. Morris también ofreció un cálculo general del punto de vista popular respecto de la intervención estadounidense en el extranjero. En una encuesta ofreció tres opciones a los entrevistados: “intervenir en el exterior para proteger nuestros intereses y valores, y actuar como policía del mundo; actuar de pacificadores, haciendo lo que podamos, cuando podamos, para promocionar la paz sin exigencia excesiva de nuestros recursos; enfocarnos principalmente hacia nuestras necesidades internas sin invertir mayor tiempo en preocuparnos de los

problemas de otras naciones”. El resultado, nada sorprendente por lo tendencioso de las preguntas, fue que 14% optó por lo primero, 43% lo segundo y 37% rechazó cualquier participación. Dick Morris, *Behind the Oval Office: Winning the Presidency in the Nineties*, Random House, Nueva York, 1997, pp. 247-256. Las encuestas realizadas por Steven Kull y Clay Ramsey demuestran que los estadounidenses están mucho más a favor de la intervención humanitaria y son menos reacios a las bajas de lo que suponen Morris y los círculos de política extranjera.

⁵⁰ Elaine Sciolino y Craig R. Whitney, “Costly Pullout in Bosnia Looms Unless U. N. Can Prove Effective”, *New York Times*, 9 de julio de 1995, sec. 1, p. 1.

⁵¹ George Stephanopoulos, *All Too Human: A Political Education*, Little, Brown, Boston, 1998, p. 383.

⁵² Para el final de la guerra, la oficina del Senado de Dole había editado 150 comunicados de prensa sobre la guerra de Bosnia.

⁵³ Bob Dole, “Failed Approach in Bosnia”, *Congressional Record*, 104 Congr., 1ª ses., 1995, 141, pt. 110:S9624.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Bob Dole, “Thousands of Bosnians Flee”, *Congressional Record*, 104 Congr., 1ª ses., 1995, 141, pt. 111:S9693.

⁵⁶ *This Week with David Brinkley*, ABC, 17 de julio de 1995.

⁵⁷ Bob Dole, “Bosnia”, *Congressional Record*, 104 Congr., 1ª ses., 1995, 141, pt. 116: S10225.

⁵⁸ *Ibid.*, pt. 119:S10506.

⁵⁹ Bob Dole, “Bosnian Arms Embargo”, *Congressional Record*, 104 Congr., 1ª ses., 1995, 141, pt. 120:S10537.

⁶⁰ El columnista William Safire recomendó: “La opinión pública necesita motivarse con un discurso por TV en un horario preferencial. Si Clinton no lo puede hacer, las redes deberían ofrecer el tiempo para líderes nacionales a Dole, con un gruñón rechazo de Clinton”. W. Safire, “Clinton Abdicates as Leader”, *New York Times*, 27 de julio de 1995, p. A23.

⁶¹ En un debate vicepresidencial de 1976, Dole se equivocó, deplorando las “guerras demócratas” del siglo que, según dijo, habían resultado en 1 600 000 estadounidenses muertos, “suficientes para llenar la ciudad de Detroit”. Ya para la elección de 1996, los colegas demócratas de Dole lo respetaban. El senador Paul Simon dijo en la Cámara: “Apoyo a Bill Clinton; pero no voy a comprar un pasaje

de ida a Canadá si resulta electo Dole”. Paul Simon, “Senator Dole’s Announcement”, *Congressional Record*, 104 Congr., 2ª ses., 1995, 142, pt. 68:S5046.

⁶² Michael Duffy y Nancy Gibbs, “The Soul of Dole”, *Time*, 19 de agosto de 1996, p. 30.

⁶³ *Nightline*, ABC, 24 de julio de 1995.

⁶⁴ *Inside Politics*, CNN, 28 de julio de 1995.

⁶⁵ Elaine Sciolino, “Senate Vote to End Embargo May Prove a Pyrrhic Victory”, *New York Times*, 28 de julio de 1995, p. A1.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Charles Trueheart, “Journalists Take Aim at Policymakers; in Europe and U.S., Media Mirror Mood”, *Washington Post*, 21 de julio de 1995, p. A27.

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ Leon Wieselter, “Accomplices to Genocide”, *The New Republic*, 7 de agosto de 1995, p. 7.

⁷⁰ *This Week with David Brinkley*, ABC, 17 de julio de 1995.

⁷¹ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 12, 14, 17 de julio de 1995; Comunicado de la Casa Blanca, Servicio Federal de Noticias, 14, 18 de julio de 1995.

⁷² Walter Goodman, “Critic’s Notebook; Horror and Despair in the Balkans”, *New York Times*, 25 de julio de 1995, p. C18.

⁷³ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 12 de julio de 1995.

⁷⁴ William Safire, “The Time Has Come”, *New York Times*, 12 de julio de 1995, p. A23.

⁷⁵ Charles Gati, “Tell It to Srebrenica”, *Washington Post*, 13 de julio de 1995, p. A25. Gati, primer vicepresidente de una financiera, fue parte del personal de planificación política del Departamento de Estado de 1993 a 1994.

⁷⁶ R.W. Apple Jr., “Clinton Is Scrambling to Find Ways to Help UN in Bosnia”, *New York Times*, 14 de julio de 1995, p. A1.

⁷⁷ George Soros, “This Is the Moment of Truth”, *Washington Post*, 16 de julio de 1995, p. A13.

⁷⁸ Anthony Lewis, “Lessons of Disaster”, *New York Times*, 17 de julio de 1995, p. A13.

⁷⁹ George F. Will, “Worthy of Contempt”, *Washington Post*, 3 de agosto de

1995, p. A31.

⁸⁰ “A Candid Look at Foreign Policy and Opinion on Bosnia”, *Weekend Edition*, NPR, 15 de julio de 1995.

⁸¹ Holly Burkhalter, “What We Can Do to Stop This Genocide”, *Washington Post*, 20 de julio de 1995, p. A27.

⁸² Dana Priest, “Coalition Calls for Action in Bosnia; Groups Want More Allied Military Force Used ‘to Stop Genocide’”, *Washington Post*, 1 de agosto de 1995, p. A14.

⁸³ William Drozdiak, “Allies Set to Prod U.S. into Role in Bosnia”, *Washington Post*, 19 de julio de 1995, p. A17.

⁸⁴ Karold Nicolson, *Peacemaking, 1919*, P. Smith, Gloucester, Mass., 1984, p. 88.

⁸⁵ Stephen Engelberg, “How Events Drew U.S. into Balkans”, *New York Times*, 19 de agosto de 1995, p. A1; Woodward, *The Choice*, pp. 260, 280-281; Thomas W. Lippmann y Ann Devroy, “Clinton’s Policy Evolution; June Decision Led to Diplomatic Gambles”, *Washington Post*, 11 de septiembre de 1995, p. A1.

⁸⁶ Woodward, *The Choice*, pp 261-263.

⁸⁷ Morris, *Behind the Oval Office*, pp. 252-254.

⁸⁸ Engelberg, “How Events Drew U.S. into Balkans”.

⁸⁹ Woodward, *The Choice*, pp. 261-262.

⁹⁰ Lippmann y Devroy, “Clinton’s Policy Evolution”.

⁹¹ Woodward, *The Choice*, pp. 265-267.

⁹² *Ibid.*, p. 270.

⁹³ David Maraniss, “Exploring How Dole Thinks; Clues Lie in His Kansas Roots, War Wound, and Senate Service”, *Washington Post*, 4 de agosto de 1996, p. A1. Dole nunca fue muy expresivo. Había trabajado con McCain casi una década en el Senado antes de decirle que, mientras McCain había estado prisionero en Vietnam, Dole llevó una pulsera recordatoria grabada con el nombre de McCain.

⁹⁴ Richard Sobel, *The Impact of Public Opinion on U.S. Foreign Policy Since Vietnam: Constraining the Colossus*, Oxford University Press, Oxford, 2001, pp. 218-219.

⁹⁵ Secretaria de Estado Madeleine K. Albright, Bob Dole y Cyrus Vance, conferencia de prensa en el Departamento de Estado, Washington, 7 de noviembre de 1997, dada a conocer por la Oficina del Vocero.

¹ Gary Bass, “A Look at... War Crimes and Punishment; It’s a Risky Business”, *Washington Post*, 26 de noviembre de 2000, p. B3.

² Véase Tim Judah, *The Serbs: History, Myth, and the Destruction of Yugoslavia*, Yale University Press, New Haven, 1997, y Tim Judah, *Kosovo: War and Revenge*, Yale University Press, New Haven, 2000. En realidad el reino serbio había caducado varias décadas antes de la muerte del príncipe Lazar Hrebeljanovic en esta batalla del siglo XIV. Serbia fue tomada por los turcos hasta 1459.

³ Citado en Laura Silber y Alan Little, *Yugoslavia: Death of a Nation*, Penguin, Nueva York, 1997, pp. 29-35.

⁴ Silber y Little, *Yugoslavia*, p. 37.

⁵ Tim Judah, “A History of the Kosovo Liberation Army”, en William Joseph Buckley (ed.), *Kosovo: Contending Voices on Balkan Intervention*, William B. Eerdmans, Grand Rapids, Mich., 2000, pp. 108-115.

⁶ “Audiencia de la Comisión de Relaciones Internacionales de Diputados sobre el posible envío de tropas estadounidenses”, Servicio Federal de Noticias, 10 de marzo de 1999.

⁷ Stephen Engelberg, “Weighing Strikes in Bosnia, U.S. Warns of Wider War”, *New York Times*, 25 de abril de 1993, p. A20.

⁸ R. Jeffrey Smith, “This Time, Walker Wasn’t Speechless; Memory of El Salvador Spurred Criticism of Serbs”, *Washington Post*, 23 de enero de 1999, p. A15.

⁹ Anticipándose a la oposición de Rusia y de China al bombardeo de la OTAN, Estados Unidos y sus aliados europeos no buscaron autorización del Consejo de Seguridad. Esto dio lugar a una muy difundida crítica. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, reconoció más tarde la inconveniencia de que el consejo bloqueara una acción que pudo haber salvado cientos de miles de vidas. Las acciones no autorizadas, dijo, podrían llevar al mundo “por un peligroso camino de anarquía”. Pero si el consejo desautorizaba una intervención humanitaria, “traicionaría los mismos ideales que inspiraron la fundación de las Naciones Unidas... La opción —dijo—, no debía ser entre la unidad del consejo y la inacción en presencia de genocidio —como en el caso de Ruanda— por un lado, o la división en el consejo y acción regional, como en el caso de Kosovo, por el otro”. Kofi Annan, “The Effectiveness of the International Rule of Law in Maintaining International Peace and Security”, discurso en La Haya, 18 de mayo de 1999,

SG/SM/6997.

¹⁰ “President Clinton Address to the Nation Regarding NATO Air Strikes Against Serbia”, Servicio Federal de Noticias, 24 de marzo de 1999.

¹¹ En las 34 000 salidas efectuadas a lo largo de 78 días, Estados Unidos suministró entre 65 y 80% de los aviones y proyectiles de precisión. Michael Ignatieff, *Virtual War: Kosovo and Beyond*, Metropolitan Books, Nueva York, 2000, pp. 92, 206. Anthony Cordesman realizó un estudio para el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, “Lessons and Non-Lessons: Executive Summary”, que determinó que Estados Unidos realizó más de 60% de todas las salidas, 80% de los ataques, 90% de las misiones de inteligencia avanzada y reconocimiento, y 90% de las misiones de guerra electrónica. Estados Unidos también disparó más de 80% de las armas guiadas de precisión, y más de 90% de los misiles crucero.

¹² El Congreso posteriormente votó en favor de vetar cualquier decisión de comprometer tropas estadounidenses de tierra sin su aprobación. Alison Mitchell, “House Votes to Bar Clinton from Sending Ground Troops to Yugoslavia Without Congressional Approval”, *New York Times*, 29 de abril de 1999, p. A1.

¹³ Christiane Amanpour, “Strike on Yugoslavia”, CNN, 3 de abril de 1999.

¹⁴ Ignatieff, *Virtual War*, p. 105.

¹⁵ Ivo Daalder y Michael O’Hanlon, *Winning Ugly: NATO’S War to Save Kosovo*, Brookings Institution, Washington, 2000, p. 140.

¹⁶ Samantha Power, “Misreading Milosevic”, *The New Republic*, 26 de abril y 3 de mayo de 1999, p. 24.

¹⁷ Richard Holbrooke, *To End a War*, Random House, Nueva York, 1998, p. 231.

¹⁸ Arnaud de Borchgrave, “We Are Neither Angels Nor Devils: An Interview with Slobodan Milosevic”, United Press International, 30 de abril de 1999.

¹⁹ David Halberstam, *War in a Time of Peace: Bush, Clinton, and the Generals*, Scribner, Nueva York, 2001, p. 453.

²⁰ “The Rationale for Air Strikes”, *New York Times*, 24 de marzo de 1999, p. A26.

²¹ Carol J. Williams, “Conference Highlights Flaws of NATO’S Kosovo Campaign”, *Los Angeles Times*, 6 de febrero de 2000.

²² Audiencia de confirmación del ex senador William Cohen, quien pasaba a ser secretario de Defensa, Comisión de las fuerzas armadas del Senado, 22 de

enero de 1997.

²³ Wesley K. Clark, *Waging Modern War: Bosnia, Kosovo, and the Future of Combat*, Public Affairs, Nueva York, 2001, p. 313.

²⁴ Holly Burkhalter, Declaración sobre Genocidio en Kosovo, *All Things Considered*, NPR, 9 de abril de 1999.

²⁵ Henry Kissinger, “Doing Injury to History”, *Newsweek*, 5 de abril de 1999, pp. 38-39.

²⁶ Henry Kissinger, “New World Disorder”, *Newsweek*, 31 de mayo de 1999, p. 41.

²⁷ John McCain, “Now That We’re in, We Have to Win”, *Time*, 12 de abril de 1999, p. 5.

²⁸ Dana Priest, “Bombing by Committee: France Balked at NATO Targets”, *Washington Post*, 20 de septiembre de 1999, p. A1.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ El general Clark discutió constantemente con su oficial superior de aeronáutica, teniente general Michael C. Short. Clark presionó para que aviones de la OTAN desactivaran tanques y artillería que aterrorizaban a los civiles de Kosovo, mientras que Short creía que ocuparse de semejantes pequeñeces sería ineficaz. Insistía en que el camino más rápido de traer al pie a Milosevic sería la destrucción de blancos estratégicos, como los ministerios yugoslavos y las plantas de energía. En un intercambio relatado por Dana Priest en el *Washington Post*, Short expresó satisfacción de que por fin la OTAN se estaba disponiendo a atacar el cuartel general de la policía especial serbia. “Éste es el broche de oro”, dijo Short. Clark: “Para mí el broche de oro será cuando esos B-52 rujan por encima de Kosovo”. Short: “Usted y yo hace semanas que sabemos que tenemos joyeros diferentes”. Clark: “El mío tiene mayor jerarquía que el suyo”. Dana Priest, “The Battle Inside Headquarters; Tension Grew with Divide over Strategy”, *Washington Post*, 21 de septiembre de 1999, p. A1. Véase también Clark, *Waging Modern War*.

³¹ Dana Priest, “A Decisive Battle That Never Was”, *Washington Post*, 19 de septiembre de 1999, p. A1.

³² Judah, *Kosovo: War and Revenge*, p. 274. El papel de Rusia en el arreglo permanece poco claro. Justo antes de su intervención diplomática, el 26 de mayo de 1999, Viktor Chernomyrdin, el enviado especial de Yeltsin a los Balcanes, había publicado una amarga carta en el *Washington Post* que decía que “Estados

Unidos perdió su derecho moral de ser considerado líder del mundo libre democrático cuando sus bombas destruyeron los ideales de libertad y democracia en Yugoslavia”. Había exigido que se pagaran reparaciones a Yugoslavia y dijo que recomendaría al presidente Boris Yeltsin que congelara las relaciones ruso-estadunidenses hasta que la OTAN cesara el bombardeo.

³³ “Shiptar” es el término despectivo de los serbios para describir a los albaneses.

³⁴ “President Clinton’s Remarks at Ferisaj (Urosevac), Area Sports Pavilion, Ferisaj (Urosevac), Kosovo”, Servicio Federal de Noticias, 23 de noviembre de 1999.

³⁵ Michael Walzer, “Kosovo”, en *Kosovo: Contending Voices on Balkan Intervention*, de William Joseph Buckley (ed.), William B. Eerdmans, Grand Rapids, Mich., 2000, p. 334.

³⁶ *The Guardian*, 7 de junio de 1999.

³⁷ William Shakespeare, *Enrique IV*, 2ª parte, 4.5.213.

³⁸ “Human Rights Watch: NATO Killed Yugoslav Civilians”, Associated Press, 6 de febrero de 2000. Véase Human Rights Watch, *Civilian Deaths in the nato Air Campaign*, Human Rights Watch, Nueva York, 2000. Véase también Amnistía Internacional, “*Collateral Damage*” or *Unlawful Killings? Violations of War by NATO During Operation Allied Force*, Amnesty International, Londres, 2000.

³⁹ Comunicado de prensa de la OTAN, “Statement by the Secretary General of NATO, Lord Robertson, on the Human Rights Watch Report”, 7 de febrero de 2000.

⁴⁰ Michael Ignatieff, “The Reluctant Imperialist”, *New York Times Magazine*, 6 de agosto de 2000, p. 46.

⁴¹ Primo Levi, *The Drowned and the Saved*, Summit Books, Nueva York, 1986, pp. 48-49.

⁴² Melissa Eddy, “Head of KFOR Troops Blasts NATO Governments Over Lack Of Reconstruction In Kosovo”, Associated Press, 19 de enero de 2000.

⁴³ “NATO’s Crimes”, *Spectator*, 11 de marzo de 2000.

⁴⁴ La credibilidad de Estados Unidos también se vio comprometida por la sobrestimación de la OTAN en cuanto al daño que le causó a las fuerzas y armas serbias. El 23 de mayo de 1999, el presidente Clinton declaró que la OTAN había destruido entre un tercio y la mitad de las armas pesadas serbias en Kosovo. Sin embargo, cuando la guerra terminó, dos semanas más tarde, el Pentágono y la

OTAN reconocieron que el daño real no sobrepasaba de 7 a 10%, que representaba 800 armas pesadas serbias, incluyendo 120 tanques. William Jefferson Clinton, “A Just and Necessary War”, *New York Times*, 23 de mayo de 1999, sec. 4, p. 17; Cohen, comunicado de prensa del Departamento de Defensa, Servicio Federal de Noticias, 10 de junio de 1999. Una vez que los inspectores obtuvieron acceso al lugar y no encontraron más que unas docenas de carcasas quemadas de armas pesadas, los cálculos se redujeron aún más. Daalder y O’Hanlon, *Winning Ugly*, pp. 154-155. Esta reducción es comparable a la discrepancia entre los cálculos originales y finales del daño causado al armamento iraquí en la Guerra del Golfo. Véase Thomas A. Keaney y Elliot A. Cohen, *Gulf War Air Power Survey Summary Report*, Office of the Secretary of the Air Force, Washington, 1993, pp. 126-128.

⁴⁵ Comunicado del Centro de Prensa Extranjera con David Scheffer, Servicio Federal de Noticias, 5 de abril de 1999. Cursivas mías.

⁴⁶ Comunicado de la Casa Blanca, “News Conference with President Bill Clinton”, Servicio Federal de Noticias, 25 de junio de 1999.

⁴⁷ Comunicado especial del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 9 de abril de 1999.

⁴⁸ Comunicado del Departamento de Estado, Servicio Federal de Noticias, 19 de abril de 1999.

⁴⁹ Comunicado del Departamento de Defensa, Servicio Federal de Noticias, 7 de mayo de 1999.

⁵⁰ Comunicado del Departamento de Estado, “Erasing History”, Servicio Federal de Noticias, 10 de mayo de 1999.

⁵¹ Serge Halimi y Dominique Vidal, “Lessons of War: Media and Disinformation”, *Le Monde diplomatique*, marzo de 2000, en internet.

⁵² John Bolton, *The World Today with Wolf Blitzer*, CNN, 10 de noviembre de 1999.

⁵³ Comunicado de prensa del fiscal de los tribunales de la ONU para la ex Yugoslavia y Ruanda, 21 de noviembre de 2000. Véase también Christopher Hitchens, “Body Count in Kosovo”, *Nation*, 11 de junio de 2001, y Michael Ignatieff, “Counting Bodies in Kosovo”, *New York Times*, 21 de noviembre de 1999, sec. 1, p. 1.

⁵⁴ Anthony Lloyd, “Corpses Testify to State-Run Cover-Up of Kosovo Slaughter”, *Times*, Londres, 20 de agosto de 2001, p. 1.

⁵⁵ Hitchens, “Body Count in Kosovo”, p. 9.

⁵⁶ Dusan Stojanovic, “Officials Detail Milosevic Cover-Up Attempt”, Associated Press, 28 de julio de 2001.

⁵⁷ Comunicado de prensa de la misión de la ONU en Kosovo, 10 de noviembre de 1999.

¹ Robert Reid, “Milosevic Refuses to Enter Plea”, Associated Press, fechado el 3 de julio de 2001.

² Marlise Simons, “Milosevic Calls Tribunal Unfair, Infantile, and a ‘Farce’”, *New York Times*, 31 de octubre de 2001.

³ “Milosevic Reprimanded for TV Call”, *CNN Online*, 24 de agosto de 2001.

⁴ El único arresto previo realizado por soldados estadounidenses había sido en enero, cuando capturaron a Goran Jelusic, el *Serbio Adolfo*, como se llamaba él mismo.

⁵ Gary Jonathan Bass, *Stay the Hand of Vengeance: The Politics of War Crimes Tribunals*, Princeton University Press, Princeton, 2000, p. 231.

⁶ El presidente bosnioserbio de línea dura, Nikola Poplasen, reaccionó con enojo al arresto de Krstic, afirmando que había “contrariado y ofendido” a los serbios y dificultaría la aplicación del Acuerdo de Dayton. El régimen de Poplasen había sido tan poco cooperativo en todo momento, sin embargo, que su relación con la OTAN a duras penas podría haber empeorado. Steven Erlanger, “Bosnian Serb General Is Arrested by Allied Force in Genocide Case”, *New York Times*, 3 de diciembre de 1998, p. A1.

⁷ Mark Harmon, declaración inaugural en el juicio a Radislav Krstic, 13 de marzo de 2000, Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia (ICTY), p. 1.

⁸ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁹ Comunicado de prensa del ICTY, “Radislav Krstic Becomes the First Person to Be Convicted of Genocide at the ICTY and Is Sentenced to 46 Years Imprisonment”, 2 de agosto de 2001.

¹⁰ En vida de Lemkin la Comisión de Derecho Internacional (CDI) redactó un estatuto para la Corte Criminal Internacional permanente mencionada en el Convenio sobre Genocidio. Redactado en 1951 a instancias de la Asamblea General, sin embargo, esta carta quedó olvidada por más de cuatro décadas. En 1989 la asamblea resolvió que la CDI “se ocupe de la cuestión de establecer una corte criminal internacional”. Pero fue la guerra en Bosnia y la creación de los dos tribunales *ad hoc* lo que le dio ímpetu a este proceso.

¹¹ Margaret Thatcher, entrevista con David Frost, *Frost on Sunday*, TV-am, 3 de septiembre de 1990.

¹² *U.S. Department of State Dispatch* 1,8, 20 de octubre de 1990, p. 205.

¹³ *Ibid.*, 1, 11, 12 de noviembre de 1990, p. 260.

¹⁴ Discurso del ministro de Relaciones Exteriores alemán, Hans-Dietrich

Genscher, al recibir un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Ottawa, 27 de septiembre de 1991.

¹⁵ Mirko Klarin, “Nuremberg Now!”, *Borba*, 16 de mayo de 1991 (online), citado en ICTY, *The Path to The Hague; Selected Documents on the Origins of the ICTY* (en internet).

¹⁶ Resolución 771 del Consejo de Seguridad de la ONU, 13 de agosto de 1992.

¹⁷ Clifford Krauss, “U.S. Backs Away from Charge of Atrocities in Bosnia Camps”, *New York Times*, 5 de agosto de 1992, p. A12.

¹⁸ Discurso del ministro de Relaciones Exteriores alemán, Klaus Kinkel, en la conferencia de Londres, 26 de agosto de 1992. Ante la Asamblea General de la ONU en septiembre de 1992, Kinkel habló nuevamente del establecimiento de un tribunal internacional. El ministro francés correspondiente, Roland Dumas, también urgió a la creación de una corte, y tres ministros de la Conferencia por la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), ya estaban trabajando en un borrador de convenio para el tribunal cuando Eagleburger pronunció su discurso, en que mencionó nombres.

¹⁹ Resolución 780 del Consejo de Seguridad de la ONU, 6 de octubre de 1992.

²⁰ Michael P. Scharf, *Balkan Justice: The Story Behind the First International War Crimes Trial Since Nuremberg*, Carolina Academic Press; Durham, N.C., 1997, p. 41.

²¹ Bass, *Stay the Hand of Vengeance*, p. 221.

²² Arusha se consideró lo bastante cercana como para posibilitar el viaje de ida y vuelta a Ruanda, pero no demasiado cercana para que apareciera una institución políticamente tendenciosa que dispensaría sólo justicia de vencedores (o, en este caso, de víctimas).

²³ Andrew Purvis, “Colonel Apocalypse”, *Time International*, 10 de junio de 1996. La ONU enjuiciaría sólo a los cabecillas del genocidio, y el gobierno de Ruanda castigaría a los culpables de rango inferior que actuaron a sus órdenes. Esto significaba que los que cumplieron órdenes recibirían la pena de muerte, mientras que los que las dieron recibirían una sentencia de por vida, generalmente en una prisión europea.

²⁴ Payam Akhavan, “The International Criminal Tribunal for Ruanda: The Politics and Pragmatics of Punishment”, *American Journal of International Law*, vol. 90, 1996, pp. 501, 504-508.

²⁵ Purvis, “Colonel Apocalypse”.

²⁶ La medida sostenía: “la política de Estados Unidos es apoyar esfuerzos para traer a la justicia a miembros de los Khmer Rouge por sus crímenes de lesa humanidad”. 22 U.S.C. 2656, parte D, secs. 571-4, 30 de abril de 1994.

²⁷ Los archivos de las SS solos habían llenado seis vagones de carga. Gary Bass, “A Look at... War Crimes and Punishment; It’s a Risky Business”, *Washington Post*, 26 de noviembre de 2000, p. B3.

²⁸ Elizabeth Becker, “New Links in Khmer Rouge Chain of Death”, *New York Times*, 16 de julio de 2001, p. A6.

²⁹ Nate Thayer, “Day of Reckoning”, *Far Eastern Economic Review*, vol. 160, núm. 44, 30 de octubre de 1997, p. 17.

³⁰ Bou Saroeun, Vong Sokheng y Christine Chaumea, “Khmer Rouge Deny Killer Role”, *Phnom Penh Post*, 10/15, 20 de julio-2 de agosto de 2001.

³¹ Seth Mydans, “As Cambodia Prepares to Try Khmer Rouge Leaders for Massacres, They Deny Guilt”, *New York Times*, 21 de agosto de 2001, p. A9.

³² Thomas Hammarberg, “How the Khmer Rouge Tribunal Was Agreed: Discussions Between the Cambodian Government and the UN”, 1ª: parte marzo de 1997 a marzo de 1999; 2ª: parte marzo de 1999 a enero de 2001, publicado en *Searching for the Truth*, la revista del Centro de Documentación Camboyana, mayo de 2001.

³³ Antonio Cassese, *Discurso ante la Asamblea General*, 7 de noviembre de 1995, Documento de la ONU núm. A/50/PV.52.

³⁴ Carta de Jesse Helms a la secretaria de Estado Madeleine Albright, 3 de abril de 2000.

³⁵ Krstic aseguró que le había dicho Mladic que dirigiría personalmente las unidades que habían llegado, que incluían un batallón de policía militar y una unidad del Ministerio del Interior.

³⁶ Institute for War and Peace Reporting (IWPR), “Krstic Accuses Mladic of Srebrenica Attack”, *Tribunal Update*, núm. 195, 24 de octubre de 2000.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Juez Robert H. Jackson, “Report to the President on Atrocities and War Crimes”, Departamento de Estado de Estados Unidos, *Bulletin*, 7 de junio de 1945.

³⁹ IWPR, “Srebrenica Massacre Denial—Defense Witnesses Refuse to Accept Massacres Took Place”, *Tribunal Update*, núm. 198, 15 de noviembre de 2000.

⁴⁰ ICTY *Transcript: Krstic (IT-98-33)*, 22 de junio de 2000, p. 4462.

⁴¹ IWPR, “Krstic ‘Feared’ Speaking out over Srebrenica”, *Tribunal Update*, núm. 196, 31 de octubre de 2000.

⁴² Anthony Deutsch, “Accused Serb General Claims Cover Up”, Associated Press, 25 de octubre de 2000. El público serbio todavía se resistía a creer que sus soldados cometieron la mayoría de las atrocidades en las guerras balcánicas. Una encuesta en *Politika* de julio de 2001, reveló que la mitad de la población serbia reconocía que los serbios habían cometido crímenes de guerra. Pero de éstos, 45% todavía creía que otras naciones habían sido más inhumanas, y 28% sostenía que los crímenes serbios debían encubrirse. IWPR, “Regional Report: Serbia’s Faltering War Crime Prosecution”, *Tribunal Update*, núm. 234, 12 de septiembre de 2001.

⁴³ Marlise Simons, “Trial Reopens Pain of 1995 Bosnian Massacre”, *New York Times*, 7 de noviembre de 2000, p. A3.

¹ David Rieff, *Slaughterhouse: Bosnia and the Failure of the West*, Simon & Schuster, Nueva York, 1995, p. 27.

² *ABC News This Week with Sam Donaldson*, 23 de enero de 2000.

³ Centro para la Paz en los Balcanes, “Bin Laden’s Balkan Connections”, septiembre de 2001.

⁴ Arthur Koestler, “The Nightmare That Is Reality”, *New York Times Magazine*, 9 de enero de 1944, p. 5.



LA PUBLICACIÓN DE *PROBLEMA INFERNAL. ESTADOS UNIDOS EN LA ERA DEL GENOCIDIO*

le valió a Samantha Power el Premio Pulitzer y el National Book Critics Circle Award en 2003. En esta controvertida obra, Power analiza cómo ha reaccionado el gobierno de Estados Unidos en los distintos casos de genocidio en el siglo xx, desde la matanza de armenios en la primera Guerra Mundial hasta los asesinatos en masa de los tutsi de Ruanda en 1994. El análisis deja ver claramente un patrón de comportamiento consistente y devastador: Estados Unidos se ha negado a actuar, incluso a emplear la palabra *genocidio* para nombrar los hechos atroces, y se ha refugiado en la invocación repetida de la ausencia de intereses estadounidenses en los países involucrados.

A partir de entrevistas exclusivas, la revisión de documentos hasta hace poco restringidos y su experiencia como corresponsal de guerra, la autora presenta un relato sobrecogedor que tiene dos grupos de protagonistas: los estadounidenses que desde dentro y fuera del gobierno han intentado en vano lograr que Washington se interese en el problema y las víctimas de los peores actos de genocidio del siglo xx. El libro cuenta las atrocidades de los Khmer Rouge en Camboya (que fueron ignoradas cuando Estados Unidos defendió a ese país después de que fuera invadido por Vietnam), los ataques de Saddam Hussein con gas venenoso contra los kurdos en Irak (Estados Unidos duplicó su ayuda a ese país después de la masacre), la violencia sistemática en Bosnia y Kosovo (donde Estados Unidos sólo intervino cuando el costo político de la inacción así lo obligó) y el exterminio de los tutsi en Ruanda (el peor error en la política exterior del gobierno de Bill Clinton). Este libro es una escalofriante llamada de atención sobre las responsabilidades del poder económico y militar.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Índice

Prefacio	14
I. Asesinato racial	26
Prueba de fuego	26
Reconocimiento	28
Respuesta	30
Secuela	37
II. “Un crimen sin nombre	41
“Barbarie”	43
Huida	46
Un nuevo comienzo, una vieja cruzada	50
III. El crimen con nombre	53
“Creer lo increíble”	53
En sus propias palabras	59
Una palabra es una palabra es una palabra	62
IV. La Ley de Lemkin	67
El comienzo en Nuremberg	67
El cierre de la puerta de escape: de la palabra a la declaración	70
El cierre de la puerta de escape: de la resolución a la ley	74
V. Los dos enemigos más mortales	82
El “lobby” de Lemkin	82
Los críticos	86
La escena local	92
Buscando pelea	96
Sucesores	101
VI. Camboya: “un gigante desvalido”	108
Advertencia	111
Lo desconocido incognoscible	116
Deseos irreales	121
¿Baño de sangre?	124
Reconocimiento	126
Inteligencia oficial de Estados Unidos, escepticismo extraoficial Negación admisible: “propaganda, miedo a la propaganda y la excusa de la propaganda”	129

“Esto no es 1942”	133
Respuesta	137
Analogía y patrocinio	143
¿Una qué militar? ¿Cuál George?	149
La primera visita	155
Consecuencias	159
Calaveras, huesos y fotos	162
La política estadounidense: elegir el mal menor	164
¿Un régimen menos hediondo?	167
VII. Hablar fuerte y buscar un garrote	178
“Una mano atada”	178
Bitburg	183
Salvedades	185
VIII. Irak: “Al margen de los derechos humanos y el uso de armas químicas”	192
Advertencia	194
El prisma estadounidense: el enemigo de mi enemigo	197
Un amigo allende las montañas	200
Conocimiento oficial, silencio oficial	206
Reconocimiento	209
Escepticismo oficial	211
Ejecuciones en masa	216
Un par de victorias iraquíes	219
Genocidio	222
Respuesta	224
Una reorganización de la situación urbana	228
En busca de “pruebas”	234
Analogía y patrocinio	238
Intereses especiales, interés nacional	241
En contra de “términos inexactos”	246
Derrota	248
Secuela	254
Quemar Israel, quemar puentes	257
La sublevación kurda	259
¿Justicia?	264

IX. Bosnia: “sólo testigos en un entierro”	269
“Limpieza étnica”	269
Advertencia	273
Deseos poco realistas	276
Una política de desaprobación estadounidense	280
Reconocimiento	285
Respuesta (Bush padre)	291
Analogía y patrocinio	295
“No descansaremos hasta que...”	301
La política estadounidense: diplomacia, caridad, futilidad, perversidad, peligro	303
¿Genocidio?	310
Respuesta (Clinton)	316
Disenso abierto	318
Un intercambio saludable	323
“Lejos de casa”	327
Atrocidades “de todos los bandos”	330
“Ningún interés nacional”	333
La partida	335
Derrota en todos los frentes	341
X. Ruanda: “Más que nada en actitud de escucha”	351
“Nunca más seré tutsi”	351
Advertencia	357
Los actores en el proceso de paz	366
Reconocimiento	369
La intervención que nunca fue	371
¿Cuánto sabía Estados Unidos?	375
La “palabra con g”	379
Respuesta	384
El retiro de la ONU	386
El “golpe” del Pentágono	391
Una sociedad completamente silenciosa	394
El PDD-25 en acción	398
“Intervenciones”	401
Los cuentos que contamos	403
Secuela	406

XI. Srebrenica: “hechos polvo”	411
Advertencia	413
Reconocimiento	421
Respuesta	425
Librar la última guerra	429
Asesinato	432
Tumbas	436
Secuela	441
Presión del Congreso	443
Presión de los medios y las ONG	450
Presión europea	455
Final del juego	457
XII. Kosovo: un perro y una riña	463
El camino al enfrentamiento	463
Respuesta	467
La “última guerra”: fantasías	471
La consigna: nada de bajas	474
¿Victoria?	478
Secuela	480
XIII. El legado judicial de Lemkin	494
Dramas en la corte	494
Antecedentes: el camino a la puesta en vigor	498
El resultado	511
Llamado de atención	516
La verdad sea dicha	518
XIV. Conclusión	522
Conocimiento	523
Influencia	525
Voluntad	527
Rendición de cuentas	529
El futuro	531
Bibliografía	537
Reconocimientos	559

